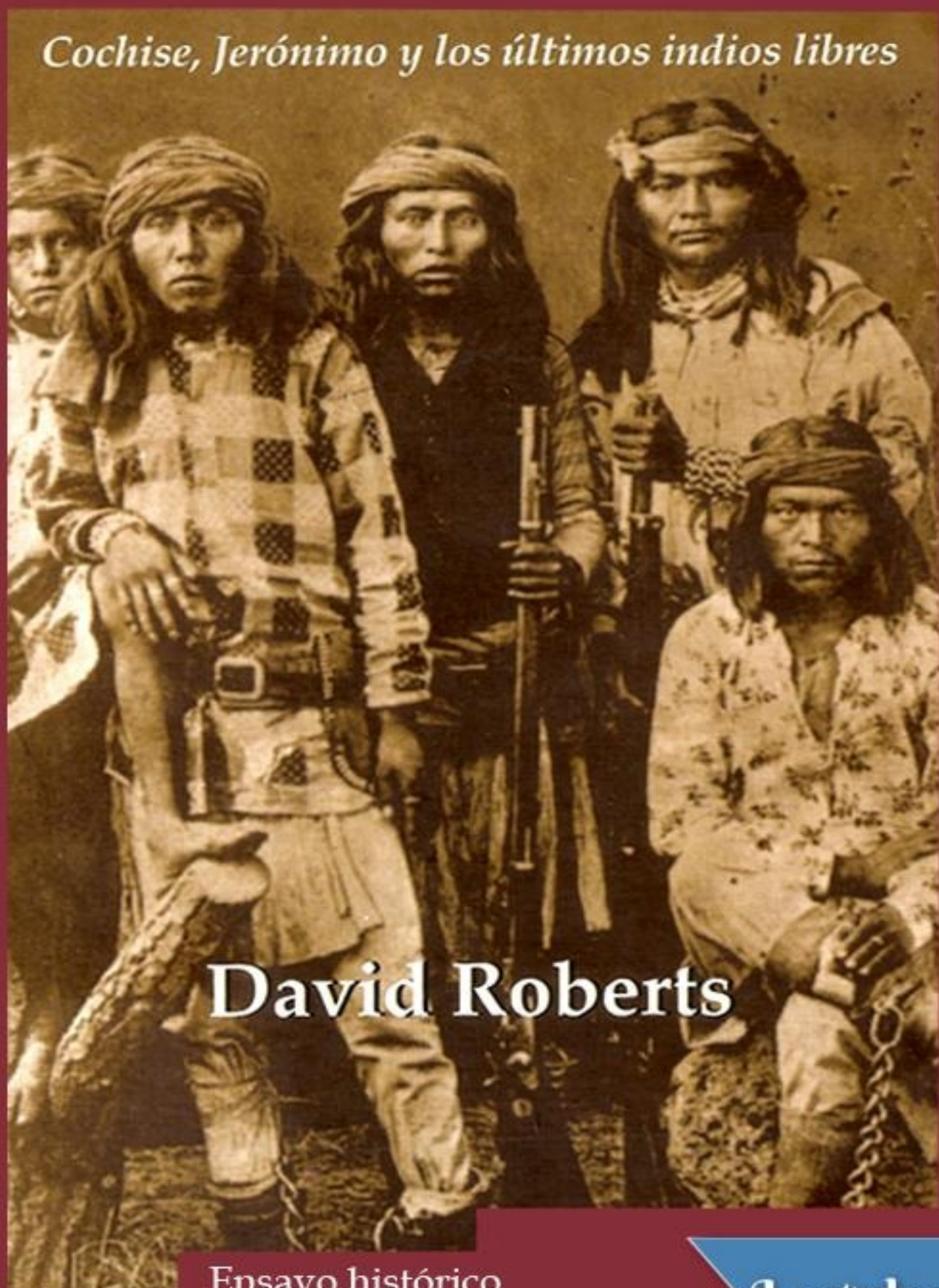


# Las Guerras Apaches

*Cochise, Jerónimo y los últimos indios libres*



**David Roberts**

Ensayo histórico

**Lectulandia**

Los apaches han pasado a la historia y sobre todo al imaginario colectivo como uno de los pueblos más violentos y despiadados que hayan existido jamás, y a lo largo del siglo xx la literatura y el cine crearon unos estereotipos asociados a la épica del Salvaje Oeste que han deformado por completo tanto la cultura como la historia de las tribus apaches. Al fin y al cabo, ¿qué sabemos de los apaches?

Centrándose sobre todo en los enfrentamientos entre el gobierno de Estados Unidos y los apaches chiricahua y en personajes tan fascinantes y a menudo malinterpretados como los grandes jefes Cochise y Jerónimo o la guerrera Lozen, David Roberts reconstruye con ecuanimidad y una ingente cantidad de pruebas documentales las guerras apaches y el destino final de los últimos indios libres. Al hilo de su relato, que ilumina los más diversos aspectos de la vida de los apaches y aporta información poco conocida hasta la fecha, Roberts invita al lector a reflexionar sobre las consecuencias de un conflicto que desembocó en un violento choque entre culturas.

«Un libro de historia fascinante»

*Publishers Weekly*

«El absorbente relato de un conflicto que duró un cuarto de siglo»

*Kirkus Reviews*

**Lectulandia**

David Roberts

# **Las Guerras Apaches**

**Cochise, Jerónimo y los últimos indios libres**

ePub r1.0

Titivillus 20.02.16

Título original: *Once They Moved Like The Wind: Cochise, Geronimo, And The Apache Wars*

David Roberts, 1993

Traducción: Ignacio Alonso Blanco

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A los apaches de Arizona, Oklahoma y Nuevo México.

Con tristeza por lo que habéis perdido y con profundo respeto por lo que habéis preservado.

«Antes me movía por ahí como el viento.  
Ahora, me rindo a ti. Eso es todo».

Jerónimo,  
en su capitulación ante  
el general George Crook.

## Agradecimientos

Mantengo una gran deuda con los eruditos que cito en las notas y fuentes bibliográficas de este libro; en particular a investigadores tan perspicaces como Dan L. Thrapp, Edwin R. Sweeney, Eve Ball, Angie Debo, Greenville Goodwin, Morris Opler, Keith Basso, Robert M. Utley y C. L. Sonnichsen. Estos escritores han excavado sin regatear esfuerzos en las sepultadas venas del suroeste de Estados Unidos hasta explotar todo un yacimiento de hechos históricos. Las conclusiones de esta obra se han logrado mediante la fundición y amalgama de su filón de conocimientos.

También un importante número de cronistas pertenecientes a las diferentes reservas apaches me han obsequiado con su generosidad. Destacan Ouida Miller, nieta de Jerónimo, quien me otorgó su confianza y saber, al igual que Berle Kanseah, Edgar Perry y Elbys Hugar, nieta de Naiché. Wendell Chino, presidente del consejo tribal de los apaches mescalero, facilitó mis investigaciones, así como Ronnie Lupe y el consejo tribal de la reserva de los apaches montaña blanca. Mildred Clerghorn me proporcionó una espléndida visión del legado chiricahua, que ha ido pasando de mano en mano a través de generaciones exiliadas de su propia tierra, y Genevieve (Sunny) Wratten me abrió los cofres del notable conocimiento que poseía su padre como intérprete de los chiricahua.

Tres personas de Tucson, Jay Van Orden, Barney Burns y el difunto Tom Naylor, expertos en el pueblo apache, dieron lo mejor de sí mismos para ayudar a que mis investigaciones llegasen a buen puerto cuando comencé el trabajo. Del mismo modo, Neil Goodwin compartió conmigo las interpretaciones que sirvieron para asesorar su soberbio documental *Geronimo and the Apache Resistance*, así como la herencia cultural recibida de su padre, Greenville Goodwin, el primer etnógrafo del pueblo apache.

La plantilla de la Sociedad Histórica de Arizona me facilitó pródigamente los recursos de la más importante colección de materiales apaches que existe. Su cooperación y consejo han representado para mi el modelo ideal de cómo un gran archivo puede ayudar a un investigador. El personal de las bibliotecas de las universidades de Arizona, Nuevo México, Colorado y Harvard se prestaron gentilmente a ayudarme, lo mismo que Steve Wilson, del Museo de las Grandes Llanuras, y la plantilla del museo de Fort Still y de la Obra Histórica Nacional de Fort Bowie.

Terry Moore fue una espléndida compañía durante la excursión en búsqueda de las huellas de Jerónimo, llevada a cabo en Sierra Madre. El entusiasmo fotográfico de Bruce Dale contribuyó a lograr una próspera colaboración para la revista *National Geographic*. Erla Zwingle, mi editora en esa revista, y Mark Bryant y John Rasmus,

de la revista *Outside*, fueron los primeros en obsequiarme con su apoyo incondicional.

John Krakauer, Sharon Roberts y mi incansable agente, Max Gartenberg, leyeron mi manuscrito capítulo a capítulo y aportaron valiosas propuestas. Mi editor en Simon & Schuster, Bob Bender, supervisó cuatro años de investigación con la benigna paciencia y el convincente ingenio que permiten a más de un escritor, cuando encara el reto de la página en blanco, que tome su pluma y se decida a comenzar.



## Prefacio

En el verano de 1886 pudo contarse el número de componentes de la partida de guerra de Jerónimo: treinta y cuatro personas, mujeres y niños incluidos. Ese pequeño grupo de apaches chiricahua fue la última banda de indios libres que hizo la guerra al gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica. Estos «renegados», como los llamaba el hombre blanco, fueron acosados sin piedad por cinco mil soldados de caballería de EE.UU. (una cuarta parte del total de su ejército) y unos tres mil soldados mexicanos. Por usar una expresión coloquial, se puede decir que el pequeño grupo de apaches hizo «sudar tinta» a las fuerzas combinadas de estas dos grandes naciones. Durante más de cinco meses no fueron capaces de capturar ni a uno solo de los componentes de la banda de Jerónimo; ni siquiera a un muchacho.

La odisea de estos apaches fugitivos estaba condenada a ser una causa perdida, y así fue. De este modo, el triste destino de la banda de Jerónimo fue escribir el capítulo final de una lucha que duraba ya un cuarto de siglo; un enfrentamiento basado en la traición y los malentendidos. El castigo inflingido al pueblo chiricahua por su negativa a doblegarse no tuvo parangón en toda la historia de ningún otro pueblo nativo de los Estados Unidos de Norteamérica.

La historia de la resistencia de los chiricahua es la mayor gesta de todas las que componen la historia al norte del río Bravo. En esencia, trata de lo épico y lo trágico tal como los griegos de la Antigüedad concibieron estos géneros. Hasta ahora se han escrito cientos de obras acerca de los apaches, pero muy pocas han llegado a reflejar los aspectos básicos que forjaron su historia; la mayoría se pierden en detalles de los despliegues de tropas regulares y las incursiones indias dejando de lado el aspecto humano de los bandos contendientes, blancos e indios.

Como la mayoría de las tragedias que provocan el fin de una cultura, las causas de la guerra entre los Estados Unidos y los chiricahua se fundaron en una serie de errores de apreciación. Tras varios años de experiencia con los indios, tanto exploradores como hombres de estado y soldados llegaron a la conclusión de que conocían la verdad de la naturaleza apache. La única verdad que estos llamados «expertos» pudieron comprender fue el reflejo de sus propios prejuicios y temores. Hoy en día, leemos sus declaraciones (y las hay a miles), como un atribulado conjunto de testimonios falaces.

—Se ponen en peligro como solo la gente que no cree en la existencia de Dios, o del infierno, puede hacerlo.

Misionero español (c. 1600).<sup>[1]</sup>

—Su carácter recuerda al del lobo de las praderas... merodeador, cobarde y

vengativo. Siempre están dispuestos a asesinar a mujeres y niños.

Samuel Woodworth Cozzens, viajero (1858).<sup>[2]</sup>

—Son los más pícaros indios del continente: traicioneros, siempre sedientos de sangre, brutales y con una increíble propensión al hurto.

George Bailey, agente indio (1858).<sup>[3]</sup>

—Un apache solo conoce dos emociones: miedo y odio.

Teniente Walter Scribner Schuyler (1873).<sup>[4]</sup>

—Son una raza miserable, brutal, cruel, embustera y totalmente despiadada.

General John Pope (1880).<sup>[5]</sup>

—Los cobardes apaches se acercan a sus víctimas reptando como serpientes sobre la hierba. A sus prisioneros los torturan hasta la muerte o les arrancan la cabellera y los mutilan de las más crueles maneras imaginables. Nunca se ha sabido que ellos, los apaches, muestren el menor signo de humanidad o buena fe.

William A. Bell, explorador (1870).<sup>[6]</sup>

—Ningún indio de la costa del Pacífico sabe contar mucho más de diez, los apaches pueden contar hasta diez mil con la misma facilidad que lo hacemos nosotros.

Historiador de Arizona (1884).<sup>[7]</sup>

—Son [los apaches] los más astutos y mañosos animales del mundo, y además cuentan con la inteligencia de los seres humanos.

Comandante Wirt Davis (1885).<sup>[8]</sup>

—Un apache puede afrontar la muerte con un estoico gruñido, pero no hay nada que los aterrorice más que ser encarcelados.

Periodista (1886).<sup>[9]</sup>

El error fundamental a la hora de explicar la resistencia de los apaches ha sido la total incapacidad del hombre blanco para comprender la triste historia de este pueblo desde el punto de vista de los chiricahua. Ni un solo cronista se habría hecho eco o se habría erigido en denunciante de las racistas declaraciones antes expuestas, de no ser por los atormentados remordimientos colectivos que sacudieron a nuestra sociedad allá por los años sesenta. La consecuencia de este movimiento radical es la aceptación de la injusticia cometida con los nativos y ha desembocado en una imagen estereotipada tan falaz como los argumentos de nuestros antepasados: la del indio como el buen salvaje que vive en total armonía con la naturaleza.

Gracias a la labor de eruditos como Grenville Goodwin, Morri Opler, Keith Basso, D. C. Cole, y la sobresaliente Eve Ball, cualquier tribu que no sea apache goza

de un prestigio nunca antes conocido, pero nadie parece interesarse por aportar el punto de vista de los chiricahua. Tampoco vamos a disculpar a los hombres retratados en las siempre llamativas ilustraciones que, en nuestros relatos, representan a personajes reales, personas de carne y hueso que lucharon y combatieron.

El propio Cochise es un personaje escurridizo para los historiadores. Es muy difícil separar lo legendario de lo real y confirmar, detalle tras detalle, los sucesos de la vida del mayor jefe apache del que se tenga noticia. En los últimos años, por otra parte, ha surgido una corriente revisionista con tendencia a conceder mayor relevancia a jefes apaches menos conocidos, como Juh o Victorio, en detrimento de Jerónimo, cuyas acciones se están tratando como incidentes sobrevalorados.

La presente obra se opone a esta corriente revisionista, pues Jerónimo vivió en el siglo xx y legó un abundante caudal de anécdotas y testimonios. No hay una figura tan interesante y contradictoria en toda la historia del Oeste americano de la última mitad del siglo xix. Es muy probable que, tal como apuntan sus detractores, Jerónimo no llegase a ser un jefe, e incluso es posible que fuese manipulador, vanidoso, cruel y vengativo. Podemos conceder también que sus actitudes rozaban a veces lo cómico y lo patético, pero, precisamente por todo esto, Jerónimo continúa cabalgando aún por los desiertos del sudoeste norteamericano, llenando nuestra imaginación colectiva de pesadillas sobre la fatalidad del Destino. Esta obra intenta mostrarlo tal como lo ven los apaches actuales: uno de los héroes de la historia estadounidense.



## PRIMERA PARTE

### LA VOLUNTAD DE COCHISE

## Capítulo 1

### La lona rasgada

No fue una confrontación equilibrada.

El anfitrión, sentado tenso y rígido dentro de una tienda de campaña militar hecha de lona, tenía sus pantalones azul oscuro sucios por el polvo acumulado tras cinco días de marcha. Era el alférez George N. Bascom. El militar tenía pobladas cejas, la mirada fija y refulgente de un fanático, y lucía una puntiaguda y cerrada perilla con la que trataba inútilmente de conferir seriedad a un rostro casi infantil. Era natural de Kentucky,<sup>[1]</sup> tenía unos veinticinco años y hacía dos que se había graduado en la academia militar de West Point. Tan solo había servido cuatro meses en territorio indio y esta era su primera oportunidad de mostrar su temple.

Su huésped bebía tranquilamente el café que Bascom le había servido. Era un apache de nariz aguileña, altos pómulos y frente despejada que doblaba al oficial en edad; un hombre alto dentro de la media de su raza (1,78 metros) con casi 80 kilos de impactante y recia musculatura.<sup>[2]</sup> Su pelo, largo y negro, le llegaba a los hombros y llevaba tres grandes aros de latón en cada oreja. Su rostro mostraba una impresionante gravedad y nunca sonreía.

Él era el más grande de los jefes apaches del momento. Su propio pueblo, los chiricahua, lo recordaría con una mezcla de miedo y sobrecogimiento. «Su mirada era suficiente para bajarle los humos al más escandaloso miembro de la tribu chiricahua»,<sup>[3]</sup> nos cuenta un observador blanco. Un niño apache, que por entonces tenía cuatro años, nos relata setenta y cinco años después el momento en que le mostraron el gran tipi del jefe: «Me pareció como si la vida de una persona no fuese lo bastante valiosa como para tan siquiera mirarlo».<sup>[4]</sup>

Los chiricahua lo llamaban *Cheis*, vocablo que significa «roble», en alusión no tanto al árbol o a su madera, como a la fortaleza que se le atribuye. Los anglohablantes le añadieron un prefijo, lo adaptaron a su lengua y así se le conoce desde entonces: Cochise.

Era el día 4 de febrero de 1861. El alférez Bascom instaló su campamento entre los matorrales de la ribera del Shyphon Canyon, justo al este del profundo desfiladero que une el valle de Sulphur Springs con la cuenca del río San Simón, en lo que hoy constituye el sudeste de Arizona. Grandes cúmulos de hojas arrastradas por el gélido viento se amontonaban sobre el pedregoso y reseco lecho del río. Hacía mucho frío, como siempre que se avecina una nevada; en una semana, a lo sumo, las ventiscas procedentes de las montañas occidentales barrerían la comarca.

George Bascom había llegado un día antes y se había cuidado de ocultar su presencia a los encargados de la estación de diligencias de Butterfield,<sup>[5]</sup> un edificio

construido de piedra ubicado a menos de dos kilómetros de distancia, pues el joven oficial había alegado que él, junto a una compañía de cincuenta y cuatro hombres del 7.º Cuerpo de Infantería, habían sido trasladados a río Bravo, mucho más al este. Según sus propias palabras, solamente deseaba recibir la visita de Cochise y poder ofrecerle la hospitalidad de su tienda.

El jefe chiricahua era un hombre cauto, había pasado toda su vida envuelto en intermitentes luchas con los mexicanos, hacia quienes, debido a sus traiciones y pusilanimidad, sentía un resignado desprecio. Pero con los ojos blancos, así conocían los apaches a los angloamericanos que comenzaban a fluir hacia sus territorios desde el este, con los ojos blancos era distinto. A pesar de su profundo malestar causado por la arrogante invasión de sus tierras, el jefe apache sentía verdadero deseo de llegar a un acuerdo de convivencia. Había confraternizado con los empleados de la cercana estación de Butterfield, incluso es posible que fuese contratado como proveedor de leña para la parada de postas.<sup>[6]</sup>

De este modo, Cochise llegó a la tienda del oficial con un talante amistoso y acompañado por su esposa, su hermano, dos sobrinos y sus dos hijos pequeños, y el alférez Bascom le sirvió la cena y un café.<sup>[7]</sup>

De pronto, el tono del mozalbete embutido en un uniforme azul oscuro se volvió acusador y le exhortó a que devolviese el ganado que había robado y también al niño de doce años que había secuestrado. Cochise le contestó que no sabía de qué le estaba hablando, pero se ofreció a averiguar quiénes fueron los autores de tales fechorías y a negociar tanto la devolución del niño como la del ganado. De nada sirvieron las propuestas del jefe indio, Bascom ya se veía coronado de laureles y le dijo que tanto él como sus familiares estaban arrestados hasta que no se recuperasen las propiedades robadas. La tienda del alférez estaba rodeada de soldados como parte del plan.

La reacción de Cochise fue instantánea. Sacó un cuchillo que llevaba oculto y, con el mismo movimiento, rasgó la lona de la tienda, lanzándose al exterior. Los asustados casacas azules hicieron fuego. Alrededor de cincuenta cartuchos atravesaron el gélido aire de febrero mientras Cochise desaparecía con presteza entre los matorrales que crecían en la colina situada inmediatamente detrás del campamento. Cuando el humo de la pólvora comenzó a disiparse, los soldados lo vieron huir herido en una pierna, pero ninguno de ellos lo persiguió. Cochise había huido tan rápido que cuando alcanzó la cumbre de la colina todavía tenía en la mano su taza de café.<sup>[8]</sup>

Los seis familiares del jefe chiricahua fueron hechos prisioneros.<sup>[9]</sup> Una hora después, Cochise se dejó ver en lo alto de otra colina pidiendo que le dejaran ver a su hermano. Bascom le respondió con un nutrido fuego de fusilería. Un testigo presencial nos cuenta:

—Cochise alzó una mano y juró vengarse. Luego gritó: «La sangre india es tan buena como la blanca», y desapareció.

Junto con las fallidas maniobras de las siguientes dos semanas, producto del

inquebrantable tesón de Bascom, se escribió el guión para un período de malentendidos y terror que se extendería por el sudoeste de Estados Unidos durante los doce años siguientes.

\* \* \*

El chico cuyo secuestro provocó el desastre era conocido en 1861 como Félix Ward y su vida entraría y saldría del escenario de las Guerras Apaches durante un cuarto de siglo, aunque siempre como actor secundario. A pesar de no ser una figura relevante, su papel fue tan siniestro, y tan crucial, como el de una de esas figuras menores de las tragedias griegas con cuyas acciones tropezaban los héroes y los llevaba a la perdición. Este personaje es uno de los más enigmáticos dentro de la larga crónica de la historia apache. Todo indica que vivió en Arizona hasta su muerte (1915) sin molestarse en compartir sus experiencias con nadie que pudiese haberlas recopilado en un documento.<sup>[10]</sup> Un pionero que lo conoció en sus últimos años, allá por 1906, lo describe como «un viejo vagabundo y desaliñado que depende del gobierno».<sup>[11]</sup>

Félix Ward era lo que por entonces se solía conocer como un mestizo. Era hijo adoptivo de un rancharo nacido en Irlanda llamado John Ward y, al ser pelirrojo, mucha gente creía que era medio irlandés y medio mexicano. Pero lo cierto parece ser que su padre era un apache y su madre una prisionera mexicana, que, tras seis años de cautiverio entre los indios, logró huir de sus captores llevándose al niño consigo.<sup>[12]</sup> Con el tiempo, pasó a ser la eventual pareja del rancharo John Ward, quien comenzaba a explotar un rancho en las cercanías del río Sonoita, a unos sesenta y cinco kilómetros al sudoeste de Tucson (Arizona).

El chico era tuerto del ojo izquierdo; unos dicen que nació así,<sup>[13]</sup> mientras otros creen que fue el resultado de algún desafortunado encuentro con un oso acaecido durante su juventud. Un día de febrero de 1861, Félix Ward fue capturado por unos indios que también habían robado una veintena de reses. Unas fuentes indican que había huido del rancho de su padre adoptivo, un alcohólico que le pegaba.<sup>[14]</sup> Otras, en cambio, afirman que estaba vagabundeando por los alrededores de la propiedad de su padrastro intentando capturar un *burro*<sup>[\*]</sup> perdido cuando fue raptado.

Con gran indignación, John Ward se presentó en Fuerte Buchanan, diecisiete kilómetros al norte de su propiedad, para denunciar la desaparición del muchacho.<sup>[15]</sup> El rancharo estaba convencido que habían sido los chiricahua quienes perpetraron ambos delitos, a pesar de que Cochise estaba acampado al menos a ciento treinta kilómetros de allí. Los soldados del fuerte propusieron seguir el sendero de los depredadores hasta alcanzar el campamento de los chiricahua, y así fue como Bascom recibió su fatídico encargo.

Ninguna de las personas que conocieron a John Ward tenía buena opinión de él. Algunos declararon que fue expulsado de California por el comité de vigilancia del



territorio.<sup>[16]</sup> Uno de los primeros historiadores de Arizona lo describe como «un hombre despreciable en todos los aspectos».<sup>[17]</sup> Los apaches declararían más tarde que el secuestro de su hijastro «probablemente no fuese tan importante para Ward como el ganado que le habían quitado».<sup>[18]</sup> Parece ser que Ward, a pesar de los testimonios, cabalgó junto a Bascom y quizá sirviese como intérprete para él.

Aunque las andanzas de Félix Ward fueron totalmente desconocidas para los blancos hasta trece años después de la confrontación de Siphon Canyon, los apaches sí sabían qué había sido de él. Cochise dijo la verdad a Bascom, él no lo secuestró. Los cuatreros y raptos eran miembros de una tribu totalmente distinta, apaches occidentales, que cuidaron del chico durante el resto de su infancia.<sup>[19]</sup> No sería hasta 1874 cuando Félix Ward regresó con los de su raza; lo hizo bajo el nombre de Mickey Free y se ofreció al ejército como explorador e intérprete.<sup>[20]</sup> Fue desempeñando estas funciones, así como su posterior labor como «espía oficial», donde cometió sus oscuras fechorías.

Un veterano que trabajó con Mickey Free en 1880, dijo de él: «Una criatura indolente [,] el tipo más repulsivo que uno se pueda imaginar».<sup>[21]</sup> Félix Ward, desde entonces Mickey Free, creció hasta convertirse en un hombrecillo bajo, delgado y desdeñoso con una guedeja de pelo larga y sucia colgándole sobre su ojo ciego, que siempre vestía una indumentaria raída y quien, además de estas poco afortunadas características, hacía gala de un carácter mezquino. No resulta difícil sentir cierta lástima por este marginado social, este paria que se encontraba mezclado en tres culturas, con tres idiomas distintos si contamos el español que hablaba su madre, sin llegar a pertenecer del todo a ninguna de ellas. Los que más lo trataron fueron los apaches y estos desconfiaban totalmente de él, pues «era incapaz de mostrar la menor lealtad», según palabras de uno que lo conoció personalmente.<sup>[22]</sup> En parte, la antipatía que despertó entre los indios surgió de su inocente papel como cautivo de doce años de edad. Él fue, según las palabras de los apaches: «El coyote que fue secuestrado y llevó la guerra a los chiricahua».<sup>[23]</sup> Entre los blancos, su reputación no era más favorable: «no se puede describir con un lenguaje correcto», fueron las palabras que usó el jefe de exploradores que lo tuvo a sus órdenes para referirse a él.<sup>[24]</sup>

Mickey Free cometió fechorías de gran alcance, las cuales resultan difícilmente comprensibles ante la aparente falta de justificación de las mismas. Quizá, como Iago en la tragedia de Shakespeare, sufría algún tipo de herida secreta; una especie de odio contra el mundo instigado por el daño que sufrió durante su juventud, que lo empujaba a devolver el dolor solo por el placer de ver las cosas desmoronarse en torno a él.

\* \* \*

Antes del anochecer de aquel 4 de febrero, Bascom ordenó levantar el campamento de Siphon Canyon y movilizó a sus hombres casi dos kilómetros río arriba, hasta la parada de postas.<sup>[25]</sup> Al suponer que estaba desarrollando un combate, el teniente buscó refugio entre los muros de piedra de la estación. A la mañana siguiente, Cochise, a la cabeza de un gran número de guerreros, se apostó en una colina cercana, pero, en lugar de atacar, el jefe apache alzó una bandera blanca. Comandados por Bascom y Cochise, dos grupos de cuatro negociadores se encontraron en un punto situado a unos cien metros de la estación. Cochise suplicó la liberación de sus familiares. Bascom le garantizó su puesta en libertad «en cuanto el chico fuese rescatado». Las protestas de Cochise alegando que no tenía la menor idea de quién pudiera ser aquel Félix Ward resultaron vanas.

Un veterano mayoral de diligencias de Butterfield observaba la estéril negociación. Este hombre se llamaba James Wallace, era diez años mayor que Bascom, conocía a los apaches mil veces mejor que Bascom, hablaba apache y contaba a Cochise como uno de sus amigos. La exasperación que debió sentir ante la inflexibilidad del oficial debió de ser lo que le impulsó a actuar. Junto a otros dos empleados de Butterfield, decidió hacerse cargo de la negociación.

Este movimiento alarmó a los apaches, pero también les concedió una oportunidad. Unos guerreros indios, escondidos en una quebrada cercana, trataron de capturar a los hombres de Butterfield. Wallace fue hecho prisionero, pero los otros dos lograron zafarse y huyeron a toda prisa hacia la estación. Al primer signo de alboroto, Cochise y su trío de aliados se apresuraron a ponerse a cubierto. Bascom ordenó abrir fuego y los apaches apostados en la colina sur respondieron con una cerrada descarga.<sup>[26]</sup> Uno de los empleados de la estación de postas fue herido en la espalda, pero sus compañeros lograron ponerlo a salvo.<sup>[27]</sup> El otro fue menos afortunado. Los asustadizos soldados de Bascom sabían tan poco acerca de los apaches como el propio oficial. Nadie les había dicho que era casi imposible que los apaches atacasen una fortificación. Entonces el tercer hombre de la estación de Butterfield alcanzó los muros de la parada y los trepó totalmente desesperado. Los soldados lo confundieron con un enemigo y le dispararon a quemarropa, matándolo.

Aquella noche, las aturulladas tropas vieron fogatas a lo lejos y escucharon los desgarradores gritos de lo que pensaban era una danza de guerra. Se prepararon para la batalla que tendría lugar al día siguiente. Pero a las doce del mediodía del 6 de febrero, Cochise apareció de nuevo en lo alto de la colina. Esta vez llevaba a Wallace, cuyas manos estaban atadas a la espalda, con una cuerda alrededor del cuello. De nuevo rogó la libertad de sus parientes, ofreciendo a cambio al prisionero que tenía junto a él. Y de nuevo el testarudo oficial renunció a liberarlos.

Para Cochise, y para el resto de los apaches, no había nada más fuerte que los lazos que los unían con sus familiares. Un oscuro grito de ira brotó de su pecho directamente hacia aquel insolente jovenzuelo de ridícula perilla, vestido de uniforme azul. De buena gana Cochise hubiese ordenado a sus guerreros que atacasen, pero

todavía tenía esperanzas de rescatar a su esposa, su hermano, sus hijos y sus sobrinos. El lazo más fuerte lo tenía con su hermano menor, Coyuntara, un gran luchador y magnífico jinete cuyo nombre sacudía de terror los corazones de los mexicanos.<sup>[28]</sup> Debido a la posibilidad de conseguir liberar a Coyuntara y los demás, Cochise soportaría la arrogancia de aquel militar estadounidense durante un rato más.

Sus exploradores habían descubierto una hilera de carromatos cargados de harina, procedente de los mercados de Nuevo México, aproximándose por el paso occidental.<sup>[29]</sup> Los hombres de la expedición, tres estadounidenses y nueve mexicanos, no presintieron que hubiese nada fuera de lo común. Aquella tarde los apaches de Cochise prepararon una emboscada justo a los pies de la colina oriental. El convoy de mercancías cayó fatídicamente en la trampa y en cuestión de minutos una docena de hombres fueron capturados.

Cochise no sintió el menor síntoma de piedad hacia los mexicanos. Una y otra vez, aquella gente había engañado y traicionado a su pueblo. Incluso ofrecían recompensas a cambio de cabezas de mujeres y niños apaches. En ese momento los nueve cautivos mexicanos no representaban nada útil para los propósitos de Cochise. Los entregó a sus hombres, quizá también a sus mujeres, quienes sí sabrían qué hacer con ellos. Ataron a los mexicanos por las muñecas a las ruedas de los carromatos y después les prendieron fuego. Los prisioneros murieron abrasados.

Los otros tres prisioneros blancos, creía Cochise, deberían servir para equilibrar la oferta frente al alférez estadounidense. Aquella tarde, el jefe ordenó a Wallace que escribiese una nota en inglés. El mensaje rezaba así: «Trata bien a mi gente, y yo trataré bien a la tuya». En la misma colina donde ese mismo mediodía Cochise había gritado hacia Bascom, sujetaron la nota a una estaca y la dejaron allí para que la recogieran los soldados.

Un velo de confusión rodea los acontecimientos en este punto. Según una versión, la nota no fue descubierta hasta dos días más tarde, un retraso crucial. Pero Bascom, en su informe oficial, señala que leyó el mensaje el mismo día que este fue colocado.<sup>[30]</sup> En cualquier caso, Bascom no hizo nada y con su pasividad condenó a los rehenes que Cochise tenía en su poder.

¿Por qué, se pregunta uno, Bascom se negó a creer que Cochise decía la verdad cuando declaró no saber nada acerca del muchacho secuestrado? Algunos testimonios afirman que cuando Bascom rechazó el trato donde se le ofrecía a Wallace, un veterano, un inteligente sargento, ante el escaso conocimiento mostrado por su superior, abogó con tanto ímpetu para que aceptase el acuerdo que el alférez mandó arrestarlo por insubordinación.<sup>[31]</sup> ¿Ocurrió esto, como sugiere un erudito, porque el alférez interpretó sus órdenes, recibidas por escrito y redactadas de un modo imperioso, como la exigencia de tratar a Cochise con dureza, fuese culpable o inocente?<sup>[32]</sup> ¿O Bascom pertenecía a esa clase de hombres que no toleran ambigüedades y contemplan el devenir de los hechos como meras distracciones ante la pureza de su propia teoría? ¿Había decidido de antemano que Cochise tenía al

muchacho y que todas sus protestas, y sus desesperadas contramedidas, no eran sino la confirmación de su culpabilidad?

¿O era, y esto es más patético, una simple maniobra para salvar la cara ante sus soldados, que habrían efectuado una marcha de cinco días para nada? ¿O era un modo de mantener orientadas las ambiciones que lo habían llevado desde West Point hasta aquel destino en el desierto?

Como Bascom no respondió al mensaje, Cochise dio por perdidas todas sus esperanzas de lograr una negociación. Trataría de rescatar a sus parientes por la fuerza. Y se retiró al sur, a las montañas de los chiricahua, para preparar su estrategia. [33]

Durante dos días nadie vio un solo apache por los alrededores de la estación de Butterfield. El día 8 de febrero, dos hombres condujeron una recua de mulas pertenecientes al ejército hasta los manantiales situados a poco menos de seiscientos metros de la estación. Justo cuando los soldados habían osado creer que los indios se habían retirado de una vez, una gran partida de apaches, desnudos de cintura para arriba y cubiertos con sus pinturas de guerra, realizaron una carga desde las cimas de las colinas. Los soldados respondieron al fuego y corrieron de vuelta a la estación, pero perdieron casi cincuenta y seis mulas. Este ataque era principalmente una táctica de engaño, pues pocos minutos después otra banda de indios comenzó a disparar desde el lado opuesto.

Los muros de piedra cumplieron su propósito. Los más de cien guerreros de Cochise podrían haber tomado al asalto la fortificada construcción y matado a la mayoría de los cincuenta y cuatro soldados, si no a todos. Pero para ello hubiesen tenido que pagar un precio demasiado elevado; cuando la proporción era simplemente favorable, y no aplastante, los apaches renunciaban a atacar. La partida de Cochise se retiró hacia el sur.

Después de todas sus bravuconadas frente a Cochise, el ánimo de Bascom se había reducido a una irresponsable apatía. Si durante la tregua de dos días se había podido permitir creer que los apaches se habían retirado definitivamente, tras el ataque Bascom se comportaba como si estuviese rodeado por una horda de salvajes que vigilaba todos sus movimientos. En realidad, los apaches estaban cabalgando hacia México.

Durante seis días Bascom mantuvo a sus hombres encerrados en la parada de postas. Mientras tanto, él titubeaba y no hacía nada. Incluso falló al no enviar unas patrullas de exploradores para cerciorarse de si, en efecto, los apaches habían abandonado la zona. El día 7 de febrero había ordenado enviar a un correo a Fort Buchanan para solicitar refuerzos. Entonces, quizás humillado por la pérdida de todas sus mulas, se contentó con esperar a que otros soldados acudiesen en su rescate.

Por fin llegaron. Setenta dragones, soldados de caballería, procedentes de dos compañías al mando de un oficial de más graduación que Bascom. El 16 de febrero, ocho días después del último ataque, la reforzada tropa exploró las colinas

circundantes al paso. No encontraron a un solo apache.

Dos días más tarde, un destacamento que se dirigía de vuelta al oeste sobre el paso de montaña no pudo dejar de notar algunos buitres trazando círculos en el cielo.<sup>[34]</sup> Lo que encontraron bajo la bandada de carroñeros los conmovió profundamente. Allí estaban los cuerpos de Wallace y los tres estadounidenses capturados en la emboscada de la caravana de carromatos. Estaban mutilados, atravesados una y otra vez por las lanzas de los apaches. El cadáver de Wallace solo pudo ser reconocido por los empastes de oro de sus dientes.<sup>[35]</sup> Bascom no supo determinar si las mutilaciones fueron infligidas antes o después de que muriesen.<sup>[36]</sup>

Una semana antes, una patrulla del destacamento procedente de Fort Buchanan, el mismo que iba a rescatar a Bascom, se topó con tres apaches coyoteros que guiaban una partida de ganado robada en México.<sup>[37]</sup> El pelotón de quince hombres persiguió a los indios y los capturó. Aquellos hombres no tenían nada que ver con la confrontación que estaba desarrollándose a cuarenta kilómetros al este de allí; ni siquiera pertenecían a la tribu de Cochise, los chiricahua. En tales circunstancias, tal como quizá comenzasen a barruntar, su suerte estaba echada.

El oficial al mando de la expedición, de graduación superior a Bascom, enfurecido por el hallazgo de los cuerpos mutilados cerca del desfiladero, mandó ahorcar a los adultos que llevaba prisioneros. Esto incluía no solo a Coyuntara y los dos sobrinos de Cochise sino también a los tres coyoteros, que no eran culpables de otra cosa más que de robar ganado en el extranjero. Hay que señalar a favor de Bascom que este se opuso a las ejecuciones, pero sus objeciones fueron rechazadas por su superior.

Cuatro hermosos robles se alzaban próximos a las recientes tumbas de las víctimas de Cochise. Bascom llevó a los seis indios hasta aquel punto y, a través de un intérprete, les contó lo que les iba a suceder. Los apaches suplicaron que los fusilasen en vez de colgarlos y que les diesen whisky, pero Bascom hizo caso omiso de los ruegos. Un hombre «imploró lastimeramente por su vida» mientras que otro, quizá Coyuntara, comenzó a cantar, a danzar y declaró estar muy satisfecho de sí mismo pues «había matado a dos mexicanos el mes anterior».

Bascom ató a los cautivos de pies y manos.<sup>[38]</sup> Seis soldados lanzaron sus lazos sobre las robustas ramas de los robles.<sup>[39]</sup> Pusieron las sogas alrededor del cuello de los apaches y los alzaron al aire... «tan alto que ni siquiera los lobos podrían alcanzarlos». Meses después sus esqueletos todavía oscilaban colgados de las cuerdas.

Dejaron en libertad a la esposa de Cochise y a sus dos hijos. Uno de ellos, Naiché, llegaría a ser el último jefe de los chiricahua libres.<sup>[40]</sup>

En su informe oficial Bascom distorsionó y omitió muchos acontecimientos y en ocasiones mintió descaradamente.<sup>[41]</sup> En vez de admitir que Cochise se había abierto paso rajando la lona de la tienda y escapó para ponerse a salvo, Bascom declaró que

había dejado al jefe indio en libertad con la promesa de que este trataría de encontrar a Félix Ward y que regresaría al cabo de diez días. En vez de aceptar que el empleado de Butterfield murió como consecuencia de los disparos de sus soldados, Bascom dio a entender que había muerto a manos de los indios. Tampoco asumió ninguna responsabilidad por la pérdida de todas sus mulas.

Bascom también había perdido dos hombres, y varios más estaban heridos. El alférez estimó que sus tropas habrían causado entre cinco y veinte bajas entre las filas chiricahua (los apaches admitirían más tarde que fueron cuatro).<sup>[42]</sup> Como recompensa a sus esfuerzos, Bascom fue recomendado oficialmente para un ascenso y en breve lo promocionaron primero a teniente y después a capitán.<sup>[43]</sup> Pero no disfrutaría mucho de tales honores: un año después de su enfrentamiento con Cochise, moriría en una batalla en Nuevo México.

La catástrofe de Siphon Canyon creció hasta convertirse en un notable hito entre los apaches.<sup>[44]</sup> Generaciones de padres les contaron la historia a sus hijos hasta que esta llegó a formar parte del reino del folclore, conociéndose simplemente como «la lona rasgada» o «la huida a través de la lona rasgada».

Uno de los guerreros de Cochise que en 1861 ayudó a quemar vivos a los nueve mexicanos era un astuto e inteligente hombre de treinta y ocho años.<sup>[45]</sup> Cuando las llamas se iban acercando a los desdichados carreteros, probablemente escuchase sus histéricos chillidos. Es posible que clavase su lanza o cortase sus cuerpos mientras estaban vivos. Una fuente datada diez años antes de este suceso informa que dicho guerrero albergaba un odio hacia los mexicanos más profundo que el de Cochise. Para los estadounidenses todavía era un perfecto desconocido, se llamaba Goyahkla, que significa «el que bosteza».

Los mexicanos lo conocían como Jerónimo.



## Capítulo 2

### La marmita negra

Cochise desató su furia cuando descubrió a los ahorcados. De todos modos, era una característica suya el preparar la venganza con un estilo metódico. Alrededor de un mes después de que los soldados colgasen a sus parientes, Cochise finalizó su temporada en México preparando una partida de guerra.<sup>[1]</sup> No sería hasta finales de abril de 1861, más de dos meses después de la confrontación con Bascom, cuando se decidiese a golpear.

En Doubtful Canyon, el desfiladero preferido por los apaches en la frontera de Arizona con Nuevo México, a través del cual discurría la línea de diligencias de Butterfield, Cochise preparó una emboscada a un carruaje de correo. Los nueve hombres blancos que viajaban en él, el mayoral, la escolta y los pasajeros, fueron asesinados. Cochise sometió a dos de ellos a una horripilante tortura. Los ataron por los tobillos a unas ramas de modo que quedaron suspendidos cabeza abajo a una altura aproximada de medio metro del suelo. Prendieron pequeñas hogueras bajo sus cabezas y los hombres murieron abrasados en lenta y espantosa agonía.

Casi todas las semanas desde abril hasta junio Cochise y sus guerreros atacaron pequeñas patrullas de hombres blancos. Los apaches cabalgaban a través de toda la zona sur de Arizona y sus objetivos no seguían una pauta comprensible para los soldados estadounidenses. Si los hombres de Cochise atacaban un rancho aislado, destrozarían puertas y ventanas, romperían vajillas y utensilios, rajarían los colchones y desparramarían por los alrededores todos los víveres que encontrasen. Mataban a todo el que encontrasen, niños pequeños incluidos, y destripaban sus cuerpos. Era muy típico de ellos lancear un cadáver cientos de veces.

A medida que las campañas de Cochise obtenían éxitos, a principios de verano, sus fuerzas crecían. No más de treinta hombres serían los que llevaron a cabo las primeras ofensivas; en junio Cochise comandaba una fuerza de casi cien guerreros. Los nerviosos supervivientes juraban que habían luchado contra una horda mucho mayor.<sup>[2]</sup> No era raro que los blancos informasen de que juntó a Cochise cabalgaban quinientos o seiscientos guerreros. Sea como fuere, a lo largo de toda la historia del conflicto con los apaches ninguna partida de guerra superó los doscientos hombres.

Un pionero de Arizona calculó que la venganza de Cochise se había cobrado alrededor de ciento cincuenta vidas en los primeros sesenta días.<sup>[3]</sup> Volviendo la vista atrás, medio siglo después de los doce años que duraron los enfrentamientos entre Cochise y el territorio de Arizona, uno de los primeros historiadores de dicho estado afirmó: «La estupidez e ignorancia de Bascom costó probablemente unas quinientas vidas de ciudadanos estadounidenses y cientos de miles de dólares en valores de

propiedad».<sup>[4]</sup>

Sin duda el precio en vidas es demasiado alto. El relato del historiador, por otra parte, es la personificación de un viejo mito: antes de la locura que cometió Bascom, Cochise estaba decidido a vivir en armonía con los ojos blancos. Pero el biógrafo de Cochise, Edwin R. Sweeney, aporta documentación acerca de un creciente número de refriegas entre el jefe indio y los colonos norteamericanos (mexicanos y estadounidenses) que comenzaron a finales de 1859, casi un año y medio antes del incidente con Bascom.<sup>[5]</sup> Tevis, un buscador de oro que entró al servicio de la estación de Butterfield, supuso una extravagante y poco fidedigna fuente de información acerca de los primeros tratos con los apaches.<sup>[6]</sup> Afirma que en 1859 asistió a un gran consejo indio durante el cual un buen número de jefes debatieron qué debían hacer con los estadounidenses. Cochise, según el testimonio de Tevis, propuso «una política de exterminio».

El mito de Cochise gira en torno a una estoica gravedad que lo dibuja como un sabio y un hombre de estado. «El Abraham Lincoln de los indios», según las sardónicas palabras de un comentarista moderno.<sup>[7]</sup> Tevis, que conocía muy bien al jefe indio, lo define como «el mayor mentiroso del territorio».<sup>[8]</sup> El veredicto está plagado de prejuicios y cortapisas culturales. Para los apaches la honestidad era una virtud cardinal y la integridad de Cochise era legendaria entre su gente. De todos modos, durante la vorágine de sus saqueos de 1861, no le importó usar el engaño para matar a ojos blancos, como en una ocasión en la que se acercó a dos mineros con su rifle apoyado sobre la silla de su caballo, alzó su mano como signo de buena voluntad y, acto seguido, atravesó a uno de ellos de un disparo sin levantar el arma.<sup>[9]</sup>

Tevis, que fue en diferentes ocasiones prisionero y confidente de Cochise, lo retrata como un hombre dotado de capacidad de mando y una poderosa voluntad, cuyas reacciones eran extrañas e imprevisibles a causa de su volcánico temperamento, muy sensible a los insultos y con una vanidad infantil unida a un sadismo instintivo.<sup>[10]</sup> En cierta ocasión Tevis lo echó del edificio de Butterfield cuando la diligencia estaba descargando. Cochise montó en cólera y retó a Tevis a un duelo a caballo a cincuenta metros de distancia... Tevis con su «seis tiros», como llamaban a los revólveres, y el jefe con su lanza. Cochise ofreció ciertas ventajas a Tevis, pues estaba convencido de su letal habilidad con la lanza, y Tevis decidió rechazar el duelo. Para desacreditar el honor del empleado, el jefe le obligó a cuidar de su hijo de seis años durante todo un día. Esto era un trabajo propio de mujeres y, a ojos de un apache, una labor humillante para un hombre.

Tiempo después, cautivo en manos de Cochise, Tevis fue testigo de la muerte por tormento de dos de sus amigos. La tortura fue la misma que usaron en Doubtful Canyon: colgaron a los dos hombres y los achicharraron a fuego lento. Entonces la ira de Cochise pareció amainar, y le ofreció a Tevis carne de caballo para que la cocinase y comiese. Pero apenas había terminado de comer, cuando Cochise lo puso en pie,



tenía las manos atadas a la espalda, y lo colocó sobre las brasas del fuego del campamento hasta que sus botas comenzaran a arder. Afortunadamente, antes de que el jefe completase su obra, un apache bondadoso lo liberó, por la noche.

El verano de 1861 estuvo animado con tormentas de aparato eléctrico más frecuentes y violentas de lo habitual.<sup>[11]</sup> Para los apaches, los relámpagos eran la manifestación de unos poderosos seres sobrenaturales conocidos como la Gente del Trueno.<sup>[12]</sup> En una ocasión, la Gente del Trueno había cazado en beneficio de los apaches, proporcionando a estos todo lo que necesitaban. Los rayos eran sus flechas, y las piedras de sílex esparcidas por todo su territorio eran los retazos que quedaban de ellas. Pero en algún momento del pasado, los apaches habían dado la cacería por concedida y, para castigar tal ingratitud, la Gente del Trueno cesó de otorgarles su sobrenatural ayuda.

De este modo, los rayos pasaron a ser un fenómeno profundamente ambiguo dentro de la cultura apache. Para conjurar el peligro de ser alcanzados por los relámpagos, los apaches usaban hechizos: cuando un rayo atravesaba el firmamento, se ponían salvia en el pelo, se aseguraban de que no hubiese nada de color rojo cerca de ellos, rehusaban comer y proferían el sonido de un salivazo como muestra de respeto. Cuando un rayo caía en las cercanías dejaba una especie de polvo acre en el ambiente (probablemente fuese el ozono que produce una descarga eléctrica), y si una persona respiraba dicha sustancia, enfermaba con «el mal de los relámpagos».

Sin embargo, los relámpagos también podían ser una fuerza benigna, y los apaches les rezaban directamente a ellos. Toda una estirpe de chamanes estaba especializada en los rayos, y durante el verano de 1861 concentraron todos sus esfuerzos en llevar a los ojos blancos, en particular a los soldados, a campo abierto.<sup>[13]</sup> El principal obstáculo era que la presencia de hierro tendía a invalidar el poder de los chamanes... y los soldados poseían hierro en abundancia. Solo uno de los chamanes de los rayos tenía un poder que pudiese contrarrestar la funesta influencia del hierro. Este hombre era un anciano que murió durante el invierno de 1861 a 1862. Por su avanzada edad, la muerte pareció un hecho natural e inevitable. Solo mucho después los apaches se plantearían si su muerte cambió el rumbo de los acontecimientos.

Así pues, un verano abundante en tormentas eléctricas era un acontecimiento portentoso. De hecho, los ojos blancos comenzaron a marchar, en efecto. Los granjeros abandonaron sus haciendas. Florecientes campos mineros se convirtieron en ciudades fantasma. Tan pronto como llegó marzo, la línea de Butterfield cesó sus servicios.<sup>[14]</sup> El 10 de julio todos los soldados destacados en Fort Breckenridge (situado a orillas del río San Pedro, al norte de Tucson) abandonaron la plaza y se trasladaron a la única fortificación militar que quedaba en Arizona: Fort Buchanan, el lugar desde el cual Bascom había comenzado su malhadada misión en enero. Once días después de llegar los soldados, quemaron Fort Buchanan hasta sus cimientos y se dirigieron al este, hacia Nuevo México.

Los apaches se regocijaron con la noticia.<sup>[15]</sup> La política de exterminio de Cochise estaba cosechando un brillante éxito. El paraíso de antaño, aquel que los ancianos evocaban alrededor de los fuegos de los campamentos..., el tiempo en el que los apaches podían deambular libremente por la tierra que Ussen, su dios, había creado para ellos, parecía estar al alcance de la mano de nuevo.

Aunque satisfecho, Cochise no estaba demasiado sorprendido. Una década antes, cuando los apaches entraron en guerra contra el estado mexicano de Sonora, también hubo a continuación un abandono general.<sup>[16]</sup>

A finales de 1861 solo quedaban dos pequeños asentamientos de hombres blancos en Arizona.<sup>[17]</sup> Uno era un insignificante campamento minero en Patagonia y el otro era la ciudad de Tucson, cuya población se había reducido hasta llegar a los doscientos habitantes. Cochise había trazado planes para borrar estas dos comunidades de la faz de la Tierra.

Por aquel tiempo, Tucson era probablemente la ciudad más violenta y anárquica dentro del territorio de lo que hoy es Estados Unidos. Un testigo ocular escribió: «Si se buscara a lo largo y ancho de este mundo, no creo que se encontraran maleantes tan degenerados como lo son la mayor parte de los habitantes de Tucson. Cada hombre va armado hasta los dientes y las peleas callejeras y delitos de sangre son un hecho cotidiano».<sup>[18]</sup> Otro añadió: «Hombres inocentes e inofensivos son tiroteados o los apuñalan con puñales Bowie solo por el gusto de ser testigos de su agonía». Los sangrientos planes que Cochise reservaba para Tucson, muy bien podrían ser secundados por las sangrientas matanzas de la propia ciudad.<sup>[19]</sup>

Durante el otoño de 1861 los apaches se deleitaron con su poder y libertad. Continuaron matando a todos aquellos rezagados que no habían huido lo suficientemente rápido de Arizona. Entonces, durante el invierno, llegaron extrañas noticias procedentes del Este.<sup>[20]</sup> Las nuevas llegaron de parte de unos aliados ocasionales de los apaches chiricahua, los apaches mescalero, cuyas tierras se ubicaban en las estribaciones de Sierra Blanca, mucho más al este de río Bravo. Los jinetes mescalero, que fueron empujados hacia el sur hasta llegar a Texas, se habían encontrado con una banda de ojos blancos. Obviamente, aquellos hombres eran soldados, pero en vez de lucir el conocido uniforme azul vestían uno de color gris y además portaban una bandera que ningún apache había visto jamás. En cuestión de semanas, parecía evidente que los ojos blancos se habían dividido en dos bandos (los azules y los grises) y estaban combatiendo unos contra otros.

Cochise nunca asumió completamente las repercusiones de esta ironía.<sup>[21]</sup> Una década después, él seguiría creyendo que fue su reino de terror el que había expulsado casi a la totalidad de los ojos blancos del territorio de Arizona en 1861. Sus estragos, desde luego, habían cobrado su tributo, pero los nutridos bombardeos de mortero efectuados el 12 de abril de 1861 en Fort Sumter, al este de Arizona (un lugar tan lejano que ni siquiera entraba dentro del universo apache) habían sido

mucho más relevantes para la despoblación del territorio. Fue la Guerra de Secesión estadounidense la que vació de soldados Fort Breckenridge y Fort Buchanan.

La idea de que la gente pudiese dividirse en grupos para matarse unos a otros no era extraña para los apaches. Durante siglos, las distintas tribus apaches se habían hecho la guerra unas a otras y todos habían combatido alguna vez a los navajos, un grupo racial muy próximo a ellos. Incluso dentro de una tribu apache podrían constituirse facciones que estallaban en violentos enfrentamientos.

A comienzos de 1862, la campaña oriental de la Guerra de Secesión zigzagueó a través del territorio de Nuevo México.<sup>[22]</sup> Tucson estaba repleto de simpatizantes sudistas y, con el abandono de los fuertes militares, Arizona se declaró como miembro del territorio confederado. Y como tal fue reconocido por el Parlamento de Jefferson Davis en Richmond. En junio, con objeto de sofocar el levantamiento, las tropas de la Unión marcharon sobre Tucson desde California.

Así, los apaches tuvieron que abandonar su sueño de que los ojos blancos hubiesen abandonado su tierra de una vez para siempre. De todos modos, uno siempre podría esperar que los azules y los grises terminaran matándose unos a otros en número suficiente como para quedar lo bastante debilitados para repeler las incursiones apaches. Fuese lo que fuese el fin último de la Guerra de Secesión, esta parecía ser al principio una cosa positiva para los indios.

En mayo de 1861, mientras Cochise arrasaba los terrenos cedidos a los colonos por el estado, a condición de que los trabajasen, otra banda de apaches comenzó a devastar los asentamientos de colonos de la zona occidental de Nuevo México. Estos jinetes podrían considerarse primos hermanos de los hombres de Cochise, aunque preservaban una identidad cultural diferente. Los anglohablantes los llamaron Warm Spring Apaches, apaches de Ojo Caliente, mientras que los hispanohablantes los conocieron como apaches mimbrenño y los incluían dentro de los apaches de Gila. Algunos etnógrafos los agrupan junto a la gente de Cochise, llamándolos a todos chiricahua.<sup>[23]</sup> En cambio otros hacen distinciones entre los mimbrenño y los auténticos chiricahua. La sagrada tierra natal de esta tribu de Nuevo México incluía unas fuentes termales cerca del nacimiento de Cañada Alamosa, un pequeño afluente de la ribera oriental del río Bravo del Norte. Los apaches mimbrenños se llamaban a sí mismos *chihenne*, la «gente pintada de rojo», a causa de la rojiza arcilla que se encontraba cerca de las fuentes termales y que usaban para embadurnarse el rostro. Los chiricahua de Cochise se llamaban a sí mismos *chokonon*, una palabra de la que no disponemos de traducción exacta.

El jefe de los *chihenne* era Mangas Coloradas, un hombre de unos setenta años de edad, aproximadamente veinte años mayor que Cochise. Mangas Coloradas era un auténtico gigante entre los suyos, medía alrededor de 1,90 m y pesaba unos ciento diez kilos.<sup>[24]</sup> Si en 1861 Cochise era el más prominente caudillo apache, él lo había sido durante la década de 1840. Los primeros exploradores blancos que se encontraron con él lo describen con términos que denotan sobrecogimiento. «El más

noble espécimen indio que haya visto jamás», finaliza la descripción de uno de ellos.<sup>[25]</sup> «El ideal poético de un cacique», afirma otro.<sup>[26]</sup> «El más grande y de mayor talento de los jefes apaches del siglo XIX», escribe un tercero.<sup>[27]</sup>

En toda la historia conocida de los apaches, solo Mangas había buscado la confederación de las distintas tribus apaches mediante la alianza de los chihenne con los mescalero, los montaña blanca, los coyoteros y quizás incluso con los navajos.<sup>[28]</sup> Para consolidar su afiliación con los chokonen. Mangas había casado a su hija con Cochise.<sup>[29]</sup> Además de ser un maestro dentro de la diplomacia entre las distintas tribus, también era un genio dentro de la táctica militar. También era (y eso era una condición indispensable para que los guerreros apaches siguiesen a un jefe) todo un campeón en los combates cuerpo a cuerpo. Sus crudelísimos tormentos para con los colonos blancos ayudaron a subrayar su reputación de hombre inmisericorde. El mismo explorador que definió a Mangas Coloradas como el más grande apache del siglo XIX, también escribió: «La vida de Mangas Colorad[as], si pudiese ser determinada de algún modo, sería una trama de las más extensas y afligidas revelaciones; de las crueldades más atroces, las más sangrientas venganzas y los mayores agravios que haya perpetrado jamás indio alguno».<sup>[30]</sup>

Dos sucesos concretos dispusieron a Mangas Coloradas en contra de los ojos blancos. El primero tuvo lugar en 1837, cuando el territorio que hoy conocemos como Nuevo México y Arizona todavía pertenecía a México. Fue obra de un cazador de cabelleras y empresario oriundo de Kentucky llamado John Johnson. «El asesino de corazón más negro de los muchos que avergonzaron a la frontera», según palabras de un estudioso.<sup>[31]</sup> La motivación de Johnson no estaba originada por ningún agravio sufrido a manos de los apaches, sino por la promesa de los mexicanos de cobrar un botín entre el ganado recuperado o por las nuevas recompensas que ofrecía el estado de Chihuahua: cien pesos por cada cabellera de hombre apache, cincuenta por la de mujer y veinticinco por la de niño.<sup>[32]</sup>

Johnson, a la cabeza de una cuadrilla de aventureros cazadores de fortuna, atrajo a un grupo de apaches con el pretexto de comerciar con cobre, muy cerca de las minas que hay de dicho metal en Santa Rita del Cobre.<sup>[33]</sup> Colocaron en el suelo un saco de pinole, harina de maíz con canela y azúcar, e invitaron a los indios a que se sirvieran. Mientras recogían la harina, dispararon al grupo con un cañón cargado de metralla, a bocajarro, los aventureros, oriundos de Misuri, terminaron la matanza con ayuda de sus rifles. Al menos una veintena de apaches murieron en la masacre, entre ellos un importante jefe.

Mangas Coloradas no solo era pariente de ese jefe, sino que, según los testimonios de los apaches de hoy en día, estuvo presente en el desastre de Santa Rita.<sup>[34]</sup> Se había quedado un tanto rezagado, pues desconfiaba de los blancos, mientras que el resto se lanzaba sobre el pinole. Huyó de la masacre a pie, llevando en brazos a un niño pequeño, al hijo del jefe asesinado.

El segundo incidente que fortaleció la antipatía de Mangas hacia el hombre blanco ocurrió catorce años después, en 1851. Sucedió en Pinos Altos, muy cerca de Santa Rita (ambas poblaciones estaban situadas a pocos kilómetros de la actual ciudad de Silver City, en el estado de Nuevo México). Los angloamericanos habían descubierto oro. Los apaches se mostraban perplejos y consternados ante la afición que mostraban españoles, mexicanos y estadounidenses a escarbar en el suelo en busca de aquel metal amarillo. Un jefe le había dicho a su pueblo: «Los ojos blancos son supersticiosos respecto al oro. Su sed de él es insaciable. Mienten, roban matan y mueren por él».<sup>[35]</sup>

Para los apaches esta obsesión era incomprensible. El oro era demasiado blando para ser útil.<sup>[36]</sup> No se podían hacer balas ni puntas de flechas con él. Y más aún, esa sustancia era sagrada para Ussen, pues era un símbolo del sol. El mismo jefe explicaba por qué la minería era tabú: «Se nos permite sacarlo de la superficie de la Madre Tierra, pero no arrastrarnos dentro de su cuerpo en su busca. Hacerlo sería incurrir en la ira de Ussen. Los Dioses de las Montañas danzan y sacuden sus poderosos hombros destruyendo todo lo que haya a su alrededor».

De este modo, la afluencia de gente a Pinos Altos, una población cercana al centro del territorio de los chihenne, los apaches mimbrenos, alarmó a Mangas, pues no solo los mineros suponían una amenaza para la soberanía de los apaches, sino que sus redes subterráneas podrían desencadenar terremotos. El viejo jefe asumió la responsabilidad de persuadir a los hombres blancos de buscar oro en cualquier otro lugar.<sup>[37]</sup> Buscó uno a uno a los mineros más importantes y les habló de importantes yacimientos que conocía en México, incluso se ofreció a guiarlos hasta allí. En vez de confiar en Mangas, a los prospectores se les metió en la cabeza que él planeaba sacarlos de allí uno a uno y matarlos. En la siguiente visita lo agarraron, lo ataron a un árbol y lo flagelaron salvajemente con un látigo de conducir ganado mientras le llenaban los oídos con sus mofas. Un historiador escribió: «Esto era el peor agravio que se le podía hacer a cualquier indio. Y Mang[a]s Colorad[as] era un gran jefe».<sup>[38]</sup>

En mayo de 1861, Mangas Coloradas centró su furia vengativa en la zona de Pinos Altos y puso cerco al campamento de los buscadores de oro.<sup>[39]</sup> En julio, Cochise se unió a él. Los dos jefes y sus guerreros establecieron un campamento base al sudeste de Pinos Altos, en la falda de Cooke's Peak, donde brota un manantial de vital importancia. Se emboscaron y dieron muerte a unos cien soldados y mineros que pasaron por allí. Los apaches controlaban el territorio, pero aun así, un ataque total a Pinos Altos dirigido por Mangas Coloradas fracasó en su propósito de sacar de allí a aquellos empecinados mineros.

Por entonces, Cochise y Mangas Coloradas estaban a punto de expulsar a los últimos ojos blancos del territorio indio. Y todo apuntaba a que el resultado de la guerra entre azules y grises tendría fatales consecuencias para los apaches. No solo porque pudieran encontrarse en la línea del fuego cruzado, que lo estaban, sino porque los comandantes de ambos ejércitos, cuyos corazones se habían endurecido

con la guerra, adoptaron medidas respecto a los indios mucho más rigurosas de las que nunca antes había tomado militar estadounidense alguno.

En junio de 1862, las tropas californianas habían tomado la ciudad de Tucson y reestablecieron los puestos de Fort Buchanan y Fort Breckenridge con objeto de ir en auxilio del general de la Unión copado en Nuevo México. El ejército preparó una expedición a través de la antigua ruta de la línea Butterfield. Cochise simuló un tratado de paz con el crédulo y comunicativo teniente que iba al mando de la avanzadilla de exploradores, y así conoció los detalles de los planes de los soldados.  
[40]

El jefe chiricahua tramó su golpe más audaz, esta vez de nuevo contra los soldados estadounidenses. Para asegurarse la victoria no solo consiguió el apoyo de Mangas Coloradas, sino también de los más fieros jefes apaches.<sup>[41]</sup> Entre ellos se encontraba un joven llamado Jerónimo, apache bedonkohe, es decir ni chokonen ni chihenne. Sin embargo, ya había dirigido partidas de guerra tanto para Cochise como para Mangas y a menudo actuaba como enlace entre estos dos grandes jefes.

A mediados de julio una compañía de sesenta y ocho soldados salió del campamento situado al este de Tucson, seguida de un séquito de intendencia de cuarenta y cinco hombres que transportaban doscientas cuarenta y dos cabezas de ganado.<sup>[42]</sup> La tropa se dirigió hacia Apache Pass, que era como los anglohablantes llamaban a la vaguada de las montañas de Dos Cabezas; el lugar donde Bascom había sostenido su enfrentamiento con Cochise diecisiete meses antes. Cochise y Mangas los vieron llegar. Los indios sabían que los soldados cruzarían cerca de sesenta y cuatro kilómetros de desierto bajo el sol estival sin encontrar ni una sola gota de agua a su paso. Cuando alcanzaran Apache Pass, estarían desesperados de sed.

Cochise y Mangas no pusieron traba alguna y permitieron a las tropas alcanzar la abandonada estación de Butterfield, situada a poco más de quinientos metros de los manantiales.<sup>[43]</sup> Entonces, ocultos en una privilegiada posición tras las pétreas almenas que tanto abundaban en las colinas circundantes, los apaches abrieron fuego. La fuerza atacante, una partida de guerra cercana a los doscientos hombres, fue probablemente el mayor grupo de combate jamás unido por los chiricahua. El capitán que iba al mando del servicio de intendencia juraría más tarde que cerca de setecientos indios habían tomado parte en la batalla.<sup>[44]</sup>

Cuando estaban a punto de sucumbir a la masacre, los estadounidenses se las arreglaron para desplegar un arma con la que los apaches no estaban en absoluto familiarizados: cañones de doce libras, obuses montados sobre ruedas que disparaban proyectiles de dicho peso, es decir, cinco kilos y cuatrocientos gramos. Los proyectiles estallaban con el impacto. Entre la vorágine del tiroteo, los soldados encontraron un momento para colocar los obuses y calcular la distancia hasta los parapetos de los indios. Una vez echo esto, los proyectiles realizaron su función y los apaches se vieron obligados a retirarse.

La batalla duró tres horas.<sup>[45]</sup> Dos soldados murieron y dos más fueron heridos. El



comandante en jefe de la expedición estimó nueve bajas entre los indios. El capitán al cargo de la intendencia declaró que posteriormente los apaches le informaron de haber sufrido sesenta y tres bajas en la refriega..., a todas luces una cantidad absurda. En el siglo xx los descendientes de aquellos apaches juran que en Apache Pass no murió ni uno solo de sus guerreros.

Esta fue la primera batalla auténtica entre apaches y soldados estadounidenses. Lo que para las esperanzas de Cochise y Mangas iba a ser una victoria segura, gracias a los obuses se convirtió en un fracaso desmoralizador. Casi un siglo más tarde el hijo de uno de los jefes que había combatido allí dijo: «Después de que nos apuntasen y disparasen con aquellos cañones en Apache Pass, mi gente supo que estaba condenada».<sup>[46]</sup>

Tan pronto como terminó la batalla, el jefe de la expedición mandó un pelotón de seis hombres a advertir a las tropas de intendencia. Fueron interceptados por una patrulla montada bajo las órdenes de Mangas. Un soldado que cabalgaba un caballo lesionado quedó rezagado de sus compañeros. Los apaches dispararon sobre su montura y el militar cayó bajo el cuerpo del caballo mientras veía cómo los indios comenzaban a rodearlo.<sup>[47]</sup> Sabía que su hora había llegado. Pero tenía un buen rifle, una carabina de repetición, y se decidió a «matar al menos a un apache antes de que lo mataran a él». Eligió como blanco a un hombre alto, un individuo de aspecto prominente, y disparó lo que luego definiría como un disparo afortunado. La bala del rifle penetró en el pecho de Mangas, hiriéndolo de gravedad. Sus guerreros se apresuraron a acudir en su ayuda, permitiendo que el soldado, milagrosamente, conservase su vida.

Los apaches transportaron a Mangas hasta la ciudad de Janos, en México, situada a una distancia de ciento noventa y dos kilómetros, a vuelo de pájaro.<sup>[48]</sup> En Janos vivía un médico de origen inglés en cuyo talento, cosa extraordinaria, los apaches habían depositado gran confianza. Llevaron a Mangas, que estaba medio muerto, ante el doctor y le explicaron que si no lograba salvar la vida del jefe matarían a todos los habitantes de la población. Mangas sobrevivió.

Los soldados de la Unión tomaron Apache Pass en primavera y desde entonces no renunciaron a él. En julio erigieron una fortificación sobre una colina que dominaba los manantiales desde el sur. Fort Bowie se convertiría en el cuartel general de la campaña contra los chiricahua. Mientras tanto, la Guerra de Secesión continuó extendiéndose por el territorio de Nuevo México. Al principio el ejército confederado obtuvo los mejores resultados en la lucha. A comienzos de 1862, Jefferson Davis nombró a John Robert Baylor gobernador del nuevo territorio.<sup>[49]</sup> Baylor, un hombre oriundo de Kentucky, sencillo y fanático, había forjado sus ideas sobre los indios mientras combatía a los comanches en Texas. Los apaches, insistía él, no eran más que una «maldita plaga». Pocas semanas después de tomar posesión del cargo, redactó las órdenes pertinentes acerca de cómo tratar con los indios:

Ustedes... deberán usar todos los medios disponibles para persuadir a los apaches o a cualquier otra tribu para que vengan con el propósito de firmar un tratado de paz. Cuando los tengan a todos juntos, matarán a los adultos, tomarán prisioneros a los niños y los venderán para sufragar el coste de la matanza de indios. Compren whisky y cualquier otra cosa que consideren pueda ser necesaria para los indios...

No dejen nada por hacer para lograr el éxito, y dispongan de suficientes hombres para impedir que escape un solo indio.

A favor de Jefferson Davis se ha de señalar que al final revocó las órdenes de Baylor y lo cesó de su cargo como gobernador.

El homólogo de Baylor en el bando de la Unión, era un hombre igual de fanático llamado James Henry Carleton, el oficial que había comandado las tropas desde California. Según las palabras de un historiador actual, Carleton era «un devoto cristiano, un hombre bueno con su familia y todo un caballero» que «había llegado a obsesionarse con un odio hacia los apaches propio de un psicópata».<sup>[50]</sup> En otoño de 1862 Carleton se había instalado en Fort Stanton, cerca de la actual población de Ruidoso, en Nuevo México, en el centro del territorio de los apaches mescalero. Fue de este modo, combatiendo a los mescaleros en vez de a los chiricahua, como Carleton cristalizó su política sobre asuntos indios: «Han de matar a todos los hombres de la tribu, donde y cuando los encuentren. Las mujeres y los niños no han de sufrir daño, pero serán hechos prisioneros».<sup>[51]</sup> A diferencia de Jefferson Davies, Abraham Lincoln ni revocó el sistema de su hombre ni lo destituyó de su cargo.

Una reseña de las órdenes de Carleton fue enviada al coronel al mando de la guerra con los indios: Kit Carson. Aunque en privado le horrorizaban aquellas medidas, Carson fue una pieza decisiva para llevar a cabo la mayor y más infame solución, por llamarla de algún modo, de Carleton: el campo de concentración de Bosque Redondo, situado en las llanuras orientales de Nuevo México. Fue para llegar a esta prisión en campo abierto que los indios navajos efectuaron la tristemente célebre Larga Marcha. Allí enfermaron de viruela y murieron en compañía de sus antiguos enemigos, y entonces compañeros de infortunio, los mescaleros.

Y así, tres meses después de la batalla de Apache Pass, ambos gobiernos, el de la Unión y el de la Confederación, adoptaron una postura oficial de exterminio. Los chiricahua tomaron nota.

Después de restablecerse, Mangas regresó a las inmediaciones de Pinos Altos, lugar que los mineros habían abandonado definitivamente. En enero de 1863, un grupo de buscadores de oro dirigidos por un veterano montañero llamado James Reddeford Walker llegó a esa misma zona.<sup>[52]</sup> Realizaron su viaje bajo la continua vigilancia de los apaches y desarrollaron una fuerte afición a apretar el gatillo. Walker decidió tomar como rehén a alguna importante figura apache mientras el grupo avanzaba hacia el oeste. Obviamente, el jefe de los chihenne era un buen candidato.

Según las palabras de Jerónimo, que relataría el suceso medio siglo después, los prospectores realizaron un tanteo preliminar diciéndole a Mangas que le darían mantas, harina y carne de buey a su gente a cambio de paz.<sup>[53]</sup> Mangas prometió que



regresaría con una respuesta dos semanas más tarde.

Ninguno de los demás jefes apaches confiaba en la oferta de los ojos blancos. Todos ellos, incluido Jerónimo, rogaron a Mangas que no volviese a Pinos Altos.

Desde la perspectiva que otorga un siglo y medio de tiempo, se hace difícil comprender los motivos que tuvo Mangas aquel mes de enero de 1863. Los apaches habían desechado el recuerdo de que, tras la herida sufrida en Apache Pass, Mangas había caído en un estado de depresión y pérdida de vitalidad.<sup>[54]</sup> Y por esa razón, a pesar de todos los males que había recibido por parte de los estadounidenses, todavía parecían creer que podrían llegar a vivir en paz con ellos.

Siempre hubo algo fatalista, incluso autodestructivo, en el carácter de Mangas. Y el campo de Pinos Altos, por el cual él siempre había mostrado tan sincera preocupación, parecía actuar como un imán ante ese defecto de su personalidad. ¿Por qué razón, y además a la edad de casi sesenta años, había dejado que lo atasen y lo flagelasen los mineros? Aquello ocurrió doce años antes. Quizás hubiese algo de rey Lear dentro de él que, cansado del poder y de la responsabilidad, añoraba abandonar su trono. Quizá también hubiese algo de Sócrates que lo impulsaba a ponerse en manos de sus enemigos y someterse a su castigo.

En cualquier caso, Mangas regresó a Pinos Altos con no más de tres o cuatro guerreros para parlamentar. La única fuente algo fiable que existe, la cual transcribimos aquí, pertenece a un miembro un tanto apartado del grupo de Walker.<sup>[55]</sup> En la mañana del día 18 de enero los mineros alzaron una bandera blanca. Mangas y sus hombres se aproximaron con cautela. Las negociaciones se llevaban a cabo en un pésimo español y seguramente por eso llegaban a entrañar malentendidos. «Tras una larga y tediosa falta de precauciones por ambas partes», Mangas bajó la guardia y se aproximó aún más. De pronto, los prospectores alzaron sus rifles apuntando al jefe indio y le advirtieron que era su prisionero.

Le dijeron que sus guerreros eran libres para marcharse, y que si los apaches dejaban en paz a los buscadores de oro durante las siguientes diez lunas, también lo dejarían libre, sano y salvo a él. «Al final, él le habló a su gente con guturales palabras», indica el testigo del grupo de Walker, «no pudimos entender qué les dijo, pero su rostro reflejaba un aire de preocupación y perplejidad».

Si las palabras de Walker acerca de liberar a Mangas eran sinceras o no pronto se convirtió en un asunto discutible, pues en las cercanías se hallaba acampada una columna de los soldados californianos de Carleton, bajo las órdenes del general de brigada Joseph West. West inmediatamente tomó en custodia a tan valioso cautivo.

El general salió hasta donde Mang[a]s estaba bajo vigilancia para verlo. Parecía un pigmeo al lado del jefe apache, quien también superaba en estatura a todos los que tenía alrededor. Parecía agobiado por sus preocupaciones, rehusó hablar y era evidente que sentía que había cometido un tremendo error al confiar en los rostros pálidos en aquella ocasión.

West estaba al tanto, por supuesto, de la política patrocinada por Carleton unos meses

atrás. Hizo saber a sus soldados qué era lo que esperaba de ellos.

En una noche oscura y de frío glacial, flanqueado por dos soldados. Mangas estaba tendido en el suelo junto al fuego del campamento, envuelto en una manta inadecuada para él. El testigo, que estaba en turno de guardia, vio lo que sucedió entonces. Los soldados calentaron sus bayonetas en las brasas y luego quemaron las piernas y los pies del jefe. Mangas se incorporó sobre su codo izquierdo y bramó en español que no era ningún crío para que jugasen así con él. Por toda respuesta, los soldados bajaron sus rifles y le dispararon seis veces al cuerpo. Mangas murió de inmediato.

Por la mañana, un soldado utilizó el cuchillo de carnicero del cocinero para escalar al jefe: tomó la larga melena como si fuese un trofeo y luego guardó la cabellera en su bolsillo. A mediodía arrojaron el cuerpo de Mangas por un barranco y lo enterraron someramente. Pocas noches después, unos soldados desenterraron el cadáver, le arrancaron la cabeza y la cocieron en una olla. A continuación enviaron el cráneo al Este, donde fue medido por unos frenólogos, quienes informaron que la capacidad craneal del individuo era superior a la del célebre político estadounidense Daniel Webster.<sup>[56]</sup>

El correspondiente informe de West notificaba que Mangas murió a causa de los disparos efectuados por los centinelas cuando intentaba huir.<sup>[57]</sup>

Los apaches que habían advertido a Mangas de que no se acercase a Pinos Altos esperaron y esperaron, pero no recibieron ninguna noticia de él.<sup>[58]</sup> Quizá la banda de Walker también asesinase a los compañeros de Mangas, tal como creyeron los apaches. Hasta que la noticia del martirio de Mangas fue filtrándose por otras fuentes y llegó a su pueblo. De algún modo, recibieron la noticia de que algunos soldados habían hervido la cabeza cortada de Mangas en una gran marmita de color negro.<sup>[59]</sup>

La noticia estremeció profundamente el sentido del horror de los chiricahua. Los apaches creían que las personas viajaban a la otra vida con la apariencia que habían muerto. Los chiricahua se imaginaban al cuerpo de su gran jefe vagando decapitado durante toda la eternidad.

Muchos años después, Jerónimo diría que la traición y posterior asesinato de Mangas Coloradas fue «quizás el mayor error que jamás cometieron con los indios».<sup>[60]</sup>

## Capítulo 3

### Tortura

En la década de 1970, un etnógrafo que estudiaba a los apaches chiricahua que viven en Nuevo México y Oklahoma descubrió un hecho revelador: la mayoría de ellos sabía más acerca del pérfido comportamiento de Bascom hacia Cochise o del asesinato de Mangas Coloradas a manos de los soldados, que del bombardeo japonés a Pearl Harbour.<sup>[1]</sup> Esto, a pesar de que las traiciones a estos dos grandes jefes tuvieron lugar más de un siglo antes, indica que la cultura de los chiricahua gira en torno a un trauma desgarrador.

El impacto del asesinato y posterior decapitación de Mangas fue particularmente profundo. Tres generaciones después, portavoces fiables del pueblo chiricahua juran que la mutilación de víctimas blancas a manos de los apaches había sido la excepción entre el comportamiento apache: fue en respuesta a la mutilación del cuerpo de su jefe que los apaches comenzaron a despedazar los cadáveres de los blancos.<sup>[2]</sup> Los portavoces aseguraron más cosas: los apaches no torturaban a sus víctimas. Las mutilaciones tenían lugar post mortem.

En qué medida los apaches practicaban la mutilación y tortura de sus víctimas es aún una irritante cuestión que exalta los ánimos. Pero también La marmita negra es crucial para comprender el odio entre blancos e indios en el sudoeste de los Estados Unidos.

El testimonio de muchos colonos blancos no es fiable. En el siglo XIX los habitantes de Arizona estaban convencidos, por ejemplo, de que los apaches arrancaban la cabellera a todas sus víctimas. En realidad, tal práctica no era habitual entre los apaches, y solo se daba como medida de la más amarga de las venganzas: «No hay peor castigo para tus enemigos».<sup>[3]</sup> Por otra parte, los mexicanos y los montañeses estadounidenses arrancaron las cabelleras apaches para comerciar con ellas a partir de 1835. Trataban con sus truculentos trofeos para obtener las recompensas que ofrecían los estados de Chihuahua y Sonora. Durante décadas los apaches fueron, más que ejecutores, víctimas de tal práctica.

De todos modos, la insistencia de los últimos apaches en que la tortura y mutilación de víctimas no se dio hasta después de la traición a Mangas tampoco es fiable. Simplemente, existen demasiados testimonios de primera mano que afirman lo contrario.

Ignaz Pfefferkorn, un viajero alemán del siglo XVIII que publicó un libro sobre Sonora, describe la vida de los apaches con una precisión que sería confirmada por los antropólogos del siglo XX. En 1795 escribió:

En la vorágine del combate mataban a todo aquel que se pusiera a la vista y su crueldad es tan grande que podían infligir una herida tras otra, llevando a uno a pensar que su sed de sangre era insaciable. He enterrado víctimas de ellos que resultaban irreconocibles de los tajos que, con sus lanzas, les habían hecho de pie a cabeza.<sup>[4]</sup>

Otro observador de Sonora del siglo XVIII, un jesuita cuyo nombre no ha llegado a nosotros, escribió en 1763 acerca de la «salvaje crueldad» de los apaches: «Un niño inocente [mexicano], de unos cinco o seis años de edad, me dijo que habían asesinado a su padre, dejándolo atado a un árbol».<sup>[5]</sup>

Samuel Woodworth Cozzens, un aventurero estadounidense que pasó mucho tiempo entre los apaches desde 1858 hasta 1860 (de tres a cinco años antes de la muerte de Mangas), describe, como testimonio indirecto, el sacrificio apache de una muchacha mexicana que tuvo lugar dos años antes de su visita:

La habían cebado durante meses, dándole de comer y manteniéndola quieta e ignorante de su destino. Hasta que llegó una mañana, la mañana habría de hacerse el sacrificio, en la que la llevaron al lugar del tormento. Allí la colocaron entre dos árboles. La suspendieron atada por las muñecas a una altura de unos tres pies y le amarraron firmemente los tobillos de modo que los pies quedasen juntos. Luego encendieron una hoguera bajo ella. Cuando las llamas alcanzaron su carne, no salía más que un alarido tras otro de la boca de la desdichada víctima. Uno a uno, aquellos valientes, por así decirlo, tomaron una rama ardiendo y la aplicaron sobre la temblorosa carne de la infeliz muchacha hasta que la muerte la libró de tan terrible sufrimiento.<sup>[6]</sup>

Esto suena como la arrebatada fantasía de un escritor romántico de la época victoriana. Pero a Morris Opler, un etnógrafo de los chiricahua del siglo XX, un apache le habló acerca del tratamiento tradicional que se aplicaba a las sospechosas de brujería:

Averiguaban por el chamán si una persona ejercía la magia negra. Entonces le obligaban a confesar si lo hacía ... Colgaban al reo de las muñecas de modo que los pies no tocasen el suelo ... He oído de gente que cuando la colgaban de un árbol por las manos confesaban ser brujos. Nunca los dejarían marchar si probaban que efectivamente lo eran. Luego prendían una hoguera debajo del hechicero y lo quemaban. El fuego destruye el poder que la brujería pueda tener en el futuro, pero el daño que haya hecho no es anulado. La gente de la magia negra no arde rápido; se mantienen vivos mucho tiempo.<sup>[7]</sup>

Cozzens, que no había leído etnografía apache, informó que la muchacha mexicana fue sacrificada para «propiciar la buena voluntad del Gran Espíritu, cuya ira había manifestado cayendo sobre ellos como una plaga de viruela».<sup>[8]</sup>

Desde el punto de vista de los apaches, aquello que a los blancos les parecía el horrible sacrificio de víctimas inocentes era el procedimiento más adecuado y necesario para tratar con la maldad desatada en la Tierra. No había sadismo en quemar a una bruja. Como le indicó el informante de Opler, los apaches creían que la brujería penetraba de tal modo en las personas que, colgados de un árbol, los reos a veces confesaban, no para obtener indulgencia sino porque al hacerlo sellaban su condena. Lo mismo ocurría en Salem (Massachusetts), en el siglo XVII.

De todos modos, la preponderancia de la tortura y mutilación no puede ser

achacada exclusivamente a medidas tomadas para combatir la brujería. La antología de fuentes, tanto de primera como de segunda mano, sobre el trato brutal otorgado a los cautivos blancos parece un pastiche de todas las escenas de «salvajes pieles rojas» de las películas del Oeste de serie B. Como James Trevis vio, Cochise a veces colgaba a hombres cabeza abajo sobre tenues hogueras y los quemaba lentamente hasta la muerte. También los ataba con los brazos y piernas abiertos sobre las ruedas de los carromatos antes de prenderles fuego.<sup>[9]</sup> Y le gustaba, según nos dicen, arrastrar con su caballo por el suelo a las víctimas desnudas.<sup>[10]</sup>

Otros apaches, según los blancos que encontraron los cuerpos, arrancaban el corazón de sus víctimas<sup>[11]</sup> (algunos insistían en que los cocinaban y se los comían);<sup>[12]</sup> los ataban a estacas cerca de los hormigueros con las bocas abiertas, apuntaladas con pinchos afilados;<sup>[13]</sup> los ataban a cactus con tiras húmedas de cuero sin curtir que se contraían a medida que eran secadas por el sol;<sup>[14]</sup> los amarraban desnudos a un árbol y les arrojaban flechas; les arrancaban la piel a grandes tiras desde el cuello hasta los tobillos;<sup>[15]</sup> despedazaban los cadáveres; les cortaban los miembros uno a uno hasta que la víctima moría desangrada;<sup>[16]</sup> les aplastaban la cabeza y los testículos con piedras.<sup>[17]</sup> Un pionero de Arizona que tuvo que enterrar un buen número de colonos escribió: «Su estilo preferido de mutilar un cuerpo muerto es arrancarle los genitales e introducirlos en la boca».<sup>[18]</sup> A veces los detalles pretenden hacer creer que proceden directamente del apache que llevó a cabo el tormento: «el viejo Eskimi[n]zin dijo que en una ocasión enterró vivo a un estadounidense dejándole libre solo la cabeza para que la devorasen las hormigas».<sup>[19]</sup>

Muy a menudo, los apaches entregaban sus cautivos a las mujeres, quienes ostentaban la reputación de ser unas torturadores más crueles que los hombres. Un pionero afirma que los supervivientes de un ataque apache efectuado en 1880 «vieron squaws, mujeres, introducir en los intestinos [de las víctimas] estacas de madera mientras estaban vivos, y después les aplastaron la cabeza con rocas hasta convertirla en pulpa».<sup>[20]</sup>

Cegados por su etnocentrismo, los observadores blancos intentaban explicar la tortura como algo propio de los apaches. «Su naturaleza salvaje y sanguinaria experimenta un tremendo placer al martirizar a sus víctimas», escribió John C. Cremony, un explorador y soldado que conocía bien a los apaches. «Cada expresión de dolor o agonía era recibida con vítores de entusiasmo, y aquel cuyo genio creativo pudiese imaginar la más refinada manera de matar era tratado con honores».<sup>[21]</sup>

Más de un siglo después, ¿contamos acaso con algún testimonio de torturas apaches más convincente que los de Cremony? El propio planteamiento puede resultar ingenuo. Durante los últimos milenios la tortura ha sido un hecho más universal y mucho más corriente de lo que estamos dispuestos a aceptar. Cualquiera que estudie este fenómeno puede llegar a la conclusión de que «toda nación ha

practicado la tortura en algún momento de su historia».<sup>[22]</sup>

Esto indica que, si bien las mutilaciones no comenzaron a partir del asesinato de Mangas, sí pudieron volverse más perversas como respuesta a décadas, incluso centurias, de maltrato a los apaches por parte de los invasores españoles y mexicanos. Los niños apaches de la década de 1870 crecieron absorbiendo las tradicionales atrocidades hispanas, como el triste destino de un chiricahua llamado Chinchí, a quien los mexicanos arrastraron con un caballo por un campo de arbustos espinosos hasta que murió.<sup>[23]</sup>

Los angloamericanos también llegaron a ser conocidos por el atroz tratamiento que dispensaban a las víctimas apaches. Los soldados estadounidenses no solo arrancaban cabelleras indias, sino también orejas y genitales.<sup>[24]</sup> Uno de sus peores pasatiempos consistía en hacer recuerdos con despojos humanos: por ejemplo, bridas trenzadas con el pelo de las cabelleras cortadas y decoradas, según palabras de uno de los primeros pioneros, con «dientes arrancados de la boca de mujeres indias vivas».<sup>[25]</sup> Durante su primer año de servicio como militar en Arizona, a John Gregory Bourke, un hombre que llegaría a ser el más grande campeón en la defensa de los derechos de los apaches de entre todos los que combatieron contra ellos, le ofrecieron como recuerdo la cabellera y las orejas de un guerrero apache muerto.<sup>[26]</sup> Con la bravucona actitud de un teniente de veinticuatro años recién graduado en West Point, Bourke enmarcó los pabellones auditivos y los colgó en su habitación y utilizó la cabellera para hacer la esterilla de una lámpara. Un día recibió la visita de un amigo, que reaccionó horrorizado ante la visión de aquellos trofeos. En ese instante Bourke cayó en la cuenta de «cuán brutal e inhumano se había convertido», y enterró las orejas y el cuero cabelludo.

Los estadounidenses mataban bebés apaches, e incluso se justificaban recitando el aforismo: es mejor prevenir que curar. En 1864 un grupo de hombres de Arizona decidió ir a cazar apaches a río Verde.<sup>[27]</sup> Entre ellos se encontraba un famoso convicto fugado llamado Sugarfoot Jack. Después de reducir a cenizas un asentamiento provisional de chozas levantadas con arbustos que los apaches usaban para dormir, y que habían abandonado a toda prisa, este forajido encontró a un niño que se había quedado atrás. Arrojó al bebé a las llamas y se quedó a verlo arder. Poco más tarde encontró a otro pequeño. Según palabras de un testigo, Sugarfoot meció al chiquitín en sus rodillas y le hizo cosquillas bajo la barbilla, después desenfundó su arma y le disparó en la cabeza «salpicando su rostro y sus ropas con los sesos del bebé».

A través de centurias de contacto con españoles y mexicanos, los apaches capturados, sobre todo las mujeres, eran vendidos como esclavos y transportados a lejanos territorios situados al sur. Ser encarcelado, estar encerrado en un pequeño habitáculo entre rejas, les parecía a los apaches una tortura tan atroz como la más cruel de las mortificaciones que Cochise pudiese infligir a los estadounidenses. Ser conducido a un exilio forzoso, lejos de la tierra que Ussen había creado para ellos, les



debía resultar odioso. Entre todas las historias que se han narrado de generación en generación, destaca la de unas valerosas mujeres que huyeron de la esclavitud e hicieron el camino a pie, orientándose de memoria e instinto, durante cientos de kilómetros a campo traviesa hasta llegar a la tierra de sus padres.

El horror que los hombres blancos experimentaban cuando descubrían cuerpos mutilados por los apaches sufrió un vuelco al conocer que el dolor (prolongado, agudo e ingeniosamente proporcionado) se empleaba solo como un medio de conducir a la víctima hacia su inevitable destino. La actitud de los apaches frente al dolor era radicalmente distinta a la de los estadounidenses. El dolor era un aspecto más de la vida y aceptarlo con estoicismo y soportarlo en silencio era una prueba de carácter. Desde su más tierna infancia, los niños eran versados en el dolor. Debían ser lo bastante duros, por ejemplo, como para colocarse hojas de salvia seca sobre el brazo y hacerlas arder, hasta que fuesen más que cenizas, sin parpadear.<sup>[28]</sup> En invierno, debían salir al amanecer y hacer rodar una gran bola de nieve con las manos desnudas hasta que alguien les mandase abandonar la tarea. En las carreras pedestres, los rezagados eran flagelados por los adultos.

Junto a este incomparable método de endurecimiento y habilidades atléticas, el entrenamiento en el dolor convertía a los niños en guerreros potenciales. A una edad temprana, los chicos eran emparejados para realizar combates cuerpo a cuerpo, combates que solo finalizaban cuando uno de ellos sangraba. Se hacían grupos de cuatro, todos provistos de hondas, y celebraban combates a pedradas. Más tarde harían pequeños arcos y puntiagudas flechas de madera para jugar a la guerra. Uno de los informadores de Opler recordaba a un compañero que había perdido un ojo en tales prácticas bélicas.

Así como a soportar el dolor, los jóvenes también aprendían a proporcionarlo. Se les daban animales o pájaros capturados para que los torturasen, y su ingenio era recompensado.<sup>[29]</sup> La importancia que la tortura tenía dentro del estilo de vida apache todavía hiere la sensibilidad del público actual, a pesar del relativismo cultural de nuestros días. Pero desde el punto de vista de los apaches, una ordalía de dolor formaba parte del orden natural de las cosas.

La venganza, para un apache, no significaba tomarse la justicia por su mano, sino un sagrado deber social. Tampoco era necesario matar al enemigo en particular que le hubiese causado el daño, pues otros dentro de su gente podrían hacerlo. «Cuando un bravo guerrero moría asesinado, los hombres salían en busca de tres o cuatro mexicanos y los entregaban a las mujeres para que los matasen en venganza»,<sup>[30]</sup> le dijo un chiricahua a Opler. La mutilación intensificaba el castigo, pues igual que Mangas vagaría decapitado eternamente, un enemigo desmembrado también podría viajar en esas condiciones a la otra vida.

Lo que nosotros entendemos por tortura para los apaches poseía algo con el carácter de un acto sacramental. Era una prueba de valor efectuada a un guerrero enemigo. Los apaches admiraban la valentía frente a las causas perdidas y un blanco

que hubiese combatido con valor hasta el final, a veces era recompensado con un honor especial: sus verdugos le despellejarían la mano derecha y las plantas de los pies como reconocimiento a sus proezas.<sup>[31]</sup>

¿Siempre habían sido así las cosas? ¿Lo eran también antes del siglo XVI, cuando el pueblo de los atapascos, el tronco lingüístico de los apaches, con perros pero sin caballos, con puntas de flecha de pedernal y sin saber trabajar el hierro, migraron por primera vez hacia el sudoeste desde sus ancestrales dominios al norte de Canadá? ¿O acaso los apaches, la tribu con mayor capacidad de adaptación, aprendieron sus letales e intensas torturas de aquellos maestros de la crueldad, los conquistadores españoles? Estas preguntas, con toda probabilidad, nunca obtendrán respuesta.



## Capítulo 4

### El desconocido Cochise

Tras el fallecimiento de Mangas Coloradas en 1863, Cochise quedó sin rival entre los jefes chiricahua... y no solo en los corazones de los apaches; también obtuvo el reconocimiento, a regañadientes, de los colonos blancos. Un pionero que había servido como representante de los Estados Unidos para el territorio de Arizona escribió que «Cochise era sin lugar a dudas el más bravo y habilidoso jefe apache con el que los estadounidenses hayamos tenido que enfrentarnos jamás».<sup>[1]</sup> Un general de brigada dijo lo mismo, pero con otras palabras, cuando definió a Cochise como «el peor de todos los indios del continente».<sup>[2]</sup>

El biógrafo de Cochise, Edwin R. Sweeney, resume sus logros militares del siguiente modo:

Durante doce años burló con éxito a las tropas y voluntarios de cuatro estados y dos naciones [los territorios de Arizona y Nuevo México se separaron formalmente en 1863, y los estados de Sonora y Chihuahua]. Sus aliados fueron las antiguas montañas de sus ancestros y la línea de la frontera, la cual usó con mucha habilidad, pasándose de un lado a otro según requiriese la ocasión ... Estuvo [Cochise] involucrado en numerosos ataques, combates y escaramuzas. Fue sorprendido y lo atacaron ocasionalmente en su propio campamento; lo hirieron varias veces, se informó una docena de veces que había muerto y apenas hizo concesiones. Pero sobrevivió, lo cual es buena prueba de su empecinada oposición frente al yugo del hombre blanco ... En general, cumplió su función mejor que cualquier otro apache.<sup>[3]</sup>

Como todos los grandes jefes, Cochise dirigía personalmente a sus hombres en la batalla, sin rehuir entrar él mismo en combate. Los chiricahua no sentían nada más que desdén por los generales blancos que dirigían a sus hombres desde la retaguardia. Aun así, Cochise se entregaba a la lucha con una despreocupación tan temeraria que los blancos la hubiesen tildado de arrogante. Parece ser que tal actitud procedía de la propia confianza en su habilidad, que le hacía creerse invulnerable. El duelo con el que retó a James Tavis —una lanza contra un revólver— es solo un ejemplo. Después de una batalla entre soldados estadounidenses y chiricahua, un explorador que había disparado en numerosas ocasiones contra el jefe dijo maravillado ante su técnica ecuestre: «Fallaba los disparos porque Cochise se deslizaba bajo uno de los flancos del caballo, sujetándose a su cuello y usando su cuerpo como escudo».<sup>[4]</sup>

El santuario de Cochise eran las montañas Dragón, al sudeste de Arizona. Una cadena montañosa de escasa altitud —el pico más alto mide 2.285 metros—, que se encontraba en total aislamiento, rodeada de un desierto de artemisa y llanuras alcalinas. Por estas razones, las montañas formaban un magnífico baluarte. Ningún enemigo podía camuflar su proximidad, pues las nubes de polvo que levantaban las monturas eran fácilmente distinguibles a sesenta y cinco kilómetros de distancia de

las cumbres. Aunque pequeña en extensión, la cadena estaba compuesta por un laberinto formado por miles de agujas graníticas erosionadas por el agua, barrancos, grietas, y lugares ideales para esconderse y preparar emboscadas. A veces, los oficiales del ejército sabían que Cochise estaba acampado en las montañas Dragón. Pero gracias a las defensas naturales del lugar, jamás osarían atacarlo allí.

Los manantiales del baluarte filtraban agua durante todo el año. En las faldas de las montañas crecían pinos piñoneros, mezquites, lechuguillas, enebros mimosa biuncífera, o de uña de gato, yuca de montaña y bananos y también chaparros. Además de algo de caza que pudiesen capturar, los apaches comerían piñones, el fruto de la yuca, bellotas, las bayas de los enebros y los frutos del mezquite. Después de atacar, Cochise se dirigía muchas veces hacia el sur, a México, o hacia el este, hacia río Bravo. Pero tendía a dar un rodeo para regresar a las montañas Dragón como si allí, y solo allí, pudiese reponer el poder que lo hacía invencible ante los ojos blancos.

A finales de 1862 las últimas fuerzas de la Confederación fueron derrotadas y expulsadas de Nuevo México. Pero la Guerra de Secesión continuaba abierta en el este de los Estados Unidos, y el gobierno de la Unión todavía no había adoptado una política coherente respecto a los apaches. Ya en 1860, un previsor agente indio había propuesto crear una reserva para los mescalero y los chiricahua, pero pasaron por alto su idea.<sup>[5]</sup> Ni el presidente Lincoln en Washington, ni los gobernadores de Arizona y Nuevo México parecían capaces de encontrar una solución para el problema apache.

En este vacío, solo la política de exterminio de Carleton contaba con cierta influencia. Sin más soldados confederados a los que combatir, en 1863 el general soltó su ejército contra los apaches. Con el optimismo de un fanático, Carleton esperaba empujar a los apaches hasta México de una vez por todas, y repitió públicamente que concluiría su conquista antes de Navidad.<sup>[6]</sup>

Después de todo, una sola misión de tierra quemada bajo el mando de Kit Carson había derrotado casi por completo a toda la nación de los navajos y había obligado a realizar una penosa travesía a pie a su desmoralizada población hacia el campo de concentración de Bosque Redondo, al este, a Nuevo México, muy lejos de la tierra de sus antepasados.<sup>[7]</sup> Los navajos murieron a cientos durante lo que se conoció como La Larga Marcha. Con más facilidad si cabe, Carleton había hecho que los mescalero rindiesen su propio territorio y cultivasen el miserable terreno de Bosque Redondo. El agua del río Pecos era demasiado alcalina para beberla sin riesgo de enfermar. La tierra estaba tan deforestada que las mujeres a veces tenían que recorrer casi veinte kilómetros para recoger leña. En 1864, con más de nueve mil apaches mescalero y navajos bajo su custodia, Carleton podía engañarse a sí mismo y creer que había solucionado «el problema indio».

El general había subestimado el espíritu apache. Superados al menos en una proporción de nueve a uno por sus enemigos los navajos, estafados por sinvergüenzas que se hacían llamar agentes y proveedores, medio muertos de hambre a causa de

raciones inadecuadas, los mescalero se unieron para comenzar una solapada resistencia. Antes del verano de 1865, cuando las cosechas en Bosque Redondo fallaron por segunda vez consecutiva, los apaches decidieron entrar en acción. C. L. Sonnichsen, historiador de los mescalero, lo describe así:

Desarrollaron un plan en concejos clandestinos. Ningún hombre blanco sabía nada de todo aquello, ninguno sabía nada de momento. La noche del tercer día de noviembre, cualquier apache en condiciones de caminar se levantó y se evadió del lugar. Por la mañana solo quedaban los enfermos y tullidos y, pocos días después, hasta estos se habían marchado.<sup>[8]</sup>

Aquello mortificó el orgullo de Carleton. Los mescalero nunca serían conducidos de nuevo hasta el río Pecos. Tres años después, reconocido el fracaso del campo de prisioneros, los oficiales dismantelaron Bosque Redondo y permitieron a los navajos regresar a su territorio.

Si Carleton erró a la hora de juzgar la voluntad de los mescalero, fracasó aún más estrepitosamente en su apreciación de la tenacidad chiricahua. Su política de exterminio también se desmoronó desde otro ángulo, pues tuvo que forzar a indios tenidos por pacíficos a que tomaran el sendero de la guerra contra los indios llamados hostiles.

A pesar del vigor con que Carleton persiguió a los chiricahua, su método no fue lo bastante duro para los colonos de Arizona, quienes comenzaron a formar sus propias compañías de mercenarios y voluntarios para cazar pieles rojas. Los Yapavai Rangers fueron un grupo representativo: en 1866 se toparon con un pacífico grupo de apaches cerca de Prescott, estado de Arizona.<sup>[9]</sup> Atacaron el campamento y mataron a veintitrés indios. Solo escapó «una doncella morena de unos veinte veranos». En el mismo año, un tribunal absolvió «con una unánime votación de agradecimiento» al homicida que asesinó a sangre fría a un jefe walapais.

Uno de los más eficaces de estos voluntarios fue un rancharo llamado King Woolsey, que odiaba a los apaches. Uno de los primeros viajeros que recorrió Arizona se encontró con una de las obras de Woolsey: después de matar a un jefe apache, colgó el cadáver de un árbol como advertencia a su tribu.

El cuerpo estaba seco, consumido y presentaba un color apergaminado. Uno de sus pies y ambas manos habían sido arrancadas, o quizá devoradas por los coyotes. Tenía la cabeza vuelta hacia atrás y las cuencas de sus ojos brillaban al sol. Un rictus horrible parecía haberse fijado en su boca. Y cuando una ligera brisa balanceó el cuerpo, me sobresaltó la espantosa expresión de su rostro, que parecía lleno de vida, cuando lentamente giró y se quedó encarando el brillante cielo azul.<sup>[10]</sup>

A otra de las proezas de Woolsey se le dio el nombre de «el tratado de pinole».<sup>[11]</sup> Mezcló estricnina con pinole (los indios lo hacían con harina de maíz combinada con harina del fruto del mezquite) y se lo ofreció a un grupo de apaches pacíficos, quienes lo comieron. Al menos una docena de ellos resultaron muertos.

En 1864 Woolsey encabezaba una expedición formada por un grupo de voluntarios blancos e indios maricopa, enemigos tradicionales de los apaches, para

recuperar ganado robado.<sup>[12]</sup> Después de dos semanas, encontraron un gran campamento apache que podría, o no, haber sido el lugar de origen de los cuatreros. Woolsey simuló ir en son de paz e invitó a los jefes a parlamentar, ofreciéndoles incluso una manta donde sentarse. Sabía que aunque los indios hablasen español, no entendían el inglés, y así, con toda la frescura, le indicó a cada uno de sus hombres a qué apache debían disparar en cuanto él diese la señal. La masacre se desencadenó cuando alzó su sombrero con una sola mano. Quizá resultasen muertos veinticuatro apaches, mientras que los blancos solo perdieron a un hombre.

Por estas hazañas de valor, Woosley fue aclamado como un héroe. Después de su muerte, en 1879, un historiador brinda un homenaje al ranchero diciendo de él que era «el más notable, el más emprendedor y valiente de todos los grandes pioneros que penetraron por primera vez en Arizona».<sup>[13]</sup>

La situación empeoró con el final de la Guerra de Secesión. A pesar de la perniciosa campaña de exterminio de Carleton, la conducta de los soldados de los Estados Unidos al perseguir a los indios solía ser, generalmente, más razonable que la de voluntarios como Woosley. Hubo más de un esfuerzo en distinguir los apaches «buenos» de los «malos» a la hora de realizar operaciones de castigo contra supuestos enemigos, en vez de usar chivos expiatorios.

De todos modos, tras la Guerra de Secesión estadounidense el ejército sufrió una merma en su número de efectivos.<sup>[14]</sup> Cuando el general Lee se rindió en Appomattox en abril de 1865, el ejército de la Unión contaba con doscientos mil hombres. En 1866 el Parlamento redujo el número de soldados de la reunificada nación a cincuenta y cuatro mil trescientos dos. En 1874 disminuyó hasta veinticinco mil. El equipamiento, junto con las armas, quedó obsoleto, pero fueron reemplazados por el más moderno *matériel*. Con el fin del servicio militar obligatorio, el ejército pasó a depender totalmente de los voluntarios. Durante los caóticos años de la Restauración, los cargos fueron ocupados por criminales, vagabundos y gentes de dudoso pasado. La desertión era un hecho tan común que en 1891 el ministro de Defensa aceptó con tristeza que al menos un tercio de los hombres con los que contaba el ejército «se habían esfumado por las colinas» en los últimos veinticuatro años.

Mientras tanto, la población blanca de Arizona experimentó un rápido crecimiento. El censo federal muestra solamente dos mil cuatrocientos veintiún ciudadanos en 1860.<sup>[15]</sup> En 1870 el número había aumentado hasta nueve mil seiscientos cincuenta y ocho, de los cuales cuatro mil trescientos cuarenta y ocho eran de origen mexicano y dos mil cien soldados. Es mucho más difícil determinar el número de apaches durante aquella época. Las mejores estimaciones sitúan la población combinada de varias tribus entre seis y ocho mil individuos.<sup>[16]</sup> En 1864 había más navajos aprisionados en Bosque Redondo que el número total de apaches en todo el mundo. En 1867, un viajero que trató de enumerar todos los individuos de las tribus apaches evaluó que habría unos tres mil seiscientos veinticinco.<sup>[17]</sup> Llegó a la conclusión de que la raza apache estaba a punto de extinguirse, y de ello dedujo:

«El total de la población, hasta lo que se puede llegar a estimar, es tan pequeña que en principio no deberíamos tener noticias de ellos».

De los seis u ocho mil apaches, entre mil y dos mil pertenecían a la tribu chiricahua.<sup>[18]</sup> Entre estos últimos se incluirían los chokonen de Cochise y los chihenne dirigidos por Mangas Coloradas. Después de la muerte de Mangas, la mayor parte de dirigentes y jefes saldrían de los chihenne, los mimbrenos. El más importante de todos ellos fue Victorio.<sup>[19]</sup> Un hombre alto de inmensa fortaleza, con una mirada adamantina. Setenta años después, un chihenne que había sido un niño pequeño cuando Victorio estaba en la flor de la vida, lo recordaría así: «El ser humano más cercano a la perfección de todos los que he visto».

Con el paso del tiempo, Victorio llegaría a ser un dechado de virtudes entre los jefes chiricahua. Su biógrafo, Dan L. Thrapp, lo define como «el mejor guerrillero de los Estados Unidos».<sup>[20]</sup> En su última y desesperada campaña, se convertiría en el más heroico mártir de los apaches.

Pero en 1865, Victorio buscaba un final para la guerra contra los ojos blancos.<sup>[21]</sup> A finales de marzo, llevó a su gente a un encuentro con uno de los tenientes de Carleton en el río Mimbres, en la zona suroriental de Nuevo México. Victorio estaba sobre aviso de las miserias de los mescaleros en Bosque Redondo y se negó a llevar a su pueblo hasta aquella prisión a orillas del Pecos. Pero si permitían a su gente vivir en Gila o a orillas del Mimbres, él prometía la paz.

El teniente quería obtener información acerca de Cochise. Victorio admitió que había mantenido conversaciones con su par chokonen, incluso que intentó persuadirlo de que la paz era posible, pero, según palabras de Victorio, Cochise respondió: «Ya no deseo la paz. Y no volveré a ser amistoso con ellos».

Para la inflexible mentalidad de Carleton, los chihenne debían aceptar ir a Bosque Redondo o, en caso contrario, enfrentarse al exterminio. Victorio no obtuvo nada con su tentativa de aproximación. Él y su gente continuaron vagando por el interior de su territorio, fuera de la jurisdicción de la ley y el orden estadounidense.

Antes de 1861, solo un puñado de hombres blancos se había ganado el reconocimiento de Cochise. Alguno de ellos, como James Tavis, podrían afirmar que poseían un conocimiento básico del carácter del jefe. Pero el garrafal error de Bascom puso fin a tal familiaridad. Cochise se convirtió en un furioso misterio. Para un hombre blanco, cruzarse en su camino significaba una inmejorable oportunidad para morir. Dada la ausencia de testimonios más cercanos, los blancos habían de hacer conjeturas acerca de él sobre la base de los cadáveres que encontraban descomponiéndose en las praderas. Así creció la leyenda de Cochise. Era su nombre, el terror sin rostro, el que hacía que los colonos de Arizona se despertaran sobresaltados por las pesadillas en medio de la noche.

Como si la medida del terror se pudiese cuantificar, las crónicas tratan de calcular las muertes producidas por Cochise. Un viajero impresionable juró que en la cañada del cañón de Cooke, una quebrada de cuatrocientos metros situada en Nuevo México

(lugar donde solían emboscarse Cochise y Mangas), mataron alrededor de cuatrocientos emigrantes mexicanos y soldados entre 1862 y 1867.<sup>[22]</sup> Charles Poston, diputado de Arizona, estimó en cuatrocientos cincuenta y dos los muertos a manos de los apaches entre 1856 y 1862, «siendo en aquel período la mitad de ellos ciudadanos blancos».<sup>[23]</sup> Más adelante, Poston fue capaz de redactar una lista con el nombre de ciento setenta víctimas entre los años 1865 y 1874, «una lista parcial» se apresuró a añadir. Por supuesto que Cochise no era responsable de todas esas muertes, pero después de que asesinasen a Mangas, los chokonen cargaron con la mayor parte de la responsabilidad. Un colono juró que, en solo tres años, Cochise había matado a treinta y cuatro de sus amigos.<sup>[24]</sup>

El terror también se concentró gracias al sobrecogedor sistema que tenían los apaches de hacer la guerra. Durante la Guerra de Secesión que acababa de concluir cobrándose un gran número de vidas, ordenadas filas de soldados arrojados con uniformes azules o grises marchaban, a toque de timbales y cornetas, hacia allá donde se divisaba el humo de las armas enemigas. Este era el modo que entendían los estadounidenses de hacer la guerra. Los apaches, sin embargo, golpeaban de un modo aparentemente aleatorio, basándose en ataques individuales, y luego se dispersaban para ocultarse. «Los persigues y parece como si se los tragara la tierra o si pudiesen evaporarse de algún modo», se quejaba un soldado, «luego miras a tu espalda y los ves observándote desde una colina».<sup>[25]</sup> Un apache se movía sin hacer ruido y sus flechas llegaban sin previo aviso. Incluso en invierno, cuando entraban en combate, los apaches aparecían vestidos tan solo con un taparrabos. Su desnudez parecía más aterradora que la más siniestra armadura.

Si los estadounidenses tenían una idea vaga acerca de la estructura social de los chiricahua, la guerra con Cochise podría haberles ayudado a comprenderla un poco mejor. Pero los blancos a duras penas distinguían una tribu de otra y, sumidos en esta ignorancia, florecían los más descabellados conceptos. En 1858, un viajero insistía en que unos pocos años antes solo había una tribu apache, los apaches pinal, cuyo jefe era Cochise, y asegura que poco después se dividieron espontáneamente en pequeñas bandas.<sup>[26]</sup> El mismo Carleton, a pesar de haber perseguido a Cochise por todo el territorio, estaba convencido de que era un jefe lipano, no un chiricahua.<sup>[27]</sup> Otra teoría en boga por aquel entonces sostenía que Cochise comandaba una caterva compuesta por vagabundos y desertores de otras tribus.

Estas ideas no eran en absoluto inofensivas, pues alimentaban el motor del conflicto en Arizona. Si Bascom, aunque hubiese sido por un instante, hubiese considerado seriamente la posibilidad de que los cuatreros a los que perseguía al este de Fort Buchanan pudieran no ser chiricahua (que pudiesen pertenecer a una tribu apache de cuya existencia Cochise no tuviese el menor conocimiento), la debacle de «La lona rasgada» no hubiese ocurrido necesariamente.

También la ignorancia de los apaches acerca del funcionamiento social de los ojos blancos los llevó a cometer errores de cálculo y tragedias similares. Los indios no



podían imaginarse el tamaño, la variedad y el empuje de la población de Estados Unidos. Solo cuando los primeros apaches viajaron en tren hacia el este para reunirse con los mandatarios de Washington, pudieron entender el número y el poder de sus enemigos..., lo que les supuso un impacto profundamente desmoralizador. Y así, gracias a las jurisdicciones de los gobernantes estadounidenses, que en numerosos casos se solapaban, nació la confusión, pues los apaches percibían todo aquello como si las palabras del gobierno federal tuviesen siempre un doble sentido, o estuviesen llenas de mentiras. ¿Cómo podía ser que el jefe de Arizona dijese una cosa, y el de Nuevo México otra? ¿Estaba el ejército a cargo de la reserva india, o era responsabilidad del agente indio, un funcionario del Ministerio del Interior? Si de verdad existía un Gran Padre Blanco en Washington que anhelaba la paz, ¿por qué entonces no arrestaba a individuos como King Woolsey, que mataban indios impunemente?

Otro factor que intensificaba más aún los malentendidos entre indios y estadounidenses era el eterno problema de la barrera idiomática. Solo un puñado de estadounidenses era capaz de hablar un paupérrimo apache. Esta lengua es un idioma complicado, con abundantes oclusiones guturales, entonaciones con significado semántico, mientras que las vocales pueden ser largas, cortas, orales o nasales. Antes de finales de la década de 1880, muy pocos apaches hablaban algo de inglés. Y, después de trescientos años de trato continuo con mexicanos y españoles, muchos hablaban un español bastante aceptable. Un ínfimo porcentaje de soldados y colonos estadounidenses hablaba también algo de español. La situación más corriente era que, en una negociación, tanto el oficial militar como el jefe indio llevasen un intérprete que tradujese sus palabras al español. El desvío dentro del contenido de los mensajes era inevitablemente inmenso, aunque no existiesen factores que motivasen personalmente a los intérpretes a suavizar ciertas partes de un discurso, recalcar otras o censurar párrafos enteros por miedo a que se culpase al portador de las malas noticias. A través de largas y desastrosas experiencias, los apaches aprendieron a desconfiar por sistema de cierto tipo de intérpretes.

Desde 1865 hasta 1868, la cadencia de muertes de hombres blancos aumentó. Cochise, convertido en el apache más malicioso y astuto de todos, cargó con la culpa de todas las atrocidades cometidas desde el río Bravo hasta las prospecciones de Prescott. No sería hasta 1991, tras un atormentado estudio de los archivos mexicanos efectuado por el erudito Edwin R. Sweeney, cuando se demostró que durante esos tres años Cochise ni siquiera estaba en territorio estadounidense.<sup>[28]</sup> Acuciado por problemas que los ojos blancos ni siquiera se podían imaginar, el jefe chiricahua pasó la mayor parte de esos tres años fuera de combate, en México. Una de las amenazas que Cochise sentía más profundamente provenía de manos de personas de las que los oficiales estadounidenses no habían oído hablar jamás.<sup>[29]</sup> Viejos enemigos de los apaches procedentes del sur, los tarahumaras, los yaquis y opatas, estaban siendo empujados hacia el corazón de Sierra Madre, y desde ahí hacia el norte, como



resultado de sus guerras contra el ejército mexicano. Fueron los chiricahua los que se tomaron la tarea de arrastrarlos de nuevo hacia el sur, expulsándolos de sus refugios favoritos y de sus territorios de caza.

Mientras tanto, ¿quiénes eran los responsables de los ataques relámpago, de los ranchos quemados y las emboscadas en Arizona y Nuevo México, de los que se culpaba a Cochise? Que los chiricahua contasen con otros formidables jefes, además de Cochise, era una posibilidad lógica que los estadounidenses no estaban dispuestos a afrontar. Hasta entonces, los nombres de esos enigmáticos «indios hostiles» eran desconocidos para los colonos blancos. En 1868, nadie en Arizona había oído hablar de un tal Jerónimo. En la siguiente década sería cuando estos incondicionales emergieron en las conciencias de los estadounidenses. Y no sería hasta la década de 1880 cuando los ciudadanos de Arizona cayesen en la cuenta, no sin desmayo, de que existía un número al parecer infinito de jefes suplentes entre los chiricahua. Y no se rendirían, continuarían luchando en condiciones que cualquier otro indio consideraría como una causa perdida.

En 1869 Cochise había regresado a sus amadas montañas Dragón. Durante ese año y el siguiente, las masacres de colonos blancos se intensificaron. Ciudades enteras de mineros desaparecieron como consecuencia de la lucha y sus habitantes emigraron a zonas más seguras, como Tucson. Las patrullas militares entablaron combates una y otra vez contra la banda de Cochise. A veces conseguían acabar con uno o dos de sus guerreros, pero la mayoría de las veces realizaban extenuantes marchas a través de secas cuencas en una vana persecución en pos del fantasmal rastro de los apaches.

Mientras tanto, habían mandado a Carleton a los cuarteles de invierno. Había un nuevo presidente en Washington, Ulysses Grant. Aunque el general Grant había combatido con feroz determinación a las tropas confederadas, al llegar al poder, y al contrario que sus predecesores Abraham Lincoln y Andrew Johnson, propuso una política de paz para tratar con los indios.

Los colonos de Arizona ya habían tenido bastante. A principios de 1871 la asamblea legislativa territorial preparó un «Memorando de Declaraciones Juradas para Mostrar las Atrocidades Cometidas por los Indios Apaches» durante 1869 y 1870.<sup>[30]</sup> Punto por punto, este sombrío documento señala cada cabeza de ganado robada y cada mina abandonada junto a las muertes de unos doscientos estadounidenses. Cada queja fue jurada formalmente por un ciudadano de Arizona, quienes como de costumbre añaden una o dos palabras de cosecha propia:

Charles A. Shibel declara residir en Tucson, territorio de Arizona. Es asistente del tasador de Hacienda. Y jura que los siguientes estragos efectuados por los indios apaches fueron observados por él durante el pasado año:

En agosto de 1870, mientras se dirigía desde Camp Goodwin hasta Tucson a través de la ruta postal, encontró la diligencia encargada del correo destruida y las siguientes personas muertas y mutiladas: John Collins, William Burns y dos soldados del ejército de Estados Unidos. Les habían arrancado la cabellera a todos, uno estaba parcialmente quemado y a otro le habían sacado los ojos. El señor Shibel cree que el

territorio está más indefenso que nunca.

Enviaron el memorando al Parlamento estadounidense con la firme súplica para que «el gobierno demande y ayude a someter a nuestros hostiles enemigos, y de ese modo se recupere de los salvajes una de las porciones más valiosas del terreno comunal».

El Parlamento actuó. A pesar de la política de paz del presidente Grant, el ejército decidió atacar el corazón de la resistencia apache. Este corazón, como sabía todo el mundo, era Cochise. Para la tarea de dar caza, destruir a su banda y capturar o matar al jefe indio, saltó a la palestra un nombre: el teniente Howard Cushing.

Cushing era el mejor luchador contra los indios que jamás hubo en el ejército de Arizona.<sup>[31]</sup> Él solo había matado a más indios, en su mayor parte mescalero y lipan, que cualquier otro oficial. Él era, según palabras pronunciadas por John G. Bourke muchos años después, «el hombre más valiente que he visto en mi vida». En 1871, recordaría Bourke, la «determinación, sangre fría y energía de Cushing... habían hecho su nombre famoso a lo largo de la frontera del sudoeste».

El 26 de abril, al mando de una columna de soldados de primera clase, Cushing partió de Fort Lowell, cerca de Tucson, y se dirigió al sudeste.<sup>[32]</sup> Cinco días más tarde, en el río Santa Rita, unos pocos kilómetros dentro de territorio mexicano, la patrulla vio señales de hierba quemada a lo lejos. Cushing supuso que la banda de Cochise estaba señalando su campamento de montaña.

El teniente había llegado a tener cierta obsesión con Cochise. Pero entonces él confiaba en sí mismo, pues el jefe chiricahua estaba casi en su poder. Cushing ordenó a su columna regresar hacia el norte a través de la frontera, siguiendo las huellas de los mocasines. Y en las montañas Whetstone se abalanzó sobre su enemigo.

## Capítulo 5

1871

En la mañana del 5 de mayo de 1871, la patrulla de Cushing vadeó el río Babocomari y se dirigió hacia el norte.<sup>[1]</sup> Allá donde los soldados cabalgasen, la hierba estaba carbonizada hasta las raíces. Y parecía que aún estaba ardiendo. Los caballos de los militares comenzaron a agotarse por falta de alimentos.

Tres kilómetros al norte los soldados descubrieron el rastro de una sola mujer apache montada en su poni, aparentemente cabalgaba hacia Bear Spring, en las montañas Whetstone. Cushing ordenó a tres hombres que siguiesen el rastro, mientras la columna se tomaba un descanso un poco más atrás.

La avanzadilla siguió las polvorientas huellas hasta un profundo cañón. El sargento John Mott, al mando de los rastreadores, enseguida sospechó. A diferencia de la mayoría de los apaches, aquella mujer no parecía hacer el menor esfuerzo en ocultar su rastro; más aún, había caminado saltando de una piedra a otra para dejar bien clara la mancha de las huellas de sus mocasines. Las paredes cortadas a pico del cañón hicieron que Mott se inquietase. ¿Estaría llevando aquel rastro a sus hombres hacia una trampa? De pronto Mott tomó una decisión. Salieron bruscamente del sendero y dejó a los dos soldados detrás mientras él se asomaba a la pared izquierda del cañón.

Pero fue demasiado tarde. Desde un *arroyo* cercano emergieron unos quince indios. Mott dio media vuelta, pero vio a un grupo mayor aún cortándole la ruta de huida frente a él. Los apaches abrieron fuego, hiriendo de gravedad a uno de los soldados y matando el caballo del otro.

Mott mantuvo su posición y devolvió el fuego, pero no tenía modo de avisar a Cushing de la trampa. Los tres hombres esperaban morir y sin embargo, por alguna extraña razón, los apaches optaron por jugar con ellos: un guerrero se acercó al soldado ileso a galope tendido y le quitó el sombrero de la cabeza. Estas atrevidas acciones formaban parte del virtuosismo apache, un alarde gratuito de valor y destreza en el combate. Pero también parecía como si los indios, que no habían dejado de vigilar cada paso de la patrulla, estuviesen tratando de atraer a Cushing al rescate de sus soldados; de no hacerlo sus exploradores estarían condenados.

Y Cushing acudió. Increíble por haber sobrevivido, Mott suplicaba por huir, pero Cushing evaluó la situación como una simple prueba más de coraje y ordenó una carga. Murieron tres caballos más. Los hombres del teniente habrían avanzado no más de veinte metros cuando el soldado que cabalgaba junto al jefe de la expedición recibió un balazo en el rostro que le atravesó la cabeza, saliendo por la parte posterior. Entonces los apaches devolvieron la carga. Mott escribiría después: «Fue

como si cada roca, como si cada arbusto se convirtiera en un indio».

Mott ya había dado la espalda al combate para escapar cuando oyó gritar a Cushing:

—¡Sargento! ¡Sargento! Estoy muerto. ¡Sáqueme de aquí! ¡Sáqueme!

Mott se volvió justo a tiempo para ver cómo el teniente le caía encima. Con un considerable valor por su parte, el suboficial ordenó a un hombre que lo ayudase a llevar al teniente a lugar seguro. Entre los dos se las arreglaron para arrastrar al teniente diez o doce pasos más allá, cuando otra bala apache muy bien dirigida impacto en el rostro del oficial. Entonces ambos soldados soltaron al teniente y «se volvieron hacia el enemigo para vender caras sus vidas».

Los apaches los acosaron algo más de un kilómetro, mientras la columna de Mott combatía en la parte de abajo del cañón. De todos modos, parecía que los indios consideraban cumplido su objetivo con la muerte del teniente. Al menos le dieron un respiro al resto de la tropa y les permitieron huir.

A través de la noche, avanzando hacia el oeste a pie y a caballo, dejando atrás la exhausta reata de mulas, los soldados alcanzaron Camp Crittenden (el antiguo Fort Buchanan). Además del teniente, la patrulla solo había perdido dos hombres y uno más que estaba gravemente herido. Pero el mejor militar con el que contaba el ejército para combatir a los indios había caído en una trampa y los apaches, con la precisión de un disparo selectivo, lo habían matado. La guerra en Arizona y Nuevo México continuaría durante otros quince años, pero los indios no volverían a matar a un oficial de igual rango.

Durante casi un siglo a partir de esta dramática batalla, los historiadores dieron por sentado que fue Cochise quien dirigió el combate contra Cushing. En su informe oficial, Mott describió al jefe de los enemigos y su táctica:

Los indios estuvieron bien comandados por su jefe, un hombre grueso, de estructura pesada que en ningún momento del combate desmontó de un pequeño caballo isabelo. No se comportaban de modo bullicioso y embravecido, como suelen hacer los indios en general, sino que prestaban gran atención a su jefe, el cual, según mis conjeturas, bien podría impartir órdenes mediante gestos.<sup>[2]</sup>

Nadie habría descrito a Cochise como «un hombre grueso, de estructura pesada», y las tácticas de combate que este utilizaba tampoco se correspondían de ningún modo con las descritas por Mott. Pero el documento de Mott languideció oculto en el Archivo Nacional.

Con el tiempo, un especialista en la historia apache, Dan L. Thrapp, redescubrió la declaración de Mott y la publicó en 1967. Reflexionando acerca de la breve descripción del jefe que tendió la trampa a Cushing, Thrapp formuló una hipótesis que sostenía que aquel tipo de táctica guerrera bien podría corresponder a un jefe llamado Juh. Trece años después, con la publicación de *Indeh*, la obra de Eve Ball, la astuta hipótesis de Thrapp fue confirmada por el testimonio directo del hijo de Juh.<sup>[3]</sup>

En 1871, la identidad de Juh era totalmente desconocida para los ciudadanos

blancos estadounidenses. Aunque era un jefe chiricahua, no pertenecía a los chokonon de Cochise, ni a los chihenne, mimbrenos, de Mangas. Su pueblo eran los *nednhi*, la más meridional de las subdivisiones chiricahua, cuyo territorio se ubicaba en los picos de Sierra Madre, al norte de México. Los nednhi figurarían en las Guerras Apaches como los más misteriosos, los más salvajes, por así decirlo, de los chiricahua.

Juh es la corrupción en español de un nombre apache que se pronuncia *Ho* (pronúnciese «hou», con hache aspirada).<sup>[4]</sup> El hijo de Juh declaró que el nombre de su padre significa «el que mira al frente»; otros lo interpretan como «cuello largo» y otros insisten que ese vocablo carece de significado específico.<sup>[5]</sup> Parece ser que le llamaban así porque tartamudeaba... «porque [él] apenas podía hablar cuando se ponía nervioso».

El tartamudeo de Juh tuvo mucho que ver con la obtención de un puesto relevante por parte de un jefe llamado Jerónimo. A pesar de pertenecer a subdivisiones distintas, Juh y Jerónimo crecieron juntos, jugando a la guerra y a la paz codo con codo. En su juventud, Juh se casó con la hermana preferida de Jerónimo, Ishton.<sup>[6]</sup> El nombre de esta alta y hermosa mujer significa «la mujer». Los lazos de alianza que se crean entre dos hombres que son cuñados se reforzaron hacia 1869 cuando Ishton murió al dar a luz.<sup>[7]</sup> Por aquellas fechas, Juh estaba lejos, combatiendo a los mexicanos. Jerónimo escaló una montaña y en la cumbre oró por su hermana. Sus descendientes siguen manteniendo que su vigilia duró cuatro días con sus cuatro noches. Al amanecer del quinto día, recibió una respuesta a sus plegarias cuando la voz de un ser sobrenatural le habló: «El niño vivirá, tu hermana vivirá. Y a ti no te matará ningún arma, sino que vivirás hasta llegar a viejo».

A causa de su severa tartamudez, a Juh le resultaba muy difícil dirigir a sus guerreros cuando llegó a jefe, por eso delegaba en Jerónimo como portavoz. Los gestos que el sargento Mott observó, con los cuales aquel jefe dirigía a sus hombres en un disciplinado orden de combate, podrían ser los sustitutos de las órdenes orales que Juh no podía impartir.

En 1871, Juh contaba ya con cuarenta años de edad. Un niño chihenne que vio a este gran hombre en el territorio nednhi de Sierra Madre, lo describiría siete décadas después como una figura de más de 1,90 m de altura, de complexión robusta.

Una poderosa y contrapuesta ironía se mantuvo en el aire acerca de la perdición de Cushing, una ironía que los estadounidenses no conocieron hasta que se publicó *Indeh* en 1980. Cushing consideraba una venganza personal el dar caza y matar a Cochise. Tras recorrer Arizona de arriba abajo matando apaches, tenía el convencimiento de estar a punto de acorralar a su más digno adversario. Al mismo tiempo, Juh, un jefe del que Cushing ni tan siquiera había oído hablar, había hecho de la caza de aquel aguerrido y petulante teniente una cruzada personal.<sup>[8]</sup>

El odio de Juh nació cuando supo que los soldados, parece que al mando de Cushing, habían atacado un pacífico asentamiento mescalero en Nuevo México. Los

militares mataron a todos sus pobladores, excepto a dos mujeres que se salvaron con sendos disparos en una pierna. Y cuando los amigos de los muertos fueron a enterrar los cadáveres, los soldados les robaron los caballos.

Enfurecido por aquel traicionero ataque, Juh desarrolló una obsesión con la captura de Cushing. Mandó exploradores para que vigilaran los movimientos del teniente. Por tres veces, Juh se enzarzó en vacilantes escaramuzas con las tropas de Cushing. Esos mismos tiroteos fueron los que le hicieron creer al teniente que estaba a punto de atrapar a Cochise. Al final, Juh atrajo a Cushing hacia la emboscada de las montañas Whetstone.

Como el hijo de Juh recordaría muchos años después: «También murieron otros ojos blancos, no sabemos cuántos, pues no pasábamos el tiempo contando las bajas, tal como hacían los soldados. Juh no sentía un especial interés por la tropa, solo por Cushing».

\* \* \*

Mientras tanto, ¿dónde estaba Cochise? Con su regreso al bastión de las montañas Dragón en 1869, después de tres años de luchas en México, la zona suroriental de Arizona sufrió un nuevo brote de terror chokonon. Pero ahora había más de nueve mil habitantes en Arizona, incluyendo dos mil cien soldados adelantados en catorce destacamentos, hasta entonces la mayor fuerza militar vista en la zona.<sup>[9]</sup> Aun así, los militares no podían sorprender a Cochise, y mucho menos empujarlo a México.

En febrero de aquel año, Cochise hizo algo inusual.<sup>[10]</sup> Permitió que se acercara un capitán para hablar, en la periferia de su baluarte de las montañas. Aquella conversación suponía el primer contacto directo que tenían los estadounidenses con los pensamientos de Cochise desde hacía ocho años, cuando Bascom, comportándose como un estúpido, había llevado al jefe a una campaña de venganza.

A pesar de ofrecer un aspecto desafiante, sus palabras sonaron cargadas de pena y amargura.

—He perdido a casi cien de los míos durante el pasado año, principalmente por enfermedades —le dijo al capitán—. Vosotros habéis matado a un buen número de ellos. No cuento ni con un centenar de guerreros, cuando hace diez años tenía un millar. Estáis por todas partes, y tenemos que vivir en lugares horribles para poder evitaros.

Cochise admitió haber sido herido dos veces durante los años posteriores al intento de Bascom por apresarlo. Una fue un disparo que le alcanzó en el cuello, la otra un tiro en una pierna.

—Estuve mal de esta pierna durante bastante tiempo.

No hubo ninguna propuesta de paz seria durante la conversación y, de todos modos, ambos bandos continuaron con sus ataques y matanzas. Un año después se



anunció que Cochise había muerto asesinado en Dolores, una población del estado de Sonora, en México. «El peor indio que jamás tensase un arco o apretase un gatillo, ha muerto», rezaba un periódico de Arizona.<sup>[11]</sup>

Pero Cochise estaba perfectamente bien. A finales de agosto de 1870, se presentó en un lejano lugar, situado al norte, en territorio de los apaches montaña blanca.<sup>[12]</sup> El lugar se llamaba Camp Mogollón, hoy Fort Apache. Las fuentes que detallan las negociaciones difieren tanto unas de otras que nos llevan a pensar que son fruto de la habitual confusión de unos intérpretes nerviosos o descuidados. Según palabras de un testigo, Cochise dijo: «Os he combatido durante trece años, ahora estoy cansado y quiero dormir. Vuestras tropas me han causado grandes pesares y han matado a casi todos los guerreros de mi grupo. Creo que vosotros también lo estáis, y me gustaría ir a la reserva». Otra versión del encuentro sostiene que el jefe hizo ostentación de la cadena de oro de un coronel estadounidense muerto cuando dijo desdeñosamente: «Vuestros soldados son unos cobardes y vosotros sois unos mentirosos ... continuaremos matando tanto como nos venga en gana».

Efectivamente, Cochise había llegado a cansarse de aquella lucha sin fin. En 1870 él ya tenía sesenta años, y por primera vez en toda una década, quería escuchar aquello que los estadounidenses tenían que ofrecerle. En octubre, William Arny, un agente nombrado para llevar a cabo la política de paz del presidente Grant, preparó la mayor conferencia que se había organizado nunca entre apaches «hostiles» y el gobierno federal de Estados Unidos.<sup>[13]</sup> El lugar de encuentro sería Cañada Alamosa, cerca de las sagradas fuentes termales de los chihenne, en el mismo centro de su territorio, en la zona occidental de Nuevo México.

Victorio, jefe de los mimbrenos, se había mantenido durante cinco años haciendo oídos sordos a la posibilidad de establecerse en una reserva. Entre Cochise y Victorio existía un buen entendimiento y se profesaban un profundo respeto el uno por el otro. Arny estuvo encantado cuando, para mayor orgullo personal, setecientos noventa apaches bajo el mando de veintidós jefes se presentaron para hablar en Cañada Alamosa. Entre ellos se encontraba Cochise y sus noventa y seis chokonens.

Sin embargo, tan propicio encuentro se malogró gracias, en parte, a los prejuicios culturales que Arny, como muchos de sus paisanos, arrastraba consigo y era incapaz de obviar. Su verdadera actitud hacia los chiricahua queda reflejada en un fragmento del acta de la reunión donde se refiere a ellos como: «Los más bárbaros y salvajes indios de todo el continente». En el mismo párrafo donde los culpa de haber «arrancado, cocinado y comido los corazones de algunas personas» y «asado a la estaca a pasajeros de diligencias y otros prisioneros», también los acusa de haber «obstaculizado las operaciones mineras en una de las zonas más ricas de Estados Unidos».

Cara a cara con Cochise, Arny se preparó para leer un comunicado de parte de Grant. Dijo que el documento era un «papel escrito por el Gran Padre a sus hijos». Cochise tiró el papel e insistió en hablar de hombre a hombre.



—El Gran Padre desea una paz satisfactoria y [los apaches] debéis dejar de matar y de robar, y habéis de estableceros en una reserva —dijo Arny.

—Los apaches —contestó Cochise— quieren andar por ahí, libres como un coyote, y no estar encerrados en un corral.

—El Gran Padre no desea encerrarlos en un corral —replicó Arny—. Él quiere que coman y se vistan como los hombres blancos, que tengan de todo y que estén satisfechos.

Si el gobierno hubiese hecho la promesa ocasional de construir una reserva en los alrededores de Ojo Caliente, Cochise podría haber aceptado de buena gana establecerse allí. Pero los burócratas de Washington no lo hicieron. Decidieron que los chiricahua deberían asentarse lejos, más allá de río Bravo, cerca de Fort Stanton, en territorio mescalero. Estos apaches orientales, los mescalero, eran aliados y amigos de los chiricahua y podrían convivir con ellos, pero vivir en paz en territorio mescalero suponía un intolerable abandono de su propia tierra.

Cochise dirigió su montura hacia Arizona. Cuando comenzó el año 1871, volvió con sus asaltos y emboscadas, y las tropas de varios cuarteles se lanzaron con renovado ardor a darle caza. En abril, se creía que el jefe de los chokone estaba en las montañas de Huachuca, cerca de Whetstone.<sup>[14]</sup> Pero el 5 de mayo, cuando Cushing creía que estaba acorralando a Cochise, y resultó muerto por los guerreros comandados por Juh, el jefe chiricahua estaba probablemente mucho más al sur, en México.

La complejidad de las bandas chiricahua era un hecho desconocido para los oficiales estadounidenses. Estos creían que si tan solo pudiesen romper la férrea resistencia de Cochise, bien matándolo, bien convenciéndolo para que aceptase ingresar en una reserva, las Guerras Apaches pronto tocarían a su fin. La propia existencia de una joven generación de jefes entre los chiricahua (hombres como Juh o Jerónimo, cuya antipatía hacia los ojos blancos era más fresca y vital que la de Cochise), escapaba al entendimiento de los estadounidenses.

Los ciudadanos de Arizona mostraron su desencanto a gritos cuando supieron que durante las distintas negociaciones que Cochise mantuvo con agentes y oficiales estos no lo apresaron ni dispararon sobre él. Cochise nunca consumaría de nuevo el error que cometió con Bascom. Cuando se acercaba con sus guerreros a un campamento militar para parlamentar, conservaban a su alcance tanto las monturas como las armas y se mantenían a distancia de las fortificaciones, ya fuesen edificios de madera o construcciones de adobe, lugares en los cuales los ojos blancos preferían negociar. Si Arny, o cualquiera de los otros, hubiesen tratado de apresarlo, se hubiesen perdido muchas vidas blancas.

Una vez más, en el mes de septiembre de 1871, Cochise se acercó a Cañada Alamosa para hablar.<sup>[15]</sup> Gracias a la memoria visual de un participante, este encuentro nos proporciona un destello del espíritu del gran jefe que nos hubiese gustado conocer. Después de que el general al mando hiciese su alegato para llevarlos

a la reserva, Cochise se puso en pie y se dirigió a los ojos blancos. El mencionado testigo nos brinda una genial descripción del jefe:

Casi con total seguridad, debería rondar los cincuenta y ocho años de edad, aunque pareciese mucho más joven. Medía alrededor de seis pies [1,82 m], ágil y nervudo, con todos sus músculos firmes y bien desarrollados. Hebras plateadas se entreveían entre su otrora negra melena. Llevaba el pelo largo, cortado recto a la altura de la barbilla. Su semblante mostraba una gran fuerza de carácter, y su expresión era un tanto triste. Hablaba con mucha calma y gesticulaba muy poco para ser un indio.

Por una vez, el intérprete debía de ser un hombre competente, pues a duras penas alguien podría imitar la elocuencia de Cochise. El discurso que el jefe pronunció aquel día de septiembre es una de las más extensas intervenciones que nunca se hayan registrado en boca de Cochise.

El sol ha caído con fuerza sobre mi cabeza y me he sentido como si estuviese en llamas, pero he bajado a este valle y bebido de sus aguas, me he bañado en ellas y ellas me han refrescado. Ahora que estoy más despejado vengo con las manos vacías para vivir en paz contigo. Te hablo con sinceridad, no quiero mentir, ni que me mientas.

Cuando Dios creó la Tierra otorgó una parte de ella al hombre blanco y otra al apache. ¿Por qué fue así? ¿Por qué se han encontrado? Ahora que tengo que hablar, el sol, la luna, la tierra, el aire, las aguas, los pájaros y las bestias, incluso los niños no nacidos se regocijarán de mis palabras. Los hombres blancos me han buscado durante mucho tiempo. ¡Aquí estoy! ¿Qué es lo que quieren? Me han buscado durante mucho tiempo. ¿Por qué soy tan valioso? ¿Por qué no señalan allá donde piso o miran donde escupo, si es que soy tan valioso para ellos?

Algo de la belleza formal, las *strophe* y *antistrophe*, la cadencia de la oratoria apache ha trascendido los abismos de la cultura y el lenguaje. Incluso cuando Cochise habló, los oyentes se emocionaron. Equilibró la arrogancia de su orgullo con el lamento de un guerrero:

—Ya no soy el jefe de todos los apaches —continuó—. Ya no soy rico, sino un hombre pobre. Pero las cosas no siempre fueron así.

El corazón de Cochise estaba apesadumbrado por la condena del pueblo apache al encararse a los numerosos, para ellos incontables, ojos blancos. Este sería un comentario que se repetiría una y otra vez durante las siguientes décadas.

—Cuando era joven yo recorría todo este territorio, de este a oeste, y no veía a otra gente más que a los apaches. Después de muchos veranos, vuelvo a recorrerlo y me encuentro con una nueva raza de gente que ha venido a tomarlo. ¿Cómo es eso? ¿Por qué habrían los apaches de esperar a la muerte ... a que ellos se llevaran sus vidas entre las uñas? ... Los apaches fueron una una gran nación. Y ahora solo son unos pocos.

Junto a la desaparición que presagiaba para su gente, Cochise previó la suya como si llevase largo tiempo esperándola.

—No tengo ni padre ni madre —habló—. Estoy solo en el mundo. A nadie le preocupa Cochise, por eso no me preocupa vivir. Deseo que la tierra se abra y me trague.

El gobierno federal de Estados Unidos le propuso entonces otro lugar para la

reserva. Sería cerca del río Tularosa, lejos, al noroeste de Ojo Caliente. Al final Cochise rechazó ese lugar, al igual que había rechazado unirse a los mescalero en las cercanías de Fort Staton.

—Quiero vivir en estas montañas. No quiero ir a Tularosa. Hay un larguísimo trecho hasta allí. Las moscas de aquellas montañas se comen hasta los ojos de los caballos, y allí viven espíritus malignos. He bebido de estas aguas, y ellas me han refrescado. No quiero marcharme de aquí.

\* \* \*

En una fecha tan temprana como 1859, el gobierno había establecido una reserva en Arizona para las tribus pima y maricopa a lo largo del río Gila, justo al sur de la actual Phoenix.<sup>[16]</sup> En cambio, en 1871 todavía no se había señalado un lugar como reserva oficial para los apaches. En los años siguientes a 1866 se habían establecido cinco «puestos de alimentación» cerca de los campamentos militares de Arizona. A medida que negociaban en dichos puestos, los apaches fueron poco a poco acostumbrándose a la idea de vivir en una reserva. Como principio, parecía una operación inestable: a cambio de instalarse en los alrededores de los campamentos militares y a condición de no realizar ni incursiones ni robos, los indios recibían raciones de comida, vestidos y protección frente a los descontrolados colonos blancos.

Con el paso del tiempo, un creciente número de apaches pertenecientes sobre todo a las tribus montaña blanca, San Carlos y tonto, entraron en este *quid pro quo*. Y poderosas razones tenían para ello, pues un número cada vez mayor de angloamericanos se extendía rápidamente a lo largo y ancho del territorio de Arizona, dificultando sobremanera el sistema tradicional que usaban los apaches para arrancarle a la tierra sus frutos. El invierno siempre era la estación más dura.

En el lugar donde se une el arroyo Aravaipa (Aravaipa Creek) y el río San Pedro, a unos noventa kilómetros al norte de Tucson, se construyó Camp Grant en 1859. En febrero de 1871, el campamento ya llevaba tres meses bajo las órdenes del teniente Royal Whitman.<sup>[17]</sup> Este oficial era oriundo de Maine, un descendiente directo de los pasajeros del *Mayflower* que había servido con distinción en la Guerra de Secesión estadounidense. Tenía treinta y siete años de edad, reputación de bebedor y al mismo tiempo de hombre inteligente y de miras abiertas. Bajo las más duras circunstancias, Whitman había demostrado ser uno de esos escasos personajes de La Frontera (como se conocía entonces a aquellas tierras) que sentían una profunda compasión por los apaches. Estas cualidades le costarían el aprecio de la opinión pública.

Un día de febrero, cinco ancianas se acercaron con paso vacilante al campamento portando la bandera blanca de la tregua.<sup>[18]</sup> Whitman las recibió con amabilidad. Supo que venían en busca de un muchacho, hijo de una de ellas, que había sido

capturado en río Salado el otoño anterior. Según el testimonio de Whitman, habían tratado tan bien al chico que este no deseaba volver a vivir con los apaches.

No obstante, se tendió un puente de confianza con uno de los hasta entonces más «salvajes» grupos de apaches. Ocho días más tarde, se presentó una numerosa partida de indios en Camp Grant para comprar *manta*, una tela que los blancos utilizaban para cubrir los caballos, y los indios para hacerse ropa, puesto que «estaban casi desnudos». El grupo estaba encabezado por un hombre llamado Eskimizin, y este narró una triste historia. Era el jefe de los aravaipas, un grupo que se había reducido hasta los ciento cincuenta individuos. Habían sido acosados de tal modo por parte de los soldados estadounidenses que ya no se sentían seguros en lugar alguno, y estaban muriendo de enfermedad e inanición.

Al principio, Whitman animó a Eskimizin que llevase a su gente al norte, a tierras de los montaña blanca, donde estaba a punto de establecerse una gran reserva. Como era nuevo en la zona, Whitman, al igual que casi todos los estadounidenses, desestimó la importancia que tenían los territorios tribales.

—Ese no es nuestro territorio —objetó Eskimizin—. Tampoco son de los nuestros. Estamos en paz con ellos, pero nunca nos hemos mezclado con los montaña blanca.

No había plantas de maguey en las montañas White, explicó el jefe, y para los aravaipa el maguey es la base de la alimentación. Las mujeres arrancaban de raíz los duros cactus, podaban las afiladas hojas como se hace con las alcachofas, enterraban los corazones de las plantas en el suelo y los cocían durante un día y una noche. Durante generaciones la gente de Eskimizin había vivido en el cañón Aravaipa, río arriba de Camp Grant, un lugar donde siempre había maguey en abundancia.

Whitman carecía de autoridad para llegar a ningún acuerdo personal con los aravaipa, pero la historia lo había conmovido. Le dijo a Eskimizin que si traía a su gente, el ejército los alimentaría mientras el mismo Whitman trataría de obtener permiso de su oficial superior para alcanzar un acuerdo más seguro.

El 1 de marzo, Eskimizin regresó con todo su pueblo. Otras bandas también se unieron a él. Así, pronto quinientos diez indios se encontraron acampados a menos de ochocientos metros de Camp Grant. Whitman proporcionó comida y ropas a aquellos paupérrimos apaches. Luego les ofreció dos céntimos por cada kilo de heno que cosechasen. En menos de dos meses, los indios habían proporcionado casi ciento cincuenta mil kilos de heno.

Mientras tanto, Whitman había enviado un informe por escrito al general George Stoneman, quien estaba al mando de la región militar de Arizona desde el verano anterior. Stoneman sentía tan poco apego por el territorio, y su conocimiento de la amenaza apache era tan pobre, que había hecho de California su cuartel de invierno. Pasaron seis semanas antes de que Whitman recibiera respuesta. Con gran disgusto por su parte, el teniente abrió el sobre para encontrarse con que su informe había sido devuelto con una objeción burocrática, pues no se había ajustado al protocolo al no

adjuntar una nota que especificase los contenidos de su informe. Por lo que el teniente pudo inferir, Stoneman ni siquiera había leído su urgente petición.

El lógico disgusto de Eskimizin y su gente se iba perdiendo. Estaban contentos de acampar a orillas del arroyo que discurría a través de sus tierras, seguros ante la proximidad de las serpenteantes paredes del cañón, un lugar que conocían mejor que ninguna otra gente sobre la faz de la Tierra.

El cañón Aravaipa es uno de los lugares más encantadores e idílicos de Arizona. Durante treinta y dos kilómetros, la erosión del agua había abierto paso a los arroyos a través del rojizo conglomerado de rocas, produciendo paredes cortadas a pico y agujas que llegan a los ochocientos metros de altura. La orografía es tortuosa y caótica (una de las gargantas adyacentes sería bautizada por los blancos con el nombre de Hell Hole, el agujero infernal), pero recorrer el trazado del cañón no requiere más que un tranquilo paseo a caballo sobre un suelo arenoso. Sicomoros gigantes se alinean a lo largo de las limpias y dulces aguas del arroyo, uno de los pocos en Arizona que discurre durante los doce meses del año. Enormes sahuaros, el emblemático cacto de los desiertos mexicanos y estadounidenses, poblaban las resacas terrazas de la parte superior del cañón.

Aravaipa ofrece la única ruta natural para atravesar los ciento veintiocho kilómetros que separan el valle de San Simón al este, del de San Pedro al oeste. Muchos apaches lo usaban como atajo, pero para la gente de Eskimizin era terreno sagrado, la Madre Tierra. Más de cinco siglos atrás, los habitantes de los barrancos, los apaches mogollón, tuvieron una sensación similar hacia el lugar. Sus ruinas nos contemplan desde pequeños refugios excavados en la roca a lo largo del cañón.

William Bell, un aventurero, uno de los primeros blancos que atravesaron el cañón, encontró los seis días pasados en el cañón Aravaipa como una experiencia sobrecogedora.<sup>[19]</sup> «La sombría grandeza del lugar no es buena para los nervios», escribió, «tememos terriblemente un ataque indio, cuya ventajosa posición en las cumbres nos haría mucho daño». Aun así, la descripción de Bell no es más que un canto a la belleza del lugar, a los venados bebiendo de sus arroyos, a los castores construyendo sus presas, a las codornices y a los martines pescadores que se escondían entre los arbustos, «vetustos y grotescos maguey de talla inusual» y «finas ramas de muérdago [colgaban] en muchos árboles».

En abril de 1871 las aguas del Aravaipa Creek en su afluencia con el río San Pedro se secaron tragadas por la reseca tierra de alrededor de Camp Grant.<sup>[20]</sup> Esto ocurría, y los apaches lo sabían, todas las primaveras. Solo ocho kilómetros río arriba, en la boca del cañón, el agua correría limpia durante el verano, por seco que este fuese. Eskimizin pidió permiso para trasladarse esos ocho kilómetros río arriba y acampar en una terraza de la ribera sur, tal como tantas veces habían hecho antes.

Whitman accedió con cierta moderación. Sabía de sobra que la noticia de su reserva no oficial había llegado a oídos de los ciudadanos de Tucson, quienes lo maldecían por su presunta falta de carácter. Ocho kilómetros más lejos, los apaches

serían más difíciles de controlar, o de proteger. El trato diario con la gente de Eskimizin había hecho que el teniente trabase amistad con ellos. Este hombre fue el único de su siglo que se tomó su tarea como «un modo de ayudar a esa gente a alcanzar un grado de civilización superior». Tiempo después escribiría: «He llegado a sentir respeto por estos hombres que, ignorantes y desnudos, todavía se avergüenzan de mentir o robar. Y también por sus mujeres, que trabajan animosamente como si fuesen esclavas a cambio de ropa para ellas y sus hijos y que, instintivamente, defendían su virtud al más alto precio». Merece destacarse que llegó a conocer personalmente a los quinientos diez indios que se encontraban bajo su cuidado.

El carácter moral de Tucson había mejorado muy poco desde la década anterior, y aun así sus habitantes comenzaron a poner las piedras angulares de una ciudad que tenía reputación de ser una de las más prósperas de Arizona. A finales de 1870 y principios de 1871 estaban rabiosos por los asaltos sufridos por parte de los apaches. La mayoría de ellos tuvieron lugar lejos de Camp Grant, en Tubac y Sonita Creek, por ejemplo, muy al sur de Tucson.

Los ciudadanos habían recopilado su «Memorando de Declaraciones» donde se exponían los agravios sufridos, pero la respuesta de los gobernantes fue más lenta de lo que ellos hubiesen deseado. Mientras tanto, la aparente debilidad del teniente Whitman, un recién llegado al territorio, estaba mimando a cientos de apaches en Camp Grant, alimentándolos en pago a sus crímenes.

Bascom y Cushing cometieron sus garrafales errores, que sellaron sus destinos, en parte por su ignorancia respecto a las numerosas tribus y bandas que componían el pueblo apache, las cuales operaban con total independencia unas de otras. Hoy uno todavía se pregunta cómo los habitantes de Tucson podían creer de verdad que fueron los aravaipas quienes habían matado a aquellos rancheros de Sonita. Todo lo que los cabecillas mostraron como evidencias eran pruebas falsas.

Los ciudadanos de Tucson crearon un Comité de Seguridad Ciudadana. William S. Oury, el protagonista entre los estadounidenses, era un hombre al estilo de King Woolsey. Había luchado a los dieciséis años en la revolución texana, y escapó de milagro de la derrota de El Álamo. En Tucson era el cabecilla agitador que instaba a la acción de los *vigilantes* contra los apaches. Las reuniones tenían lugar en el juzgado de Tucson y, más tarde, escribió con un desdeñoso estilo heroico burlesco: «Se dijeron palabras tan valientes como banales, y se resolvió adoptar ciertas medidas. Pero no se hizo nada, aparte de redactar una lista compuesta y firmada por ochenta y tantos aguerridos y valientes caballeros en la que se decidía lograrlo o morir en el intento. Pero pocos días después, el valor de todos AQUELLOS VANIDOSOS CABALLEROS pareció que se les escapaba por la boca y todo quedó en un punto muerto».<sup>[21]</sup>

El homólogo de Oury en la comunidad mexicana era un individuo llamado Jesús Elías, un renombrado luchador contra los apaches. Una noche, ambos dirigentes civiles se encontraron por la calle y comenzaron a hablar. Elías estaba convencido de

que algunos de los rebeldes que había perseguido se encontraban en Camp Grant. Al finalizar su charla nocturna, aquellos dos hombres ya habían diseñado un plan.

Organizados en el mayor de los secretos, una chusma de *vigilantes* formada por ciento cuarenta y seis hombres se concentraron en Rillito Creek, en la tarde del 28 de abril, al norte de Tucson.<sup>[22]</sup> Solo había seis estadounidenses anglosajones blancos, un dato que preocupaba a Oury, junto a cuarenta y ocho mexicanos y noventa y dos indios papago, ancestrales enemigos de los apaches. Evitando tomar el camino directo hacia Camp Grant (las actuales autopistas 89 y 77), los *vigilantes* se dirigieron al este a través de Cebadilla Pass, siguiendo el lecho del río San Pedro. Realizaron la mayor parte de su recorrido de noche. Oury tuvo la precaución de asignar a varios de los conspiradores la labor de interceptar los mensajeros que fuesen a Camp Grant desde Tucson. De hecho la partida de aquella caterva no pasó desapercibida y dos soldados se apresuraron a avisar a Whitman. Según las palabras de Oury, lograron «detenerlos discretamente en Cañada del Oro, y no pudieron alcanzarlo [Camp Grant] hasta que fue demasiado tarde para causarnos daño alguno».

Justo antes del alba del día 30 de abril, después de una noche entera de marcha, los voluntarios establecieron contacto visual con el campamento apache. Elías, al mando, dividió aquella abigarrada tropa en dos alas y ordenó inmediatamente una carga. «Los papago se abalanzaron como toros», escribió Oury más tarde, «y ejecutaron una línea de ataque mejor que la que jamás hubiese visto, ni siquiera entre soldados veteranos».

Los apaches fueron tomados por sorpresa. Sus únicos centinelas eran un hombre y una mujer jugando una partida de cartas junto al fuego del campamento. «Los mataron a golpes antes de que pudiesen dar la voz de alarma». El ataque solo duró media hora, al final del cual «no quedó un indio adulto para contar la historia». Entre ciento veinticinco y ciento cuarenta y cuatro indios, nunca se hizo un recuento oficial de los cuerpos, fueron asesinados mientras dormían en sus tiendas.

Más tarde, Oury pronunciaría discursos frente a los pioneros compinches suyos, y narraría los hechos de «aquella gloriosa mañana del 30 de abril de 1871, cuando un rápido castigo cayó sobre esos carniceros con las manos manchadas de sangre que los borró de la faz de la Tierra».<sup>[23]</sup> Lo que no estaba dispuesto a reconocer era que no más de ocho, quizá solo dos, de los apaches asesinados eran hombres. Aquel fatídico día, la mayoría de los hombres aravaipa estaban de cacería en su adorado cañón, confiados por la sensación de seguridad que les proporcionaba la benevolencia de Whitman. Habían dejado el campamento solo con las mujeres y los niños. Otros, como Eskimizin, pudieron huir al principio de aquel ataque realizado al amanecer.

Oury tampoco entró en los detalles de la carnicería. Unos detalles que hicieron enfermar a los soldados de Camp Grant, quienes, advertidos con demasiado retraso, se personaron en el campamento varias horas después de la masacre. Los atacantes habían disparado armas de fuego, habían arrojado flechas y habían matado a golpes a los adormilados apaches.<sup>[24]</sup> A algunos de ellos, los que solo fueron heridos por arma



de fuego, les machacaron los sesos con piedras. Violaron a cierto número de mujeres antes de matarlas. Según el cirujano de Camp Grant, casi todos los cadáveres estaban mutilados, y «un bebé de aproximadamente diez meses de edad sufrió dos disparos en una pierna que casi se la arrancan de cuajo».

Cuando regresaron a Tucson «con la satisfacción de un trabajo bien hecho — como lo describió Oury—, los *vigilantes* trajeron consigo veintiocho o treinta *papooses*, niños indios».<sup>[25]</sup> Los papago venderían a la mayoría de ellos como esclavos en el estado de Sonora. Los parientes de esos niños reclamarían más tarde a Whitman que hiciese lo que estuviese en su mano para que les devolvieran a los niños. Siete de esos infantes regresaron con los suyos.<sup>[26]</sup> El resto no volvió a ver jamás a su gente.

Sobrecogido por la catástrofe, Whitman ofreció cien dólares a cada uno de sus intérpretes para que fuesen a las montañas y convenciesen a los aravaipas de que los soldados no habían tenido nada que ver con aquella masacre.<sup>[27]</sup> Ninguno de los traductores estuvo tentado de ir, a pesar de que esos cien dólares representaban una pequeña fortuna. Así que Whitman hizo un acto heroico: al amanecer del día 1 de mayo, aun sabiéndose vulnerable frente a los guerreros que debían estar observándolo desde las colinas, fue al campamento a enterrar los cadáveres mutilados. Esperaba que este acto humanitario persuadiera a Eskimizin de que el ejército no era su enemigo.

Whitman calculó bien. Aquel mismo atardecer los supervivientes aravaipas comenzaron poco a poco a regresar. En su informe oficial, el teniente refleja un vívido retrato del estado de esa gente:

Muchos de los hombres, cuyos familiares habían sido asesinados ... se obligaron a separarse, incapaces de hablar, y demasiado orgullosos para mostrar su profundo dolor. Las mujeres, cuyos hijos habían sido asesinados, o lapidados, se convulsionaban con la pena, y me miraban como si yo fuese la única esperanza que les quedaba sobre la faz de la Tierra. Niños que dos días antes jugaban llenos de alegría, parecían ensimismados ante el horror.

A pesar de todo, los aravaipa confiaban en Whitman, y reconocieron que los causantes de la masacre fueron en su mayor parte mexicanos y papagos. Uno de los jefes le dijo al teniente: «Ya no quiero seguir viviendo. Mataron a una mujer y a mis hijos delante de mí, y no fui capaz de defenderlos».

Los estadounidenses ya habían realizado atrocidades contra los apaches con anterioridad, pero la masacre de Camp Grant estaba por encima de todas las gratuitas carnicerías anteriores. Sesenta años después, un historiador la llamaría «la página más negra de las escritas en los anales de la historia de los angloamericanos en Arizona».<sup>[28]</sup> No lo vieron así los periódicos de la época, ni siquiera en aquellos que se publicaban lejos de Arizona. El *Bulletin*, periódico de San Francisco (California), argüía que «tales masacres son necesarias como defensa ante los apaches».<sup>[29]</sup> El *News* de Denver (Colorado) dijo: «Los ciudadanos de Arizona cuentan con nuestra

más incondicional y sincera aprobación. Los felicitamos por el hecho de que el arreglo de una paz permanente lo hayan realizado tantos, y solo sentimos que el número no fuese el doble».

Pero el presidente Grant estaba furioso. Llamó a la masacre «un puro asesinato», e hizo saber al gobernador de Arizona que si no se llevaba a los perpetradores de la masacre ante un tribunal, declararía todo el territorio bajo la ley marcial.<sup>[30]</sup> A su debido tiempo, se presentaron cargos contra más de cien conspiradores. El juicio se llevó a cabo en Tucson y duró cinco días. Al final, un jurado compuesto por camaradas de los *vigilantes* deliberó durante noventa minutos antes de regresar a la sala del tribunal y presentar el veredicto de no culpables. Las celebraciones duraron días.

En las elecciones de mayo de 1871, Oury fue elegido para ocupar un cargo de concejal.<sup>[31]</sup> Otro de los reos fue elegido alcalde. Y Juan Elías, el hermano de Jesús y una de las principales figuras del asalto, fue elegido perrero municipal. El parque Oury, situado dentro de los límites de la ciudad de Tucson, todavía hoy está dedicado al pionero que llevó a cabo aquella masacre.

En diciembre de 1871, el teniente Whitman fue llevado ante un consejo de guerra, pues le imputaban una serie de cargos de mínima relevancia que lo acusaban de bebedor y mujeriego.<sup>[32]</sup> Por ejemplo, en un local de ocio de Tucson se le acusaba de haber pedido unas bebidas y no haberlas pagado. Los periódicos locales, incapaces de implicarlo en la masacre, tuvieron que atacarlo con asuntos personales. Se dijo que su exquisitez para con los apaches, por ejemplo, estaba originada en su propensión hacia las «damas morenas». La corte tuvo que admitir lo absurdo de aquellas acusaciones y desestimó el caso, pero el buen nombre de Whitman quedaría manchado para siempre. Terminó en Washington con un retiro anticipado. Durante el resto de su vida, se amargaría pensando en el suceso de Camp Grant e insistiría una y otra vez a todo el que lo quisiera escuchar que él hizo lo único que se podía hacer.

Quizá la tragedia más espantosa derivada de la masacre de Camp Grant llegó de manos de Eskimizin. A finales de mayo de 1871, visitó a un rancharo que vivía en San Pedro, y que era el mejor amigo que tenía entre los blancos.<sup>[33]</sup> Había parado allí muchas veces a comer con él, y en aquella ocasión el ganadero lo invitó una vez más a cenar. El jefe aravaipa comió la cena que le ofreció su amigo, tomó su café, empuñó el rifle y lo mató a tiros.

Años más tarde, Eskimizin explicaría su actuación a un explorador militar: «Lo hice —dijo el jefe—, para enseñar a mi gente que no debe existir amistad entre ellos y el hombre blanco. Cualquiera puede matar a un enemigo, pero hace falta ser muy fuerte para matar a un amigo».

## Capítulo 6

### Un general a lomos de una mula

Mientras esperaba a que los autores de la masacre de Camp Grant fuesen llevados ante un tribunal, el presidente Grant llevó a cabo unas acciones que alcanzarían mayores logros que cualquier veredicto. Relevó de su cargo al general George Stoneman, el gobernador militar de Arizona que había optado por dirigir las operaciones de invierno desde la comodidad del clima californiano, y puso en su lugar al general George Crook.

El nombramiento no tuvo una buena acogida dentro del ejército.<sup>[1]</sup> Cuando aceptó el puesto, saltó por encima de otros oficiales que estaban por encima de él en rango y antigüedad. Él solo fue general por la asignación del cargo, buena parte de aquella honorífica designación no implicaba un incremento en el sueldo y apenas aumentaba su responsabilidad. La promoción de Crook llegó como una parte del beneficio general que recibieron los oficiales condecorados por su pericia durante la Guerra de Secesión. En términos de graduación real, Crook no era más que un teniente coronel (llegaría a ser general de brigada en 1873). Es más, Crook no se graduó con demasiado éxito en West Point, pues figuraba como el trigésimo octavo en una promoción de cuarenta y tres. El propio ministro de Defensa del presidente Grant, así como William Tecumseh Sherman, capitán general del ejército, se opusieron al ascenso de Crook.

Pero antes de que Crook finalizase su carrera, el propio Sherman se referiría a él como el mejor luchador contra los indios de todo Estados Unidos.<sup>[2]</sup> Y Caballo Loco, a cuyos guerreros combatió Crook en Rodsebud solo ocho días antes de la derrota de Custer en Little Bighorn, diría de ese oficial que era más «temido por los sioux que cualquier otro hombre blanco».<sup>[3]</sup>

Cuando en junio de 1871 llegó a Arizona, Crook tenía cuarenta y dos años. No solo era un veterano de la Guerra de Secesión, sino que también había tomado parte en las implacables campañas de los shasta, alagna, pit river, klamath, tolana, paiute y otras tribus de los territorios del noroeste. Por entonces Crook estaba, según sus propias palabras, «cansado del asunto de los indios», y aceptó el cargo en Arizona de mala gana.<sup>[4]</sup>

Crook era un hombre de sólida y poderosa constitución que medía más de 1,80 metros de altura.<sup>[5]</sup> Lucía perilla y bigote, corto y bien cuidado, pero sus mejillas estaban cubiertas por unas espesas y grandes patillas. La mirada de sus ojos azules tendía a reflejar un aire abstraído y melancólico.

Ciertas rarezas de la personalidad de Crook le dieron fama de hombre excéntrico. Odiaba vestirse de uniforme y prefería llevar sencillos atuendos de civil. Elegía

siempre montar una mula en vez de un caballo, lo cual proporcionaba a sus tropas una imagen más de Quijote que de caballero. Su gran pasión era la caza y a menudo, incluso durante las persecuciones a los indios realizadas en los más inhóspitos parajes, se las arreglaba para tomarse unas horas y abatir un venado o algún pavo silvestre.

Como oficial, Crook no era en modo alguno pretencioso. Trataba a los soldados con sencillez y honestidad y, según las declaraciones de John Gregory Bourke, su mano derecha, «ningún oficial del mismo rango, al menos ninguno que conociésemos, dictaba tan pocas órdenes».

A todos los que lo conocieron les pareció un hombre distante, duro, incluso sombrío o pesimista. Bourke, que adoraba a su general, dice de él que era «tan retraído como una muchacha», pero insiste en que «aunque taciturno, circunspecto y reservado, la tristeza no era parte de su carácter, que era alegre y jovial». Pocos de los camaradas de Crook pudieron ver jamás un solo destello de tan resplandeciente interior.

La autobiografía no terminada de Crook, escrita casi al final de su vida, es un documento de locución bastante pobre, pero que irradia un fuerte carácter. Apenas menciona nada de su vida privada. Por ejemplo, Crook sintetiza lo que los rumores afirmaban que fue un maravilloso cortejo romántico hacia su esposa con una sola frase: «Me casé el 22 de agosto de 1865».<sup>[6]</sup> Cuando Crook habla de sus hazañas, el tono es extremadamente modesto, pero se convierte en franco y ofendido cuando trata a sus rivales y superiores. Al final de su vida, el general Crook mantiene muy pocos pensamientos de simpatía hacia el ejército de Estados Unidos. Y las narraciones de sus campañas están plagadas de oficiales borrachos, cobardes, grandilocuentes e incompetentes. «Fue mortificante tener que servir bajo tales personas», escribió, refiriéndose a sus oficiales superiores durante la Guerra de Secesión. En otra parte del libro, resume su carrera: «Yo tuve que hacer el trabajo duro para que más tarde otros se llevaran los beneficios».

Crook desempeñó un papel de capital importancia durante la Guerra de Secesión en batallas como la segunda de Bull Run, Antietam, Fredericksburg, Lynchburg y Appomattox. En Winchester (Virginia), en el año 1864, Crook ideó y llevó a cabo una maniobra de flanqueo que permitió capturar un millar de soldados confederados.<sup>[7]</sup> Su oficial superior en aquella batalla era el general de división Philip H. Sheridan, un antiguo compañero de estudios de Crook en West Point. Casi dos décadas después de la guerra, Phil el Pequeño, como lo llamaban, se había convertido en comandante en jefe del ejército y, evidentemente, en el superior de Crook durante los últimos años de la campaña apache. Irónicamente, fue Sheridan quien acuñó una frase que ha llegado a nosotros: «El único indio bueno, es el indio muerto».<sup>[8]</sup>

Dos años después de la batalla de Winchester, Sheridan, vestido con su informe oficial, se apropió del mérito de la maniobra de flanqueo ideada y ejecutada por Crook,<sup>[9]</sup> El público fue engañado, pero no así los pares de Crook. Rutherford B.

Hayes habla de ellos en una carta dirigida a un tío suyo: «Intelectualmente [Sheridan] no está a la altura de Crook. Por eso suelo decir que Crook es el cerebro del ejército». [10] Aunque Crook mantuvo durante años una actitud cordial hacia su excompañero y oficial superior, sentía una profunda amargura hacia él. En una anotación en un diario de 1889, hace un sardónico resumen de la carrera de Sheridan: «Las adulaciones derramadas sobre él por parte de una nación agradecida hacia el presunto genio, añadidas a su natural disposición, provocaban que hinchara su pequeña carcasa de disipación y libertinaje. Lo cual acabó con él prematuramente». [11] Cabe señalar que Crook nunca fumó, ni maldijo, ni bebió alcohol, ni café ni té. [12]

Crook también estuvo en uno de los mayores fiascos de la Unión, la batalla de Chickamauga en 1863. Obedeció órdenes que consideraba absurdas y contra ellas había protestado en vano. Crook admitió cándidamente: «Perdí más de cien hombres en menos de quince minutos». [13] Su autobiografía está cargada de veneno hacia el comandante en jefe que pasó por alto la catástrofe de Chickamauga en su informe oficial, a pesar de que dicho oficial elogió calurosamente las acciones de Crook.

Otro fiasco de la Guerra de Secesión, uno que tuvo un desarrollo bastante extraño, debe achacarse a la falta de atención de Crook. Casi al final de la guerra, corría el mes de febrero de 1865, Crook estaba instalado en el cuartel general de su departamento, un hotel de Cumberland, estado de Maryland. En la noche del día 21 de febrero, un temerario grupo de guerrilleros confederados le arrancaron la contraseña a un centinela y la usaron para infiltrarse descaradamente más allá de las líneas de la Unión, hasta alcanzar el hotel, donde apresaron a Crook y al general Benjamín F. Kelley sin disparar un solo tiro.

Se llevaron a toda prisa a los dos oficiales hasta Richmond (Virginia), donde estuvieron apresados durante una quincena. El general Grant se las ingenió para negociar la puesta en libertad de los dos oficiales a cambio de un gran número de prisioneros de guerra aunque el ministro de Defensa, William Stanton, un hombre irritado con Crook, se opuso al trato. El propio Crook minimiza el suceso en su autobiografía, dedicándole dos secos párrafos al *résumé* de su humillante captura y el trueque posterior. Dieciocho años después del embarazoso asunto de Cumberland, en el corazón de Sierra Madre, en México, Crook volvería a vivir un desconcertante contratiempo muy similar. Pero esta vez, en vez de tratarse de guerrilleros confederados, sus adversarios eran los apaches comandados por Jerónimo.

En 1871, Crook había combatido a los indios durante trece años completos, ocho antes de la Guerra de Secesión y cinco después. En 1857, en la cornisa nororiental de California, Crook mataría a su primer indio, un miembro de la tribu pit river. [14] Pocos días después sufriría la primera herida a manos de los indios cuando una flecha lo alcanzó en su cadera derecha. Crook arrancó el astil de la flecha, dejando la cabeza hundida en su pierna, donde permanecería durante el resto de su vida.

Con el paso de los años Crook se formó su propia opinión acerca de los indios, cuya libertad le habían encomendado que eliminara. Cuando se encontraba con que

una tribu en particular había cometido crímenes contra colonos blancos, podía llegar a ser un implacable vengador. En 1867, por ejemplo, en un ataque a un grupo de paiutes en Idaho, las tropas de Crook mataron a sesenta hombres, mujeres y niños y tomaron prisioneros a veintisiete individuos, entre mujeres y niños.<sup>[15]</sup> Todo un maestro en psicología militar, Crook sabía como pronunciar un discurso que desmoralizase a una tribu que estuviese sopesando la posibilidad de combatir o aceptar la ley del hombre blanco. En 1868, cuando los indios de la tribu pit river acudieron a Camp Harney, en Oregon, para suplicar por un armisticio, Crook al principio se negó, y se dirigió al jefe a través de un intérprete:

Tenía esperanzas en que continuases con la guerra puesto que, aunque solo consiguiera matar a uno de tus guerreros por cada cien soldados míos que perdiera, tendrías que esperar a que todas esas personitas [señaló a los niños indios] crezcan y puedan ocupar el lugar de tus bravos mientras que yo, al día siguiente, tendría a otros cien hombres para reemplazar mis bajas. De ese modo no pasaría mucho tiempo hasta que os matáramos a todos, y el gobierno ya no tendría ningún problema con vosotros.

La jactancia de Crook, en palabras de un testigo, «le quitó todo el engreimiento al jefe. La rendición de los indios fue tan lastimosa como lo hubiese deseado el más cruel de los militares».

Cuando llegó a Arizona para tomar el mando en la campaña contra los apaches, al principio se puso del lado de los ciudadanos de Tucson que cometieron la masacre de Camp Grant.<sup>[16]</sup> Pero este hombre tan reflexivo y reservado difería de todos sus colegas de las Guerras Indias en un aspecto fundamental. Su curiosidad por el modo de vida de los indios no tenía límites, y esa curiosidad evolucionó hacia la compasión.

La curiosidad de Crook era, en cierto modo, una simple cuestión estratégica. El mejor modo de combatir a un enemigo es conocerlo a fondo. En opinión de John G. Bourke, el teniente que tanto admiraba al general: «La gente, incluso los propios indios, admitían que el general Crook tenía más de indio que los propios indios».<sup>[17]</sup> Pero la curiosidad es un reto que dura toda una vida. Cuando luchó contra los indios alagna, en el estado de Washington, Crook aprendió su lengua y recopiló una lista de léxico.<sup>[18]</sup> Aunque él consideraba que «las características más notables del carácter de los indios» consistían en que ellos eran «unos mugrientos, malolientes, traicioneros, desagradecidos, despiadados, crueles y haraganes», al menos tenía un aspecto positivo. Mientras combatía a los shasta, en California, no podía ignorar la evidencia de que aquella tribu había recibido mucho daño de parte de los blancos, quienes los habían asesinado y violado por puro entretenimiento. Mientras buscaba algo que él llamaba «los secretos del alma india», llegó a admirar «el ingenio, en todos sus aspectos, que tenían para conseguir un sustento».

Los sentimientos encontrados de Crook crecieron. Y aunque estaba comprometido con el objetivo del ejército de sojuzgar a todos los indios del Oeste norteamericano, las acciones requeridas para llevar a cabo esa misión a veces lo



disgustaban. En el río Columbia, en el año 1858, Crook capturó a cinco indios que confesaron haber asesinado a varios mineros.<sup>[19]</sup> Crook sabía que no le quedaba más remedio que ejecutarlos, cosa que hizo con el corazón apesadumbrado. «Todo este asunto me disgusta en exceso», escribió más tarde, «y como Turner, mi subteniente, disfruta bastante con esta clase de cosas, le encargué a él llevar a cabo las ejecuciones».

En Arizona, lo primero que hizo Crook fue entrevistarse con cada una de las personas que hubieran tenido algún tipo de experiencia contra los apaches.<sup>[20]</sup> Uno a uno, exprimió todo el conocimiento de sus informadores. A cambio, pues así era su taciturno carácter, no dio ni una pista acerca de cómo iba a proceder. Su primera entrevista fue con el gobernador del territorio, quien insistía en que la solución del problema apache consistía en utilizar a los mexicanos para seguirles el rastro y combatirlos.<sup>[21]</sup> «Con un poco de pinole y algo de carne de buey seca», le dijo el gobernador a Crook, los mexicanos «viajarían por todo el territorio sin ni siquiera llevar una reata de mulas ... Podían acercarse a un apache y destriparlo en un abrir y cerrar de ojos». Crook contrató a cincuenta exploradores mexicanos y partió de Tucson hacia Fort Bowie, esperanzado en derrotar a los chiricahua de Cochise.

Durante un mes, los cinco escuadrones de caballería y los cincuenta exploradores mexicanos a las órdenes de Crook peinaron el sur de Arizona. Desde Fort Bowie, al sur del monte Graham, a través del cañón Aravaipa, para terminar en Fort Apache, al norte del río Salado. Tan solo vieron unos pocos apaches, pero no lograron entablar combate con ellos. En Fort Apache prescindieron de los servicios de los mexicanos. A Crook le bastó una expedición de rastreo para llegar a la conclusión de que ellos no iban a solucionar el problema apache.

Aunque al principio Crook se había mostrado optimista en la consecución de una rápida victoria sobre los chiricahua, pronto cayó en la cuenta de que los enemigos con los que se enfrentaba en Arizona tenían un temple distinto al de las tribus que había obligado a someterse en los territorios del noroeste. La enérgica campaña de una década de duración realizada por los comandantes de Arizona, desde Carleton hasta Stoneman, apenas había hecho mella en la resistencia chiricahua. En 1871 se estaba empezando a perfilar la idea de que la salvaje y tenaz rebelión de los apaches representaba una amenaza única para la colonización del sudoeste. El propio general Sherman alcanzó tal estado de pesimismo que recomendó entregar Arizona a los apaches.<sup>[22]</sup>

Crook, a pesar de estar harto ya del asunto indio, no era el tipo de hombre que se rinde con facilidad. Prudente por naturaleza, cauto incluso, era al mismo tiempo un innovador. A las pocas semanas de llegar a Arizona lanzó dos atrevidos golpes tácticos que, más que ninguna otra combinación estratégica, les conducirían al éxito frente a los apaches.

La primera era referente al modo de desplazarse. En Apache Pass, en 1862, los dos cañones montados sobre ruedas que utilizaron cambiaron el resultado de una



importante batalla, que ganaron los ojos blancos. Crook sabía que en esencia no había sido más que una casualidad que dependió de dos circunstancias: Los apaches no se habían enfrentado nunca a cañones montados, y en Apache Pass los soldados se encontraron atrincherados de modo que era labor de los atacantes desalojarlos de allí, una situación nada habitual.

Crook jamás confió en la eficacia de la artillería para combatir a los indios.<sup>[23]</sup> Su opinión se basaba, en parte, en la amarga experiencia de la batalla de Chickamauga, durante la Guerra de Secesión. La discusión que había perdido ante su antiguo oficial en jefe acerca de que aquella batalla no era una cuestión de artillería, lo forzó a desplazar los cañones hasta el campo de batalla. La mayor parte del centenar de hombres que murió bajo el fuego confederado durante aquellos terribles quince minutos lo hizo defendiendo unos ineficaces cañones.

En Arizona, cayó en la cuenta de que la persecución de los apaches se basaba en la velocidad y la capacidad de maniobra. Así, decidió que los pesados y rígidos cañones, y también esos enormes y engorrosos carros de intendencia que solían acompañar a las tropas durante sus expediciones, no tenían utilidad contra los apaches. Su solución fue simple: la perfección de una recua de mulas.

«Hizo del estudio de las reatas la investigación de su vida», escribió Bourke.<sup>[24]</sup> El modelo en el que se basó Crook eran las recuas de mulas andinas que había visto utilizadas para trabajar en los pueblos mineros de California. Los muleros de la época formaban un abigarrado grupo de tipos raros, pues sus servicios estaban muy poco valorados. Buena parte de ellos eran alcohólicos o, simplemente, unos incompetentes. Del mismo modo, las mulas también variaban tanto en salud como en fuerza. Crook descartó, tanto en mulas como en hombres, a los pasivos y haraganes, asegurándose así un mínimo respecto al nivel de calidad.<sup>[25]</sup>

Antes de Crook, la intendencia militar proporcionaba una única talla en el diseño de los *aparejos*, sin que importase el tamaño o la estructura de la mula. Los *aparejos* del gobierno, escribió Crook sardónico: «Más que ayudar a las mulas a transportar carga, las matan». Crook insistió en que los aparejos de las mulas debían ser adecuados a cada una de ellas.

La otra innovación de Crook resultaría todavía más importante para su campaña. Después de despedir a aquellos irresponsables mexicanos en Fort Apache tras su fútil expedición inicial, el general comenzó a entablar diálogo con los apaches coyoteros y los montaña blanca, quienes se quedaron en las cercanías del fuerte con vigilante tranquilidad. El avezado estudiante de los indios que era no le llevó a pensar que todos los apaches eran iguales. Más que ningún otro oficial antes que él, Crook comprendió las viejas enemistades que mantenían unas bandas de apaches frente a otras. Y también conocía la carencia que tenían de un concepto global de pueblo apache como conjunto. Primero se convenció a sí mismo, y después a los guerreros coyotero y montaña blanca, de que deberían servir como exploradores militares para acabar con aquellas otras bandas de apaches, apaches hostiles.

Hoy en día se nos hace difícil reconocer cuán radical era esta idea allá por 1871. Ante muchos colonos blancos, el hecho de que Crook contratase exploradores apaches era un asunto que bordeaba la traición. Si el único indio bueno era el indio muerto, entonces era absurdo pagar a los apaches para que realizasen el trabajo de los soldados. En la mentalidad popular, y sin duda en la de muchos de los soldados de Crook, se alojaba un miedo apocalíptico a que los exploradores militares apaches pudieran unirse de pronto a los rebeldes que estaban persiguiendo, su verdadera y salvaje naturaleza apache se había puesto de manifiesto cuando asesinaron a los hombres blancos que fueron a civilizarlos.

Sin embargo, Crook reconocía algo que muy pocos estadounidenses estaban dispuestos a aceptar: la media apache en monta era superior, así como su condición física. Y también eran hombres mejor acondicionados al brutal medio orográfico que la mayoría de los soldados estadounidenses. Esa noción se fijó en la mente de Crook mucho antes de que se convirtiera en el lema del sudoeste de Estados Unidos: hace falta un apache para atrapar a otro apache.

A pesar de la vieja rivalidad existente entre los coyoteros y los montaña blanca por un lado, y los chiricahua por otro, no era una tarea precisamente sencilla el conseguir que esos primeros sirviesen como exploradores para dar caza a estos últimos. Crook preparó el terreno con un magistral discurso pronunciado ante aquellos desconfiados indios en Fort Apache. Tal como ya había hecho con el pueblo pit river en 1868, el general invocó al espectro de una ilimitada marea de colonos que vendrían desde el Este. Según la paráfrasis de Bourke, Crook les habló así:

La gente blanca está dirigiéndose hacia el Oeste en tan gran número que pronto será imposible que alguien pueda vivir al margen. El que lo intente será expulsado o muerto. Será mucho mejor para todos que os hagáis a la idea de cultivar el suelo y criar caballos, vacas y ovejas, y que viviréis de ese modo. Los animales crecen y aumentan en número mientras uno duerme, y en menos de lo que creéis los apaches estarán en mejores condiciones que los mexicanos.<sup>[26]</sup>

Crook prometió perdonar los crímenes cometidos en el pasado, aplicar las mismas leyes a indios y blancos y decir siempre la verdad. Con un tono de diplomática sabiduría, vendió a su audiencia la idea de los exploradores apaches:

Si alguno se aproxima sin que sea necesario el derramamiento de sangre, se alegrará. Pero, si no es así, entonces ha de suponer que los hombres buenos ayudarán a terminar con los malos. Si hubiese hombres malvados en cierto vecindario, todos los ciudadanos respetuosos con la ley ayudarán a los agentes encargados del orden a arrestar y castigar a aquellos que no se porten bien.

Los apaches, recuerda Bourke, «escuchaban con profunda atención», y gruñían *unju* (está bien) a intervalos regulares.

Crook organizó su primera incursión con exploradores indios desde Fort Apache.<sup>[27]</sup> Siguieron un rastro que los condujo al norte, a los profundos bosques de cuenca Tonto, situada bajo la alta sierra Mogollón. Sus presas no eran los chiricahua, sino los apaches tonto, la más norteña de todas las tribus apaches; una gente que, a ojos de

Bourke, era «salvaje e incorregible». Aquel era un hermoso territorio, con agua en abundancia y repleto de las flores silvestres propias de finales de verano, pero la partida de Crook realizó lentos y penosos avances a través de aquellos tupidos bosques y estuvieron más o menos perdidos durante días enteros.

Al final, de todos modos, entraron en combate con una quincena, o quizás una veintena de guerreros tonto, cuya presencia no notaron los soldados hasta que las flechas procedentes de la espesura comenzaron a pasar zumbando sobre sus cabezas. Persiguieron a los apaches hasta el borde de un gigantesco precipicio, quizás hasta la misma sierra Mogollón. Dos guerreros quedaron atrapados con el despeñadero a sus espaldas. Crook abrió fuego hiriendo a uno en un brazo, y luego los soldados vieron cómo los fugitivos se arrojaban al barranco, hacia lo que parecía una muerte segura. Cuando los militares se acercaron al borde del abismo, vieron a los dos tonto corriendo cuesta abajo «por el rastro de un sendero apenas marcado en la cara de roca basáltica cortada a pico». Nadie consideró la idea de perseguirlos.

Animado por aquella pequeña victoria, Crook llegó a Fort Verde, situado al este de Prescott, junto a río Verde, donde planeó una campaña a gran escala contra los apaches. Cuando leyó el primer periódico que cayó en sus manos, el primero durante semanas, se dio cuenta con no poco disgusto de que habría de poner todo su empeño en ello.<sup>[28]</sup>

Cuatro años antes, se había establecido en Washington un Consejo de Delegados para la Paz, cuyo propósito era proteger a los indios de los abusos que se cometían en la frontera.<sup>[29]</sup> Furiosos a causa de la masacre de Camp Grant, el consejo decidió enviar a su secretario, Vincent Colyer, a Arizona para dominar a los apaches mediante la paz y la amabilidad y no con el terror militar. El presidente Grant aprobó el plan y le confirió autoridad para fundar reservas. Crook comprendió que sus operaciones debían cesar al menos hasta que la interferencia de Colyer pudiese seguir su camino.

Más de cien años después resulta difícil mirar a Vincent Colyer bajo un prisma objetivo. Es fácil, tentador incluso, idealizarlo porque parece haber sido el primer gobernador oficial de Arizona que trató a los indios con el respeto que ahora nosotros creemos que merecían. Colyer era un cuáquero de la ciudad de Nueva York y un artista de éxito. Durante la Guerra de Secesión, como acérrimo abolicionista que era, dirigió un regimiento *negro* (así se llamaban, en castellano, a los regimientos compuestos por libertos o fugados negros) que había reunido él mismo.

Desde el punto de vista de Colyer, tanto antes como después de estar en la frontera sudoeste, los indios eran víctimas inocentes de la agresión estadounidense. «Los indios apaches fueron amigos de los estadounidenses la primera vez que los encontraron; [y] ellos siempre desearon la paz», escribió en su informe oficial, simplificando enormemente la turbulenta historia de Arizona.<sup>[30]</sup> «Las relaciones pacíficas entre apaches y estadounidenses continuaron hasta que estos últimos adoptaron la teoría de exterminio propuesta por los mexicanos, y realizaron actos de

crueledad y traición inhumanas que hicieron de los apaches unos implacables enemigos».

A ojos de Crook y otros veteranos de las Guerras Indias, Colyer era un romántico estúpido. El historiador Hubert Howe Bancroft lo llamó «fanático pacifista».<sup>[31]</sup> Bourke, un poco más comedido, lo llama «engendro del infierno».<sup>[32]</sup> Crook no pudo contener su desprecio y ridiculizó la cabalgada de dos meses que realizó Colyer a través de territorio del sudoeste en un pasaje memorable:

Arengaba a los indios a su estilo y estos, en cuanto se iba, dejaban tras ellos un reguero de sangre procedente de ciudadanos asesinados. Un indio llamado Eximí-yan [Eskimizin, jefe de los masacrados aravaipas], le dijo a Colyer que estaba convencido de que sus padres no eran simples mortales, pues ningún hombre nacido de mortal podía ser tan bueno. El discernimiento realizado por parte del viejo «Skimmy» alimentó la vanidad de Colyer; este pronunció dos sermones, el texto de uno de ellos es el siguiente...<sup>[33]</sup>

Los periódicos locales fueron más duros aún. Según el *Arizona Miner*, Colyer era un «sinvergüenza [y] un despiadado asesino con las manos manchadas de sangre». Los ciudadanos, exhortaba el periódico, deberían «arrojar a ese malvado al pozo de alguna mina, y apilar rocas sobre él hasta que muera».<sup>[34]</sup>

A pesar de la brevedad de la visita de Colyer, esta causó un profundo impacto. Su primera actuación en el territorio del sudoeste fue fundar una reserva para los chihenne. Los apaches de Victorio habían aceptado mucho tiempo antes que se trasladarían a una reserva siempre que esta contuviese el territorio sagrado de Ojo Caliente, en Nuevo México. Pero uno tras otro, los burócratas habían tratado de empujar a los chihenne, los mimbrenos, hacia el norte hasta el odiado río Tularosa, o lejos, hacia el este, junto a los mescaleros. Y entonces Colyer cometió el mismo error, insistiendo en Tularosa, en parte porque aquellos remotos valles estaban apartados de los asentamientos blancos.<sup>[35]</sup> Por primera vez se había establecido una reserva oficial para los apaches.

El día 2 de septiembre de 1871, Colyer llegó a Fort Apache. En cuestión de días estableció otro santuario, esta vez para los montañeses blancos; cabe señalar que hoy en día continúa siendo la reserva de esa gente. Colyer viajó hasta Camp Grant, donde se encontró con un acongojado Eskimizin, quien suplicó al comisario de Washington que hiciese todo lo que pudiese para rescatar a los niños aravaipa que fueron vendidos en los mercados de esclavos mexicanos. Una semana más tarde, en Camp McDowell, en río Verde, Colyer escuchó el lamento de un jefe de los apaches tonto:

Estamos cansados de vivir en cavernas, o en la cima de frías montañas. Mis mujeres han de acarrear el agua que recogen en pequeños arroyos durante dos o tres millas. Van por agua durante la noche, pues temen a los soldados. Hasta los conejos están más seguros que los tontos. Escondemos a nuestros hijos tras grandes peñas cuando salimos a cazar al venado. Pero no hay muchos venados ahora. Dices que no debemos robar ganado, pero debemos robarlo, o moriremos de hambre. Los blancos nos han quitado nuestros maizales y trigales, ¿qué es lo que tenemos que hacer?<sup>[36]</sup>

Esto era una vívida evocación de lo que había significado la incursión estadounidense en la vida de los apaches, e hizo que las lágrimas saltasen de los ojos de Colyer.

Antes de que Colyer abandonase el territorio, a finales de octubre, había fundado cinco reservas temporales más.<sup>[37]</sup> En cuestión de semanas, más de cuatro mil apaches se habían instalado en ellas. Este «fanático pacifista» había logrado más avances en las relaciones entre indios y blancos en dos meses, que una década de generales y gobernadores. Pero la paz de Colyer no duraría más que él o, a lo sumo, más que el mandato del presidente Grant. En su informe, Colyer canta las alabanzas de la gente con la que tan compasivamente (y con tanta brevedad) había vivido: «He visitado siete de cada ocho de las tribus indias que habitan bajo nuestra bandera, incluyendo los alaska. Y no he visto tribus de indios más inteligentes, alegres y agradecidas que los apaches nómadas de Arizona y Nuevo México».<sup>[38]</sup>

Mordiéndose la lengua, refrenando todos los impulsos militares que se habían convertido en su segunda naturaleza, Crook aceptó juzgar el sistema de reservas con imparcialidad.<sup>[39]</sup> Envío emisarios apaches a través de los inhóspitos parajes de Arizona y Nuevo México para que extendieran la noticia de su oferta. Les concedía a los apaches hasta el 16 de febrero de 1872 para que fuesen y se asentasen en las reservas. Después de esa fecha, todo indio que anduviese suelto por ahí sería tratado como un rebelde, por lo cual Crook les daría caza con todo el rigor del que fuese capaz y los mataría, o bien los capturaría y los llevaría cautivos.

Crook no se sorprendió de que solo unos días después de que Colyer regresase a Washington, las rapiñas de los apaches comenzasen de nuevo. Un ataque que resultó ser especialmente impresionante fue la emboscada a una diligencia en Wickenburg: siete de los ocho pasajeros fueron asesinados, entre ellos tres miembros de una expedición topográfica al monte Wheeler ordenada por el gobernador.

Aunque Colyer hubiese abandonado Arizona lleno de optimistas esperanzas sobre los resultados de su misión, su gran decepción fue que, a pesar de haber hecho correr la voz de que deseaba una conferencia, fue incapaz de entrevistarse con Cochise. La paz no estaría asegurada en Arizona mientras que el más grande de los jefes apaches estuviese fuera de control. El silencio de Cochise inquietó a Colyer.

Los escrúpulos del cuáquero pacificador estaban fundados. Para Cochise y sus chihenne, las reservas que había diseñado parecían tener muy poco atractivo. El 4 de septiembre, en el preciso instante que Colyer demarcaba los terrenos de trabajo para la reserva de apaches montaña blanca en Fort Apache, Cochise encabezaba a sus guerreros en un audaz asalto a Camp Crittenden, a doscientos diez kilómetros al sur.<sup>[40]</sup> A plena luz del día, los apaches capturaron todas las monturas de los militares, un total de cincuenta y cuatro caballos y siete mulas. Los aterrorizados soldados encargados de la vigilancia del ganado fueron incapaces de causar una sola baja entre los atacantes.

Crook se irritó por las restricciones que lo mantenían controlado. Al igual que Cushing antes que él, también había llegado a tener cierta obsesión. Era Cochise, por

encima de cualquiera de sus adversarios, a quien deseaba doblegar. Desde el punto de vista de Crook, los chokonen eran «los peores de todos los apaches»,<sup>[41]</sup> y su famoso jefe era «un enemigo intransigente frente a la humanidad entera».<sup>[42]</sup>

## Capítulo 7

### Este es el hombre

Las negociaciones de Cochise con los hombres blancos cerca de Dragón, en cañada Alamosa, y en Fort Apache a partir de 1869, marcaron su salida de casi una década de absoluto secretismo. Entre promesas de eterna resistencia, había expresado los pesares que lo acuciaban, dando a la audiencia la sensación del desgaste que los hombres blancos, por todos sus desatinos, habían causado entre los chokonén.

Que Cochise estuviese deseoso de hablar era del todo sorprendente. El incidente con Bascom le había proporcionado una indeleble desconfianza hacia el hombre blanco. Entonces, cuando se entrevistó con los representantes gubernamentales, mantuvo un cuadro de guerreros armados alrededor de él al modo de guardia personal.<sup>[1]</sup> Se negó a entrar a edificios o tiendas de campaña militares y, en su lugar, ofrecía extender unas mantas al aire libre. Cuando, temporalmente, aceptó raciones de comida de invierno para su gente, no quiso comer la carne de buey por temor a que estuviese envenenada.

De todos modos, en algún momento entre 1867 y 1870, Cochise conoció al hombre que llegaría a ser el único amigo que tuvo el gran jefe entre los blancos.<sup>[2]</sup> Se llamaba Tom Jeffords, y su intercesión fue la causante de que Cochise comenzase a hacer la paz en la década de 1870.

Una vez terminadas las Guerras Apaches, fueron los generales quienes escribieron sus memorias. Ningún hombre blanco logró comprender a los apaches de Cochise, ni por asomo, tanto como Jeffords. ¡Qué no daríamos por una reseña detallada de sus experiencias, escritas con sus propias palabras!

Pero Jeffords nunca se molestó en escribir el relato de su memorable viaje al corazón de la cultura chokonén, ni corrigió los errores y mitos que se han arrastrado por páginas impresas a lo largo de años. Y, aunque vivió hasta 1914, no fue hasta su último año de vida cuando dos historiadores, por separado, se entrevistaron con él y le arrancaron al solitario pionero un breve *résumé* de su amistad con Cochise.<sup>[3]</sup>

La leyenda de Jeffords y Cochise es una de las más impresionantes de las recogidas en los anales del Oeste. Sirve a la necesidad emocional de una nación de conquistadores ansiosa por exorcizar el pecado de la conquista. La esencia de esta leyenda reside en que un hombre civilizado, y solo, tuvo éxito allá donde ejércitos enteros habían fracasado; en que al entrar desarmado en el campamento de Cochise, Jeffords dejó estupefacto al jefe por su valentía; en que ambos hombres se hicieron hermanos y sellaron el pacto mediante el ritual de mezclar su sangre y en que, poco antes de la muerte de Cochise, este expresara su deseo de encontrarse de nuevo con Jeffords en el Más Allá.



La leyenda se cristalizó en la novela de Elliot Arnold, publicada en 1947, *Blood brothers*<sup>[\*]</sup>, que tres años después sería llevada al cine y protagonizada por James Stewart bajo el título de *Flecha Rota*. Tanto en la novela como en la película se concedía a Jeffords, un hombre del que nunca se supo que mantuviese relaciones románticas, no solo una mujer blanca, sino también una dama apache, y ambas se presentan como amantes rivales.

Jeffords era un hombre alto, esbelto, que lucía una poblada barba pelirroja y bigote. Dijo a uno de los cronistas que el nombre que recibía de los apaches significaba Bigotes Rojos.<sup>[4]</sup> Jeffords había llegado como minero al territorio del sudoeste alrededor de 1859.<sup>[5]</sup> En 1868 trabajaba como correo para la Southern Overland, empresa que, con gran riesgo, mandaba las diligencias que cubrían el trayecto de Santa Fe a Tucson.

La discrepancia existente entre las versiones de los blancos y los apaches de cómo se produjo el primer encuentro de Jeffords con Cochise, es toda una lección de cuán escurridiza es la verdad en la Historia. Tan solo unas semanas antes de morir, Jeffords le dijo a uno de los historiadores que, como supervisor de la Southern Overland, había perdido catorce conductores de diligencias a manos de Cochise en un breve período de tiempo. «Decidí que quería verlo», rememora Jeffords.<sup>[6]</sup> Solo, pero armado, guiado por un indio de la banda de Cochise con el que había establecido contacto, Jeffords entró caminando al campamento del jefe. Sorprendido ante esa imprudente actuación, Cochise aceptó conversar con Jeffords, que hablaba un rudimentario apache. «Pasé dos o tres días con él. Discutimos varios asuntos y evalué qué clase de hombre era», declaró Jeffords. «Ese fue el comienzo de mi amistad con Cochise... él me respetaba y yo lo respetaba a él».

Según la versión dada por los apaches de aquel encuentro, Jeffords fue capturado por los exploradores de Cochise. Para su sorpresa, Bigotes Rojos no mostró temor.

Los apaches estaban tan impresionados por su valor que en vez de matarlo lo llevaron ante Cochise ... Cochise se había cerrado a los ojos blancos desde el incidente con Bascom y aceptar a un hombre blanco como amigo era un tributo al valiente. El mayor elogio que se le puede brindar a Jeffords es decir que se ganó la amistad de Cochise.<sup>[7]</sup>

Según los apaches, la noción de hermanos de sangre unidos mediante cierto acto ritual era una tontería. Los chokonen no practicaban tal rito, ni tampoco Jeffords admitió en ocasión alguna que hubiese mezclado su sangre con la de Cochise, aunque insiste en que el jefe (en oposición al resto de la tribu) lo llamaba Chickasaw, es decir, Hermano.<sup>[8]</sup>

Fue mérito de Jeffords que Cochise fuese a Cañada Alamosa a finales de septiembre de 1871. El jefe había eludido reunirse con Vincent Colyer a principios de mes, pero sentía curiosidad por la reserva que, según había llegado a sus oídos, Colyer estableció para los chihenne. Mandó un mensajero a Jeffords para comunicar a su amigo blanco que quería ir a hablar.<sup>[9]</sup> Después, tras cautelosas fases de

acercamiento, y bajo la estrecha vigilancia de guerreros armados, se aproximó lentamente a Cañada Alamosa.

Durante los siguientes seis meses, Cochise acampó a menos de 25 kilómetros de aquella agencia provisional. No era lo bastante confiado como para permitir que su gente levantase las tiendas más cerca, como hacían muchos de los chihenne de Victorio. En vez de eso, él se mantenía apartado en las montañas, donde estaría seguro ante un posible ataque sorpresa. Pero a medida que se acercaba el invierno, permitía a su pueblo ir a recoger raciones de alimento a la agencia. Una y otra vez Cochise le dio vueltas a la cabeza meditando acerca del empecinamiento de los ojos blancos en que los apaches se instalasen en el odiado valle de Tularosa. Él había concluido su elocuente discurso de septiembre enumerando sus objeciones para con Tularosa. Pero los hombres blancos no cambiaron de idea.

Para los chihenne, e incluso para Cochise, el mayor atractivo de una reserva situada alrededor de Cañada Alamosa residía sobre todo en el hecho de que la sagrada fuente termal de Ojo Caliente estaba situada pocos kilómetros río arriba, hacia el noroeste. De todas maneras, mucho antes de que llegasen los ojos blancos, los mexicanos ya habían construido una ciudad en Cañada Alamosa. Con el paso de los años, los apaches habían desarrollado una relación comercial estable con la población. No solo era su principal fuente de armas y municiones, sino también de whisky. En 1871 la ciudad, aunque pertenecía al estado de Nuevo México, seguía poblada por mexicanos y todavía era uno de los pocos lugares al norte de la frontera donde los apaches podían comerciar tranquilamente. Hoy en día el lugar recibe el nombre de Monticello, está situado a lo largo de una carretera campestre de tierra, olvidado de la mano de Dios, y recuerda perfectamente a los mexicanos en aspecto y carácter.

Durante su visita, Colyer comprendió perfectamente el atractivo de Cañada Alamosa, pero no deseaba desplazar a los más de trescientos mexicanos que vivían allí, una precaución que pensaba que habría de tomarse allá donde se estableciese una reserva.<sup>[10]</sup> Colyer cabalgó hasta el hermoso cañón de Ojo Caliente, donde realizó una rápida inspección. Su conclusión fue sorprendente para proceder de un hombre que sentía tanta lástima por los indios. Decidió, sin escuchar a un solo apache, que la tierra circundante a Ojo Caliente no bastaría para sostener a la población de la reserva. Y esto a pesar de que durante siglos los chihenne habían considerado Ojo Caliente el mejor lugar para vivir que existía sobre la faz de la Tierra.

Entonces, para hacer establecer a los apaches en Tularosa, el agente indio y los oficiales al mando en Nuevo México confiaron en persuadir a Cochise para que viajase, junto a otros prominentes chihenne, hasta Washington para conocer al Gran Padre, Ulysses Grant.<sup>[11]</sup> En tres o cuatro reuniones, acordadas por Jeffords, los blancos suplicaron a Cochise que realizase el viaje. Durante los años siguientes, un número importante de apaches lo haría, incluyendo al hijo mayor de Cochise, y aquellas visitas a Washington tendrían un poderoso impacto en los apaches. Pero

Cochise ni siquiera se sintió tentado a hacerlo; le dijo a dos oficiales que él preferiría hablar con Grant en la cima de una colina.<sup>[12]</sup>

Desde septiembre de 1871, cuando Colyer estableció la reserva de los chihenne, hasta finales de marzo de 1872, la situación en Cañada Alamosa derivó a una situación de punto muerto.<sup>[13]</sup> Aunque a veces Victorio y otros jefes chihenne prometieron enviar a su gente hacia el valle del norte, cada vez que surgía la cuestión del traslado al final lo evitaban. Cuando el agente indio los amenazó con no proporcionarles más comida, Victorio le respondió orgulloso que podría alimentar a lobos y osos con las viandas del gobierno. Se tiraron un farol y los estadounidenses prorrogaron el plazo una y otra vez, hasta que declararon que el día 1 de mayo de 1872 sería la fecha del traslado definitivo.

Durante los meses que Cochise acampó en las proximidades de Cañada Alamosa, los blancos no siempre estuvieron seguros de dónde encontrarlo. Así y todo, cuando estallaron esporádicos ataques chiricahua en asentamientos tan lejanos como los de Apache Pass, Cochise era culpado por sistema: los soldados juraban que las tácticas utilizadas correspondían, sin lugar a dudas, a las de Cochise. La autonomía de la que disfrutaba cada banda de apaches dictaba que cada cual era libre de mantener sus propias batallas. Un hecho que se les escapaba a los estadounidenses, pues estos tuvieron que mantener una gran guerra para preservar su propia nacionalidad. Entre los apaches, ni siquiera un gran jefe como Cochise tenía autoridad para enviar al más humilde de los guerreros a la batalla: esa era una elección que cada hombre tenía la libertad de hacer en cada ocasión. Había abundantes pruebas de ello a mano. Aunque los mimbrense y los chokonen estuviesen todo lo unidos que puedan estar dos tribus apaches, en febrero, un grupo de chihenne bajo el mando de un jefe llamado Loco, quizá bajo los efectos del alcohol, tuvo una espantosa reyerta con varios hombres de Cochise. El balance fue de dos o tres apaches muertos y varios heridos.

La situación de punto muerto de Tularosa suponía un peligro potencial. El homólogo de Crook en Nuevo México, el coronel Gordon Granger, sabedor del peligro que supondrían más titubeos, decidió presionar a Cochise. Lo citó para una última negociación junto a todos los chihenne y chokonen que se llevaría a cabo en marzo.

Cochise acudió. La reunión comenzó con mal pie.<sup>[14]</sup> Un oficial le presentó al jefe una carta personal del presidente Grant cerrada con un cordel rojo. Cochise frunció el ceño, arrancó el cordel de la carta y dijo: «El rojo no es bueno». El oficial, asustado, ignorante del peligroso significado que tenía el color rojo entre los chiricahua, trató de aclarar algo la situación. Era el color que podía atraer a los rayos y, cuando alguien moría, era considerado un gran insulto hacia los deudos del difunto que alguien se presentase vestido con algo rojo.<sup>[15]</sup>

Granger se dirigió al jefe alternando las bravatas con los ruegos. Reiteró su exigencia de que para el día 1 de mayo todos los apaches debían estar instalados en Tularosa. Cochise puso objeciones y habló con evasivas, pero una vez más dio

pruebas de su apenada elocuencia. Un testigo presencial recordaría el discurso del jefe treinta y cinco años después, por lo cual sus palabras no son demasiado fiables, pero el sentido y el estilo son muy parecidos al de Cochise.

He combatido contra vosotros lo mejor que he podido durante mucho tiempo. He destruido a mucha de vuestra gente, pero cada vez que he acabado con un hombre blanco, otro ha venido a ocupar su lugar. Y cuando un indio muere, nadie ocupa su puesto. Por eso la gran gente que os dio la bienvenida a esta tierra con actos de cortesía, no es ahora más que una débil banda que huye ante vuestros soldados como el venado escapa del cazador ... Soy el último de mi estirpe, una estirpe que durante muchos muchos años ha sido jefe de su pueblo. Su futuro depende de mí, tanto si desaparecen completamente del territorio, como si queda un pequeño grupo que durante unos años contemple la salida del sol sobre estas montañas, su hogar.

[16]

Cochise prometió de nuevo que, si el gobernador establecía la reserva cerca de las sagradas aguas termales de Ojo Caliente en vez de en Tularosa, llevaría a su gente allí. Entonces le llegó el turno a Granger para hablar con evasivas. Y cuando el coronel repitió su petición de que fuese a Washington, el jefe se volvió desdeñoso. Él no iría a Washington, dijo una vez más. No le gustaban los modos del hombre blanco. «No les importa comer pececillos de pequeñas cajas de latón». Uno de los tabúes más fuertes que tenían los apaches prohibía comer pescado de cualquier clase, pues es una criatura de aspecto parecido a la terrorífica serpiente (las latas de sardinas de los hombres blancos les parecerían especialmente deleznales).<sup>[17]</sup>

Aun así, Granger insistió. Si Cochise no viajaba a Washington, ¿autorizaría que Loco y Victorio aceptasen acuerdos vinculantes a los chokonen? Cochise ni siquiera se molestó en contestar.<sup>[18]</sup>

—El Gran Padre de Washington quiere que Loco, Victorio y tú vayáis a Washington —dijo Granger.

—No soy un niño —replicó Cochise bruscamente—, y prefiero hablar contigo y en este territorio.

El jefe no creía que pudiese hacer comprender a aquel testarudo coronel por qué no tenía interés alguno en desplazarse hasta Washington.

—Prefiero vivir aquí, en las montañas donde muere la hierba —le dijo a Granger—, para que cuando me tumbe en el suelo, esta se meta en mi pelo y yo la saque, y así sabré que todo está bien.

Al finalizar la conversación, Granger trató de ganarse la gratitud de Cochise invitándolo a ir escoltado por soldados hasta Cañada Alamosa, donde lo colmarían de regalos.<sup>[19]</sup> El mismo Jeffords intercedió en la misión dando fe de la honestidad de los soldados. Pero Cochise se volvió hacia su amigo blanco y le dijo: «Tú crees a esos hombres blancos. Yo confié en ellos una vez. Fui a su campamento y los míos [su hermano y dos sobrinos] fueron ahorcados. No, no iré». La amargura de su pasado brillaba en la respuesta.

El obtuso coronel Granger llegó a creer que su gran negociación había obtenido el final deseado.<sup>[20]</sup> En el mejor de los casos, solo trescientos cincuenta apaches se

instalaron en Tularosa, donde estuvieron durante unos pocos meses. Ninguno de ellos era chokonen de Cochise. Antes de que pasasen diez días desde el encuentro con Granger, el jefe abandonó Nuevo México. Se había escapado por la noche, acompañado de toda su gente, y dejando a Granger preguntándose adónde habría ido.

Mientras tanto, en Arizona, Crook había esperado impaciente a que llegase su momento, pues le estaba concediendo a los melosos sueños pacifistas de Colyer la oportunidad de que probasen su insensatez. A medida que se acercaba su fecha límite, el 16 de febrero de 1872, para que todos los apaches estuviesen en las reservas, Crook se iba preparando para entrar en materia. Estaba completamente convencido de que Cochise, y otros, no aceptarían el sistema de reservas. Crook afirmó que había introducido espías, apaches leales al gobierno, entre los chokonen de las montañas Dragón.<sup>[21]</sup> Él estaba preparado para «limar las asperezas con la banda de Cochise». Su plan consistía en rodear las montañas de noche para luego, a la luz del día, «darle tal limpieza que acabaría con él para siempre».

Y entonces, justo antes de que llegase su fecha límite, le impidieron actuar por segunda vez en seis meses. Los amantes de la paz de Washington, pensó, deben haber aprendido desde la fútil misión de Colyer que una agresiva campaña militar es la única esperanza para Arizona. En vez de eso, Grant y su ministro de Defensa habían alcanzado justo la conclusión opuesta: intentar de nuevo la vía pacífica. Esta vez el misionero sería el general de brigada Oliver Otis Howard, cuya jerarquía era superior a la de Crook.

Años después, Crook se quejaría por la interferencia de Howard porque esta le había hecho perder la credibilidad frente a «mis indios» (los montañes blancos y los mescaleros contratados como exploradores).<sup>[22]</sup> «Pensaron que temía a Cochise, pues lo dejé tranquilo. Dijeron que no era justo, ni tenía sentido el que no lo sojuzgara, pues él era el peor en todo este asunto».

Howard era dos años más joven que Crook, y sus resultados fueron tan buenos en West Point como los de Crook malos. Quedó el cuarto en una promoción de cuarenta y seis. Durante la Guerra de Secesión sirvió con bravura, perdió su brazo derecho en la batalla de Fair Oaks (1862), pero regresó al frente para participar en las subsiguientes refriegas. Al igual que Colyer, Howard era un ferviente abolicionista, después de la guerra llegó a ser delegado de la Freedman Bureau, el departamento encargado de las cuestiones relacionadas con los libertos. Dicha agencia se fundó para tratar con los cuatro millones de esclavos que, como resultado de la guerra, fueron puestos en libertad. La Universidad de Howard, institución que ayudó a fundar en 1867, lleva su nombre.

Más que un cuáquero, era un fundamentalista cristiano y famoso por su honestidad. Los apaches nunca habían visto a nadie como él. Un testigo recuerda el sobresalto involuntario que el general proporcionó a uno de los primeros grupos de apaches que llegaron a Camp Grant en 1872.<sup>[23]</sup> Apenas había saludado a los apaches, que estaban sentados, cuando de pronto se arrodilló y comenzó a rezar al

Señor a voz en cuello. «En menos de dos minutos no había un solo indio a la vista», afirmó el testigo, «los indios huyeron tan espantados como las perdices cuando ven un halcón». Para los apaches, aquel manco barbudo vestido con uniforme azul debía de ser el resultado de algún tipo de magia negra. Solo a regañadientes fueron convencidos para que regresasen al lugar de reunión.

Crook saludó a Howard cortésmente y este le devolvió la cortesía. Pero los pensamientos íntimos del comandante en jefe de Arizona fueron menos generosos:

El general Howard era aficionado a hablar en público. Sus temas normalmente eran «de cómo él fue convertido» o «la batalla de Gettysburg». ... Lo que más me divertía era la opinión que el general tenía de sí mismo. Me confesó que creía que el Creador lo había puesto sobre la Tierra para ser el Moisés de los *negros*. Después de haber cumplido con esa misión, la siguiente sería con los indios.<sup>[24]</sup>

Por el contrario, Howard encontró, en privado, a Crook un tanto peculiar:

Era todavía más reticente que Grant, respecto a guardar sus opiniones para sí ... el general poseía ese arte que tienen algunos hombres para no decir nada en toda una conversación y, al mismo tiempo, escuchan con gran atención todo lo que uno, inconscientemente, proporciona en su discurso.<sup>[25]</sup>

Howard se las arregló para llegar a sellar tratados con algunas de las más pacíficas bandas de apaches. Estableció otra reserva, situada en San Carlos, contigua a la reserva de Fort Apache, al sur; esta también está activa hoy en día. En junio regresó a Washington, llevándose un séquito de indios con él. Incluso cuando se dirigía hacia el Este, planeó un segundo viaje a Arizona, pues, como Colyer antes que él, Howard se sintió desilusionado por no haber cumplido el principal objetivo de su misión: encontrar a Cochise.

La partida de indios que había acordado llevar a Washington para conocer al presidente Grant estaba compuesta por dos pima, un jefe papago, dos yavapai, dos apaches aravaipa y dos apaches montaña blanca.<sup>[26]</sup> Fueron a caballo hasta Santa Fe, la impedimenta iba cargada en carromatos, y allí tomaron la diligencia hasta Pueblo (Colorado).

Probablemente ningún indio de Arizona había visto jamás una línea férrea. Curiosos y espantados a la vez, se sentaron en el camino de Pueblo y señalaban con el dedo las traviesas y las agujas. Howard les ofreció que subiesen a un vagón de pasajeros. Su temor cobró más fuerza. Cuando el tren comenzó a moverse, los indios se escondieron en el suelo, tapándose el rostro con las manos.

Howard trató de calmarlos, y pronto se sentaron en su sitio a mirar por la ventana. El general se dio cuenta de que, a medida que el tren atravesaba el campo, los apaches, diligentemente, contaban las montañas. Al final, Menguil, un apache montaña blanca que había perdido un ojo en combate, le dijo a Howard con voz resignada que ya no podía contar más montañas.<sup>[27]</sup> Tendría que confiar en el general para que los llevase de vuelta a casa.

Llegados al Este, Howard se encargó de obsequiarlos con enérgicas giras



turísticas a Nueva York, Filadelfia y Washington. En Nueva York vieron altos edificios, Central Park y los astilleros. Pero nada les impresionó más que ver a Menguil regresar, tras una breve ausencia, con dos ojos; un especialista le había colocado un ojo de cristal.

Quizás el episodio más espantoso de la gira por el Este fue la visita a la penitenciaría de Pennsylvania. Howard observó la profunda consternación y la piedad de los indios para con los reclusos, sin llegar a saber la causa de ello. Para un apache, estar encerrado en una celda era el más horrible de los castigos, peor que la tortura más cruel. Menguil lo conocía: había pasado un año en la prisión de Santa Fe por un crimen que decía no haber cometido.

En Washington, los indios conocieron al presidente Grant e intercambiaron sus impresiones con el Gran Padre. Pero les impresionaron mucho más los estudiantes de un colegio para sordomudos, el College of Deaf Mutes (hoy el Gallaudet's College). En cuestión de minutos, los indios improvisaron un lenguaje de signos con aquellos estudiantes, imitando animales tales como el caballo, el perro y el oso.

La teoría que se ocultaba tras la práctica de llevar a prominentes indios al Este, algo que comenzó mucho antes de la excursión de Howard en 1872, era que esos embajadores quedarían abrumados por el enorme tamaño y poder de Estados Unidos y deslumbrados por sus logros tecnológicos. De ese modo, los indios perderían su moral para combatir contra objetivos imposibles y también llegarían a envidiar, y luego a imitar, el estilo de vida de los blancos. Una vez que hubiesen regresado a casa, el testimonio de lo que habían visto correría por sus gentes, multiplicando el efecto de la visita por cien.

Howard fue testigo de gratificantes ejemplos de tales conversiones. En una iglesia presbiteriana de Nueva York, Pedro, el otro apache montaña blanca, habló a la congregación a través de un interprete. <sup>[28]</sup>

Tenéis escuelas, iglesias, lugares donde se hace ropa, casas llenas de riquezas. Tenéis carromatos, caballos y carros [trenes] y más cosas de las que no sé hablar. Nosotros no tenemos nada. Somos muy pobres. Lo he estado pensando mucho. Hace mucho tiempo, poseíamos todas las tierras. Una vez, los indios fuimos como un solo hombre. Ahora estamos divididos y los hombres blancos tenéis todas las tierras y todas las cosas. Ahora voy a ser un hombre blanco. Vestiré las ropas de los blancos, cocinaré y comeré su comida, y quiero que mis hijos asistan a la escuela para aprender a ser hombres blancos.

Los parroquianos respondieron a Pedro con un «aplausos ensordecedor».

Pero Howard fue lo bastante inteligente para escuchar a un escéptico y experimentado oficial, compañero suyo, que lo llamó aparte cuando este oyó el discurso de Pedro. «Cuando un jefe regresa a su tribu después de estar en Washington, los indios ya no lo siguen —le murmuró al oído—. Manifiestan que lo han hechizado, o le han dado alguna medicina mala, y no creen nada de lo que les dice».

Esta sombría predicción se haría cierta una y otra vez.

Howard nunca pudo calcular el efecto a largo plazo de su excursión al Este con



sus amigos indios, y no quiso creer en haber obtenido el mejor de los resultados. Incluso su propio testimonio nos suena ambiguo hoy en día. El ojo de cristal de Menguil provocó asombrosa expectación y maravilló a su gente, los montaña blanca.<sup>[29]</sup> El apache tuerto le dijo adiós al general manco. Varios años después, Howard se enteraría de que Menguil murió «en una insignificante revuelta india». Santo, un hombre aravaipa, el preferido por Howard del grupo que llevó a Washington, aceptó el Nuevo Testamento que le regaló el devoto general. Décadas después, un oficial le diría a Howard que Santo dormía todas las noches con aquel libro bajo su cabeza, aunque nunca aprendió a leer.

Desde abril de 1872, cuando Howard viajó al Este, hasta agosto, cuando regresó, Cochise pasó parte del tiempo cerca de Janos, en el estado de Chihuahua (México), donde su gente todavía podía comerciar con los mexicanos, y parte en su bastión de las montañas Dragón, en Arizona.<sup>[30]</sup> Durante cinco meses evitó todo contacto con los estadounidenses. Y hubo muchos ataques chiricahua a los asentamientos del sur de Arizona aunque pocos, si es que hubo alguno, fueron dirigidos por él. Crook estaba que echaba chispas por su no deseado tiempo de ocio mientras esperaba el regreso de Howard.

El objetivo más acuciante que se propuso Howard en su segunda misión fue encontrarse con Cochise. Desde Fort Apache, el general envió vanos mensajeros apaches para que tratasen de establecer contacto con el jefe chokonen.<sup>[31]</sup> Todos regresaron con las manos vacías. Howard decidió seguir un vago rumor que situaba a Cochise en Nuevo México.

Ya había planeado su visita a la reserva de Tularosa donde unos trescientos cincuenta apaches, la mayoría chihenne, se habían asentado de muy mala gana. Desde el momento en que llegó, Howard fue asediado por las quejas de los apaches.<sup>[32]</sup> Decían que el agua de Tularosa era mala; el clima frío y la estación de germinación demasiado corta; los niños caían enfermos y morían. Los apaches rogaron una vez más lo que siempre habían deseado: que se les permitiese vivir cerca de Cañada Alamosa. Howard recorrió a pie el campamento de Tularosa, reconoció la validez de las quejas y el 16 de septiembre declaró que suprimiría aquella malhadada reserva.

Mientras estaba en Tularosa, Howard se encontró por primera vez con «un personaje singular» de quien había oído hablar muchísimo.<sup>[33]</sup> La mayoría de aquellos rumores eran difamatorios: «¿Tom Jeffords? Es una mala persona. Comercia con los indios, les vende whisky, pólvora y municiones. No lo matan porque les compra todo lo que tienen». Pero un oficial del ejército puso a Howard al corriente del éxito que había tenido Jeffords en el pasado para encontrar a Cochise. Howard preparó una entrevista.

Tan pronto como entró en la tienda de aquel hombre de la frontera, alto y de rojos bigotes, Howard le espetó: «¿Puede llevarme al campamento del indio Cochise?».

Jeffords se tomó su tiempo antes de contestar, mientras miraba fijamente los ojos del general: «¿Irás allí conmigo, general, sin soldados?».

Howard conocía el riesgo que conllevaba aquello, sabía que pocos oficiales aceptarían tales condiciones. Pero era un hombre valiente y tenaz, y creía profundamente en la bendición de Dios.

—Sí, si es necesario —contestó.

—Entonces le llevaré a él —dijo Jeffords.

Y así comenzó una larga peregrinación que finalizaría con gran éxito. El primer movimiento de Jeffords fue localizar a dos aliados de Cochise, Chie y Ponce, y convencerlos de que llevaran al suplicante general ante el jefe chokonon. Chie era sobrino de Cochise.<sup>[34]</sup> Ponce, un chihenne, era uno de los hijos de Mangas Coloradas y había emparentado con Cochise por matrimonio. Sin la destreza y la protección de estos dos indios, la búsqueda de Howard habría terminado como una absoluta pérdida de tiempo o en una fatal emboscada.

Cerca de Silver City (Nuevo México), la pequeña expedición se cruzó con un grupo de mineros, uno de los cuales había perdido a un hermano a manos de los apaches de Cochise.<sup>[35]</sup> Maldiciendo con fruición ante la visión de Chie y Ponce, aquel hombre alzó su rifle y se preparó para disparar. Howard, a su vez, avanzó hasta interponerse entre el minero y los dos apaches y dijo: «Tendrás que matarme a mí primero». El hombre cedió y montó en su caballo mientras lanzaba una retahíla de maldiciones a la política de paz del presidente.

Cuando todavía estaban a ciento diez kilómetros del bastión de Cochise, Howard fue testigo de una impresionante demostración de la actitud vigilante de los indios.<sup>[36]</sup> Chie se detuvo de repente, encendió una hoguera y lanzó una señal de humo al aire. Luego, caminó por delante del grupo y aulló como un coyote. Desde muy arriba, el aullido de otro coyote le contestó. Chie corrió montaña arriba y pronto regresó acompañado de uno de los exploradores de Cochise. El hombre informó al séquito de Howard que los llevaban siguiendo desde hacía dos días, durante unos sesenta y cinco kilómetros. Chie y Ponce tal vez supieran de su presencia, Howard ni siquiera se la imaginó.

La expedición de paz estaba compuesta por Jeffords, un capitán del ejército, los dos apaches y Howard. Durante las siguientes jornadas, mientras se dirigían a las montañas Dragón cabalgando hacia poniente, el joven oficial comenzó a sentir miedo e instó a Howard a regresar.<sup>[37]</sup> Firme con la resolución tomada, Howard trató de fortalecer el ánimo de su capitán, aunque en privado consideró mandarlo de vuelta a Fort Bowie, en Apache Pass.

Guiados por Chie y Ponce, la expedición atravesó las Dragón por un profundo desfiladero y acamparon en una pradera de la vertiente oriental. Ponce emitió una señal de humo durante todo el día: cinco hogueras dispuestas en círculo, una señal de paso para cinco jinetes en son de paz. No hubo respuesta.

Esa mañana, sin dar ninguna explicación, Chie marchó corriendo montaña arriba hasta desaparecer. Muchas horas después, al anochecer, dos niños apaches montados en un solo caballo se acercaron a ellos. Les comunicaron que Chie estaba en el

campamento, pocos kilómetros al norte de allí, donde los apaches esperarían al resto del grupo. Sin vacilación alguna, Howard recogió sus cosas y se introdujo en la vacilante luz del crepúsculo. Bien entrada la noche, el resto del grupo llegó a una cárcava, sin salida, formada por precipicios y grandes rocas de granito alisadas por la erosión. Allí los recibió Chie junto a un pequeño grupo de apaches.

Aquella noche debió de ser muy inquietante, aunque la versión de Howard muestra una contenida y ecuaníme retrospectiva. Sus anfitriones parecían «curiosos y felices» y los niños se acurrucaron a los pies de la esterilla de Howard. Pero un lugarteniente que visitó al general parecía «sombrio y reservado». Y de Cochise, ni una palabra. «¿*Quién sabe?*», contestaban suavemente los apaches sacudiendo la cabeza.

De pronto, por la mañana, cuando la inquietud se estaba apoderando de la expedición, oyeron un chillido a lo lejos.<sup>[38]</sup> «Ya viene», espetó Chie, y el resto de apaches se dedicaron a encender de nuevo el fuego del campamento y a extender una manta en el suelo para que se sentara Cochise. Un jinete solitario, de aspecto feroz, armado con una lanza, se acercó al campamento a galope. No era Cochise, sino un hombre «bajo y macizo, pintado de ese color espantoso que resulta de combinar el bermellón con el negro».

El hombre desmontó y se apresuró a saludar a Jeffords, a quien abrazó al estilo apache, cogiéndolo primero por un lado y luego por otro. Jeffords le susurró a Howard: «Este es su hermano». En presencia de Cochise, nadie osaría pronunciar su nombre. Jeffords respetaba tanto ese reconocimiento hacia la autoridad del jefe que no violaba esa norma de protocolo ni cuando hablaba en inglés.

Al poco aparecieron cuatro apaches más a caballo. El «hombre de magnífico aspecto» desmontó y abrazó a Jeffords, que se volvió y le dijo a Howard: «General, este es el hombre».

Cochise le dio la mano a Howard y dijo: «*Buenos días*». El general recordaría después la primera impresión que tuvo del jefe: «Un hombre de al menos 1,82 m de estatura, bien proporcionado, con grandes ojos negros, la cara discretamente pintada de bermellón, indiscutiblemente era un indio; tenía el pelo negro y liso y le llegaba por detrás al cuello de su abrigo». Cuando miró directamente a los ojos de Cochise, Howard se sintió embargado por una cristiana perplejidad. Pensó: «Qué extraño es que un hombre como este sea el ladrón y asesino del que tantos se quejan».

Con Jeffords traduciendo al apache las palabras de Howard, los dos jefes comenzaron a hablar.<sup>[39]</sup>

—¿El general tendrá a bien explicarme el objeto de su visita? —preguntó Cochise.

—El presidente me ha enviado para firmar la paz entre vosotros y los hombres blancos —respondió Howard.

—Nadie desea la paz más que yo.

—Pues yo tengo plenos poderes para que podamos hacer la paz —dijo saltando

de entusiasmo.

El general le explicó que deseaba hacer una reserva solo para los chihenne y chokonen cerca de Cañada Alamosa.

—He estado allí —dijo Cochise sin alterarse—, y me gusta ese territorio —pero de pronto hizo una contraoferta—: ¿Por qué no me concede Apache Pass? Adjudíqueme Apache Pass y protegeré todos los caminos. Vigilaré para que ningún indio tome la propiedad de otra persona.

Cogido con la guardia baja, Howard argumentó a favor de Cañada Alamosa, sermoneando al jefe en términos de caza, cosechas y pastos. En lugar de contestar, Cochise le preguntó si estaba dispuesto a pasar los diez días que necesitaba para reunir a todos sus lugartenientes allí, en las montañas Dragón. Howard aceptó.

Sin previo aviso, Cochise se lanzó a una diatriba acerca de la década de persecución que había soportado por parte de los estadounidenses. «El peor de todos los lugares fue Apache Pass», dijo con amargura.

Allí fueron asesinados cinco [en realidad seis] apaches, uno de ellos mi hermano. Sus cuerpos quedaron colgados hasta que no fueron más que esqueletos.

... Ahora estadounidenses y mexicanos matáis a un apache en cuanto lo veis. He contraatacado con todo mi poder. Mi gente ha matado estadounidenses y mexicanos, y les ha robado sus pertenencias. Sus pérdidas han sido mayores que las mías. He matado a diez hombres blancos por cada indio muerto, pero sé que los blancos son muchos, y los indios unos pocos ... ¿Por qué encerrarme en una reserva? Hagamos la paz. Nosotros la respetaremos escrupulosamente. Pero dejadnos viajar libremente, como hacéis vosotros. Dejadnos ir allá donde nos plazca.

Como Cochise sabía perfectamente, habían pasado exactamente diez días hasta que se presentaron todos sus lugartenientes. Tan desconfiado como siempre, el jefe chokonen pidió desde el principio que Howard regresase inmediatamente a Fort Bowie a declarar el cese de hostilidades para que los soldados no atacasen a su gente mientras realizaban su largo camino hacia el bastión de las montañas Dragón. Cansado por el viaje, y reacio a marcharse de allí, Howard ofreció enviar a su capitán. Pero Cochise se negó aduciendo que solo el general en persona obtendría la obediencia de los soldados.

Fort Bowie estaba a ochenta kilómetros de distancia, y Howard no conocía el camino, pero accedió a ir si Cochise le proporcionaba un guía. Cochise le otorgó a su sobrino.

Chie guio día y noche al oficial y los dos hombres realizaron una fulminante caminata hasta Fort Bowie y regresaron.<sup>[40]</sup> Howard poseía conocimientos rudimentarios del español y Chie, por su parte, solo sabía decir dos cosas en inglés: «Sí, señor» y «Vía Láctea». A medida que se aproximaban a Apache Pass, Howard notaba cómo una profunda angustia se iba apoderando de su joven acompañante.<sup>[41]</sup> El general creía, erróneamente, que Chie era hijo de Mangas Coloradas y atribuía su dolor a la remembranza del martirio de su padre que suponía, también erróneamente, que tuvo lugar allí, en Apache Pass. En realidad la angustia, el pesar de Chie provenía

de una fuente igualmente cercana. Casi con toda probabilidad, era hijo de Coyuntara, el lúcido hermano de Cochise, a quien el oficial superior de Bascom ahorcó en Apache Pass en 1861.

En Fort Bowie, Howard dio orden de que no se atacase a ningún apache que se dirigiese a las montañas Dragón, y envió informes por escrito de sus actividades a Washington.<sup>[42]</sup> Al día siguiente se puso en marcha de nuevo. Aquella noche fue inusualmente fría. Los dos hombres vivaquearon en Sulphur Spring y eso le concedió a Howard una oportunidad de mostrar su magnanimidad. Howard propuso a Chie que extendiese su esterilla al lado de la suya y se tapase bajo la piel de oso que el general usaba como saco de dormir. Chie se mostró horrorizado. «*Sosh toujudah apache*», exclamó. Un juramento que Howard llegó a interpretar como: «El oso es malo para los apaches».

Tenía razón: el oso era una criatura mística, casi humana para los chiricahua.<sup>[43]</sup> No comían su carne, ni lo mataban a no ser en defensa propia. Creían que la gente malvada se reencarnaba en osos. Howard comprendió la repugnancia que sentía Chie.<sup>[44]</sup> «Le dije que lo apartaría a un lado [el manto de piel de oso] y así dormiríamos sin ello. Era un buen compañero para calentar el catre».

De vuelta al reducto apache, Howard pasó el tiempo en reuniones con varias bandas de apaches.<sup>[45]</sup> Los apaches le dedicaron una danza de bienvenida y compartieron con él su venado y el maguey. Howard hizo vívidas anotaciones etnográficas acerca de las costumbres y ritos culturales de sus anfitriones. Algo que no esperaba que sucediese con Cochise.

El 10 de octubre se presentó el último de los lugartenientes. Al día siguiente Cochise convocó a concejo a todos ellos.<sup>[46]</sup> Howard, impetuosamente, fue a unirse a la reunión, hasta que Jeffords le dijo: «Quédese donde está». Hasta el final, Howard resistió con su oferta de Cañada Alamosa, pero no era rival para la obstinación de Cochise. Como resultado, el general concedió a los apaches una extensa reserva alrededor de Apache Pass y Jeffords sería el agente indio.

Cochise anunció el acuerdo mediante una fórmula característica de ellos.<sup>[47]</sup> Dijo: «De ahora en adelante, los hombres blancos y los indios habrán de beber de las mismas aguas, comer del mismo pan y estar en paz». Howard se regocijaba en silencio mientras le daba gracias a Dios. Más tarde escribiría: «Entonces sentí que ya había logrado el objetivo de mi misión».

No hubo pocos escépticos ante los preparativos de los chihenne para asentarse en una reserva, tanto dentro como fuera de Arizona. George Crook tenía la seguridad de que tarde o temprano Cochise volvería al saqueo. Los periódicos locales criticaron severamente a Howard por ceder ante la demanda de Cochise de las tierras circundantes a Apache Pass. El general hubiera hecho mejor si hubiese obligado a los chokonon a migrar a Nuevo México.

Durante los once años que mantuvo una guerra abierta contra los ojos blancos, la rabia de Cochise había disminuido muy poco. Pero en 1872 ya no era el mismo

hombre que en 1861. Su espíritu cargaba con una oscura sensación de fracaso mientras veía a su gente, por la noche, resignada a encender pequeñas fogatas por miedo a ser descubiertos en montañas que ellos habían poseído desde siempre, y sin rival. Cochise lloró amargamente el fallecimiento de cada uno de los guerreros que fueron arrojados a una muerte temprana por las balas de los estadounidenses.

El propio gran jefe había sido herido en combate cierto número de veces. Cochise podía aceptar estos incidentes puntuales, mientras su estoico orgullo lo llevaba a una rápida recuperación. Y ni una sola vez durante esos once años una herida personal había ralentizado una carga de Cochise a lomos de un caballo sin silla.

Pero había algo más que no estaba en orden.<sup>[48]</sup> Jeffords lo sabía, pero probablemente sería el único blanco que lo supo. Cochise vivía una agonía física constante. El dolor se concentraba en su estómago, se agudizaba con cualquier cosa que comiese y durante días lo único que podía tragar era agua. A diferencia de las heridas de bala, este mal interno no respondía a ninguna medicina. Día tras día, el dolor iba a más y el jefe chokonen se debilitaba más.



## Capítulo 8

### Jerónimo en alza

En 1872, Jerónimo era todavía un completo desconocido para los estadounidenses. Si Crook hubiese oído siquiera el nombre de este guerrero, quien se convertiría en su más encarnizado enemigo, le hubiera hecho pensar en que sería simplemente uno de los cientos de rebeldes unidos en cierto modo a la banda de Cochise. Según su propio testimonio, Jerónimo ya había encabezado partidas de guerra tanto con Cochise como con Mangas Coloradas.<sup>[1]</sup> Pero él no era ni chihenne ni chokonen, sino un bedonkohe.

Los bedonkohe eran una pequeña tribu cuyo territorio quedaba al norte y al oeste de los chokonen.<sup>[2]</sup> En 1905, solo quedaban vivos nueve o diez auténticos bedonkohe.<sup>[3]</sup> Como grupo, ocupan un lugar un tanto oculto entre los estudios etnográficos estadounidenses. Morris Opler, el gran estudioso de los chiricahua, ni siquiera reconoce a los bedonkohe como un grupo diferenciado. De todos modos, entre ellos siempre conservaron celosamente su identidad tribal. Su nombre significa «En frente de la gente de los confines», aparentemente por ocupar la periferia del territorio chiricahua, bordeando territorio pima.<sup>[4]</sup>

Jerónimo nació alrededor de 1823, cerca de la afluencia del Middle Fork y el Gila, no muy lejos de los acantilados de Gila, con viviendas excavadas en la roca, al sudoeste de Nuevo México.<sup>[5]</sup> Cuando era niño, se bañaba en los cálidos manantiales que hacían de Middle Fork un lugar tan atractivo para el asentamiento de los bedonkohe, al igual que lo había sido para los mogollón que construyeron los poblados en los acantilados seiscientos años atrás. Las altísimas murallas de los cañones, muros rojizos de feldespatos y conglomerado mineral, daban refugio a la gente de Jerónimo. Sicomoros y álamos de Virginia se alineaban en el arroyo, cuyo caudal fluía dulce y cristalino durante todo el año.

Como todos los apaches, Jerónimo concedía una importancia especial a su lugar de nacimiento: dondequiera que lo llevarsen sus vagabundeos, cuando regresaba a su territorio recorría el lugar de un lado a otro.<sup>[6]</sup> Su madre le enseñó las leyendas de su tribu, mientras que su padre lo sumía en los relatos de famosas batallas tradicionales.<sup>[7]</sup> Era el cuarto de ocho hermanos. Casi ocho décadas más tarde, Jerónimo recordaba retozar con sus hermanos en el cañón que fue su hogar:

A veces jugábamos al escondite entre las rocas y los pinos. A veces holgazaneábamos a la sombra de los álamos o buscábamos *shudock* [un tipo de cerezo silvestre] mientras nuestros padres trabajaban en el campo. A veces jugábamos a los guerreros. Practicábamos los robos con un objeto que representaba al enemigo ... A veces nos escondíamos de nuestra madre para ver si lograba encontrarnos, y a menudo se retiraban a dormir y quizá quedábamos escondidos durante muchas horas.



Al igual que todos los apaches, la familia de Jerónimo era nómada. Aun así, se ocupaban de pequeños cultivos de maíz y de alubias, de melones y calabazas en algún terreno de casi ochenta áreas situado en el valle. La mayor parte de la cosecha se almacenaba en grutas y la recuperaban durante las semanas de vacas flacas propias del invierno. Plantas de tabaco silvestre crecían por el valle, los adultos lo recogían, lo secaban al sol, o enrollaban en hojas de roble y lo fumaban.<sup>[8]</sup> De todos modos el tabaco no era abundante, más bien un artículo de lujo, que los niños tenían prohibido hasta la adolescencia y las mujeres hasta la mediana edad. También recogían plantas medicinales: cincoenrama en polvo para dolores corporales; *cudweed* (*gnaphalium uliginosum*) para la diarrea; raíz de roble para hacer colirio; salvia machacada para el catarro; raíces de arbustos para la tos, cedro y cosas así.

Los apaches, por norma, no le ponían nombre a sus hijos al nacer. A veces pasaban dos o tres meses antes de que el comportamiento del niño sugiriese un nombre. Este tampoco era el definitivo, pues podía cambiarse antes de que el vástago cumpliera diez años. En cierto sentido, los apaches tenían que ganarse su nombre.<sup>[9]</sup> No sabemos a qué edad la gente de Jerónimo le dio su nombre, ni tampoco qué quisieron decir cuando lo llamaron: Goyahkla, «El que bosteza».

Desde su infancia, Jerónimo ya practicaba las artes marciales y de supervivencia, incluso esconderse de su madre era parte de su adiestramiento como jinete y guerrero. De hecho, la niñez de un chiricahua conllevaba una rigurosa instrucción en la caza, las reuniones, la forma física y el combate. Para practicar la precisión en el tiro, un niño pequeño podría coger una rama de sauce, le colocaría una bolita de barro en un extremo y sacudiría la vara de tal modo que la bolita saldría como un proyectil hacia un blanco, un pájaro posado en una rama, por ejemplo.<sup>[10]</sup> Construiría una honda sin cuero ni correas, o una pistola de juguete con un trozo de rama ahuecada de saúco o fresno. Desde su más tierna edad contaría con un pequeño arco y flechas, con los que practicaría durante horas para adquirir sentido de la distancia y precisión en el disparo. Un juego típico consistía en clavar una flecha en un banco de arena y el oponente tendría que clavar la suya de tal modo que tocara o partiera la primera. Si lo lograba, ganaba el arco. También podrían hacer una diana con hierbas retorcidas, arrojarla al aire y tratar de atravesarla a flechazos antes de que tocara el suelo.

El juego con arcos y flechas evolucionaba hacia la caza. Un niño chiricahua de solo seis o siete años ya podía cobrar ardillas, pájaros, conejos, ratones de campo e incluso algún tejón. Buena parte de su entrenamiento consistía en reptar hasta llegar lo suficientemente cerca de su presa como para dispararle. Al cobrar su primera pieza, el joven cazador se comía su corazón entero, y crudo, para garantizar el éxito en la caza. Los chicos también encendían pequeños fuegos nocturnos para atraer murciélagos, después arrojaban sus mocasines a estos mamíferos voladores y los remataban en el suelo.

Niños y niñas iban juntos a realizar misiones en grupo, pues la recolección de ciertas delicadezas suponía una pérdida de tiempo para los adultos. Recogían los

frutos de ciertos cactus, brotes de sauce y saúco (los mascaban como si fuese chicle) y todo tipo de cerezas y guindas. También aprendían a capturar cierta clase de abeja que abrían y le chupaban la miel sin que les picase.

El entrenamiento físico de un niño comenzaba a la tierna edad de ocho años. Lo levantarían antes del amanecer y tendría que correr hasta la cima de una colina y regresar antes del alba. Debería correr una distancia de seis kilómetros con la boca llena de agua, que no podía tragar, por supuesto, o llena de piedrecillas. «Tus piernas son tus amigas», les decían los instructores a los niños. Después de comer, los chicos se untaban las piernas con grasa para alimentarlas. Para practicar la velocidad, el chico tendría que perseguir pájaros y mariposas y tratar de atraparlos sin más herramientas que sus manos desnudas. En invierno se le pedía que hiciese rodar una bola de nieve hasta que alguno de los mayores le ordenase parar, o romper el hielo de un estanque o un arroyo para darse un chapuzón antes del amanecer. Si se negaba, era flagelado. Como examen de reválida, el chico acometería una carrera a campo traviesa de dos días de duración, durante los que no se detendría ni a comer ni a dormir.

A una edad muy temprana, los niños chiricahua combatirían contra un árbol en lucha cuerpo a cuerpo. Tratarían de romper una rama tan gruesa como su brazo. Cuando crecían se organizaban peleas de grupos de cuatro, armados con hondas y piedras e incluso arcos y flechas, contra otros rivales de su misma edad. De vez en cuando alguno de ellos resultaba gravemente herido durante esos entrenamientos.

Otro aspecto importante de su entrenamiento, digamos militar, consistía en la habilidad de escabullirse y quedar inmóvil.<sup>[11]</sup> Los apaches eran extraordinariamente buenos en permanecer absolutamente quietos, bien en pie, bien agazapados, durante largos períodos de tiempo. Los soldados que persiguieron apaches repetían una y otra vez que estos se fundían, se los tragaba la tierra. Los propios chiricahua creían que ciertos hombres poseían la facultad de hacerse invisibles, opinión que compartía Jerónimo en su madurez.<sup>[12]</sup> Sin duda el entrenamiento de los apaches en la inmovilidad ayudaba a conseguir tal efecto.

A los siete años comenzaba su noviciado como jinete.<sup>[13]</sup> Aprendían a subirse a un caballo apoyando un pie en una de sus patas, luego se agarraban a las crines y saltaban al lomo. El chico dominaría todos los aspectos que se conocían de cómo guardar y cuidar una montura. Una vez que dominara el arte de cabalgar a pelo, aprendería a saltar barreras, y practicaría cómo bajar a galope tendido una empinada pendiente, deslizarse a un lado del caballo y recoger objetos del suelo.

Tan pronto como cumplía los diez años, comenzaba el largo adiestramiento ceremonial en el noviciado de la guerra y las incursiones. Tendría que superar ampliamente cuatro expediciones reales (el cuatro es el número sagrado de los apaches), como contraposición a las de preparación, para alcanzar la categoría de guerrero. Jerónimo logró este hito, el más importante en la vida de un apache, a los diecisiete años.<sup>[14]</sup>

Un día, cuando Jerónimo era un adolescente, los bedonkohe recibieron la visita de una banda de nednhi procedentes de los lejanos territorios del sur, en Sierra Madre (México).<sup>[15]</sup> Uno de los bedonkohe era primo de uno de los nednhi. Así fue cómo Jerónimo conoció a Juh, quien sería su jefe, su eterno aliado y su cuñado.

También adolescente, Juh entabló amistad con Jerónimo durante aquella visita a las montañas de Gila. Un chico travieso que atormentaba a las niñas bedonkohe siguiéndolas cuando iban a recoger bellotas y robándoles los cestos una vez los llenaban. De este modo, Juh llegó a conocer a Ishton, la alta y hermosa hermana de Jerónimo. Más tarde, Juh regresaría a Gila para tomarla como esposa.

Aunque la gente de Jerónimo había estado en guerra durante siglos con los mexicanos, y con los españoles antes que ellos, los bedonkohe llevaban una vida pacífica y segura en su santuario, situado en el nacimiento del río Gila. Jerónimo no vería a un estadounidense hasta llegar a la edad adulta.<sup>[16]</sup>

En su adolescencia se enamoró de una «esbelta y delicada» muchacha nednhi llamada Alope.<sup>[17]</sup> Tan pronto como el consejo de guerreros lo admitió como uno más, se dirigió al padre de Alope para pedir su mano. «Quizá quisiese quedarse con ella, pues era una hija hacendosa y consciente de sus deberes, por eso me pidió muchos ponis por ella», reflexionó Jerónimo muchos años después. El guerrero de diecisiete años partió sin decir ni una palabra. Pocos días después regresó con una manada de caballos, se los entregó al padre de Alope y la tomó por esposa. «Ese era todo el ceremonial de casamiento necesario para nuestra tribu».

Jerónimo construyó una vivienda nueva cerca de la de su madre y la cubrió con pieles de búfalo. Dentro colocó pieles de puma como trofeos de caza. Alope decoró el hogar con cintas de cuentas que había hecho y decoró con pinturas la cara interna de las paredes hechas con piel de búfalo. «Era una buena esposa, aunque no era fuerte. Seguimos la tradición de nuestros padres y fuimos felices. Recibimos tres hijos..., tres hijos que jugaron, holgazanearon y trabajaron igual que yo».

Debido a estas alianzas con los nednhi, su matrimonio con Alope y el de Juh con Ishton, Jerónimo comenzó a pasar mucho tiempo al sur de la frontera, en el territorio de los nednhi. Los dos estados septentrionales de México, Sonora en 1835 y Chihuahua en 1837, habían aprobado leyes genocidas que ofrecían recompensas a cambio de cabelleras apaches, aunque fuesen de mujeres o niños. En una fecha tan tardía como 1849, el estado de Chihuahua elevó el precio de una cabellera apache, masculina, a doscientos pesos (unos doscientos dólares), mientras que el precio de una mujer o un niño cautivo rondaba los ciento cincuenta pesos.<sup>[18]</sup> Solo durante aquel año, el gobierno de Chihuahua pagó diecisiete mil ochocientos noventa y seis pesos a los cazadores de fortuna. Pero en vez de controlar a los apaches, este lucro creó un sangriento caos. Los cínicos cazadores de hombres pronto comprendieron que el gobierno no podría distinguir una cabellera apache de una comanche o de una tarahumara, incluso llegaron a matar mexicanos y vender sus cabelleras.

A pesar de las recompensas, el *presidio* de Janos (un campamento militar)

mantenía la tradición, una costumbre que se remontaba al siglo XVIII, de proporcionar a los apaches un lugar seguro donde comerciar y acampar.<sup>[19]</sup> Tras reconocer que el sistema de recompensas no funcionaba, los gobernantes de Chihuahua lo cancelaron en junio de 1850, a regañadientes, y firmaron un tratado de paz en Janos con tres jefes apaches. Desgraciadamente, el estado de Sonora no secundó esa tregua.<sup>[20]</sup>

El suceso más importante en la vida de Jerónimo, uno que marcó el curso de su triste carrera, tuvo lugar el 5 de marzo de 1851. Jerónimo había acampado con su madre, su esposa Alope, sus tres hijos y varios bedonkohe más a las afueras de Janos.<sup>[21]</sup> Mangas Coloradas en persona estaba al mando de aquel grupo de apaches. Durante varios días consecutivos, los hombres habían ido a la ciudad a comerciar, dejando unos pocos guardas al cuidado del campamento, junto a las mujeres y los niños.

Cincuenta y cuatro años después, Jerónimo recordaba la tragedia:

Al atardecer, de vuelta al campamento, nos encontramos con un grupo de mujeres y niños que nos dijeron que tropas mexicanas procedentes de otro lugar habían atacado el campamento. Mataron a todos los guerreros, tomaron todos nuestros ponis, se llevaron nuestras armas, destruyeron nuestros víveres y mataron a muchas mujeres y niños. Nos dispersamos inmediatamente, ocultándonos lo mejor que pudimos hasta la caída de la noche, en nuestro punto de encuentro..., un matorral junto al río. Luego nos escabullimos uno a uno en completo silencio. Colocamos centinelas y cuando contamos a los supervivientes, descubrí que mi anciana madre, mi joven esposa y mis tres hijos habían sido asesinados.

La banda que perpetró esta masacre era un destacamento de cuatrocientos soldados procedente de Sonora, guiados por un recién nombrado comandante e inspector de las colonias militares, el coronel José María Carrasco.<sup>[22]</sup> Un estudioso caracteriza a Carrasco como «una figura muy controvertida, que se veía a sí mismo como un ser omnisciente». Con el leve pretexto de perseguir a un grupo de cuatreros que habían robado siete mulas de Bacerac, una ciudad de Sonora, Carrasco cruzó la frontera de Chihuahua y marchó sobre Janos, donde se enteró de que había un gran grupo de apaches acampados cerca de allí.

Carrasco estaba realmente convencido de que esos apaches bajo la jefatura de Mangas Coloradas eran responsables de las últimas rapiñas de Sonora. Y aunque carecía de autoridad, cruzó la frontera del estado para emprender una acción militar. Los oficiales de Chihuahua se enfurecieron ante la matanza, y protestaron enérgicamente en Ciudad de México. Insistieron en que los apaches acampados en las proximidades de Janos estaban viviendo en paz y eran inocentes de los incidentes acaecidos en Sonora. Al final, el gobierno mexicano exoneró a Carrasco.

Según su propio informe, el ataque sorpresa de Carrasco había dejado veintiún apaches muertos en el campo: dieciséis hombres y cinco mujeres. Todo indica que alteró a sabiendas el número real de mujeres y niños muertos. Otros sesenta y dos, y de estos solo seis eran hombres, el resto eran mujeres y niños, fueron hechos prisioneros. Los llevaron cientos de kilómetros al sur y allí los repartieron como siervos, un eufemismo de esclavos, entre distintas *haciendas*. Ninguno de ellos volvió

a ver a su gente.

El dolor dejó mudo a Jerónimo.<sup>[23]</sup> «No había luces en el campamento, así que me fui en silencio y me quedé en la ribera del río. ¿Cuánto tiempo estuve allí? Eso es algo que no sé».

Aquella noche Mangas llamó a concejo a sus guerreros. Jerónimo no ofreció una palabra de apoyo, ni de oposición, a las resoluciones que allí se tomaron. Con la misma ferocidad con que deseaban vengar a sus parientes, los apaches supieron reconocer sus posibilidades. Habían perdido ochenta guerreros contra el asalto de los cuatrocientos soldados de Carrasco y, además, no tenían caballos ni armas ni alimentos. Al final, Mangas decretó que todos los supervivientes deberían dirigirse al norte a pie, todos juntos, y en mitad de la noche. Tenían que cruzar la frontera de Arizona antes de que los soldados pudiesen atacar de nuevo. Para mayor amargura, no podían enterrar a sus muertos. Jerónimo tuvo que abandonar los cuerpos de su madre, su esposa e hijos a los buitres y coyotes.

Estuve allí, en pie, hasta que todos se fueron —informaría años después—. Sin saber muy bien qué hacer. No tenía armas. Tampoco tenía las menores ganas de combatir, ni consideré el enterrar a mis seres queridos, pues lo teníamos prohibido. No oré, ni decidí hacer nada en particular; me limité a mantenerme a distancia suficiente como para oír los pasos de apaches que se batían en retirada.

Mientras el maltrecho grupo se dirigía al norte, Jerónimo guardó silencio. No pudo comer nada durante varios días. Los otros apaches respetaban su melancolía, pues ningún otro guerrero había perdido tantos parientes como él. Al llegar al nacimiento del río Gila, sus sufrimientos comenzaron de nuevo al ver los juguetes de sus hijos y las decoraciones y pintura que Alope había colocado en su vivienda. Jerónimo lo quemó todo, hasta las pieles de búfalo. Incluso redujo a cenizas la vivienda de su madre.

Durante su viaje al norte, Jerónimo había rumiado todo aquello con intensidad apache. Durante el resto de su vida, como confesaría en su vejez, «me dolería el corazón para vengarme de México».

Jerónimo nunca sería un jefe apache, en parte porque su tribu, los bedonkohe, se fragmentarían demasiado durante su vida. Su importancia residía en dos aspectos: era brillante como jefe guerrero y un curandero de talento. Un apache no buscaría deliberadamente lo que la gente entiende por «tener un don»: este venía a uno misteriosamente, a menudo con visiones. Ni tampoco podría rehusar ejercer cualquier don que Ussen, el dios de los apaches, le concediese.

Por lo que sabemos, la primera vez que Jerónimo tuvo sospecha de su don fue cuando lloraba la pérdida de los suyos, tras la masacre de Janos. Según palabras de un apache que cuando era niño estaba bastante unido a Jerónimo:

Había salido él solo y estaba sentado con la cabeza inclinada, llorando, cuando oyó una voz que lo llamaba por su nombre: «¡Goyahkla!». Cuatro veces lo llamó. Y luego le habló: «Ningún arma te matará. Yo borraré las balas de los mexicanos, no serán más que pólvora. Y guiaré tus flechas».<sup>[24]</sup>

Según el testimonio de Jerónimo, una vez que los hombres de Mangas llegaron a la seguridad del norte, se pusieron a conseguir armas.<sup>[25]</sup> Entonces Mangas convocó a concejo, en el cual todos los guerreros declararon su deseo de tomar venganza en los soldados de Sonora. Mandaron a Jerónimo como emisario, primero a Cochise y luego a Juh, para contar con la ayuda de chokonen y nednhi. En su discurso a los chokonen, Jerónimo habló convincentemente:

Somos hombres, al igual que los mexicanos ... les podemos hacer lo mismo que nos han hecho. Vayamos allá y busquémoslos ... Os conduciré a su ciudad ... los atacaremos en sus hogares. Lucharé en primera línea de batalla ... Solo os pido que nos acompañéis a vengar este mal que nos han causado los mexicanos

...

Si me matan, no hace falta que nadie me llore. Todos los míos han sido asesinados en ese lugar, y yo también moriré si así debe ser.

Los ruegos de Jerónimo cayeron en oídos receptivos. Casi un año después de la masacre de Janos, un ejército de tres facciones bajo Mangas, Cochise y Juh (una de las mayores fuerzas chiricahua jamás reunidas) se aproximó a la frontera mexicana. Los guerreros se pintaron el rostro, ataron sus cintas para el pelo y se dirigieron al sur a pie, evitando usar los caballos para ser más silenciosos. Cubrían entre sesenta y cinco y setenta kilómetros diarios, con Jerónimo como guía.

La expedición acampó cerca de Arizpe, una de las pocas poblaciones importantes de la zona norte de Sonora. Ocho mexicanos salieron a caballo de la ciudad para negociar: los apresaron y mataron en el acto. «Eso fue para sacar a las tropas de la ciudad, y al día siguiente vinieron», recordaba Jerónimo. La escaramuza, que duró todo el día, terminó sin inclinarse a favor de ningún bando. Pero los apaches se las arreglaron para hacerse con el tren de suministros, aumentando así sus reservas de armas y municiones de un modo considerable.

La batalla campal, hecho insólito entre los apaches, tuvo lugar al día siguiente. Unos doscientos chiricahua contra cien soldados mexicanos divididos en dos unidades de caballería y dos de infantería. «Reconocí a los soldados de caballería como aquellos que mataron a mi gente [en Janos]», insistió Jerónimo. Pero él jamás vio a los militares que perpetraron la masacre de su familia; por lo tanto, su afirmación puede ser un dato poco fiable. Puede que algún superviviente, y buen observador, le hubiese descrito los atacantes a Jerónimo con tanto detalle que este reconoció sus caballos y uniformes en cuanto los vio.

Delegaron en Jerónimo la dirección de aquella batalla contra soldados mexicanos a causa de la magnitud de su pérdida. Colocó a los apaches en una hondonada circular a orillas del río. Los mexicanos avanzaron hasta situarse a trescientos metros, con la caballería alineada detrás de la infantería. Armado con el convencimiento de que las balas no podrían matarlo, Jerónimo encabezó la carga. «A lo largo del combate, pensé en mi madre, mi mujer, mis hijos asesinados..., luché con ferocidad, debido a mi juramento de venganza, y muchos cayeron bajo mi mano».

La batalla duró dos horas. En su punto culminante, Jerónimo estaba a la



vanguardia de la fuerzas apaches en un claro, acompañado solo por tres guerreros más. No tenían rifles, habían agotado sus flechas y usaban sus lanzas para matar mexicanos: «Contábamos con nuestras manos y cuchillos para luchar». De pronto un contingente mexicano hizo acto de presencia disparando sus armas. Dos de los camaradas de Jerónimo cayeron, él y el otro guerrero corrieron hasta las líneas apaches. El guerrero que lo acompañaba murió bajo una espada mexicana apenas un paso por detrás de él. En cuanto llegó a la línea de guerreros, Jerónimo tomó una lanza y se volvió. El mexicano que lo perseguía disparó y falló, justo cuando la lanza de Jerónimo se hundía en su cuerpo. En un instante, Jerónimo se hizo con la espada del soldado mexicano muerto y la usó para rechazar al que había matado a sus compañeros. Se agarraron y cayeron al suelo, entonces Jerónimo alzó su cuchillo y dio en el blanco. Se alzó desafiante, haciendo molinetes con la espada del soldado, buscando más mexicanos a los que matar. Pero los que quedaban huyeron.

Esta fue una de las grandes victorias apaches del siglo XIX. Según las cuentas de los mexicanos, perdieron veintiséis hombres y otros cuarenta y seis resultaron heridos.<sup>[26]</sup> Los atribulados supervivientes regresaron renqueantes a la ciudad de Cumwas. Las fuerzas de refresco que acudieron a enterrar a los muertos y perseguir a los apaches se horrorizaron de tal modo al ver el campo de batalla, que se negaron a buscar a los apaches más allá.

Según la tradición apache, fue tras esta batalla cuando, espontáneamente, los mexicanos le dieron el nombre de Jerónimo, con el que se haría famoso en todo el mundo.<sup>[27]</sup> La única versión que recibieron los estadounidenses fue recogida por un agente indio varias décadas después.<sup>[28]</sup> En su relato, Jerónimo...

No estaba contento con luchar al modo de los apaches, tras rocas o los matojos de los chaparrales. En vez de ello, salía a campo abierto en muchas ocasiones, corriendo en zigzag y hurtando el cuerpo de forma que los *rurales* [soldados] no hacían blanco con los disparos de sus rifles. Cada vez que salía, mataba a un rural con su cuchillo de caza, cogía su rifle y su canana y regresaba zigzagueando hasta donde se hallase su gente pues [Jerónimo] no sabía usar el rifle. Se los daba a los otros guerreros.

Los soldados, confundidos por el comportamiento de este loco, comenzaron a gritar: «¡Cuidado, cuidado, Jerónimo!».

Angie Debo, el biógrafo de Jerónimo, especula y aventura que los mexicanos invocaban a san Jerónimo (Jerome en inglés).<sup>[29]</sup> Pero se hace difícil imaginar a unos soldados aterrados apelar al erudito san Jerónimo, el patrón de bibliotecarios y estudiosos.

Quizá la batalla tuvo lugar el 30 de septiembre, día de San Jerónimo. Pero el testimonio del propio Jerónimo señala que esta tuvo lugar en verano y los archivos mexicanos la sitúan en enero.<sup>[30]</sup>

En cualquier caso, según el agente indio que recogió la historia, los demás guerreros apaches no tenían la menor idea de qué querían decir los mexicanos con el grito de «Jerónimo».<sup>[31]</sup> Ellos «pensaban que debía ser el nombre de un dios que



desagradaba a los rurales». Los mismos apaches adoptaron el grito. Incluso sus compañeros comenzaron a llamarlo Jerónimo, se había ganado el nombre.

Después de la gran expedición de castigo en las proximidades de Arizpe, Jerónimo recordaría que «todos los demás apaches estaban satisfechos..., pero yo todavía deseaba mayor venganza».<sup>[32]</sup> Sin embargo, existe un serio problema frente a la versión de los hechos que lega Jerónimo. Edwin R. Sweeney, el único estudioso que ha examinado a fondo los oscuros archivos mexicanos de los sucesos acaecidos en la frontera norte entre 1850 y 1851, identifica la batalla con una que tuvo lugar en Pozo Hediondo (Stinking Wells, para los estadounidenses), situado a unos treinta y dos kilómetros al este de Arizpe.<sup>[33]</sup> Su argumento se basa en las similitudes entre las fuentes mexicanas y los relatos de Jerónimo. Ambos señalan que los mexicanos fueron llevados a combatir una pequeña y aparentemente sencilla banda de apaches; coinciden el tamaño de las fuerzas, la localización próxima a Arizpe, la identificación de Mangas Coloradas como jefe y (el factor decisivo) que no se conoce ningún otro combate que se pudiese comparar en tamaño e importancia en la década de 1850.

El problema es el siguiente: las fuentes mexicanas sitúan el combate, con total seguridad, en Pozo Hediondo, y lo fechan el día 19 de enero de 1851. Esto indica que sucedió seis semanas antes de la masacre de Janos.

Jerónimo afirma que después de la tregua de junio de 1850, su gente vivía «en paz con las ciudades mexicanas, así como con todas las tribus indias de los alrededores».<sup>[34]</sup> Jura que el ataque de Carrasco carecía de justificación y no fue provocado. La amargura a lo largo de su vida, la sed de venganza que surgió a partir de la pérdida de su familia, se parece mucho a la pasión de un hombre traicionado, no es la reacción de un combatiente que acepta las volubles vicisitudes de la guerra.

Sweeney documenta además que los apaches, lejos de estar en paz con Sonora, habían asesinado a once residentes mexicanos en dicho estado, solo en 1850.<sup>[35]</sup> La implicación de este descubrimiento es clara: Carrasco estaba ampliamente justificado para atacar Janos, pues era su venganza frente a la catástrofe de Pozo Hediondo.

¿Qué modo hay de desatar este nudo gordiano de discrepancias? La explicación menos favorable a Jerónimo es que este mintiese respecto a la sucesión de los hechos, proyectando el éxito de su frenético asalto a Pozo Hediondo como una simple respuesta al asesinato de apaches inocentes cuando, en realidad, no era sino otra más de las rapiñas realizadas en Sonora. Otra posibilidad es que la memoria de Jerónimo le jugase malas pasadas, pues era un anciano de más de ochenta años de edad cuando le dictó sus vivencias a un director de escuela de Oklahoma, en 1905. La agonía de aquella temprana tragedia, que sin duda desencadenó un odio cerval hacia los mexicanos, podría haber hecho que su memoria colocase los acontecimientos en una secuencia más lógica. Una mezcla de estos dos factores, bien la falsedad premeditada o bien la falta de memoria, forman la explicación que Sweeney propone tácitamente.

Hay, de todas maneras, otras posibles explicaciones. Pozo Hediondo, así como otras depredaciones en el estado de Sonora, pudo ser fruto de otros apaches que no

fuesen los de Mangas. Jerónimo podría ignorar estos hechos. Y la gran batalla que narra de alguna manera podría haberse colado subrepticamente entre las rendijas de los archivos mexicanos. Jerónimo es el único testimonio apache de primera mano que nos ha llegado de aquella confrontación, pero otros apaches afirman también que la masacre de Janos no fue provocada.<sup>[36]</sup>

Frente a todas las similitudes entre la versión mexicana del combate en las cercanías de Arizpe y la de Jerónimo citadas por Sweeney, existen también notorias divergencias. La versión mexicana sostiene que los soldados perseguían a una banda de apaches a caballo que habían robado trescientos animales, entre caballos y reses, y se dirigían hacia el norte, delante de ellos; no hablan del ataque que cuenta Jerónimo, realizado en tres flancos por guerreros a pie. Pozo Hediondo está a unos treinta y dos kilómetros de Arizpe, pero más cerca de Nacozari, una ciudad de importancia similar. Jerónimo insiste en que los guerreros marcharon «casi hasta Ari[z]pe». Los mexicanos sitúan el campo de batalla en los altos, en cambio Jerónimo lo localiza en la boscosa ribera de un río.

Estas divergencias son un ejemplo de cuán difícil es relatar la historia de los apaches correctamente. Media un abismo, por ejemplo, entre la percepción de los mexicanos y los estadounidenses acerca de los acontecimientos acaecidos durante la guerra mexicano-estadounidense a lo largo de su frontera en el siglo XIX. Los archivos de los hispanos son irreconocibles para los texanos, quienes tuvieron que recordarnos El Álamo.<sup>[37]</sup>

La dificultad crece cuando uno trata de encajar los recuerdos conservados por la memoria apache con los jirones de papel almacenados en los archivos mexicanos o estadounidenses. Fechas, nombres de lugares y personas, todo pertenece a universos distintos. Se dan casos de malentendidos colosales entre lenguas, culturas y valores morales.

Todo esto, junto con el hecho de que Jerónimo fue casi un perfecto desconocido hasta mediada la década de 1870, hace que su paso a través de las Guerras Apaches sea un oscuro sendero que se pierde fácilmente en la maraña de las crónicas. Jerónimo volvió a casarse unos meses después del desastre de Janos.<sup>[38]</sup> Su segunda esposa, una bedonkohe, era, para los apaches, «una joven muy atractiva». Con el tiempo, Jerónimo llegaría a casarse nueve veces, manteniendo hasta tres mujeres a la vez (algo que no era raro entre un prominente chiricahua), pero ninguna mujer parece haber estado tan cerca de su corazón como lo estuvo Alope.

Fue en 1851, quizá solo unas semanas después del ataque de Janos, cuando Jerónimo vio por primera vez a estadounidenses. Estos eran miembros de una comisión de exploración topográfica de la frontera encargada por el gobierno. En su hogar de las montañas de Gila, Jerónimo ya había oído hablar de estos intrusos.<sup>[39]</sup> Fue a visitarlos acompañado de algunos guerreros. La barrera del lenguaje supuso un obstáculo infranqueable, pero los apaches tendieron su mano a los exploradores y acamparon junto a los topógrafos. Cambiaron pieles de venado y ponis por camisas y

alimentos. Cazaron de buena gana para los topógrafos, y estos les pagaron en metálico, en moneda estadounidense. «No sabíamos cómo valorar aquel dinero, pero lo guardamos y aprendimos de los navajos que era muy valioso», nos cuenta Jerónimo.

¡Qué inocente resulta este primer encuentro con los ojos blancos a la luz de la historia posterior! Los apaches los observaban continuamente, fascinados por la labor de aquella comisión. «Todos los días medían la tierra con extraños instrumentos, y ponían marcas que no podíamos comprender. Eran hombres buenos, y quedamos tristes cuando se fueron hacia el oeste».

Durante los diez años siguientes a Arizpe, Jerónimo atacó a México. Casi siempre era él el instigador, pues sentía una insaciable sed de venganza hacia los mexicanos. Dirigía partidas de a veces solo tres hombres, y otras de treinta. La primera de estas expediciones estuvo a punto de costarle la vida.

En compañía de dos hombres, Jerónimo se coló en el estado de Sonora, viajó a lo largo de una cadena montañosa y decidió dar un golpe en una pequeña población. Esta táctica, por buenas razones, no era usada casi nunca por los apaches. Cuando estaban casi a punto de tomar cinco caballos sujetos frente a unas casas, los ciudadanos abrieron fuego sobre ellos. Los dos compañeros de Jerónimo murieron en el acto. Entonces apareció una horda de mexicanos, a pie y a caballo. «Me vi acorralado tres veces aquel día, pero me mantuve luchando, escondiéndome e ingeniando tretas», recordaría Jerónimo con laconismo. Armado solo con un arco y flechas frente a rifles, Jerónimo efectuó mortales disparos a los mexicanos que lo acechaban.<sup>[40]</sup> Después de todo un día de ocultarse y realizar trucos desesperados, consiguió abrirse paso hacia el norte. Los mexicanos a caballo lo persiguieron durante dos días, disparando a menudo sobre él. Jerónimo había lanzado ya su última flecha, «por lo tanto dependía de mi habilidad para correr y esconderme, por cansado que estuviese. No había comido desde que comenzó la persecución, ni osé parar para descansar».

Al final, durante la segunda noche, despistó a sus perseguidores. Fue una virtuosa demostración de supervivencia, pero solo se ganó el desdén de los bedonkohe. Medio siglo después, Jerónimo recordaría su vergüenza: «Algunos apaches me echaron la culpa del fatal resultado de la expedición, pero no dije nada. Al haber fracasado, lo adecuado era guardar silencio».

Envalentonado hasta la temeridad por la visión de que las balas no podrían matarlo, y por su ira contra los mexicanos, Jerónimo sufrió otro tipo de advertencias. En un combate cuerpo a cuerpo cargaba a la carrera contra un soldado mexicano, lanza contra rifle, cuando resbaló en un «charco de sangre» y cayó a los pies del militar. Este le dio un golpe con la culata del rifle que lo dejó inconsciente, y estaba a punto de rematar la faena cuando un compañero de Jerónimo lo atravesó con su lanza. Al día siguiente Jerónimo pudo caminar con paso vacilante hacia el norte, a Arizona. Le llevaría meses recuperarse, y la herida le dejó una cicatriz que luciría el

resto de su vida.

En un combate acaecido un año después, una bala hirió a Jerónimo muy cerca de su ojo izquierdo, rozándole la cabeza y dejándolo inconsciente de nuevo. Los mexicanos pensaron que estaba muerto y pasaron sobre él para atacar a los otros apaches. Jerónimo volvió en sí, se puso en pie y huyó corriendo hacia el bosque. Las balas silbaban a su alrededor, y una le acertó en un costado. Con su estilo lacónico, describiría después otra asombrosa huida:

Estuve corriendo, hurtando el cuerpo y escondiéndome hasta que me libré de mis perseguidores. Escalé las empinadas paredes de un cañón, donde la caballería no podía perseguirme. Los soldados me vieron, pero no desmontaron para tratar de seguirme. Creo que fueron sabios por no hacerlo.

Durante esos años la caballería mexicana desafiaba a veces el derecho internacional y se introducía en Estados Unidos para dar caza a los chiricahua. Cuando Jerónimo se estaba recobrando de dos heridas de bala en las montañas de Gila, su gente se vio sorprendida un día, al amanecer, por tres compañías mexicanas. Muchas mujeres y niños fueron asesinados y lo único que pudieron hacer los otros fue huir.

Mi ojo izquierdo estaba todavía tan hinchado que lo tenía cerrado, pero con el otro vi lo suficiente como para acertar a un oficial con una flecha. Luego conseguí escapar entre las rocas. Los soldados de caballería quemaron nuestras tiendas [viviendas] y se llevaron nuestras armas, provisiones, ponis y mantas. El invierno estaba próximo.

Durante estas primeras batallas contra los mexicanos, Jerónimo solo utilizó el arco y las flechas, lanzas (los apaches las hacían de sotol, con un extremo afilado y endurecido al fuego) y cuchillos. Si en 1851, cuando sucedió el acontecimiento en el que se ganaría su nombre mexicano, no sabía manejar un rifle, no tardó en aprender. Con el tiempo llegaría a ser un soberbio tirador. Bien entrado en los setenta años, todavía era capaz de realizar magníficas demostraciones de puntería.<sup>[41]</sup>

La década de ataques a México le sirvió para hacerse todo un maestro de guerreros y un dirigente de hombres. Los fiascos iniciales fueron seguidos de gloriosos triunfos. Uno de sus grupos más numerosos, treinta hombres a caballo, regresó de México, según decía él, con «todos los caballos, mulas y reses que se les antojó ... Durante ese ataque matamos al menos a cincuenta mexicanos».<sup>[42]</sup> En otra expedición, compuesta por tres aliados y él mismo, Jerónimo golpeó de nuevo en una pequeña población; esta vez era un pequeño villorrio en Sierra Madre, cerca de la frontera entre el territorio de los chiricahua y el estado de Sonora. Mataron a uno de los ciudadanos y echaron de la población al resto de sus habitantes. Asombrados por la variedad de bienes que tenían para escoger, los cuatro guerreros saquearon casas y tiendas. Como Jerónimo recordó:

No entendíamos para qué servían muchas de las cosas que vimos en las casas, pero en las tiendas vimos otras muchas que queríamos. Llevamos allí los caballos y las mulas y cargamos tantas provisiones y suministros como pudimos ... Probablemente este fue el asalto más provechoso de todos los que hicimos

en tierras de los mexicanos. [Nosotros] obtuvimos material suficiente para mantener a toda la tribu durante un año o más.

Los apaches albergaban una gran curiosidad por los extraños objetos con los que estadounidenses y mexicanos amueblaban sus hogares. Años después de los ataques, los apaches todavía llevaban con ellos cosas así, y no solo cadenas de relojes y joyería, sino también fotografías y cartas manuscritas que solo podían tener un valor fetichista para ellos.

Las numerosas incursiones de Jerónimo en México también perfeccionaron sus conocimientos geográficos, particularmente los de los tortuosos cañones y las rocosas cumbres de Sierra Madre. Estos conocimientos almacenados en su memoria le resultaron de una vital importancia en la década de 1880. En una de estas incursiones, Jerónimo debió de llegar hasta el golfo de California, que describe como «un gran lago que se extiende más allá de lo que alcanza la vista». Muy pocos apaches llegaron nunca a ver un océano, y a pesar de que los rumores de su existencia se habían filtrado hasta los pueblos del interior, no eran tenidos en cuenta como norma general. La inmensa mayoría de los apaches estaban convencidos de que no había masa de agua en el mundo lo bastante ancha como para no ver la otra orilla.

De regreso de una de sus incursiones en México en la década de 1850, Jerónimo tuvo su primera escaramuza con un estadounidense. Fue en un cañón de las montañas de Santa Catalina, cerca de Tucson. Nueve guerreros sorprendieron a un hombre solo, a caballo, que guiaba una caravana de provisiones. El hombre huyó dejando la mercancía a aquellos rastreadores. Abrieron las sacas y Jerónimo y sus guerreros quedaron asombrados al ver que no había nada más que queso. Durante las semanas siguientes, la gente de Jerónimo se daría festines de queso y carne de mula.

La cualidad que lo caracterizaría, el estar profundamente preocupado por su gente, no surgiría hasta la década de 1850. En un asalto, se hicieron con un cargamento de la potente bebida alcohólica que los mexicanos llaman mescal. Muchos de los asaltantes procedieron a emborracharse a conciencia y, como pasaba a menudo en tales circunstancias, a pelearse. Jerónimo también estaba borracho, pero no había perdido el control. Sin embargo, era la única voz con uso de razón en medio de aquella ebria pandilla de veinte hombres, y trató de detener las peleas y apostar centinelas en prevención de los posibles escuadrones de caballería mexicana que pudiese haber por la zona. Sus esfuerzos fracasaron. Al final, cuando casi todos estaban tan borrachos que apenas podían caminar, derramó el resto del mescal por el suelo, apagó las hogueras del campamento y saco la recua de mulas fuera del campamento. Luego intervino a los dos guerreros que presentaban peores heridas; a uno le cortó una punta de flecha de la pierna, y a otro le curó un lanzazo que tenía en el hombro. Finalmente se quedó en pie toda la noche. El único centinela de guardia en aquel campamento de borrachos.

A medida que desarrollaba sus habilidades guerreras, también profundizaba en el conocimiento de su don. No era algo de lo que hiciese ostentación, ni siquiera

hablaba de ello. Muchos años después, un hijo de Juh testificaría:

Ya por naturaleza era un hombre valiente, pero si uno sabe que nunca lo matarán ¿por qué tener miedo? Yo nunca supe que Jerónimo les dijese a sus guerreros que contaba con alguna protección sobrenatural, pero estuvieron a su lado en ocasiones muy peligrosas y fueron testigos de sus milagrosas huidas, de sus curas de heridas y de los resultados de su medicina. Por eso sus guerreros sabían que Jerónimo estaba vivo gracias a la protección de Ussen.<sup>[43]</sup>

El don de Jerónimo creció y se diversificó hasta que se convirtió en un afamado sanador. Para curar a un anciano que, según los apaches, había enfermado por culpa de un coyote, encendió una hoguera, colocó al paciente frente a ella y llevó a cabo una compleja ceremonia que incluía una pluma de águila, una concha de abulón, una bolsa de polen y un cigarrillo de hojas de roble, cuyo humo expulsó hacia los cuatro puntos cardinales.<sup>[44]</sup> Jerónimo cantó muchas canciones acerca del coyote a la vez que tocaba un timbal. La ceremonia entera duró cuatro noches.

Sería probablemente durante el invierno entre 1869 y 1870, cuando Jerónimo escaló la montaña y oró para salvar a su hermana Ishton, que yacía medio muerta tras un parto.<sup>[45]</sup> En la cima de la montaña, la voz le diría de nuevo que moriría de muerte natural, no por herida de bala.

Más tarde el don de Jerónimo cobraría otro aspecto, la habilidad de adivinar cosas que sucedían a muchos kilómetros de distancia. Cualquiera que fuese la explicación racional de este fenómeno, el caso es que resultó tener un gran valor estratégico para los grupos encabezados por Jerónimo.

La década de los ataques perpetrados por Jerónimo en México a partir de 1851 solo está documentada en sus propias memorias. Si existieron alguna vez archivos mexicanos de esos acontecimientos, nunca guardaron relación con los relatos de Jerónimo. Y hay que añadir, quizá, que sus propias narraciones acerca de los principales encuentros con los estadounidenses a partir de 1861 son muy superficiales comparadas con su lucidez respecto a los años de México.<sup>[46]</sup> Sabemos con una razonable certeza que Jerónimo combatió en la batalla de Apache Pass de 1862, cuando los cañones con ruedas desbarataron las fuerzas combinadas de Cochise y Mangas Coloradas. Sin embargo, nunca hace mención de ello.<sup>[47]</sup>

Poco a poco, mediante testimonios apaches, hemos sabido que Jerónimo pudo haber ayudado a torturar hasta la muerte a los prisioneros que Cochise esperaba entregar a Bascom a cambio de sus parientes en 1861. Sabemos que pudo formar parte del concejo que suplicó a Mangas que no acudiese a encontrarse con su muerte a Pinos Altos en 1863 y que acampó con los chihenne de Victorio cerca de Cañada Alamosa en 1871. Sin duda comandó muchos ataques contra los ojos blancos bajo las órdenes de Cochise y Mangas Coloradas. Y sabemos también que creció hasta hacerse inseparable de su cuñado Juh. Pudo haber sido un miembro de la partida de Juh que llevó a Cushing hasta aquella trampa fatal en 1871, pero quizá nunca lo sabremos con certeza.



Sabemos que Jerónimo estaba presente en la conferencia de paz entre Howard y Cochise en las montañas Dragón en octubre de 1872.<sup>[48]</sup> En la marcha hacia Fort Bowie tras el armisticio, Jerónimo cabalgó en el caballo del general, impresionando a este cuando montó de un salto directamente sobre la grupa del animal. Cuando la reserva chiricahua llegó a ser un hecho a finales de 1872, Jerónimo fue uno de los miles de apaches que se preparó para asentarse dentro de sus generosas fronteras.

A finales de 1872, Jerónimo casi tenía cincuenta años de edad, tres mujeres y al menos dos hijos.<sup>[49]</sup> Había perdido otra mujer y otro hijo a manos de los soldados mexicanos en algún momento de la década de 1850. Era un hombre poderoso, casi obeso, que pesaba unos ochenta kilos, mediría 1,73 m, algo más bajo que Cochise y mucho más que el gigante Mangas. Sin embargo, Jerónimo era más alto y pesado que la media de los guerreros chiricahua, que rondaban los 1,68 m y pesarían unos sesenta o sesenta y tres kilos.<sup>[50]</sup>

Los rigores que Jerónimo sufrió en vida, junto a las cicatrices de guerra, fijaron en su rostro una máscara de desafío que encantó a todo el continente. Una lívida arruga, quizás otro balazo, le cruzaba la mejilla derecha y hacía que la curva de su boca cayese triste hacia la derecha.<sup>[51]</sup> «De modo que incluso cuando estaba relajado parecía desdeñoso», como lo describió un observador.

Al igual que Cochise, Jerónimo experimentó una inextinguible sensación de haber sufrido una traición que le costó la vida de su familia, y determinó la suya para el resto de su vida. De todos modos, la respuesta de Jerónimo ante la traición no fue similar a la de Cochise, pues existían diferencias entre ambas personalidades.

En Cochise, el deseo de venganza tomó la forma de una furia adamantina, un monolítico propósito que sobrecogía a sus propios guerreros. «He matado a diez blancos por cada indio asesinado», alardeó ante Howard al terminar con su década de terror.<sup>[52]</sup>

Por otro lado, Jerónimo era un hombre inquieto y malhumorado, de brillantes dudas y variables caprichos. Astuto y muy inteligente, era un manipulador nato que se ganó su reputación entre los abnegados guerreros no siempre por medio de la verdad. Jerónimo era un hombre preocupado, un hombre angustiado por oscuros debates internos. Había algo paranoico en él, incluso antes del desastre de Janos. A pesar del visionario misticismo del que habla su don, era un oportunista pragmático, un conversador, un político. Su curiosidad era tan grande como su desconfianza, y a menudo ambas combatían por su alma. De haber sido un hombre blanco del siglo xx, le habrían podido tildar de ser un completo neurótico. Más que la férrea intencionalidad de Cochise, el estado característico de Jerónimo era la vacilación, no importa cuán desesperado o perspicaz lo hiciesen sus veleidosos cambios.

Con el establecimiento de la reserva chiricahua, los apaches y los blancos creyeron por igual que estaban a punto de entrar en un período de paz duradera basada en una factible coexistencia. Como tantos pozos de esperanza que parchean la árida tierra bajo el sol del sudoeste de Estados Unidos, este sueño de paz demostró

ser solo una ilusión.

A finales de 1872, Jerónimo se alzó en el umbral de lo que sería la última guerra india de Estados Unidos, una guerra que con el tiempo iría asociada a su nombre.

## Capítulo 9

### El fin de Cochise

Crook sufrió una amarga decepción con el acuerdo de paz que Howard consiguió en las montañas Dragón, pues le arrebató la oportunidad de lanzarse en pos de Cochise. Él tenía muy poca confianza en que la tregua alcanzada por el general con el fiero e independiente chiricahua durase mucho tiempo. El manco general parecía ser solo un poco menos ingenuo que el fanático Quaker que el presidente Grant había enviado al Oeste antes que a él. Como acostumbraba Crook, se guardó sus sentimientos para él. Incluso décadas más tarde, después de que la Historia lo vindicase ampliamente, Crook confinó su propia rectitud a una ligera queja en su autobiografía: «Nunca conseguí llegar a ver las estipulaciones del tratado, aunque hiciese aplicaciones oficiales de ellas».<sup>[1]</sup>

Crook, sintiéndose impedido en su deseo de tratar con los chiricahua según su propio criterio, volvió su atención hacia los apaches de Arizona que habían rechazado establecerse en las reservas. Los más salvajes de estos llamados «hostiles» eran los apaches tonto, que usaban para refugiarse los enmarañados páramos situados al norte y al oeste de San Carlos y Fort Apache.

Crook declaró una nueva fecha límite, esta vez el 15 de noviembre de 1872, para llegar a lo que él confiaba en que sería la campaña final. Envío a todos los apaches amistosos que pudo con la noticia de su nueva fecha límite. Así se convenció de que cualquier apache que a partir del 15 de noviembre anduviese en total libertad, era porque desacataba abiertamente su edicto. Es obvio que esa era una conclusión un tanto dudosa.

Sobre el papel, al menos, las condiciones que impuso Crook eran estrictas, pero no inhumanas. Cuando encontrasen apaches hostiles, harían todos los esfuerzos posibles para lograr una rendición parlamentada antes de comenzar una lucha.<sup>[2]</sup> Las mujeres y los niños habían de ser respetados a cualquier precio. Los prisioneros deberían ser tratados correctamente. Tan pronto como se sometiesen los prisioneros adultos, serían convertidos en rastreadores siguiendo la teoría de «cuanto más salvaje sea un apache, más probable es que conozca las artimañas y estratagemas de aquellos que viven en las montañas». Pero si los guerreros se negaran a rendirse, entonces les darían caza hasta matarlos o capturarlos. De este modo, creía Crook, la campaña sería «corta, rápida y decisiva».

Declarar la fecha límite a mediados de noviembre fue una maniobra astuta. El invierno siempre era la estación más dura para los apaches, y el sistema que requerían para trasladarse a través de las heladas montañas no era compatible con las huidas y la discreción. La cuenca Tonto está situada a más de doscientos cincuenta metros

sobre el nivel del mar. Durante el invierno, las temperaturas normalmente descendían hasta los  $-10^{\circ}\text{C}$ . De no ser por la necesidad de permanecer ocultos, los apaches habrían descendido a sus campamentos de invierno, situados a un nivel inferior. Durante los años en que nadie les daba caza, los indios podían encender fogatas allá donde quisieran, pero entonces el humo era una pista para las patrullas de Crook, y como la caza escaseaba en invierno, la alimentación de los apaches se basaba en los víveres recogidos en otoño y almacenados en cuevas, tales como nueces, bayas, frutos de maguey secos y carne seca. Entonces, si una patrulla atacaba un campamento de invierno, los apaches podían huir sin recibir una sola baja, pero perdían todos sus valiosos depósitos de alimentos. Estos eran confiscados, o quemados, por el ejército.

El plan de Crook para la campaña final consistía en dividir todos sus efectivos en nueve comandos independientes, cada uno con su propia ruta a través del inhóspito territorio. Crook en persona se desplazaría de uno a otro para mantener una visión de conjunto. Sin una perfecta ejecución logística, aquel plan sería un auténtico caos, pues nueve patrullas moviéndose por los bosques podrían concentrar sus esfuerzos en una zona y pasar por alto rastros importantes en otras. Bajo la supervisión personal de Crook conseguirían, o eso esperaba, que no quedara «ni un solo recoveco» sin explorar.<sup>[3]</sup>

El éxito de Crook dependía completamente de la habilidad de los rastreadores apaches que había contratado: en la cuenca Tonto, se demostró la eficacia del audaz y letal experimento del general. Mientras las patrullas avanzaban a través de las montañas, los exploradores iban a un día de distancia por delante rastreando huellas, pues los soldados, de estar solos, habrían perdido el rastro en infinidad de ocasiones.<sup>[4]</sup>

En teoría, se suponía que los exploradores podrían encontrar los campamentos del enemigo y luego informar a los soldados, quienes «ejecutarían la tarea de vaciarlos». De todos modos, los rastreadores eran demasiado impetuosos y aficionados a una buena pelea como para trabajar de simples mensajeros: muy a menudo atacaban en cuanto localizaban al enemigo. Y como los indios demostraron ser tan eficaces en estas escaramuzas como los soldados, se podría decir que les dieron carta blanca.

Al principio, Crook experimentó usando indios de otras tribus, pero los apaches los superaron ampliamente. Como Bourke escribiría más tarde: «Cuanto más conocemos a los apaches, más nos gustan. Son más salvajes y suspicaces que los pimas y maricopas, pero más dignos de confianza y, además, están dotados de una buena cantidad de coraje y osadía».

Tan sagaz como usar rastreadores apaches fue la elección que hizo Crook para nombrar jefes de exploradores. En esta delicada posición, muchos oficiales del ejército, personas bien educadas, simplemente nunca lo hubiesen hecho: carecían de la comunicación necesaria con los apaches, así como de las rudas habilidades que se requerían para imponer respeto a los mejores rastreadores y cazadores que jamás

hubo en el estado de Arizona. Como jefes de exploradores, Crook escogió a los herederos de ambas culturas, hombres que habían pasado la vida dando tumbos, hombres solitarios que habían quedado huérfanos tras sus tribulaciones. Un par de generaciones antes, estos inadaptados habrían sido tramperos u hombres de las montañas. Algunos de ellos sabían hablar apache. Esta compleja lengua resultaba tan difícil para un anglohablante que durante el cuarto de siglo de conflicto en el sudoeste de Estados Unidos, solo un puñado de estadounidenses habían conseguido aprender los rudimentos básicos de ese idioma.

Los hechos de estos jefes de exploradores no han sido adecuadamente cantados en la épica del Lejano Oeste. Al igual que Tom Jeffords, ninguno de ellos se dignó a escribir sus propias memorias.<sup>[5]</sup> El rastro de estos valientes solitarios en las Guerras Indias está en fragmentarias crónicas de entrevistas publicadas en los periódicos, recogidas, en la vejez, por superficiales reporteros.

El favorito de Crook entre estos jefes fue Archie McIntosh, quien se había unido a él por primera vez en el territorio de noroeste en la década de 1860. Era oriundo de Ontario, de padre escocés y madre chippewa, y comenzó a ser trampero a los diez años en los territorios occidentales de Canadá.<sup>[6]</sup> Un día, cuando todavía era un niño, remontaba en canoa el río Frasier junto a su padre cuando unos indios emboscados dispararon y mataron a su padre. El chico se las arregló para huir. Más tarde trabajaría para la Hudson Bay Company, antes de prestar sus servicios como guía militar en el ejército de Estados Unidos, en 1855.

Cuando llegó a Arizona, McIntosh ya le había salvado la vida a Crook en una ocasión, llevando al oficial a través de la meseta de Idaho durante treinta kilómetros, en plena tormenta de nieve. Como otros jefes de exploradores, McIntosh era un soberbio bebedor, a quien a veces habían tenido que sujetar al caballo, o transportar en un carro, tras una noche de juerga.<sup>[7]</sup> Crook, abstemio, le perdonaba ese mal hábito porque, ebrio o sobrio, los razonamientos de McIntosh siempre eran agudísimos. Aunque McIntosh «nunca aconsejaba nada, ni expresaba protesta alguna con palabras», Crook aprendió a valorar los instintos de su guía sin cuestionarlos.

El más famoso de los jefes era Al Sieber. Nació en Alemania, emigró a Pennsylvania con su madre, combatió en la Guerra de Secesión, caminó sin rumbo fijo hacia el oeste y se estableció en Prescott (Arizona), donde se arruinó tras varios meses de desafortunadas prospecciones mineras.<sup>[8]</sup> Allí hizo amistad con un jefe de exploradores del ejército, que bien pudo convencer a Crook para que lo contratase. Sieber llegaría a ser el hombre del que Crook dependió como de ningún otro para sus enlaces con los apaches. Al final de su larga carrera, como afirma el biógrafo de Sieber, había tomado parte «en más combates contra los indios que Daniel Boone, Jim Bridger y Kit Carson juntos». Sieber llegó a matar a más de cien indios hostiles, y mientras tanto recibió veintinueve meritorias heridas en las Guerras Indias.

Mickey Free, «el coyote cuyo rapto llevó la guerra a los chiricahua», el chico que Félix Ward dijo que habían secuestrado los apaches en 1861, precipitando con ello el

asunto de Bascom, reaparece en 1871 con hosco temperamento y un ojo dañado para convertirse en rastreador militar. Con el tiempo serviría como intérprete para Crook en negociaciones cruciales con los chiricahua.

Quizás el más intrigante de los jefes de exploradores, así como el más misterioso, fuese un hombre llamado Merejildo Grijalva. En 1891, un pionero de Arizona que se había entrevistado con él aseveró que Grijalva «podía decir más [sobre las Guerras Apaches] que cualquier estadounidense, mexicano o indio vivo hoy en día».<sup>[9]</sup>

Grijalva era un mexicano que nació en el norte del estado de Sonora alrededor de 1840. Una banda chiricahua lo capturó cuando tenía diez años de edad y lo criaron durante ocho años como si fuese un miembro más de la tribu. Esto era un comportamiento natural, los apaches derramaban sobre sus niños cautivos el mismo amor y enseñanzas que sobre sus propios hijos.<sup>[10]</sup> Existen casos documentados de que cuando a alguno se le daba la oportunidad de regresar con su gente, se negaba a hacerlo. Pero Grijalva se escapó a la edad de dieciocho años, huyendo a un fuerte estadounidense.<sup>[11]</sup> En 1866 estaba en Arizona sirviendo como guía e intérprete para el ejército.

Gracias a sus ocho años de entrenamiento en el sendero de la guerra apache, Grijalva poseía los más íntimos conocimientos de los métodos chiricahua. Tomó parte en asaltos y batallas contra los mexicanos y sus captores debieron de creer que «se había vuelto apache». La banda de Grijalva estaba estrechamente aliada a Cochise. Recordaba una ocasión en que Cochise se puso furioso con un guerrero que había robado caballos con la marca del ejército estadounidense (material militar, cuya pérdida podría llevar la ira del ejército sobre los chiricahua) y, de pronto, le atravesó el corazón de un lanzazo.

Grijalva era el único de los exploradores de Crook que sabía rastrear tan bien como un apache. Entendía mucho mejor el funcionamiento de las emboscadas y trampas apaches que cualquier otro explorador blanco. Conocía a la gente de Cochise tan a fondo, que una vez los identificó por los mocasines y las decoraciones que habían recogido en un campamento abandonado.<sup>[12]</sup> Para Grijalva, el desarrollar un trabajo como guiar a una patrulla de soldados hasta los apaches suponía la más peligrosa de sus obligaciones. Sabía que los chiricahua lo recordaban como al mayor de los traidores.<sup>[13]</sup> Si alguna vez lo capturaban, reservarían para él la más cruel y lenta de las agonías. A veces, cuando perseguían a los apaches, Grijalva podía ver que ellos lo reconocían y podía leer la intensidad de su odio en sus ojos. Siempre guardaba una bala extra para sí mismo, por si era capturado.

Grijalva se retiró del servicio militar en 1880, y se estableció como granjero en el valle de San Simón, en el sudeste de Arizona. Vivió por lo menos hasta bien entrada la década de 1890. Nadie dejó constancia de la historia de su vida. Su conocimiento de primera mano del estilo de vida estadounidense era tan profundo como el del mexicano o el apache, y superior al de cualquier otra persona del siglo XIX. Sus inigualables conocimientos se han perdido para la Historia.



Cuando pasó el día 15 de noviembre, el día siguiente a la fecha límite de Crook, sus nueve comandos comenzaron a establecerse en distintos fuertes, cada uno con su propio itinerario, para peinar el inhóspito territorio de los apaches tonto.<sup>[14]</sup> La marcha resultaba penosa en muchas ocasiones, con abundantes nevadas y gélidos vientos entorpeciendo el avance de los soldados. A veces, los pinos estaban tan húmedos por la nieve y la lluvia que encontraban dificultades para prender fuego, una situación extraña en Arizona.

Las tropas mantenían una rígida disciplina acorde a los designios de Crook: nadie cantaría, silbaría, gritaría, ni siquiera encendería una cerilla durante la marcha; los pequeños fuegos de campamento se encenderían solo cuando los oficiales juzgasen que no podrían ser vistos por sus «enemigos con vista de lince». En suelo rocoso, los soldados trocarían sus botas por mocasines, para asegurar una marcha silenciosa. El rancho sería espartano: basado en harina, alubias, tocino y café, con una pequeña cantidad de chocolate y melocotón seco como esporádicos manjares.

Aunque la nieve hacía la marcha muy difícil, ayudaba inmensamente a los rastreadores, y el presentimiento que tuvo Crook de que en invierno los apaches serían más vulnerables tendría su compensación. Una y otra vez, las patrullas darían con pequeñas *rancherías*, o campamentos habitados por apenas unas docenas de apaches. Sin otra alternativa, los indios huían abandonando sus víveres de invierno. Durante un típico combate, morirían algunos apaches, y unos cuantos más, sobre todo mujeres y niños, serían capturados, y todo con mínimas bajas entre los soldados. Este desigual resultado era obra de los rastreadores indios, pues normalmente eran ellos los primeros que disparaban sobre los indios rebeldes, y ellos llevaban la mayor parte de las mejores acciones defensivas.

Inexorables a través del corazón del invierno, los soldados continuaron limpiando la cuenca. El propio Crook, que se trasladaba de un comando a otro, servía como ejemplo inspirador. Muy a menudo, cuando una exhausta patrulla plantaba el campamento, él tomaba su arma y salía al oscurecer para regresar con un fardo lleno de aves muertas que servirían como desayuno al día siguiente. En palabras del ferviente Bourke: «no había soldado raso, ni mulero, ni carretero que pudiese superar al viejo en cualquier tarea, o dejarlo atrás durante una marcha, o subiendo a uno de los agrestes picos de Arizona. Ellos lo sabían, y también sabían que cuando llegase el momento del combate, Crook se encontraría en la línea de fuego, no en la oficina de comunicaciones».

A pesar de que libraron pocas batallas cruciales, las patrullas pagaron un elevado precio. Bourke calculó que el comando al que estaba inscrito recorrió unos mil novecientos treinta kilómetros en ciento cuarenta y dos días, y acabaron con la vida de quinientos apaches rebeldes.<sup>[15]</sup> El peinado que hicieron en la cuenca Tonto siempre ha sido descrito por los historiadores como una brillante campaña militar. Y lo fue, pero la puesta a punto de la cuenca, por emplear el mismo eufemismo que Bourke, también fue extremadamente brutal.<sup>[16]</sup> La persecución que Crook mantuvo

contra los indios rebeldes raya el acoso genocida que habían llevado a cabo Carleton y Baylor una década antes. En el caos de los ataques precipitados por los rastreadores indios, los asediados apaches apenas tuvieron la oportunidad de rendirse pacíficamente. Bourke no dedica un solo párrafo de sus crónicas de la campaña de invierno a la rendición en lugar de al derramamiento de sangre.

El episodio culminante de dicha campaña acaeció a finales de diciembre. Crook, como la mayoría de los observadores del siglo XIX, tenía propensión a diferenciar indios buenos de indios malos. La negativa de ciertos grupos a doblegarse ante el avance del hombre blanco, desde este análisis, no se debía a las profundas diferencias culturales entre ambos bandos, sino a la maléfica influencia de ciertos jefes. Como sinónimo de malo se utilizaría en numerosas ocasiones el término salvaje o feroz, y así, en la opinión de Crook, el grupo de Cochise era «el peor entre todos los apaches».<sup>[17]</sup>

En la campaña de la cuenca Tonto, hubo un jefe llamado Delche que se ganó la mayor animadversión de Crook. Crook lo apodó como el Mentiroso, jurando que Delche «tenía la peor reputación entre los indios por su vileza y pura maldad». Para un chico que creció entre la gente de Delche, en cambio, este era «un gran jefe», dirigente de una banda de apaches occidentales que «estaban deseando combatir a los chiricahua, pues estos desencadenaban sus ataques sobre ellos y llevaban cautivas a sus mujeres».<sup>[18]</sup>

Cuando comenzó la campaña de invierno, Crook hizo saber que la captura o muerte de Delche era una de sus mayores prioridades. Sobre este punto encajaron dos piezas de información apache con fatales consecuencias. Un indio le dijo a Crook que el reducto de Delche era una caverna situada en las cimas de las montañas Mazatzals, al norte del río Salado (al oeste de lo que hoy es Roosevelt Dam), y uno de sus exploradores apaches, un hombre llamado Nantaje, le dijo que se había criado en ese bastión y se ofreció para guiar a los soldados hasta allí.<sup>[19]</sup>

Ciento veinte años más tarde, podemos analizar lo que fue la batalla de la caverna Skeleton (esqueleto) con más claridad de lo que pudo Crook. Es probable que Delche fuese un jefe de los apaches tonto. Era cierto que pasaba tiempo en aquella cueva en los altos de las montañas Mazatzals, y también que constituían un baluarte. Pero de todos modos, Delche no estuvo allí en diciembre de 1872. Es más, la gente que estaba acampada allí ni siquiera eran apaches.

Eran yavapais. Como a menudo se unían a los apaches occidentales en sus rapiñas, a veces eran tomados como tales. El nombre corriente con que se les designaba en el siglo XIX era el de apaches mojaves, pero hablaban un idioma completamente distinto a cualquier dialecto apache. Y tampoco pertenecían a la enorme familia de los apaches, estando más cercanos a los yuma (familia macro-yuma) que a las familias athapascanas (tronco lingüístico de los apaches). Estas distinciones estaban muy lejos del alcance de Crook y sus soldados.

Quizá los Yapavai conociesen el edicto de Crook, pues algunos de ellos acudieron

a Camp Grant a principios de año para tratar de vivir en paz con los estadounidenses.<sup>[20]</sup> Pero muchos de ellos enfermaron a causa de las alubias, la harina y la carne de buey con la que los agentes los alimentaron, y cogieron la malaria. Todo lo que sabían era que los habían envenenado. Muchos de los Yavapai que huyeron de Camp Grant a pie, dirigiéndose a las montañas Mazatzals, murieron por el camino.

A finales de diciembre, un comando de doscientos veinte soldados y exploradores (muchos de ellos maricopa y pima) guiados por Nantaje, se acercaron a aquella remota caverna.<sup>[21]</sup> Entre ellos se encontraba Bourke, quien nos legó una vívida narración de la batalla. En la madrugada del 28 de diciembre, poco antes del amanecer, las fuerzas atacantes se deslizaron fuera de su gélido campamento y se dispusieron a realizar la difícil escalada hasta la cueva. Un destacamento de doce o quince tiradores de élite abrían la marcha. Justo al romper el alba, estos tiradores subieron a hurtadillas y en completo silencio por el sendero que conducía a la gruta, doblaron un recodo y hete aquí el baluarte. Dentro de la caverna ardía una hoguera. Los guerreros danzaban frente al fuego y las mujeres preparaban la comida.

No hubo negociaciones para la rendición. Bajo la mortecina luz del alba, cada tirador escogió un guerrero y, a una señal apenas susurrada, abrieron fuego. Seis de los hombres yavapai cayeron muertos en el acto. Al escuchar las detonaciones, el resto de la tropa se apresuró a subir. Un parapeto formado por rocas se extendía frente a la boca de la cueva. Todos a una, los guerreros yavapai se lanzaron a sus posiciones tras las rocas y comenzaron a disparar sobre los soldados, mientras que las mujeres, los niños y los ancianos se ponían a cubierto en el interior. No había esperanza de huir, pues los soldados bloqueaban la salida de la cueva.

Entonces el comandante, según Bourke, «ordenó a los intérpretes que pidiesen una rendición incondicional». Los exploradores apaches chillaron la propuesta. «La única respuesta fue un alarido de odio y desafío. Y las amenazas de lo único que podíamos esperar, chillidos de exultación ante el pensamiento de que ninguno de nosotros vería la luz de un nuevo día, pues seríamos el banquete de águilas y cuervos».

Quizá. ¿Quién sabe qué frases cruzaron el aire aquella mañana de diciembre? A buen seguro que los apaches y los yavapais podían entenderse entre ellos, pero, entre las exigencias formuladas a voz en cuello en una lengua extraña y aquel ataque gratuito al amanecer, ¿qué podrían pensar los yavapais, a no ser que una horda vengativa había caído sobre ellos con intención de aniquilarlos? Con seis de sus hombres muertos en el suelo, hicieron lo que todos los indios hubiesen hecho en su lugar: pelear hasta agotar sus flechas y municiones.

La batalla podría haber derivado a un prolongado pulso, si no llega a ser por dos estratégicos movimientos que ideó el comandante. Ordenó a un pequeño contingente de hombres que se situasen sobre el risco que cubría la entrada de la caverna para que pudiesen arrojar rocas sobre sus habitantes.<sup>[22]</sup> Las rocas desempeñaron su papel. Cuando los supervivientes reptaron hacia lo más profundo de su refugio, el

comandante estadounidense ordenó a sus tropas que disparasen contra el techo de la cueva. Las balas rebotaban en la piedra y mataban indiscriminadamente. Desesperados, veinte guerreros yavapai, cada uno de ellos armados con un arco y un rifle, organizaron una carga suicida. Seis o siete murieron, el resto regresó a la cueva.

Cuando todo acabó, los cadáveres yacían apilados en la caverna. La muerte de un rastreador pima fue la única baja que sufrió el ejército. Setenta y seis hombres, mujeres y niños yacían muertos.<sup>[23]</sup> Tan solo veinte mujeres y niños, muchos de ellos heridos, fueron cogidos con vida. Según uno de los niños que sobrevivió al combate, los pima y los maricopa eran más brutales que los soldados.<sup>[24]</sup> Cuando estos entraron a la carrera en la gruta, comenzaron a machacar las cabezas de los cadáveres antes de que los soldados pudiesen impedirlo. «Una mujer que estaba malherida y no podía montar fue dejada atrás. Algunos soldados le dieron comida y agua, pero cuando marcharon, regresaron unos pimas y le machacaron la cabeza hasta reducirla a pulpa», testificó el chico.

Crook estaba satisfecho por la batalla de la cueva Skeleton, pero decepcionado porque Delche no estaba entre los muertos. De todos modos, batalla no es el término más adecuado para aquella pelea: por la gratuidad de la carnicería, esa masacre era casi tan absurda como la matanza de aravaipas cometida cerca de Camp Grant veinte meses antes.

Sesenta y un años después, alguien que visitó aquel remoto lugar aseguró que «los huesos rotos y blanqueados de los caídos» todavía se hallaban esparcidos dentro de la cueva aquí y allá.<sup>[25]</sup> Con el tiempo, una partida de yavapai reunió lo que quedaba de los huesos y los llevaron a la reserva india de Fort McDowell, donde los enterraron.<sup>[26]</sup> Todavía son visibles los arañazos de las balas en el techo de la caverna.<sup>[27]</sup>

En abril de 1873, los que quedaban libres habían perdido las ganas de combatir. Cuando vanas patrullas se dirigían a Campo Verde con sus prisioneros, comenzó un hecho sin precedentes.<sup>[28]</sup> Cientos de apaches salvajes, como los llamaban, se unían al paso de las comitivas. Se introducían entre los prisioneros en grupos de dos o de tres, diciéndole simplemente *siquisn* (hermano mío) a los rastreadores que les habían dado caza. Cuando Crook contó a los hostiles que habían llegado, se encontró con que tenía dos mil trescientos prisioneros de guerra, entre ellos el notorio Delche.

Crook le habló a los jefes con su estilo firme y paternal. Si ellos vivían en paz dentro de las reservas, les prometió que «sería el mejor amigo que jamás hubiesen tenido». Uno de los jefes le dijo a Crook: «Ya ves, estamos casi a punto de morir de hambre y de frío. Me alegro de tener la oportunidad de rendirme, pero no porque te ame, sino porque temo al General».<sup>[29]</sup> Delche le dijo a Crook, según parafraseó el general:

Él contaba con ciento veinte guerreros el otoño pasado. Si alguien le hubiese dicho que no podía barrer el mundo entero, se hubiese reído, pero ahora solo le quedaban veinte. Dijo que no solían tener dificultades para eludir a las tropas, pero que ahora hasta las rocas parecían haberse ablandado y no podían colocar el

pie en ningún lugar que no dejase una huella por la cual pudiesen seguirlos. Tanto era así que no podían dormir de noche, pues si un zorro o un coyote hacía rodar una roca en la oscuridad, se levantaban y sacaban prestos sus armas pensando que éramos nosotros que los perseguíamos.

Hasta donde Crook sabía, no quedaban apaches libres ni en Arizona ni en Nuevo México. Los nednhi y algunos chokonen podían estar aún descontrolados en algún lugar al sur de la frontera, pero ese era un problema de los mexicanos. Era comprensible que en abril de 1873 Crook creyese que había resuelto el problema apache y que había puesto fin a una guerra que ya duraba veinte años. Seis meses después, Crook fue recompensado por su campaña final con un ascenso a general de brigada.

Como el sistema de las reservas era algo muy reciente en Arizona, todo lo referente a ellas tuvo que ser improvisado partiendo de cero. Crook diseñó las reglas y rutinas con las que sus apaches, así los llamaba, vivirían en concordancia con la ordenada actitud de la mente del general. Cada indio llevaría una pequeña etiqueta numerada de latón alrededor del cuello.<sup>[30]</sup> Los contarían a diario, y comprobarían su número. La razón que sostenía esta norma (que los apaches pacíficos tuviesen una prueba de su inocencia cuando se produjese una rapiña fuera de la reserva y los acusaran a ellos) no era inhumana, pero el hecho de otorgar etiquetas numeradas parece anunciar el macabro estilo de tratamiento al interno que se dio en los más diabólicos campos de prisioneros del siglo xx.

Crook puso a los apaches a trabajar en vastos proyectos agrícolas: cavarían un canal de irrigación de ocho kilómetros en Campo Verde y plantarían hectáreas y hectáreas de cereales y verduras. La base era el capitalismo: una vez que un indio, como escribió Bourke, «comience a ver germinar el fruto de su trabajo, y sepa que existe un mercado preparado para pagarle en efectivo todo lo que él le pueda vender», perdería todas las ganas de rapiñar y tomar el sendero de la guerra.

Muchos apaches, como la familia de Jerónimo, habían cuidado pequeños cultivos de alubias, maíz y calabazas. Pero el nomadismo era un modo de vida que llevaban en la sangre. Con los rudimentarios conocimientos etnográficos de los sistemas culturales existentes en el siglo xix, ni Crook ni ningún otro estadounidense podía comprender cuán agresivo con la identidad del pueblo apache era tratar de convertir a un guerrero nómada en un granjero sedentario. El trabajo manual, dentro de la cultura apache, era un asunto reservado a las mujeres: un hombre se humillaba solo por encorvarse. Crook tomó esos escrúpulos como simple pereza, y los forzó a cavar aquel gran canal con puntiagudas estacas endurecidas al fuego.

Hubo otros casos de mutua incompreensión entre estas extrañas culturas. Los apaches tenían uno de sus más altos valores puesto en la castidad de sus mujeres. Durante siglos, habían aceptado que el castigo para la mujer adúltera fuese que el marido le cortase la nariz. Crook, horrorizado por esta práctica, la prohibió, y cuando un marido trataba de castigar con aquel escarmiento ancestral a su infiel esposa, el general lo condenaba a un año de prisión.<sup>[31]</sup>

Los soldados que vigilaban las reservas no se molestaron en aprender los nombres de los apaches. Con la arrogancia del conquistador, se dedicaron a ponerles mote de su propio cuño a los indios que vivían bajo su tutela. Así Nantaje, el rastreador que guio a los militares hasta la cueva Skeleton, pasó a ser Joe.<sup>[32]</sup> A Nochedelklinne, que más tarde llegaría a ser un visionario profeta que anunciaría una época dorada durante la cual los ojos blancos se marcharían, lo llamaban Bobby. Un niño yavapai de siete años de edad capturado por los soldados de caballería se encontró con que le habían cambiado su nombre, Hoomoothya (pequeña nariz húmeda), por el de Mike Burns, en honor a su captor, el capitán James Burns.<sup>[33]</sup> «Haremos de él un indio irlandés», bromeó uno de los colegas de Burns.

En una mirada retrospectiva, cualquiera podría decir que nadie debería haberse sorprendido cuando las tensiones comenzaron a bullir en la reserva de San Carlos. Las causas más inmediatas fueron tan variadas como oscuras, y el patrón se convertiría en algo común. Muchos apaches estaban verdaderamente disgustados con las chapas de latón que llevaban al cuello y los recuentos diarios, así como con las interferencias de Crook en materias tan privadas como el trato que les daban a sus mujeres. Los agentes civiles estafaban a los indios con el precio de las raciones y se embolsaban los beneficios. En San Carlos, donde la tensa situación era más imprevisible, aravaipas y tonto acampaban en mutua hostilidad. Tanta, que incluso a Crook le faltó valor para tratar de desarmar a los indios de las reservas; de ese modo, la violencia podría fácilmente llegar a ser mortal.

La situación llegó al límite a finales de mayo, cuando una insignificante discusión acerca de las raciones alimenticias desembocó en un enfrentamiento.<sup>[34]</sup> El teniente Jacob Almy, un cuáquero, como Vincent Colyer, entró desarmado en el tumulto con la esperanza de calmar la situación. Hubo un disparo de arma de fuego. Almy, malherido, salió tambaleándose y exclamó: «Oh, Dios mío». Otra bala le alcanzó en la cabeza y cayó muerto. Como un solo hombre, cientos de apaches huyeron a las colinas.

Ningún militar llegó a saber qué apache disparó los tiros que mataron a Almy. Muchos de los indios que se habían dispersado por ahí durante el arrebato, no tardaron en regresar. Fue en esa coyuntura cuando Crook demostró el aspecto más draconiano de su justicia. Cuando los apaches regresaron en tropel a San Carlos, Crook se negó a aceptarlos.<sup>[35]</sup> Les dijo que «Los llevaré de vuelta a las montañas, donde pueda matarlos a todos ellos; ya me han mentido antes y no sé si me están mintiendo ahora».

Crook había identificado tres más entre los indios malos como los provocadores del fatal incidente, unos jefes llamados Chunz, Cochinyay y Chandeisi (John Daisy, como le llamaba Crook). Luego prometió a los apaches que suplicaban paz que les permitiría regresar a la reserva con la condición de que fuesen a las colinas y le entregasen las cabezas cortadas de los proscritos.

Patrullas armadas dieron caza a los rebeldes y consiguieron matar a cierto número



de seguidores de Cunz, Cochinay y Chandeisi, pero los más importantes habían huido.<sup>[36]</sup> Mientras tanto, Delche también se había fugado de la reserva junto a cuarenta de los suyos. Y, como la cabeza de Delche era una de las que más deseaba Crook, este ofreció a los exploradores apaches una recompensa por ella.

Al final, la máxima demostró ser cierta una vez más: hace falta un apache para atrapar a otro apache. Los cuatro principales proscritos eludieron la captura durante todo un año. Hasta que un día de mayo de 1874, una banda de rastreadores entró a caballo en la reserva de San Carlos y sacaron la cabeza cortada de Cochinay. Un mes más tarde entregaron la de Chandeisi. Cada vez con menos seguidores, Chunz fue localizado y muerto en las montañas de Santa Catalina, cerca de Tucson, estado de Arizona, a finales de julio. Los triunfantes exploradores cabalgaron hasta la tienda de Crook, abrieron un saco y arrojaron al polvoriento suelo siete cabezas: la de Chunz y las de los seis últimos hombres que habían permanecido con él hasta el final. Crook dispuso las cabezas en el suelo del patio de instrucción, como un truculento recordatorio hacia los mil apaches de San Carlos de la paz que les habían traído esas cabezas cortadas.

Solo quedaba Delche. Pocos días después, dos patrullas llegaron por separado, a caballo y afirmando ambas haber matado al Mentiroso. Como Crook, sin remordimientos, escribiría más tarde: «estaba satisfecho de que ambas partidas estuviesen convencidas de su parecer, y el hecho de que trajeran una cabeza de más no representó un problema. Les pagué a las dos».<sup>[37]</sup>

«Esto fue para silenciarlos», informó Crook a los apaches de San Carlos. Gobernó con férreos edictos y sangrientas represalias y así acabó con el espíritu combativo de los tonto. Bourke se hizo eco del buen juicio de las acertadas conclusiones de su general cuando escribió: «Los apaches de Arizona son ahora una tribu conquistada».<sup>[38]</sup>

\* \* \*

De todos modos, todavía había una duda que importunaba el sueño de Crook, y esta guardaba relación con los indios de Cochise. Le sacaba de quicio pensar que los chiricahua eran los únicos apaches de Arizona que no se hallaban bajo su jurisdicción. Eso estaba bien para Howard, que se había apresurado a regresar a Washington a recibir la enhorabuena del presidente y a pavonearse de que, con una sola excursión al baluarte apache de las montañas Dragón, había conseguido forjar una paz duradera. Crook estaba convencido de que una tribu apache no se adaptaría de verdad al estilo de vida estadounidense hasta que no fuese completamente derrotada en una batalla.

Y además, para la ordenada mentalidad de Crook, la situación de aquella nueva reserva chiricahua era caótica, amén de peligrosa. Un único agente, Tom Jeffords

(que no quiso aceptar el trabajo cuando se lo propusieron), estaba al cargo de más de un millar de apaches. No había tropas que mantuviesen el orden, y los chiricahua podían campar a sus anchas por la reserva. Crook nunca pudo conocer los términos exactos bajo los cuales Howard trató con Cochise por la sencilla razón de que jamás fueron puestos por escrito. Con sus modales de caballero, el general Howard había considerado que la palabra de honor de Cochise bastaba para controlar a su gente por toda la eternidad.

Crook, ansioso por conocer qué tipo de trato pensaba Cochise que había aceptado (y para conseguir una excusa para intervenir), envió una pequeña delegación en febrero de 1873 a entrevistarse con el jefe chokonen. Bourke fue uno de los escogidos para la misión; el observador teniente describió a Cochise como:

Un indio de buen aspecto, de unos cincuenta inviernos [estaba cerca de los sesenta y cinco], muy serio. Medía algo más de 1,80 m, de pecho profundo, perfil romano, ojos negros, mandíbula firme y amable; incluso su melancólica expresión suavizaba, en cierto modo, el aspecto decidido de su semblante. Parecía estar más limpio que los demás indios salvajes que yo haya visto, y sus modales eran cuidadosos. Tampoco su discurso ni sus gestos mostraban la vehemencia característica de los de su raza.<sup>[39]</sup>

Una cuestión crucial para Crook era saber hasta qué punto los chirichuas continuaban rapiñando en México. Cuando le preguntaron a Cochise sobre ese asunto, respondió: «Los mexicanos no me han pedido la paz, como sí lo han hecho los estadounidenses». Y admitió que algunos de sus guerreros más jóvenes «son responsables de bajar allá de vez en cuando y hacer algo de daño a los mexicanos. No quiero mentir en este asunto. Ellos van, pero yo no los envío».<sup>[40]</sup> El encuentro fue infructuoso, pues no proporcionaba un pretexto a Crook para intervenir en la reserva de Jeffords.

Antes incluso de la visita de Bourke, el gobernador territorial, Anson P. K. Safford, un hombre valiente que en su día dirigió patrullas de voluntarios contra los apaches, realizó su propia visita a Cochise. La descripción de Safford complementa a la de Bourke:

Su altura estaba alrededor de 1,82 m. Tenía los hombros ligeramente encorvados por la edad. Sus facciones eran regulares; la cabeza grande y bien proporcionada; pelo largo y negro, con algunas hebras grises; rostro suave de expresión bastante triste y se afeitaba la barba arrancándola con tenacillas, como les gusta hacer a los indios.<sup>[41]</sup>

Cochise le recitó a Safford su lamento habitual acerca de la pasada gloria de su pueblo y la traición sufrida a manos de Bascom. Safford escribió: «Le dije que la conducta del teniente Bascom no fue del agrado de nuestra gente. Y que, de no haber ido a la guerra, Bascom hubiese sido castigado y se habrían salvado muchas vidas».

Ocho años después de su término, Cochise supo las razones de la Gran Guerra entre los azules y los grises. La información le llegó dando un extraño rodeo. Cochise se quejó fervientemente a Safford porque un niño que habían tomado cautivo en México, y cuidado como a un apache durante diez años, se había escapado. A los

dieciséis años, el chico se había fugado a un poblado de Arizona, donde lo enviaron bajo la protección de Safford y el gobernador consiguió devolverlo a un tío que el muchacho tenía en Sonora. Para la mentalidad de los apaches, aquel muchacho era propiedad de Cochise, y Safford debía devolvérselo al jefe. Safford le respondió con la ley en la mano, pero estos razonamientos no convencieron a Cochise y entonces el gobernador decidió recurrir a una simplificadaísima lección de historia:

Le pregunté si sabía de una guerra que mantuvimos entre nosotros los blancos hacía tiempo, y por qué luchamos. Me contestó que sabía lo de la guerra, pero que desconocía la causa. Entonces le expliqué que un sector de los nuestros poseía esclavos y el otro no. Y que a partir de ese asunto, cada uno de los sectores se fue enfureciendo más y más con el otro y murieron muchos hombres. Aquellos que se oponían a la posesión de esclavos habían vencido y las leyes que se crearon a continuación prohibían expresamente tener como esclavo a otro hombre, ya fuese negro, indio, mexicano o lo que fuese. Dijo que le parecía bien y que no diría nada más del asunto.

Después de partir del campamento de Cochise, Safford hizo una profética observación: «Mi impresión es que él se lo está tomando muy en serio, y que desea la paz. Pero tanto él como sus seguidores son hombres salvajes, y aún con los mejores propósitos por nuestra parte, cualquier razón, bien sea real o imaginaria, podría ponerlos en cualquier momento de nuevo en pie de guerra».

La reserva de los chiricahua, que se hizo oficial en diciembre de 1872, era una extensión cuadrada de noventa kilómetros de lado situada en la zona sudeste de Arizona. Desde el punto de vista de sus habitantes, esta era la más perfecta de las reservas creadas por Estados Unidos. Dentro de ella se encontraban las montañas Dragón, el bastión de Cochise, los montes sagrados de los apaches, Apache Pass, con su importante manantial y docenas de cañones repletos de venados y antílopes. Los únicos estadounidenses que tenían intereses dentro de ese territorio eran los de un puesto de comerciantes en Sulphur Springs, y los dispersos edificios de *adobe* pertenecientes a Fort Bowie con una escuálida fuerza de soldados sin demasiadas ocupaciones. En 1872, ningún minero había reclamado ninguna parte de este espacio salvaje.

Si alguna reserva apache podía funcionar, sin duda hubiera sido la de los chiricahua. Pero gracias a la intromisión de los teóricos burócratas de Washington, esta nunca tuvo una verdadera oportunidad.

Al principio la prensa local montó un revuelo por la cesión de un terreno de vital importancia efectuada por Howard, y también profetizó un baño de sangre sin fin a manos de aquellos salvajes que mimaba Jeffords.

El nuevo agente, gracias al profundo conocimiento que tenía de los chiricahua, les dio una libertad de que ningún otro apache disfrutaba. No llevaban chapas de latón, ni debían soportar recuentos diarios. Jeffords permitía que los distintos grupos acampasen donde les pareciera y, en vez de convocarlos en su oficina, a menudo era él quien se desplazaba para dispensarles la comida que les ofrecía el Gobierno. Y, a diferencia de Crook, Jeffords era reacio a tratar de convencer a los apaches para que

se hiciesen granjeros. Ante la presión oficial, el agente comentaba que apenas había tierra cultivable dentro de los límites de la reserva.

La gente de Cochise se regocijaba en su libertad. Según Bourke, «algunos chiricahua llamaban a sus hermanos de San Carlos *squaws* porque tenían que trabajar. Por su parte, un buen número de los apaches de San Carlos ... creía que los chiricahua merecían al menos una paliza tan fuerte como la que habían recibido ellos, y sentían un gran rencor hacia sus congéneres».<sup>[42]</sup>

A pesar de los débiles fundamentos de sus teorías, Crook, exasperado con el relajado régimen de la reserva chiricahua, trató de imponer su autoridad a la de Jeffords. Apeló a una orden oficial recibida un año atrás que obligaba a todos los apaches de las reservas a acampar a menos de dos kilómetros de la oficina central y a someterse a un recuento diario.<sup>[43]</sup> Argumentó que, a no ser que los apaches obedeciesen, llevaría el asunto a su manera. Jeffords se citó con el jefe chiricahua para discutir sobre aquella amenaza y luego informó a Washington que aquellos apaches huirían antes que aceptar tales condiciones. Tal vez eso fuese precisamente lo que buscaba Crook: anhelaba lanzarse en pos de Cochise con sus rastreadores y soldados y darles a los chiricahua la paliza que les había propinado a los tonto. Pero, siguiendo su estilo cerebral, el general decidió ceder, en vez de forzar la mano de Jeffords.

Mientras tanto, el atribulado agente se encontraba haciendo todo lo que podía para que la reserva siguiese funcionando adecuadamente. La culpa era, en su mayor parte, de Washington.<sup>[44]</sup> El Ministerio del Interior, bajo cuyos auspicios operaba el Departamento de Asuntos Indios, se había lanzado a una lucha de poder contra el Ministerio de Defensa para obtener el control de las reservas. La contienda duró una década y media y causó incontables daños. Y los apaches, desconcertados, se encontraban en medio del fuego cruzado.

El nuevo delegado de Asuntos Indios, Francis A. Walker, era un burócrata incompetente obsesionado por insignificantes detalles. Jeffords clamaba por alimentos y financiación con mucha vehemencia, pero él le contestaba con trámites, papeleos, legalismos o con un simple silencio. Según palabras del historiador de la reserva, «después de veinte años de informes, memorandos y cartas enfatizando sobre este punto, la Agencia de Asuntos Indios todavía no podía tramitar ni tampoco pagar el casi medio kilogramo de carne de buey, y otro medio de harina, que correspondían por persona y día»; ración que hacía tiempo que se había acordado como cantidad fija. A veces Jeffords pagaba los alimentos de su propio bolsillo, pero otras veces no tenía nada para llevarles a los chiricahua. Los indios, en tales circunstancias, se veían obligados a rapiñar en México.

Peor aún, Walker presionó a Jeffords para que hiciese de los chiricahua unos agricultores.<sup>[45]</sup> Se puede considerar que sus motivos eran siniestros, pues traicionaban toda comprensión en lo que al modo de vida de los indios se refiere. Los apaches, declaró Walker, debían cesar en su nomadismo ahora que ellos eran

«pensionistas bajo la prodigalidad del estado». Una vez que fuesen tan pacíficos como los campesinos, sus «límites de ocupación» iban a ser estrechados todavía más. De este modo, el resto de la reserva podría ponerse, con el tiempo, en venta.

Jeffords resistió con ahínco. Había tenido mala suerte a la hora de elegir su oficina, pues tuvo que cambiar de lugar tres veces en un año. En lugar de obligar a los indios bajo su custodia a trabajar de granjeros, les pagó para que le ayudasen a levantar los edificios de la agencia. Aun así, llegó a tal desánimo que a finales de 1873 trató de dimitir, una decisión que, de manera bastante ofensiva, Walker ni aceptó, ni rechazó ni siquiera dio señal de llegar a reconocer.<sup>[46]</sup>

La cuestión que amenazaba con destruir la reserva eran las rapiñas en México. Aunque en privado trataba de acabar con tales prácticas y nunca las consintió, Cochise afirmaba en público que su acuerdo con Howard no tuvo nada que ver con dejar en paz a los mexicanos. Jeffords, al que tampoco le caían muy bien los mexicanos, hacía la vista gorda. En un momento de descuido, le dijo a un reportero que «a él le trae sin cuidado a cuántos mexicanos maten sus guerreros ... por sus actos de traición con estos indios, merecen las matanzas».<sup>[47]</sup>

Mientras tanto, Crook, que todavía buscaba una cuña para entrometerse del todo en la reserva, mantenía correspondencia con el gobernador de Sonora acerca del modo de poner fin a los asaltos. Los periódicos editados al sur de la frontera afirmaban abiertamente que Howard había armado a los chiricahua y los había enviado contra México con toda clase de bendiciones.<sup>[48]</sup> Una fuente procedente de Sonora insistía en que los apaches habían matado a cien ciudadanos solo durante los seis primeros meses de 1873. La controversia por las rapiñas empezó a crear tensión entre los chiricahua. De los más de mil apaches que había en la reserva, cuatrocientos setenta y cinco eran chokonon que seguían a Cochise sin reservas.<sup>[49]</sup> El envejecido jefe, de alguna manera, había logrado influir en los seiscientos y pico restantes, la mayor parte nednhi y bedonkohe. Sin embargo, para guerreros como Juh o Jerónimo, rapiñar en México era un derecho adquirido desde tiempos inmemoriales. No habían sido ellos los que hicieron la paz con Howard. Estaban dispuestos a usar la reserva como un práctico refugio, pero no lo estaban a hacer la paz con los odiados mexicanos.

En marzo de 1873, Cochise hizo su primera visita a Apache Pass tras once años, desde la gran batalla en la que Mangas Coloradas y él tuvieron que ceder ante los cañones del ejército.<sup>[50]</sup> Llegó cabalgando a Fort Bowie, acompañado de veinte guerreros. Entre la gente que lo recibió se encontraba Merejildo Grijalva, el jefe de rastreadores que había sido capturado por los apaches a los diez años de edad. Cochise lo conocía bien, y su extraño comportamiento durante la reunión dijo mucho acerca de sus sentimientos hacia los mexicanos. Antes de que el jefe hubiese desmontado, Grijalva le ofreció la mano, pero, según nos cuenta un testigo, «Cochise le dijo que no le estrecharía la mano hasta que no lo hubiese flagelado. Desmontó del caballo, lo golpeó dos o tres veces con su látigo y después se dieron un amistoso

abrazo y comenzaron a charlar de los viejos tiempos».

Alrededor de un año después, un comerciante de Sonora se acercó hasta Fort Bowie escoltado por veinte soldados mexicanos.<sup>[51]</sup> El comerciante dijo que le gustaría conocer a Cochise y hacer un pacto que le concediese derecho para vender sus mercancías a los empleados del fuerte. Cochise se puso furioso. Con Grijalva haciendo de intérprete, el jefe arremetió verbalmente contra el tendero:

Vienes hasta aquí para pedir que haga un trato contigo y poder cruzar mi reserva con tus carros y tus bienes. Olvidas lo que los mexicanos hicieron a mi pueblo hace mucho tiempo, cuando estábamos en paz con los estadounidenses. Hicisteis que mi gente bajase a vuestra tierra, los emborrachasteis de mescal, les proporcionasteis pólvora o los enviasteis de nuevo al norte para que atrapasen las grandes mulas de los estadounidenses. Y cuando cometieron la rapiña y regresaron a tu tierra, tu gente los volvió a emborrachar con mescal y les robaron las mulas.

Cochise le dijo al aterrado comerciante que jamás volviese a cruzar la línea en compañía de soldados. «Tienes veinte soldados, pero eso no cuenta —escupió el jefe—. Puedo tomar a cinco de mis hombres y hacer que los barran de la faz de la Tierra».

Según un testigo, uno de los hombres de Cochise alzó su rifle, y estaba a punto de disparar contra el comerciante cuando Cochise se lo impidió con un gesto. El guerrero se puso a llorar de pura frustración.

Quizás el asunto más extraño de los que acontecieron en la reserva fue una búsqueda tan cuidadosamente disimulada que sus huellas no figuran en ningún archivo estadounidense, sobreviviendo solo en la tradición oral apache.<sup>[52]</sup> En sus años de minero, Jeffords había desarrollado un buen ojo para encontrar yacimientos de oro. Parece ser que durante sus excursiones por la reserva había descubierto un buen número de depósitos. Jeffords conocía de sobra cómo aborrecían los apaches el cavar para extraer oro de la tierra. Lo odiaban con tanta intensidad que un jefe profetizó: «Es esta cosa lo que llevará a nuestra gente a la ruina y causará que perdamos primero nuestra tierra, y después nuestras vidas».<sup>[53]</sup>

Pero Cochise, al menos en apariencia, no parecía compartir el tabú con su gente. Mediante un acuerdo clandestino con Jeffords, aprobó un limitado número de explotaciones mineras. Su propio hijo fue uno de los mineros. Si una palabra del secreto de Jeffords salía a la luz, el agente era consciente de ello, significaría el final de la reserva, pues los derechos de los indios tenían poco peso frente a la fiebre del oro. Los chiricahua llevaron el preciado metal a Janos, en Chihuahua (México), donde lo cambiaron por aquellas mercancías que el Departamento de Asuntos Indios se demoraba tanto en conceder. Los indios les decían a los mexicanos que habían encontrado oro en Sonora.

En primavera de 1874, la enfermedad de Cochise no le daba descanso. Para él era un martirio comer alimentos sólidos. Desanimado, no le quedó más remedio que recurrir cada vez más al *tizwin*, una cerveza ligera de maíz que hacían los apaches, o a empaparse con el whisky que los oficiales de Fort Bowie compartían con él.<sup>[54]</sup>



Borracho o no, jamás pasó una noche en Apache Pass, con sus terribles recuerdos, sino que montaba su caballo antes del ocaso y regresaba al campamento, insistiendo a los suyos en que hiciesen otro tanto.

A finales de mayo, un delegado del gobierno realizaría una de las últimas visitas que cualquier hombre blanco dedicaría al gran jefe chokonen.<sup>[55]</sup> Encontró a Cochise «agotado», «soportando terribles sufrimientos» y «empeorando rápidamente». Pero cuando el delegado le entregó una fotografía del general Howard, el jefe la sostuvo en su mano, mirándola una y otra vez; y expresó el afecto que sentía hacia el hombre que se había adentrado a caballo en las montañas Dragón y le había ofrecido una tregua con los estadounidenses.

Algunos informes contemporáneos a Cochise llamaban a su enfermedad dispepsia, pero es más probable que padeciese de cáncer de estómago o de colon. Cansado de la vida, y melancólico, él aceptó su destino. Cuando sintió que su fuerza menguaba, convocó a sus lugartenientes y señaló a su hijo mayor, Taza, para que dirigiese a la gente tras su muerte. Estrictamente hablando, un jefe no podía escoger a su sucesor, el nuevo jefe debería ser escogido por los hombres de la tribu, pero el mando de Cochise todavía era soberano y sus lugartenientes, todos a una, juraron seguir a Taza.

Mientras el jefe yacía agonizante, algunos de sus partidarios aseguraban que lo habían hechizado.<sup>[56]</sup> En realidad, para los chiricahua, la mayoría de las enfermedades se atribuían a la brujería.<sup>[57]</sup> Se identificó al culpable: un chihenne o un montaña blanca que había visitado recientemente la agencia de Jeffords. Taza envió a un pequeño grupo de guerreros a perseguir al brujo. Creían que si lo quemaban vivo, Cochise aún podría salvarse. El anciano, que estaba sobre aviso de la misión, huyó a las montañas, pero la banda de Taza lo capturó y lo llevó de vuelta al bastión. Jeffords intercedió por él y se las arregló, con «una extraordinaria cantidad de palabras y poder de persuasión», para convencer a Taza de que lo dejase libre.

El 7 de junio de 1874, Jeffords se encontraría con Cochise por última vez.<sup>[58]</sup> El agente confiaba en estar en el bastión, a los pies del lecho de muerte del jefe, pero necesitaba cruzar el valle de Sulphur Springs por el asunto de las raciones. Muchos años después, Jeffords recordaría su última conversación con el jefe.

—Adiós.

—¿Crees que me volverás a ver? —preguntó Cochise.

—No lo sé. Creo que no —asustado, Jeffords respondió con honestidad—, porque has empeorado mucho en estos últimos tres días. Creo que mañana por la noche estarás muerto.

—Yo también lo creo —admitió—, pero será por la mañana, a las diez moriré. ¿Crees que nos volveremos a encontrar?

—No lo sé, ¿tú qué crees?

—Bueno, desde que estoy enfermo le he dado muchas vueltas a ese pensamiento, y creo que sí.

—¿Dónde?

—No lo sé. Por algún lugar de ahí arriba —respondió Cochise, señalando al cielo.

Tal como predijo, el gran jefe murió la mañana del 8 de junio de 1874. Se han contado muchas historias acerca del funeral de Cochise, algunas muy imaginativas y otras más cercanas a los hechos. Como ningún hombre blanco asistió ni a la muerte ni al funeral de Cochise, cualquiera que sea la verdadera historia, esta depende en última instancia de aquello que los chiricahua le contasen a Jeffords.

Según algunos, vistieron a Cochise con su ropa de guerra, lo pintaron para el combate y lo cubrieron con una manta con su nombre tejido en ella, un regalo de un coronel del ejército.<sup>[59]</sup> Lo montaron en su caballo, un guerrero lo sujetaba, y lo llevaron a una grieta secreta dentro de las montañas Dragón. Solo unos pocos guerreros obtuvieron permiso para realizar este último recorrido a caballo. Cerca de la grieta, dispararon al caballo y al perro favorito de Cochise. Arrojaron su arma (un buen rifle con incrustaciones de oro y plata, según dicen algunos) a la cima. Luego hicieron descender con cuerdas primero al caballo, luego al perro y finalmente al cadáver de Cochise por la profunda fisura del afloramiento de granito.

Hay quien dice que los guerreros cabalgaron por toda la zona cercana al lugar de enterramiento para borrar todo rastro posible. Otros afirman que cuando los guerreros abandonaron el bastión mataron dos caballos más y los enterraron a intervalos de un kilómetro y medio, para que el jefe los usase como monturas en la otra vida.

El duelo del funeral duró cuatro días, un prolongado período reservado solo a grandes jefes y chamanes.<sup>[60]</sup> Los lamentos cruzaron la reserva. El ayudante de Jeffords vio cómo la pena hacía presa en los chiricahua acampados cerca de la agencia. Cuando la noticia de la muerte de Cochise llegó, «asustaba oír los alaridos que emitieron aquellas gentes. Se dispersaron por rincones y barrancos en grupos y cuando los gritos de una *ranchería* parecían amainar, inmediatamente se renovaba su vigor en los de otra. Así estuvieron toda la noche hasta el amanecer del día siguiente».<sup>[61]</sup>

Solo unos pocos chiricahua, y Jeffords, conocían la situación exacta de la tumba de Cochise. Jeffords jamás se la reveló a nadie.<sup>[62]</sup>

Así murió el más grande apache del siglo XIX. Nunca existiría otro jefe que gobernase los corazones y la voluntad de los chiricahua, o que los uniese tanto en la paz como en la guerra. Pero en la engañosa calma de las nuevas reservas, mientras hablaban por la noche en sus tiendas, los apaches estaban preparados para comenzar la más heroica (aunque trágica) de las búsquedas que se hubiese visto en el continente. Esta búsqueda tenía un objetivo con el que el enjambre de colonos blancos asentado en el corazón del territorio chiricahua muy bien podría haber simpatizado: la libertad.



Mickey Free, «el coyote cuyo secuestro trajo la guerra a los chiricahua», reapareció en su edad adulta como explorador e intérprete al servicio del ejército de Estados Unidos.



La primera fotografía que jamás se tomase de Jerónimo, obra de Frank Randall en 1884, realizada durante una

de las estancias del guerrero en la reserva. Esta ha quedado como el retrato más famoso de un indio norteamericano.



John Clum. El agente indio de la reserva de San Carlos, rodeado por algunos de sus criados. «Jefe de la frente altiva», afirmaba que lo llamaban los apaches. Sin embargo, los chiricahuas lo llamaban «Pato Mareado».



La única foto conocida de Victorio, el gran jefe de los apaches chihenne.



Nana, el lisiado jefe de los chihenne. Con ochenta años de edad, este hombre dirigió quizás el más extraordinario ataque contra los ojos blancos.





Chato, un hombre que luchó con bravura por los chiricahua, se volvió contra su gente y les dio caza como explorador militar. Jerónimo no odiaba a ningún apache tanto como a él.







Jerónimo (izquierda) y Naiché a caballo, aproximándose al campamento del general Crook en el cañón de los Embudos en marzo de 1886.



La famosa fotografía de la negociación entre Jerónimo y Crook, tomada por C. S. Fly, en el cañón de los Embudos. Jerónimo es el tercer hombre por la izquierda, sentado con los antebrazos apoyados en sus rodillas. Crook, segundo por la derecha, tocado con un salacot blanco.

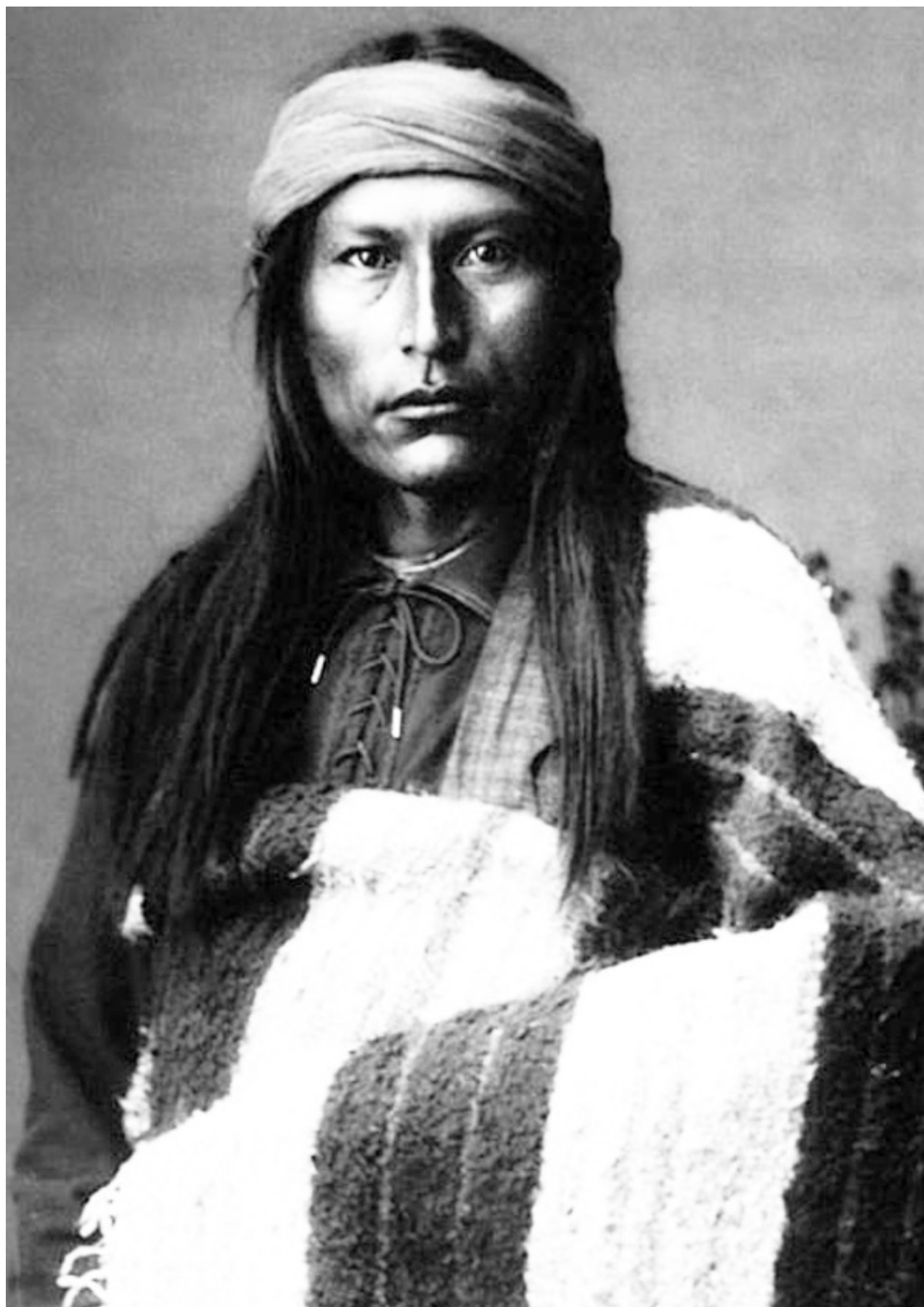


Los soldados de Crook descubrieron a Santiago McKinn, de once años, entre los chiricahuas en el cañón de los Embudos. El niño había caído en manos de Jerónimo seis meses atrás. Los apaches cuidaron de él y el chico lloró desconsoladamente cuando supo que lo devolverían con su familia.



Una fotografía extraordinaria de la última banda cuando se detuvieron al lado del tren que los llevaría al Este como prisioneros de guerra, en 1886. En primera línea a la izquierda: Naiché; en el centro: Jerónimo; la tercera persona de la derecha, situada en la fila de atrás, es la única imagen que se conoce de Lozen, la guerrera.





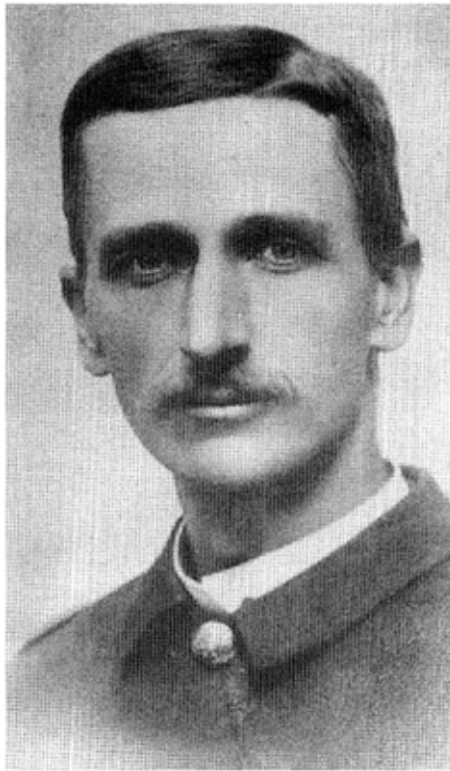
Naiché, el hijo menor de Cochise, último jefe de los apaches chiricahua libres.





Al Sieber, antiguo montañés y uno de los mejores jefes de exploradores al servicio de Crook.





El teniente Charles B. Gatewood, el hombre que encabezó la arriesgada misión de establecer contacto con Jerónimo en Sierra Madre en agosto de 1886. Esto conduciría a la capitulación definitiva de Jerónimo. Miles se las arregló para negarle todo reconocimiento militar por su hazaña.



El general Nelson A. Miles, el último antagonista de Jerónimo, hacia quien los apaches solo sentían desprecio.



El general George Crook, Lobo Curtido para los apaches; un oficial al que temían y respetaban más que a ningún otro.



Tzoe, llamado «Melocotones» por los soldados a causa de su rostro aniñado. Este fue el descontento apache montaña blanca que guio a Crook en su osada expedición a Sierra Madre en 1883.

(Fotografías pertenecientes a los archivos de la Sociedad Histórica de Arizona)

## SEGUNDA PARTE

### EL PODER DE JERÓNIMO

## Capítulo 10

### Pato Mareado

Apache. Palabra de origen incierto. Algunos eruditos afirman que es como los hispanohablantes pronunciaban la palabra zuni: *apachu*, que significa enemigo.<sup>[1]</sup> Los apaches tan pronto comerciaban con los zuni, que vivían (y todavía lo hacen) en los *pueblos* (como se les conocía, en español) del sudoeste de Nuevo México, como los atacaban y rapiñaban sus bienes. Otros creen que el nombre procede de la lengua de los indios yuma: *e-patch* (hombre) que, a través de la pronunciación española derivó a apache,<sup>[2]</sup> o quizá de la palabra que utilizaban los ute para designar a los apaches: *awa'tehe*. También se ha propuesto que el vocablo «apache» deriva del verbo español *apachurrar*, aplastar, a causa de la supuesta costumbre de los apaches de entregar a sus prisioneros a las mujeres y niños para que los lapidaran.<sup>[3]</sup>

Los apaches se llamaban a sí mismos *N'de* (el apostrofe significa una oclusión glótica) o *Déné*, una palabra que significa, sencillamente, «la gente». Pertenecen a la familia de los atapascos y están relacionados étnica, lingüística y psicológicamente con las tribus que todavía habitan las regiones subárticas de Alaska y Canadá, como por ejemplo los indios koyukon, los tanana, los dogrib, los yellowknife y los chipewyan.<sup>[4]</sup>

No se sabe cuándo migraron al sudoeste de Estados Unidos. Los especialistas fechan el movimiento entre el siglo XIII y principios del siglo XVII, pero incluso tan amplio parámetro está basado en pruebas que no son más que conjeturas. Los postulados más antiguos se basan en el cambio hacia la arquitectura de tipo defensivo que se da entre los anasazi y los poblados de los riscos de los mogollón en el siglo XIII, pues se correspondería con una invasión de grupos guerreros.<sup>[5]</sup> Los que defienden una migración más reciente alegan la ausencia de mención alguna a indios similares a los apaches en las crónicas de los primeros exploradores españoles de América. Cuando Coronado atravesó el sudeste de Arizona (1540-1541) justo por el medio del territorio chiricahua, describió la zona como una región deshabitada.<sup>[6]</sup> Eso no quiere decir, por supuesto, que los apaches no estuviesen allí y vigilaran estrechamente la progresión de los españoles desde sus ocultas atalayas.

Los pueblos nómadas, como los apaches, suelen colarse por la criba de las evidencias arqueológicas. En Mesa Verde, desde hace setecientos años, las ruinas de torres de cuatro pisos, grandes *kivas*<sup>[\*]</sup> y elaborados edificios con habitaciones nos narran intensamente la historia del pueblo anasazi. Los apaches que llegaron después dejaron tras de sí solamente un extraño cerco de piedras, diseminados restos de esquirlas de pedernal.<sup>[7]</sup> No es corriente encontrar un lugar donde se pueda situar cronológicamente la presencia de los apaches con pruebas de carbono, por ejemplo.

Antes de su primer contacto con los españoles, los apaches poseían una cultura muy diferente a la que vieron los primeros angloamericanos que se los encontraron durante la década de 1850. Su único animal doméstico era el perro, que usaban para transportar sus pertenencias bien cargándolas en la espalda del animal, bien colocándoles un arnés para que arrastrasen una especie de camilla, tal como hacían los indios de las praderas.<sup>[8]</sup> Tal vez el primer contacto de los apaches con los europeos fuese en 1541, cuando la partida de Coronado encontró a un grupo de nómadas cerca de la estrecha franja de terreno que la actual Texas mantiene entre el sudeste de Nuevo México y la frontera mexicana. Coronado escribió que esas gentes eran los *querenchos*. Su identificación con los apaches depende principalmente del hecho de que los indios que hoy en día viven en Jemez Pueblo, Nuevo México (y cuyos ancestros pudieron sufrir el ataque de los *querenchos*) llaman a los navajos y a los apaches *kearitsa'a*, palabra que Coronado pudo interpretar como *querencho*.

Fascinados por aquellos nómadas, que sin embargo recordaban como «toscos, viles y malvados»,<sup>[9]</sup> los españoles observaron cuidadosamente su estilo de vida. Los *querenchos*, que viajaban «como gitanos, trasladándose de un lugar a otro, siguiendo las migraciones naturales de sus fuentes de alimentos», dependían completamente del búfalo. Los españoles decían que bebían su sangre, comían la carne cruda y también la secaban al sol para transportarla.<sup>[10]</sup> No conocían el modo de cultivar maíz ni de hacer harina y enriquecían su dieta con higos chumbos y dátiles.

Todo esto parece muy distinto a la vida de los apaches del siglo XIX, y uno se pregunta si los *querenchos* no deberían ser identificados como indios de las praderas. Con todo, la descripción que proporcionaron los españoles guarda una estrecha similitud con el modo de vida de los apaches lipano, la más oriental de las tribus apaches, que todavía vive en la zona fronteriza de Texas y Nuevo México.

En los tiempos de los primeros contactos —corría el siglo XVI—, las diferencias entre los distintos grupos de atapascos del sudoeste (como los llaman los antropólogos) estaban perfectamente delimitadas. Incluían a los jicarilla y lipan al este y nordeste, a los navajos al norte, y también los numerosos grupos de apaches occidentales, entre ellos los tonto, coyotero, mescalero, aravaipa y chiricahua.

Durante el primer siglo de contacto con los españoles, nada cambió tan profundamente el estilo de vida de los apaches como la adquisición del caballo. Parece ser que durante décadas los apaches solo robaban caballos para matarlos y luego comerlos, pues consideraban la carne de caballo como una exquisita delicadeza.<sup>[11]</sup> Quizá fuesen los indios pueblo los que, entre los años 1600 y 1638, enseñasen a los apaches a cabalgar. Pero cuando aprendieron a moverse a caballo, un arte en el que llegarían a ser los mejores practicantes jamás vistos en América del Norte, los apaches descubrieron un nuevo e inmenso poder. De pronto, se podían trasladar el doble de rápido que cualquier corredor, podían cubrir varias veces al día distancias que ni sus desdichados perros podían correr. Con ellos podían transportar más cargas y también cazar con mayor eficacia búfalos, venados y antílopes.

El sello distintivo de los atapascos del sudoeste siempre fue la capacidad de adaptar a su cultura todo lo que absorbían de los demás. Cuando los españoles hicieron su *entrada* en escena, los navajos y los apaches, que tiempo atrás eran tribus hermanas, mostraban profundas divergencias en varios aspectos. Los navajos se aprovecharon de otro animal que introdujeron los españoles, la oveja, y desde entonces se hicieron pastores. Los apaches no sentían nada más que desprecio hacia la nueva práctica adquirida por sus vecinos del norte. Incluso como alimento, la oveja carecía casi de interés para ellos. En realidad, estaban tan deseosos de no comprometer su condición de nómadas con ataduras de ninguna clase, que a pesar de la tremenda importancia que tenía el caballo en sus vidas nunca aprendieron a criarlos como ganado. Al final de su época de libertad en el sudoeste de Estados Unidos, se contentaban con robar caballos a los mexicanos y estadounidenses, los montaban hasta reventarlos, los mataban y luego se los comían.

Todo lo que se refiere a los apaches como salteadores y guerreros en tiempos precolombinos representa un problema sin solución. Un español describió en 1851 a los querenchos como «bien formados, briosos, amantes de la guerra, valientes y temidos por todos sus vecinos».<sup>[12]</sup> Pero Coronado, en su propia historia, los describió como «gente amable, no cruel».<sup>[13]</sup> Muchos antropólogos creen que los apaches fueron desplazados hacia el oeste en el siglo XVI a causa de feroces conflictos mantenidos en las praderas contra los comanches.

En cualquier caso, cuando los españoles llegaron a conocerlos bien fue en el siglo XVII, y para entonces los apaches ya habían establecido un estilo de vida constante. Cazaban venados, antílopes, pumas y puerco espines.<sup>[14]</sup> Se basaban más en frutos como los higos chumbos, la yuca, la cholla y el sahuaro (el favorito de los apaches), así como bayas, maíz, piñones y algarrobas. Pero la base real de su alimentación era la espesa y perfumada pulpa del fruto del maguey, así como del corazón de ciertas especies de agave, incluyendo la planta centenaria, el sotol y la yuca glauca. En mayo o junio, las mujeres arrancaban estas plantas, les pelaban su espinosa piel y luego introducían la pulpa en huecos de poco más de un metro de profundidad tapados con barro y la dejaban cocer un día y una noche. El maguey cocido y secado al sol pasaba a ser un artículo alimenticio de primera necesidad que se conservaba el resto del año.

Los apaches nombraban a las estaciones en función de las cosechas y la caza.<sup>[15]</sup> Los chiricahua dividían el año en seis períodos de dos meses con nombres tales como «muchas hojas» (final de primavera), «grandes frutos» (principios de otoño) y «el rostro del fantasma» (el invierno). Cada alimento básico tenía su fecha concreta de recolección. El maíz y las bellotas se cosechaban en julio y agosto; los piñones y las bayas de enebro en octubre y noviembre.<sup>[16]</sup> Esos cuatro productos eran vitales para pasar el invierno, y los apaches eran tan aplicados en la recolección que una sola familia podía almacenar doscientos veinticinco kilos de minúsculos frutos secos y bayas en una sola jornada.<sup>[17]</sup>



La mejor época de caza era a finales de otoño. De todos modos, había dos animales que tenían prohibido comer: el oso, por su forma casi humana: «Si te encuentras con un oso y este se pone en pie con las zarpas en alto, es que trata de decirte que es tu amigo», explicó un chiricahua;<sup>[18]</sup> y el pez, pues tiene un aspecto similar al de la serpiente, esa criatura maligna. Más tarde, cuando los apaches se acostumbraron al ganado introducido por los españoles, desarrollaron un insaciable apetito por la carne de buey y caballo, también por la mula y la cabra; pero nunca comerían cerdo, «porque los puercos comen animales que andan por el agua».<sup>[19]</sup> Los apaches crearon una ingeniosa cantimplora para el agua: un tubo flexible de nueve metros de largo hecho con los intestinos de un caballo.<sup>[20]</sup>

En el siglo XVIII, los hombres apaches vestían camisolas y taparrabos hechos con piel de venados y otros antílopes y calzaban mocasines altos con las puntas vueltas hacia arriba.<sup>[21]</sup> Se adornaban con pendientes hechos de concha, turquesa, plumas o pieles de ratón; pintaban sus rostros con caliza y ocre y llevaban el pelo largo, pero se afeitaban la barba y el bigote. El atuendo femenino era similar, solo que usaban una camisa cerrada que se ponían por el cuello, hecha con piel de ciervo y una falda hasta las rodillas también de piel de venado. Las mujeres solían hacer collares con conchas, raíces perfumadas y pezuñas de antílopes.

Antes de que los apaches aprendiesen a manejar las armas de fuego de los españoles, los guerreros utilizaban cinco armas básicas: El arco largo, de metro y medio, elaborado con madera de morera, y la cuerda con tendones de venado;<sup>[22]</sup> las flechas, cuyo astil medía casi un metro de longitud, y contaban con plumas de águila para estabilizar el tiro y puntas de obsidiana, a veces envenenadas. El veneno lo obtenían de insectos dañinos o bien cortándole la cabeza a una serpiente y tomando la ponzoña de sus colmillos, y a veces también enterraban el estómago de un venado para que fermentasen los jugos gástricos.<sup>[23]</sup> Los apaches eran tan hábiles con el arco que, en plena batalla, algunos guerreros lograban arrojar siete flechas antes de que la primera de ellas alcanzase el blanco.<sup>[24]</sup> Su alcance efectivo superaba fácilmente los ciento treinta metros.<sup>[25]</sup>

La lanza, el arma con la que Cochise no tenía rival, consistía en un tronco de agave de aproximadamente cuatro metros y medio de longitud, a veces reforzada con la piel de la pata de un venado.<sup>[26]</sup> En el combate cuerpo a cuerpo, las lanzas representaban poco más que una vara afilada, y a veces las adornaban con símbolos de magia simpática para obtener suerte y poder. Muchos luchadores llevaban también mazas de guerra y casi todos tenían un cuchillo de pedernal.

En el siglo XVIII, los apaches consiguieron armas de fuego de los españoles.<sup>[27]</sup> Según un cronista de 1799, ya se habían convertido en buenos tiradores. Pero medio siglo más tarde, cuando Jerónimo comenzó a hacer estragos entre los mexicanos, todavía era una excepción el ver a un apache armado con un rifle. Solo a finales de la década de 1870 el rifle pasaría a ser *de rigueur* para un apache bien armado.

Entre los pueblos apaches del sudoeste, ninguno poseía una identidad cultural tan fuerte como los chiricahua. La palabra «chiricahua» es una corrupción de *chihuicahui*, como se llamaban a sí mismos.<sup>[28]</sup> Estrictamente, el nombre corresponde a los chokonon, pero su destino estuvo tan ligado al de los chihenne (apaches mimbrenos), bedonkohe y nednhi que las cuatro tribus reciben el nombre de chiricahua. Algunos dicen que esa palabra significa «la gente del sol naciente»;<sup>[29]</sup> otros que «la gente de la montaña», una interpretación bastante acertada en cuanto a los retorcidos cañones y escarpadas cumbres de sus montañas Dragón, las Chiricahua y Sierra Madre, los últimos santuarios apaches. Cuando se sentían amenazados por mexicanos o españoles, los chiricahua viajaban y hacían su vida sin salir apenas de las colinas, cruzando las planicies de las cuencas entre las sierras a toda prisa y de noche. Tras el contacto con los estadounidenses, los apaches adoptaron una máxima: «Los indios siguen a las montañas y los hombres blancos a los arroyos».<sup>[30]</sup>

Los chiricahua tienen sus propios mitos y leyendas acerca de su desplazamiento migratorio, que contradicen las teorías de los antropólogos.<sup>[31]</sup> Según cuenta su propia tradición, su gente llegó al sur bordeando las Rocosas para ocupar sus territorios a través de lo que hoy se conoce como el estado de Colorado. Calculando el número de generaciones, el momento de su llegada tendría lugar en el siglo XII o principios del XIII, mucho antes de las fechas que barajan los antropólogos para situarlos en los territorios del sudoeste. Los chiricahua componían la vanguardia de todas las tribus apaches que llegarían después. Una vez instalados en su territorio, tuvieron que combatir a los comanches en el este, a los pimas en el oeste y a los tarahumaras, incluso a los aztecas, en el sur. Gracias a las relaciones comerciales con los aztecas, cuenta la tradición apache, supieron de la apocalíptica llegada de los españoles al Nuevo Mundo; incluso oyeron hablar de la conquista de Hernán Cortés de Tenochtitlán. Cuando los españoles llegaron a su territorio, allá por 1540, los chiricahua se mantuvieron ocultos, observándolos durante «el período de vida de un hombre».

La religión de los chiricahua, como la del resto de apaches, era politeísta y animista. Ussen, a quien los hombres blancos suelen otorgar el grado de dios supremo, era en realidad un poder sobrenatural cuya existencia databa de una época anterior a la creación del universo.<sup>[32]</sup> Las deidades intermedias más importantes, creadas por Ussen, fueron Mujer Pintada de Blanco y Niño del Agua. Algunas narraciones varían en cuanto a cuál de ellas fue la creadora de la Tierra, pero todas coinciden en que Niño del Agua creó a los chiricahua. Su hermano, Matador de Enemigos, aunque un importante valedor de los apaches (pues soltó a los animales del bosque), también fue el creador del hombre blanco.

La ceremonia más importante de la vida de un chiricahua era el ritual de pubertad de las mujeres, que consistía en danzas que duraban cuatro días con sus cuatro noches. Durante la ceremonia los hombres llevaban máscaras que representaban a los

*G'an*, los dioses de las montañas, benévolas deidades que protegían a los apaches de todo mal. En términos prácticos, el asunto más importante dentro de la religión que atañía a las personas era el poder, es decir, un don. A diferencia de muchas otras tribus indias, los apaches no creían que los dones divinos recayesen únicamente en algunos individuos excepcionales, chamanes y curanderos sobre todo; casi cualquier persona podía tener un don de una u otra manera. A pesar de todo, en general, el don no podía ser visto, llegaba espontáneamente y a menudo en sueños o visiones. Como señaló un chiricahua: «Hay tantos enemigos que si no posees un poder no puedes hacer nada».<sup>[33]</sup> Y a causa de esta ubicuidad de dones sobrenaturales entre la gente, los indios de otras tribus pensaban que todos los apaches eran brujos.

El propio Cochise poseía un fortísimo poder del tipo que su gente conocía como «bate-enemigos»; y este era, tal como pensaba su propio pueblo, el responsable directo de su éxito en el combate. Taza, su hijo, a quien le otorgó el liderazgo de los chokonon en su lecho de muerte, también tenía un poder. En su caso este poder le concedía una considerable autoridad que servía para contrarrestar su juventud. Naiché, el otro hijo de Cochise, y a la sazón el único junto a Taza, no tenía poder alguno. Este hecho demostraría tener profundas consecuencias, y no pocas para Jerónimo.

A pesar de la muerte de Cochise, en el verano de 1874 los chiricahua gozaban de una envidiable libertad. Como ningún otro apache podía hacer, ellos iban y venían a lo largo de la reserva como mejor les parecía. La reserva constituía un lugar amplio y aislado que contenía, tal como les indicaban sus leyendas, el corazón de la tierra que poseían desde hacía más de seiscientos años. Ningún general les decía dónde acampar ni les obligaba a formar y mostrar sus chapas de identificación. Y a pesar de todo lo que refunfuñaban los oficiales estadounidenses, nadie trató seriamente de rescindir el derecho de los chiricahua a rapiñar en México.

Como ellos bebían en los arroyos de sus ancestrales colinas, cazaban venados, obtenían carne de buey y harina de Jeffords y se contaban sus viejas leyendas alrededor del fuego, los chiricahua se regodeaban de su superioridad ante los *squaws* de San Carlos. El suyo llegaría a ser un vano júbilo, pues sobre el reseco suelo de la reserva estaban germinando las semillas de la tragedia y la traición.

\* \* \*

El problema comenzó, como siempre sucedía en las Guerras Apaches, en Washington. La victoria de Crook sobre los rebeldes tonto, junto al trato acordado entre Howard y Cochise, había creado un ambiente de dorado optimismo en lo que concierne a Arizona. Incluso el astuto gobernador Safford, que había hablado cara a cara con Cochise, fue engañado por la calma. A comienzos de 1875, él le dijo a su asamblea legislativa: «La relativa paz que reina ahora en todo el territorio nos induce

a pensar que, casi con toda certeza, no se dará el caso de una nueva guerra abierta contra los indios».<sup>[34]</sup>

Desde que se estableció el sistema de reservas, tanto el Ministerio de Defensa como el de Interior sostuvieron un duro enfrentamiento para saber cuál de los dos habría de ocuparse de ellas. Las jurisdicciones que eran responsabilidad de ambas instituciones, y todas las ambigüedades que conllevan, golpearon duro a los indios, que se encontraron atrapados en medio del conflicto de objeciones, posturas e intereses de agentes civiles y oficiales militares. Entonces el presidente Grant actuó para tratar de simplificar la situación y decretó que las reservas deberían estar al cargo y ser supervisadas por el Ministerio del Interior. Y porque todavía se requería presencia militar para hacer respetar las órdenes y velar por la seguridad de los blancos, quedó uno de los oficiales llamados «de la vieja maldición del doble control» destacado en Arizona.<sup>[35]</sup>

Un acto trascendental por parte del presidente Grant fue el traslado del general Crook al departamento de Platte, en la primavera de 1875. Una vez que la situación en Arizona estuvo completamente controlada, se necesitaba al mejor luchador de las Guerras Indias en un frente más inestable. La fiebre del oro de las Black Hills, en Dakota del Sur, había provocado una invasión ilegal de la reserva sioux, lo que desembocó en una encarnizada lucha por las colinas por parte de los furiosos indios. No solo los sioux, guiados por jefes tan carismáticos como Caballo Loco y Toro Sentado, sino también los cheyennes se negaban a regresar a las reservas. Washington había depositado su confianza en que la revuelta sería sofocada por el extravagante general George Armstrong Custer, pero eso no fue óbice para que enviaran a Crook como respaldo.

Crook había combatido junto a los ricitos de oro de Custer durante la Guerra de Secesión y no estaba impresionado por ello. En abril de 1865, Crook había comandado un ataque que quebró la moral de los confederados, mientras que los hombres de Custer efectuaban una carga poco entusiasta por el flanco derecho.<sup>[36]</sup> Más tarde Crook escribiría con su sardónico estilo: «Tan pronto como el enemigo alzó la bandera blanca, la división del general Custer se abalanzó colina arriba y regresó con más prisioneros y estandartes de guerra que cualquier otro escuadrón de caballería, aunque es probable que hicieran menos por la rendición que cualquiera de nosotros». Las calificaciones de Custer en West Point habían sido peores incluso que las de Crook: se graduó en trigésimo cuarto lugar... en una promoción de treinta y cuatro alumnos.<sup>[37]</sup>

El general destacado para sustituir a Crook en Arizona fue August V. Kautz, un competente oficial pero carente de los conocimientos de su antecesor acerca de los apaches. Y por otra parte, Kautz estaba atado de pies y manos por la transferencia de poderes para controlar las reservas indias otorgados al Ministerio del Interior.

El puesto de agente indio para la reserva de San Carlos, un cargo de crucial importancia, lo ganó un muchacho de veintidós años llamado John Clum. Su único

mérito para optar a la responsabilidad de semejante cargo era que fue miembro de la Iglesia reformista holandesa. El Departamento de Asuntos Indios, bajo la supervisión del Ministerio del Interior, había decidido que los agentes indios fuesen escogidos preferentemente por su grado de devoción religiosa, de donde salió la misión del apasionado cuáquero Vincent Colyer en 1871. Los padres de Clum querían que estudiase para hacerse clérigo.<sup>[38]</sup> En vez de ello, fue a Rutgers, escuela universitaria de Nueva Jersey, donde tuvo la distinción de jugar contra Princeton en el primer torneo universitario celebrado en Estados Unidos.

La juvenil inexperiencia de Clum no lo amilanó en el momento de tomar posesión del cargo. Poseía algunas cualidades admirables: una rígida honestidad, un gran valor y una energía inagotable que sobrepasaba a la de los cinco agentes que habían estado al cargo de la reserva de San Carlos antes que él. El punto débil de Clum, sin embargo, era la petulante vanidad que esgrimía en grandilocuentes declaraciones y fatuas resoluciones. Describió la Arizona que se encontró el 8 de agosto de 1874, con unos comentarios levemente irónicos, como «la notoria nación de los pieles rojas que se supone que debo sojuzgar y cristianizar sin ayuda de nadie, y con un salario de mil seiscientos dólares al año».<sup>[39]</sup> Clum poseía una mente simplista, capaz de hacer que las cuestiones más complejas y oscuras se convirtiesen en una cuestión de blanco o negro, donde él siempre se encontraba del lado de la razón mientras se oponía a las fuerzas del error y la debilidad de carácter. No podía admitir nunca que estaba equivocado, peor aún, ni siquiera contemplaba la posibilidad de que hubiese un fenómeno que escapase a su comprensión. Algunos apaches de San Carlos estaban contentos con él; en cambio, los chiricahua le verían de otro modo.

Clum tenía dos grandes pasiones, la instrucción militar y las representaciones de teatro de aficionados, y ambas habrían de tener cierta relevancia en la historia del sudoeste estadounidense. Era algo más que un entusiasta del orden, más incluso que el estricto Crook, y se propuso regularizar la vida en San Carlos de una vez por todas. Insistió, con un cristiano fervor por la limpieza, en que la reserva de los apaches tendría que llegar a más altas cotas de pulcritud y condiciones sanitarias, incluso dentro de las tiendas de los poblados.<sup>[40]</sup> El *twizin*, la cerveza de maíz que desde siempre habían elaborado los apaches, fue totalmente prohibida: Clum en persona encabezaba incursiones a medianoche en las destilerías diseminadas por el campo, volcando las calderas de *twizin* y apresando a los destiladores ilegales, quienes habrían de cumplir dos semanas de prisión por cada infracción cometida. Los apaches siempre habían creído que la dignidad de un guerrero estaba por encima de dedicarse a un trabajo corriente, creencia que no contó con la benevolencia de Clum. «El demonio se encuentra en las manos desocupadas, ya sean rojas, blancas o negras», teorizaba cuando decretó una semana laboral de seis días para todos los hombres apaches, pagándoles cincuenta céntimos al día por construir un nuevo edificio para él y para su asistente. En su tiempo libre practicaba ejercicios de puntería con su colt 45 disparando a los sahuaros, un pasatiempo aún vivo en Arizona.

Clum entrenaba a un cuerpo especial de veinticinco policías, a falta de una palabra mejor, para servir, como apuntó con desenfado, como «mi guardia personal y ejército por cuenta propia».<sup>[41]</sup> Durante días enteros instruyó a aquellos apaches en vistosas maniobras militares que había aprendido del manual que estudió a los dieciséis años, cuando era cadete en una escuela militar en el norte del estado de Nueva York.<sup>[42]</sup> Cuando sus policías estuvieron preparados para una exhibición, Clum llevó a cabo una demostración ante el gobernador Safford. Ladraba las órdenes en inglés: «¡Armas al hombro, ar! ¡Formación abierta, ar! ¡Media vuelta, ar! ¡Cerrad la formación, ar! ¡Presenten armas, ar...!», y sonrió abiertamente cuando fue a saludar al gobernador. La creación de este ejército por cuenta propia también permitía a Clum rechazar cualquier ayuda que el general Kautz y sus soldados pudieran ofrecer.

La policía estaba al cargo de la insidiosa tarea de arrestar a los infractores de la ley de la reserva. Clum también creó una corte de justicia apache, para que los criminales fuesen juzgados y condenados por sus iguales. Que eso volviese a la gente contra sí mismos, desmoralizándolos, fue una idea que nunca se planteó Clum. La «novedosa propuesta» de una policía y un sistema penal apache, escribiría Clum, «era algo que les atraía poderosamente, pues, hablando en plata, veían en ello la idea de la autodeterminación».<sup>[43]</sup> Como sus reformas fueron adoptadas por los siguientes administradores, Clum escribiría más tarde que «nuestros pieles rojas estadounidenses podrían haber llegado rápidamente y con seguridad a ser ciudadanos buenos y útiles».

Clum impulsó más aún el renombramiento de los individuos apaches que había comenzado bajo el régimen de Crook. «El nombre de Eskimizin quedó como *Skimmy*, pues le gustaba. El verdadero nombre de Sneezer era impronunciable, Eskinospas pasó a ser *Nosey*».<sup>[\*\*]</sup> Incluso un explorador sin igual e intérprete, como Merejildo Grijalva, fue cargado con el humillante apodo de Mary (María). Clum insistía en que el nombre que le otorgaban los apaches a cambio, que para él sonaba como «*Nantan-betunny-kahyeh*», significaba «El jefe de la frente altiva». Quizás algún apache le dijese eso. Los chiricahua, una vez llegaron a conocerlo, le dieron el nombre de Pato Mareado, en honor a las ínfulas que se daba al caminar.<sup>[44]</sup> A menudo, cuando el agente se acercaba, los apaches se decían unos a otros (en apache, por supuesto): «mira, se está acicalando las plumas».

Pero aun así, más perniciosa que cualquiera de las reformas introducidas por Clum, fue una decisión tomada por el incompetente delegado de asuntos indios Francis Walker. Su mente de burócrata siempre había sido atraída por la idea de mantener a los llamados salvajes en un solo lugar, bajo un único régimen. Ignorante como era de las diferencias tribales, Walker preveía una concentración definitiva de apaches en dos reservas: San Carlos en Arizona y Mescalero en Nuevo México.<sup>[45]</sup> Incluso antes del nombramiento de Clum, el proceso se puso en marcha con el traslado de mil cuatrocientos indios (la mayoría aravaipas) desde Campo Verde hasta



San Carlos. En 1875, en Fort Apache, la reserva gemela situada al norte de San Carlos, hubo una tremenda discusión entre el agente indio y el capitán de las tropas que estaban allí acuarteladas, hasta que el militar marchó sobre el edificio de la agencia y tomó el poder por la fuerza.<sup>[46]</sup> Esta debacle le dio al delegado Walker la excusa perfecta para poner a Clum también al mando de la reserva nortea. Le dio la orden de trasladar a los apaches (la mayoría coyoteros) a San Carlos. A finales de julio, los mil ochocientos apaches que habían vivido en una calma satisfactoria dentro de los límites de Fort Apache fueron conducidos al sur y forzados a vivir con aravaipas, tonto y yavapai.

Aunque al principio estuvo disgustado con la política de concentración, por la amenaza que suponía el que ello lo sobrepasase, Clum pronto se jactó de la importancia que ello confería a su persona. En agosto de 1875 tenía, de acuerdo con sus propias cuentas, cuatro mil doscientos indios en San Carlos; eso suponía la mayor concentración de apaches jamás vista en Arizona. Todo lo que quedaba para llevar a cabo el plan de afianzamiento de Walker era encontrar un pretexto para obligar a los chiricahua a abandonar su propia reserva. Husmeando el humo, los burócratas descubrieron el fuego.

Cuando Crook abandonó Arizona, pronunció una elocuente protesta contra la política de concentración.<sup>[47]</sup> Aquel aventajado estudiante de las costumbres apaches se dio cuenta como ningún otro estadounidense de la estupidez que era tratar de forzar a las tribus a abandonar su territorio y situarlas próximas a otras con las que mantenían una antigua enemistad. Las palabras de aviso de Crook cayeron en oídos sordos.

Incluso en vida de Cochise hubo peligrosas tensiones en la nueva reserva chiricahua entre los chokonen leales a su jefe y otros chiricahua, sobre todo nednhi, que solo aceptaban la tregua con Howard como una taimada conveniencia. Los oficiales mexicanos incrementaron sus protestas por las rapiñas procedentes de la reserva efectuadas en Sonora. Taza encontró que era casi imposible mantener una alianza con todos los apaches, tal como había hecho su padre. Se le oponían un par de obstinados chokonen, dos hermanos llamados Skinya y Pionsenay, y también alguno de esos jefes emergentes: Juh en el bando nednhi y Jerónimo en el bedonkohe. Y en medio del amargo conflicto que se estaba gestando, Tom Jeffords era incapaz de imponer una auténtica autoridad.

En marzo de 1876 la situación se volvió realmente grave.<sup>[48]</sup> En Sulphur Springs, en la reserva, vivía un comerciante llamado Nick Rodgers, y Pionsenay y Skinya, que regresaban de realizar una incursión en México, cambiaron oro y plata por el whisky del mercader. Durante la tremenda borrachera que hubo a continuación, Pionsenay mató a tiros a dos de sus propias hermanas. Casi con toda seguridad ebrio, el guerrero chokonen cabalgó hasta el puesto de Rodgers y pidió más whisky. Como el comerciante se lo negó, los hombres de Pionsenay dispararon matándolo a él y a su cocinero.

Taza había recibido en el lecho de muerte de su padre la orden de colaborar con Jeffords en todo lo que pudiese, y salió con el agente para dar caza a Pionsenay. Siguiéron dos meses de rastreo y esquivas hasta que finalmente Naiché, el hermano menor de Taza, hirió de muerte a Skinya en un tiroteo infernal y Pionsenay fue herido gravemente en un hombro por los disparos de Taza.

Ahí estaba el pretexto que necesitaba Washington. Clum recibió un telegrama con instrucciones para que procediese sobre Apache Pass, asumiese el mando de Tom Jeffords (quien sería sumariamente destituido del cargo) y SI ES VIABLE, TRASLADÉ INDIOS CHIRICAHUA A SAN CARLOS.<sup>[49]</sup>

Clum salió de la reserva de San Carlos con una guardia personal de cincuenta y seis apaches aravaipa y coyotero declinando, una vez más, la ayuda ofrecida por el general Kautz.<sup>[50]</sup> En Fort Bowie, en Apache Pass, el agente se entrevistó con Taza y Naiché.<sup>[51]</sup> Sorprendentemente, ambos aceptaron abandonar la reserva chiricahua y trasladarse a San Carlos. Pocos días después, Clum encabezaba una procesión de unos trescientos veinticinco apaches chokonon, nednhi y bedonkohe hacia el noroeste, camino de una reserva a la que jamás habían querido ir. Entre ellos se encontraba Pionsenay, quien, lisiado por las balas de Taza, confiaba en obtener clemencia. Clum entregó al fugitivo a una pareja de ayudantes del sheriff (capitán de la policía local), pero Pionsenay conocía el rigor de la justicia estadounidense y huyó. Más tarde lo matarían en México.

A pesar de ser relevado del cargo, Jeffords elevó un escrito de protesta al delegado Walker, no a causa de su despido, sino por la traición que se estaba llevando a cabo respecto al acuerdo de Howard.<sup>[52]</sup> El asesinato del comerciante y su cocinero, argumentaba Jeffords, no fue fruto de una revuelta general de los chiricahua, sino de la absurda borrachera de tres guerreros. Romper el tratado en ese momento no conduciría sino a un nuevo baño de sangre en Arizona. Pero el delegado Walker estaba decidido a reunir las tribus apaches. Jeffords volvió a dedicarse a la minería y, con el tiempo, se estableció en un rancho a cincuenta y seis kilómetros al norte de Tucson.<sup>[53]</sup> Allí viviría el resto de sus días de satisfactoria reclusión. Cuando murió, en 1914, todo el conocimiento que poseía acerca de los chiricahua de Cochise murió con él.

Cuando Clum ya había negociado con Taza, Jeffords informó al agente de las divisiones internas de los chiricahua.<sup>[54]</sup> Pocos días después se entrevistó con Juh. Jerónimo habló por boca de su tartamudo cuñado. Según Clum, Jerónimo aceptó ir a San Carlos con toda su gente, pero pidió tiempo para reunir a los que estaban al sur de la frontera mexicana.<sup>[55]</sup> Todo el grupo (no menos de setecientos apaches) se escabulló por la noche. Clum informó que «abandonaron todos los objetos superfluos del campamento. Mataron a los caballos débiles o inválidos. Estrangularon a los perros, no fuese que sus ladridos delatasen la ruta tomada por los fugitivos rebeldes».

La versión de los chiricahua difiere en parte. Según el testimonio del hijo de Juh,

los apaches celebraron un concejo para discutir el ultimátum de Clum. Por lo menos dos tercios de los guerreros se opusieron a ser trasladados a San Carlos: «¿Qué derecho tenía ese arrogante jovencito a decirles lo que debían hacer?». En ese momento rompieron con Taza, eligieron a Juh como jefe y huyeron a México.

Clum hizo una lectura positiva del hecho de que solo llevara a un tercio de los chiricahua a San Carlos, insinuando que los rebeldes eran unos pocos personajes de escasa relevancia. En privado, la burla de Jerónimo lo humilló profundamente. Aquel suceso sería el nacimiento de una preocupación por Jerónimo que llegaría a ser una obsesión personal.

La duplicidad del carácter de Jerónimo molestaba a los hombres blancos, pues ante sus ojos todavía conservaban la imagen de la estoica honestidad de Cochise. Años después, cuando Jerónimo se había convertido en el más famoso de los apaches, un pionero habló por boca de muchos ciudadanos de Arizona cuando ridiculizó al guerrero bedonkohe: «Cuando holgazaneaba alrededor de la agencia de Sulphur Springs ... entre 1874 y 1875, no era más que un simple parásito receptor de las raciones semanales de alimentos, sin más prestigio que un petimetre haragán que deambulaba de aquí para allá, saqueando y atracando bajo el liderazgo de otros hombres».<sup>[56]</sup>

Clum y su propósito de traslado auguraron el fin de la reserva chiricahua. Aquello que parecía haber sido el ideal de reserva india no había durado más de tres años y medio. El presidente Grant autorizó la transferencia de arrendamiento con una orden ejecutiva del 30 de octubre de 1876, haciendo que el terreno fuese comunal.<sup>[57]</sup>

Con su triunfo parcial, el papel de Clum como guardián de los apaches se volvió grandioso. Mientras se pavoneaba por los alrededores de San Carlos, alimentaba la idea de haber creado algo así como una familia feliz y de que para los indios él era un amigo cordial.<sup>[58]</sup> Cuando llegó, un par de años atrás, la primera impresión que tuvo de San Carlos (un campamento provisional situado en las salobres llanuras donde el río San Carlos desemboca en el Gila) había sido un tanto pesimista. Escribió: «Todas las moradas estaban abandonadas y aisladas unas de otras. Las tiendas indias, cubiertas de hierbas y maleza, mantas viejas y pieles de venado, estaban llenas de humo y apestaban. Había perros famélicos y sarnosos, inertes». En el informe emitido en 1875, anotó cuidadosamente el alto índice de enfermedad dentro de la reserva, incluyendo ciento veinticinco casos de gonorrea y doscientos ochenta y nueve de «casos cotidianos de fiebre intermitente».<sup>[59]</sup> Pero luego, trastornado por sus propios logros, Clum veía San Carlos a través de un cristal de color de rosa. La reserva se había convertido en «esa maravillosa reserva donde todo era paz, abundancia y felicidad».<sup>[60]</sup>

Muchos años después, Daklugie, hijo de Juh, recordaría la reserva de San Carlos desde el punto de vista chiricahua:

¡San Carlos! Era el peor lugar del extenso territorio que les habían robado a los apaches. Si alguien había

establecido allí su morada permanente, ni un apache tuvo noticia de ello. Donde no hay hierba, no hay caza. Casi toda la vegetación eran cactus y aunque ello proporcionaba las frutas propias de la estación, el resto del año la ausencia de comida era total. Los insectos eran terribles. El agua era espantosa. La que había en aquel río de aguas mansas era caliente y salobre.<sup>[61]</sup>

En aquel caldo salino, los mosquitos se reproducían a millones. Daklugie recuerda que «en San Carlos los apaches sufrieron la enfermedad de los temblores cinco veces más que en cualquier otro lugar que recordasen». Las «fiebres cotidianas intermitentes» de las que hablaba Clum eran malaria. El índice de defunciones era alto, sobre todo entre los niños. Desconcertados por la enfermedad, los apaches asumieron que aquello era un castigo infligido deliberadamente por los estadounidenses. «Es por la enfermedad por lo que debemos estar aquí. Quieren que muramos», dijo un chiricahua acerca de San Carlos.<sup>[62]</sup> Otro comentó: «los ojos blancos nos acusan de crueldad, pero nosotros nunca hemos hecho algo tan malo como esto».

En medio de aquel creciente horror, Clum ideó un descabellado plan: tenía una novia en Ohio con la que se quería casar, y con intención de financiar su viaje al este para pedir su mano, se le ocurrió crear una compañía teatral para hacer una gira, escogiendo a algunos de los más prominentes apaches como ejecutores del arte de Taha.<sup>[63]</sup> Los elegidos asistirían a la Exposición del Centenario, celebrada en Filadelfia, y visitarían al Gran Padre Blanco de Washington, y pagarían sus gastos con los ingresos de las entradas de lo que Clum llamaba «el espectáculo de los salvajes apaches». El viaje también serviría a un propósito didáctico: «Quiero que mis indios contemplen la grandeza de Estados Unidos y se impresionen con los progresos alcanzados por sus hermanos blancos».

A finales del mes de julio de 1876, un grupo de veinte apaches y dos yavapais partieron de San Carlos en compañía de Clum. Entre ellos se encontraba Eskimizin, el envejecido jefe aravaipa cuya familia había perecido en la masacre de Camp Grant, y Taza, el hijo mayor de Cochise. Clum informó que: «una gran muchedumbre de apaches acudió a despedirse agitando las manos y gritando *bon voyage* de todo corazón». Clum solo entendía unas pocas palabras en lengua apache, y sus prejuicios le impidieron percibir la verdadera naturaleza de aquella despedida. El testimonio de los chiricahua señala que «cuando la gente vio la partida de su joven jefe y la de sus hombres, los lloraron como si ya estuviesen muertos, pues las experiencias que tenían les indicaban que los llevaban lejos para ejecutarlos».<sup>[64]</sup>

Al ser la primera vez que subían al vagón de un tren, los indios, al igual que el grupo que años atrás había llevado Howard, se asustaron.<sup>[65]</sup> Durante kilómetros y kilómetros, una nación, una interminable sucesión de granjas y ciudades en pleno crecimiento se extendía al otro lado de la ventana. Cuando se sentaron en la terraza de un hotel de Cincinnati, Clum les preguntó a los indios por la impresión que les causaba Estados Unidos. «Eskimizin objetó que no era capaz de expresar sus sentimientos y, moviendo una mano por encima de su cabeza, dijo que todas aquellas

maravillas lo mareaban». Taza, que unos días antes había presumido de cómo su padre había diezmado a los ojos blancos, se mantenía taciturno.

La compañía hizo su estreno en la ciudad de Saint Louis, estado de Misuri. Clum presentaba cada una de las escenas, y los apaches se lucían con sus pinturas de guerra, desnudos de cintura para arriba, entonando lo que un crítico percibió como «un cántico peculiar y monótono» alrededor de una hoguera. Entonces los hombres blancos los atacaban de repente y ellos formaban un concejo de guerra y bailaban la danza de la cabellera (aunque Clum sabía que los apaches muy rara vez arrancaban la cabellera de sus víctimas). La producción de Clum sería un adelanto de los espectáculos cuyo punto culminante llegaría con El Circo del Salvaje Oeste de Buffalo Bill. Aun estando extraordinariamente recientes los tiempos en que corrían libres (no habían pasado ni tres meses desde el tiroteo que sostuvo Taza con Poinsett y la activación del primero en Saint Louis), se creó una imagen trivial de los apaches, y su cultura pasó de ser sublime a un espectáculo prosaico y banal destinado a entretener a damas con traje de noche y caballeros vestidos de etiqueta.

Clum pensaba que las representaciones eran buenas, pero la gira fracasó estrepitosamente y las denuncias comenzaron a acumularse.<sup>[66]</sup> El agente culpó a la aniquilación de las tropas de Custer en Little Big Horn, acaecida dos meses antes, que habría quitado al público estadounidense el humor de ver indios. Tras la representación de Saint Louis, un crítico observó que «cuando el cuchillo de un hombre blanco brilló frente a la cara de un apache, al que sujetaba con fuerza, los aplausos, sobre todos los procedentes del gallinero, fueron ensordecedores».<sup>[67]</sup>

En Washington, los indios visitaron a Ulysses Grant, que había abandonado la presidencia unos meses antes. Mientras estaban allí, Taza enfermó de neumonía. «A pesar de recibir los mejores cuidados médicos que se podían dispensar»,<sup>[68]</sup> tal como señaló Clum, el estado del joven jefe empeoró y murió poco tiempo después. En vez de llevar el cadáver de vuelta a Arizona, para que descansara entre los suyos, lo enterraron en el Cementerio del Congreso de Washington. El general Howard asistió a los servicios funerarios Clum dejó que sus indios, así los llamaba, regresasen a San Carlos mientras él viajaba a Ohio para casarse.<sup>[69]</sup> Su luna de miel en San Francisco y San Diego retrasó su regreso a la reserva hasta diciembre. De ese modo, no fue testigo de la impresión que sufrieron los chiricahua cuando la delegación india retornó a la reserva sin Taza.

Había muchos apaches que no estaban contentos con el liderazgo de Taza, pero a fin de cuentas era el jefe indiscutible de los chokonon, así como hijo de Cochise. Entonces los chiricahua creyeron que lo habían envenenado en Washington y que ese había sido el principal objetivo del viaje.<sup>[70]</sup> En cuanto regresó Clum, Naiché se presentó en la oficina del agente para tratar de averiguar qué había pasado con su hermano. Un chiricahua recordó que «estuvo en pie junto a la puerta del señor Clum durante tres días, pero se negó a recibirlo. Esa insolencia no cayó en el olvido».

El Pato Mareado se las arregló para sacar algo positivo de lo que era una

inequívoca tragedia; más tarde escribiría: «Su enfermedad y muerte [de Taza] no careció de resultados beneficiosos, por la razón de que se les había concedido la oportunidad de observar los métodos para tratar enfermedades y costumbres funerarias utilizadas para preparar los cadáveres antes del entierro».<sup>[71]</sup>



## Capítulo 11

### Jerónimo encadenado

Clum regresó a San Carlos con su nueva esposa el día de Año Nuevo de 1877.<sup>[1]</sup> Para verificar que los cuatro mil quinientos apaches bajo su cargo estaban tan satisfechos como imaginaba que estarían, realizó una gira de buena voluntad por toda la reserva: «Avisamos a todas las tribus, fumamos grandes cigarrillos y charlamos mucho». Solo los chiricahua, todavía resentidos por la desaparición de Taza, se negaron a alimentar su ilusión.

Mientras tanto, una nueva racha de asaltos y rapiñas plagaba el sudeste de Arizona.<sup>[2]</sup> En unas pocas semanas habían matado a nueve hombres y robado más de cien reses, entre mulas y caballos. Se enviaron once escuadrones de caballería para interceptar a los asaltantes; todos regresaron con las manos vacías. Nunca se logró identificar a las bandas apaches responsables de esas rapiñas. Pudieron estar dirigidas por Juh, por Jerónimo, por el vengativo Poinsey o por guerreros cuyos nombres fuesen aún desconocidos para los habitantes de Arizona. Desde la desaparición de la reserva de los chiricahua todo estaba claro: el trato de Cochise había sido roto por los propios blancos.

Clum había estado pensando en Jerónimo desde el verano anterior, y creyó que los nuevos problemas que estaban surgiendo en el territorio podrían cargarse a los bedonkohe.<sup>[3]</sup> Con su estilo simplista, Clum se convenció a sí mismo de que Jerónimo era el único obstáculo para alcanzar una paz rápida y duradera. Muchos años después, sacando a relucir su resentimiento a posteriori, Clum argumentaría que si le hubiesen permitido continuar con la conquista de Jerónimo hasta llegar a su lógico final, el territorio del sudoeste de Estados Unidos podría haberse ahorrado una última década de derramamientos de sangre.

La gran oportunidad de Clum llegó en marzo. Un teniente a las órdenes del general Kautz que realizaba una visita a la reserva de Ojo Caliente, en Nuevo México, reconoció a Jerónimo en el cuartel general de la agencia.<sup>[4]</sup> El guerrero llevaba cien caballos robados consigo. El teniente se lo notificó a Kautz, quien apeló al gobernador Safford, que a su vez envió un telegrama a Washington. En lugar del agente Walker, un individuo corto de miras, se instaló a un nuevo delegado de asuntos indios, un oficial que, desafortunadamente, era firme partidario de la política de concentración. El día 20 de marzo, el nuevo delegado telegrafió a Clum: SI ES VIABLE, UTILICE POLICÍAS INDIOS, ARRESTE REBELDES EN OJO CALIENTE, NUEVO MÉXICO. RESCATE CABALLOS ROBADOS QUE POSEAN. DEVUELVA RESES A SUS PROPIETARIOS. TRASLADÉ REBELDES SAN CARLOS. ARRESTE BAJO CARGOS: ROBO, ASESINATO.<sup>[5]</sup>

El ambicioso agente se puso inmediatamente en movimiento y reclutó a cuarenta

policías indios más, para reforzar a los sesenta que había hecho desfilar ante el gobernador.<sup>[6]</sup> Pero Clum notó que se encontraba ante un enemigo formidable. El propio gobernador Safford había estimado que la partida que había asesinado a nueve civiles en el sudeste de Arizona estaba compuesta por, al menos, cien guerreros. Y, aunque lo irritaba hacerlo, le pidió ayuda al general Kautz.

Por su parte, Kautz no podía soportar a aquel joven agente tan gallito. Un mes antes, a sus espaldas, Kautz había escrito al general de la plana mayor de Washington acusando a Clum de ser un «presunto criminal»;<sup>[7]</sup> de hacer pasar tal hambre a los indios que a estos no les quedaba más remedio que huir de la reserva y de «tal relajación en sus tareas administrativas que ignoraba tales fugas». Cuando supo de los cargos vertidos sobre él, Clum cogió un tremendo berrinche y envió a su vez un telegrama al delegado: DEMOSTRARÉ GENERAL KAUTZ CULPABLE INOPERANCIA CRIMINAL.<sup>[8]</sup> A su vez, Kautz contraatacó con objeciones burocráticas, puesto que Ojo Caliente, al estar en Nuevo México, quedaba fuera de la jurisdicción de Clum; este debería apelar entonces al general al cargo del departamento en Nuevo México. Una vez más, «la vieja maldición del doble control» cayó con todo su peso sobre los asuntos indios.

Clum marchó hacia el este, en dirección a Nuevo México, con sus policías indios. Uno de los jefes era Eskimizin,<sup>[9]</sup> jefe de los martirizados aravaipas: se había librado de la pasión por hacerle la guerra al hombre blanco que tuvo tras la masacre de Camp Grant. En él creció una profunda lealtad hacia Clum desde que el agente, al llegar a Camp Grant en 1874 y encontrar a Eskimizin con grilletes, ordenó que retiraran sus cadenas.

Otro de los policías, y esto es más escandaloso, era Naiché, el único hijo vivo de Cochise. Había ocurrido algo entre el día de Año Nuevo y mediados de marzo que aplacó la furia que sentía Naiché contra el agente que había llevado a su hermano Taza a Washington para morir. En su autobiografía, Clum atribuye su reconciliación a una sensiblera escena en la cual Naiché se encara a él con tono amenazador, solo para ser conquistado por el sabio discurso de Eskimizin.<sup>[10]</sup> En su narración, el jefe aravaipa describe las majestuosas pompas fúnebres que rindieron a Taza y dice, entre otras melifluas cosas, que «un buen hombre, un gran jefe, ya no estará más con nosotros. Estamos tristes y, para cualquier familia hubiese sido un honor que uno de sus miembros hubiese recibido los cuidados que tuvo él en la gran ciudad del Gran Padre Blanco mientras estuvo enfermo, para ser enterrado a continuación entre las tumbas de los héroes de los rostros pálidos».

Quizás algún enfrentamiento de ese tipo tuviese lugar, quizás Eskimizin calmase al iracundo Naiché. Difícilmente Clum hubiese sabido qué le decía el aravaipa al chokonen, pues él solo entendía unas pocas palabras en apache. Los sentimientos que puso en boca de Eskimizin procedían directamente de las fantasías del mismo Clum, y el agente siempre fue un hombre lento para advertir cuando la realidad se separaba

de sus propias ensoñaciones. En cualquier caso, existe una profunda ironía en el hecho de que Naiché cabalgase junto a Clum en marzo de 1877 como parte de la fuerza policial que trataba de apresar a Jerónimo. Naiché viviría para ser el último jefe que tuvieron los chiricahua libres y cabalgaría hasta el final al lado de Jerónimo, cuando ambos guerreros se hicieron sentir tanto entre mexicanos como entre estadounidenses.

Hay casi seiscientos cincuenta kilómetros desde San Carlos hasta Ojo Caliente.<sup>[11]</sup> Las fuerzas de Clum invirtieron más de tres semanas en cubrir esa distancia. Los indios pedían realizar una media de sesenta y cinco kilómetros diarios, pero Clum tenía problemas para recorrer veinticinco. A lo largo del camino, informó que «se hicieron muchas apuestas sobre cuándo y dónde encontraríamos a Jerónimo; si tendríamos o no que matarlo para capturarlo y sobre el número de los rebeldes que componían su partida. Ni un solo indio de la cabalgata albergaba la menor duda de que lo encontraríamos».

En Fort Bayard, cerca de Silver City, Clum recibió un telegrama del general de Nuevo México anunciándole que ocho compañías de soldados de caballería estaban de camino. En sus informes, Clum insistiría en que los soldados llegaron demasiado tarde para ayudarles. De todos modos, mientras marchaba al este, Clum se dio cuenta de que ningún triunfo personal sería más llamativo que apresar a Jerónimo sin la contribución del ejército. Un explorador que había regresado de Ojo Caliente informó que Jerónimo estaba acampado a unos cinco kilómetros de la agencia, con ochenta o cien de los suyos. Los soldados de caballería se hallaban a un día de distancia, pero Clum decidió continuar el avance por su cuenta.

Las sagradas fuentes termales de Ojo Caliente se hallan en un abrigado claro de la ladera de un valle cercano a Cañada Alamosa. El manantial forma un estanque cristalino de agua cálida donde las libélulas vuelan y a veces pasan casi rozando la superficie. Nudosos alisos dan sombra a la pequeña laguna. Sus aguas, así lo creían los apaches, eran medicinales, sobre todo en invierno. Corriente abajo, el arroyo, poco más que un hilo de agua, había escarbado un afilado barranco en el barro marrón rojizo de las riberas, la arcilla con la cual los chihenne, la «gente pintada de rojo», pintarrajeaban sus rostros. A poco menos de trescientos metros al sur, el riachuelo confluye con la corriente principal, que se precipita abruptamente hacia el este a través de una profunda entrada. En los elevados riscos que amurallan este corte resuenan los trinos de golondrinas y vencejos. Antes de la llegada del hombre blanco, Ojo Caliente rebosaba de ciervos, venados y otros antílopes, y siempre había abundancia de frutas, bayas y frutos secos.

Los estadounidenses habían construido el edificio de la reserva con adobe y placas de madera sobre una plataforma llana situada al sur de la corriente principal, a poco menos de un kilómetro de los manantiales. Seis edificios se alineaban en los lados opuestos de una plaza cuadrangular; uno de los otros lados estaba guardado por un arroyo y el otro por el talud donde la plataforma se unía con el lecho del río. El

centro de la plaza formaba el típico patio de desfiles. Las ruinas de la agencia, un puñado de tristes y desmoronados muros de adobe, pueden verse hoy en día, y parecen atestiguar el cuadriculado sentido militar del orden.

Al llegar al lugar, Clum realizó una rápida inspección de las posibilidades estratégicas de la agencia. La única fuente que ha llegado a nosotros data del día 21 de abril de 1877 y pertenece a Clum. Solo otros tres hombres blancos fueron testigos de los sucesos, pero ninguno dejó constancia de ello. La memorable confrontación que mantuvo Clum a sus veinticinco años se convertiría en un vertiginoso evento del que estaría orgulloso como de ningún otro de los acaecidos a lo largo de su prolongada existencia, y vivió hasta los ochenta y un años. En la época en que narró el incidente para la posteridad, medio siglo después, el episodio había tomado la forma de una representación teatral sacada directamente de las obras de aficionados que tanto le gustaban. La escena, en efecto, es una conjunción perfecta de sus dos grandes pasiones: el melodrama y los ejercicios del manual del ejército.

Según el testimonio de Clum, mientras se aproximaba a Ojo Caliente desde el sur, le avisaron de una agrupación de «entre doscientos cincuenta y cuatrocientos indios armados hasta los dientes y desesperados».<sup>[12]</sup> Y que esos duros y despiadados pieles rojas estaban impacientes por tener una oportunidad de dedicarnos la más entusiasta de las bienvenidas». Tal número de guerreros hubiese comprendido no solo la banda de Jerónimo, sino también la de Victorio, que se había asentado lleno de esperanza en la reserva creada en 1874.

Entonces Clum, si se puede dar crédito a su testimonio, trazó su plan. Al atardecer del día 20 de abril, avanzó a caballo junto a veintidós policías apaches escogidos (no sabemos si Naiché estaba entre ellos). La idea era hacer creer a los centinelas «renegados» que las fuerzas de Clum eran demasiado pequeñas para representar una amenaza. La avanzadilla tomó posesión de los edificios de la agencia al ocaso. En plena noche, los ochenta apaches restantes, bajo el mando del lugarteniente de Clum, marcharon silenciosamente hacia la agencia. El agente los ocultó en el edificio destinado al comisario de la reserva. Este edificio queda a unos cuarenta metros al sur del inmueble principal, en el cual estaban escondidos Clum y sus veintidós apaches: los dos edificios conformaban la cara oeste de la plaza de la agencia.

Al amanecer, Clum envió un mensajero a Jerónimo para concertar una negociación. Clum informó que «vinieron rápido. Eran un abigarrado clan, pintados y dispuestos a combatir». Los veintidós hombres del grupo de Clum, equipados cada uno con un rifle y treinta cartuchos, formaron dos líneas que flanqueaban los lados del porche del edificio principal, donde Clum se encontró con Jerónimo. El jefe guerrero se quedó a unos tres metros del agente, con la plaza a sus espaldas y escoltado por incondicionales aliados.

Clum abrió la conversación con un discurso donde regañaba a Jerónimo por haber violado el acuerdo de paz del general Howard, haber asesinado a hombres blancos, robado reses y caballos y haberle mentido cuando escapó después de hablar con él en

Fort Bowie el verano anterior. De acuerdo con los testimonios de Clum, Jerónimo lo apellidó de *Nantan-betunny-kahyeh* («jefe de frente altiva», según Clum) y replicó: «Hablas como los valientes, pero no nos gusta tu modo de hablar. No vamos a regresar contigo a San Carlos y, a menos que tengas mucho cuidado, tú y tus policías apaches tampoco regresaréis a San Carlos. Vuestros cuerpos quedarán aquí, en Ojo Caliente, como pasto de los coyotes».

Otra versión de su réplica ha llegado hasta nosotros a través de una vía indirecta y poco fiable pero, como afirma proceder directamente de antiguas recopilaciones de los intérpretes y suena al auténtico Jerónimo, merece la pena conocerla.<sup>[13]</sup> En esta versión, Jerónimo le espeta a Clum:

¡Tus palabras suenan como bravuconadas! Eres el ladino ojos blancos que se presentó en la reserva chiricahua hace un año y rompió el tratado de paz entre el gran jefe Taglito [Tom Jeffords] y el general de un solo brazo. No hables tú de romper tratados ... ¡Tú y tu mente enferma! Tú mandaste a esa serpiente de ojos malvados [el mensajero] anoche a mi rancharía para engatusarme con una tregua que has demostrado que es falsa. No aceptaría tu palabra aunque dijese que ahora mismo está brillando el sol.

No vamos a ir a San Carlos contigo. Y si cometes otro error, tú y tus apaches de dos caras tampoco regresaréis a San Carlos. Vuestros cuerpos quedarán aquí, en Ojo Caliente, hasta que se pudran y sean pasto de lobos y zopilotes. ¡Observa una cosa! Tienes ciento veinte hombres y yo noventa. ¿Acaso tienen alguna posibilidad contra apaches de verdad?

Uno de los detalles interesantes de esta versión es que desbarata la afirmación de Clum cuando este dice que, al haber ocultado a ochenta hombres en la comisaría, Jerónimo cayó en la trampa.

Cuando Jerónimo terminó de hablar, según el relato de Clum, el agente levantó su mano derecha hasta tocar el ala del sombrero.<sup>[14]</sup> A la señal, concertada de antemano, las puertas de la comisaría se abrieron y ochenta apaches armados salieron corriendo en ordenada formación. Formaron un círculo tras la banda de Jerónimo, cerrando la salida por el norte y el este, hasta que los rodearon por completo.

Yo contemplaba el rostro de Jerónimo —recordaría más tarde—. Y en particular el dedo pulgar de su mano derecha, que estaba a tres centímetros escasos del percutor de su rifle Springfield calibre 50, perteneciente al ejército de Estados Unidos ... Cuando salieron los cinco o seis primeros de mis refuerzos apaches de las puertas de la comisaría, noté como el pulgar de Jerónimo avanzaba lentamente hacia el percutor de su arma. Yo tenía mi brazo derecho en jarras, con la mano apoyada en la cadera, a no más de dos centímetros de la culata de mi colt 45.

Clum tocó la culata de su revólver, esa fue la segunda señal.

Se alzaron los rifles de Beauford [el lugarteniente de Clum] y de mis veintidós policías, cada uno de ellos apuntando a Jerónimo o a los más destacados de sus seguidores. Todavía tenía los ojos fijos en el pulgar de Jerónimo. Intuitivamente, supe que Jerónimo lo había reconsiderado, que era mi prisionero, y que no habría derramamiento de sangre, a no ser que nosotros la vertiésemos.

Entonces Clum insistió en que se desarmase a los chiricahua. Este fue el momento más peligroso de la operación. Clum avanzó hacia delante y arrancó el rifle de manos de Jerónimo. Medio siglo después escribiría: «He visto muchas miradas de odio a lo

largo de mi vida, pero nunca una tan fiera y vengativa».

Desarmado y a merced de Clum, Jerónimo accedió a conversar. Se sentó en cuclillas bajo el porche, mientras Clum se apoltronó en una silla. Durante toda la negociación, los policías de Clum mantuvieron sus armas apuntando a los chiricahua. Clum amonestó a Jerónimo por su fuga de Fort Bowie y por sus presuntas rapiñas cometidas en los meses que habían pasado desde entonces. Jerónimo lo fulminó con la mirada.

Esta vez —machacó Clum—, no te vas a escapar. Eres mi prisionero y vas a ir con mis policías, tú y tus seis cabecillas, a la prisión militar. Y vais a ir ahora.

Jerónimo se puso en pie de un salto, otra imagen que uno jamás podría olvidar. Con cuarenta y cinco años [en realidad tendría unos cincuenta y cinco] y erguido como una vela, cada contorno de su simétrico cuerpo denotaba fuerza, resistencia y arrogancia. Su abundante pelo negro le caía hasta los hombros; facciones duras y manchadas con pinturas, ojos vengativos y una lívida cicatriz [en su mejilla]. Jerónimo el renegado, el estratega, el embaucador, el asesino de rostros pálidos ... ahora bajo arresto, pero todavía desafiante, todavía buscando una posible escapatoria. Su mano derecha se movió despacio hacia su cuchillo, la única arma que le quedaba. ¿Lo desenfundaría, daría tajos a diestro y siniestro y moriría luchando o se rendiría? Se lo estaba pensando mucho. Su mano vaciló solo un instante en su trayectoria.

Y en ese instante, uno de los apaches de Clum «saltó hacia delante y sacó el cuchillo del cinto de Jerónimo con mucha destreza».

Todavía inquieto, Clum ordenó a sus policías que llevasen a Jerónimo y a sus seis «lugartenientes» a la herrería. Entonces se dirigió al bedonkohe una vez más: «Me gustas tanto que voy a asegurarme de que no te vayas. Os vamos a colocar tobilleras de hierro a ti y a tus cabecillas», zahirió Clum a Jerónimo. Jerónimo soportó aquella operación con estoico silencio.

«Y así se llevó a cabo la primera y única auténtica captura de JERÓNIMO EL RENEGADO», se jactaría Clum durante el resto de su vida.

Los chiricahua siempre rechazaron la versión de los hechos ofrecida por Clum. Daklugie, hijo de Juh, dijo después que «esa escena que describe [Clum] con los policías saliendo en fila de aquel viejo fuerte que también servía como oficinas de la reserva... Bueno, en realidad no sucedió».<sup>[15]</sup> Sobre todo la parte en la que Clum le quita el rifle a Jerónimo. Un chihenne que por entonces era un niño, afirma que «si la melodramática escena que el señor Clum describe como la captura de Jerónimo sucedió así, ningún apache tuvo noticia de ello, y eso que habría unos quinientos testigos presenciando el acontecimiento».<sup>[16]</sup>

Las declaraciones del propio Jerónimo al respecto son vagas. Al final de su vida negó que hubiese sido apresado alguna vez.<sup>[17]</sup> En su autobiografía, al referirse a la fuga de la que habla Clum en Fort Bowie en 1876, dice: «Nunca pensé que perteneciese a los soldados de Apache Pass, o que debiese consultarles adónde podría ir o no».<sup>[18]</sup> Así, tanto Jerónimo como el otro chiricahua admiten de algún modo haber sido apresados mediante una treta y que los llevaron a San Carlos con grilletes en los tobillos. «Lo que casi significó mi muerte», como reconoció.

Quizás el relato de Clum sea fiable, después de todo. Ser grandilocuente es una



cosa y ser falso es otra, y muy pocos hombres llamaron mentiroso a Clum. Entre los documentos de sus grandes hazañas, dejó un mapa manuscrito de la reserva con la situación de las fuerzas y los vectores de acción, de modo que uno podía seguirlo como si se tratase del curso de una batalla de la Guerra de Secesión.<sup>[19]</sup>

Poco después de la captura, Clum se encontró con los chihenne, en este caso apaches mimbrenos.<sup>[20]</sup> Asombrosamente, Victorio accedió a llevar a su gente a San Carlos, dejando atrás la reserva por la que tan duramente había luchado. La única explicación es que él desease la paz a cualquier precio. Pero San Carlos demostraría ser un precio demasiado alto.

El día 1 de mayo, Clum abandonó la reserva. Entre su séquito contaba con trescientos cuarenta y tres apaches mimbreno y ciento diez seguidores de Jerónimo. Los jefes, encadenados, fueron transportados en carromatos. Las tropas de auxilio llegaron con un día de retraso respecto a la acción principal, y escoltaron a la fila de prisioneros. El protocolo exigía que los soldados de Arizona se hiciesen cargo de ellos en la frontera entre los estados, pero Clum, echando leña al fuego de su enemistad con Kautz, se apresuró a telegrafiar a Fort Bowie: DESEO COMUNICAR. ESCOLTA NO SOLICITADA. ESCOLTA NO SERÁ ACEPTADA.<sup>[21]</sup> Por esta insolencia, Clum sería objeto de una reprimenda oficial por parte del general Sherman, secretario de Estado para la Defensa.

Otra tragedia, además de ser sacados de su territorio, cayó sobre aquella peregrinación de cuatrocientos cincuenta y tres apaches.<sup>[22]</sup> Estalló un brote de viruela entre ellos. Clum trató de mantener a los infectados en carromatos aparte, pero la enfermedad se extendió. Ocho apaches murieron por el camino, nadie supo cuántos murieron tras llegar a San Carlos.

Tan ajeno como siempre a todo aquello que contradijese sus ilusiones, Clum vio en la desolada marcha de aquellos forzados solo una «trascendental hégira hacia el oeste para alcanzar la Tierra Prometida». También observó «lágrimas de pesar en este éxodo apache. Solo la esperanzada y silenciosa migración de gente cansada y desconcertada hacia Utopía».

El peregrinaje de Clum alcanzó San Carlos el día 20 de mayo. Ordenó encerrar en el cuartel a diecinueve prisioneros, incluidos Jerónimo y sus seis jefes, que todavía llevaban los grilletes puestos. Inmediatamente, siguió las órdenes recibidas por telégrafo que lo instaban a mantener a los prisioneros «encerrados por robo y asesinato». Notificó a las autoridades civiles de Tucson que había apresado a los indios y escribió al sheriff prometiendo facilitarle pruebas «para condenar a cada uno de los siete cabecillas por muchos casos de asesinato», y se ofreció para llevar a sus prisioneros a Tucson para que fuesen juzgados.

Parece que Clum tenía la certeza de que Jerónimo sería juzgado rápidamente, condenado y ahorcado. Eso era lo obvio, lo justo. Pero no fue así y, durante el resto de su vida, Clum le narraría a quien quisiese escucharle cómo deberían haber sido las cosas. Como escribió en 1936 Woodworth Clum, su hijo, haciéndose eco de la

moraleja del cuento que su padre le habría contado innumerables veces, «lo que no se puede ignorar... si Jerónimo hubiese sido ahorcado en julio de 1877... Si John P. Clum hubiese continuado en su puesto en San Carlos, las Guerras Apaches habrían finalizado en 1877, en vez de en 1886».

## Capítulo 12

### Victorio

Jerónimo languideció durante dos meses en el cuartel de San Carlos, con sus tobillos sujetos con cadenas. Clum afirmaría más tarde que las autoridades de Tucson habían tardado en responder a su ofrecimiento de trasladar a sus siete «asesinos».<sup>[1]</sup> De vuelta a la reserva, este agente de malas pulgas se lanzó a una nueva ronda de peleas telegráficas con sus superiores de Washington. Se quejaba de que, a pesar de toda la buena labor que había realizado, no recibía un aumento de sueldo y que, una vez más, los militares trataban de intervenir en su sistema. «Sentí que mi éxito en realidad fue penalizado», escribió.

En efecto, el general Kautz había trabajado a sus espaldas para minar la reputación y la autoridad de un agente cuya arrogancia no podía soportar.<sup>[2]</sup> Clum había alardeado del gran número de apaches que tenía concentrados en San Carlos, pero Kautz, en su informe oficial de 1877, se dedicó a señalar a los apaches que se habían fugado de las redes del agente. Antes de que se forzase la ruptura de las dos reservas, afirmó Kautz, la reserva de los chiricahua había albergado a dos mil cien individuos (una generosa estimación) y la de Ojo Caliente a novecientos sesenta y cinco. Con los dos grandes traslados, Clum había llevado solo setecientos setenta y nueve apaches a San Carlos. «Hay, por lo tanto, unos dos mil doscientos ochenta y seis indios desaparecidos desde 1875», escribió secamente Kautz.

Mientras tanto, ordenó a un teniente que llevase a cabo una inspección militar en San Carlos.<sup>[3]</sup> Clum se puso hecho una furia y se negó a permitir que el teniente realizase su labor. Entonces envió al delegado de asuntos indios su más grandilocuente telegrama: SI AGENCIA INCREMENTA SUELDO SUFICIENTEMENTE. SI EQUIPA DOS COMPAÑÍAS EXTRA POLICÍA INDIA. YO VOLUNTARIAMENTE CONTROLARÉ TODOS APACHES ARIZONA. TROPAS PUEDEN RETIRARSE. El delegado, cansado ya de la desmedida autonomía de Clum, filtró el mensaje a la prensa. Incluso los periódicos de Arizona se alarmaron ante las pretensiones de Clum. «La caradura e impudicia de este grandilocuente jovenzuelo es una perfecta ridiculez», decía la página editorial de uno de ellos.

Clum ya había ofrecido dos veces su dimisión, y entonces, cuando la ofreció por tercera vez, el delegado la aceptó. El agente escribiría: «Por lo tanto, al mediodía del día uno de julio de 1877, monté mi caballo favorito y me puse en marcha hacia Tucson».<sup>[4]</sup> En los años siguientes, Clum llegaría a ser alcalde de Tombstone (Arizona), donde cofundó y editó el famoso diario *Epitaph*. Con el tiempo regresaría al estado de Nueva York, donde trabajó como inspector de correos.<sup>[5]</sup> Murió en Los Ángeles en 1932.<sup>[6]</sup>

Obsesionado como estaba con Jerónimo, Clum royó durante años el hueso de su decepción por el fracaso de las autoridades al no colgar a aquel «renegado» en 1877. «No sé quién cortó los grilletes que sujetaban sus tobillos y le permitió salir del cuartel de San Carlos», escribiría cincuenta años después.<sup>[7]</sup> En 1936, bajo el punto de vista de su padre sobre el asunto, Woodworth Clum escribió: «Quién dio las órdenes para liberar a ese asesino de al menos un centenar de hombres, mujeres y niños, es un misterio que dura ya más de medio siglo».<sup>[8]</sup>

Con su desagradable fariseísmo, el propio Clum llegó a arrepentirse de su impetuosa dimisión. Tras meditar sobre ello en 1928, escribió:

De haber quedado yo al cargo de San Carlos, no me cabe la menor duda de que lo habría llevado [a Jerónimo] rápidamente ante un tribunal de Estados Unidos para ser juzgado, y que su carrera habría finalizado allí y entonces. Qué cantidad de gastos, tribulaciones, angustias y derramamientos de sangre podrían haberse evitado si su arresto hubiese seguido sin demora con un juicio, una condena y una ejecución ... así el nombre de Jerónimo habría caído en el olvido antes de que alcanzase la fama notoria y generalizada que posee fuera del límite de las fronteras territoriales.<sup>[9]</sup>

Hay otra explicación de por qué Jerónimo sobrevivió en aquel mes de junio de 1877, pero aparece solo en las crónicas apaches.<sup>[10]</sup> Según Daklugie, su padre, Juh, estaba al tanto de los traslados desde Ojo Caliente y cabalgó hasta San Carlos, llegando allí antes que los peregrinos de Clum. Allí consiguió que Eskimizin abrazase su causa, el jefe aravaipa era el más ferviente de los policías indios. Cuando la comitiva de enfermos de viruela se acercaba a la reserva, Juh se ocultó cerca del camino. Vio a Jerónimo en el carromato y Jerónimo lo vio a él, pero ninguno de los dos hizo la menor señal de reconocimiento.

Un día, Juh y Eskimizin se enfrentaron a Clum en el cuartel. El tartamudo Juh habló por boca de Eskimizin.

«Hemos venido —dijo— a exigir que dejes libres a los prisioneros. No soportaremos esto más». Clum farfulló y se pavoneó acicalándose las plumas mientras trataba de posponer el asunto. Pero Eskimizin dijo: «Lo harás, y lo harás ahora mismo o pondremos hasta al último apache de esta reserva en tu contra».

Clum los condujo hasta la puerta de la prisión, ordenó que se abriese la puerta. Los libraron de sus grilletes de inmediato y Jerónimo, junto con los demás, fueron puestos en libertad.

Ninguna de las fuentes blancas corrobora esta parte de la historia. Angie Debo, la más rigurosa entre los biógrafos de Jerónimo,<sup>[11]</sup> afirma que fue el agente que sucedió a Clum en el cargo quien le quitó al guerrero los grilletes de sus tobillos. El lacónico estilo de Jerónimo al narrar su propio cautiverio ofrece la posibilidad de ajustarse a ambas hipótesis: «Estuve preso durante cuatro meses... Por entonces creo que tuve otro juicio, aunque no estuve presente. En realidad no sé si lo tuve, pero me dijeron que sí. Y, en todo caso, fui puesto en libertad».<sup>[12]</sup>

A pesar de que Clum albergaba la ilusión de guiar a un grupo feliz, los chihenne bajo la jefatura de Victorio abandonaron su hogar para partir hacia el oeste con el corazón triste. Algunos de ellos culpaban a Jerónimo por su infortunio, pues si Clum

no hubiese ido a Ojo Caliente, los chihenne muy bien podrían haberse quedado allí, en paz. Ochenta años después, los últimos supervivientes de aquel viaje todavía albergaban una sensación de traición.<sup>[13]</sup> «Éramos inocentes —dijo uno de ellos—, y no nos deberían haber sacado de nuestro hogar. No teníamos culpa de lo que hiciese Jerónimo. Estados Unidos no nos dio aquella tierra, aquella tierra era nuestra».

Pero culpar a Jerónimo, de todos modos, es pasar por alto que la causa principal de la miseria de los apaches no residía en los yermos de San Carlos, que eran un foco de malaria, sino en Washington, donde los teóricos soñaban con la fusión de las tribus apaches. Por su parte, Jerónimo se consideraba inocente de haber atacado a ciudadanos estadounidenses (los mexicanos, a quienes tanto depreciaba, eran otra cosa), y parece ser que las rapiñas que se le imputaban en Arizona fueron cometidas por otros apaches.

Existen pruebas de que los chihenne no pensaban pasar mucho tiempo en San Carlos,<sup>[14]</sup> pues recogieron sus mejores armas en las inmediaciones de los manantiales sagrados antes de salir de Nuevo México. ¿Por qué les resultaba tan difícil a los ojos blancos comprender que la gente deseaba vivir en Ojo Caliente? En 1909, un chihenne recordaba el paraíso perdido desde su exilio en Oklahoma:

Es una buena tierra. Hay montañas en este lado, en este otro y en aquel. En el medio hay un ancho valle. Hay manantiales en aquel valle, buenos pastos y muchos árboles para hacer leña en los alrededores. Cava un pozo y el agua brota a cuarenta pies [doce metros]... Los caballos y el ganado no morían de frío allí. Era un lugar saludable tanto para los hombres como para las bestias ... He vivido en el territorio de otra gente durante años, y el problema siempre viene de ahí.<sup>[15]</sup>

Los chihenne se asentaron en una zona concreta de San Carlos, la que Clum les había designado. Entonces las cosas comenzaron a ir mal.<sup>[16]</sup> La caza era escasa y el valle de Gila era un foco de malaria al igual que ocurría pocos kilómetros río abajo, junto a la agencia; Clum les proporcionaba raciones de modo irregular e insuficiente. Y hubo problemas entre los chihenne y los montaña blanca. Los montaña blanca temían la llegada de aquellos apaches orientales,<sup>[17]</sup> pues sabían que traían la malaria con ellos. Entonces un montaña blanca mató a un chihenne, y Victorio dio caza al delincuente y lo mató a él y a toda su familia. Parece ser que ni Clum ni su sucesor supieron nunca de tan sangrientas tensiones.

El día 2 de septiembre de 1877, trescientos diez hombres, mujeres y niños, guiados por Victorio, robaron una manada de caballos a los montaña blanca y se fugaron de la reserva.<sup>[18]</sup> Los persiguieron tropas de caballería de Arizona y Nuevo México, ciudadanos voluntarios de San Carlos y la policía india creada por Clum, todos a la vez. Un puñado de chihenne murió y otros muchos, sobre todo mujeres y niños, fueron capturados. Por su lado, los fugitivos, con la acuciante necesidad de caballos que les ayudasen en su huida, mataron a una docena de colonos blancos.

Un grupo escindido, encabezado por el impenitente Pionsenay, se adentró en Sierra Madre. El cuerpo principal, bajo el mando de Victorio, no solo se las arregló

para eludir todas las batallas campales durante un mes, sino que se fue acercando hacia su amado territorio de Ojo Caliente por senderos secretos. El 29 de septiembre Victorio, para tantear el terreno, pues no se había comprometido a una guerra abierta, envió a dos de sus lugartenientes a Fort Wingate, bastante al noroeste de las sagradas fuentes termales, en territorio navajo. El resultado final de sus negociaciones fue que el coronel al mando de Ojo Caliente, un soldado oriundo de Maine relativamente progresista y partidario de la abolición de la esclavitud que había comandado un escuadrón de caballería compuesto por soldados negros durante la Guerra de Secesión, accedió a cobijar a los casi doscientos chihenne y alimentarlos durante un período indefinido. El coronel advirtió a sus superiores que mezclar a los apaches con los navajos en Wingate era buscarse problemas y, acerca de devolverlos a San Carlos... los chihenne respondieron de inmediato que antes preferían morir.

Durante casi un año, los chihenne permanecieron en Ojo Caliente. Su número, engrosado por guerreros más precavidos que acudieron gradualmente, llegó a doscientos sesenta. Se sentían relativamente seguros en su hogar, con sus mejores armas ocultas y al alcance de la mano. Colocaron peñascos a lo largo de los bordes de los riscos circundantes, listos para caer sobre el enemigo mediante un sencillo toque.<sup>[19]</sup> Pero cerca de ciento cuarenta y tres de sus parientes todavía estaban confinados en San Carlos, un serio agravio para los chihenne.<sup>[20]</sup>

Mientras tanto, el gobierno, ofuscado como siempre por las discrepancias entre el Ministerio del Interior y el de Defensa, meditaba qué hacer definitivamente con los chihenne. No existía una razón válida para no permitirles vivir en la tierra que valoraban más que ninguna otra cosa del mundo, ni razón alguna para no reunirlos con sus parientes en San Carlos, pero esta última decisión nunca fue seriamente considerada. Los máximos oficiales expusieron las ventajas que supondría trasladarlos a Fort Stanton, con los mescalero; a Fort Wingate, con los navajos; de vuelta a San Carlos, con los montaña blanca, e incluso a Fort Still, en el territorio indio de Oklahoma.

A pesar de conocer las incertidumbres que se cernían sobre su destino, los chihenne estaban tan contentos en Ojo Caliente, que le pidieron a un oficial que dijese en Washington «que ellos están más felices que en ningún otro lugar de los que habían visitado antes y, no es que temieran que se les trasladase, pero que si el gobierno les permitía quedarse donde estaban aceptarían de buena gana que las raciones destinadas a ellos se redujesen a la mitad».<sup>[21]</sup>

Es casi un desafío creer que el gobierno fuese tan obstinado y corto de miras. Después de cuatro meses de endebles deliberaciones, el Ministerio del Interior ordenó a los chihenne que regresasen a San Carlos. El 8 de octubre de 1878 se informó a la gente de Victorio de la resolución. Según el testimonio de un testigo presencial,<sup>[22]</sup> Victorio le dijo al capitán al mando del traslado «que su hogar estaba allí, que su gente había nacido allí, que ellos amaban su hogar y, más aún, que ni uno solo de sus paisanos iba a ir a San Carlos».



El capitán insistió en que él debía obedecer las órdenes.<sup>[23]</sup> De pronto Victorio profirió un alarido desgarrador y corrió a las montañas. Más de noventa de los suyos, casi todos guerreros, lo siguieron inmediatamente. Las tormentas de otoño desbarataron los planes de los soldados allí reunidos para perseguir a los apaches fugitivos.

De todos modos, el impulso del traslado fue implacable. A finales de octubre,<sup>[24]</sup> el ejército cargó ciento sesenta y nueve chihenne en carromatos y los despacharon hacia el oeste de nuevo, en esta ocasión a través de barrizales y nieves tempranas, a la odiada reserva. En San Carlos, aquella desmoralizada gente fue vigilada con un celo especial, pues se temía que Victorio llegase una noche y tratara de liberarlos.

Durante el invierno de 1878-1879, los chihenne libres asaltaron y asesinaron a lo largo de río Bravo y del sudoeste de Nuevo México. Siguiendo el más puro estilo apache, y a pesar de la lealtad incondicional que los chihenne profesaban a su jefe, aquella banda errante se fragmentó en pequeñas unidades. Como los oficiales del gobierno habían supuesto y temido durante todo el año anterior, los apaches habían aprendido que Fort Stanton era uno de los posibles destinos que los ojos blancos consideraban concederles. Que los forzasen a vivir con los mescalero distaba de ser una situación ideal, pero aun así era preferible a San Carlos. Tanto, que poco a poco, desde diciembre hasta junio, los chihenne se fueron entregando en pequeños grupos en Fort Stanton. Victorio, junto a doce guerreros, fue el último. En el mes de julio de 1879, había ciento cuarenta y cinco chihenne viviendo en la reserva de los mescalero. El agente encargado era optimista ante la idea de una paz duradera. El gobierno meditó sobre ello.

Durante los dos años que los oficiales de Washington jugaron con el destino de su gente, Victorio fue volviéndose paulatinamente más desconfiado hacia el hombre blanco. Cuando el verano palidecía sobre los pinos ponderosa en la elevada reserva de los mescalero, la vigilancia del jefe se estrechó más; un nuevo insulto que añadir a su malestar. Cuando Victorio se presentó en la ventanilla de reparto de raciones,<sup>[25]</sup> el agente de los mescalero le dijo que no proporcionaría alimentos al jefe de los chihenne a no ser que este presentase una cartilla de racionamiento en regla. Victorio preguntó qué tenía que hacer para obtener una cartilla. El agente replicó, aparentemente sin ninguna intención de ironizar, que trascurriría por lo menos un mes desde que la expidieran en Washington hasta que llegase a Nuevo México. A través de un intérprete, Victorio apuntó: «Un mes es mucho tiempo para estar sin comida». El agente volvió a sus papeles.

Se esperaba una estampida, que el mal genio de Victorio estallase era cualquier cosa menos inevitable. Aun así, la causa principal fue un absurdo malentendido. Como resultado de las rapiñas chihenne en las cercanías de Silver City,<sup>[26]</sup> los oficiales acusaron a Jerónimo de ser un asesino y un cuatrero. A pesar de que el condado de Grant distaba doscientos cuarenta kilómetros de la reserva de los mescalero, Victorio, de alguna manera, supo que «un papel estaba en su contra».

El 21 de agosto un puñado de hombres blancos que habían salido a caballo para pescar y cazar se aproximaron a la reserva de los mescalero. Uno de ellos era un juez y el otro un fiscal. Algunos de los chihenne, entre ellos Victorio, reconocieron a aquellos hombres y asumieron que era una partida enviada para arrestar al jefe. Victorio, poseído por una furia salvaje, se enfrentó con el agente de los mescalero y lo cogió de la barba con violencia. El asustado agente marchó a Fort Stanton en busca de las tropas. El jefe oyó el clarín de la columna de caballería que se aproximaba y escapó inmediatamente.

Victorio no volvió jamás a tratar de vivir en paz con los hombres blancos. El encuentro fortuito del juez y el fiscal, que habían salido a pescar, con el jefe, que tenía los nervios de punta, sirvió para que se declarase una guerra abierta. Los catorce meses de aquella última campaña chihenne se convertirían en una de las páginas más oscuras de todas las tragedias apaches.

\* \* \*

En verano de 1879, Victorio ya había descargado parte de su venganza sobre los estadounidenses, pero no había mandado a un número suficiente de colonos a la tumba como para poder compararse con Cochise o con Mangas Coloradas después de que los hombres blancos provocasen la ira de estos dos jefes. Es posible que Victorio no matase ni a un solo estadounidense. Los ciudadanos estadounidenses asesinados durante la temporada que iba desde septiembre de 1877 a junio de 1879, bien pudieron morir a manos de otros chiricahua.

Sin embargo, entre su propia gente Victorio contaba con una inquebrantable lealtad que rivalizaba con la que los chokonen le brindaron a Cochise. Un chihenne, que era un niño en 1879, recordaría el respeto que tenía por él setenta años después: «Victorio no era tan alto como Naiché [el único hijo vivo de Cochise], pero creo que era el ser humano más cercano a la perfección que haya visto jamás».<sup>[27]</sup> Su gente le llamaba con un nombre apache cuya traducción aproximada sería Conquistador.

En la época de su fuga de la reserva de los mescalero, Victorio tendría unos cincuenta y cinco años, más o menos la misma que Jerónimo. Jhon Clum, que estaba casi tan orgulloso de haberse llevado al jefe chihenne o mimbrenño, como los conocían los hispanohablantes, como de la presunta captura de Jerónimo, dejó una detallada descripción de Victorio, cuando el jefe hizo acto de presencia en Ojo Caliente aquel día de abril:

Su pelo negro, largo y con un matiz grisáceo, brillaba bajo el sol de la mañana. Llevaba despreocupado su rifle, apoyándolo en la parte interior del codo del brazo izquierdo y su cañón sobresalía por debajo de la manta que llevaba descuidadamente sobre su hombro. Su rostro, serio e inteligente, estaba limpio de pinturas de guerra y, mientras caminaba, movía la cabeza lentamente, sin dejar de observar la insólita escena que se desarrollaba ante él.<sup>[28]</sup>

Solo se fotografió a Victorio en una ocasión (no existen fotografías de Cochise). En ella, el chihenne mira a la cámara fijamente y enfadado. Aunque el fotógrafo nos es desconocido,<sup>[29]</sup> la leyenda que nos ha llegado cuenta que Victorio no quería posar y que estaba sujeto por los blancos en el momento en que disparó la cámara, y que durante la pelea le cayó la cinta del pelo. En la foto, el pelo largo y ondulado de Victorio le cae desordenado sobre los hombros. Las marcadas arrugas que van desde su nariz hasta la comisura de los labios parecen reforzar su voluntad. Los ojos miran directamente, y su mirada es limpia, como si nunca parpadeara. Sujeto o no para la fotografía, Victorio parece un hombre muy poderoso, el tipo de hombre con el que no se puede jugar.

Respecto a su carácter, era tan diferente de Jerónimo como lo pudiesen ser dos jefes apaches. Solo tomó una esposa (contra las nueve de Jerónimo) durante su dilatada existencia, dilatada dentro de la media apache, un caso atípico entre los grandes jefes.<sup>[30]</sup> Nunca se supo que se emborrachase: «Los alcohólicos son el azote del hombre blanco»,<sup>[31]</sup> solía decirles a sus guerreros. Temía las traiciones de los mexicanos,<sup>[32]</sup> por eso prohibía a sus hombres que bebiesen el mescal que les brindaban cuando iban a comerciar a alguna ciudad de Sonora o Chihuahua.

Al igual que Cochise, pero no como Jerónimo, Victorio era un hombre de una severa y resuelta determinación. Se comportaba con una controlada dignidad, pero, al igual que Cochise también, podía estallar en súbitos ataques de cólera. Era tan intrépido bajo el fuego enemigo como el más bravo de sus guerreros.

Junto a Victorio, al final de su campaña cabalgaron un buen número de destacados chihenne, alguno de los cuales, más de un siglo después, escapó del borroso y gris anonimato con el que las crónicas estadounidenses tildan a todos los indios: enemigos. Uno de esos indios era una mujer llamada Lozen, hermana de Victorio. Cuando era una jovencita estaba considerada una gran belleza,<sup>[33]</sup> y la cortejaron muchos hombres. Los rechazó a todos y Jerónimo no hizo nada para obligarla a casarse. Lozen escogió que su destino fuese el de una guerrera, cabalgando junto a los guerreros como hacía un buen número de mujeres apaches, y esperándose de ella que realizase las mismas hazañas en el combate que ellos.

James Kaywaykla, el más joven de los chihenne en la última banda de hombres libres, recordaba la primera vez que vio a Lozen; fue vadeando río Bravo en plena riada. Los chihenne vacilaban antes de zambullirse en tan peligrosa corriente.

Se produjo un gran jaleo y la larga hilera se partió para dejar paso a un jinete. Vi a una magnífica mujer montada en un hermoso caballo negro ... Lozen, la hermana de Victorio. ¡Lozen, la mujer guerrera! Sostenía el rifle muy por encima de su cabeza. Hubo un destello cuando su pie derecho se elevó y golpeó el hombro de su montura. El caballo se alzó sobre sus cuartos traseros y luego se zambulló en la impetuosa corriente. Giró la cabeza del caballo contra corriente y este comenzó a nadar.

El resto de la banda siguió a Lozen a través del río.

Esta mujer era una experta con el lazo y, en consecuencia, también lo era en robar

caballos. Cuando era niña había vencido a todos los hombres con los que había competido en carreras a pie. A menudo acometía la peligrosa misión de cubrir la retaguardia de la banda cuando huían de sus perseguidores. Era tan buena tiradora con el rifle como lo pudiese ser cualquier otro chihenne. También era una experta en vendar las heridas de modo que estas no se infectasen. Y al igual que su hermano Victorio, desconfiaba de los mexicanos y se oponía a comerciar y beber mescal en sus pueblos. Respecto a sus hazañas y sabiduría, ella era un miembro de pleno derecho dentro del concejo de los guerreros. «Lozen es mi mano derecha», dijo Victorio a sus guerreros, «tan fuerte como un hombre, más valiente que muchos de ellos y una astuta estratega. Lozen es una protectora de su gente».

Lo que situaba a Lozen por encima del resto de los chihenne, y supuso que fuese una pieza de incalculable valor al final de la campaña, fue su poder. La gente creía que era la única de todo el grupo que poseía la capacidad de localizar al enemigo. Para lograrlo, debía estar en pie, alzar los brazos estirados y girar lentamente en círculo mientras entonaba una oración a Ussen. Cuando sus manos comenzaban a temblar y las palmas cambiaban de color, ella sabía que estaban señalando la ubicación del enemigo, incluso podía adivinar a qué distancia se hallaba. James Kaywaykla, quien más tarde sufriría durante décadas la escéptica educación de los blancos, juraba casi al final de sus días que así la había visto localizar al enemigo «una y otra vez».

Otro de los incondicionales era Nana, que en realidad era un jefe apenas subordinado a Victorio. Su aspecto era el de cualquier cosa menos el de un jefe, y los soldados estadounidenses que más tarde sufrirían su venganza lo pasaron bastante mal, hasta que comenzaron a tomarlo en serio, cuando lo conocieron por primera vez. Con setenta años de edad,<sup>[34]</sup> quizá mayor aún (ni el propio Nana conocía su edad), en 1879 caminaba con una pronunciada cojera, secuela de una vieja herida. En el campamento solía frotar a escondidas su rígido tobillo con sebo. Los chihenne le llamaban, a sus espaldas, Pie Roto. Tenía la costumbre de llevar una cadena de oro, perteneciente a los relojes de algunas de sus víctimas, colgando de cada oreja.

En una foto que ha llegado a nuestros días, se ve a Nana sentado con su mirada fija e imperturbable frente a la cámara. Su redondeado rostro parece más plácido que fiero y lleva un sombrero mexicano que parece ridículamente alto sobre su poderosa cabeza, como si la más ligera de las brisas pudiese arrancárselo.

Pero Nana, según Kaywaykla, era «el más fiero e implacable de los apaches ... su habilidad como estratega militar era superior a la del propio Victorio». Su dureza era legendaria: podía caminar durante muchos días sin comer y durante un ataque podía cabalgar fácilmente más de ciento quince kilómetros, durmiendo sobre la silla parte del tiempo. Kaywaykla testificaría que «ningún joven de la tribu aguantaba sin descansar más tiempo que él sobre una silla de montar».

Nana era un rastreador singular capaz de encontrar huellas en el más pedregoso de los suelos. Su don consistía en localizar trenes cargados de municiones,<sup>[35]</sup> tanto

los pertenecientes a los ojos blancos como a los mexicanos, y también un poder contra los crótalos, una de las criaturas más temidas por los apaches. La renuencia que tenían a combatir de noche se debía en parte a este tabú, pues conocían la malvada tendencia de las serpientes de cascabel a ocultarse durante el día y cazar de noche. En resumen, Nana era un gran guerrero y un gran jefe.<sup>[36]</sup> Victorio a menudo se refería a la sabiduría de aquel anciano, más que a la de ningún otro chihenne.

Cuando el grupo de Victorio huyó de la reserva de los mescalero,<sup>[37]</sup> se dirigió directamente a Ojo Caliente, aunque sabían que había desaparecido toda esperanza de que los chihenne pudiesen vivir en paz en su sagrado territorio. Victorio necesitaba caballos, y sabía que el ejército guardaba un gran número de ellos cerca de los edificios de la agencia de Ojo Caliente. Los chihenne realizaron un asalto audaz e inesperado: en cuestión de minutos dieron muerte a los ocho guardias que estaban al cargo del ganado y se llevaron sesenta y ocho caballos y mulas.

De nuevo se movilizaron tropas en Arizona y Nuevo México, así como bandas de voluntarios civiles, con órdenes de acosar a Victorio hasta someterlo. Durante dos meses los llevó a una agotadora y sinuosa persecución a través de las sierras de Black Range y las montañas Mogollón, al sudoeste de Nuevo México. Una y otra vez, los soldados avanzaron de noche con la intención de desencadenar una carga contra el campamento de Victorio al amanecer, para encontrarse el lugar abandonado horas, incluso días, antes. Por ejemplo, los chihenne consiguieron trazar un desplazamiento circular y perseguir ellos a la compañía que, hasta entonces, le pisaba los talones. Los apaches perdieron un puñado de hombres y mujeres en varias batallas campales, pero, en cada una de esas ocasiones, inflingieron más daño del que recibieron.

Los guerreros de Victorio se cobraron una espantosa cuota de víctimas entre las familias de rancheros mexicanos dispersas por aquellos solitarios parajes. Un pionero que ayudó a enterrar a nueve mexicanos asesinados en el rancho McEvers (cerca de lo que hoy es la aldea de Nutt, en Nuevo México) reiteró que los chihenne habían «desnucado a los niños, ultrajado a las mujeres y mutilado sus cuerpos».<sup>[38]</sup>

Un nuevo rigor gobernaba la vida de los fugitivos. Victorio sabía que su campaña de venganza significaba luchar hasta morir. El agua era la clave para sobrevivir en aquella tierra agostada y fue entonces cuando los duros entrenamientos que soportaron todos los apaches durante su infancia dieron su fruto, en la supervivencia. A veces los chihenne encontraban manantiales que apenas si daban agua,<sup>[39]</sup> en ese caso las personas pasaban sed y los caballos bebían. En cierta ocasión, después de pasar muchas horas sin beber,<sup>[40]</sup> llegaron a un abundante manantial, pero Nana olfateó aquella agua de olor extraño y declaró que estaba contaminada.

Los apaches podían utilizar su conocimiento de las aguas contra sus perseguidores. A veces drenaban un manantial hasta secarlo, dejando el cieno para los soldados. Más aún, podían encontrar agua donde los hombres blancos no sabían que pudiese haber. Kaywaykla comentó sardónico: «Una de las cosas que los ojos blancos nunca llegaron a aprender ... fue detectar la presencia de manantiales subterráneos.

Muchos perecieron cuando les hubiese bastado cavar un metro, o poco más, para encontrar agua». Un día, una sección de soldados de Nuevo México, desesperados de sed, se toparon con una hermosa laguna, o estanque de agua; se arrodillaron preparándose para beber cuando descubrieron con horror que los chihennes habían arrojado dentro el cadáver destripado de un coyote, contaminando el agua.

En el momento de su fuga,<sup>[41]</sup> Victorio no contaba con más de cuarenta guerreros. Durante los meses siguientes, su filas se engrosaron con otros chiricahua libres, incluso con algunos apaches mescalero y lipan, y con un comanche, uno solo. No hay razón para no creer que en algunas batallas las bandas de Juh y Jerónimo reforzaran a la de Victorio. Muchas veces se ha hablado del conocimiento del territorio que poseían los indios pues, mientras todo el ejército no era capaz ni siquiera de aproximarse lo suficiente a ellos para entrar en combate, un gran número de apaches no tenía problemas para unirse a los chihenne y, a la vez, evitar ser detectados mientras buscaban a sus hermanos de raza.

En su apogeo,<sup>[42]</sup> la banda de Victorio llegó a contar con cuatrocientas cincuenta personas de las cuales no más de ciento diez, y la mayoría de las veces solo setenta y cinco, eran guerreros. Con el tiempo, cuatro mil soldados, entre estadounidenses y mexicanos, llegarían a unirse en la fatídica cacería.

La situación de huida constante exigía una asombrosa disciplina a los chihenne. A veces las mujeres y los niños quedaban ocultos durante meses enteros en cavernas conocidas solo por los apaches.<sup>[43]</sup> En la mayoría de los casos, esas mujeres y niños acampaban y se desplazaban junto a los guerreros. Ataban a los niños más pequeños a las monturas o a los adultos, durante las cabalgadas más largas. Setenta años después, James Kaywaykla recuerda sus días de fugitivo con lacónica medida: «Era una vida dura, pero nos gustaba más que el desesperado estancamiento de la reserva ... creo que subsistimos en lugares donde los ojos blancos hubiesen muerto».

La gran innovación del general Crook, utilizar rastreadores apaches para localizar a los renegados, como los llamaban, también fue usada por sus sucesores. Durante la cacería de Victorio, cada éxito que obtuvo el ejército fue en su mayor parte gracias a la labor de los exploradores. A cambio, los hombres de Victorio dedicaban su más desabrido desprecio hacia aquellos apaches traidores, tal como ellos los recuerdan. La tarea de ocultarse de los soldados blancos era bastante sencilla, pero los chihenne tenían que hacer uso de toda su habilidad para despistar a los rastreadores apaches. Según las palabras de un oficial estadounidense,<sup>[44]</sup> Victorio se las arregló de algún modo para enviar un mensaje a San Carlos en el que prometía ir a la reserva y matar a las familias de aquellos exploradores que iban tras él.

A veces, en el fragor del combate,<sup>[45]</sup> los chihenne provocaban a los rastreadores invitándolos burlonamente a cenar o levantando los taparrabos para mostrarles las nalgas a modo de insulto. En octubre de 1879, durante un intenso combate de desgaste a la luz de la luna, un oficial digno de confianza señala que durante una pausa:



El único sonido era el tam-tam de un timbal que estuvo tocando Victorio en persona durante toda la refriega, acompañado por sus agudos y trémulos cánticos de afamado curandero. En ese momento se estaba dirigiendo a nuestros exploradores, tratando de convencerlos para que desertasen y se uniesen a sus hombres para que luego, todos juntos, matasen hasta el último soldado, blanco o negro, allí presente.<sup>[46]</sup>

A finales de octubre, después de haber ganado por la mano cada encuentro que sostuvo con el ejército, Victorio dirigió su banda a través de la frontera, adentrándose en México, donde sabía que los estadounidenses no tenían jurisdicción para perseguirlos. El comandante al mando de las exhaustas topas que acosaron a los indios hasta la línea fronteriza trató de hacer una lectura positiva de la situación,<sup>[47]</sup> y les dijo a sus hombres que habían logrado sacar a Victorio de Estados Unidos. Pero Kaywaykla y los demás chihennes conocían el auténtico sentido del sabio movimiento estratégico de Victorio: «como el de la codorniz que simula estar herida para llevar a sus perseguidores lejos de su familia, así el jefe había cruzado la frontera hacia México ... El objetivo de Victorio consistía en desviar a la caballería de nuestros antiguos asentamientos».<sup>[48]</sup> Sin saberlo la caballería, muchos chihenne, especialmente mujeres y niños, todavía estaban en Nuevo México. Victorio les concedería el tiempo que necesitaban para reunirse con los guerreros al sur de la frontera.

Las tácticas militares de Victorio variaban brillantemente entre un combate y el siguiente, pero todas ellas giraban en torno a una lógica común a todos los chiricahua. El ataque sorpresa y las emboscadas seguidas por una rápida fuga constituían sus principales componentes. Los oficiales estadounidenses, habituados a las batallas a campo abierto de la Guerra de Secesión (en realidad a todo tipo de guerras y batallas que hubiesen estudiado en West Point), llegaron a creer que cada vez que expulsaban a los apaches de sus escarpados escondrijos, era porque los habían derrotado. Sin embargo, los apaches no eran soldados confederados: la retirada no era un acto ignominioso, sino parte esencial del combate.

Kaywaykla resume las tácticas chihenne que aprendió durante su infancia:

Nosotros éramos, en esencia, montañeses. Gente que se desplazaba de una sierra a otra, siguiendo las crestas de las colinas lo mejor que podíamos ... Creo que podríamos haber inventado la guerra de trincheras, colocándonos preferentemente con las montañas a nuestra espalda. Dudo que nadie nos superase a la hora de subir colinas. Trepas paredes era algo que se daba por hecho. Cuando nos perseguían de cerca, matábamos los caballos y nos lanzábamos a escalar riscos que ningún enemigo podría superar. Los hombres sujetaban a mujeres y niños con cuerdas y los subían de una cornisa a otra hasta que los ponían a cubierto o escapaban ... Nos desplazábamos de noche solo si nos veíamos obligados a hacerlo, y nunca matábamos en la oscuridad a no ser que nos atacasen. Había una creencia entre nosotros que decía que aquel que matase de noche sería condenado a caminar en la oscuridad a través del Lugar de los Muertos.<sup>[49]</sup>

Solo una semana después de haber llegado a México, los guerreros de Victorio obtuvieron una de sus victorias más perfectas. Su éxito se debió al arrojito de un chihenne llamado Sánchez.<sup>[50]</sup> Cuando era joven, Sánchez cayó prisionero de los mexicanos en Chihuahua. En vez de matarlo, hicieron de él un esclavo. Durante años

guardó las reses del hombre que lo capturó. Antes de que se fugase, se había convertido en un *vaquero* al más puro estilo mexicano.

Entonces, en 1879, cuando los chihenne se encontraban acampados en la ladera de una montaña de Sierra Candelaria, en el estado de Chihuahua, Victorio sintió curiosidad por la inusual actividad que habían detectado sus exploradores cerca de la pequeña ciudad de Carrizal. Sánchez se presentó voluntario para llevar a cabo una extraordinaria misión. Se vistió con las ropas de un *vaquero* que él mismo había asesinado, eligió un caballo con la marca de un famoso ranchero de la ciudad de Chihuahua y cabalgó solo hasta Carrizal. Una vez allí, bebió en la cantina y charló con los lugareños. Gracias a su perfecto dominio de la lengua castellana se hizo pasar por mexicano. Sánchez supo que los ciudadanos de Carrizal estaban preparando la típica trampa mexicana: atraer a los chihenne hasta la ciudad, llenarlos de licor y matarlos cuando estuviesen durmiendo la borrachera.

Cuando un emisario se presentó en el campamento de Victorio, el jefe fingió amistad;<sup>[51]</sup> también ocultó a la mayor parte de sus guerreros. Una partida de dieciocho vaqueros, descuidados por un exceso de confianza, cabalgó hacia el campamento. Victorio había preparado una emboscada consistente en un triple fuego cruzado. El jefe no dio la señal de fuego hasta que el último de los dieciocho jinetes hubo entrado en la línea de tiro. Murieron en cuestión de minutos. Un mexicano se las arregló para ocultarse entre las grietas de una roca, de modo que estaba fuera del ángulo de los tres puntos de fuego. Solo sus piernas sobresalían de la grieta; los apaches se las despedazaron a tiros de las rodillas para abajo.

Unos días después, un gran grupo de hombres partió de Carrizal, alarmado por la ausencia de sus conciudadanos. Victorio les tendió la misma emboscada. Murieron quince de los treinta y cinco jinetes. Ni un solo apache resultó herido.

Al igual que Jerónimo, Victorio y sus chihennes sentían una especial aversión hacia los mexicanos, principalmente porque los conflictos entre ambos bandos databan de siglos y habían acumulado un gran número de truculentos encontronazos. Pero, incluso Kaywaykla (tan acostumbrado a la guerra que muchas décadas después podría decir: «Hasta que no tuve unos diez años, no supe que la gente podía fallecer por otra causa que no fuese la violencia») se impresionó profundamente ante el trato dispensado a un desdichado grupo de mexicanos, dos hombres, una mujer y un niño pequeño, cuya carreta habían interceptado los apaches. Llevaron a los hombres hasta un *arroyo* y allí les dispararon.

La mujer estuvo en pie, sin expresar emoción alguna, hasta que las oyó [las descargas]. Tal como suelen hacer los suyos, cayó de rodillas y alzando los brazos chilló: «¡Dios, Dios!», una y otra vez. Su pequeño como hacia ella, la mujer lo estrechó entre sus brazos y se inclinó sobre él, protegiéndolo. No me di cuenta de lo que iba a pasar hasta que una piedra la golpeó en la frente y la sangre manó sobre el niño. Ella cayó hacia delante, todavía protegiéndolo con su cuerpo. Yo corrí a los matorrales de mesquites hasta que Abuela me adelantó. Se arrodilló ante mí igual que había hecho aquella mujer, y me tomó en brazos.

Ella también temblaba.

El comandante en jefe de las tropas que habían perseguido a Victorio el pasado otoño estaba seguro de que era solo una cuestión de tiempo que el jefe cruzase de nuevo la frontera hacia el norte. Entre la intendencia, había dispuesto que se llevasen dos cañones montados en ruedas. «Era como matar moscas a cañonazos», fueron las sucintas palabras del historiador Dan L. Thrapp.

En efecto, en enero del año 1880, los chihenne cruzaron la frontera. Durante meses, Victorio arrastró a las tropas en una persecución tan frustrante como la de la campaña anterior. Las duras marchas forzadas dejaron a las patrullas de Nuevo México, según palabras de uno de sus oficiales, con «caballos tan cansados que parecían esqueletos, y a los hombres casi sin botas, ni ropa ni calzado alguno». Victorio poseía tal confianza en su dominio del terreno que, a pesar de sufrir el acoso del ejército, consiguió pasar a menos de un día de marcha de Ojo Caliente primero y de la reserva de los mescalero después, y enviar mensajeros a ambos lugares para que indagasen a ver si habría todavía alguna posibilidad de rendirse pacíficamente, pero su propio recelo le impedía negociar.

Victorio tuvo éxito incluso con la expedición punitiva que envió a San Carlos para tratar de barrer de la faz de la tierra a las familias de aquellos chaqueteros que eran los exploradores apaches. Para tan temeraria acción escogió a su hijo, un valiente joven conocido por los blancos con el curioso nombre de Washington. Junto a otros catorce guerreros, Washington recibió la orden de llegar a San Carlos sin ser vistos y después «matar y destruir todo cuanto pudiesen». Pero a menos de treinta kilómetros de San Carlos, la partida de Washington se topó con un grupo de cazadores procedentes de la reserva. Después de una breve pelea, Washington procedió a atacar a los apaches acampados en otra parte de la reserva, solo que estos no eran ni montaña blanca ni coyotero, sino familiares de las bandas de Juh y Jerónimo, hasta entonces aliados de los chihenne. Las razones que tuvo Washington para atacarlos se han perdido en la historia. El hijo de Victorio sobrevivió al choque y regresó junto a su padre.

Victorio golpeó en las montañas de Black Range y Mogollón durante toda la primavera de 1880, matando colonos y soldados a ritmo constante. Algunas de sus más hábiles victorias se debían al anciano Nana, quien junto a ocho guerreros escogidos cabalgó a través de todo el territorio devastando lo que encontraba a su paso. En una escaramuza, la partida de Nana mató a veinte colonos a orillas de río Bravo en cuestión de minutos. Thomas Cruse,<sup>[52]</sup> uno de los más perspicaces oficiales de los que tomaron, parte en la campaña contra Victorio, fue también uno de los miembros de la patrulla que descubrió la carnicería: docenas y docenas de casquillos, animales muertos y cadáveres medio quemados entre una pira de carromatos carbonizados. «Tuve pesadillas con eso durante semanas», escribiría Cruse.

Después de que la campaña terminase, Cruse calculó que durante los catorce meses empleados en cruzar de Nuevo México a Chihuahua y viceversa, los guerreros de Victorio, que rara vez serían más de setenta y cinco, se cobraron las vidas de más

de un millar de hombres blancos, entre mexicanos y estadounidenses, mientras eludían a tres escuadrones de caballería estadounidenses (unos seiscientos hombres cada uno), dos regimientos de infantería, también estadounidenses, un gran número de tropas mexicanas y un contingente de *rangers* de Texas. El balance de muertes puede que sea exagerado, pero no demasiado.

Sin embargo, a pesar de sembrar el terror a lo largo de toda la nación, los chihenne de Victorio sufrieron el desgaste de saber que mantenían una batalla perdida. En mayo de 1880,<sup>[53]</sup> sufrieron su primer revés serio, que no llegó, y esto es significativo, de manos de una patrulla militar, sino de una escuadra autónoma de rastreadores apaches bajo las órdenes de un solo hombre blanco. Este diestro grupo guerrillero encontró el campamento de Victorio a orillas del río Palomas, en Black Range, lo rodeó por la noche sin ser advertido y atacó al alba. Murieron unos treinta chihenne, entre hombres, mujeres y niños, y el propio Victorio resultó herido. En medio del combate, los rastreadores suplicaron a gritos a las mujeres para que se rindiesen sin recibir daño. Las mujeres replicaron con actitud desafiante que «si Victorio muere nos lo comeremos para que ningún hombre blanco pueda ver su cadáver». Pocos días después, una patrulla militar disparó sobre la retaguardia de una pequeña banda de apaches que se dirigía a la frontera mexicana, matando a diez individuos; Washington fue uno de ellos.

Dan L. Thrapp, el biógrafo de Victorio, resume el dilema que tenía el jefe entre manos en junio de 1880:

Desde su rebelión en 1879 hasta entonces, Victorio nunca fue atrapado, ni sufrió una clara derrota. Pero a partir de ese momento, comenzó el declive de su buena estrella. Y a pesar de que vencería en todos sus demás enfrentamientos, excepto el último, sus acciones se parecerían cada vez más a las de una fuerza que, debilitándose gradualmente, cubría su retirada. Victorio estaba descubriendo algo que Cochise aprendió antes que él: podías barrer a los soldados una vez tras otra, pero estos eran demasiados, tan bien pertrechados y con tantos refuerzos que acabarían agotándote.

Algunos oficiales albergarían cierta simpatía hacia Victorio. Thomas Cruse admitiría que «el Gobierno hizo caso omiso de las legítimas quejas de Victorio y lo forzó a tomar el sendero de la guerra».<sup>[54]</sup> Y Charles B. Gatewood, que desempeñó un papel decisivo en la caza final de Jerónimo, le dijo a Cruse «que cualquier hombre de criterio, y con autoridad para concederle a Victorio sus justas reivindicaciones, podría haber evitado la desastrosa y sangrienta rebelión de 1879».

Cada guerrero chihenne muerto significaba una pérdida irreemplazable. Fue durante esos aciagos días cuando Kaywaykla tuvo noticia de un espantoso suceso.<sup>[55]</sup> Después de un ataque, un agotado Victorio buscó a la madre de Kaywaykla. En un lugar un poco apartado del campamento le dijo: «Afronta este hecho con el valor que a tu marido le hubiese gustado que mostrases. Él ha muerto. En lo sucesivo no vuelvas a pronunciar su nombre». Como buen apache, Kaywaykla observó rigurosamente aquel antiguo tabú: jamás volvió a pronunciar el nombre de su padre.

En junio las diferentes bandas que componían el grupo de Victorio cruzaron la

frontera por separado, para dificultar más aún la persecución, y se reunieron en Chihuahua. La gente se disgustó cuando descubrieron que Lozen no se hallaba entre los guerreros. Supusieron que había muerto y los chihenne evitaron pronunciar su nombre. Más tarde, llegarían a la conclusión de que el desastre que les ocurrió nunca hubiese tenido lugar si Lozen, con su don para localizar al enemigo, hubiese estado con ellos.

Durante las semanas siguientes,<sup>[56]</sup> Victorio condujo a su pueblo en dirección este, hacia las montañas llenas de cactus situadas en la zona occidental de Texas, un territorio situado fuera de los límites de sus dominios. Ese dato sirve para medir el grado de desesperación del grupo. Los exploradores indios que los siguieron en territorio mexicano informaron que la gente de Victorio «sufre una situación traumática y desmoralizadora. Llevan a los heridos con ellos y sus animales están acabados». Ante tal contingencia, el jefe de los apaches mescalero que acompañaban a Victorio dijo que ya habían tenido bastante y planeaban regresar a la reserva. Victorio se negaba a rendirse. En la pelea que se desató a continuación, Victorio mató al jefe mescalero. Los demás mescalero, temiendo la ira del vencedor, decidieron quedarse con los chiricahua.

El gobernador de Chihuahua eligió a su primo, Joaquín Terrazas, para organizar un cuerpo mixto de soldados y voluntarios civiles mexicanos con el fin de dar caza a Victorio. También ofreció una recompensa por cada cabellera apache, y un premio de dos mil pesos (una fortuna en aquella época) por Victorio, vivo o muerto. A menudo ha existido tendencia a denigrar a los militares mexicanos, y no solo los historiadores estadounidenses, sino también los propios apaches hicieron comentarios mordaces acerca de la supuesta cobardía e incompetencia de los soldados del sur de la frontera. Pero México tuvo grandes luchadores contra los indios, y Joaquín Terrazas fue uno de los mejores.

Después de haber pasado un mes registrando las ciudades de Chihuahua para reclutar combatientes, Joaquín Terrazas contaba con trescientos cincuenta hombres bajo sus órdenes. Más tarde enviaría de vuelta a los noventa menos comprometidos con la causa, obteniendo así una disciplinada fuerza de doscientos sesenta hombres. Entre ellos se encontraba un número de indios tarahumara, excelentes atletas y enemigos de los apaches que vivían al norte de su territorio. A diferencia de las tropas estadounidenses, a las que Victorio les había hecho sudar la gota gorda, valga la expresión coloquial, las tropas mexicanas estaban frescas, bien alimentadas y mejor armadas.

En septiembre Victorio llevó a los suyos más hacia el sudeste, a un árido desierto plagado de serpientes de cascabel y monstruos de gila, en el límite del territorio de Chihuahua. Su biógrafo se pregunta por qué Victorio no cambió su rumbo y se dirigió a su santuario, en los altos de Sierra Madre:

Dirigió su éxodo por tierras y lugares que conocía hasta aquel páramo abrasador. ¿Buscaba una Tierra Prometida? Él no podía haber creído en algo así ... pero se estaba haciendo viejo. Quizás estuviese

cansado. Se había deshecho de sus perseguidores, de sus atormentadores, en innumerables ocasiones, pero las hordas eran inagotables y sus guerreros pocos y cada vez más cansados, relegados a realizar labores defensivas de retaguardia. Su éxodo había abandonado la Tierra de las Esperanzas Rotas, para dirigirse a la Tierra de la Desesperanza.

Kaywaykla nos ofrece la oportunidad de entenderlo.<sup>[57]</sup> El mayor problema de Victorio en septiembre de 1880 era la escasez de munición. En el concejo de guerreros, Victorio encargó a Blanco y a Kaytennae, dos de sus hombres más dignos de confianza, que realizasen una expedición en busca de cartuchos. Mientras tanto, él confiaba en acampar junto a un lago cerca de Tres Castillos, tres escarpadas montañas que sobresalían en el desierto. «Durante un corto período de tiempo —le dijo al concejo—, estaremos relativamente seguros aquí. La caballería nos buscará por las montañas, no en esta llanura. Nos hace mucha falta descansar y necesitamos alimentos».

Victorio se volvió hacia Nana en busca de consejo, pero el anciano dijo: «He combatido con tres grandes jefes de mi gente, Mangas Coloradas, Cochise y Victorio. Los problemas con los que te enfrentas son superiores a cualquiera de los otros que se hayan dado antes. Tu decisión es de gran importancia para el futuro de nuestro pueblo. Tu sabiduría nunca nos ha fallado. Ordena y nosotros obedeceremos».

El plan de Victorio consistía en recuperarse en Tres Castillos y luego dirigirse hacia el oeste, a Sierra Madre, a las montañas Azules, como las conocían los apaches. Aunque Kaywaykla jamás había estado allí, absorbió las idílicas descripciones de sus mayores:

Abuela hablaba de los altos pinos, de los prados de las montañas y del agua fresca y cristalina de la tierra de Juh. Unas pocas acampadas, unas cuantas llanuras que cruzar, unos cuantos días de evitar ser descubiertos y encontraríamos un refugio seguro contra los ojos blancos y sus ataques. Viviríamos en una tierra como lo habían hecho nuestros padres, fuera del alcance de la codicia y la crueldad. Sería como vivir en el Lugar Feliz, sin sufrimientos, ni injusticias ni hambre.

Por una vez, Victorio cometió un error de cálculo.<sup>[58]</sup> El ejército de Terrazas había estado siguiendo ininterrumpidamente los pasos de los chihenne. El día 15 de octubre, el jefe de los mexicanos subió a una colina, oteó el horizonte con sus prismáticos y divisó dos columnas de polvo cerca de Tres Castillos.

El ataque de Terrazas llegó al atardecer y no se anduvo con sutilezas. Los chihennes divisaron a la columna asaltante cuando esta estaba aún a casi un kilómetro de distancia, con los tarahumaras a la cabeza, y comenzó el tiroteo. La orografía del terreno era una trampa para los apaches, en vez de una montaña a sus espaldas, esta vez tenían una estéril loma de apenas treinta metros de altura.

La carencia de munición cobró sus trágicos dividendos. Los chihenne se arrojaron tras los parapetos de roca, tras los cuales dispararon lo que pudieron. La lucha continuó a través de la noche, iluminada por la luna. A medianoche, afirma Terrazas, los apaches estallaron en cánticos de muerte que entonaron durante dos horas.

Al amanecer, la lucha se reanudó con nuevo ímpetu. Según el testimonio de



Terrazas, gran parte del combate se desarrolló cuerpo a cuerpo, «los contendientes luchaban unos con otros amarrándose por la cabeza». Eso no parece ser cierto, pues los guerreros apaches no tenían rival a corta distancia en un combate a cuchillo. Seguramente fue la superioridad de las municiones la que marcó la diferencia, aplastando a los defensores.

Alrededor de las diez de la mañana del día siguiente, 16 de octubre, la batalla había concluido. En su informe oficial, Terrazas afirma que las bajas entre los apaches fueron setenta y ocho, sesenta y dos de los cuales eran guerreros, y tomaron sesenta y ocho prisioneros entre mujeres y niños. Sus bajas fueron nimias: tres muertos y diez heridos. Arrancaron las cabelleras de los chiricahua muertos, por la recompensa. Los apaches que más tarde regresarían para enterrar a los suyos, afirmaron que la mayoría de los cadáveres habían sido quemados en una pira.

El propio Terrazas no supo cuál de aquellos apaches era Victorio, y se sabe que el jefe se encontraba entre los caídos solo porque así lo testificaron los cautivos. Mauricio Corredor,<sup>[59]</sup> uno de los jefes tarahumaras, recibió el honor de haber sido el que mató a Victorio de un disparo. El gobierno de Chihuahua le pagó la recompensa de dos mil pesos y también le regaló un rifle niquelado. Pero los chihenne juran que Victorio luchó hasta agotar sus municiones y que luego se quitó la vida con su propio cuchillo.<sup>[60]</sup> Sus descendientes así lo siguen jurando hoy en día.

Un mes después de la batalla de Tres Castillos, un grupo de apaches,<sup>[61]</sup> es probable que ni siquiera fuesen chiricahua, tendió una emboscada a una columna de mexicanos cerca de Carrizal. Uno de los soldados era un sargento que iba montado en la silla de Victorio. Los apaches la reconocieron, y a él lo cortaron en pedacitos.

Algunos apaches pudieron escapar de Tres Castillos,<sup>[62]</sup> arrastrándose al amparo de la noche, dirigidos por Nana. El joven Kaywaykla, después de pasar una dura prueba reptando y escondiéndose, se las arregló para huir junto con su madre. Hubo un momento en que ellos estaban tumbados, ocultos en una grieta poco profunda a escasos metros de un mexicano que había liado un cigarrillo y lo estaba fumando. El soldado tiró la colilla al suelo y la apagó con la bota antes de marchar. «De no haber estado yo en medio —escribiría Kaywaykla—, [mi madre] podría haberlo matado con su cuchillo, mientras fumaba». En su huida, Kaywaykla fue separado de su hermanita, un bebé, y de su amada abuela. Pasarían cuatro años antes de que conociera cuáles fueron sus destinos; mientras tanto, se imaginó que la mujer habría sido asesinada y su hermana vendida como esclava.

Días después de la masacre, los aturridos supervivientes, diecisiete en total, se encontraron en el punto de reunión acordado de antemano, un *arroyo* profundo y oculto. Nana habló de Victorio. Setenta años después, Kaywaykla recordaría lo esencial de sus palabras.

El jefe había muerto tal como había deseado, defendiendo a los suyos. Era el más grande de los jefes apaches, sí, de todos los jefes indios. Murió del mismo modo que había vivido, libre e inquebrantable. Ellos también hubiesen preferido morir en combate. Conocíamos bien cuál fue el destino de Cochise y de

Mangas Coloradas, ellos también habrían envidiado a Victorio. Pero ... no debíamos lamentarnos por él. Se había ahorrado la ignominia del aprisionamiento y la esclavitud, y por eso él tendría que haber dado gracias a Ussen.

Aquella noche, Blanco y Kaytennae regresaron de su expedición en pos de municiones, solo para encontrarse con la masacre. Traían cientos de cartuchos.

—Demasiado tarde —dijo Kaytennae amargamente.

—No es demasiado tarde —contestó Nana—, mientras un apache continúe con vida.

## Capítulo 13

### El Soñador

Uno podría imaginarse que lo primero que haría Jerónimo en aquel verano de 1877, después de que le quitasen los grilletes que sujetaban sus tobillos, sería fugarse de la reserva de San Carlos. Cuando Clum lo encerró en la prisión militar, sabía que la consecuencia de aquello «fácilmente hubiese significado mi muerte».<sup>[1]</sup> Sin embargo, en lugar de huir, se quedó y acampó junto a los demás chiricahua durante siete meses más. Incluso resistió la tentación de unirse a la rebelión de Victorio.

En su autobiografía, Jerónimo explica su pasividad con una insípida frase: «Después de eso ya no teníamos más problemas con los soldados ... aunque nunca me sentí verdaderamente cómodo en el lugar [en la reserva de San Carlos]». Sin embargo, unos cuarenta kilómetros Gila arriba, los guerreros bedonkohe vivían con relativa satisfacción en la reserva chiricahua. Muy bien se podría deber a que, una vez que Clum se fuera, Jerónimo se sintiese a salvo de lo peor que le pudiesen hacer los ojos blancos. El sucesor de Clum mantuvo una entrevista con Jerónimo a finales de septiembre en la cual lo nombró «capitán» de los chihenne que se habían quedado allí..., a pesar de que Jerónimo no era chihenne.<sup>[2]</sup>

Que Jerónimo se quedase en las cercanías de San Carlos dice mucho acerca de su carácter bipolar. Sopesó en su interior las ventajas de la vida en la reserva (y en 1877 no eran precisamente insignificantes) frente a la añoranza de libertad que más tarde desequilibraría la balanza.

No fue hasta el 4 de abril de 1878 cuando Jerónimo huyó a toda prisa.<sup>[3]</sup> El desencadenante no tuvo nada que ver con las autoridades blancas. Jerónimo y otros se emborracharon con licor de contrabando. Según el testimonio de un joven chiricahua allí presente, el ebrio guerrero comenzó a «reprender a su sobrino sin razón alguna». El muchacho, seriamente herido por las críticas, se suicidó. Jerónimo, agonizante de pesar, huyó a México junto con Juh, su viejo aliado; con ellos cabalgaban un grupo de leales parientes.

Durante el siguiente año y medio, Jerónimo operó desde el bastión de Juh, en pleno corazón de Sierra Madre. Este es el período más oscuro de la biografía de Jerónimo a partir de mediada la década de 1870, cuando los estadounidenses empezaron a oír hablar de él. Su propia memoria pasa por encima de aquella etapa sin decir ni una sola palabra. Todo parece indicar que Jerónimo y Juh se unieron a Victorio en algunas de las batallas que sostuvieron los chihenne contra los ojos blancos en los catorce últimos meses de su campaña. También parece que abandonaron las filas de Victorio no solo por el ataque de Washington, su hijo, a la gente de Juh y Jerónimo, allá en San Carlos, sino también porque, tal como jura un

comerciante de la reserva, «en vez de mostrar simpatía hacia la banda de Victorio, [la gente de Juh y Jerónimo] hacían gala de sentimientos hostiles hacia ellos».<sup>[4]</sup>

Después de un año y medio perdidos, en diciembre de 1879 Juh y Jerónimo se presentaron voluntariamente para vivir una vez más en la reserva de San Carlos. Clum, que observaba todo aquello desde Tombstone, hizo un cínico comentario: «Lo que [Jerónimo] quería eran las mantas que proporcionaba el gobierno y la leña, la carne de buey, las alubias, la harina y también descansar de los rigores del camino ... Fue el héroe de la reserva durante veinte meses, tiempo más que suficiente para planear sus futuras fechorías».<sup>[5]</sup> Juh y Jerónimo se quedaron en San Carlos mientras los chihenne luchaban y cubrían su doloroso camino hacia Tres Castillos.

Tras la masacre que casi había exterminado a los chihenne libres, Nana reunió a los supervivientes. Tanto la caballería mexicana como la estadounidense todavía estaban buscando a los pocos que pudiesen haber escapado. Los desherrapados restos del grupo se ocultaban de día y cabalgaban de noche. «Ningún guerrero —dice Kaywaykla recordando aquellos aciagos días— sabía si su esposa estaba muerta o era esclava de los mexicanos. Nadie sino Nana parecía preocuparse por si vivían o morían».<sup>[6]</sup>

En medio de todas aquellas tribulaciones. Nana consiguió enviar mensajeros a Black Range, en Nuevo México, donde estaban ocultos más chihenne; estos se unieron a los supervivientes. El anciano jefe también reclutó apaches de otras tribus y, lentamente, consiguió hacer de su devastado grupo una fuerza respetable. «Aunque en comparación con el de Victorio solo eran un puñado», admitiría Kaywaykla. Nana eligió de nuevo al notable Sánchez para llevar a cabo otra peligrosa misión: seguir a las fuerzas de Terrazas con la esperanza de averiguar el paradero de sus cautivos. Sánchez regresó con la sombría nueva de que se llevaron alrededor de un centenar de mujeres y niños (treinta individuos más de los admitidos por Terrazas en su informe) a la ciudad de Chihuahua, donde, con toda seguridad, serían vendidos como esclavos.

El movimiento obvio de los supervivientes habría sido acordar una rendición en la reserva mescalero o en la de San Carlos, abandonarse a merced de la clemencia del ejército de Estados Unidos. Esta última reserva, a pesar de ser odiada, todavía contenía ciento cuarenta apaches chihenne y también estaban allí Juh y Jerónimo. Quizás hubiese mala relación entre aquellos chiricahua y Victorio, pero Nana estaba casado con una hermana de Jerónimo. Antes de que comenzase el siguiente año, el anciano cabalgaría de nuevo junto a su cuñado bedonkohe. Pero de momento Nana no se dignaba a considerar la rendición: buscaba venganza.

Un día, un jinete solitario se aproximó al campamento de los fugitivos.<sup>[7]</sup> Era Lozen, que había estado perdida durante semanas y traía una extraordinaria historia que contar. Se había separado del grupo casi dos meses antes del incidente de Tres Castillos y su banda había sido acosada por las tropas estadounidenses a lo largo de la ribera del río Bravo, en Texas. Lozen cabalgaba junto a una joven mescalero embarazada, la cual rompió aguas de pronto. Sin más dilación, Lozen entregó el

caballo de la mujer y el suyo a uno de sus compañeros de fuga, un chihenne, y fueron a pie a ocultarse entre la espesura de los matorrales para esconderse junto a la prematura madre (de haber conservado los caballos con ella, la caballería las habría descubierto).

Cuando los soldados se acercaron lo suficiente para ser oídos, ocultaron al bebé en el sotobosque. A partir de ese momento se desarrolló una larga odisea por la supervivencia mientras Lozen guiaba a la joven madre hasta la reserva de los mescaleros. Durante aquellas semanas de furtivos movimientos y escondrijos, Lozen realizó numerosas hazañas. Por dos veces logró robar caballos mexicanos ante las mismas narices de sus dueños, huyendo entre una lluvia de balas. Mató un novillo *longhorn* solo con su cuchillo para que la joven pudiese comer, y luego hizo una garrafa para el agua con el estómago del animal. Finalmente, mató a un soldado de caballería y se quedó con su rifle, sus municiones y su cantimplora.

En la reserva supo de la masacre que acabó con la vida de su hermano por boca de aquellos mescaleros que habían regresado dispersos en pequeños grupos.

Eludió a los soldados que todavía patrullaban la frontera y se internó de nuevo muchas millas dentro de México, donde encontró a Nana y al resto de supervivientes. Lozen estaba impaciente por cabalgar junto al anciano en su búsqueda de venganza.

Nana tendría unos setenta y cinco años, y su aspecto difería del de un gran guerrero más que nunca. Un periodista que lo conocería unos años después describiría a Nana como «un hombre de unos ochenta años, bajo, obeso y con el rostro lleno de arrugas; lento en sus movimientos pero muy activo cuando lo requería la ocasión. Su rostro, lejos de resultar atractivo, mostraba una expresión más impasible e inescrutable que la de todos los demás [jefes chiricahua] ... y eso es mucho decir».<sup>[8]</sup> El avisado teniente Charles B. Gatewood quedó menos impresionado todavía. El viejo lo miró como «un anciano jefe, paralizado y decrepito, que a duras penas sería capaz de acompañar a las *squaws* y a los niños en las incursiones».<sup>[9]</sup>

Para los chiricahua,<sup>[10]</sup> como para todos los apaches, la venganza no era fundamentalmente una cuestión personal. Más bien implicaba la vuelta al equilibrio dentro del estado de las cosas. Matar miembros del bando enemigo después de que este hubiese hecho lo mismo con el propio era casi un deber sagrado; aunque un jefe como Nana no tuviese potestad para ordenar luchar a ningún guerrero. El ideal apache de venganza guarda cierta afinidad con el concepto griego de Némesis. Como señaló Kaywaykla: «Ussen no nos encomendó que amásemos a nuestros enemigos. Nana no amaba a los suyos y no se conformaba con el ojo por ojo, ni con una vida por otra. Por cada apache muerto se cobró muchas vidas».<sup>[11]</sup>

Durante los siete meses que siguieron al enfrentamiento en Tres Castillos, Nana logró devolver algo de poder a su banda. El anciano jefe buscaba un sentido a la tragedia de su gente. «No es bueno que la gente tenga una vida regalada —le dijo a Kaywaykla—. Los hace débiles e ineficaces cuando tienen que luchar». Los

chiricahua realizaron algunas batidas o emboscadas, mataron mexicanos, pero también sufrieron un serio revés cuando murieron dos de sus mejores guerreros en un tiroteo. Nana, por medio de su poder, se concentró en obtener armas y municiones. En una ocasión los apaches capturaron una recua de mulas cargadas con una pesada mercancía. Para disgusto de Nana, el botín no consistió en municiones sino en lingotes de plata.

—Si pudiésemos llevar esto a Casa Grandes —aventuró Sánchez, basándose en lo aprendido con sus antiguos captores—, podríamos comerciar con los mexicanos a cambio de cosas valiosas para nosotros; si cada hombre lleva dos o tres de estos lingotes para cambiarlos por cartuchos...

—En vez de munición —le interrumpió Nana—, lo cambiarían por mescal y serían asesinados.

A principios de 1881, Nana condujo a los suyos hasta el santuario situado en la elevada vertiente occidental de Sierra Madre. Por fin el joven Kaywaykla vería la mítica tierra de Juh.

En aquel lugar pasamos unas semanas como debían vivir aquellos que estaban en el Lugar Feliz. De nuevo podíamos cazar, darnos banquetes y danzar alrededor del fuego. De nuevo los padres podían pasar el tiempo con sus familias ... aquellos cuyos padres viviesen. Por primera vez desde que tengo memoria, vivimos como vivieron los apaches antes de la llegada de los ojos blancos.

Desde su santuario, la banda realizó prolongadas incursiones. Una de las más extensas cubrió todo el camino hacia el norte, hasta Ojo Caliente, pues estaba libre de soldados porque no había apaches que vigilar allí. Los chihenne apostaron centinelas y pasaron dos días bañándose en sus fuentes sagradas. Kaywaykla recuerda «¡Qué bueno era estar en el agua! En el desierto, donde era difícil conseguir agua potable, nos frotábamos la piel con arena fina. Nos tumbamos en aquel estanque durante horas, disfrutando de los beneficios del agua durante horas».

A finales de junio de 1881, el jefe emprendió lo que para siempre sería conocido como el Ataque de Nana. De todas las extraordinarias hazañas bélicas protagonizadas por los chiricahua, esta fue sin lugar a dudas la más brillante. La brevedad de las estadísticas solo insinúan la intensidad y la perfección de la salvaje campaña de Nana. En dos meses,<sup>[12]</sup> sus guerreros cabalgaron más de cuatro mil ochocientos kilómetros, lo cual supone una media de ochenta kilómetros diarios. Tuvieron siete duros enfrentamientos con la caballería, vencieron en todos, y atacaron más de una docena de ciudades y ranchos. Con un contingente de mil soldados y tres o cuatro mil civiles persiguiéndolos, los guerreros eludieron todas las trampas. Durante aquellos dos meses mataron a treinta y cinco de sus enemigos, hirieron a muchos más y capturaron más de doscientos caballos y mulas. No se conoce con certeza el número de bajas que sufrieron, pero la horda que los perseguía no encontró, nunca, a ningún guerrero ni herido ni muerto. Y todo esto fue obra de un puñado de guerreros bajo el liderazgo de un jefe, un anciano cojo, de unos setenta y cinco años.



Nunca se narró la historia completa del Ataque de Nana, solo los apaches la conocían desde dentro, y Kaywaykla era demasiado joven como para cabalgar con ellos. Desde el punto de vista de los colonos y los soldados de Nuevo México fueron dos meses llenos de frustración y miedo. El confiado coronel al mando de la zona creía que podría usar la nueva línea férrea y el telégrafo para acorralar a Nana.<sup>[13]</sup> En vez de eso, los guerreros mostraban una despreocupada superioridad frente a los militares a cada paso que daban. Los chihenne montaban sus caballos hasta reventarlos, después les pegaban un tiro (a veces se los comían) y robaban más. Con su inigualable conocimiento de las montañas de Nuevo México, podían esconderse donde les viniese en gana. La gran banda de Victorio siempre fue retrasada por el amplio número de mujeres y niños que iban con ellos; la banda de Nana estaba formada exclusivamente por guerreros.

La pasmosa movilidad de los asaltantes dejaba sin habla a los ciudadanos de Nuevo México, quienes no podían creer que una banda de apaches quemase un rancho en un determinado lugar y que esos mismos apaches tendiesen una emboscada a una expedición de suministros a ciento diez kilómetros de allí, solo dos días después. En una ocasión, Nana se presentó en la reserva de los mescaleros, donde reclutó a treinta o cuarenta guerreros que acompañaron a sus chihenne durante esta larga campaña. Aun sabiendo que iba Nana, el ejército se mostró impotente para coartar sus golpes. El pánico que vivía el territorio se reflejó en los periódicos: afirmaban que toda la tribu de los mescalero había salido en estampida de la reserva.

Los saqueos de Nana no eran indiscriminados. Entre tres ranchos situados al sudoeste de Nuevo México, por ejemplo, los chihenne perdonaron uno que pertenecía a un mexicano que había comerciado con la gente de Nana. Pero sus saqueos también crearon escenas espeluznantes. Civiles y militares que habían encontrado víctimas, informaban de hombres «mutilados» y mujeres «ultrajadas».

A finales de agosto de 1881 terminó el asalto. Nana se retiró con gran donaire a Sonora y el ejército estadounidense lanzó un suspiro de alivio cuando se declaró oficialmente que la persecución había concluido. Desde el punto de vista de los blancos, ese salvaje ataque carecía de sentido, una brutal descarga de fusilería a manos de los indios que no tenía otro sentido estratégico más que sembrar el pánico, no obtener tierras ni derechos. Pero Nana, que ponderaba sus pensamientos en Sierra Madre, sabía que había cobrado parte de la deuda que los ojos blancos tenían con Victorio.

\* \* \*

Mientras tanto, lejos, al norte, en la reserva de la montaña blanca de Arizona, se estaba fraguando uno de los más confusos y tristes capítulos de las Guerras Apaches. Este se centró en un hechicero llamado Nochedelklinne. Los hombres blancos sabían

poco de él en 1881, y siguen sabiendo poco hoy en día. Nochedelklinne era un hombre de unos treinta y seis años de edad, de constitución ligera y poco impresionante, apenas 1,67 metros de estatura y no más de 56 kilos.<sup>[14]</sup> Según el teniente Thomas Cruse, que conoció al hechicero durante la crisis que estaba a punto de desencadenarse: «Su rostro (de color muy claro para tratarse de un apache) era tenso y tenía aspecto de asceta. Era una cara muy interesante en todos los sentidos».

Cruse insistió en que Nochedelklinne había tomado parte en la delegación india que visitó al presidente Grant en 1871, aunque no figura en las crónicas con ese nombre, y que también asistió a la escuela en Santa Fe, donde «aprendió las nociones básicas del cristianismo». Y añade: «Era un Soñador, lo cual indica que se ocupaba de los asuntos del misticismo y poseía (así lo he creído siempre) cierto rudimentario poder hipnótico».

En junio de 1881, Nochedelklinne comenzó a predicar una visión y a enseñar una danza a todos los apaches que estuviesen interesados. En dicha danza, los hombres y mujeres se disponían en columnas a partir de un centro común, como los radios de la rueda de un carromato.<sup>[15]</sup> Mientras caminaban con paso lento y solemne, el hechicero los espolvoreaba con *hoddentin*, el polvo del tule (la totora, un tipo de junco de gran tamaño), una de las sustancias con mayor poder mágico según los apaches. A menudo la danza duraba toda una noche.

En síntesis, la visión de Nochedelklinne auguraba la desaparición del hombre blanco y la vuelta a la vida de los grandes jefes. Respecto a esta idea, el movimiento que pretendía lanzar el Soñador era uno de los que se llamarían danzas de los fantasmas. La primera de ellas apareció entre los paiutes, en el estado de Nevada, y la última y más importante fue la de los sioux en 1890. Cruse opinaba que la noción básica del cristianismo que con más fuerza había prendido en Nochedelklinne era el concepto de resurrección.<sup>[16]</sup>

A pesar de que muchos apaches se mostraron escépticos en un principio, el Poder del Soñador los puso de su lado. Juh y Jerónimo acudieron a sus reuniones,<sup>[17]</sup> se negaron a danzar pero se sintieron tan impresionados que con el tiempo llegaron a aceptar la visión de Nochedelklinne. En cierta ocasión, Nana se acercó desde México para observar el fenómeno. Según Daklugie, hijo de Juh, que solo era un niño de la reserva por entonces:

Después de celebrar las ceremonias hasta casi el alba, Nochedelklinne terminó el rito y, acompañado por unos pocos danzarines, comenzó a subir una pendiente entre la difusa luz del amanecer. Antes de alcanzar la cresta se detuvo y alzó los brazos para orar. Aquellos que lo acompañaban pudieron vislumbrar los cuerpos de tres grandes jefes (Cochise, Mangas Coloradas y Victorio) surgir lentamente de la tierra. Cuando emergieron completamente y fueron visibles de las rodillas arriba, volvieron a hundirse en el suelo. Nana dijo que vio esto y la palabra de Nana no iba a ser cuestionada.

A medida que las palabras de la nueva religión de Nochedelklinne se extendían y sus danzas ganaban adeptos, crecía la inquietud entre las autoridades blancas de la reserva. El nuevo agente al cargo de San Carlos, un hombre infame, famoso por su

corrupta conducta (cuyos efectos contribuían a la miseria de los apaches), requirió al coronel que le enviase fuerzas adicionales, y lo avisó sombrío de «tener problemas con los apaches montaña blanca, tonto y con los indios de San Carlos».<sup>[18]</sup> Cruse envió al explorador en quien más confiaba,<sup>[19]</sup> un indio chotaw, a investigar, y cuál no sería su sorpresa cuando el hombre regresó y presentó su dimisión, llena de nefastas predicciones acerca de una gran rebelión.

Así, de acuerdo con Daklugie: «De todos los encontronazos que tuvieron los apaches con sus enemigos, creo que [el asunto de Nochedelklinne] fue el que menos entendieron los blancos».<sup>[20]</sup> Los nerviosos estadounidenses vieron en las reuniones del Soñador los preliminares de una revuelta. El coronel al mando, Eugene A. Carr, rezongó una serie de preocupados y telegráficos augurios:

[Los] Indios creen que ese médico será la cabeza de todos ellos ... dice que las cosas se pondrán al revés, los muertos volverán a la vida y los indios estarán por encima de los blancos, se harán con este puesto, los soldados tendrán que rendirse y entregarles los caballos, etc.<sup>[21]</sup>

Cruse se sentía igualmente desconcertado ante las «reuniones del renacimiento religioso»,<sup>[22]</sup> como las llamaba él: «Empezaban a parecerse demasiado a los campamentos de los *negros* de los Estados del Sur, donde los negruzcos celebraban la religión con entusiastas gritos y acrobacias».

Desde el punto de vista apache, la visión del hechicero poseía un sentido, una llamada a la no sublevación. Cerca del final de su vida,<sup>[23]</sup> Jerónimo le dijo a Daklugie que «él nunca había logrado comprender cómo Juh, y él mismo, podrían haber sido fácilmente influenciados por aquel hechicero, pues los había convencido de que los apaches debían dejar la venganza en manos de Ussen».

Con tensiones en la reserva que crecían día a día, con oficiales al mando que tenían poco o ningún conocimiento de lo que estaba pasando, ocurrió lo inevitable. Nochedelklinne efectuó una serie de danzas en Cibecue Creek, a setenta y cuatro kilómetros al norte de San Carlos. El agente reveló sus oscuras intenciones en un telegrama al coronel Carr: SERÍA BUENA IDEA DETENER [a Nochedelklinne] Y DEPORTARLO, O MATARLO SIN ARRESTARLO.<sup>[24]</sup> Carr envió a dos exploradores apaches que ordenasen a Nochedelklinne que se trasladase a Fort Apache. Después de dos días sin obtener respuesta, marchó sobre Cibecue Creek con setenta y nueve soldados, seis oficiales y veintitrés rastreadores apaches. Alcanzaron el campamento del hechicero el día 30 de agosto.

Existen tantas versiones respecto a lo sucedido en Cibecue Creek como testigos. Carr afirma que se encontró a Nochedelklinne a la entrada de su tienda,<sup>[25]</sup> rodeado de quince o veinte guerreros. Lo puso bajo arresto y le explicó, mediante un intérprete, que si probaban que los cargos presentados contra él eran falsos, sería puesto en libertad. Pero Carr también le prometió «que si intentaba huir lo matarían» y que «si había algún intento de rescatarlo también lo matarían». Nochedelklinne se

limitó a sonreír, según palabras del coronel, y «decir que no quería escapar, que estaba deseando ir».

Carr admitió indirectamente que tenía problemas para comunicar sus ideas al gentil chamán. Su coloquio parece que sería otra de las fatídicas ocasiones dentro de las Guerras Apaches donde la barrera del lenguaje desbarataría la situación. Al Sieber,<sup>[26]</sup> el más astuto de los jefes de exploradores blancos, afirmaría más tarde que toda la culpa residía en «el intérprete, por no conocer lo suficiente la lengua apache» y en consecuencia cometió «un error garrafal» de traducción, aunque Sieber no especifica exactamente cuál fue el error.

Carr dispuso todo para trasladar al prisionero, pero Nochedelklinne insistió en comer primero. Daklugie corrobora este detalle: «Lo vi desde la ladera de la colina. Podíamos ver a Nochedelklinne comer y a los exploradores apremiándolo para que se diese prisa».<sup>[27]</sup> La situación se iba tensando por momentos.

Finalmente Carr partió hacia Fort Apache con su prisionero.<sup>[28]</sup> El coronel permitió que sus fuerzas se dividiesen en dos grupos al llegar a una zona de maleza alta. Entonces el coronel, más relajado, le confesó a uno de sus capitanes «que yo estaba bastante avergonzado de haber acudido con toda aquella fuerza a arrestar a un pobre indio escuálido». La partida bajó por Cibecue Creek, con los intranquilos apaches cabalgando en paralelo para asegurarse que el Soñador no recibiría daño alguno. Se hizo tarde y Carr ordenó acampar.

Según el informe del coronel, los seguidores de Nochedelklinne se agruparon alrededor del campamento. Un oficial caminó hacia ellos y, agitando las manos, repetía una palabra apache que significa «marchaos». Los indios no se movieron. Daklugie afirmaba que todo lo que deseaban hacer los apaches era observar;<sup>[29]</sup> empezó a crecer entre ellos la sospecha de que algún tipo de mal se cernía sobre su profeta.

La situación era ya demasiado tensa. Hubo un disparo e inmediatamente se desencadenó un tiroteo. El capitán que había tratado de dispersar a los indios murió instantáneamente,<sup>[30]</sup> así como el soldado que estaba a su lado. Un teniente testificaría más tarde que Carr se aproximó al soldado que vigilaba a Nochedelklinne y le ordenó con firmeza: «¡Mate al hechicero!». El Soñador recibió un disparo en los muslos, se alejó reptando y el soldado que disparó recibió un balazo. Otro soldado se acercó a Nochedelklinne, apoyó su revolver en la boca del hechicero y disparó. El Soñador todavía no estaba muerto. Finalmente, un guía civil acabó con él abriéndole la frente con un hacha.

Las historias apache difieren unas de otras. Un testigo dice que los soldados trataron de dispersar a los apaches apuntándoles con sus armas y sacándolos de allí en tres ocasiones.<sup>[31]</sup> Otro afirma que dispararon sobre Nochedelklinne antes de que disparase el primer apache.<sup>[32]</sup>

La batalla duró hasta el anochecer. Daklugie dice que su padre, Juh, así como

Jerónimo y Lozen tomaron parte en la pelea.<sup>[33]</sup> Lozen cabalgó audazmente hasta el campamento de Carr y se llevó buena parte de los caballos del ejército. Pero el hecho más importante de toda la batalla fue que, desde el primer disparo, todos los exploradores que habían cabalgado junto a Carr desertaron y combatieron contra los casacas azules. Esta sería la única ocasión durante todas las Guerras Apaches que los exploradores indios se amotinaron contra el ejército, pero en realidad confirmaba los peores temores de los ciudadanos de Arizona, quienes jamás habían aceptado el experimento del general Crook de usar exploradores apaches.

Al final de la batalla, seis soldados y un oficial estadounidenses yacían muertos en el suelo. Carr había perdido cincuenta y cinco caballos y mulas, y tres mil cartuchos. Cruse estimó que murieron dieciocho apaches, entre ellos seis de aquellos exploradores chaqueteros.<sup>[34]</sup>

Las fuerzas de Carr, traumatizadas por el combate, regresaron renqueantes a Fort Apache,<sup>[35]</sup> donde los rumores apuntaban a que todo el ejército había sido barrido del mapa. Durante los siguientes seis días asesinaron a seis hombres blancos en las cercanías del campamento militar. Entonces, el día 1 de septiembre, los apaches atacaron la fortificación por dos flancos; un hecho sin precedentes para unos guerreros que preferían la rapidez de las tácticas de las guerrillas. Un teniente resultó herido, el caballo que montaba Carr murió de un disparo y los apaches prendieron fuego a varios edificios.

Las repercusiones de la muerte de Nochedelklinne fueron más profundas de lo que pudieron imaginar los oficiales más pesimistas. Los estadounidenses deberían haber aprendido de John Brown y Harpers Ferry<sup>[\*]</sup> que el martirio de un visionario podría prender la mecha de un enfrentamiento apasionado. La consternación oficial se concretó en un tribunal que investigó las acciones de Carr y Cruse, que no se centró en lo acertado de bajarle los humos al Soñador, sino en las decisiones militares. Por ejemplo, censuraron la conducta de Carr al dividir la compañía en dos grupos cuando atravesaban los altos juncales de Cibecue Creek.

Incluso el tan a menudo perspicaz John G. Bourke, que más tarde escribiría un libro acerca de ese hechicero, no acertó a comprender la profunda sensación de traición que experimentaron los apaches con la pérdida de su visionario profeta. En su diario, escribió con sorna:

Nunca fui capaz de quitarme de la cabeza la idea de que hubiese sido más sensato, y barato, ofrecer a su profeta cincuenta centavos por cada fantasma que pudiese resucitar y poner así en evidencia lo absurdo de sus pretensiones, en vez de derramar tanta sangre e incurrir en tanto gasto para demostrar a los salvajes que los alardes de sus charlatanes nos contrariaban tan profundamente.<sup>[36]</sup>

Durante el período que siguió a la batalla, los apaches descubrieron un nuevo horror estadounidense. Los apaches que habían desertado durante la batalla fueron libres durante semanas,<sup>[37]</sup> hasta que terminaron rindiéndose frente a los grandes edificios militares de ambas reservas. Cinco de los presuntos cabecillas fueron llevados ante un

consejo de guerra. Dos fueron condenados a Alcatraz a cumplir sus largas condenas, los otros tres fueron condenados a muerte.

Tras al menos tres meses de prisión, llevaron al desdichado trío frente a las horcas de Fort Grant el 3 de marzo de 1882. Hasta aquel día, nadie había logrado probar ante el tribunal que cometiesen los asesinatos que se les imputaban. En su nombre, se envió una apelación especial de última hora al presidente. Grant, con la piedad que sentía hacia los indios que tan injusto trato habían recibido, podría haberlos indultado. Pero entonces el presidente era Chester A. Arthur, y este «rehusó intervenir».<sup>[38]</sup>

Incluso cuando los nudos colgaban sobre sus cabezas, los indios fueron nombrados con los seudónimos que les pusieron los blancos. Los ciudadanos de Arizona los conocieron solo como Dead Shot, Dandy Jim y Skippy (cuyo verdadero nombre era Skitashe). Por miedo a un nuevo Cibecue, el ejército respaldó las ejecuciones con un exceso de efectivos militares. Repartieron seis mil cartuchos entre los soldados encargados de vigilar el cadalso.<sup>[39]</sup>

Imperaba un festivo ambiente de linchamiento. «Gracias al procedimiento de la soga, Dandy Jim, Dead Shot y Skippy serán buenos indios», bajo este titular un reportero del *Arizona Star* describía las últimas horas de los rastreadores condenados.<sup>[40]</sup> El día antes habían observado desde las ventanas de sus celdas el nuevo cadalso.

Después de verlo, Dandy Jim no aceptó la comida, pero Dead Shot y Skippy se lo tomaron más a la ligera, riéndose y gesticulando acerca de cómo debían morir en la horca. No temían a la otra vida, y decían que tenían las manos limpias, lo cual implica inocencia, y que si no se podía hacer nada por ellos en esta vida, estaban preparados para morir.

Al día siguiente, según el reportero: «Subieron al patíbulo riéndose, sin mostrar signos de temor. Dijeron que eran felices y que pronto se reunirían con sus amigos». Otro testigo visual describiría una escena más sombría:

El día del ajusticiamiento, Skitashe estaba tan débil que no se tenía en pie. Alinearon a los rastreadores indios frente al cadalso. Dead Shot y Dandy Jim subieron sin ayuda, pero tuvieron que llevar a Skitashe hasta la plataforma. Una vez allí le dijo al sargento de guardia: «No bueno. Comandante dar indio ropa limpia un día, horca al siguiente. ¿Para qué?».<sup>[41]</sup>

Ese mismo día,<sup>[42]</sup> noventa y seis kilómetros al norte de San Carlos la esposa de Dead Shot se suicidó colgándose de un árbol. Según Daklugie, «porque amaba tanto a su esposo que deseaba ir a través de la eternidad con él, aunque eso implicase un cuello deformado (estirado)».



## Capítulo 14

### En la Fortaleza

Durante la noche del día 30 de septiembre de 1881,<sup>[1]</sup> un mes después del martirio de Nochedelklinne, Juh y Jerónimo se fugaron de la reserva. Junto a ellos iban setenta y dos hombres, mujeres y niños, incluyendo a Naiché, el hijo de Cochise, que hasta entonces se había negado a unirse a los llamados hostiles. La reacción inmediata fue la aparición de tres compañías de caballería el día de la entrega de provisiones, era parte de la desmesurada reacción militar ante el suceso de Cibecue Creek. Según Jerónimo,<sup>[2]</sup> la causa de que los chiricahua se lanzasen a la revuelta fue el asesinato de su profeta. «También habían oído —le dijo Jerónimo a un intérprete, años después— que los soldados de Camp Thomas se acercaban para rodearlos y hacerlos prisioneros a todos, por eso estaban tan asustados. También corría el rumor de que los expulsarían a algún lejano lugar ... los indios estaban aterrados y lo siguiente fue el concejo de Juh». En efecto, el gobierno había jugado con la idea de la ejecución masiva,<sup>[3]</sup> en la horca, de todos los apaches que habían combatido contra Carr en Cibecue Creek.

Juh, el jefe nednhi, era el dirigente del grupo que se dirigió al sur, camino de México. A partir de la muerte de Taza en Washington, en 1876, Naiché se había convertido en el jefe de los bedonkohe. También estaba Jerónimo, que por entonces no era ni siquiera un jefe pero ejercía cierta supremacía espiritual e intelectual entre los chiricahua libres. Como recordaba Jasón Betzinez, un joven chihenne que también se había unido a los fugitivos: «Jerónimo era con mucho el dirigente más importante, aunque no hubiese nacido como jefe de ninguna banda ... [él] parecía ser el más inteligente e ingenioso, así como el más enérgico y con mayor visión de futuro. En tiempos de peligro, era el hombre en quien había que confiar».<sup>[4]</sup>

La rebelión de 1881 fue crucial en la vida de Jerónimo, sería el fulcro contra el que apoyaría los cinco últimos años de la resistencia chiricahua; la última guerra india de la historia de Estados Unidos. A pesar de que Jerónimo vacilaría y variaría su rumbo durante estos cinco años, su férreo temperamento adquiriría un nuevo vigor tras Cibecue. Su sentido de la injusticia se endureció hasta ser la rabia que siempre se ocultaba bajo su implacable superficie. Fue durante estos cinco últimos años de guerra cuando Jerónimo obtuvo una reputación entre los hombres blancos que le seguiría hasta su tumba en Oklahoma, en 1909: «El peor indio que jamás existió».<sup>[5]</sup>

Mucho antes de 1881 Jerónimo ya se había encontrado con detractores entre los blancos que lo conocieron en la reserva. El funcionario encargado del censo de San Carlos de 1880<sup>[6]</sup> pensaba de Jerónimo que era «vago, una criatura indolente que pasa el tiempo jugando y bebiendo tizwin... durante el día se le puede ver haraganeando

por los alrededores del pequeño puesto de adobe que sirve de refugio al subdelegado de la reserva y al operador del telégrafo». Fuese lo que fuese Jerónimo, no era un holgazán: si deambulaba alrededor de los edificios de los ojos blancos, era para satisfacer su insaciable curiosidad por las cosas de aquellos extraños. Jerónimo estudiaba a su enemigo.

Al mirar hacia atrás una vez que terminaron las Guerras Apaches, el mismo encargado del censo conmemora a Jerónimo con un grandilocuente pasaje con una curiosa mezcla de desprecio y horror:

Entre todos aquellos desagradecidos y desalmados agitadores [de la rebelión de 1881], el único que esperaba conseguir una excusa plausible para huir era Jerónimo, que no era un dirigente, sino un consejero; no era un jefe de guerra, sino un exhortador; no era un capitán que se exponía en el campo de batalla, sino un asesino despiadado que incitaba a la insurrección y al derramamiento de sangre. Un intrigante cuyas infames maniobras causaron la ruina de incontables hogares; el pillaje y saqueo de ranchos; el motivo de tantas viudas y huérfanos; el promotor de torturas y carnicerías y la mutilación de las víctimas que tanto sorprendían.

Una nueva crueldad los acompañó en su fuga hacia Sierra Madre. Como escribe el biógrafo de Jerónimo: «A lo largo de su ruta hacia la frontera, los fugitivos mataron a todo aquel que encontraron a su paso».<sup>[7]</sup> Lo que necesitaban Juh y Jerónimo eran caballos, armas y municiones, pero Cibecue estaba presente en su recuerdo, y el sombrío juego de la venganza inflamó su trayectoria. Algunas compañías de caballería acosaron a los chiricahua, pero solo consiguieron un par de enfrentamientos sin relevancia.

Los fugitivos pasaron cerca de Tombstone durante su marcha hacia el sur. Como las noticias de sus asesinatos ya habían llegado a la ciudad, «las nuevas hicieron palidecer a los hombres de negocios. Los hombres apenas hablaron durante un tiempo».<sup>[8]</sup> Pero John Clum estaba encantado con la oportunidad de ajustar cuentas pendientes con su viejo adversario.<sup>[9]</sup> Inmediatamente formó una cuadrilla, en la que se encontraban tres de los cinco hermanos Earp:<sup>[\*]</sup> Wyatt, Virgil y Morgan. «Recuerden, señores —arengó Clum en cuanto la pandilla subió a sus monturas—: ni cuartel ni prisioneros. Una vez le puse grilletas a Jerónimo y lo entregué al ejército. Esta vez también lo entregaremos al ejército, pero será dentro de una larga y estrecha caja de madera cerrada con puntas y con unas malvas sobre su pecho».

Un grupo de treinta y cinco hombres partió entre petulantes jactancias que las fuertes lluvias, el barro y los dolores de tanto montar a caballo no tardarían en acallar. Durante dos días, aquellos duros pioneros,<sup>[10]</sup> por llamarlos de alguna manera, siguieron el rastro de los escurridizos chiricahua, y a sus mujeres y niños, hacia la frontera mexicana, y más allá aún, cosa que era ilegal. Jamás vieron a un solo apache.

Casi se puede afirmar que toda la zona norte de Sierra Madre era un santuario chiricahua. Era la tierra de los nednhi,<sup>[11]</sup> que setenta años después todavía presumirían de ser los más bravos y crueles de los chiricahua. Existía un elevado enclave que era, en particular, su sancta sanctorum: los apaches lo conocían como la

Fortaleza de Juh. Los eruditos de nuestros días mantienen acaloradas discusiones acerca de la posible ubicación de dicho baluarte. Daklugie la sitúa: «en Sierra Madre, justo al oeste de la línea fronteriza de los estados de Chihuahua y Sonora, a unos tres días a pie desde Casas Grandes». Pero esas indicaciones son, obviamente, muy ambiguas.

Entonces, en otoño de 1881,<sup>[12]</sup> los seguidores de Juh y Jerónimo se establecieron en la Fortaleza y Nana llevó allí a su reforzada banda. Los chihenne acampaban de noche en el lecho del río situado tras la Fortaleza. Por la mañana, Nana señaló una cumbre situada más de un kilómetro y medio por encima del campamento y dijo: «Los altos pinos de la llana cumbre de la montaña, esa es la Fortaleza de Juh. Su centinela nos ha visto y sus hombres bajarán por el camino zigzagueante. Si te fijas en aquel punto blanco cerca de la cima, puede que los veas cruzar».

La Fortaleza les parecía a los chiricahua el mejor de los refugios, un reducto natural perfecto. Aquella senda zigzagueante era la única ruta de acceso, en cuyos recodos los apaches habían colocado trampas con peñascos «de tal modo que hasta un niño pudiese desprenderlos para que lo aplastaran todo». Las tropas mexicanas intentaron tomar la Fortaleza en una ocasión y los chiricahua soltaron las piedras. Sánchez dijo que «todavía podían verse trozos de huesos y metal desparramados por el suelo». En la cima de aquella ancha y elevada montaña había abundante caza, altas hierbas, plantas comestibles e inagotables arroyos. La Fortaleza estaba dotada de un significado casi místico para los chiricahua. Según Nana, «[los mexicanos] nunca lograron alcanzar la cima de la montaña mientras vivió Juh [allí] tal como nuestros padres hicieron en los viejos días, antes de que llegase el hombre blanco».

Los pocos blancos que conocieron a Juh lo describen como obeso, una extraña complexión para un apache. Thomas Cruse insiste en que el jefe pesaba al menos cien kilos.<sup>[13]</sup> Kaywaykla, que era la primera vez que veía a Juh,<sup>[14]</sup> tiene un recuerdo más particular de él:

Cabalgó hasta nosotros, una poderosa figura sobre un robusto caballo de guerra mucho mayor que los ponis españoles que solíamos utilizar ... Creo que Nana rondaría los seis pies de altura (1,83 m), pero Juh era más alto, era un hombre grande, que no obeso, de fuerte complexión. Su cuerpo era el doble de grueso [que el de Nana]. Llevaba el cabello peinado con trenzas y estas le llegaban casi hasta las rodillas.

Aunque tartamudeaba al hablar, Juh era capaz de cantar en las danzas de guerra y en las de victoria sin mayor problema. Kaywaykla recuerda que «tenía una voz suave y profunda, y era muy hábil improvisando rítmicos cánticos para describir las proezas de los suyos». Juh poseía varios dones,<sup>[15]</sup> y entre ellos estaba el de la profecía: su nombre significa «el que mira al frente». Pero su don más fuerte era la habilidad para dominar a sus hombres.

Con la unión de Nana, Juh y Jerónimo, los chiricahua reunieron la mayor fuerza nunca vista desde los gloriosos días de Cochise. En la danza de celebración de su llegada,<sup>[16]</sup> tanto jefes como guerreros se alinearon en pie frente a la hoguera y fueron

vitoreados por su gente. Cuando le dedicaron los saludos a Jerónimo,<sup>[17]</sup> este respondió con unas palabras llenas de arrogancia. El joven Kaywaykla murmuró su sorpresa a su madre y ella le contestó: «Todos los apaches son arrogantes, él tiene motivos para serlo».

La última fue Lozen. Nana la presentó diciendo: «Ella es la que lloramos como muerta y ha regresado a nosotros. Aunque es una mujer, no existe guerrero más valioso que la hermana de Victorio». Lozen, cuyo temperamento era el opuesto a Jerónimo, se mantuvo en pie con ojos abatidos y las lágrimas corriendo por sus mejillas. Nana le pidió que usase su poder.

Lozen alzó sus brazos con las palmas hacia arriba y giró despacio en círculo mientras entonaba un cántico:

Ussen tiene el poder  
Sobre todo este mundo.  
A veces Él lo comparte  
Con los de su tierra.  
Este don me ha sido otorgado  
Para beneficio de mi gente.  
El don es bueno.  
Es bueno, pues Él lo es.  
Este poder lo debo usar  
en beneficio de mi pueblo.

Lozen completó el círculo, sus manos no temblaban y sus palmas no experimentaron ningún enrojecimiento.

—No hay enemigos cerca —concluyó Lozen.

—Demos gracias a Ussen —contestó Nana.

El lazo que unía a Juh con Jerónimo databa de mucho tiempo atrás; nació en su juventud, cuando jugaban juntos, y se reforzó con el matrimonio de Juh con Ishton, la hermana favorita de Jerónimo. Entonces Nana mezcló hábilmente a sus chihenne con los demás chiricahua. Jerónimo se puso al cargo del entrenamiento de los niños, que serían guerreros. Kaywaykla jamás olvidaría una de las pruebas: Jerónimo les ordenaba hacer una hoguera cerca de un arroyo, a veces cubierto de hielo, y ellos se zambullían en el torrente a una orden suya. Se les permitía calentarse un rato al lado de la hoguera y después se les ordenaba arrojar a la gélida corriente de nuevo. Jerónimo los contemplaba en pie, con una vara en la mano vigilando la instrucción.

A pesar de los rigores de la vida de los fugitivos, existía alegría en la Fortaleza. Kaywaykla observaba que «los jóvenes eran felices, porque la guerra era su vida».<sup>[18]</sup> Un día, Juh y Nana le gastaron una broma a Jerónimo. Cuando los bedonkohe se aproximaban al galope tras regresar de un asalto, cierto número de guerreros se ocultó en el cañón que conducía a la Fortaleza. Pillaron a Jerónimo con la guardia baja y, después de que todos los jinetes pasaran ante los guerreros apostados en los

riscos, Jerónimo desmontó.

—Bienvenido a mi trampa —gritó Nana.

—Todo el tiempo he sabido que estabais aquí —rezongó Jerónimo de manera muy poco convincente.

Si los emboscados hubiesen sido enemigos, lo hubiesen matado con facilidad.

—No, no lo sabías —se burló Nana—. ¡Oh, tú, el zorro astuto de los apaches!

La preocupación que tenía Jerónimo de que no se rieran de él era un rasgo de su carácter. «Era extremadamente crédulo y carecía totalmente de sentido del humor», [19] nos dice el antropólogo de los chiricahua Morris Opler: «Los hombres de su tribu conocían perfectamente esa debilidad y solían gastar bromas a sus expensas». En otra ocasión, le dijeron a Jerónimo que un hombre, el más apacible guerrero de su banda, había jurado matarlo en cuanto lo viese. La credulidad de aquel bedonkohe se mezcló con su tendencia a la paranoia: evitó al guerrero durante semanas, hasta que el hombre en cuestión fue a él y le aseguró que no le guardaba rencor por nada.

Los chiricahua vivían en la Fortaleza sintiendo cómo recuperaban su dignidad a medida que se deleitaban con la libertad. Dentro de la alianza entre Jerónimo, Juh y Nana, era Juh quien ocupaba el lugar más alto de la jerarquía. Junto a un odio implacable hacia sus enemigos, Juh también albergaba una oscura veta de fatalismo que no ocultaba a su gente. Allá por 1876, [20] cuando decidió fugarse de la reserva de los chiricahua en vez de acompañar a Clum hasta San Carlos, Juh fue presa de un sentimiento de fatalidad. Incluso cuando reclutaba a sus guerreros les decía una y otra vez «que él no les podía ofrecer nada, a no ser penurias y muerte». Y les recordaba que «las tropas estadounidenses y mexicanas les darían caza como si fuesen animales salvajes».

Un día, en el cañón del Cobre, un lugar situado muy al sur de la Fortaleza, Juh recibió una visión: miles de soldados con uniformes azules marchaban sobre una evanescente cueva, levantando tras ellos una delgada nube de humo azulado a través del abismo. Los guerreros de Juh también la vieron. Un hechicero les explicó la visión: «Ussen nos manda esa visión para advertirnos de que el gobierno nos derrotará, y quizá nos maten. Su superioridad numérica, junto con el mayor poder de sus armas hará que, efectivamente, seamos *Indeh*, los Muertos. Con el tiempo llegarán a exterminarnos».

De este modo, no cabía otra alternativa en la pesimista alma de Juh que luchar hasta llegar al inevitable final. A pesar de lo poderosa que se sentía la gente con la fuerza de la unidad de su pueblo, su número todavía parecía ser insuficiente. Fue Jerónimo, que se angustiaba por todo, [21] quien se presentó con un plan que al principio parecería completamente disparatado. En San Carlos todavía se encontraba un gran número de chiricahua, entre ellos unos setenta y cinco guerreros. Su jefe era Loco, el cabecilla que, junto a Nana, obtuvo la jefatura tras la muerte de Victorio. Jerónimo invocó un concejo y reveló su plan. Este consistía en cabalgar hacia el norte, deslizarse a escondidas en la reserva y obligar a Loco y a su gente (a punta de

arma, si fuese necesario) a huir de la reserva y unirse a los fugitivos en Sierra Madre.

Siguió un largo debate. Nana defendía el derecho de su paisano chihenne a elegir la paz o la guerra por sí mismo. Jerónimo alegó que los apaches morirían tanto por las «malas aguas» o por «la terrible enfermedad que los hacía temblar como hojas barridas por el viento» de San Carlos, como por el estallido de una revuelta. Además, «Loco va con su gente». Uno de los guerreros de Jerónimo dijo con sorna que «Loco es una mujer». Jerónimo lo silenció con una mala palabra.

Tal como indicaba el comentario de aquel guerrero, los sentimientos hacia Loco dentro del seno de los chiricahua libres eran encontrados. El jefe chihenne era una generación más joven que Nana, coetáneo de Jerónimo y Juh. Al igual que Nana, caminaba cojo,<sup>[22]</sup> legado de una desesperada pelea contra un oso pardo muchos años atrás. Antes de que matara al oso con su cuchillo, este le clavó profundamente sus garras en el rostro. Loco era tuerto, algunos decían que el oso le había destrozado el ojo, otros afirmaban que podía ver débilmente a través de la nube de la catarata que lo cubría.

Algunos apaches decían que le habían puesto el nombre de Loco, en español, porque creían que era un demente al confiar en los ojos blancos. Igual que Juh, Loco había reaccionado ante el aluvión de inmigrantes estadounidenses con un amargo fatalismo, pero, mientras que ese sentido de fatalidad lo único que provocaba en Juh era una tenaz voluntad de combate, en Loco se había manifestado en la resignación ante las reglas del hombre blanco.

Al final, el concejo aprobó el poco convincente plan de Jerónimo.<sup>[23]</sup> Nana se quedaría en la Fortaleza para cuidar de las mujeres y los niños que allí quedaban, y Jerónimo y Juh cabalgarían hacia el norte junto a Lozen y a la mayoría de los guerreros. En contraste con su fuga hacia el sur realizada seis meses atrás, los jinetes se movieron con suma cautela, sin matar a nadie ni robar caballos. Cuando el telégrafo llegó por primera vez a Arizona, en 1873, los militares estuvieron encantados de impresionar a los indios con la magia de su tecnología. Como resultado, los chiricahua supieron de la vital importancia de aquel delgado cable para las tácticas de los ojos blancos y, en cuanto se aproximaron al campamento de Loco, situado en el río Gila, cortaron la línea de telégrafo de la reserva de San Carlos, a cinco kilómetros de allí.

En la mañana del día 19 de abril de 1882,<sup>[24]</sup> los gritos despertaron a los chihenne de Loco. Salieron a toda prisa de sus tiendas y encontraron a guerreros apaches cabalgando hacia ellos con sus armas alzadas, algunos cruzaban ya el río a lomos de sus monturas. Uno de sus jefes, probablemente Jerónimo, gritó:

—¡Atrapadlos a todos! No debe quedar nadie en el campamento. Matad a tiros a aquel que se niegue a venir con nosotros.

En cuestión de minutos, los chihenne estaban en marcha. El joven Jasón Betzinez, de veintiún años de edad, se hizo eco de la aflicción de los suyos:



Hicimos todo lo que nos dijeron. No nos dieron tiempo a buscar nuestros caballos y reunirlos, sino que nos sacaron del poblado a pie. No permitieron llevarnos nada, a no ser un poco de ropa y algunas pertenencias. No nos dejaron ni desayunar.

A pesar de la pérdida de la línea de cable,<sup>[25]</sup> el jefe de policía blanco de la reserva de San Carlos supo de los disturbios y partió a caballo en compañía de un solo policía apache. Los dos hombres alcanzaron la retaguardia de los chiricahua y resultaron muertos a tiros. Esta última acción convenció a los chihenne de que la sangre del oficial blanco asesinado caería sobre ellos.<sup>[26]</sup> Les gustase o no, la gente de Loco ya estaba fuera de la ley. Betzinez recuerda que «estábamos llenos de pena y desesperanza. ¿Qué habíamos hecho para que miembros de nuestra propia raza nos trataran con tanta crueldad?».

La huida a México les costaría cara a los chihenne. Su situación era, en cierto sentido, peor que la de Victorio cuando burló a los dos ejércitos en 1880, pues la gente de Loco contaba con casi el mismo número de mujeres y niños y carecía casi de armamento. Jerónimo les proporcionó algunas armas que había conseguido, pero aun así el grupo tenía una grave escasez de ellas. Los problemas logísticos de la fuga fueron asombrosos. Como sabían que el ejército podía bloquear el camino del sur, Jerónimo y Juh llevaron a los rebeldes dando un rodeo por el este. En una ocasión, para alimentar a los fugados, Jerónimo atacó el campamento de un rancho y robó varios cientos de ovejas.<sup>[27]</sup> Los chihenne disfrutaron de un descanso de dos días mientras se atiborraban de carne fresca de añojo.

Este asalto, realizado en Ash Flat, cerca de la ciudad de Safford, es una de las rapiñas mejor documentadas de Jerónimo. Las distintas fuentes difieren considerablemente entre sí, pero todas coinciden en las crueldades que era capaz de cometer Jerónimo cuando estaba fuera de sus casillas. El rancho pertenecía a un hombre blanco que, según creía el sheriff del condado de Graham, estaba casado con una mujer apache.<sup>[28]</sup> Cuando Jerónimo sorprendió a los empleados del rancho en su campamento de las montañas, encontró a un apache montaña blanca llamado Bylas (un pariente cercano de la esposa del ganadero) con su familia, otros tres apaches, un capataz mexicano llamado Mestas, la esposa de Mestas y sus tres hijos, las mujeres de los otros dos mexicanos y nueve pastores mexicanos más.

Jerónimo simuló amistad, mostrando únicamente interés por el ganado. Su banda, al menos sesenta hombres, comenzó a matar ovejas, y como al jefe no le gustaba la carne de cordero mató de un disparo al poni favorito del hijo del dueño. Ordenaron a las mujeres mexicanas que preparasen un banquete para los chiricahua. Bylas y Mestas conocían bien a Jerónimo. Según un testimonio, Bylas, en cuanto vio acercarse a Jerónimo, se bebió casi una botella de whisky. «Te conozco. Sé que siempre tienes cerca algo de whisky. Dame una botella», le dijo Jerónimo en cuanto lo encontró. Bylas le contestó que no tenía whisky, cosa que incrementó el despecho de Jerónimo.

Según otra versión, Jerónimo comenzó de pronto a preguntar a Mestas acerca de

las ejecuciones en la horca de los exploradores de Cibecue: Dead Shot, Dandy Kjim y Skitashe, que habían tenido lugar justo un mes antes en el cercano Fort Grant. Mestas contestó que no sabía nada de las ejecuciones. El mexicano vestía una bonita camisa bordada. «Mestas —dijo Jerónimo—, tú nunca me has dado nada ¿por qué no me regalas esa camisa blanca?». El aterrado mexicano se quitó la camisa y se la entregó al bedonkohe.

Los guerreros de Jerónimo supieron interpretar sus intenciones y algunos, Naiché entre ellos, trataron de interceder.

—Jerónimo —dijo uno de ellos—, les dijiste que no ibas a causarles ningún daño y ahora vas a matarlos.

—Si vas a matar a los mexicanos —suplicó Bylas—, al menos deja ir a Mestas y a su familia.

Jerónimo no contestó. Quizás estuviese pensando en la masacre de Janos, acaecida tres décadas antes, cuando los mexicanos mataron a su madre, a su esposa y a sus tres hijos. A una orden suya, los guerreros ataron las manos de los pastores, de Mestas, de su mujer y de dos de sus hijos, incluso ataron a las mujeres que preparaban la comida. Una vez sujetos, los trabaron todos juntos con una larga soga. El grupo llegó a la cima de una colina cercana dando traspiés, conducido por Jerónimo y, una vez allí, les dispararon y apuñalaron uno a uno hasta matarlos a todos.

El tercero de los hijos de Mestas, un niño de nueve años, se había escondido bajo la falda de la esposa de Bylas. Cuando lo descubrió, Jerónimo también quiso matarlo; algunas fuentes afirman que en su furia hubiese matado a toda la familia de Bylas y también a los otros apaches montaña blanca. Pero Naiché se mantuvo firme «diciéndole a Jerónimo que ellos eran indios, y además amigos y parientes, y que no les tocara un pelo de la cabeza». Cuando Jerónimo hizo señas de no estar de acuerdo, Naiché llamó a sus sobrinos y les dijo que dispararan sobre Jerónimo si este lo contradecía. Los apaches montaña blanca y el chico mexicano salvaron la vida.

Según la siempre poco fiable fuente que son los periódicos, Mestas fue torturado hasta morir: «Cuando se cansaron de atormentarlo, un guerrero le abrió la cabeza con un hacha, mientras machacaban los sesos de su esposa e hijos con piedras».<sup>[29]</sup> Los testimonios procedentes de los blancos acerca de las víctimas de los apaches a menudo se pierden en disparatadas exageraciones, pero el sendero que recorrió Jerónimo en abril de 1882 parece estar plagado de atrocidades. Cerca de la frontera mexicana,<sup>[30]</sup> afirmó uno de los voluntarios de Tombstone, Jerónimo atacó un rancho, mató a tres adultos, tomó prisionera a una chica de dieciséis años y un niño pequeño «fue sujeto por las piernas y le desparramaron los sesos contra la casa».

En medio de la difícil lucha de los fugitivos,<sup>[31]</sup> una chica chihenne tuvo su primera menstruación. El rito más importante de todos los que regulaban la vida apache era la ceremonia de la pubertad femenina. Normalmente este ritual se alargaba durante cuatro días, con sus cuatro noches, con elaboradas danzas, cánticos,

banquetes y regalos. Dice mucho a favor de la importancia de este rito chiricahua el que en ese momento, a pesar del acoso del ejército norteamericano, los fugitivos apaches se detuvieron y celebraron una ceremonia de pubertad en honor de la muchacha; si bien no duró los cuatro días de rigor, sí fue rigurosamente observada en sus demás aspectos.

Antes de que alcanzaran la frontera, los proscritos fueron sorprendidos en una batalla campal con la caballería del ejército cerca de la frontera con Nuevo México.<sup>[32]</sup> Vencieron, mataron a tres soldados y a cuatro exploradores apaches, pero perdieron al menos a dos de sus guerreros. Otro destacamento acosó a los chihenne dentro de territorio mexicano, contraviniendo el convenio de fronteras, y mantuvo la persecución hasta que los forzaron a un segundo combate; esta vez el enfrentamiento tuvo lugar en una yerma colina situada más de treinta kilómetros dentro de territorio de Chihuahua.

Los apaches danzaban y celebraban el éxito de su huida a México y fueron cogidos por sorpresa. La batalla duró todo un día, muchos chihenne, sobre todo mujeres y niños, murieron; el ejército estima que fueron unos diecisiete. Loco recibió un balazo en una pierna, aunque la herida no fue grave. La caballería también consiguió separar a los fugitivos de sus pertenencias, de mulas y caballos. Betzinez lo consideró:

Lo peor que nos sucedió desde que dejamos la reserva de San Carlos. Aunque no pudimos llevarnos muchas cosas cuando nos obligaron a marchar de la reserva, al menos teníamos algunas mantas y utensilios. Luego no tuvimos nada excepto nuestras manos desnudas y la ropa que cargábamos a la espalda.

La extenuada banda se dirigió a Sierra Madre a pie, con paso vacilante, alentados solo al ver cómo los soldados estadounidenses se replegaban hacia el norte. Se relajaron una vez más, pues creyeron que habían mantenido su última batalla contra aquellos soldados que los habían perseguido y acosado desde que huyeron de la reserva. Al día siguiente cayeron en una trampa.

La emboscada, preparada en un barranco al borde del camino, la efectuaron soldados bajo las órdenes del coronel Lorenzo García, quien, junto a Joaquín Terrazas, era uno de los mejores luchadores mexicanos de las Guerras Indias. Las escaramuzas con los soldados estadounidenses consistieron en prolongados tiroteos detrás de parapetos; la batalla contra García fue un caos de soldados corriendo entre los aterrados apaches, disparando a mujeres y niños a quemarropa. Fue una acción desesperada por ambos bandos y el recuento de bajas varía tanto de una fuente a otra que es difícil saber qué pasó en realidad.

Un hombre llamado Fun,<sup>[33]</sup> primo de Jerónimo y uno de los guerreros más fiables, fue nombrado por los apaches como el más bravo luchador. Según Kaywaykla, que en este caso es un testimonio de segunda mano, Fun se precipitó en solitario hacia un *arroyo* para salir al paso de la avanzadilla mexicana con la canana y

su mano izquierda llenas de cartuchos. Esquivó los disparos del enemigo y acabó él solo con tantos mexicanos que su actuación cambió el curso del ataque.

El problema más acuciante de los apaches era la falta de municiones. En una ocasión, una mujer saltó desde el *arroyo*, corrió hasta uno de los caballos de los mexicanos, cortó una alforja llena de municiones y se la arrojó a los suyos. Lozen cubría aquella valiente acción disparando con calma: «derribaba a un hombre con cada descarga».

El papel de Jerónimo en esta batalla es controvertido y problemático. Los mexicanos reconocieron al gran guerrero solo con verlo; un oficial gritó: «¡Jerónimo está en aquella zanja! ¡Id y apresadlo!»; otros soldados dijeron: «¡Jerónimo, este es tu último día!». Según el testimonio de Betzinez, que participó en la batalla, Jerónimo y otro hombre organizaron a treinta y dos guerreros para preparar la resistencia, salvando así muchas vidas de mujeres y niños. Pero Kaywaykla insiste en que un chihenne que tomó parte en el enfrentamiento le dijo que, en el momento crucial, Jerónimo les dijo a sus hombres que «si dejamos a las mujeres y los niños podremos escapar».

Los chihenne no podían dar crédito a lo que oían, tal acción suponía la traición absoluta al ideal de valentía apache y además, durante toda su vida, Jerónimo había sido famoso por el sentido de responsabilidad que mostraba para con los suyos. Los chihenne juran que Fun se volvió a Jerónimo:

—¿Qué has dicho? Repítelo —dijo Fun.

—¡Venga, vayámonos de aquí! —apremió Jerónimo.

—Di eso otra vez y te pego un tiro —replicó Fun, tras levantar su rifle y apuntar con él a su aliado.

Por respuesta, Jerónimo salió del arroyo y desapareció.

Si esta extraña estampa es cierta, desde luego supone el único caso, tanto en las crónicas blancas como en las apaches, donde se acusa a Jerónimo de cobardía. Muy bien puede ser un cuento de dudosa credibilidad,<sup>[34]</sup> pues el guerrero chihenne que dijo eso a Kaywaykla albergó, durante el resto de su vida, un amargo rencor hacia Jerónimo por haber sacado a su gente de la reserva.

El salvaje enfrentamiento entre García y los apaches se cobró su cuota de bajas en ambos bandos. García admitió que perdió veintidós soldados,<sup>[35]</sup> entre ellos tres oficiales. Y afirmó que hubo setenta y cinco apaches muertos y veintidós mujeres heridas fueron capturadas. Betzinez, sin dar cifra alguna, se lamentó de que «perdimos casi a la mitad de nuestros parientes en esa tragedia». Esta era la segunda mayor catástrofe que sufrían los apaches en menos de un año, la primera fue la masacre de la gente de Victorio en Tres Castillos.

Bajo el mando de Jerónimo, los extenuados fugitivos se dirigieron a Sierra Madre llevándose consigo a los heridos. Al final consiguieron reunirse con el resto de chiricahua libres. Para los jóvenes chihenne de la banda de Loco, que habían pasado la mayor parte de su vida en la reserva, los salvajes Nednhi, a cuyo territorio

acababan de llegar, les parecían seres extraños que, según afirmaba Betzinez, «cuando no encontraban a nadie que pudiesen maltratar, luchaban entre ellos. Era muy difícil convivir con ellos en términos amistosos».

Pero aun así los chihenne se regocijaron al encontrarse de nuevo con amigos y parientes de los que habían estado separados desde hacía años. Betzinez recuerda que «aquella gente trataba de ayudarnos a superar nuestro reciente horror. Nos daban alimentos, mantas y nos hablaban cariñosamente, intentando quitar el recuerdo de las pérdidas de nuestras mentes». Aunque en realidad esa gente había sido raptada por Jerónimo, Loco aceptó su condición de proscrito. Durante los meses siguientes combatiría a los mexicanos al lado de su secuestrador y parecía que de él salía cierto brillo de vitalidad. Daklugie, hijo de Juh,<sup>[36]</sup> un hombre que sentía muy poco respeto por Loco y los serviles actos que lo siguieron, moralizaría más tarde: «Loco había sido un guerrero valiente, sin miedo ... quizá se rompió su espíritu y, cuando ocurre eso, un hombre está acabado».

Si Jerónimo sintió alguna vez remordimientos por la gran pérdida de vidas sufrida por los chihenne que había traído desde San Carlos, nunca lo demostró. En cierto modo, a pesar de la debacle de García, había cumplido su objetivo. La mayor fuerza apache desde hacía una década, seiscientos hombres, mujeres y niños, con sus mejores guerreros, se había reunido en la Fortaleza, un lugar en el que Jerónimo y Juh no pensaban que los atacasen. Quizá se hubiese perdido Arizona para siempre, pero los chiricahua podrían vivir en Sierra Madre durante un período indefinido de tiempo. Los estadounidenses los dejarían en paz, y respecto a los mexicanos..., bueno, había gran cantidad de peñascos preparados para rodar sobre los imprudentes soldados que se aventurasen por los alrededores de su santuario.

Durante un año los apaches se trasladaron de un campamento a otro, sin salir de Sierra Madre, saqueando a su antojo las aldeas próximas y creando un reino de terror que abarcaba dos estados. Acerca de la habilidad de los chiricahua para robar caballos, Kaywaykla observó con ironía que «nos cuidábamos de dejarles los suficientes caballos para que los mexicanos criasen más para nosotros».<sup>[37]</sup>

Lozen dirigió muchos asaltos a instancia de Jerónimo, pero quizá la más osada misión la llevó a cabo Fun en solitario. Los mexicanos habían atacado a un grupo de mujeres y niños chiricahua que habían salido a cocer la pulpa del mescal.<sup>[38]</sup> Asesinaron y cortaron la cabellera a los niños mayores y tomaron prisioneros a las mujeres y a los más pequeños. Fun siguió el rastro de los vencedores hasta el pueblo, luego se acercó a la prisión en cuanto anocheció y, con el mayor descaro, se introdujo en ella y allí encontró a los cautivos sin llamar la atención de los centinelas que se paseaban por los alrededores.

Una de las mujeres le dijo a Fun que los ciudadanos se reunirían en la iglesia cuatro días después. Fun regresó, informó a Juh y a Jerónimo y vigiló el pueblo. El domingo, durante el servicio eclesiástico, los apaches se deslizaron silenciosamente por el pueblo y bloquearon las puertas de la iglesia con maderos y rocas. Fun escaló

el edificio, se subió al tejado, hizo un agujero en él e introdujo una especie de bomba incendiaria hecha de guindillas y yesca en la iglesia. Los mexicanos se asfixiaron y ardieron mientras los chiricahua liberaban a los prisioneros, saqueaban el pueblo y huían con el botín.

Envalentonados por un exceso de confianza,<sup>[39]</sup> los apaches cometieron un error fatal. Betzinez culpa de ello a la pasión que sentía Jerónimo por el whisky. Los jefes apaches habían establecido relaciones comerciales con la vecina población de Casas Grandes, y entonces sus ciudadanos pusieron en práctica la vieja treta mexicana. Durante dos días, les dejaron la ciudad a su entera disposición, haciendo grandes muestras de buena voluntad y olvidando antiguas afrentas. Al tercer día, mientras los chiricahua dormían la borrachera, los mexicanos asaltaron el campamento.

Mataron a diez, quizá doce guerreros y apresaron a veinte o treinta mujeres. Jerónimo logró escapar,<sup>[40]</sup> pero entre las cautivas se hallaba Cheehashkish, su segunda mujer, con quien había contraído matrimonio treinta años atrás, mientras lloraba la pérdida de su amada Alope. Jerónimo no volvería jamás a ver a Cheehashkish.

Juh también sufrió pérdidas personales durante aquel año.<sup>[41]</sup> Durante un ataque al campamento chiricahua, la caballería mexicana disparó y mató a Ishton, su mujer y a la sazón hermana de Jerónimo, a quien el bedonkohe había salvado con su poder sanador cuando estuvo a punto de morir en un parto. En el mismo ataque la hija de Ishton recibió un balazo en una rodilla y cayó malherida. Daklugie y sus dos hermanos mayores improvisaron una camilla y la llevaron a lugar seguro. Su pierna nunca sanaría del todo y un año después se la amputaría un cirujano en San Carlos.

En noviembre de 1882,<sup>[42]</sup> el jefe chihenne obtuvo la, quizá, más brillante de sus victorias militares. Este golpe, que Juh ideó y organizó casi por su cuenta, pudo ser resultado de la traición de los ciudadanos de Casas Grandes y marcó lo que sería el último esfuerzo conjunto formado por el triunvirato de jefes chiricahua libres: Juh, Jerónimo y Nana.

Los apaches enviaron un pequeño grupo de asalto a través del camino principal a Galeana, una ciudad situada a treinta y dos kilómetros al sur de Casas Grandes, donde sabían que estaba destacada una patrulla de caballería mexicana. Estos guerreros cabalgaron hasta llegar casi a la ciudad, robaron algunos caballos y regresaron al norte. El reclamo funcionó: unos veintitrés soldados mexicanos cargaron pisándoles los talones, guiados por el afamado Juan Mata Ortiz, el lugarteniente de Terrazas en Tres Castillos. Los apaches permitieron que los mexicanos estuviesen a punto de atraparlos.

De pronto, desde una barranca situada a un lado del camino apareció ante sus ojos el grueso de las fuerzas chiricahua al mando de los tres jefes. Los hombres de Mata Ortiz habían caído en la trampa. Se retiraron inmediatamente al único lugar que ofrecía posibilidades defensivas, una pequeña colina cónica en cuya cima levantaron unos míseros parapetos con la vigorosa energía que proporciona el pánico. Cierto



número de guerreros reptaron cuerpo a tierra colina arriba llevando cada uno de ellos una piedra que les sirviese de protección, mientras que los jefes y los mejores tiradores abrían fuego de cobertura desde un enorme cedro que había por allí. Los aturcidos mexicanos dispararon salvajemente, hasta quedar casi sin munición. Cuando solo les separaban unos escasos metros, los guerreros se pusieron en pie y entablaron un feroz combate cuerpo a cuerpo. Murieron todos los soldados, Mata Ortiz incluido, excepto uno.

En cuanto ese único superviviente huyó, los apaches hicieron ademán de ir tras él, pero Jerónimo los detuvo diciendo: «Dejadle ir. Le dirá al resto de soldados lo que ha ocurrido aquí, con lo cual vendrán más mexicanos al rescate. De ese modo podremos destruir más soldados». En esa ocasión, los militares que habían quedado en Galeana estaban demasiado asustados como para cabalgar hasta aquella fatídica colina. Así, con su caballerosa insolencia, Jerónimo hizo ostentación ante sus guerreros del desprecio hacia los mexicanos que ardía en su alma.

En los somnolientos campos de Galeana, ciento cuatro años después de la masacre de su caballería, los ciudadanos construyeron una pirámide de piedra y colocaron una placa. En ella figuran los nombres de los veintidós mexicanos muertos, y termina con una breve reseña: JEFE INDIO JU. JERÓNIMO. La colina en forma de cono, desnuda y plagada de cactus, se halla no muy lejos de la autopista que va a Casas Grandes y hoy en día solo la visitan los pocos rancheros que van allí a buscar alguna oveja perdida. Cerca se encuentran unas piedras dispuestas de un modo especial, son los patéticos vestigios de siete u ocho parapetos mexicanos levantados a toda prisa que todavía hablan de la desesperanza de los hombres ante la muerte.

En 1871, con la emboscada de Cushing, Juh llevó a la muerte al mejor de los oficiales estadounidenses que jamás se enfrentó a los apaches. Once años después, con la trampa que le tendió a Mata Ortiz, acabaría con el más prominente de los luchadores mexicanos en las Guerras Indias de entre los que murieron en combate.

En algún punto de 1883, Juh y Jerónimo se separaron. Daklugie no recuerda que hubiese ninguna diferencia insalvable entre ellos,<sup>[43]</sup> simplemente era que la proverbial independencia de los apaches volvía por sus fueros. Jerónimo quería regresar al norte, mientras que Juh se conformaba con quedarse en Sierra Madre.

Un día, mientras Juh y su grupo cabalgaban tranquilamente por el río Aros,<sup>[44]</sup> el caballo del jefe cayó en un empinado terraplén a orillas del río, arrojando a su jinete de cabeza a la corriente de agua. Los rumores que se filtrarían a Estados Unidos posteriormente afirmaban que Juh se había emborrachado en Casas Grandes,<sup>[45]</sup> se había caído del caballo y, como resultado, murió. Sin embargo, Daklugie y uno de sus hermanos estaban presentes. Estos se tiraron al agua para tratar de poner a salvo el pesado cuerpo de su padre, pero no lograron sacarlo del río y Daklugie se quedó sujetando el rostro de su padre por encima de la superficie del agua mientras su hermano corría en busca de ayuda.

Daklugie insistiría más tarde en que su padre no estaba borracho. La súbita caída,

pensaba, le había ocasionado, o habría sido causada, por un golpe o un ataque al corazón. Daklugie recordaba que «Creía que Juh hizo dos o tres intentos de hablar, sé que se movía, y que sus labios también, pero no emitió ningún sonido». Cuando llegó la ayuda el jefe ya había exhalado el último suspiro. Su gente cavó una tumba en la ribera occidental del río Aros y enterraron a Juh envuelto en una manta.

El último gran jefe vivo de los apaches había fallecido, se había marchado con Mangas, Cochise, Victorio y muchos otros al Lugar Feliz. A partir de entonces, los chiricahua libres serían guiados no por un jefe, sino por un guerrero y hechicero.

## Capítulo 15

### Lobo Pardo ataca

El presidente Chester A. Arthur, alarmado por el deterioro de la situación con los indios en Arizona, devolvió al lugar al único general que había demostrado mucha habilidad para tratar con los apaches. George Crook no había cambiado de hábitos durante los siete años que estuvo ausente del territorio del sudoeste de Estados Unidos. Regresó en septiembre de 1882 y «se deslizó en [Fort] Apache con su típica quietud al estilo apache», dijo Thomas Cruse.<sup>[1]</sup> Junto al general también regresó su sempiterno ayudante, John G. Bourke, «un hombre tan amigable como Crook taciturno».

Crook instaló su tienda a un kilómetro y medio del fuerte. Todos los oficiales le dedicaron visitas de cortesía, y no devolvió ninguna de ellas. Todavía montaba a *Apache*, su mula favorita, y vestía su uniforme lo menos posible, decantándose siempre por ropas civiles de color caqui. Fue por esa razón por la que se ganó el nombre que le daban los chiricahua: *Nantan Lupan*, «Jefe Lobo Pardo».<sup>[2]</sup>

Crook abandonó Arizona en 1875 para sumergirse en la Guerra Sioux que había estallado en las Colinas Negras de Dakota del Sur. El oprobio que llevaba adscrito cualquiera que hubiese tenido algo que ver con el desastre de Little Bighorn también alcanzaba a la reputación del general. Crook había dirigido las tropas que combatieron a Caballo Loco en la batalla de Rosebud,<sup>[3]</sup> la primera gran confrontación entre soldados e indios sioux, que tuvo lugar solamente ocho días antes de que el ejército de Custer fuese aniquilado unos cuantos kilómetros al noroeste de allí, cerca del río Little Bighorn (un afluente del Bighorn, en el estado de Montana). En Rosebud la superioridad numérica de los indios frente a los soldados era de tres a uno, y además Caballo Loco también burló a Crook mediante sus tácticas de veloces ataques y repliegues que acabaron por ofuscar y desbaratar las columnas de los casacas azules.

Crook no podía admitir que lo derrotaron en Rosebud, la única batalla que perdería frente a los indios. En su informe oficial, sostenía obstinado que «mis tropas barrieron a esos indios en el terreno que ellos mismos eligieron y los llevaron a una aplastante derrota».<sup>[4]</sup> La retirada de los sioux era, por supuesto, la típica táctica india: ellos tenían que combatir en otra batalla una semana después. En palabras del biógrafo del general: «La derrota estuvo presente en la mente del general durante toda su vida y él insistiría, empeinado, en que si la batalla se hubiese desarrollado según sus órdenes, hubiese finalizado con un triunfo real». Se dice que la incompleta autobiografía de Crook se interrumpe en medio de un párrafo escrito al día siguiente de Rosebud, dejando sin explicación los últimos catorce años.

La derrota de Rosebud evitó que se uniesen los dos ejércitos, lo cual podría haber dejado la batalla de Little Bighorn en tablas, y no en una masacre. Cuando Custer cayó, Crook estaba buscándolo por los inhóspitos parajes de Montana.

Las dos grandes pasiones de Crook eran la caza y la pesca. Bourke, incapaz de una sola crítica, veía al general como una especie de Audubon<sup>[\*]</sup> del Oeste:

Patos, gansos, pavos, y todo tipo de urogallos; lucios y lucios de aletas rojas, siluros, truchas arco iris, asalmonadas y corégono; uapitis, venados, alces, antílopes, muflones, osos, glotones, tejones, coyotes, lobos de montaña..., todos caían bajo su caña o su rifle. Se mantuvo engrosando su colección de pájaros y huevos disecados hasta que no hubo hombre en toda la nación que poseyera un conocimiento más íntimo y práctico de la fauna y la flora de la vasta región que se extiende más allá del río Misisipí.<sup>[5]</sup>

Pero la obsesión podría muy bien haberse establecido en el modo que tenía el general de hacer las cosas. Inmediatamente después de Rosebud,<sup>[6]</sup> Crook acampó en Goose Creek y se regaló, junto a sus hombres, una jornada de pesca en la que obtuvo setenta truchas en una sola tarde. Solo una semana después de la masacre de Clister,<sup>[7]</sup> Crook se introdujo en las montañas de Bighorn con el pretexto de buscar a los oficiales desaparecidos en el combate de Rosebud. La búsqueda se convirtió en una gran partida de caza de cuatro días de duración. La pasión de Crook por la caza tendría una vital importancia en la campaña apache que se avecinaba.

El general sirvió durante el resto de la guerra contra los sioux persiguiendo a Caballo Loco y otros «renegados», con una gran, si no espectacular, actuación.<sup>[8]</sup> Después ayudó a suprimir las revueltas de indios bannocks y cheyennes. Y durante los dos años anteriores a su reasignación a Arizona, Crook estuvo ocioso; tanto, que se involucró en un asunto de minas de oro que resultó ser un fiasco.

La primera vez que llegó a Arizona para hacerse cargo de la situación, en 1871, Crook se había distanciado de sus camaradas de West Point, al superar el rango de muchos de ellos con un solo ascenso. Su reasignación en 1882 provocó una protesta aún mayor. Ochenta y seis oficiales del ejército elevaron una petición anónima al presidente de Estados Unidos<sup>[9]</sup> en la cual menospreciaban la «imbecilidad» de Crook durante la campaña contra los sioux y finalizaban con un desdeñoso: «Es una completa vergüenza que pertenezca al ejército; pero es insultante que su imbecilidad y su deshonestidad sean recompensadas con un ascenso». El presidente hizo caso omiso de la carta.

Si bien su atuendo y hábitos no habían cambiado desde 1875, sí lo había hecho su carácter. Durante sus años de trato con las tribus nortenas, se fue convenciendo gradualmente de que la mayoría de los conflictos con los indios eran causados por legítimas protestas que el gobierno era incapaz de atender. En concreto, opinaba que el noventa y nueve por ciento de los problemas los causaban los agentes indios y los comerciantes.<sup>[10]</sup>

Tan pronto como llegó a Arizona, Crook indagó en las oscuras maquinaciones que desembocaron en el incidente de Cibecue Creek. Lo hizo de un modo que

difícilmente hubiesen adoptado sus predecesores: les preguntó a los apaches. Así descubrió la extensión de los chanchullos entre agentes indios y comerciantes, que habían convertido San Carlos en un barril de pólvora. Crook supo que las raciones alimenticias que el gobierno destinaba a los apaches se vendían en las poblaciones cercanas y en los campamentos mineros,<sup>[11]</sup> que los bueyes que recibían los indios «no tenían la suficiente grasa ni para freír una liebre de las praderas, siendo muchos de ellos pellejo y huesos», que las balanzas de los comerciantes estaban trucadas, que «el suministro semanal de harina ... apenas sería suficiente para el consumo diario de una familia». Entre los días de reparto, los apaches mendigaban raciones por el campamento o cazaban ratas y conejos para tratar de completar su mísera dieta.

Crook también supo que todos los apaches,<sup>[12]</sup> sin excepción, pensaban que la muerte de Nochedelklinne había sido un acto premeditado. Lejos de desatar un tremendo baño de sangre, los apaches que atacaron a Carr en Cubecue en realidad mostraron contención. Crook observó: «Si los indios se lo hubiesen tomado en serio, de allí no hubiese salido ni un solo soldado con vida».

Britton Davis, un teniente bastante receptivo de San Carlos, recuerda el ambiente de la reserva en 1882:

Todo el mundo estaba desnudo y hambriento. Niños pequeños asustados se escondían tras los matorrales o dentro de las tiendas en cuanto te veían. Por todas partes, las caras de los indios mayores, hoscas, impasibles y de expresión desconfiada, te desafiaban con la mirada. Sentías el desafío hasta en la médula de los huesos ... un desafío silencioso que te demostraba que eras un mentiroso y un ladrón.<sup>[13]</sup>

Davis no observaba la situación a través de los cristales color rosa que Clum había llevado puestos desde el principio:

Álamos de Virginia, escuálidos, abatidos, consumidos, casi sin hojas, se esparcían marcando el lecho de un arroyo. La lluvia era tan escasa que parecía un fenómeno extraño cuando se producía. Casi continuamente, un viento seco, cálido, cargado de polvo y arenisca, barría la llanura, despojando el lugar de cualquier vestigio de vegetación. En verano, una temperatura de 110°F [43°C] se consideraba fresco. Durante todo el año, las moscas, mosquitos y gusanos innumerables ... pululaban a millones.

Aun así, mientras Crook albergaba su nueva compasión hacia los apaches, como víctimas de la mala administración de los blancos, persistía su antigua predilección por distinguir entre indios buenos de indios malos. Seis semanas después de llegar a Arizona,<sup>[14]</sup> convocó en una reunión a más de cuatrocientos apaches en San Carlos, donde expuso sus nuevas normas: de nuevo las chapas de identificación y los recuentos diarios; documentos oficiales, sin los cuales un indio no podía salir de la reserva y la prohibición de hacer *tizwin*. Le dijo a la multitud, con su viejo estilo irónico y el rostro impasible, que «si uno de los indios presentes se siente dispuesto a rebelarse, que piense que es mejor que lo haga ahora y ponga a prueba la cuestión de la supremacía sin más dilación».

Junto a sus nuevas reglas, Crook también estableció una reforma para acabar con los abusos que tenían lugar en la reserva. Les pagó un centavo por cada libra

(cuatrocientos cincuenta gramos) de heno que recogiesen.<sup>[15]</sup> Según Davis, con un trato correcto «el rencor de los apaches desapareció rápidamente, y los niños ya no huían de nosotros».

Solo dos meses antes de la llegada de Crook, las tropas de Arizona habían combatido en lo que resultaría ser la última batalla contra los apaches desarrollada en territorio estadounidense. También fue la última acción hostil de otros apaches que no fuesen chiricahua. En una revuelta relacionada con el incidente de Cibecue,<sup>[16]</sup> una banda de apaches montaña blanca, bajo el mando de un jefe llamado Natiotish, mató a ocho policías indios y huyó hacia las montañas del norte. Pero Natiotish no era Jerónimo, ni los montaña blanca eran chiricahua. Los fugitivos cometieron gran número de errores estratégicos. El ejército los empujó hasta que se refugiaron en las cimas de las montañas Mogollón, y entonces acabaron con ellos sistemáticamente. Según Britton Davis, que participó en la batalla, murieron veintiséis de los cincuenta y cuatro rebeldes, y el resto fueron heridos. Años después de la batalla de Big Dry Wash,<sup>[17]</sup> los esqueletos de los apaches que se arrastraron agonizantes fuera del combate yacían expuestos en las suaves oquedades de la roca caliza.

En la época en que regresó Crook,<sup>[18]</sup> vivían unos cinco mil quinientos apaches en las reservas de San Carlos y Fort Apache. Solo los seiscientos chiricahua de Sierra Maestra vagaban en libertad. A Crook no le cabía la menor duda de que esos eran indios malos. Le escribió al secretario del Interior diciéndole que «ellos son un grupo incorregible, la peor banda de indios de América», e insistió en que a él «le agradaría saber que el último de los chiricahua estaba bajo tierra».<sup>[19]</sup>

Después de promover las reformas de las reservas, el general concentró su atención en los apaches del sur de la frontera. No subestimaba el poder de los chiricahua. En un manifiesto donde detallaba «El Problema Apache»,<sup>[20]</sup> alababa a los guerreros por «la agudeza de sus sentidos, su excelente forma física, el conocimiento del terreno y la más absoluta habilidad para protegerse del peligro», para llegar a la sucinta apoteosis de que «ante nosotros tenemos al tigre de la raza humana».

\* \* \*

Mientras tanto, en el corazón de Sierra Madre, los apaches vivían con cautela. Durante años,<sup>[21]</sup> receloso de la falsa seguridad, Jerónimo había organizado almacenamientos secretos de víveres (carne seca, frutas de cactus, mescal cocido, maíz, piñones y semillas de mezquite). En cavernas desde Nuevo México a Sonora, sus hombres habían depositado pieles curtidas, ropa, mocasines, marmitas para cocinar y armas. Un cierto tipo de fanatismo espoleaba sus esfuerzos mientras cabalgaba de un grupo a otro y exhortaba a los jóvenes a prepararse para una guerra sin cuartel contra los ojos blancos.



Había guerreros en los que Jerónimo podía confiar *in extremis*, como Fun, sobre todo, y Lozen. También estaba Kaytennae, el joven chihenne que Victorio había enviado a una expedición en busca de municiones justo antes del desastre de Tres Castillos. Entre su gente,<sup>[22]</sup> Kaytennae era un guerrero sin par, Kaywaykla decía que podía cargar y disparar un rifle más rápido que cualquier otro hombre. Nunca había vivido en una reserva. Nana estaba adiestrando a aquel hombre para que llegase a jefe cuando él muriera.

Pero había otros guerreros que podían haber dirigido y no dieron todo lo que se esperaba de ellos. Jerónimo estaba disgustado con Naiché,<sup>[23]</sup> el joven jefe chokonen, y con Mangas, el hijo del gran Mangas Coloradas. «Naiché y Mangas han visto lo que les sucedió a sus padres, ¡y no hacen nada!», espetó Jerónimo durante una misión de captación.

A pesar de que lucharía valientemente hasta el final, se recuerda a Naiché generalmente como un hombre débil. Por una razón: era un jefe que no tenía ninguna clase de poder, toda una rareza entre los chiricahua (eso no era culpa suya, pues ese poder, o don celestial, simplemente nunca fue a él a través de una visión o de cualquier otro modo). Los apaches le dijeron a Britton Davis que Naiché «era un buen guerrero, sin escrúpulos pacifistas, pero era muy aficionado a las mujeres, la danza y a pasarlo bien en general. No era lo bastante serio para afrontar las responsabilidades del liderazgo».<sup>[24]</sup>

Los ataques a pueblos, ranchos y convoyes de abastecimiento continuaron a ritmo acelerado. Cuando los guerreros salían a una batida,<sup>[25]</sup> incluso su lenguaje hablado era diferente del idioma apache cotidiano. Usaban un dialecto formado por circunloquios: por ejemplo, la palabra «corazón» pasaba a ser «aquello por medio de lo cual vivo», en vez de «polen» decían «aquello que favorece la vida».

Jerónimo imputaba la facilidad de sus victorias a los campesinos mexicanos. Cuando arrasaron un pueblo amurallado de Sonora,<sup>[26]</sup> él y sus guerreros gesticularon y se burlaron de sus habitantes, quienes se retiraron a esconderse a los tejados, donde se encogieron aterrados. Pero algunos asaltos les salieron más caros. Los dos nuevos huérfanos por parte de padre,<sup>[27]</sup> los dos hijos mayores de Juh, trataron de hacer la guerra siendo todavía unos adolescentes. Los mexicanos capturaron al más joven de ellos y, en un desesperado intento por rescatarlo, también fue apresado el mayor. Daklugie estaba solo en el mundo, sin otra compañía entre la banda de chiricahua libres que su lisiada hermana. Décadas después, en Fort Still (Oklahoma), por fin supo cuál fue el destino de sus hermanos a través del testimonio de un anciano que estuvo cautivo con ellos. Los mexicanos también torturaban a los apaches: ataron a los dos hijos de Juh, les colocaron palos en la boca de modo que no pudiesen cerrarla y los trasladaron como integrantes de una cadena de personas destinadas a ser vendidas como esclavos en la ciudad de Chihuahua. Languidecieron en prisión y murieron de viruela.

Descorazonados por los reveses ocasionales y profundamente heridos por la

pérdida de la soberana libertad que habían disfrutado antaño,<sup>[28]</sup> incluso algunos nednhi comenzaron a considerar la reserva como algo inevitable y la resistencia como un callejón sin salida. Loco, Mangas y Naiché también convocaron concejos, pero tanto Jerónimo como el viejo Nana desdeñaron su pesimismo. Ambos jefes aseveraban que la muerte siempre era preferible a la cautividad.

Nana, a través del sorprendente conducto oral con el que los chiricahua se mantenían en contacto con la reserva, supo que Lobo Pardo había regresado a Arizona. El anciano hizo una lectura positiva de la noticia, a pesar del respeto que le inspiraba Crook como general: «Él era un enemigo, cierto, pero era un digno adversario. Sus promesas eran buenas y entendía bastante bien a los apaches».

Crook fijó su propio conducto de comunicación. Bourke y él mantuvieron una conversación secreta con uno de los apaches montaña blanca que Jerónimo pretendió matar en el campamento de pastores de ovejas de Ash Flats (en el condado de Graham, Arizona).<sup>[29]</sup> Este hombre proporcionó a los oficiales una gran cantidad de información, buena parte de ella bastante fiable: de algún modo, estaba al tanto de las discrepancias en el corazón de Sierra Madre y calculaba que deberían quedar unos ciento tres guerreros.

Crook reclutó lo que él llamaba exploradores secretos,<sup>[30]</sup> entre ellos a dos mujeres, en las reservas de San Carlos y Fort Apache. Eran espías internos, encargados de husmear en cualquier conato de rebelión o intento de fuga entre los apaches pacificados. Cuando un espía apache tenía algún informe que entregar al oficial, él, o ella, debía llamar a la contraventana por la noche. Crook también envió espías a México con la esperanza de recoger información acerca de las andanzas de los chiricahua.<sup>[31]</sup>

Durante todo aquel tiempo, el general estaba trazando un extenso y audaz plan para someter a los apaches establecidos al sur de la frontera. En el mes de julio de 1882,<sup>[32]</sup> los gobiernos de México y Estados Unidos habían firmado un nuevo tratado fronterizo, en virtud del cual las tropas de una nación podían internarse en el territorio de la otra si estas se hallaban «persiguiendo de cerca a una banda de indios salvajes». El tratado se había firmado simplemente para permitir acciones como la del ejército de Estados Unidos, hasta entonces ilegales, cuando atacó a la banda de Loco en el momento en que esta se encontraba treinta y dos kilómetros dentro del territorio mexicano. El tratado también estipulaba que el contingente de soldados debía abandonar el territorio vecino tan pronto como se hubiesen enfrentado a los indios o perdido su rastro.

Sin embargo, Crook pretendía aprovechar el nuevo acuerdo fronterizo para realizar una ofensiva en masa concentrada en el corazón del santuario Chiricahua. Como no estaba dispuesto a llevarlo a cabo mediante un subterfugio (lo cual podría haber originado un conflicto internacional), viajó en tren, primero hasta la ciudad de Guaymas, en Sonora, y después a la ciudad de Chihuahua, para entrevistarse con los generales mexicanos y los delegados estatales y obtener una autorización que le

permitiese llevar a cabo su atrevido plan.

Crook también necesitaba un pretexto para cruzar la frontera «persiguiendo de cerca», y consiguió uno en el mes de marzo de 1883. Un grupo de batida chiricahua se había trasladado al norte, introduciéndose en Nuevo México, y había sembrado el pánico en la región. Tanto por sus estrategias como por su salvajismo, el grupo recordaba al Ataque de Nana de hacía dos años. En menos de una semana,<sup>[33]</sup> cabalgando una media de ciento sesenta kilómetros diarios, veintiséis guerreros mataron a otros tantos blancos y robaron reatas enteras de caballos, con la única baja de un hombre.

Aunque los descendientes de los apaches todavía discuten hoy en día sobre quién encabezaba aquel asalto, la mayoría se lo adjudica a Chato. Si, parafraseando a la madre de Kaywaykla, «todos los apaches eran arrogantes»,<sup>[34]</sup> Chato se llevaba la palma. Jerónimo, su mentor, tuvo que hacer callar a menudo a aquel joven desvergonzado para recordarle cuál era su puesto dentro del concejo de guerreros. Kaywaykla recuerda al joven jinete con una frase contundente: «Nadie cuestionaba la valentía de Chato, pero tampoco nadie podía confiar en su lealtad». Ni Nana ni Kaytennae confiaban en Chato, a quien consideraban demasiado ambicioso y peligroso. Más tarde, cuando Chato se hizo explorador del ejército, los chiricahua lo injuriaron diciendo que Chato era «el mayor de los traidores».

En la pose de una foto tomada después de las Guerras Apaches, aparece Chato con los hombros encorvados y el rostro oscurecido por el recelo, mientras mira fijamente algo situado a la derecha del fotógrafo, empuñando con fuerza el largo cañón de su rifle con la culata plantada en el suelo. Se decía de él que era bajo,<sup>[35]</sup> con el pecho amplio y que tenía la nariz aplastada por la coxa de una mula.

El pánico de Nuevo México ante el ataque de Chato se extendió a Arizona. En San Carlos,<sup>[36]</sup> los rumores de que los indios hostiles pensaban asaltar la reserva para robar municiones, caballos y reclutar disidentes no permitían conciliar el sueño al teniente Britton Davis. En Tombstone,<sup>[37]</sup> John Clum dedujo que Jerónimo estaba al mando del grupo. Obsesionado con su Némesis, como siempre, Clum argumentaba que había sido Jerónimo quien un año antes había dado a Nochedelklinne la idea de sus visionarias danzas.

Los periódicos, en su línea histórica, culpaban de la situación a Crook y a la reserva: «el redil donde se alimentan, el aprisco donde engordan los sanguinarios salvajes aprovechándose del trabajo honrado y de la civilización».<sup>[38]</sup> En la editorial del *Epitaph*, el periódico propiedad de Clum, se lee claramente: «Esos tipos con pases [para salir de San Carlos] deberían ser ejecutados».<sup>[39]</sup> Desde lugares tan lejanos como la ciudad de San Francisco, los periodistas lanzaron desbocadas soflamas sobre:

Aquellos salvajes carentes de todo remordimiento, cuidados y engordados por el gobierno ... Bárbaros para quienes la guerra no es sino un pasatiempo y el asesinato una delicia. Los problemas desesperados

requieren soluciones desesperadas, y San Carlos es el problema. El cirujano que se enfrenta a una espantosa úlcera que amenaza la vida del paciente, no duda en usar el cuchillo.<sup>[40]</sup>

Los sentimientos contra la reserva llegaron a tal punto que unos voluntarios,<sup>[41]</sup> que se llamaban a sí mismos Tombstone Rangers, organizaron un asalto a la reserva de San Carlos para, según palabras de Britton, «masacrar a todos los indios de la reserva». Animados por la bebida, llegaron hasta el borde sur de la reserva, donde encontraron a un anciano recogiendo plantas de mescal. Dispararon sobre él pero, según informa Britton, «afortunadamente fallaron. El anciano huyó hacia el norte, ellos tomaron dirección sur y allí acabó la masacre».

Aunque Chato y su banda mataron bastante gente en Nuevo México, hubo un incidente en particular que galvanizó la imaginación de toda la nación. En el camino entre Lordsburg y Silver City, los apaches interceptaron un carromato en el que viajaban los tres miembros de una familia de la frontera. Mataron a los padres a tiros y tomaron cautivo al pequeño, un niño de seis años. Las víctimas resultaron ser el juez federal H. C. McComas y su esposa. Los periódicos informaron de los cuerpos desnudos,<sup>[42]</sup> con los cráneos machacados. Los chiricahua sostendrían más tarde que los hombres de Chato no mutilaron los cuerpos «porque [el juez McComas] mostró un gran valor al saltar de la calesa rifle en mano, dispuesto a plantar cara a los guerreros para que su mujer y su hijo pudiesen huir».<sup>[43]</sup>

Charley McComas, el niño de seis años, se convirtió instantáneamente en un símbolo de la amenaza apache. Una foto del chico vestido para ir a misa, con pajarita, su pelo rubio cuidadosamente peinado y una suplicante mirada de bobo en el rostro, circuló a lo largo y ancho de Estados Unidos creando un poderoso icono sentimental de la virtud de los descendientes de los anglosajones pisoteada por los salvajes. «El pequeño Charley McComas», como necesariamente tuvieron que llamarlo, fue la más famosa víctima de los apaches.

Su destino permaneció oculto para todos excepto para un puñado de estadounidenses durante setenta y siete años. Frente a ese vacío, proliferaron un centenar de teorías. Por un lado, los periódicos de la época informaron de que Charley había caminado siguiendo la vía del tren hasta que lo recogió un tren y el pequeño se reunió,<sup>[44]</sup> todos lloraron mucho, con sus parientes en Silver City. Por otro lado, estaba la teoría de que habían encontrado su cuerpo a unos nueve kilómetros de los cadáveres de sus padres: «con la cabeza estrellada contra una roca. Que padres y madres reflexionen sobre esta escena y luego imaginen que se hubiese tratado de uno de sus amados hijos».

En una fecha tan lejana del suceso como 1938,<sup>[45]</sup> un explorador noruego, en México, creyó haber encontrado la prueba de que el chico desaparecido había vagado junto a una «tribu perdida» de apaches fugitivos durante cincuenta años, hasta que fue «misteriosamente asesinado». El explorador afirmaba haber encontrado mechones de pelo en un peine apache que muy bien podrían pertenecer a la cabellera de Charley

McComas.

En realidad, la banda de Chato había tomado al chico de seis años para criarlo en cautividad. Los apaches lo hacían muy a menudo con chiquillos mexicanos, a quienes dedicaban el mismo amor y cuidado que a sus propios hijos. La intención de los chiricahua era entrenar al chico blanco para que llegase a ser un auténtico guerrero.

[46] El destino que tuvieron llegó como corolario de la ofensiva de Crook en Sierra Madre.

Gracias al ataque de Chato, Crook obtuvo un pretexto para internarse con sus tropas en México. «Perseguir de cerca», en opinión de Crook, no implicaba necesariamente una proximidad de espacio, ni siquiera de tiempo. Con su proverbial diligencia, Crook se tomó su tiempo para organizar la ofensiva. Todavía sabía demasiado poco acerca de los chiricahua y sus refugios.

En ese punto, la buena suerte llamó a la puerta de Crook. En plena noche, [47] en la reserva de San Carlos, uno de los rastreadores se introdujo en el dormitorio de Britton Davis y lo despertó para susurrarle: «Chiricahua venir». Britton se vistió y salió al galope junto a su explorador a través de la oscuridad de la noche hasta llegar a un campamento situado a casi veinte kilómetros de distancia. Allí habían atacado y «apresado» a un indio solitario. Era un individuo de unos veintitrés años de edad, pero no era chiricahua, sino montaña blanca. Se llamaba Tzoe, pero los soldados pronto lo conocerían por Melocotones (*Peaches*), por su rostro aniñado y su tez pálida. En efecto, en una fotografía, se puede ver que Tzoe poseía un rostro infantil e ingenuo dentro de los parámetros apaches.

Tzoe, ofendido por haber sido desarmado, fue a la reserva por su propia voluntad. Un año antes había abandonado San Carlos bajo coacción, pues era miembro integrante de la banda de Loco, [48] sobre todo porque se había casado con dos mujeres chiricahua. Sus esposas murieron en la batalla contra Lorenzo García, donde Tzoe cayó herido de gravedad. La doble raíz de su condición lo persiguió durante un año. Luchaba al lado de los chiricahua, pero no eran su gente. Había sido uno de los integrantes del grupo formado por veinticinco guerreros escogidos y liderado por Chato que rapiñó en el estado de Nuevo México, fue uno de los que ayudaron a matar al juez McComas y a su esposa..., pero Tzoe ya había tenido suficiente. Echaba mucho de menos a los parientes que tenía en la reserva, sobre todo a su madre; cuando anocheció, se alejó cuidadosamente de la banda de Chato y galopó hasta San Carlos.

Tzoe se convertiría en el as que Crook se guardaba en la manga. Entre los chiricahua libres, [49] lo llamarían Lobo Cobarde por su traición. Y con todo, su historia no parecía demasiado creíble, [50] su llegada fue tan oportuna que muchos hombres de San Carlos barajaron la hipótesis de que en realidad Tzoe hubiera sido enviado como «emisario de los hostiles que deseaban negociar la paz», pero que no querían que se conociese su falta de seguridad. Esta es una teoría nacida directamente en el seno del egocentrismo estadounidense, que ignoraba el poder de la voluntad de

Jerónimo.

Tan pronto como Tzoe cayó en sus manos, Crook se entrevistó con él. El apache montaña blanca le confesó al general que el ataque de Chato iba dirigido a la búsqueda de munición,<sup>[51]</sup> pero que estaba endurecido por el resentimiento «hacia ese agente llamado Estómago Grande», el mismo burócrata de San Carlos al que Crook había desmantelado un chanchullo. Tzoe explicó que «solía pegarles patadas, bofetadas y golpes, y sus empleados hacían lo mismo ... y los amenazaba con trasladarlos fuera de San Carlos y llevarlos a un lugar muy lejano, por eso los chiricahua se rebelaron y tomaron la senda de la guerra».

Después de que las esposas de Tzoe muriesen asesinadas en la batalla contra García, los chiricahua lo mantuvieron bajo una estrecha vigilancia. «No me dejaban salir solo, siempre había alguien conmigo. Me obligaron a trabajar para ellos, tuve que prepararles comida y cosas así». Hasta que una noche Tzoe aprovechó su oportunidad: se quitó los mocasines y huyó en medio de la oscuridad tratando de pisar sobre las rocas para no dejar rastro.

Tzoe describió la Fortaleza de Juh, un lugar que los apaches, según dijo, llamaban *Pahgotzinkay*. El plan consistía en que todos los fugitivos se diesen cita allí, «pero no creo que los chiricahua lo quieran hacer ahora, pues saben que he huido y puede que teman que yo hable de ellos».

El joven guerrero detalló la difícil situación que atravesaban los evadidos. Dijo que «la comida escasea en el bastión, no hay mescal ... nada. Los chiricahua están alimentándose exclusivamente de carne del ganado que roban o matan». Cada día, más o menos, la banda se trasladaba a un nuevo campamento. Loco quería regresar a la reserva, pero temía tanto a las tropas estadounidenses como a sus paisanos chiricahua. Solamente quedaban setenta guerreros y unos cincuenta «muchachotes»; además, los chiricahua debían cargar con mujeres y niños. Para solaz de Crook, Tzoe aceptó guiar al ejército hasta el corazón de Sierra Madre.

El 1 de mayo, cumplidas seis semanas de los asaltos de Chato, Crook cruzó la frontera para dirigirse al sur y emprender lo que el historiador Dan L. Thrapp llamaría «la más importante y peligrosa de las operaciones efectuadas por el ejército de Estados Unidos contra indios hostiles en la historia de la frontera».<sup>[52]</sup> Su expedición era ambiciosa y potencialmente pesada: cuarenta y dos soldados, once oficiales, tres jefes de exploradores, dos intérpretes, un periodista, doscientas veintiséis mulas, setenta y seis muleros y, lo más importante de todo, ciento noventa y tres rastreadores apaches, Tzoe entre ellos.<sup>[53]</sup> Para que los mexicanos no confundiesen a aquellos apaches con los chiricahua hostiles, Crook les proporcionó a los suyos unas cintas para el pelo de color rojo. Esta banda de tela se convertiría en la marca de su valor a lo largo de aquella guerra contra los apaches. La partida llevaba víveres para seis días y cada hombre estaba dotado con una provisión de ciento cincuenta cartuchos.

Crook había estudiado a su enemigo con su habitual minuciosidad. Más tarde analizaría la tarea que halló frente a él:



Un indio, con su estilo de hacer la guerra, era muy superior a un blanco, y sería prácticamente imposible sojuzgar a los chiricahua en su propio terreno solo con soldados blancos. El territorio que ocupan es mayor que Nueva Inglaterra y el más inhóspito del continente y aunque no ofrece comida para que un soldado pueda sobrevivir, sin embargo provee a los indios de todo lo necesario para subsistir durante un período indefinido.

Crook volvía a elogiar la dureza, la agudeza visual, la habilidad de rastreo y las virtudes guerreras de los apaches. Entonces más que nunca estuvo convencido de la eficacia de los exploradores indios: «En una operación contra ellos [los apaches] la única esperanza de salir victorioso reside en utilizar sus propios métodos y su propia gente en una maniobra conjunta».

El séquito de Crook incluía algunos hombres destacables, como el capitán Emmet Crawford y el teniente Charles B. Gatewood, los oficiales al cargo de los exploradores, que tuvieron un papel de vital importancia durante los tres últimos años de guerra, o Al Sieber, el astuto montañés, jefe de todos los exploradores. Uno de los intérpretes era el misterioso Mickey Free, reaparecido Félix Ward, el chico cuyo rapto había desencadenado el asunto Bascom y veintidós años de guerra entre apaches y ojos blancos. Era ayudante de Crook<sup>[54]</sup> John G. Bourke, el infatigable cronista al que los apaches habían bautizado con el nombre de «Hechicero de Papel» porque siempre estaba «escribiendo, escribiendo, escribiendo». El periodista, asignado por el *New York Herald* era Frank Randall. Un año más tarde tomaría la primera y mejor de las fotos de Jerónimo: clavando su fiera mirada en la cámara, con la rodilla derecha en tierra y el rifle empuñado con fuerza desafiante, parece como si estuviese a punto de estallar a la menor provocación. Esta fotografía es la imagen más conocida de cualquier indio americano. El reportero tomó fotos a través de toda Sierra Madre, documentos de incalculable valor que jamás serían legados a la posteridad, pues una mula se despeñó por un barranco y tanto las placas como la cámara quedaron destrozadas.

Al mando de esta extraordinaria expedición iba el hombre que, cualquiera que hubiesen sido sus faltas y errores, se había convertido en el mejor luchador contra los indios que jamás hubo en Estados Unidos. George Crook tenía cincuenta y cuatro años, había mechales grises en su barba y un cansancio en su mirada que no estaban allí en 1875, pero todavía estaba en tan buena forma como el más joven de sus oficiales y era tan sencillo como el más humilde de los muleros.

Tan pronto como cruzaron la frontera y se internaron en Sonora, la expedición encontró elocuentes señales del horror apache. Durante tres días no encontraron ni a un solo ser humano,<sup>[55]</sup> mientras los hombres atravesaban rancho tras rancho, todos abandonados y con sus cultivos de trigo y cebada necesitados de una urgente siega. El día 4 de mayo llegaron a un lugar cerca de donde el río Bavispe se curva en un amplio meandro hacia el norte, y al día siguiente encontraron su primera ciudad mexicana. Bavispe era, según escribió Bourke, «un pueblo débil y arruinado».<sup>[56]</sup> Cada uno de sus habitantes, hombres, mujeres y niños, salieron a las calles o se

asomaron desde los tejados para recibir a los estadounidenses: «Parecían la Gran Convención Nacional de Espantapájaros y Desharrapados». Los hombres estaban tan aterrados por las rapiñas de los apaches que no osaban salir más de cuatrocientos metros a campo abierto.

Bacerac, con una población de ochocientos setenta y seis habitantes,<sup>[57]</sup> fue el lugar donde la partida acampó al día siguiente; a Bourke le pareció un lugar «más destartado y pobre, si eso es posible, que Bavispe ... la mayoría de la gente vive bajo unas condiciones de miseria y penuria más allá de cualquier descripción». De todos modos, era un sábado por la noche,<sup>[58]</sup> y la gente, rebotante de alegría ante la perspectiva de que se acabasen las rapiñas de los apaches, celebró un gran *baile* en honor de los estadounidenses. Los muleros agotaron hasta la última botella de mescal de la ciudad y los tambores y trompetas sonaron hasta bien entrada la noche. Por la mañana los hombres lucharon contra sus resacas para levantarse a la intempestiva hora de diana decretada por su abstemio general.

En Huachinera, con una población de trescientos habitantes, «un agujero escuálido con una iglesia escuálida»,<sup>[59]</sup> Tzoe narró cómo Chato, durante la marcha hacia el norte para realizar sus incursiones, había entrado al galope en la plaza mayor del pueblo con la mayor frescura y le compró tabaco a un perplejo tendero. El día 8 de mayo la expedición abandonó el curso del Bavispe y se dirigió a Sierra Madre.

Para las medidas de Colorado, incluso las de Arizona, los picos de Sierra Madre no son demasiado elevados, pues rara vez superan los dos mil ochocientos metros. En cualquier caso, la cordillera es un laberinto de picos recortados y sombrías quebradas que llegan a los mil quinientos metros de profundidad. Sus estribaciones se desmenuzan hasta llegar a un inhóspito desierto plagado de cactus y mescales. Incluso en el corazón de Sierra Madre, un lugar tapizado de bosques de robles y coníferas, existen pocos pasos naturales y, además, hay una sorprendente escasez de arroyos.

Casi de inmediato, los rastreadores encontraron señales de los chiricahua.<sup>[60]</sup> Estas llevaron a Crook hasta campamentos abandonados apenas una semana atrás, donde cadáveres de caballos agotados y muertos yacían por doquier junto a restos de ganado sacrificado. El ejército comenzó a avanzar de noche, lo cual llamaría menos la atención sobre ellos. Antes de que la expedición partiese de Arizona,<sup>[61]</sup> un explorador escéptico le había dicho a Crook que su misión fracasaría porque los chiricahua «podían esconderse como coyotes y olfateaban el peligro a larga distancia, como las alimañas». Pero el hecho más meritorio es que aquella compañía de trescientos veintiocho hombres y más de trescientas monturas, entre caballos y mulas, se movió durante una semana a través de Sierra Madre con tanta habilidad y sigilo que los chiricahua nunca sospecharon de su presencia.

La marcha era dura en extremo. «Mirar el paisaje es magnífico, viajar por él es un infierno», escribió Bourke.<sup>[62]</sup> Hubo cierta cantidad de mulas que murieron y los hombres tenían que eludir constantemente las piedras que desprendían sus

compañeros.<sup>[63]</sup> Las rocas laceraban las botas de los soldados y arbustos y cactus les rajaban las ropas hasta hacerlas jirones. Los exploradores, en cambio, se sentían en su elemento, como si fuesen de excursión «sin una queja, y con abundantes risas y bromas».

Bourke, que pronto se convertiría en un etnógrafo autodidacta, tomó abundantes notas acerca de las costumbres y creencias de los apaches. En su primera noche en las montañas, convenció a los exploradores para que le permitieran participar en la ceremonia del sudor. Cuando llegó su turno de cantar, ofreció a sus anfitriones una interpretación a voz en cuello de la canción *Our Captain's Name is Murphy*, una célebre tonada de los soldados irlandeses durante la Guerra de Secesión. Un día, Frank Randall, el reportero del *Herald*, atrapó a un mochuelo y lo ató al pomo de su silla de montar. Al hacer eso, había violado involuntariamente uno de los más solemnes tabúes apaches. El búho era uno de los animales más temidos,<sup>[64]</sup> la encarnación de un espectro. Los padres asustaban a los niños traviesos con los búhos. La simple presencia de una lechuza, o tan solo nombrar esas aves, significaba invitar a la «enfermedad oscura» que traía la muerte. Los aterrados apaches se quejaron a Crook, quien ordenó a Randall que soltara al pájaro.

Un día, un explorador dotado para ello realizó un hechizo para adivinar la ubicación de los chiricahua.<sup>[65]</sup> Se golpeó el pecho y señaló al este y al norte y, escribió Bourke, «pronto entró en un estado de histeria». Otro rastreador le tradujo la invocación a Bourke, con el inglés que había aprendido en la reserva:

Yo no poder ver los chiricahua aún. Ser posible, mí ver a él. Mí coger a él. Mí matar a él. Poder ser cerca seis días, mí coger a él, poder ser cerca dos días. A mañana, mí enviar veinticinco hombres cazar a él rastro. Poder ser cerca de mañana coger a él *squaw*. *Chilicahui* ver mí, mí no conseguir él. No ver mí, mí coger a él.

El 10 de mayo los exploradores encontraron un rastro que no podía tener más de unos días y encontraron dos campamentos colgados de la cresta de las montañas,<sup>[66]</sup> uno con los restos de cuarenta tiendas y el otro con los de treinta. A la noche siguiente, los exploradores concertaron una reunión; en ella le dijeron a Crook que para mayor velocidad y eficacia debería permitirles ir por delante del resto de la expedición. Crook aceptó y puso a Crawford al mando de una avanzadilla de ciento cincuenta rastreadores. Los mensajeros mantendrían al general puntualmente informado de sus descubrimientos.

A los exploradores se les llenaba la boca con bravatas. Le dijeron a Crook que «si ellos tenían una pelea, matarían hasta el último chiricahua. Pero que si se entregaban, ellos creían que se debería ejecutar a alguno de los malos, como Ju[h] o Hieronymo[,] pues siempre estarían causando problemas».<sup>[67]</sup> En privado vivían temerosos de los salvajes chiricahua.<sup>[68]</sup> Cuando partieron, cada uno de ellos llevaba un centenar de cartuchos; los exploradores disputaban entre ellos por ocupar la cabeza de la avanzadilla.

El día 12 de mayo, Tzoe encontró el ancho anfiteatro natural que había sido el último campamento chiricahua. Estaba situado sobre un collado paralelo al nacimiento del río Bavispe, con el cual se topaba de nuevo la expedición, tras cinco días de cruzar escarpadas montañas. El anfiteatro era, tal como observó Crook, «un lugar formidable, inexpugnable ante cualquier ataque».<sup>[69]</sup> Evidentemente, los chiricahua habían abandonado el lugar pocos días atrás, dejando toda clase de pertenencias tras ellos: pieles de vaca y de caballo, carne puesta a secar colgada de un árbol, lienzos de algodón, incluso dos muñecos de trapo que representaban bebés apaches.<sup>[70]</sup> El campamento contaba con noventa y ocho tiendas perfectamente preparadas para ser habitadas.

Dos días después, durante un descanso para comer, algunos exploradores provistos de prismáticos divisaron a su primer chiricahua: estaba en un campamento de montaña a poco más de un kilómetro y medio de distancia. Crawford reunió a todos sus hombres aquella noche y planteó copar el campamento chiricahua por la mañana. Para su satisfacción, el enemigo todavía no había descubierto la presencia de invasores. En palabras de John Rope, un apache montaña blanca que marchaba a la vanguardia, «algunos de los exploradores estaban asustados ... aquella noche no pudimos dormir, así que nos sentamos y hablamos entre susurros».<sup>[71]</sup>

Por la mañana, los exploradores se despojaron de pantalones y camisas,<sup>[72]</sup> quedando vestidos exclusivamente con un taparrabos, tal como hacían siempre que se preparaban para la batalla, y luego bajaron hasta el río y hundieron sus manos en el agua para beber.<sup>[73]</sup> «Algunos rastreadores se quejaban de dolor en las rodillas, para poder quedarse en la retaguardia», informó Rope.<sup>[74]</sup> Antes de que Crawford pudiese completar su maniobra envolvente, un explorador que se había separado para orinar se topó de bruces con dos chiricahua montados en mulas. Un compañero alzó su rifle con demasiada celeridad y este se disparó por accidente, los chiricahua saltaron de las mulas y corrieron a esconderse.

El disparo fortuito lanzó a los exploradores militares en una desordenada y espontánea carga. Ellos creían que estaban a punto de enfrentarse a los certeros rifles de Juh, Jerónimo y varias docenas de guerreros, pero lo que se encontraron fue a un pequeño e inofensivo grupo de indios. La batalla, por así llamarla, terminó rápidamente. Los asaltantes mataron a nueve personas, la mayor parte ancianos y mujeres, y tomaron cautivos a cinco niños; sin embargo, algunos guerreros lograron escapar. Mientras John Rope vigilaba a un prisionero, un niño «observó que todos los exploradores que formaban la línea de fuego llevaban puestas cintas rojas en la cabeza».

—¿Qué tipo de gente son esos? —preguntó el niño.

—Son exploradores que van en busca de tu pueblo —le contestó John Rope.

«Entonces el niño rompió a llorar», explicó Rope.

Lo que ocurría es que casi todos los chiricahua se encontraban fuera del campamento, dedicados a rapiñar por los pueblos de Sonora y Chihuahua. Crawford,

de todos modos, había tomado un campamento importante, donde encontraron un buen botín y cuarenta y siete caballos y mulas para cargarlo. Un prisionero reveló que aquel campamento pertenecía a Chato y a otro jefe. De todos modos, como evento militar, la conquista del campamento representaba un triunfo nimio. En cuanto Crook se personó en el campo de batalla, descubrió que su labor no había hecho más que comenzar.

En esos momentos Jerónimo y treinta y seis guerreros más se encontraban en las lejanas llanuras orientales, en pleno estado de Chihuahua.<sup>[75]</sup> Sus asaltos, en esta ocasión, estaban dirigidos a tomar prisioneros, pues tenían esperanzas en trocarlos por los cautivos apaches que los mexicanos habían apresado en Casas Grandes. Mientras Crawford atacaba el campamento de Chato, Jerónimo estaba sentado junto a una hoguera comiendo un pedazo de buey asado, sujetaba la carne con una mano y su cuchillo con la otra. De pronto su poder le habló, dejó caer su cuchillo y espetó: «¡Hombres, nuestra gente, la que dejamos en el campamento principal, está ahora en manos de las tropas estadounidenses! ¿Qué haremos?».

Jasón Betzinez, que estaba sentado al lado de Jerónimo, contó su historia muchas décadas después de vivir en Estados Unidos, durante las cuales había perdido una buena parte de sus creencias apaches. En 1959, Betzinez escribió: «Hoy en día no puedo explicarlo, pero yo estuve allí y lo vi. Y no, él no recibió la noticia por boca de mensajero alguno, ni se habían hecho señales de humo».

Los guerreros de Jerónimo no tenían el menor asomo de duda acerca del poder de su jefe. Prepararon sus cosas con presteza y se dirigieron a Sierra Madre, aunque se encontraban a más de ciento noventa kilómetros del campamento de Chato.

Fue Betzinez, en 1959, quien por fin desveló al mundo el destino del pequeño Charley McComas. El chico de seis años estaba, en efecto, en el campamento cuando Crawford atacó. Un chiricahua, presa de la ira cuando los exploradores mataron a su madre, cogió al niño y se vengó golpeándolo con una piedra hasta matarlo. Por miedo a las represalias, los cautivos ocultaron el cadáver y dijeron a los invasores que el niño había huido entre la maleza. Entre el botín requisado por los exploradores, Bourke encontró una foto de familia que pensaba que podría pertenecer al juez McComas: «Casi todas las caras tenían un aire intelectual».<sup>[76]</sup> Crook, que persistía en preguntarles a los chiricahua por Charley,<sup>[77]</sup> creyó durante semanas que estaba a punto de encontrar al huérfano. Cinco meses después,<sup>[78]</sup> dos emisarios estadounidenses en México anunciaron que el chico se hallaba sano y salvo y que pronto sería liberado por sus captores a cambio de cartuchos.

Es más, a pesar de las especulaciones que se realizaron durante más de siete décadas acerca del destino del muchacho,<sup>[79]</sup> un historiador de Arizona descubrió el asesinato de Charley en 1905, a través de la correspondencia que mantenía con el intérprete de Jerónimo en Fort Still (Oklahoma).<sup>[80]</sup> Pero las crónicas de este historiador languidecieron inéditas en un archivo de Tucson.

Crook calculó hábilmente su primer movimiento tras la batalla. A través de un

intérprete mantuvo una larga charla con el mayor de los prisioneros, la hija de un jefe chiricahua. Ella le reveló el gran desánimo que su gente experimentó en cuanto cayeron en la cuenta de que su bastión había sido invadido por los soldados estadounidenses, y juró que muchos chiricahua estaban cansados de la vida del fugitivo y deseaban vivir en la reserva.

Crook le dio a esta chica y al mayor de los dos niños prisioneros provisiones para un corto viaje y después, como muestra de su buena voluntad, le dejó escoger a la muchacha el mejor de los caballos que habían capturado los rastreadores. Los dos jóvenes salieron a caballo en busca de su gente para transmitir un mensaje de Lobo Pardo que decía: «Lobo Pardo ha venido solamente para llevaros de vuelta a San Carlos, no para hacer la guerra».

Posteriormente, Crook analizaría el aprieto en el que se encontraba:

Los indios estaban tan total y absolutamente asustados, que cualquier intento de perseguirlos sería infructuoso. Nunca podríamos confiar en atraparlos en esas escarpadas cimas y el esfuerzo supondría un coste de vidas muy elevado, pues cada roca es un parapeto tras el cual los chiricahua podrían combatir hasta la muerte usando sus rifles de repetición.<sup>[81]</sup>

Los hombres acamparon cerca de un ancho meandro del río Bavispe y se prepararon para la espera. Bourke observaba a una pareja de cautivos: «La joven lloraba compulsivamente, pero su hermano menor, un mocoso bastante guapo, miraba al mundo con estoicismo, a través de unos ojos grandes y negros como ostras de azabache».<sup>[82]</sup>

Incluso en medio de una campaña, como estaban, los soldados no pudieron dejar de admirar la belleza de los alrededores: «Sería difícil encontrar un lugar más encantador», escribió Bourke en su diario;<sup>[83]</sup> un testimonio recogido posteriormente por un mensajero de la partida de Crook también se haría eco de ese mismo parecer: «Las tropas afirmaban que el emplazamiento donde tuvo lugar la captura es el paraje más hermoso de la Tierra, y el camino que lleva a él es el más peligroso que jamás hayan pisado los mortales».<sup>[84]</sup> El hilo azul del Bavispe que rodeaba al campamento estaba marcado por hileras de álamos de Virginia, los arroyos afluentes desembocaban en él desde un laberinto de barrancos ocultos. La cumbres estaban tapizadas por ondulantes campos de gramíneas. Enebros y robles dispersos ofrecían su sombra cerca del campamento y en las laderas que se abrían a cada lado; estos árboles daban paso a bosques de pinos ponderosa. Los días pasaban cálidos y nublados, seguidos por frescas noches.

Dos días después del ataque, un grupo de ocho mujeres se acercó cautelosamente al campamento ondeando la bandera blanca de la paz. Una de ellas era hermana de un jefe llamado Chihuahua, y dijo que su hermano estaba cansado de combatir y que estaba reuniendo a su banda pero que, de todos modos, estaba furioso porque una de las mujeres muertas durante el ataque era tía suya.<sup>[85]</sup> A la mañana siguiente Chihuahua se presentó a caballo, con toda la arrogancia de un guerrero chiricahua; su



caballo lucía cintas de tela roja y él cargaba con dos revólveres y una lanza. Tal como lo recuerda John Rope:

Llegó al galope hasta el preciso lugar donde estábamos sentados a la sombra de un roble. Nos pusimos en pie de un salto, sin saber exactamente qué intenciones traía. Nos preguntó dónde estaba el comandante en jefe y nosotros se lo dijimos. Guio su caballo al galope directamente hacia la tienda de Crook, sin cuidarse de soldados ni exploradores, que tuvieron que apartarse a su paso.

Con Mickey Free de intérprete, Chihuahua reprochó a Crook haber matado a su tía y luego su humor cambió. Parafraseando a Bourke, «estaba cansado de luchar. Su pueblo había sido destruido y sus bienes estaban en nuestro poder. Deseaba rendirse en cuanto reuniese toda su banda».<sup>[86]</sup> Después Chihuahua salió al galope del campamento con la misma insolencia con la que había entrado en él.

Hora tras hora, hombres, mujeres y niños chiricahua bajaban de las montañas. El día 19 de mayo había un centenar de ellos acampados con la partida de Crook, aunque ni un solo jefe. Una mujer advirtió que «habría más problemas en cuanto Jerónimo supiese qué estaba pasando».<sup>[87]</sup> Las mujeres chiricahua rasgaron sacos de harina para hacer banderas blancas, que dispusieron por todo el campamento, para avisar a sus guerreros de que no disparasen.

Jerónimo llegó el 20 de mayo.<sup>[88]</sup> Mejor dicho, más que llegar al campamento, merodeó por las colinas circundantes a la base. Los jefes, entre ellos Nana, Naiché y Loco, y los principales guerreros, Kaytennae, Chato, Fun, Lozen, Chihuahua y el resto, también se mantuvieron a distancia, sobre las colinas cercanas. Guerreros y exploradores intercambiaron preguntas y pullas a voces.

Se estaba desarrollando una situación de altísimo riesgo. Se necesitaba poco más que un disparo accidental para desencadenar la batalla más sangrienta de todas las Guerras Apaches. Si los exploradores apaches llegaban a algún tipo de acuerdo, tal como había sucedido en Cibecue, la potencial masacre de soldados estadounidenses rivalizaría con la de Little Bighorn. El compás de espera que se dio en aquellos momentos dentro del santuario chiricahua no ofrecía esperanzas de tener una solución sencilla.

Existe una gran ironía en que el hecho que tuvo lugar a continuación (en un momento que sería recordado unánimemente como el suceso más importante del cuarto de siglo que duró la guerra entre apaches y blancos) quedara como uno de los peor documentados, y uno de los más ambiguos, de todos los sucesos de esta guerra.

Empezó de un modo bastante inocente. El día 20 de mayo el general Crook salió a cazar pájaros con su escopeta. Se alejó del campamento, se internó solo en un campo de hierbas altas y amarillas y de pronto Jerónimo y «todos los chiricahua» salieron de sus escondrijos y capturaron al general. Le quitaron la escopeta de las manos, «y también los pájaros que había cazado».

Muchos historiadores, seguidores de las hipótesis de Dan L. Thrapp y Angie Debo, afirman a favor de Crook que este se dejó apresar deliberadamente como parte

de una osada maniobra destinada a romper el *impasse*. Thrapp define esa maniobra como «la más arriesgada de todas las recogidas en los anales de las Guerras Indias».<sup>[89]</sup> Debo lo aclama diciendo que fue «el supremo acto de valor de todos los que realizó en su intrépida carrera».<sup>[90]</sup>

Tales explicaciones inciden en un mismo punto de partida: Crook sabía lo que estaba haciendo. Un análisis más sencillo indica que Crook simplemente cometió un error garrafal, pues para él la caza representaba mucho más que un mero entretenimiento, era prácticamente una compulsión de su carácter. En los días subsiguientes al enfrentamiento en Rosebud, y justo antes de la batalla de Little Bighorn, Crook se fue de caza y pesca cuando lo que debería haber hecho era continuar en la brecha. En los días previos, durante su ofensiva en plena Sierra Madre y a pesar del extenuante avance de la expedición y la absoluta necesidad de sigilo que la misión requería, Crook salía a cazar aves en su tiempo libre. Ya en el pasado sus cacerías lo habían metido en algún que otro problema: en una ocasión fue sorprendido por una ventisca de nieve a orillas de un afluente del río Platte<sup>[91]</sup> (estado de Nebraska), donde casi muere al romperse el hielo de la superficie (lo salvaron dos compañeros); en otra lo atacó un oso que finalmente cayó bajo sus disparos cuando estaba a tan solo tres metros de distancia.

Es significativo que ni Crook ni Bourke mencionen la infortunada cacería en las crónicas de sus correrías por Sierra Madre. En la narración que escribió Bourke sobre la expedición, afirma que «gradualmente, en grupos de dos o tres y desde distintos puntos, los guerreros se fueron aproximando al fuego del campamento del general Crook».<sup>[92]</sup> En su informe oficial, Crook simplemente escribió: «Todos los jefes se rindieron y se entregaron ellos mismos».<sup>[93]</sup>

Sabemos que los chiricahua atraparon a Crook gracias a las narraciones de John Rope, el explorador montaña blanca, que se mantuvieron inéditas hasta 1936. A Estados Unidos se filtró una historia tergiversada que, de todos modos, fue publicada al completo por los periódicos de toda la nación bajo el titular: «La Captura de Crook».<sup>[94]</sup> Esta interpretación de los hechos supuso un valioso argumento a favor de sus detractores.

Lo cierto es que Jerónimo pensaba que había apresado a Crook,<sup>[95]</sup> y así lo afirmaría a lo largo de su vida, y los chiricahua de hoy en día también apoyan su versión.<sup>[96]</sup>

Dicho esto, surge una pregunta obvia: ¿Por qué Jerónimo, ya que tenía al general en sus manos, no lo mató o, al menos, lo mantuvo como prisionero? Según John Rope, en cuanto los chiricahua desarmaron a Crook, solicitaron la presencia de un intérprete.<sup>[97]</sup> Los militares enviaron a Mickey Free, y luego «todos se sentaron en el suelo y hablaron». Después de dos horas, los chiricahua se presentaron en el campamento con Crook.

La explicación ofrece múltiples facetas. En mayo de 1883, el seno de los

chiricahua estaba seriamente dividido por la cuestión de abandonar o no su vida de fugitivos, como deseaba la gente de Loco, que desde el principio no quisieron fugarse, y volver a San Carlos a pasar hambre. Juh, junto con Jerónimo, el más firme defensor de la resistencia, había muerto en el río Aros. Bourke, después de hablar con una mujer mexicana que Jerónimo había raptado en Chihuahua, supo que: «Los chiricahua están casi sin municiones».<sup>[98]</sup> Incluso el día 15 de mayo, cuando él mismo oyó las descargas de fusilería desde lejos (los exploradores disparaban una y otra vez mientras que los chiricahua parecían responder al fuego casi con desgana), escribió la siguiente reflexión en su diario: «No puedo evitar permitirme fantasear con la idea de que los chiricahua están combatiendo con desánimo simplemente porque andan faltos de munición».

Más importante aún fue que el éxito de la ofensiva militar estadounidense realizada en plena Sierra Madre, guiada por el chaquetero Tzoe, supuso un devastador golpe para la moral de los chiricahua. Ningún lugar, ni siquiera la Fortaleza de Juh, tal como habían demostrado los soldados, era inexpugnable. Bourke pudo ver el desánimo plasmado en los rostros de los chiricahua.

Si Jerónimo hubiese matado a Crook, o si lo hubiese retenido preso demasiado tiempo, hubiese estallado la batalla definitiva. Los cincuenta y pocos soldados no suponían una amenaza disuasoria y los setenta y seis muleros representaban, militarmente hablando, un grupo insignificante. Eran los exploradores apaches los que preocupaban a Jerónimo: una fuerza de ciento noventa y tres hombres, casi el doble que los guerreros chiricahua. Una batalla costaría muchas vidas en ambos bandos, y no formaba parte del estilo apache de combate el entrar en liza cuando era inevitable sufrir fuertes pérdidas.

Más que nunca, la sempiterna ambivalencia de Jerónimo desempeñó su papel. En el pasado ya habían intentado vivir en la reserva en dos ocasiones; lo intentaría una tercera. La penurias de la vida de un fugitivo habían pasado factura hasta a un duro guerrero bedonkohe como él.

Finalmente, Jerónimo tuvo otro plan: allí donde la fuerza bruta no ocasionase más que pérdidas, quizá venciesen la mentira y el subterfugio.

Entonces, Jerónimo y sus jefes fueron a parlamentar. Crook, leyendo la desdicha en las expresiones de sus adversarios, les hizo entender la trascendencia de la invasión de su refugio. Posteriormente escribiría: «Les dije que las topas mexicanas se estaban desplazando en ambos lados y que era cuestión de pocos días hasta que el último de ellos estuviese bajo tierra». En su informe oficial exageró su férreo desdén a la vez que los retaría a combatir:

Lo mejor que podían hacer [afirma Crook que les dijo a los chiricahua] era abrirse camino peleando, si pensaban que podían conseguirlo. Los tuve esperando durante varios días y cada jornada se volvían más y más insistentes. Al final, Jerónimo y todos los jefes vinieron a suplicar abiertamente que los llevase a San Carlos.<sup>[99]</sup>

No entra dentro del modo de ser de los chiricahua lo que se deduce de las conversaciones, que duraron varios días. Nunca se supo con certeza qué promesas se hicieron Jerónimo y Crook en Sierra Madre. Puede que se hayan disipado con el tiempo. Mickey Free realizó la mayor parte las traducciones, y los chiricahua ya entonces desconfiaban de aquel sombrío misántropo cuyos propósitos solo él conocía. Mickey traducía directamente del español, una lengua cuyo dominio, según palabras de alguien que lo conocía bien, «no incluía un uso apropiado de los tiempos verbales y por lo tanto era extremadamente difícil saber si estaba hablando en presente, pretérito o futuro».<sup>[100]</sup>

El 22 o 23 de mayo los chiricahua anunciaron que iban a celebrar una danza<sup>[101]</sup> y, como muestra de amistad, invitaron a los exploradores montaña blanca a que bailasen con sus mujeres. Normalmente un hombre debía ofrecer algún tipo de obsequio a una mujer para que esta aceptase bailar con él, pero esta vez los chiricahua dijeron que la danza era gratuita.

Ahí estaba la trampa de Jerónimo. El odio que sentía hacia los mexicanos a duras penas superaba a la repulsión que le producían aquellos exploradores con sus cintas rojas en el pelo. El plan, como supo John Rope más tarde, consistía en lograr que los rastreadores bailasen con las mujeres, luego los chiricahua los rodearían y los matarían a tiros: «No importaba que los chiricahua muriesen, se llevarían por delante a nuestros exploradores de todas maneras». Pero Al Sieber, el jefe de todos los exploradores, denegó el permiso a los montaña blanca para que bailasen. Nunca aclaró si se olía una trampa o si se oponía a los deseos de los de las cintas rojas por principio.

Finalmente, el día 30 de mayo, Crook comenzó el regreso al hogar. Con él iba un séquito formado por trescientos ochenta y cuatro apaches chiricahua. Solo dos jefes, Nana y Loco, formaban parte de aquel éxodo; el resto de jefes y guerreros habían prometido reunir a sus bandas y presentarse en San Carlos en un futuro no lejano. Crook recibiría severas críticas por no haber llevado a Jerónimo, y a los demás indios hostiles, con él. Pero el hecho era que a través de una brillante combinación logística, junto con las tribulaciones de los propios chiricahua y un chorrito o dos de suerte inesperada, él había cambiado el curso de las Guerras Apaches.

Los chiricahua cabalgaban, o caminaban hacia el norte en dirección a la frontera. Bourke observó a unos pequeños jugar a la guerra: tres «mexicanos» corrían, se escondían y se ponían a cubierto hasta que los «apaches» los encontraban: mataban a uno y apresaban a los otros dos.<sup>[102]</sup> Sus padres caminaban con un paso más cansino.

A finales de junio los chiricahua se establecieron en San Carlos. Muchos de ellos nunca volverían a salir de la reserva.

## Capítulo 16

### Turkey Creek

Crook había pasado dos meses ausente cuando reapareció en Arizona en junio de 1883 y, durante todo ese tiempo, no había llegado ni una palabra acerca de sus progresos. Su misión hacia lo desconocido había estimulado las catastrofistas mentes de los preocupados ciudadanos, incluso en las de los oficiales que quedaron en retaguardia; la última batalla de Custer todavía estaba impresa en ellos y la partida de trescientos veintiocho hombres de Crook parecía haberse esfumado del todo. «Sin noticias de Crook», rezaban alarmados los periódicos.

Y entonces la nación entera aclamó «el brillante éxito» del general en Sierra Madre. Tucson celebró un banquete en su honor, «uno de los mayores festejos jamás vistos» en aquella ciudad de frontera.<sup>[1]</sup> Crook pronunció un sucinto relato de su hazaña y la muchedumbre le contestó con vítores, brindis y el panegírico de un pionero:

Salve al jefe que recibe la ovación,  
al honor del mayor logro militar.  
Si de ahora en adelante dirigiese la nación  
los ciudadanos nos libraríamos de todo pesar

Pero casi inmediatamente comenzó a desmoronarse todo. Los periodistas comenzaron a «leerle la cartilla» a Crook, pues por un lado había obtenido la rendición incondicional de los chiricahua, mientras que, por el otro, les había prometido amnistía por sus pasados crímenes.<sup>[2]</sup> En efecto, una sorprendente contradicción se plasmaba en el informe oficial de Crook. En las negociaciones mantenidas con Jerónimo y los demás jefes a orillas del Bavispe, les había dicho «que habían sido indios malvados, y yo no deseaba regresar sin castigarlos como se merecían», que «no podía cerrar los ojos ante las atrocidades que habían cometido».<sup>[3]</sup> Pero la conclusión final del texto decía que era «injusto castigar [a los chiricahua] por violar un código de guerra que ni siquiera conocían y que él difícilmente podía comprender ... y castigarlos después de que se hubiesen rendido de buena fe» no solo hubiese sido «pérfido», sino que daría pie a que la guerra comenzase de nuevo.

Crook no era un hombre artero: la honestidad del general era la cualidad que más admiraban los apaches. El compromiso al que se había ligado surgió en Sierra Madre como consecuencia de un hecho: se estaba marcando un descarado farol, simulando una autoridad ilimitada y omnipotente que sabía que no podría respaldar. Cuando los chiricahua cedieron y acordaron regresar, se vio obligado a prometerles la amnistía. Y él creía en dicha amnistía: la paz era preferible a continuar con el ojo por ojo.

Los periódicos de Arizona lo veían de otro modo. Salieron con frenéticos clichés de mujeres «violadas» y hombres «mutilados». Argumentaban, como el *Star* señaló sucintamente, que «Si ahora al gobierno le falta valor para ahorcar sistemáticamente a esos pobres diablos, entonces la campaña de Crook ha sido un fracaso».<sup>[4]</sup>

Y como las semanas pasaban y los jefes que habían prometido entregarse junto con sus bandas no acababan de presentarse, las protestas del público de Arizona se tornaron más y más rencorosas. Crook, a la defensiva, apostilló en un informe oficial: «El hecho de que los indios que dejé atrás aún no se hayan presentado carece de importancia, pues los indios no poseen el concepto del valor del tiempo».

Uno de los principales dilemas de Crook era dónde colocar el asentamiento chiricahua. La mutua desconfianza y animosidad que existía entre aquella gente y el resto de tribus de la reserva nunca habían sido tan intensos, especialmente después de que descubriesen a la horda de exploradores con cintas rojas que les estaban dando caza. Lo primero que se le ocurrió a Crook fue establecer el campamento de los nuevos en las cercanías del cuartel militar: «Odiados y temidos por los demás indios de la reserva, parecían volverse a nosotros en busca de seguridad y consuelo»,<sup>[5]</sup> escribió Britton Davis con petulancia. De todos modos, el teniente Davis era un hombre notable entre los militares por su mentalidad abierta:

En realidad comenzamos a descubrirlos como seres humanos. Con gran sorpresa por mi parte, me encontré con que ellos tienen un agudo sentido del humor, y que no son reacios a contar chistes sobre ellos o sobre otros. Se podrían llenar vanos volúmenes con los relatos de sus aventuras durante los años de guerra contra blancos y mexicanos.

Mientras tanto, Jerónimo deambulaba como siempre lo había hecho. Todavía estaba decidido a cambiar prisioneros mexicanos por los apaches capturados en Casas Grandes, su esposa entre ellos. Las mujeres mexicanas que él había apresado en Chihuahua, y que Crook había liberado, estaban repletas de horribles historias que contar acerca de la crueldad del bedonkohe. Las mujeres le dijeron a Bourke «que el mayor de los terrores dominaba Chihuahua con pronunciar simplemente el nombre de Jerónimo, de quien los campesinos creían que era el Diablo que había sido enviado para castigarlos por sus pecados».<sup>[6]</sup>

Las mujeres juraban también que el día 14 de mayo habían visto cómo Jerónimo mutilaba a un desventurado estadounidense que había apresado cerca de Casas Grandes antes de infligirle «la muerte por empalamiento».<sup>[7]</sup> Bajo las directrices de Jerónimo, sus hombres rajaban a las víctimas con sus lanzas, o «los machacaban con pesadas rocas hasta hacer pulpa de ellos». A uno le machacaron sus «partes» entre dos piedras planas antes de que las lanzas de los guerreros «se clavasen en su cuerpo».

Estos ejemplos de tortura parecen poseer cierto sadismo gratuito. Sin embargo, Jerónimo estaba obsesionado con recabar de sus prisioneros toda la información posible sobre las operaciones militares estadounidenses y mexicanas y, cuando estos



se escudasen en su ignorancia, la paranoia del jefe podría sumergirlo en un ciego ataque de ira. Siempre tenía presente en sus pensamientos la escena de su gente siendo vendida como esclavos; y la esclavitud, para un apache, era mucho peor que la tortura. Tampoco los ciudadanos de Sonora y Chihuahua suavizaban sus métodos: muchos de los cautivos que se negaban a trabajar en las *haciendas* locales eran enviados a Yucatán, donde la mayoría perecían a causa de enfermedades tropicales.<sup>[8]</sup>

Pasaron tres meses sin señales de las bandas libres. Crook, presa de un ansia cada vez mayor,<sup>[9]</sup> envió a Britton Davis con una compañía de exploradores apaches (entre ellos algún nuevo recluta chiricahua) a la frontera mexicana, para que tratase de establecer contacto con el resto de fugitivos. Davis acampó en el valle de San Bernardino, el mismo lugar por donde Crook había cruzado la frontera en mayo de camino a Sierra Madre. Pero esta vez no había ningún pretexto para atravesar la frontera, no estaban «persiguiendo de cerca» a «indios salvajes». Davis envió a tres exploradores chiricahua a través de la frontera con órdenes de internarse tanto como pudiesen mientras que evitasen encontrarse con soldados mexicanos. Los rastreadores regresaron tres días después con las manos vacías.

Tras semanas de espera, Davis se vio recompensado cuando Naiché apareció con una docena de guerreros y dos de mujeres y niños. El teniente los escoltó hasta San Carlos y luego regresó a la frontera, a continuar la espera. En noviembre, se presentó Chihuahua junto a noventa de los suyos. Otras bandas llegaron, hasta que a finales de mes el censo de chiricahua de San Carlos ascendía a cuatrocientos veintitrés. Pero todavía no había señal de Jerónimo, de Fun o de Lozen.

Mientras cabalgaba junto a la banda de Naiché hacia San Carlos, Davis cayó admirado ante la forma física de los chiricahua. Según su opinión, ellos estaban «proporcionados como ciervos», «especímenes perfectos del tipo atlético de los corredores», sus piernas «poseían músculos duros como cuerdas de acero». Los chiricahua, por su parte, y haciendo gala de su talento para poner apodos irónicos, le llamaban Gordito.<sup>[10]</sup> «Solo pensar en intentar atrapar a uno de ellos en las montañas me proporcionaba un extraño sentimiento de impotencia, pero disfrutaba de una sensación de belleza al contemplarlos», reflexionó Davis.<sup>[11]</sup>

Dos meses antes, en septiembre, dos hombres de la frontera de Nuevo México llamados Wilson y Leroy afirmaron haber contactado con Jerónimo cerca de Casas Grandes, en Chihuahua.<sup>[12]</sup> Esta ambigua peripecia ha escapado de las crónicas históricas, quedando como un episodio apócrifo pero con visos de ser cierto.

Un comerciante mexicano llegó a Deming (Nuevo México), con la noticia de que Juh quería negociar la libertad de un niño blanco (Juh ya estaba muerto, pero los estadounidenses no lo sabían). Por propia iniciativa, Wilson (que hablaba muy bien el español) y Leroy se desplazaron a Chihuahua con la esperanza de rescatar a Charley McComas. Después de las negociaciones preliminares con los mensajeros chiricahua, los dos hombres se encontraron con Jerónimo a unos ocho kilómetros de Casas Grandes el día 27 de septiembre. La suya fue una valerosa hazaña, si es que llegó a

suceder, pues Jerónimo llevaba a veinte guerreros con él.

Wilson y Leroy describieron al bedonkohe como un hombre de treinta y siete años (en realidad tenía cerca de sesenta, pero los blancos siempre le calculaban menos edad), de casi 1,80 m, ancho de hombros y de unos ochenta y cinco kilos de peso.

Una cicatriz producida por un disparo le atravesaba la frente, tenía una bala alojada en un muslo y el tercer dedo de su mano derecha estaba doblado hacia atrás, también por una herida de bala. Su rostro era el de un hombre despiadado y sus cicatrices lo hacían aún más repulsivo.

Jerónimo tenía un temperamento cauteloso y temible. En español, a través de un intérprete apache, le dijo a Wilson: «Quiero preguntarte una cosa y no quiero que me mientas. ¿Hay soldados estadounidenses o apaches coyotero [exploradores] de Crook en este territorio, o siguiendo vuestros pasos?». Wilson contestó que no sabía de ninguno, y preguntó si Jerónimo tenía cautivo a un niño estadounidense. «¿Cómo es ese niño que buscas?», contestó Jerónimo, eludiendo la respuesta.

Después de insistirle, Jerónimo comenzó la descripción de un niño blanco de pelo rubio y ojos azules o grises. Vendería al muchacho a cambio de cartuchos. Wilson percibió que los chiricahua estaban desesperados con la escasez de munición. Jerónimo le ofreció un caballo a cambio de diez cartuchos y luego le ofrecería mil dólares en moneda por mil cartuchos.

Jerónimo sabía, por supuesto, que Charley McComas estaba muerto. El ofrecimiento del chico sonaba a farol. Quizá confiase en engañarlo ofreciéndole un prisionero mexicano, o tratase de jugársela aceptando los cartuchos y después negándose a cumplir su parte del trato. O quizá todo fuese fruto de las frecuentes confusiones al traducir el apache al español y este al inglés.

Jerónimo revelaría más tarde que había llegado recientemente a un tratado, o un acuerdo comercial, con Casas Grandes, pero él seguía desconfiando profundamente de los mexicanos, como siempre. Los dos hombres blancos y los chiricahua acordaron encontrarse a la mañana siguiente. Jerónimo les prometió llevarlos al campamento donde estaba Charley y una vez allí lo trocaría por cartuchos. Wilson y Leroy estaban en una situación un tanto apurada: era ilegal, tanto en los códigos legislativos mexicanos como en los estadounidenses, proveer de municiones a los indios «renegados»; a los mexicanos les estaba empezando a parecer sospechosa la presencia de dos hombres blancos procedentes del norte de la frontera, y el plan de Jerónimo podría muy bien ser una trampa de la que no saldrían con vida.

Y así, si los dos hombres dijeron la verdad cuando regresaron a Nuevo México, Wilson y Leroy se reunieron con Jerónimo al día siguiente por la mañana para cerrar el trato. Mientras esperaban que llegase el intérprete, se presentó un guía mexicano a caballo; Jerónimo reconoció a la montura como una de las pertenecientes a Joaquín Terrazas, el hombre que había dirigido la matanza de la gente de Victorio en Tres Castillos.

«Su rostro mostró una espantosa expresión —informó uno de los estadounidenses —, y sus ojos destellaron cuando dijo: “Si ese caballo está aquí, Terra[z]as está aquí, y si Terra[z]as está aquí el trato no es bueno”».

Los tratos se suspendieron, Jerónimo estrechó las manos de los hombres de la frontera y cabalgó en dirección a las colinas. Wilson y Leroy se dirigieron a su hogar.

Hay bastantes indicios en este sensacional relato que hacen creíble que pudiese haber tenido lugar un trueque. De ser así, demuestra que tres meses después de su pacto con Crook a orillas del Bavispe, las intenciones que tenía Jerónimo de regresar a San Carlos eran bastante tibias. Pero la escasez de munición que acuciaba a su banda provocaba que peligrara su propia supervivencia.

En reconocimiento a la valiente misión de auxilio de aquellos dos hombres, un reportero de Deming escribió con inconsciente humor: «No se les podría conceder mucho crédito a los señores Wilson y Leroy, aun no habiendo rescatado al chico. Arriesgaron sus vidas y vivieron a base de comida mexicana, alubias principalmente, y lo pasaron realmente mal».

Por fin, en el mes de febrero de 1884, Chato se presentó junto a otros noventa chiricahua.<sup>[13]</sup> De todos modos, todavía no se sabía ni una palabra de Jerónimo. Davis esperaba pacientemente al borde de la frontera; sus exploradores, entonces casi todos eran chiricahua, no mostraban tanta paciencia. Estos encargaron a un hechicero la tarea de adivinar la «ubicación» de Jerónimo. Después de un ritual que duró todo un día y una noche, completado con una ceremonia de sudor, la quema de «un polvo acre» y una serie de ensalmos que no parecían tener fin, el chamán anunció que Jerónimo se estaba aproximando, se hallaba a tres días de distancia, montaba una mula blanca y traía consigo muchos caballos.

En efecto, a los cuatro o cinco días, Jerónimo llegó a lomos de un poni blanco. Al igual que Betzinez en aquella ocasión, sentado al fuego de los chiricahua, Davis tampoco pudo explicar la certera predicción.

El teniente observó desde la línea fronteriza cómo se aproximaba la banda de Jerónimo, un grupo de noventa personas con dieciséis guerreros entre ellos. Tres kilómetros por detrás se alzaba una ancha polvareda. Al principio Davis creyó que serían tropas mexicanas persiguiendo a los chiricahua, pero la realidad resultó ser algo mucho más extraño.

Jerónimo mostraba su acostumbrado mal carácter. Cabalgó casi hasta llegar a Davis y, deliberadamente, golpeó con el hombro de su caballo a la mula del oficial. Quiso saber, con voz furiosa, qué estaba haciendo Davis allí. Él había llegado a un tratado de paz con los estadounidenses, le dijo; entonces, ¿para qué necesitaba escolta?

Davis señaló a la enigmática columna de polvo. «*Ganado*», contestó Jerónimo en español. Como fuente definitiva de víveres, Jerónimo robó trescientas cincuenta vacas y terneras mexicanas y las conducía sin prisas hacia San Carlos.

Davis estaba en un dilema. Anteriormente, cuando había escoltado a otras bandas

hasta la reserva, había evitado todos los asentamientos, llegando a cubrir distancias de sesenta y cinco u ochenta kilómetros diarios. Eso se debía a que Arizona estaba llena de mineros y rancheros, quienes, con un poco de licor calentándoles el vientre, preferirían atacar a los chiricahuas antes que ver cómo los mantenían en la reserva. Por otro lado, tampoco podía aprobar aquel hurto sin arriesgarse a ofender gravemente al gobierno mexicano.

De momento, la única decisión que podía tomar el teniente era actuar según las condiciones de Jerónimo. Con un rebaño tan grande como aquel, tan solo podrían cubrir unos veintiocho o treinta kilómetros diarios, y Jerónimo se quejaba de que era un ritmo demasiado rápido. Davis estaba «acabando con toda la grasa de las reses y estas no tendrán buen aspecto cuando hubiera que comerciar con ellas en San Carlos».

El teniente jugó lo que él esperaba que fuese su mejor baza. Le dijo a Jerónimo que el séquito debía apresurar el paso porque existía una alta probabilidad de que el ejército mexicano, en virtud al tratado fronterizo de 1882, estuviera siguiéndolos de cerca.

—¡Mexicanos! —espetó Jerónimo—. ¡Mexicanos! Mis *squaws* podrían barrer a todos los mexicanos de Chihuahua.

—Pero si los mexicanos tienen cartuchos de sobra —rebatía Davis—, y tú apenas tienes alguno.

—Nosotros no gastamos cartuchos para luchar contra los mexicanos —fanfarroneó el guerrero—. Los cartuchos son demasiado valiosos, los reservamos para combatir a vuestros soldados. Con ellos usamos piedras.

La lentitud de la marcha era tan angustiosa como Davis se temía. Por muy poco se consiguió evitar un desastre en un rancho cercano a Sulphur Springs cuando aparecieron por allí un jefe de policía y un agente de aduanas. Declararon que las reses eran contrabando y que Jerónimo y sus apaches estaban reclamados en Arizona por asesinato. Toda la banda estaba bajo arresto y, si Davis no se avenía a colaborar, entonces la pareja de funcionarios acudiría a la vecina ciudad de Willcox y movilizaría un grupo armado.

Como no logró convencerlos de que abandonasen su descabellada misión, Davis, con bastante malicia, les entregó «una botella de buen whisky escocés». En cuanto cayeron bajo el sopor del alcohol, Davis fue en busca de Jerónimo y le dijo la verdad, apremiándolo para que movilizase a todo el grupo, ganado incluido, al amparo de la noche. Al principio Jerónimo se escandalizó y se negó a ello. A Davis le pareció que se inclinaba más por enfrentarse a ellos por la mañana y, si fuese necesario, dispararles.

Entonces el teniente apeló al orgullo del guerrero. Davis le dio a entender que probablemente él temía que su gente no fuese lo bastante hábil como para esfumarse sin que lo notasen los hombres del rancho. Jerónimo mordió el anzuelo. Por la mañana, todo el grupo, hombres, mujeres, niños y ganado, tenía tal ventaja sobre

aquellos agentes y sus resacas que estos abandonaron la persecución.

En cuanto la banda de Jerónimo alcanzó San Carlos, les confiscaron las reses. El ganado fue sacrificado en los mataderos y se compensó debidamente con dólares a sus propietarios. En realidad, era lo único que podía hacer Crook, si quería mantener la buena voluntad del gobierno mexicano. Fue sorprendente que Jerónimo, con la experiencia que tenía en las reservas, no se hubiese anticipado a ello. Al tiempo que ingenio y desconfianza proverbial, el gran guerrero poseía una buena dosis de ingenuidad. La credulidad que llevaba a sus guerreros a gastar bromas, permitió que el propio Jerónimo le gastase una broma, involuntaria, a sí mismo.

Eso de que le confiscaran el ganado fue algo que le dolió durante el resto de su vida. Cuando dictó su autobiografía en 1905, hizo hincapié en aquel suceso:

Poco después de llegar a San Carlos el oficial al mando, el general Crook, apartó las monturas y las reses de nosotros. Le dije que no era ganado del hombre blanco, pues se lo habíamos quitado a los mexicanos a lo largo de nuestras guerras. También le dije que no teníamos intención de matar a los animales, sino que deseábamos criarlos y apacentarlos en nuestros pastos. Él no me escuchó, se llevó el ganado.<sup>[14]</sup>

El último grupo de fugitivos llegó a San Carlos en mayo de 1884. Podría haber aún un puñado de chiricahuas vagando por Sierra Madre, pero Crook lo dudaba. En cualquier caso, se le puede disculpar al general el que pensase que había puesto fin a las Guerras Apaches, la última guerra india en territorio estadounidense.

Al igual que la mayoría de los pensadores estadounidenses de la época, Crook creía que los apaches, y todos los demás indios, debían asimilar el modelo social blanco. Y era muy optimista respecto a que lo lograsen. En *The apache problem*<sup>[15]</sup> expresa claramente su satisfacción por los avanzados progresos de los primeros moradores de la reserva al convertirse en granjeros, capitalistas (ganaban un centavo por cada libra, 450 gr, de heno que cosechasen), incluso estudiosos. «Está cambiando tanto por dentro como por fuera», escribió refiriéndose al pueblo chiricahua. En una fecha tan lejana como 1885,<sup>[16]</sup> George Crook lucharía para que se extendiese el derecho a voto al pueblo apache.

Como culmen de la inmersión en el sistema,<sup>[17]</sup> y del mismo modo que hicieron Howard y Clum antes que él, Crook reunió un grupo de apaches para enviarlos al Este de la nación e impresionarlos con el poder de la civilización blanca. El general tuvo dificultades para encontrar voluntarios, pues la mayor parte de los chiricahua creían que Taza había muerto envenenado en Washington en el año 1876. Finalmente, unos diez apaches viajaron a la ciudad de Nueva York y a Washington en compañía de un oficial.

La visita fue descorazonadora, tanto para los indios como para los ojos blancos. Un jefe le dijo a su anfitrión que pensaba contar el número de ojos blancos que viese; antes de que el tren abandonase el territorio de Arizona ya había desistido de su propósito. La esperanza que había puesto Crook en que «contasen historias acerca del poder del hombre blanco y la futilidad de los esfuerzos indios de oponerse a él» se

vieron ampliamente cumplidas. El impacto que sufrieron los apaches se cristalizó en un tragicómico episodio: aposentados en el piso superior de un hotel de la Quinta Avenida de Nueva York, en el barrio de Manhattan, los indios miraban a los transeúntes por la ventana, embobados. Después de observarlos un rato, se volvieron a su cicerone y le preguntaron por qué los peatones no hacían otra cosa más que caminar alrededor del hotel; cuando el oficial «les explicó que no eran siempre los mismos, sino que en efecto había tal cantidad de peatones, [los apaches] le dijeron que estaba mintiendo para pasar un buen rato a su costa».

Cuando regresaron a San Carlos, los emisarios recibieron el mismo trato que los de Howard en 1872. «Los delegados fueron acusados de embusteros que habían sido corrompidos por el hombre blanco y, durante una temporada, los evitaban como si tuviesen la peste», observó Davis. «Uno de ellos se volvió loco, y varios tardaron cierto tiempo en salir de su asombro y se negaron a discutir acerca de lo que habían visto».

Crook no se hacía ilusiones respecto a que los chiricahua se mezclasen con los demás apaches de San Carlos, pero ya era demasiado tarde para pensar en establecerlos en una reserva aparte. Lleno de sabiduría y magnanimidad, tomó una decisión sorprendente: les pidió que escogiesen su propio territorio dentro de las dos reservas contiguas. Fue la primera vez en la historia del sudoeste de Estados Unidos que un oficial se molestó en pedir a los apaches que le dijese dónde querían vivir.

Sin dudarlo un instante, los apaches escogieron asentarse a orillas de un arroyo llamado Turkey Creek, un afluente del río Black, en la reserva de Fort Apache. El arroyo quedaba a casi sesenta y cinco kilómetros al nordeste de San Carlos, pero Crook confiaba en que, bajo la supervisión de Britton Davis, la gente de Jerónimo pudiese vivir allí en paz y prosperidad.

A finales de junio de 1884,<sup>[18]</sup> los quinientos doce apaches se establecieron en su nuevo hogar y Davis les permitió levantar sus tiendas allá donde les apeteciese. El teniente estaba encantado con la belleza del paraje de Turkey Creek; una corriente inagotable de agua fresca y cristalina que se extendía a través de una meseta de altas hierbas, marcando un suave valle salpicado de altos pinos. En una época anterior al siglo XIV, los apaches mogollón construyeron *pueblos* a lo largo del lecho. Hoy en día, más de quinientos años después, todavía son visibles los contornos de los muros, y se pueden encontrar restos de vasijas de cerámica esparcidos por el suelo. El valle era fresco en verano y, como se abría el sur, suave en invierno.

Los chiricahua comenzaron su nueva vida con un brío y buen humor que ganaron el corazón de Davis.<sup>[19]</sup> Con una sagacidad poco común, el teniente sintió lo violento que resultaba para la cultura apache tratar de pasar de nómadas a granjeros de la noche a la mañana. Pidió con insistencia que se intentase probar con el pastoreo e instó a sus superiores que concediesen ganado lanar y vacuno para que los trabajasen sus protegidos. Los navajo, Davis lo sabía, se habían adaptado muy pronto al pastoreo de ovejas, pero el Departamento de Asuntos Indios, en Washington, rechazó



su propuesta: los chiricahua debían ser granjeros.

Incluso antes de abandonar San Carlos, los hombres habían hecho algún intento de arar la tierra; Davis era testigo de algunas anécdotas bastante cómicas.

Los ponis, unos animales nada acostumbrados a caminar al paso, preferían el trote o el galope, y los arados, más que roturar el terreno, se deslizaban sobre él. Y tarde o temprano, la reja del arado topaba con una raíz oculta o con un mocho; entonces el campesino salía despedido por encima de las asas del arado, para gran solaz de sus amigos.

Davis se sorprendía con algunas habilidades que poseían los apaches. Muy cerca de su tienda se hallaba una laguna plagada de ranas grandes y gordas que con su croar lo mantenían despierto toda la noche, y cuyas ancas representarían un buen suplemento a su dieta. Pero como no era capaz de atrapar ni una, les ofreció a dos niños pequeños una moneda de cinco centavos por cada rana que cobrasen, pensando que cazarían una docena a lo sumo. Davis escribió: «Dos o tres horas después, mis empleados se presentaron con más ranas de las que [Sam] Bowman [su jefe de exploradores] y yo podríamos comer en una semana, y a Bowman no le gustan mucho las ranas». Los chicos las habían cazado a flechazos.

Otro día, una anciana de sesenta años se presentó con un pavo salvaje en brazos. La mujer corrió tras él hasta atraparlo, una proeza apache que los blancos nunca fueron capaces de realizar. La anciana le dijo a Davis que, como los apaches no comían pavo (pues el pavo come serpientes), lo había cogido solo por diversión. Davis aceptó el pájaro y lo preparó de cena.

Poco a poco, el teniente iba conociendo a los chiricahuas individualmente, y no tanto a los jefes como a las personas corrientes. Davis les escuchó narrar durante horas las crónicas de su propia historia, con Mickey Free o Sam Bowman oficiando de intérpretes. Escuchó historias acerca de Mangas Coloradas, Cochise y Victorio, relatos que diferían notablemente de las versiones que circulaban entre los blancos. Davis pronto comenzó a simpatizar con la causa chiricahua. El teniente escribió, con una sorprendente franqueza:

La traición, las promesas rotas por parte de altos oficiales, las mentiras, el latrocinio, el asesinato de mujeres y niños indefensos. En cada crimen cometido dentro del listado de la ferocidad humana, los indios no son más que simples aficionados en comparación con «el noble hombre blanco». Sus crímenes son puntuales y los nuestros sistemáticos.

Davis pensaba que, en general, los apaches vivían felices en Turkey Creek. En septiembre, un delegado de la Asociación de los Derechos de los Indios,<sup>[20]</sup> uno de esos hacedores de buenas obras a quienes incluso los oficiales más liberales de Arizona despreciaban, realizó una visita a las reservas. Esperaba encontrar abusos, pero tuvo que archivar un informe favorable. Dijo que los chiricahua necesitaban ropa, pero que tenían treinta hectáreas cultivadas y que jefes como Nana y Naiché afirmaban estar satisfechos con el trato que recibían del ejército. El delegado escribió: «Dijeron que deseaban adoptar el mismo sistema que los blancos, trabajar y ganar

dinero». Incluso Jerónimo, cuando llegó a Turkey Creek, le dijo a Crook: «Estoy buscando un mundo nuevo. Creo que el mundo es la madre de todos nosotros, y que Dios quiere que seamos hermanos».<sup>[21]</sup>

Un día tuvo lugar un acontecimiento asombroso.<sup>[22]</sup> Un carromato escoltado por quince soldados se acercó hasta la tienda de Davis. Dentro viajaban cinco mujeres chiricahua, entre ellas la abuela de Kaywaykla (que la había dado por muerta) y su hermana (que la creía esclava en México). Las cinco habían huido de la matanza de Tres Castillos, casi cuatro años atrás.

Davis creyó que los mexicanos habían entregado a las cinco mujeres a cambio de los cautivos que Crook había salvado de Jerónimo,<sup>[23]</sup> pero los chiricahua de Turkey Creek pronto conocerían la auténtica historia.<sup>[24]</sup> Las mujeres fueron trasladadas al sur, hasta Ciudad de México, donde las vendieron como esclavas y pusieron a trabajar en una gran *hacienda*. Las mujeres desarrollaron un sistema secreto de signos, esperaron el momento oportuno y finalmente se fugaron al amparo de la noche. Se movieron a pie, furtivamente, encarando su rumbo hacia el norte a través de un territorio desconocido. Habían esperado a que las chumberas diesen fruto, lo cual sucedió en invierno, pues se hallaban muy al sur. Se alimentaron básicamente de higos chumbos; pasaron frío compartiendo una manta entre las cinco; se separaron en ocasiones, para reunirse más tarde, y caminaron hasta que reconocieron las montañas del sur de Chihuahua. En cierto lugar encontraron bienes y provisiones almacenados por Victorio en una cueva seis años atrás. Por fin cruzaron la frontera y llegaron a una ciudad de Cañada Alamosa y allí los soldados las llevaron hasta Turkey Creek.

La distancia que recorrieron las mujeres a pie era de mil seiscientos kilómetros. Ellas, naturalmente, caminaron mucho más.

A pesar del aspecto tranquilo que ofrecía Turkey Creek, existían corrientes internas de descontento y Davis estaba ajeno a ellas. El teniente había alistado a cierto número de apaches chiricahua, Chato y Chihuahua entre ellos, como exploradores,<sup>[25]</sup> en cambio, otros, Jerónimo, Naiché y Nana, rehusaron abiertamente. Entonces Davis,<sup>[26]</sup> que había establecido cierto vínculo con Chato, lo ascendió a sargento primero, intensificando así el malestar que otros guerreros, como Kaytenna y Jerónimo, sentían ante aquel desenvuelto joven.

Kaytenna lo había visto todo negro desde el preciso instante en que puso un pie en la reserva de San Carlos. Davis recordaba que «siempre lo encontrábamos solo, en silencio, de pie junto a una ventana abierta, o en la esquina de un edificio o cerca de la entrada, vigilante y hosco e indiferente cuando se le preguntaba algo». Los «exploradores secretos» de Crook, sus espías, informaron de que Kaytenna se había arrepentido de llegar hasta allí y solamente esperaba tener una oportunidad para poder huir.

Davis llegó a gustar a la mayoría de los chiricahua, pero nunca obtuvo el afecto de Jerónimo. En parte era culpa de la actitud cautelosa y distante de Jerónimo: después de su experiencia en San Carlos, engrilletado y condenado a muerte, el

bedonkohe había aprendido a no bajar la guardia. Había establecido su campamento, junto a Mangas, Chihuahua y otros guerreros, río arriba, a la mayor distancia posible de los aposentos de Davis. Davis afirma que «Jerónimo nunca iba a mi tienda a no ser que necesitara algo, y esto solo sucedió ocho o diez veces en cuatro meses».

Davis ridiculizó los esfuerzos de Jerónimo por hacerse granjero. Un día, el guerrero le pidió al teniente que visitara su pequeña parcela y le mostró un callo en la palma de la mano como prueba de su esfuerzo. Al día siguiente Davis acudió a visitarlo: se encontró a Jerónimo sentado en una valla, a la sombra, «mientras una de sus mujeres lo abanicaba y otras dos azadonaban un cuarto de acre —0,04 ha— de terreno parcialmente limpio, donde un puñado de brotes de maíz de apariencia enfermiza luchaban por sobrevivir». De todos modos, el propio Davis reconocía que el terreno de Turkey Creek era muy pobre para la agricultura.

Más tarde Davis llegaría a vilipendiar a Jerónimo, y su retrospectiva antipatía proporciona otro cariz a sus crónicas sobre la vida en Turkey Creek: era «un hombre absolutamente despiadado, incorregible y traicionero» cuya «palabra, no importa cuán seria fuese la promesa, carecía de valor ... Sus únicas características notables eran su valor y su tenacidad».

Parecida fue la imagen que tuvo Jerónimo entre los blancos a partir de 1883. Thomas Cruse juraba que «incluso a los apaches ni les gustaba ni confiaban en Jerónimo».<sup>[27]</sup> Se convirtió en una moda el entender su naturaleza a través de tan sorprendente aspecto, tal como hizo un pionero que lo conoció en San Carlos en 1884:

Jerónimo no poseía un aspecto agradable. Tenía un rostro arrugado, con ojos vivaces y crueles. Era un hombre frío y calculador, su frente estrecha y sus rasgos duros indicaban un alto grado de astucia y daban una idea de su frío y desdeñoso carácter.<sup>[28]</sup>

Davis había creado su propia red de espías en Turkey Creek,<sup>[29]</sup> entre ellos una mujer. Una piedrecilla arrojada de noche sobre la tienda de Davis, en vez de llamar a la ventana, alertaría a este de la presencia de un colaborador con alguna valiosa información que ofrecerle. Una noche, Chihuahua, tan desconfiado como siempre, se escondió en las oscuras cercanías del puesto de Davis. Oyó en tres ocasiones cómo otros tantos guijarros golpeaban la lona y vio a Mickey Free, Chato y la mujer introducirse en la tienda del teniente. ¡Chato era un espía! Chihuahua escuchó a escondidas cómo los agentes secretos informaban a Davis del alzamiento que estaban preparando Jerónimo y Kaytenna.

Por la mañana, enfurecido por su descubrimiento, Chihuahua tuvo una amarga discusión con Davis. Entonces tomó la cinta roja de su cabeza, su rifle y la canana, lo arrojó sin contemplaciones a una esquina.

—Coges eso y se lo das a tus espías —espetó a través de Sam Bowman, que oficiaba de intérprete.

—No puedes renunciar —dijo Davis—, acabas de reengancharte.

—Renuncio —contestó Chihuahua, y salió de la tienda.

El descubrimiento de esa traición, que Davis omitió en sus memorias, dañó seriamente la amistad entre el teniente Davis y los chiricahua, y sirvió para confirmar su recelo hacia Chato. Mickey Free tampoco les pareció digno de confianza, y a partir de entonces cada vez que se querían comunicar con Davis usaban a Bowman como intérprete. Pero Bowman era medio choctaw, una tribu del sudeste de Estados Unidos, y su apache era bastante rudimentario, mientras que Free, gracias a que durante sus años mozos fue cautivo de los apaches, lo hablaba con fluidez.

Y de ese modo, los chiricahua tuvieron que aceptar las interpretaciones del coyote, como lo llamaban, al que odiaban. Como dijo Kaywaykla muchos años después, «es terrible para el destino de la gente que tiene dificultades para expresarse [en inglés] depender de las palabras dichas por un renegado carente de la más mínima pizca de integridad». A pesar de que Davis se hizo amigo suyo, nadie llegó a conocer en realidad a Mickey Free. Era tuerto, con el pelo descuidado y sus ropas harapientas, como dijo un pionero: «Una criatura indolente [,] el tipo más repulsivo que uno se puede imaginar».<sup>[30]</sup> John G. Bourke mantenía las distancias con él, pues le parecía «la más curiosa e interesante combinación de buen humor, hosquedad, generosidad, astucia y sanguinaria crueldad que uno pueda encontrar en Estados Unidos».<sup>[31]</sup>

Aquel problema que se estaba incubando estalló en agosto.<sup>[32]</sup> Crook había prohibido dos ancestrales prácticas apaches: la elaboración de *tizwin* y el derecho de los hombres a golpear a sus esposas. Los chiricahuas protestaron y dijeron que cuando estaban en Sierra Madre y aceptaron ir a San Carlos, no le habían hecho ninguna promesa a Lobo Pardo acerca de tales costumbres, las cuales eran asunto exclusivo de los apaches. Los hombres blancos tenían su whisky, el propio Davis le daba a la botella, valga la expresión; entonces, ¿qué había de malo en que ellos bebiesen *tizwin*? Y además, un hombre cuya esposa fuese desobediente y no pudiese inculcarle disciplina sería ridiculizado por sus amigos. Davis, Crook y otros oficiales se había horrorizado al ver a varias mujeres de la reserva con la nariz cortada como castigo por cometer adulterio. El desprecio de los militares por esas prácticas superaba cualquier viso de relativismo cultural que pudiesen poseer.

Concretamente Kaytenna continuó bebiendo *tizwin* para desafiar a Davis. Según la información que proporciona el teniente respecto al enfrentamiento sostenido en agosto, sus espías le habían dicho que Kaytenna criticaba severamente a los demás guerreros por haber acudido a la reserva como si fuesen tontos. Un día Mickey Free y la mujer espía informaron a Davis de que la jornada anterior, cuando este había salido a cazar pavos, Kaytenna, en plena juerga a base de *tizwin*, le había tendido una emboscada. Solamente el encuentro casual del serpenteante rastro de un pavo sacó a Davis del sendero que daba a la quebrada, y de la trampa fatal.

La versión chiricahua niega semejante panorama.<sup>[33]</sup> Chato siempre había tenido celos de Kaytenna, desde que Nana lo había preparado para que fuese jefe de los chiricahua, y entonces Chato y Mickey Free inventaron la historia de la emboscada a

partir de la nada.

Davis acudió a la tienda de Kaytennae y lo arrestó.<sup>[34]</sup> Ambas versiones, la blanca y la chiricahua, coinciden en que hubo un tenso y agrio enfrentamiento que a punto estuvo de terminar en un sangriento tiroteo. Kaytennae reclamó una y otra vez un derecho básico dentro de la constitución estadounidense: un careo con su acusador. Davis le dijo que conocería la identidad del denunciante en San Carlos.

El joven guerrero cabalgó bajo la vigilancia de una escolta armada los casi sesenta y cinco kilómetros que lo separaban del cuartel general de la reserva. Allí fue juzgado, *in absentia*, por un jurado de apaches montaña blanca y condenado bajo unos cargos no muy concretos. Emmet Crawford, el capitán que dirigió el juicio, y Crook decidieron que cumpliría la condena en Alcatraz. Al final, cumplió dieciocho meses en La Roca. La prisión quebrantó su espíritu, y cuando regresó a la reserva lo hizo como un hombre dócil.

El sobresalto por la desaparición de Kaytennae fue un añadido a los problemas de Turkey Creek.<sup>[35]</sup> Cuando el joven Kaywaykla supo del arresto de Kaytennae, el hombre que había desempeñado el papel de padre tras la muerte de su progenitor, se envolvió en una manta y lloró desconsoladamente mientras Nana trataba de consolarlo. Chato, ya totalmente hostil, se tomó el placer de decirle que su padrastro «estaba encadenado a una roca tan lejos de la orilla que ningún hombre era capaz de salvar esas aguas».

Nana le comentó con desprecio: «Ya sabes que es un mentiroso. No hay aguas lo bastante anchas como para que Kaytennae no las atravesase nadando. He viajado muy lejos y he visto todos los ríos de esta tierra».

Durante el invierno de 1884-1885 los chiricahua mantuvieron una tensa calma en Turkey Creek. La aparente tranquilidad de la situación podría engañar a algunos observadores,<sup>[36]</sup> incluido un capitán enviado por Crook para que investigase las señales de alarma de Davis. Este concluyó que «los miedos del teniente carecen de toda base. Estos indios difícilmente pueden ser llevados al sendero de la guerra».

No fue hasta mayo cuando la mecha que se había encendido alcanzó el barril de pólvora. En San Carlos, nuevas fricciones entre el agente indio, un civil, y los oficiales del ejército, militares, atraparon a los apaches, como siempre, en medio. Una vez más, «la vieja maldición del doble control», el Ministerio del Interior *versus* el de Defensa, perturbaron la reserva. Más tarde, Davis trataría de explicar la revuelta de Turkey Creek a partir de los problemas de San Carlos,<sup>[37]</sup> basando su tesis en que «la semilla de la autoridad dividida brotó y dio su fruto natural: el caso omiso a toda autoridad».

Sin embargo, el problema tuvo una causa más directa. Cuando una mujer chiricahua se presentó a él con un brazo roto por dos sitios, Davis arrestó a su marido y lo condenó a dos años de reclusión bajo su propia autoridad. Poco más adelante encarcelaría a un hombre que organizó una borrachera de *tizwin*.

El día 15 de mayo de 1885, Davis se despertó con todos los jefes y cabecillas

guerreros reunidos frente a su tienda, pidiendo una entrevista. Chihuahua y Nana fueron los portavoces, mientras que Jerónimo se mantuvo sentado y en silencio; pero Davis sabía que la malevolencia del *bedonkohe* era la causa principal del enfrentamiento. Chihuahua repitió sus ya conocidas razones, defendiendo su derecho a beber todo el *tizwin* que desearan y a pegar a sus díscolas mujeres. Cuando trataba de explicar tales prácticas desde el punto de vista apache, Davis lo interrumpió con un condescendiente sermón.

De pronto Nana se puso en pie,<sup>[38]</sup> y le espetó a Mickey Free en apache: «Dile al Gordito que yo ya había matado a muchos hombres antes de que él fuese un niño de teta», y salió sin decir palabra de la tienda, muy ofendido. Mickey tuvo miedo de traducir aquellas palabras,<sup>[39]</sup> y no lo hizo hasta que se lo ordenó Davis.

—Todos nosotros bebimos *tizwin* anoche —se jactó Chihuahua—. ¿Qué piensas hacer al respecto? ¿Nos vas a encarcelar a todos? No tienes una prisión suficientemente grande.

El asustado teniente trató de ganar tiempo contestando que carecía de autoridad para tomar tales decisiones y que enviaría un telegrama a Crook inmediatamente.

Era demasiado tarde para Davis. El período de paz de dos años acababa de hacerse añicos.



## Capítulo 17

### El cañón de los Embudos

Britton Davis envió rápidamente un telegrama a San Carlos,<sup>[1]</sup> detallando el enfrentamiento que acababa de tener lugar y solicitando órdenes de Crook. Desgraciadamente, el general se hallaba ausente del cuartel general, y el mensaje cayó en manos de un capitán que había llegado a Arizona dos meses antes; este se lo mostró al jefe de exploradores, Al Sieber.

A Sieber no le hizo ninguna gracia que lo despertaran de la borrachera de whisky que estaba durmiendo. Leyó el telegrama medio grogui y murmuró entre dientes que «no es más que una borrachera de *tizwin*. No le preste atención, Davis sabrá manejar el asunto», y cayó dormido de nuevo. El capitán archivó el mensaje, un mensaje que Crook no leería hasta pasados unos meses. El general insistiría en que de haber recibido él el telegrama la rebelión nunca se hubiese producido o que, de haberlo hecho, los renegados hubiesen «recibido una lección que no olvidarían nunca» antes de que pudiesen alcanzar México.

Eso no eran más que ilusiones. Los descontentos chiricahuas de Turkey Creek estaban destinados a fugarse y no había telegrama que hubiese podido detenerlos. De todos modos, Davis tenía razón en un detalle: Jerónimo era el artífice de la rebelión.

Jerónimo expondría sus razones cuando hablase con Crook, diez meses después.

Yo vivía tranquilo y contento [en Turkey Creek], sin hacer ni pensar en daño alguno ... vivía satisfecho y en paz hasta que la gente comenzó a hablar mal de mí ... Me estaba portando bien. No había matado a ningún hombre, ni a ningún caballo, ni estadounidense ni indio. No sé qué tenía esa gente contra nosotros. Sabían que esto es verdad, y aun así dijeron que yo era el peor de los hombres que había allí, pero ¿qué mal había hecho yo?

Algún tiempo después, dejé que un indio llamado Wodiskay hablase conmigo. Me dijo: «Van a arrestarte», pero no le presté atención pues sabía que no había hecho nada malo. La mujer de Mangas, Huera, me dijo que iban a encerrarnos a Mangas y a mí en la prisión militar. Y supe por boca de soldados estadounidenses e indios, por Chato y Mickey Free, que los estadounidenses pensaban arrestarme y ahorcarme, por eso me escapé.<sup>[2]</sup>

No hay razón para dudar del testimonio de Jerónimo, incluso concediendo que sufriese cierta manía persecutoria. Los chiricahuas habían visto cómo habían sacado a Kaytenna de entre ellos para trasladarlo y encerrarlo en una inimaginable Alcatraz. Chato y Mickey Free habían hablado durante noches enteras, lo bastante alto para que Davis los oyese, narrando cuentos acerca de las oscuras maquinaciones de Jerónimo. Y Chato había aprendido la desagradable costumbre de los estadounidenses de pasear por Turkey Creek y, cada vez que se encontraba con un jefe, se pasaba un dedo por la garganta como parodiando una decapitación.<sup>[3]</sup>

El día 17 de mayo de 1885,<sup>[4]</sup> en plena noche, unos cuarenta y dos guerreros y

entre noventa y ciento tres mujeres y niños se fugaron de Turkey Creek. Los dirigentes de aquel éxodo eran Jerónimo, Nana, Naiché, Mangas, Chihuahua y Lozen, la guerrera.<sup>[5]</sup> El único jefe entre los casi cuatrocientos chiricahuas que se quedaron en la reserva fue Loco. Durante la persecución que hubo a continuación, no menos de cien exploradores chiricahua, guiados por Chato, se lanzaron a la caza de los guerreros con los que solamente dos años antes habían resistido hombro con hombro en Sierra Madre.

Jerónimo y Naiché vigilaban la retaguardia de la banda de fugitivos.<sup>[6]</sup> El viejo Nana dirigía una táctica crucial: en el pasado, los apaches habían cortado las líneas de telégrafo para interrumpir las comunicaciones de los ojos blancos; pero estos encontraban los cortes rápidamente y los arreglaban. Así, lo que hizo Nana fue enviar a niños para que se subiesen a los árboles que sujetaban los cables, los cortasen y los volviesen a unir con una tira de piel de venado. Se tardaría semanas en arreglar el servicio de la línea.<sup>[7]</sup>

Cuando Davis emprendió la búsqueda, los chiricahuas le llevaban aproximadamente treinta y dos kilómetros de ventaja. Al amanecer, el teniente divisó al otro lado de un ancho valle la nube de polvo que los rebeldes levantaban en su huida, e inmediatamente supo «que perseguirlos más allá con la caballería era inútil y que nos esperaba una larga campaña en México».

Aunque también para los oficiales, cansados de la guerra, la apreciación de Davis no era en absoluto gratuita, también indicaba que una ventaja de poco más de treinta kilómetros significaba solamente dos horas de duro galope, y que más de dos tercios de los fugitivos eran mujeres y niños perseguidos exclusivamente por hombres armados y exploradores indios. Pero no solo se trataba de la habilidad de desplazarse con presteza, sino también la de dispersarse y ocultarse en un vasto territorio lo que hacía de los apaches una presa tan escurridiza.

En las montañas Mogollón,<sup>[8]</sup> las distintas bandas se separaron para dificultar el acoso, algunas se dirigieron directamente hacia el sur, a México, pero otras dieron un rodeo encaminándose al norte, donde los ojos blancos menos esperaban que fuesen. A su debido tiempo, ellos también emprenderían su camino hacia el sur de la frontera.

También podría haber existido otra razón para que las bandas se separasen. Davis afirmaría que los apaches que se quedaron en la reserva le habían dicho que Jerónimo y Mangas habían preparado una treta para inducir a sus aliados a fugarse.<sup>[9]</sup> Se habían presentado a Chihuahua, Naiché y Nana diciéndoles que Chato y Davis habían sido asesinados y que todos los exploradores habían desertado. Según estos rumores, Chihuahua se indignó tanto cuando descubrió el engaño que salió con dos amigos para matar a Jerónimo, pero el bedonkohe, puesto sobre aviso, huyó hacia el sur. Entonces las bandas de Naiché y Chihuahua se ocultaron durante un tiempo en Arizona intentando regresar a la reserva, pero, cuando descubrieron a las tropas de Davis lanzadas en su busca, se encaminaron a México.

Quizás exista algo de cierto en esta versión, pues la tienen en cuenta casi todos

los historiadores. Una jugada de ese tipo no queda fuera del alcance de Jerónimo, un hombre que planeó y organizó la salida forzosa de la banda de Loco de la reserva de San Carlos, tres años atrás. Como manipulador no tenía igual entre los chiricahua, pero ninguna fuente apache confirma que se diese tal engaño. El propio hijo de Chihuahua, que formaba parte de la banda de fugitivos, diría simplemente más tarde:

Después de que mi padre renunciase a ser explorador, supo que abandonaría la reserva. Jerónimo y él huyeron a la vez ...

Cuando casi habíamos llegado a la sierra, vimos una nube de polvo y supimos que la caballería estaba tras nuestros pasos. Ahí fue cuando Jerónimo y Chihuahua se separaron. Él y Naiché se dirigieron al sur y mi padre al nordeste.<sup>[10]</sup>

El argumento más poderoso contra la teoría de Davis es que Chihuahua, Nana y Naiché se reunirían poco después con Jerónimo y lucharían juntos contra estadounidenses y mexicanos. Naiché lo haría hasta el final de la campaña de Jerónimo.

Davis tenía, naturalmente, un interés personal en minimizar los resentimientos de Turkey Creek, lo que conseguiría con la supuesta treta de Jerónimo. El teniente era un hombre honesto y crítico consigo mismo, pero tenía mucho que temer de la ira de Crook. Puede ser que los chiricahua en Turkey Creek no informasen correctamente a Davis. Allí no faltaban hombres, empezando por Chato y Mickey Free, que no estuviesen dispuestos a decirle lo que él quería escuchar.

Crook utilizó la maraña de cables de telégrafo que ya plagaban Arizona para movilizar a veinte escuadrones de caballería y no menos de doscientos exploradores apaches desde cinco fuertes distintos;<sup>[11]</sup> en breve hubo dos mil hombres en busca de los fugitivos. Guiados por los exploradores, a los soldados no les costó mucho encontrar rastros, pero nunca fueron capaces de acercarse lo suficiente para entablar combate. Los perseguidores descifraron indirectamente los rigores de la vida de los fugitivos cuando encontraron a dos bebés muertos, nacidos de mujeres en plena huida y abandonados a lo inevitable por pura necesidad.

La banda de fugitivos mató al menos a diecisiete colonos y robó unos ciento cincuenta caballos antes de alcanzar la frontera mexicana, y eso sin perder ni un solo individuo, hombre, mujer o niño, del grupo. Incluso cuando llegaron a la frontera, los jefes parecían poseer un asombroso conocimiento de los movimientos de sus perseguidores. En el cañón Guadalupe, cerca de la frontera, la banda de Chihuahua se ocultó cerca del campamento del escuadrón de caballería que estaba tras sus pasos; esperaron hasta que los oficiales salieron a explorar y entonces atacaron el campamento. Mataron a cinco de los siete soldados que estaban de guardia.

Los hombres de Chihuahua asaltaron un rancho aislado y asesinaron a todos los ojos blancos que encontraron. Cerca de Silver City<sup>[12]</sup> (Nuevo México), unos civiles asustados encontraron una matanza y la atribuyeron a Jerónimo, pero probablemente fue perpetrada por Chihuahua. Los apaches habían asesinado al ranchero, a su esposa

y a su hija de tres años. Los civiles también descubrieron a otra niña, esta de cinco años, colgada por la nuca de un gancho de carnicero. Moriría pocas horas después.

El pánico de los ciudadanos y la retórica de los periódicos alcanzaron un punto sin precedentes. El teniente Charles B. Gatewood,<sup>[13]</sup> acampado en el sudoeste de Nuevo México, escribió a su esposa: «Todavía nos encontramos vagando sin rumbo por estas montañas, dando caza a indios que no están ... Algunos de los colonos están desesperados, alarmados y cuentan historias para inducirnos a acampar cerca de sus hogares». Los mineros se apresuraron a refugiarse en la ciudad en cuanto vieron las huellas dejadas por los exploradores de Gatewood. Los guerreros de Jerónimo parecían estar ocultos detrás de cada árbol.

Las protestas en contra de Crook y del ejército se extendieron como un reguero de pólvora a través del sudoeste de Estados Unidos. Los titulares ridiculizaban los esfuerzos militares: «EL VALIENTE CAPITÁN BARCIA, y cómo él no lucha contra los apaches».<sup>[14]</sup> Los ciudadanos elevaron sus protestas directamente al presidente Grover Cleveland. La gente del condado de Pima,<sup>[15]</sup> Tucson (Arizona), hicieron saber al presidente Cleveland que «nosotros, como ciudadanos estadounidenses, vemos con indescriptible horror el método con que se conducen los asuntos indios en Arizona y Nuevo México». Con la integridad de su indignación, los ciudadanos de Arizona no se molestaron en distinguir una tribu apache de otra. El editorial de un periódico decía:

La verdad es que aquí no hay sitio en todo el territorio para los apaches. Para ellos, EL SISTEMA DE RESERVAS ES UNA ESTUPIDEZ. La gente paga con sus impuestos para mantener a una horda de bandoleros asesinos, en cuyas manos el gobierno ha depositado armas y municiones. Cuando esos valientes se cansan de la regalada vida de la reserva, se escapan y masacran, roban, torturan, incendian y saquean.<sup>[16]</sup>

Los colonos enviaron cartas personales a la Casa Blanca, como la sincera misiva de un ranchero de Locline (Arizona), que rogaba la formación de una guardia personal:

No arroje esta carta a la basura sin leerla primero. Soy un pionero que vive en el sudeste de Arizona, cerca de la frontera mexicana. Estamos rodeados de apaches. Tenemos mujeres y muchos niños pequeños con nosotros. Estamos mal armados y no hay ni un solo soldado en cientos de millas a la redonda ...

Esperamos que nos asalten en cualquier momento. En la casa donde vivo hay ocho niños, cinco chicas. En caso de que nos atacasen harán una carnicería con todos ellos o bien serán llevados a un cautiverio peor que la muerte ...

Estoy escribiendo en el único trozo de papel que hay en casa, y precipitadamente ... Entonces, por el bien de la humanidad, mándenlos algunos de esos soldados que están sin hacer nada y que podrían significar la salvación de muchas vidas si se destacaran aquí.<sup>[17]</sup>

Rodeados de apaches, ese era el terror primordial de cada uno de los ciudadanos, y es la imagen que vemos en las películas del Oeste. En aquella época solamente había cuarenta y dos guerreros chiricahua fuera de control y estaban esparcidos por un territorio tan amplio como Nueva Inglaterra.<sup>[\*]</sup> Pero tanto Arizona como Nuevo México se habían sumergido en un estado similar a la histeria colectiva, una situación

que duraría quince meses más.

La magnitud de esa histeria requiere un análisis. Desde mayo de 1883 hasta mayo de 1885, Crook pudo alardear de que los apaches no perpetraron ni una sola batida en los estados de Arizona y Nuevo México. No solo los ciudadanos del sudoeste de Estados Unidos, sino los de toda la nación suspiraron aliviados. Los más de dos siglos de guerra con los indios habían llegado a un desenlace en San Carlos. Un destino manifiesto había demostrado ser verdad: si el indio quería sobrevivir de algún modo, debería adoptar el sistema de los blancos.

La pasión de esta creencia casi universal pudo verse a continuación de la batalla de Little Bighorn. En 1876,<sup>[18]</sup> la rabia de los sioux y cheyenes que barrieron a las tropas de Custer fue tan intensa que los guerreros aplastaron los rostros de los soldados hasta convertirlos en pulpa, mientras las mujeres les cortaban los genitales. La venganza de los estadounidenses sería igual de sangrienta. Pero en cuanto esos sioux y cheyenes fueron conquistados, los «salvajes» pasaron a ser, con sorprendente celeridad, una curiosidad de feria para los ciudadanos blancos, un tótem trivial de sus conquistas. Mientras Jerónimo vagaba por Sierra Madre, Toro Sentado formaba parte del espectáculo del Salvaje Oeste de Búfalo Bill, donde besaba a niñas pequeñas y firmaba autógrafos a un dólar la unidad. En 1886, por extraño que parezca, los veteranos del ejército celebraron una reunión para conmemorar el décimo aniversario de la batalla de Little Bighorn, en el mismo campo de batalla, e invitaron a los jefes sioux y cheyenes, que acamparon junto a ellos, se estrecharon la mano y compartieron el whisky.

En el verano de 1885, Jerónimo todavía era considerado «el más malvado indio que existió jamás».<sup>[19]</sup>

Una vez seguro de que todos los rebeldes habían pasado a México, Crook trató de sellar la frontera para impedirles el regreso y trasladó su cuartel general a Fort Bowie, para estar más cerca de la acción. Ordenó destacar pequeños grupos de soldados desde el río Bravo hasta casi el nacimiento del río Colorado para que vigilaran todos y cada uno de los lugares donde hubiese agua. Cada destacamento estaba acompañado de cinco rastreadores apaches que se dedicarían todos los días a buscar huellas de los fugitivos. Tras la línea fronteriza situó otra red de caballería preparada para interceptar a cualquier chiricahua que hubiese podido burlar a las patrullas. Al final todo este despliegue, el mayor intento de vigilancia fronteriza que consta en los anales de la historia estadounidense, no logró coartar los movimientos de los fugitivos, que pasaban a uno y otro lado de la frontera casi a su antojo.

En un momento de flaqueza, Crook le confesó a regañadientes a un periodista de Tombstone la admiración que sentía por la tenacidad de su adversario:

Cuando Jerónimo abandonó la reserva, sufría una enfermedad incurable. Fue herido de gravedad en un costado y en el brazo en un enfrentamiento que tuvo con los soldados del teniente Davis. Sangraba profusamente, y aun así tanto sus amigos como su banda cubrieron una distancia de setecientas millas después de la pelea.<sup>[20]</sup>

La incurable enfermedad de Jerónimo debió de sanar milagrosamente, pues viviría otros veinticuatro años más. Davis jamás afirmó haber disparado contra Jerónimo durante su huida, pero es indudable que el guerrero fue herido en numerosas ocasiones.

Una vez sellada la frontera, Crook envió dos fuertes compañías al mando de Emmet Crawford y Britton Davis a México. Persiguieron obstinadamente a los chiricahua durante el verano de 1885. A diferencia de lo sucedido en la meticulosa expedición de Crook efectuada dos años antes, la incursión de Crawford y Davis poseía el desconcierto que suele conllevar la guerra de guerrillas. En Oputo,<sup>[21]</sup> en la vertiente occidental de Sierra Madre, en el estado de Sonora, un granjero mexicano, ignorante del significado de las bandas de pelo rojas, detuvo a dos exploradores de Davis y disparó sobre ellos matando a uno e hiriendo de gravedad al otro. Los demás exploradores, enfurecidos, partieron inmediatamente del campamento en dirección a Oputo para masacrar a toda la población. Con gran esfuerzo, Chato y Davis los disuadieron de su propósito.

Simplemente el hecho de viajar bajo el aplastante calor estival era de por sí una terrible experiencia. El cirujano de Davis registró una tarde una temperatura de 53°C a la sombra. Un mulero recordaba la fatiga y lo inútil del constante avance: «Los indios se escondían de nosotros en las montañas, más profundamente cada vez. Nuestros mapas era inútiles. Tanto los caballos como los soldados estaban agotados y nuestras ropas hechas jirones».<sup>[22]</sup>

Davis, un gran observador, quedó impresionado por la miseria de las pequeñas poblaciones mexicanas: «las más pobres que he visto nunca».<sup>[23]</sup> El terror apache, que los habitantes habían comenzado a creer superado, había vuelto a despertar. En Nacori, una población de trescientas trece almas, solamente había quince hombres adultos: «Cada familia había perdido a uno o más de sus miembros masculinos a manos de los apaches».

Davis y Crawford se cruzaban de cuando en cuando con escuadrones de caballería mexicana que también estaban dando caza a los fugitivos. A ojos de Davis, los mexicanos componían un grupo lamentable, formado en su mayor parte por exconvictos obligados a alistarse que subsistían con raciones espantosamente magras de maíz tostado, carne seca de buey y azúcar. Este ataque realizado por dos flancos debería haber arrinconado a los chiricahuas pero, al final, resultó ser más perjudicial que otra cosa.

La determinación de Crawford y Davis obtuvo, sin embargo, sus pequeños dividendos. En junio, los exploradores a las órdenes de Chato atacaron un campamento chiricahua donde mataron a una mujer y apresaron a quince mujeres y niños, entre ellos a toda la familia de Chihuahua. Un mes más tarde, un grupo escindido se las arregló para localizar el campamento de Jerónimo y lo atacaron; mataron a una mujer y a un niño y capturaron a otros quince, entre ellos un hijo y una esposa de Jerónimo. Al principio se informó de la muerte de Nana,<sup>[24]</sup> como ya había



ocurrido en media docena de ocasiones durante los años previos, pero una vez más el lisiado y anciano jefe logró escapar. Esta escaramuza, aunque insignificante desde el punto de vista militar, se cobró un alto peaje psicológico entre los chiricahua, especialmente entre los parientes de los cautivos.

Una vez encontrado el rastro de Jerónimo, Crawford sintió la desesperante necesidad de no perderlo. Entonces envió toda la fuerza que pudo reunir en su persecución. Bajo el mando de Davis, partieron Chato, Al Sieber, Mickey Free y cuarenta de los mejores exploradores.

Fue entonces, entre agosto y septiembre de 1885, cuando Jerónimo llevó a cabo una de las más virtuosas proezas de las Guerras Apaches. Cargado de mujeres y niños, dirigió a su banda durante veinticuatro días a través de una distancia de ochocientos kilómetros con Davis pisándole los talones.<sup>[25]</sup> El rastro los llevaba hacia el sur, por la vertiente oriental de Sierra Madre, casi al filo, dentro del estado de Chihuahua, y entonces volvió hacia el norte. Para confundir a sus perseguidores, Jerónimo variaría su rumbo cuatro veces en un corto período de tiempo, o bien tomaría una dirección diametralmente opuesta sobre un terreno tan rocoso que ni las mulas resultaban útiles, ni proporcionaba ninguna clase de huellas. No es que aquel grupo de soldados escogidos no lograra atrapar a la gente de Jerónimo, sino que, desesperanzados, perdieron su rastro. Exhausto y abatido, Davis renunció a su cargo de oficial y se estableció en Chihuahua, donde creó un rancho.

Jerónimo no estaba acabado,<sup>[26]</sup> junto a otros cuatro compañeros, burló sin dificultad la doble línea de guardas fronterizos dispuesta por Crook y se introdujo en Arizona. Después de la rebelión de Turkey Creek, el resto de chiricahuas habían sido trasladados a Fort Apache, donde acamparon ante las narices del puesto militar. De algún modo, Jerónimo lo sabía. En plena noche del día 22 de septiembre, los cinco chiricahua se deslizaron sin que la patrulla de apaches montaña blanca lo notasen, buscaron la tienda de la familia de Jerónimo, rescataron a su mujer y a su hijo y se evadieron al amparo de la noche.

Para confundir a sus perseguidores todavía más, la partida de Jerónimo cabalgó lejos, hacia el este, hasta Nuevo México, donde secuestraron algunas mujeres mescalero; Jerónimo tomó por esposa a la más joven de ellas; esta mujer llegaría a amarlo profundamente. Y para terminar su aventura caballeresca, dirigió al grupo de vuelta a México con mujeres, niños y todo. Los militares no los vieron ni de lejos.

Uno de los mescaleros secuestrado era un niño pequeño que más tarde legaría la crónica de su cautiverio.<sup>[27]</sup> Durante el invierno de 1885-1886, Jerónimo lo entrenó en las artes guerreras, tal como había hecho con Kaywaykla y sus compañeros en la Fortaleza de Sierra Madre. Le preparó un arco y flechas para que practicara. El chico se sintió muy mal al principio, pero llegó a reverenciar a su mentor y llegó a comprender por qué las depredaciones de Jerónimo eran tan despiadadas. Era la necesidad de munición lo que originaba los asaltos chiricahuas en Estados Unidos, los rifles Winchester y Springfield que usaban los apaches no siempre podían

cargarse con cartuchos mexicanos. Muchos años después, el antiguo cautivo diría:

Yo no creo que [Jerónimo] quisiese matar a nadie, pero había ocasiones en que no tenía otra opción. Si era visto por un civil, implicaba que este lo denunciaría a los militares e inmediatamente saldrían en nuestra busca. Así que no se podía hacer nada más que matar a ese civil y a toda su familia. Era terrible ver matar a niños pequeños. No quiero hablar de ello. No quiero pensar en ello. Pero los soldados también mataban a nuestras mujeres y niños, no lo olvides.

En noviembre los fugitivos se encontraron de nuevo con una desesperante escasez de munición. Ulzana, hermano mayor de Chihuahua y un guerrero de primera clase, se presentó voluntario para dirigir un asalto en busca de munición en Arizona. Ulzana, al igual que su hermano, había sido explorador militar; de hecho, era uno de los rastreadores que dieron caza a Nana en 1881.<sup>[28]</sup> En palabras de un historiador, «Ulzana aprendió muchas de las artes y tácticas de asalto gracias a Nana, el anciano maestro de maestros. Mientras seguía su rastro junto a los soldados, él observaba sus métodos y estrategias».

La simple relación estadística del ataque de Ulzana,<sup>[29]</sup> el último de esa clase, demuestra que era el más hábil chiricahua en los asaltos relámpago. Con solamente diez o doce hombres, menos aún que Nana en 1881, Ulzana cabalgó aproximadamente mil novecientos treinta kilómetros en dos meses, mató a treinta y ocho hombres, robó doscientos cincuenta caballos y mulas y no perdió ni a un solo guerrero. La más arriesgada de todas sus hazañas tuvo lugar al comienzo de su incursión, cuando atacó el mismísimo Fort Apache tomándolo totalmente desprevenido. Movidos más por la sed de venganza que por la necesidad de munición atacaron de noche, algo en absoluto común, y mataron doce apaches montaña blanca sin que nadie los viese desde los edificios militares.

El ataque de Ulzana llegó a exasperar a Crook. Su respuesta fue, para aquellos tiempos, radical. Reconoció que eran los soldados blancos los que impedían a los exploradores indios finalizar las persecuciones con éxito, y envió a Crawford con tres oficiales más, una reata de mulas y cien rastreadores apaches. Este modelo de partida con gran capacidad de desplazamiento y maniobra se le había presentado a Crook dos años antes, en Sierra Madre, cuando los exploradores indios le rogaron que les permitiese ir por delante del grueso de la expedición. Crawford había dirigido aquella partida, y era la elección obvia para dirigir la nueva caza de Jerónimo.

Davis, que había servido en numerosas ocasiones junto a él, admiraba al capitán sin restricciones:

Crawford nació con mil años de retraso. *Sans peur et sans reproche* podrían haberle cantado baladas en la Edad Media. Mental, moral y físicamente, podría haber encarnado el ideal de caballero de la Mesa Redonda del rey Arturo. 1,85 m de altura, con ojos grises, incansable, era el soldado de caballería perfecto, adorado por sus hombres tanto como los respetaba él.<sup>[30]</sup>

Crawford tenía un buen sentido del humor, añade Davis, «pero algo había oscurecido su primera juventud, y nunca lo oí reírse a carcajadas».

El día 11 de diciembre,<sup>[31]</sup> aquel organizado destacamento cruzó la frontera mexicana una vez más. Se movieron ininterrumpidamente hacia el sur en Sonora y no encontraron nada. En Nacori, en la vertiente occidental de las montañas, Crawford colocó el campamento base y envió patrullas de reconocimiento. Por fin, a principios de enero, se topó con el rastro de los chiricahua en el río Aros. Los exploradores informaron que conducía a la banda de Jerónimo, escondida en una sierra conocida como el Espinazo del Diablo y que tenía fama de ser «la región más inhóspita de todo México».

Crawford llevó a sus rastreadores a través de una marcha ininterrumpida de cuarenta y ocho horas. Su grupo estaba a más de doscientos cuarenta kilómetros al sur de la frontera, persiguiendo apaches más hacia el interior de México de lo que nunca antes había estado ningún otro pelotón estadounidense. Al atardecer del día 9 de enero los exploradores, todavía sin ser detectados, alcanzaron un punto situado solamente a diecinueve kilómetros del campamento de Jerónimo. Se deslizaron por la noche y atacaron al amanecer.

La carga no fue una sorpresa total para la banda de Jerónimo. Quizá los rebuznos de las mulas los alertasen o los exploradores estuviesen tan cansados después de la marcha forzada que su usual dureza los hubiese abandonado, pero el caso fue que la gente de Jerónimo pudo huir a las montañas circundantes, aunque Crawford tomase como botín todos los bienes del campamento: víveres, caballos y otros suministros.

Al final del día, cuando Crawford descansaba en el campamento conquistado, Lozen se aproximó con un mensaje de Jerónimo y Naiché. Los chiricahua deseaban entrevistarse con Crawford al día siguiente. El capitán estaba rebosante de alegría: el mensaje equivalía a una oferta de rendición.

Poco después del amanecer del día 11 de enero, los exploradores informaron de un extenso grupo que se estaba acercando. El capitán asumió que eran refuerzos enviados por Crook, pero pronto las balas comenzaron a silbar a través del campamento. Los que estaban atacando a Crawford eran un escuadrón de ciento cincuenta *nacionales* mexicanos que estaban buscando a los chiricahua y que pensaron que los exploradores eran apaches hostiles.

Crawford ordenó a sus rastreadores que no repeliesen la agresión, mientras que él y otros oficiales gritaban en español, tratando de identificarse como soldados estadounidenses, y agitaban sus pañuelos. Después de quince minutos hubo un alto el fuego. Crawford avanzó hacia las líneas mexicanas con la esperanza de hablar con su comandante en jefe.

El capitán se subió a un prominente peñasco, agitó su pañuelo y gritó: «¡Soldados americanos!».

Se oyó un disparo. El teniente Marion P. Maus, segundo al mando, se acababa de volver hacia los exploradores y, cuando dio la vuelta, vio a Crawford «tendido en la roca con una herida en la cabeza y parte de su masa encefálica esparcida por el suelo». De inmediato los exploradores desencadenaron furiosas descargas sobre los

mexicanos. La batalla duró una hora. Cuatro soldados del bando estadounidense cayeron heridos; pero los exploradores mataron a cuatro mexicanos e hirieron a otros cinco. Al final, los mexicanos alzaron la bandera blanca.

Sacaron a Crawford inconsciente del campo de batalla. El capitán estuvo en coma durante unos espantosos siete días mientras los exploradores lo transportaban; habían compuesto una camilla con ramas, un extremo lo sujetaba una mula y el otro lo llevaban seis hombres. Con tales contratiempos, los rastreadores no podían avanzar más de diez o doce kilómetros diarios. Crawford murió el día 18 de enero y fue enterrado en Nacori.

Las causas, e incluso los detalles, de este fiasco permanecen oscuras aún el día de hoy, más de un siglo después. Maus y los demás insistieron en que los mexicanos sabían perfectamente contra quién estaban disparando. Un mulero juró que Maus perdió los nervios durante la batalla y se ocultó bajo unas rocas. Se informó de que el hombre que disparó a Crawford fue Mauricio Corredor, el explorador tarahumara a quien se había concedido el mérito de matar a Victorio, y el arma que usó se supone que fue el mismo rifle niquelado que el gobierno de Chihuahua le había regalado como recompensa a tal honor. Corredor fue uno de los mexicanos que murió.

La debacle del río Aros provocó un serio choque diplomático entre Estados Unidos y México. Ambos gobiernos realizaron sus propias investigaciones. Crook recuerda la muerte de Crawford como «un asesinato» y el ministro de Defensa lo calificó como «totalmente injustificable». Las protestas del Parlamento estadounidense obligaron al secretario de Estado a que exigiese una reparación del gobierno mexicano.

La versión mexicana de los hechos tardó en llegar,<sup>[32]</sup> y cuando lo hizo dejó pasmados a los estadounidenses. El presidente Porfirio Díaz acusó a Crawford de haber violado el acuerdo para cruzar las fronteras firmado en 1882. En su camino hacia el sur, en el estado de Sonora, los exploradores habían matado a dos mexicanos y robado muchos caballos y reses, parte de las cuales serían encontradas después en poder de Maus. En el río Aros los mexicanos habían disparado sobre los exploradores apaches, en efecto, pero no antes de que los apaches les dispararan a ellos. Y no fue una bala mexicana la que mató a Crawford. Lo había matado uno de sus propios exploradores. Díaz también exigió una reparación.

En ese comunicado había más verdad de la que los estadounidenses querían creer. En la correspondencia que mantuvo con el gobernador de Sonora ya el día 11 de enero, Crook había reconocido en privado las depredaciones de los exploradores apaches en México y se lamentaba por ello. Muchos años después,<sup>[33]</sup> un mulero perteneciente al destacamento de Crawford publicó un relato de la batalla de Aros. Él estaba en el campamento de retaguardia, por lo tanto no presencié el tiroteo, pero afirma que los hechos le llegaron por boca del teniente Maus.

Justo antes de subir a la roca (afirma el mulero), Crawford le tendió su rifle a su explorador de confianza, un hombre apodado Dutchy por sus supuestas facciones

germánicas.<sup>[\*\*]</sup> Fue Dutchy quien se acercó corriendo hasta Maus con la noticia de que habían disparado al capitán. La gran cantidad de dinero que Crawford llevaba consigo, todos lo sabían, había desaparecido. «Dutchy había robado a su comandante en jefe —concluyó el mulero—, nadie más podría haberlo hecho y yo siempre supe que fue Dutchy y no los mexicanos quien mató al capitán Crawford». Si esta historia no es una pura sarta de tonterías, implicaría a Maus (que más tarde sería condecorado por su valor) en el encubrimiento de un delito.

Mientras se desarrollaba la lucha,<sup>[34]</sup> los chiricahua estaban sentados en la ladera de una colina frente al río Aros. Un miembro de la banda de Jerónimo le dijo a la biógrafa Angie Debo, setenta años después: «Jerónimo lo veía y se reía»; y Debo añade: «Con un énfasis imposible de describir con palabras».

Sin embargo, unos pocos días más tarde,<sup>[35]</sup> los jefes chiricahua se encontraron con Maus, y Jerónimo admitiría que la aparición de Crawford supuso un duro golpe para los fugitivos, convenciéndolos de que no había refugio seguro, no importaba cuán profundamente se escondieran en Sierra Madre. Entonces Nana, cansado de huir, aceptó ir con ellos. Un guerrero y siete mujeres, entre ellas una esposa de Jerónimo y otra de Naiché, también se unieron a la partida de exploradores que los llevó de vuelta a la frontera norte. Y Jerónimo y los demás acordaron encontrarse con Crook «dos lunas después», pero solo con la condición de que fuese él quien eligiese el terreno y, además, el general habría de presentarse sin soldados. Maus no tuvo más opción que ceder.

Durante los dos meses siguientes, ningún oficial, ni mexicano ni estadounidense, supo dónde estaba Jerónimo. Crook supuso que el guerrero estaba en México. Sin embargo, los mineros y rancheros de las montañas Black Range,<sup>[36]</sup> en Nuevo México, sufrieron una nueva etapa de terror apache en los primeros meses de 1886 cuando un número de familias que vivían apartadas fueron aniquiladas. Los lugareños sospechaban que Jerónimo había encabezado los asaltos, y quizá tuvieran razón.

La moral del resto de los chiricahua libres estaba de capa caída. Como había revelado la negociación con el teniente Maus, existían profundas divisiones entre ellos acerca de continuar o no con aquella fútil resistencia. Mangas se había separado de ellos meses atrás, con un pequeño grupo de trece personas, seis de ellas guerreros; nunca volvería a unirse a Chihuahua, Naiché y Jerónimo. Nana, con su feroz voluntad y su antiguo orgullo, se había rendido. Maus también había intentado persuadir a Chihuahua para que fuese con él, pero el guerrero contestó que, a no ser que tuviese alguna prueba de que su cautiva familia estuviese viva en Fort Bowie, continuaría luchando.<sup>[37]</sup>

El propio Jerónimo consideraba su sombrío futuro. La libertad era para él tan importante como el aire de la montaña y siempre que pensaba en la reserva le venían a la mente los oscuros recuerdos de los pérfidos Clum, Free y Chato. Pero también la dolorosa separación de sus familiares lo atormentaba como a ningún otro guerrero. Y, por otro lado, no ignoraba el hecho de que Sierra Madre había dejado de ser un

refugio inviolable. La ofensiva de Crook en 1883 dependió del golpe de suerte que supuso encontrar a un hombre, Tzoe el chaquetero, que conocía los misterios de las montañas Azules. Pero ya había más como Tzoe, empezando por Chato: chiricahua que se habían enrolado como exploradores y, todos ellos, conocían los secretos de la sierra. El chico mescalero que Jerónimo había secuestrado cinco meses antes llegó a conocer sus pensamientos: «Jerónimo sabía que no había esperanza —diría décadas más tarde—, pero eso no lo detuvo».<sup>[38]</sup>

El bedonkohe mantuvo su promesa de presentarse a los dos meses. En marzo de 1886 contactó con Maus, acampado cerca de la frontera. Jerónimo se encontraría con Crook en el *cañón de los Embudos*, treinta y dos kilómetros al sur de la frontera.

El lugar de encuentro era un paraje de sobra conocido por los apaches. Los embudos que daban nombre al lugar eran una serie de salidas vertedoras de agua excavadas en el lecho de lava por un arroyo perpetuo. Mucho antes de que los apaches se estableciesen en la zona, las sociedades primitivas agrícolas ya habían hecho del cañón su hogar y dejaron agujeros para moler excavados en la roca. Una serie de terrazas llenas de maleza, separadas por escarpados barrancos, le proporcionaban a Jerónimo la seguridad que ansiaba. Los chiricahua acamparon dos o tres barrancas al este de la partida de Crook, sobre un elevado terreno con las montañas a su espalda.

Crook se presentó, tal como había acordado, sin un pelotón de soldados. Entre su grupo se hallaba su ayudante Bourke, quien levantó un acta de la reunión transcribiendo literalmente todas las palabras allí pronunciadas, otros siete hombres que podrían haber servido como intérpretes (entre ellos no figuraba Mickey Free, pues Crook sabía cuánto lo despreciaba Jerónimo), y su nuevo modelo de apache bueno: Kaytenna, recién salido de Alcatraz. El guerrero había perdido toda su fiereza e independencia.<sup>[39]</sup> Él estaba, susurró Crook, «totalmente reestructurado; su estancia en Alcatraz había operado una transformación total en su carácter».

Kaytenna había aprendido a escribir, si se le puede llamar así, en prisión.<sup>[40]</sup> Bourke copió dos de sus patéticas frases, escritas con letras mayúsculas al estilo de los niños de párvulos: «MI ESPOSA A ÉL NOMBRE KOWTENNAYS ESPOSA», «UN AÑO TIENE TREN CIENTO SESETA Y ZINCO DÍAS». Desde el punto de vista de Bourke, «no es que [Kaytenna] hubiese cambiado solamente por aprender a escribir, sino en todos los aspectos: se había convertido en un hombre blanco, y era un apóstol de la paz». Su tono desenfadado oculta el hecho de que Kaytenna había sufrido un lavado de cerebro. Sus primeros doce meses en Alcatraz los había pasado realizando trabajos forzados,<sup>[41]</sup> confinado en régimen de aislamiento; después de eso, lo habían «liberado y llevado a todos los lugares notorios o interesantes alrededor del Golden Gate ... para impresionarlo con el poder de los ciudadanos estadounidenses y las ventajas de la civilización».

Jerónimo estaba encantado de ver al otrora guerrero al que creía condenado a muerte. Durante la conferencia le pidió a Kaytenna que dijese algo para que



constase en acta.<sup>[42]</sup> Kaytenna objetó, mascullando entre dientes, «tengo dolor de garganta», y se mantuvo en silencio.

El día 25 de marzo por la tarde, los jefes chiricahua se sentaron en la ribera del arroyo junto a la partida de Crook, justo al oeste del más largo de los «embudos». «Todo el barranco —anotó Bourke— poseía una romántica belleza: las susurrantes aguas del riachuelo recibían la sombra de altos y esbeltos sicomoros de tronco blanco y suave; de oscuros y retorcidos fresnos; de álamos de Virginia de corteza rugosa y de flexibles sauces».<sup>[43]</sup> Veinticuatro guerreros armados hasta los dientes se sentaron justo detrás del círculo, lo bastante cerca como para oír. Un valiente fotógrafo de Tombstone llamado Camillus Fly había conseguido unirse a la expedición de Crook. Entonces, el fotógrafo, sin la más mínima muestra de deferencia, ordenó a los apaches como si fuesen niños de un colegio mientras los enfocaba con la cámara. Las extraordinarias fotografías de Fly son algunas de las mejores imágenes que conservamos de los chiricahua y, como señaló un estudioso, «las únicas fotografías conocidas donde se ve a indios norteamericanos en el campo como enemigos».<sup>[44]</sup>

Jerónimo comenzó la reunión eligiendo a un intérprete entre los que había traído Crook.<sup>[45]</sup> Después se lanzó a un extenso y enmarañado recital de ofensas que justificaban su huida de Turkey Creek unos meses antes. Sin embargo, su actitud era conciliadora, e incluso derrotista. Trató de impresionar al adusto general con su sinceridad y honestidad: «Creo que soy un buen hombre, pero en todos los papeles del mundo se dice que soy malo, y no está bien que se diga eso de mí. Yo nunca he hecho daño sin un motivo».

Crook escuchó impertérrito, sin que su cara de póquer delatase reacción alguna. Durante todo el tiempo que duró el discurso de Jerónimo, el general se mantuvo mirando fijamente al suelo,<sup>[46]</sup> negándose a tan siquiera dedicar una mirada a su adversario. Esto molestó tanto al guerrero<sup>[47]</sup> que interrumpió su arenga para preguntarle al general: «¿Por qué no me miras y me sonríes?». Bourke se sorprendió de lo nervioso que parecía estar Jerónimo.<sup>[48]</sup> Según dijo, «grandes gotas de sudor corrían por sus sienes y manos y, de vez en cuando, retorció con fuerza la correa de piel de venado que sujetaba fuertemente en la mano».

Luego Jerónimo se sumergió en la retórica apache que a los blancos siempre les parecía cargada de florituras y banalidades,<sup>[49]</sup> pero que salía directamente de las profundas raíces de su animismo:

Solamente hay un Dios que nos mira a todos nosotros. Todos somos hijos de ese Dios. Dios me escucha. El sol, la oscuridad, los vientos, todos escuchan lo que estoy diciendo.

Jerónimo suplicó cansinamente por sus compañeros fugitivos: «Ya quedan muy pocos de los míos. Algunos han hecho cosas malas, pero quiero que todo eso se olvide y no se vuelva a hablar de ello».

Crook mantuvo su posición de distante intransigencia y cuando Jerónimo y él

discutieron acerca de las causas de la rebelión en Turkey Creek, dejó que su voz arrastrase un tono sarcástico. Al final planteó un ultimátum:

Es inútil que lo intentes contando tonterías. No soy un niño. Lo que debes hacer es decidir si quieres mantenerte en el sendero de la guerra o rendirte incondicionalmente. Si te mantienes en pie de guerra, os perseguiré y mataré hasta al último de vosotros aunque me lleve años conseguirlo.

Como el intercambio de impresiones no llevaba a ninguna parte, Jerónimo y Crook acordaron abandonar la reunión y retomarla dos días después. Los apaches se retiraron a su campamento, donde deliberaron. Durante el resto del día, y al día siguiente, Kaytenna circuló libremente entre ellos. Los encontró, como Crook informaría posteriormente, «tan desesperados y nerviosos que no podían razonar».<sup>[50]</sup> Si Kaytenna hubiese propuesto desde el principio que se rindiesen, aquellos nerviosos guerreros lo hubiesen matado a tiros. Antes de la reunión, Jerónimo había dado instrucciones precisas para que los guerreros disparasen sobre todos los ojos blancos al menor intento de capturar a los jefes chiricahua. Pero después, entre los fugitivos, Kaytenna cumplió perfectamente las instrucciones de Crook, que no eran sino «sepáralos, y procura que se dividan tanto como sea posible».

Por su parte, Crook se debatía en su campamento, irritado con sus propios problemas. El nuevo capitán general del ejército, su antiguo compañero de clase en West Point, Phil «el Pequeño» Sheridan, le había ordenado que obtuviese la rendición incondicional de los hostiles. Pero Sheridan ignoraba todo lo referente a la realidad apache, y Crook sabía que Jerónimo no se rendiría jamás si no conseguía términos favorables. Los apaches reclamaban una amnistía por los crímenes cometidos en el pasado y también volver a establecerse en Turkey Creek. Eso no sería posible, pero creía que todavía tenía cierto margen para negociar dentro de las órdenes recibidas.

El día 27 de marzo, por la mañana,<sup>[51]</sup> Chihuahua le hizo llegar un mensaje secreto a Crook en el cual se ofrecía a rendirse junto a su banda, sin importar la resolución que adoptase Jerónimo. Crook deseaba conseguir eso mismo del resto de apaches chiricahua, pero sintió que la capitulación de Chihuahua se podría utilizar para desmoralizar a los seguidores de Jerónimo.

Al final tuvo lugar la conferencia. Chihuahua habló el primero. Los interlocutores blancos vieron a un hombre de 1,82 m de altura y unos noventa kilos de peso «sin una onza de grasa sobrante en su cuerpo»;<sup>[52]</sup> tenía «un rostro tan agradable como a cualquiera le gustaría tener, con un carácter sorprendentemente bueno y una gran inteligencia».<sup>[53]</sup> El que una vez fue un indómito guerrero se hallaba en una situación de lamentable sumisión. Durante un discurso lleno de divagaciones, estrechó tres veces la mano a Crook mientras lo elogiaba con palabras que sonaban cuanto menos lisonjeras:

Me parece que he visto a Aquel que hace llover y envía los vientos, o quizá Él te haya enviado a este lugar. Me rindo a ti porque creo en ti y tú no nos engañas. Tú debes ser nuestro dios ... Tú debes ser el que hace verdear los pastos, quien envía la lluvia, quien manda los vientos. Tú debes ser el que ordena a las frutas

que aparezcan en los árboles una vez al año.<sup>[54]</sup>

A continuación fue el turno de Naiché. Él era más alto incluso que Chihuahua, sobre 1,85 m. A los blancos les pareció «un indio alto, que se movía con graciosa elasticidad, un dandi a su manera, de rostro hermoso, casi afeminado, y con manos delgadas y elegantes».<sup>[55]</sup> Naiché también habló con sumisión:

Lo que dice Chihuahua, lo digo yo. Me rindo del mismo modo que ha hecho él ... Me pongo a tus pies. Ahora ordena y yo obedezco. Haré todo lo que quieras que haga ... Creo que para nosotros es mejor rendirnos que permanecer en las montañas como idiotas, tal como hemos hecho. No tengo nada más que decir.<sup>[56]</sup>

Sus palabras sonaban a rendición incondicional, pero Crook tendría que conseguir la capitulación de los chiricahua solo bajo una promesa que había rogado al gobierno que cumpliera. Les dijo a todos los fugitivos que, excepto Nana (que estaba demasiado viejo y decrepito para ser enviado al exilio), serían enviados al este durante un período de tiempo no superior a dos años, a partir del cual podrían regresar a su territorio. Fue esta condición la que ganó la rendición de Jerónimo, que habló en último lugar.

El bedonkohe se había sentado en una ribera del torrente,<sup>[57]</sup> bajo una morera. Tenía el rostro oscurecido con polvo de galena. Como Jerónimo estaba sentado con las piernas cruzadas y los antebrazos apoyados sobre sus rodillas, los blancos se limitaron a mirar fijamente su extraordinario rostro y a esperar sus cruciales palabras. Un periodista que conoció a Jerónimo cinco meses después dejó la más vívida descripción de su rostro jamás escrita:

Nunca se cincelaron facciones tan crueles. Su nariz es ancha y cargada, la frente baja y arrugada, su barbilla denota fuerza y los ojos brillan como dos trozos de obsidiana. La boca es una de sus facciones que merecen más atención: un larguísimo y profundo tajo, afilado, estrecho, de labios delgados sin una sola curva de suavidad.<sup>[58]</sup>

La actitud de Jerónimo era mucho más contenida que la mostrada en la reunión de dos días antes.<sup>[59]</sup> De nuevo le recordó a Crook que tenía que mantener su promesa; le dijo: «Yo estaba muy lejos de aquí. Casi nadie hubiese podido llegar a aquel lugar, pero te di mi palabra de que quería venir y aquí estoy».

Por su parte, Crook respondió con mucha más cortesía de la que mostró en la reunión anterior. Una pesada carga parecía descansar sobre sus hombros; Jerónimo le dio la mano al general y dijo: «Me rindo a ti. Haz conmigo lo que te plazca. Me rindo. Hubo un tiempo en que me movía por ahí como el viento. Ahora me rindo a ti y eso es todo».

## Capítulo 18

### El cañón de los Esqueletos

No fue eso todo.

Aquella misma noche los chiricahua se emborracharon.<sup>[1]</sup> Desde el barranco donde se situaba el campamento militar, los hombres de Crook oyeron disparos durante toda la noche. Por la mañana Kaytenna se presentó en la tienda de Crook para decirle que Naiché estaba tan borracho que no podía tenerse en pie. Más tarde Bourke encontraría a Jerónimo junto con otros cuatro guerreros cabalgando sin rumbo sobre dos mulas, «borrachos como cubas».

La principal preocupación de Crook era enviar un telegrama a Sheridan con los términos de la rendición, y partió como avanzadilla del resto del destacamento hacia Fort Bowie, dejando al teniente Maus para que llevase a los fugitivos. Los apaches, a causa de su ebrio estado, tan solo pudieron cubrir unos pocos kilómetros hacia la frontera. Por la noche bebieron de nuevo, y se pusieron a discutir entre ellos. Había estado cayendo una lluvia helada durante todo el día.

Al amparo de la oscuridad, cuando arreció la lluvia, treinta y nueve chiricahuas abandonaron el campamento. La banda comprendía dieciocho guerreros comandados por Jerónimo y Naiché, trece mujeres y seis niños. Maus no se enteraría de la fuga hasta la mañana siguiente. El teniente partió inmediatamente tras ellos con la esperanza de atraparlos, pues se habían llevado solamente dos caballos y una mula, mientras que sus exploradores iban todos a caballo.

El whisky que habían consumido los chiricahuas se lo había vendido un nefando personaje apellidado Tribolet (se desconoce su nombre de pila), un contrabandista estadounidense de origen suizo que explotaba un bar móvil al lado de su tienda de acampar, situada poco más de trescientos cincuenta metros al sur de la frontera. Cuando posteriormente lo criticaron por haber vendido a los apaches mescal por valor de treinta dólares en una hora, el impenitente Tribolet contestó que muy bien podría haberles vendido alcohol por valor de cien dólares, a diez dólares el galón [un galón equivale a 3,78 litros]. Se supone que Tribolet les dijo a los apaches, después de que estos estuviesen perfectamente ebrios, que los apresarían y los ahorcarían en cuanto cruzasen la frontera.

Crook culparía siempre a Tribolet por esta última fuga, que a punto estuvo de terminar con su ánimo. «De no haber sido por el whisky —reflexionó el general—, todo este asunto ya estaría resuelto».<sup>[2]</sup> Tribolet ya había sido arrestado con anterioridad, pero en ese momento Crook pensó que ojalá algún oficial del ejército «lo hubiese matado a tiros como a un coyote, pues es lo que merecía».

Culpar a Tribolet, a su whisky o a las advertencias que había susurrado al oído de

los chiricahua borrachos era como culpar al casillero donde se hallaba el telegrama que advertía de la revuelta de Turkey Creek. No había sido el whisky el responsable de que Jerónimo cambiase de idea una vez más: el responsable era la oscilante brújula de la dualidad de su carácter. Cuatro años después,<sup>[3]</sup> cuando Crook preguntase por qué habían huido esa última vez, Naiché negaría que Tribolet tuviese nada que ver con ello.

—Temía que me fuesen a llevar a un lugar que no me gustase, a un sitio que no conociese —dijo el jefe chokonon—. Yo creía que todos lo que se llevasen morirían. La idea salió de mí.

—¿Por qué os emborrachasteis? —persistió Crook.

—Porque había whisky en abundancia por allí, y queríamos beber —contestó Naiché.

Diecinueve años después del suceso, Jerónimo dijo simplemente: «Nosotros, junto con el resto de la tribu, comenzamos a ir con el general Crook, de regreso a Estados Unidos, pero yo temía una traición y decidí quedarme en México».<sup>[4]</sup>

Jerónimo tenía una buena razón para estar asustado. En aquellos momentos, alertados por la noticia de la rendición, todos los ciudadanos de Arizona especulaban con las medidas que se tomarían con los cautivos que traía Crook consigo. «La creencia general es que los jefes principales serán ahorcados», escribió un periodista.<sup>[5]</sup>

Maus y sus exploradores siguieron el rastro de Jerónimo y Naiché durante noventa y seis kilómetros a través de las «más infranqueables montañas».<sup>[6]</sup> Encontraron un caballo muerto a puñaladas. Jerónimo utilizó sus tretas habituales, como cambiar repentinamente de dirección en cuanto su rastro se desvanecía en las rocas. Sin apenas alimentos, los fugitivos recorrieron, al paso y a la carrera, noventa y seis kilómetros sin parar para descansar. Cerca de Fronteras, estado de Sonora, el grupo se separó para encontrarse luego en alguna guarida secreta en Sierra Madre. Con los caballos exhaustos y casi sin víveres, Maus abandonó la persecución.

Dos guerreros que habían cambiado de parecer se acercaron a los exploradores cuando estos regresaban y se rindieron a ellos. El grupo se había reducido hasta treinta y siete. Al principio, una de las mujeres de Naiché trató de regresar al campamento de los soldados; el jefe, ebrio, probablemente, le disparó en una pierna y luego la dejó atrás.<sup>[7]</sup>

En Fort Bowie, mientras tanto, antes de recibir la noticia sobre las andanzas de Jerónimo y Naiché,<sup>[8]</sup> Crook recibió un duro revés en un telegrama confidencial procedente de Sheridan. El presidente Cleveland no consentiría de ningún modo las condiciones que habían obtenido Naiché y Jerónimo. Sheridan le ordenó a Crook que renegociase una rendición incondicional, mientras que, de alguna manera, al mismo tiempo impidiera la HUIDA DE HOSTILES, QUE NO DEBE PERMITIR BAJO NINGUNA CIRCUNSTANCIA.

Luego Crook tuvo que telegrafiar para anunciar la huida de Jerónimo y Naiché. A Sheridan casi le da una apoplejía. Sus telegramas de los días siguientes apenas podían

reflejar su enojo y una velada sospecha: PARECE RARO QUE JERÓNIMO Y COMPAÑÍA HUYESEN SIN ADVERTIRLO EXPLORADORES. Con una paciencia deliberadamente flemática, Crook explicó a Sheridan las condiciones en las que se desarrollaba la guerra Apache como si este fuese un cadete recién salido de West Point. Sheridan, a cambio, se limitó a condescender.

El día 1 de abril, Crook resumió toda la lógica de su campaña. El breve telegrama que envió a Sheridan es lo más cercano a una *apología* que podía redactar el lacónico general. Concluyó:

Creo que el plan sobre el que he dirigido las operaciones es el único que ha demostrado tener éxito al final. Puede ser, de todos modos, que yo esté demasiado empeñado con mis planteamientos acerca de esta materia y, como he pasado casi ocho años desarrollando el más duro trabajo de toda mi vida en este departamento, respetuosamente solicito que se me releve del cargo que ocupó.

Sheridan tardó menos de veinticuatro horas en aceptar la solicitud. Crook fue destinado al departamento del río Platte. De este modo, el más capaz de todos los luchadores de las campañas indias de la nación se apeó de la última guerra india de Estados Unidos. No recibió agradecimientos, ni sonaron himnos en su honor, sino el molesto murmullo de decepciones oficiales; y las frenéticas condenas de cientos de titulares ahogaron las tranquilas declaraciones del general.

El 2 y el 3 de abril, los setenta y siete chiricahua que se habían entregado llegaron a Fort Bowie. Chihuahua se encontraba muy molesto con Jerónimo,<sup>[9]</sup> y lo culpaba de todas las congojas de los hasta entonces proscritos. Su desesperado estado de ánimo continuó, y cuando Crook, durante sus últimas horas de servicio, lo interrogó, el guerrero le dijo: «He tirado mis armas. No tengo miedo, algún día tendré que morir. Si me castigas con dureza me parecerá bien, pero piensa en mi familia».<sup>[10]</sup> Y luego añadió que esperaba que Naiché se presentase en un breve período de tiempo en Fort Bowie, pero que dudaba que alguien viese a Jerónimo otra vez.

El más extraño personaje entre la banda que se acababa de entregar era un niño de once años llamado Santiago McKinn. El verano anterior Santiago apacentaba el ganado familiar junto a su hermano mayor,<sup>[11]</sup> no muy lejos de Deming (Nuevo México), cuando Jerónimo se abatió sobre ellos. Los guerreros habían matado a su hermano y a él lo llevaron prisionero. Santiago era una prueba viviente del poder que ejercían los chiricahua para transformar a un cautivo en uno de los suyos. Pecoso y con el pelo de color rubio rojizo, Santiago, hijo de padre irlandés y madre mexicana, hablaba dos idiomas, inglés y español, y en poco más de seis meses había aprendido bastante apache. En Fort Bowie, sus rescatadores le dijeron que estaba a punto de reunirse de nuevo con sus padres y Santiago estalló en lágrimas y espetó en apache que no quería ir a casa, que «él siempre querría estar con los indios». El chico «actuaba como un animal salvaje en una trampa», según palabras de un testigo presencial, y tuvieron que subirlo al tren que lo devolvería a casa de sus padres a la fuerza.



No hubo periodista ni historiador que se molestase en entrevistar a Santiago acerca de los meses que pasó con los últimos apaches chiricahua libres. Otro testimonio de incalculable valor que se escapó de las crónicas escritas.

Chihuahua y los otros setenta y seis rebeldes de Fort Bowie se habían rendido bajo los términos que propuso Crook: no más de dos años en el Este y luego volverían a la reserva. Habían llegado a creer que Lobo Curtido era el único de entre todos los hombres blancos que no les mentiría. Pero en aquel momento se estaba cociendo en Washington una traición tan artera como nunca antes se había perpetrado contra los indios estadounidenses.

El día 5 de abril,<sup>[12]</sup> Crook supo por Sheridan que, como Jerónimo y Naiché habían huido, el presidente de Estados Unidos consideraba la negociación de capitulación efectuada por Crook nula e inválida. Existía una artimaña pseudo legal para racionalizar el plan trazado por Cleveland y Sheridan. El destierro al Este no sería durante dos años, sino por un período indefinido de tiempo.

A pesar de su código personal de honestidad, Crook no tuvo presencia de ánimo para decirle a los chiricahua que el trato estaba anulado. Ahora le tocaba racionalizar a Crook, así que envió un telegrama a Sheridan diciéndole que sería mejor mantener a los apaches en la ignorancia, pues si tenían noticia de la realidad Naiché y Jerónimo no se rendirían nunca. Sheridan le dio el visto bueno.

El día 7 de abril, los setenta y siete chiricahuas se subieron al tren de la línea South Pacific en el apeadero de Bowie (Arizona), dieciséis kilómetros al norte del fuerte. Los quince guerreros, treinta y tres mujeres y veintinueve niños suponían que regresarían dos años después. Crook, cansado y con sentimiento de culpa, escribió: «Es un gran alivio deshacerse de ellos».

Uno de esos niños, el hijo de Chihuahua, volvería la vista atrás muchas décadas después:

El día que nos subieron en aquel tren, en Bowie ... creíamos que nos estábamos enfrentando a dos años de esclavitud y degradación. Pero mi padre estaba dispuesto a soportarlo por el bien de nuestro futuro cuando fuésemos libres de nuevo. Ni Chihuahua ni nadie sabía que íbamos a ser prisioneros durante veintisiete años.

Aquel hubiese sido un buen día para morir.<sup>[13]</sup>

Crook estuvo vinculado a Fort Bowie hasta el día 11 de abril, cuando legó formalmente el control del departamento de Arizona a su sucesor, el general Nelson A. Miles. Uno de los últimos actos de Lobo Curtido fue reunirse con sus leales exploradores apaches e informarles del cambio.<sup>[14]</sup> Los exploradores, entre sorprendidos y asustados, rogaron a Crook que diese fe del carácter de su nuevo *nantan* «¿Es un buen hombre? —preguntaron preocupados—, ¿o nos engañará igual que nos han engañado otros?». Crook les aseguró que el general Miles era «un hombre bueno y honesto».

Los dos generales llevaron a cabo la transferencia de poderes con un alarde de

cortesía miliar. Crook le ofreció a Miles todo el conocimiento que había recogido de los apaches durante sus ocho años de servicio en Arizona. Al día siguiente, 12 de abril, Crook abandonó Fort Bowie y aquella desagradecida campaña de una vez para siempre.

Crook se fue a la tumba cobijando una profunda amargura por el mérito que se le concedió a Miles por poner punto final a la guerra Apache, cuando supo que los cinco meses de servicio de su sucesor significaban el absurdo epílogo de una historia que habían escrito hombres mejores que él. Por su parte, Miles despreciaba a Crook en privado. Pocas semanas después de tomar posesión del cargo, escribió a su esposa: «También estoy molesto con las declaraciones efectuadas por Crook. Él ha fracasado totalmente en esta campaña, como en todas las demás».<sup>[15]</sup>

Miles no tenía la ventaja de ser un licenciado de West Point,<sup>[16]</sup> fue un voluntario en la Guerra de Secesión. Fue herido dos veces en combate, la última en Chancellorsville, donde recibió disparos en el abdomen y la cadera y se le dio por desahuciado. Sin embargo, se recuperó y ascendió en el escalafón de oficiales más rápido que cualquier otro, excepto Custer. En 1864 ya era general de división.

Después de la Guerra de Secesión Miles realizó servicios distinguidos contra los sioux y los nez perce. Tampoco supuso ningún perjuicio para sus expectativas el contraer matrimonio con la hija de un juez emparentado con William Tecumseh Sherman, que pocos meses después de la boda llegaría a ser capitán general del ejército. Surgió una rivalidad natural entre Crook y Miles: a pesar de que Miles era casi diez años más joven que su predecesor, ambos habían combatido muchas veces uno al lado del otro, sobre todo durante las campañas contra sioux y cheyenes. Sus talantes era diametralmente opuestos: Crook tenía un estilo taciturno muy poco dado a exteriorizar sus sentimientos, mientras que Miles tenía un carácter petulante y jactancioso. Pero existía un aspecto en el que coincidían, según las palabras del historiador Robert L. Utley: «[Crook] podía albergar consideraciones muy duras hacia sus rivales y guardarles rencor casi con la misma intensidad que Miles, el campeón de los rencorosos del ejército».<sup>[17]</sup>

Más tarde, con la guerra apache en su haber, Miles se prepararía para la carrera presidencial, pero había hecho demasiados enemigos durante su fulgurante ascenso a la fama. «Demasiado circo, y muy poco cerebro»,<sup>[18]</sup> escribió un veterano. Teddy Roosevelt lo consideraba un «presumido pavo real».<sup>[19]</sup> Bourke, con su inquebrantable lealtad hacia Crook, albergaba toda una década de desprecio hacia Miles, a quien consideraba un «ignorante, casi un analfabeto».<sup>[20]</sup> Al igual que Britton Davis, cuyas memorias rezuman ironía en cada página donde figura Miles.

Un reportero que conoció a Miles en Fort Bowie en abril de 1886, lo encontró bastante impresionante como persona:

Es un hombre alto, espigado, bien parecido, con un peso de doscientas diez libras [noventa y cinco kilos], y aparenta poco más de cincuenta años [en realidad tenía cuarenta y seis]. Tiene la cabeza bien

proporcionada, la frente alta, mirada firme, nariz aguilina y bien definida y mandíbula fuerte. Todo él es una figura imponente y marcial.<sup>[21]</sup>

Aunque Miles recalcó cuando llegó a Arizona que continuaría la labor de Crook sin apenas cambios, casi de inmediato se dispuso a enmendar las acciones de su predecesor. La reforma más importante fue enviar a los exploradores apaches a los cuarteles de invierno. Al igual que muchos otros oficiales, el propio Sheridan, por ejemplo, Miles nunca había estado a gusto con la idea de que se alistase a indios para acosar a otros indios. Él creía que con la caballería se podría desarrollar esa labor con más eficacia. El aserto de Crook desde el exilio de que «los exploradores chiricahua ... suponían un elemento más valioso para cazar y persuadir a los rebeldes para que capitulasen que todas las demás tropas juntas, y combinadas, que se destinaban en esas operaciones»,<sup>[22]</sup> cayó en saco roto.

El general también era aficionado a utilizar aparatos. Una de sus primeras innovaciones fue colocar un sistema heliográfico, es decir, grandes espejos móviles situados en las cumbres de las montañas que utilizaban el sol para emitir señales en código Morse. Muy pronto, Miles ya había colocado veintisiete estaciones en otras tantas cumbres a lo largo del sur de Arizona. Al general le gustaba mostrar a los apaches sus artilugios y deleitarse con su asombro. Quizás algunos indios halagasen la vanidad del oficial,<sup>[23]</sup> pero los chiricahua llevaban años usando espejos para hacerse señales en las montañas.

En cinco meses,<sup>[24]</sup> se jactaría Miles, su red heliográfica había enviado y recibido dos mil doscientos sesenta y cuatro mensajes. Ninguno de ellos ayudó en nada a encontrar a Jerónimo. Para lo único que sirvió el «juguete más caro»<sup>[25]</sup> de Miles, como lo llama un historiador, fue para mantener organizado el movimiento de sus tropas.

El error fundamental del general en Arizona fue que no sentía el menor aprecio hacia los apaches, en realidad les tenía miedo. Y eso era algo que le servía para ridiculizar las decisiones de su predecesor:

La política de Crook de tratar a estos indios de la reserva apache como si fuesen conquistadores y no prisioneros ... Si esa política continuase, en los siguientes veinte años podrían preparar guerreros suficientes como para rebelarse y asaltar asentamientos, en cuanto se emborrachasen.<sup>[26]</sup>

Y había otra materia sobre la cual exagerar ridículamente las ventajas tácticas de las pequeñas bandas de Naiché y Jerónimo: «Los indios poseen municiones suficientes para sostenerlos al menos durante cinco años: más de cien mil cartuchos».

A finales de junio, Miles se desplazó a Fort Apache, donde conoció a los chiricahua que se habían negado a abandonar Turkey Creek en 1885. La visita inquietó profundamente al general, que más tarde escribiría:

Me encontré en Fort Apache con más de cuatrocientos hombres, mujeres y niños pertenecientes a los chiricahua y mimbrenos. El más turbulento, desesperado y perturbado grupo de seres humanos que haya

visto jamás, y que espero no volver a ver ... Cuando visité su campamento celebraron orgías de alcohol todas las noches, aquello era el pandemónium. Era peligroso acercarse a ellos, pues estaban disparando continuamente sus rifles y pistolas.<sup>[27]</sup>

La impresión y la repulsión de aquel encuentro alentó la fantasía de una Solución Final en la mente de Miles.

\* \* \*

A excepción de Jerónimo, Naiché y la indómita Lozen, el resto de nombres de la última banda de treinta y siete chiricahuas permanece en la oscuridad. Aun así, sus cinco meses de correrías durante el verano de 1886 pueden ser recordados, con toda imparcialidad, como la más extraordinaria campaña de guerrillas nunca vista en el continente norteamericano.

Los guerreros eran hombres como Fun, renombrado entre su gente por su valor, quien a pesar de su juventud no tuvo miedo de resistir junto a Jerónimo; Perico, primo de Jerónimo, que había participado en el Ataque de Nana; Chapo, hijo de Jerónimo, convertido recientemente en guerrero; Tissnolthos, uno de los exploradores de Davis, y Yanozha, que se sentaba a la derecha de Jerónimo en el concejo de guerreros y también gozaba de una reputada valentía.<sup>[28]</sup> Pero sabemos muy poco de ellos individualmente.

Las mujeres y los niños permanecen en una oscuridad aún mayor, ni siquiera constan los nombres de algunos de ellos en los archivos de los blancos. La esposa de Jerónimo era hermana de Yanozha, una mujer llamada Shegha con la que el guerrero había contraído matrimonio en 1861, reforzando así la alianza con los chokonen de Cochise. Naiché, que nunca estuvo falto de mujeres, tenía una joven esposa con él llamada Haozinne. Tahdaste, una hermosa joven, ofició a menudo como mensajero de Jerónimo. Entre los niños se hallaban dos niñas pequeñas. Nada refleja con más elocuencia el profundo respeto que sentían los apaches hacia la familia que la tenacidad con la que este emparentado grupo se mantuvo unido, bebés y todo, durante algunos de los meses más desgarradores que vivieron nunca los apaches.

Jerónimo y Naiché sabían de sobra que la huida constante suponía colocar al grupo al borde de una misión suicida, pero la capitulación era una vana esperanza en todos los mundos posibles. Como señalaría Naiché dos años después: «Sabíamos que por eso estábamos allí y que nos matarían de todos modos, así que decidimos correr el riesgo y escapar con nuestras vidas y nuestra libertad».<sup>[29]</sup>

El fatalismo de Jerónimo alcanza la misma profundidad; años después recordaría: «Arriesgamos nuestras vidas porque sentíamos que todo el mundo estaba en contra nuestra. Si regresábamos a la reserva nos encarcelarían y nos ejecutarían; si permanecíamos en México continuarían enviando soldados para combatirnos. Así que no le dimos cuartel a nadie, ni pedimos un trato especial».<sup>[30]</sup>

Como el acoso se intensificaba tanto por parte de mexicanos como de estadounidenses, la banda se dividió en dos. Jerónimo tomó seis hombres y cuatro mujeres, se escurrió una vez más a través de las numerosas patrullas de la frontera y luego cabalgó hacia el norte hasta alcanzar Ojo Caliente. Durante su periplo mató a sus últimas víctimas estadounidenses, sembrando de nuevo el terror entre los colonos.

La gran cantidad de artículos publicados acerca de esas depredaciones, el asalto al rancho de Peck el día 27 de abril, muestra cuán difícil es obtener la verdad acerca de un hecho aislado en las Guerras Apaches. Según la versión más escabrosa del acontecimiento,<sup>[31]</sup> la pequeña banda de Jerónimo atacó un solitario rancho situado en el valle de Santa Cruz, en el sur de Arizona, «sacrificando algunas vacas y obligando al rancharo, Peck, a presenciar el tormento de su esposa e hija hasta que cayó en un estado de enajenación mental transitoria. Los supersticiosos apaches liberaron al enloquecido hombre, y así logró sobrevivir». Pero otras versiones insisten en que Peck se hallaba lejos del rancho, buscando un novillo, o un buey, cuando su esposa y su hija fueron asesinadas.<sup>[32]</sup> Lo apresaron en una acción distinta, lo soltaron con la advertencia de que no se acercase a su casa y «uno de los indios, por alguna inexplicable razón, le dio sesenta y cinco centavos».

Un médico en el río San Pedro, un rancharo en el valle Feliz, un minero en las montañas Whetstone, un rancharo cerca de Pantano Wash, otro rancharo en las proximidades de Greatville, otro en el valle de Oro, y así sucesivamente, según reza la letanía de víctimas de la última batida de Jerónimo al norte de la frontera. Importaba poco que solo siete chiricahua perpetrasen estos hechos: para los aturullados ciudadanos, la sed de sangre de los salvajes apaches estaba por todas partes.

Como siempre, el objetivo de las matanzas era conseguir munición, sin las cuales los fugitivos estaban acabados. Pero aun llevados al límite, como en efecto estaban los asaltantes, se molestaron en capturar dos prisioneros, dos jóvenes mestizos mexicano-estadounidenses, que mantuvieron cautivos. Uno era la hermana de la señora Peck, una niña de diez años, y el otro un muchacho caído en un rancho situado a solo veinticuatro kilómetros de Tucson. Estos prisioneros viajaron con Jerónimo durante varias semanas. El muchacho informaría que sus captores «se entretenían dándome puñetazos y riéndose» de él, pero también le daban las mejores raciones de una vaca recién sacrificada.<sup>[33]</sup>

En algunas ocasiones el chico cabalgó en el regazo de Jerónimo. Cuando lo apresaron en el rancho de su familia, su madre había recibido una pedrada y fue dada por muerta, pero de pronto recuperó la conciencia y corrió hacia una zanja. Los chiricahua, en vez de disparar sobre ella, la observaron mientras huía, diciéndole al chico en español: «tu madre es una buena corredora». Y como el muchacho había perdido su sombrero, los apaches le dieron un pañuelo rojo para que se lo pusiera en la cabeza y se rieron diciéndole: «ahora pareces uno de nosotros».

La niña de diez años señaló que «un indio joven, esbelto, de pelo largo y espalda

poderosa ... parecía dar órdenes»,<sup>[34]</sup> y eso sugiere que Naiché estaba con Jerónimo durante aquella batida por Estados Unidos. Posteriormente se quejaría de que los apaches la tenían «medio muerta de hambre» y le pegaban pero que, al mismo tiempo, parecía que trataban de enseñarle algo. Un anciano (probablemente Jerónimo) la golpeó en repetidas ocasiones en la cabeza: «Me diría en lengua apache que hiciese algo, pero como yo no entendía qué quería que hiciese, entonces me pegaba».

¿En qué podía estar pensando Jerónimo al capturarlos? ¿Pensaba vivir libre lo suficiente como para hacer de ellos apaches hechos y derechos? ¿No representaban una carga adicional al movimiento de una banda sometida a tan alta presión? Porque ellos, en efecto, estaban llevando a cabo una misión desesperada, en pleno verano, con todas las fuentes, pozos y manantiales sometidos a estrecha vigilancia: en cierta ocasión los apaches pasaron dos días, con sus dos noches, sin agua y sus caballos estuvieron a punto de morir.

Ambos cautivos fueron liberados a mediados de junio, durante un ataque sorpresa que realizó una partida de aproximadamente setenta *vaqueros* mexicanos.<sup>[35]</sup> La banda de indios, en clarísima inferioridad numérica, se las ingenió para huir al completo, excepto un guerrero que trató de retener a la niña. Los mexicanos le dispararon al caballo y gritaron a la niña ordenándole que corriese. Luego rodearon al guerrero en cuanto este se ocultó entre los arbustos. Parecía ciertamente que por fin un chiricahua iba a morir por sus pecados. Quizá se tratase de Fun, o de Yanozha, pues además de valiente era un magnífico tirador. Sus disparos mataron a siete mexicanos, el resto huyó asustado y él, a su vez, también escapó. Un capitán del ejército de Estados Unidos que llegó al campo de batalla poco después, se encontró con que los siete *vaqueros* habían recibido un disparo en la cabeza.

En junio, no se sabe cuándo, los jinetes de Jerónimo regresaron a México. Entonces todo el ancestral odio del guerrero, implacable a pesar de toda la sangre mexicana que había derramado, brotó con fuerza de su corazón. Como él mismo diría muchos años después: «Durante nuestro regreso al viejo México atacamos a todos los mexicanos que encontramos, incluso aunque no tuviésemos otra razón sino matarlos».<sup>[36]</sup>

No había nada que perder. Solo la lucha por no quedar fuera de juego, por sobrevivir. Junto con la preocupación constante, el estar atento a las historias que se narraban alrededor del fuego en los gélidos campamentos le dio a Jerónimo la triste satis facción de saber que nunca antes los chiricahua habían combatido, ni cabalgado, con tanta habilidad como entonces. A pesar de sus diferencias en el pasado, Naiché y Jerónimo formaban un equipo casi perfecto. Naiché era el jefe, daba órdenes ostensiblemente, pero Jerónimo era el estratega, el dirigente. Años más tarde, Jerónimo alabaría a Naiché al reconocer que «la vida de su gente dependía de alguien que pudiese hacer cosas así», como escoger un combate, organizar una huida o prever un acontecimiento, «y yo, antes que ver a mi raza perecer en la Madre Tierra, no me



preocupaba quién fuese el jefe, mientras me permitiesen dirigir un combate y proteger por poco que fuese a nuestra gente».<sup>[37]</sup>

Nunca antes Jerónimo había confiado tanto en su poder. Y sus guerreros también creyeron en él.<sup>[38]</sup> En los días posteriores jurarían que Jerónimo había entonado un cántico durante una huida nocturna, perseguidos por un destacamento estadounidense, para retrasar dos horas la salida del sol mientras atravesaban una cuenca desnuda.

Y nunca antes el sentido de la responsabilidad de Jerónimo había sido tan incansablemente ejercitado. Kanseah, un niño que tenía once años cuando formaba parte de la banda, dijo décadas después:

Jerónimo tenía que obtener alimentos para sus hombres, mujeres y niños. Cuando tenían hambre, Jerónimo les proporcionaba comida. Cuando tenían frío, les daba ropa y mantas. Cuando viajaban a pie, él robaba caballos. Cuando no tenían cartuchos, él les proporcionaba munición.<sup>[39]</sup>

Mientras tanto, el general Miles había lanzado su gran campaña contra la amenaza apache. Solicitó, y recibió, un refuerzo de dos mil soldados; de este modo tenía a cinco mil hombres, una cuarta parte del ejército de Estados Unidos, en el campo. Añádanse los aproximadamente tres mil soldados mexicanos que organizaban batidas en Sonora y Chihuahua, los varios cientos de rastreadores apaches que seguían en el ejército y las nutridas bandas de *vaqueros* y voluntarios que salían a cazar apaches, y uno se encontrará con que casi nueve mil hombres armados estaban persiguiendo a dieciocho guerreros chiricahua, trece mujeres y seis niños.

Miles ordenó a sus hombres que vigilasen no solo todos los yacimientos acuíferos de la zona, sino también cada uno de los ranchos deshabitados situados a lo largo de la frontera. Y escogió a un capitán para presionar el acoso, un hombre que recordaba como singular por su «brillante hoja de servicios»<sup>[40]</sup> durante la Guerra de Secesión, su «espléndida forma física, carácter y altos logros como oficial». Henry W. Lawton era, a los ojos de uno de sus soldados, «seis pies y cuatro pulgadas [1,93 m] de músculos y fuerza bruta».<sup>[41]</sup> El capitán se puso al cargo de «cien de los mejores y más fuertes soldados que se pudiera encontrar».<sup>[42]</sup> Seguramente, esta selecta fuerza dejaría a Jerónimo reducido a cenizas.

Durante cuatro meses, según sus cálculos, el destacamento de Lawton viajó cuatro mil ochocientos noventa y dos kilómetros siguiendo el rastro de los fugitivos, casi todo el tiempo en México.<sup>[43]</sup> Se internaron al sur hasta el río Aros, donde el capitán Crawford había encontrado la muerte, y después regresaron al norte. Las condiciones los debilitaron en extremo. Como escribió un oficial:

Uno que no conozca este país no puede hacerse una idea de lo que significa cumplir esta misión: se marcha durante todo el día bajo un calor intenso, las rocas y la tierra están tan calientes que nos arden los pies y no podemos tocar con las manos desnudas ni el cañón de los rifles ni nada que sea metálico sin quemarnos. La dureza de este territorio está más allá de lo descriptible, cubierto por todas partes de cactus y plagado de crótalos y otras indeseables especies de compañía. La lluvia, cuando llueve, se presenta como

tormenta tropical y transforma en un instante los resecos cañones en furiosos torrentes.<sup>[44]</sup>

Los hombres sufrieron fuertes diarreas. Lawton perdió dieciocho kilos. Miles señala que se llegó a un punto donde la sed de los soldados era tan grande que se abrían las venas para beber su propia sangre.<sup>[45]</sup>

Y la campaña fue un completo fracaso. Los chiricahuas utilizaron todos sus trucos para hacer que los soldados perdiesen su rastro,<sup>[46]</sup> a veces recorrían kilómetros de trecho saltando de roca en roca para no dejar huellas. Solo una vez, durante los cuatro meses de campaña, Lawton consiguió atacar el campamento de los fugitivos. Fue en lo más profundo de Sierra Madre y cobraron un magro botín, pero todos los hombres, mujeres y niños escaparon.

Durante los cinco meses que estuvieron en libertad, el número de proscritos se redujo en tres personas. Una mujer fue asesinada durante un ataque sorpresa de los *vaqueros* mexicanos.<sup>[47]</sup> Un guerrero desertó y se presentó en Fort Apache.<sup>[48]</sup> Otro guerrero murió en el transcurso de una fallida misión comercial en Casas Grandes. Los chiricahua perdieron su ganado y suministros en tres o cuatro ocasiones, pero inmediatamente se aprovisionaron a costa de otros colonos.

El periódico *Los Angeles Times* destacó al extravagante Charles Lummis en Fort Bowie durante el reinado del general Miles. Y este periodista informó con cierta sorna del único ataque a los indios, un éxito a medias, realizado a lo largo de todo aquel verano:

Solo tuvimos un «trato justo» con los indios hostiles durante todas aquellas semanas. El capitán Hetfield cayó sobre una pequeña banda, les hizo huir a la desbandada y tomaron hasta el último objeto que encontraron en el campamento, incluso las sartenes. El capitán se lanzó a la cacería en un estrecho cañón y, de pronto, aquellas inhóspitas rocas escupieron fuego y del cielo llovió plomo. Hetfield había caído tranquilamente en una trampa y, cuando los indios te atrapan en un cajón como aquel, solo hay una cosa que hacer: escabullirse por el camino más corto. Resistir y luchar era un suicidio, y Hetfield huyó. Dejó en el campo todo el botín que había obtenido y a seis de sus hombres [en realidad, dos muertos y dos heridos].<sup>[49]</sup>

Miles calculó que la estela de la breve batida de Jerónimo al norte de la frontera la formaban catorce estadounidenses asesinados,<sup>[50]</sup> Davis cifró el número en «casi una veintena». El peaje que se cobró en México fue mucho mayor. El destacamento de Lawton llegó a encontrar hasta diez cadáveres en un solo día. Aunque las cifras desafían toda credibilidad,<sup>[51]</sup> el gobernador de Sonora afirmaría posteriormente que aquella ínfima banda de apaches chiricahua les había quitado la vida a quinientas o seiscientas personas durante el verano de 1886, solo en aquel estado. Miles ratificaría esos datos como válidos.

Con la ayuda de cinco mil soldados y el tan cacareado sistema heliográfico a su servicio, Miles no logró matar, ni capturar, a un solo apache en cinco meses de guerra. El general en persona, a diferencia de Crook, dirigía la campaña desde la retaguardia, quedándose en distintos fuertes de Arizona, pero sin entrar en México ni

una sola vez. Jerónimo se daba cuenta de ello a pesar de la distancia, y despreciaba el estilo de su nuevo adversario. «¿Qué sabe Miles, por muy general que sea, acerca de la autoridad?»,<sup>[52]</sup> recriminó una vez, dirigiéndose a uno de sus seguidores jóvenes. Casi todos los altos mandos del ejército estadounidense trabajaban igual: «¿Acaso no envían a sus hombres a la batalla en vez de dirigirlos en ella?». Para un apache, el método de Miles significaba una penosa cobardía. Uno de los coroneles favoritos de Crook se había ganado mucho tiempo atrás el nombre apache de «Siempre Llega Tarde a Luchar».

La carencia de resultados no impidió que Miles se deleitase con una fastuosa autocomplacencia. Posteriormente, en sus memorias, y con un ojo puesto en la presidencia de la nación, el general volvería sobre sus pasos y describiría las desafortunadas maniobras realizadas por el ejército como parte de un plan que tenía en mente: «Después de ese combate, los indios continuaron retirándose ... Los indios fueron empujados al norte, luego al sur ... alrededor del 5 de julio los indios fueron llevados al sur de Opusara, en México».<sup>[53]</sup>

Para compensar la sensación de vacío de su red, Miles comenzó a considerar una táctica un tanto radical. La idea comenzó a germinar a comienzos de junio,<sup>[54]</sup> mientras el general había salido de excursión con un oficial amigo suyo. Durante una visita a Fort Apache, un confidente de Miles le informó que cada vez que por la reserva se corría la noticia de una batida de Jerónimo, los apaches, para demostrar su inocencia, se encerraban en el *corral* de la intendencia.

—Yo propondría —le dijo el oficial a Miles—, extender un falso rumor y, cuando los indios estuviesen en el corral, los rodearíamos con los soldados, los desarmaríamos, los llevaríamos hasta el tren y de allí al este, como prisioneros de guerra —aquella actitud sorprendió a Miles.

—¿Por qué? Eso sería traición —le dijo a su colega—. Nunca podría hacer algo así.

Pero la idea se fijó en la mente del general, donde se barajaron sus posibilidades. Con toda su gente expulsada de Arizona, Jerónimo se desmoralizaría hasta rendirse. Era una solución limpia y eficaz: no le haría falta a nadie distinguir entre apaches chiricahua buenos y apaches chiricahua malos.

A finales de junio, tras su consternada visita a Fort Apache, Miles resolvió trasladar a todos los chiricahua fuera de Arizona. Los setenta y siete fugitivos bajo el mando de Nana y Chihuahua que se habían rendido en el cañón de los Embudos fueron transportados en tren hasta Fort Marion, en Florida, lugar donde los alojaron en lo que resultó ser un campo de concentración. Al principio Miles pensó que Florida era un ambiente demasiado extraño para los apaches y advirtió que podrían morir allí.<sup>[55]</sup> En vez de ese lugar, propuso trasladarlos al territorio indio de Oklahoma, pero con el tiempo llegó a aceptar Florida como lugar de destino. El día 3 de julio manifestó su plan en un telegrama confidencial enviado a Washington. El presidente Cleveland y el general Sheridan lo aceptaron.

El primer paso consistió en invitar a un grupo de prominentes chiricahua a Washington, para conocer al Gran Padre. En julio, una delegación de diez hombres dirigida por Chato y Kaytennae se entrevistó con el secretario de Defensa. Esto fue otro intento más de asombrar a los sencillos salvajes con el esplendor del mundo del hombre blanco: Miles confiaba en que los jefes se ablandasen como para aceptar dócilmente cualquier destino que le hubiesen deparado a su gente.

Efectivamente, a Chato le impresionaron los edificios de Washington y estuvo encantado de estrechar la mano del presidente Cleveland,<sup>[56]</sup> de recibir una medalla de plata por la paz y un papel donde se leía «Washington» en el encabezamiento. Pero lo que quería él, y toda su gente, era vivir en la reserva de los montaña blanca. Sus serias súplicas fueron realizadas en español y traducidas por un taquígrafo en tercera persona:

Ha venido a preguntar por su territorio, por su tierra, donde vive ahora ... Todo lo que planta en Camp Apache germina bien, el agua que corre por allí es buena. Por eso quiere permanecer allí, por eso quiere tener aquella tierra. Y el lugar donde vive se halla solo a media milla de donde hay hierba y con eso puede ganar cinco centavos y cuidar de los suyos y de su tierra...

Él no puede construir edificios tan grandes como este [el edificio del Ministerio de Defensa], sino que tan solo puede hacer nuevas estacas y hacerse una casa, pero aun así, aunque le duelan las manos, quiere vivir allí.

La conferencia terminó sin un acuerdo concreto, y enviaron a los apaches de regreso a Arizona. Esto último no entraba dentro de los planes de Miles,<sup>[57]</sup> que interceptó a la comitiva telegrafiando a Kansas, donde apresaron a los apaches en Fort Leavenworth. Dos meses después enviaron a la delegación entera a Florida. Chato, indignado por la traición, arrojó la medalla de plata, preguntándose para qué se la habrían dado.

Durante julio y agosto Miles envió, a escondidas, tropas a Fort Apache para reforzar la seguridad del lugar, mientras planeaba cómo engañar a los más de cuatrocientos chiricahua y organizar una deportación en masa. Si alguna vez le remordió la conciencia por su trama, nunca se reflejó en sus escritos. Quizá Miles se convenciese a sí mismo de sus falaces justificaciones:

Los fieros e indolentes muchachos y niños [de la reserva] eran un buen material para crear guerreros en un futuro y esta gente había conspirado contra la autoridad del gobierno, a pesar de ser vestidos y alimentados por él. Ellos habían mantenido comunicación con los hostiles y algunos habían tramado una revuelta a gran escala.<sup>[58]</sup>

El general resumió sus sombrías visiones con una sucinta frase: «Los niños de hoy serán los Jerónimos de dentro de unos años».<sup>[59]</sup>

Y mientras conspiraba para deportarlos del territorio, Miles se volvió hacia los chiricahua solicitando ayuda.<sup>[60]</sup> El general comenzaba a reconocer que sin la ayuda de los exploradores apaches los soldados no tenían la menor oportunidad de localizar a los proscritos, y de vencerlos mejor no hablar. De todos modos, no entraba dentro

del estilo de Miles el reconocer que Crook estaba en lo cierto, después de todo. La acción que había comenzado a mediados de julio fue llevada casi en secreto, y Miles se las arregló para verlo de modo que el oficial al mando (el habilidoso teniente Charles B. Gatewood) no recibiese mérito alguno por sus importantísimos logros.

Miles se dirigió a un chiricahua de confianza y le pidió consejo para contactar con Jerónimo. El hombre le recomendó a dos jóvenes chiricahua llamados Kayitah y Martínez como emisarios. El primero era un chokonen primo de Yanozah,<sup>[61]</sup> el guerrero más sereno de la banda de Jerónimo, y el otro era un nednhi que había combatido a las órdenes de Juh y al que Jerónimo conocía de sobra. Se pensaba que si había alguien en la reserva chiricahua que tuviese una oportunidad para acercarse a Jerónimo y vivir para contarlo, eran esos hombres. Gatewood fue escogido porque era el oficial que mejor conocían los rebeldes, y uno de los pocos a los que respetaban.

Martínez repetiría muchos años después que Miles les había prometido tres mil dólares a cada uno si tenían éxito.<sup>[62]</sup> En efecto, Miles estaba desesperado por obtener resultados, pero no pagó ninguna recompensa. Gatewood organizó una pequeña partida en la que incluyó a George Wratten, un dependiente del almacén de la reserva que había aprendido apache y lo hablaba probablemente mejor que ningún otro estadounidense anterior a él. La vida de Wratten se entrelazaría con la de Jerónimo cuando más tarde llegase a ser el intérprete y protector del guerrero en el exilio.

Miles le había ordenado a Gatewood que, por su propia seguridad, nunca se acercase a los hostiles con una escolta inferior a veinticinco hombres.<sup>[63]</sup> El teniente sabía que semejante séquito evitaría establecer contacto, pero partió hacia México en julio decidido a conceder una muestra de obediencia. Y, después de pasar revista a un pelotón tras otro, descubrió que ninguno de ellos contaba con menos de veinticinco hombres. Finalmente recorrió algo más de cuatrocientos kilómetros hacia el sur, hasta alcanzar el río Aros, donde Lawton estaba revolviéndose a uno y otro lado en busca de algún rastro de los chiricahua.

No se había encontrado señal alguna de los fugitivos durante semanas, y Lawton estaba de mal humor. La llegada de Gatewood lo alarmó, pues habían llegado rumores de que «el general planea relevarme por algún otro oficial».<sup>[64]</sup> Con una falsa muestra de objetividad, escribió a un oficial superior para expresar su preocupación porque la misión de Gatewood no se hubiese encargado a «un oficial con más edad y experiencia». A pesar de que Lawton era diez años mayor que el teniente que lo alcanzó en el río Aros, en 1886 Gatewood era el más experimentado en la guerra contra los apaches de los que todavía servían en Arizona.

Gatewood se decepcionó al saber que Lawton no tenía idea de dónde pudiese estar Jerónimo, pero se sometió a la autoridad del oficial. Durante casi dos semanas los soldados continuaron a trancas y barrancas por las profundidades de Sierra Madre. De pronto, cuanto menos lo esperaban, Lawton y Gatewood fueron bendecidos por un gran golpe de suerte.

La ignorancia de Lawton no era culpa suya. A principios de agosto, nadie, ni estadounidense ni mexicano, sabía dónde se encontraban Jerónimo y Naiché. En realidad, los fugitivos se habían escondido en uno de sus más recónditos refugios de Sierra Madre, una montaña cercana al gran meandro del río Bavispe a trescientos veinte kilómetros de distancia de los desventurados sabuesos de Lawton.

Los chiricahua habían despistado a todos sus perseguidores. Quizás estuviesen escasos de víveres y municiones: era difícil cazar y tratar de esconderse a la vez y, además, los bienes que saqueaban se agotaban tarde o temprano. La huida constante, y las no menos constantes batallas, se habían cobrado su peaje. En cierta ocasión Naiché recibió un disparo en el pecho, atravesándolo de parte a parte, pero quedó con vida y dispuesto a luchar.<sup>[65]</sup> Tal vez Jerónimo recibiese un disparo en el brazo derecho. Un explorador apache del destacamento de Lawton que regresó solo a Estados Unidos realizó una sospechosa declaración donde afirmaba que había encontrado a una banda de trece apaches comandados por Naiché y Jerónimo, con los que mantuvo una larga conversación, y vivió para contarla.<sup>[66]</sup> El explorador informó que los fugitivos «parecían hambrientos y extenuados» y que «Jerónimo llevaba un brazo vendado y en cabestrillo».

Quizá Jerónimo hubiese comenzado a aceptar la desesperada situación en la que se encontraban los fugitivos. Pero es más probable que lo sucedido a continuación fuese una artimaña más de las muchas que les jugaron a los mexicanos. A mediados de agosto Jerónimo envió a dos mujeres desde su escondite a la ciudad de Fronteras, algunos dicen que estas eran Lozen y Tahdaste.<sup>[67]</sup> Las mujeres que afrontaron esta peligrosa misión les dijeron a los oficiales de la ciudad que la banda entera estaba deseando rendirse. Los oficiales las apresaron durante un breve período de tiempo, luego las pusieron en libertad, les regalaron tres ponis cargados de alimentos y mescal y las enviaron de vuelta con una promesa de pacíficas negociaciones.

El historiador Dan L. Thrapp,<sup>[68]</sup> que ha analizado este extraño asunto meticulosamente, opina que la misión de las mujeres en la ciudad de Fronteras era un riesgo calculado por parte de Jerónimo, y gracias a ello los proscritos no solo obtuvieron alimentos, sino algunas preciosas botellas del fortísimo whisky que tanto ansiaban algunos, y los jefes tanto como los que más. Los chiricahua no tenían intención de rendirse, concluye Thrapp, sino averiguar si los ciudadanos de Fronteras devolverían a las mujeres con un mensaje de paz (con la esperanza de atraerlos a la ciudad y masacrarlos). Se sabe que en ese ínterin doscientos soldados se habían deslizado subrepticamente en la ciudad.<sup>[69]</sup>

En cualquier caso, el gobernador de Sonora telegrafió a Miles informándolo de la noticia, y este informó a su vez a Lawton y Gatewood, que acampaban a orillas del Aros. Los soldados prepararon la intendencia y partieron inmediatamente a marchas



forzadas hacia el meandro norte del río Bevispe. Alrededor del 20 de agosto, ya se encontraban acampados en las inmediaciones de la montañosa guarida de los chiricahua. Entonces Gatewood desdeñó las órdenes del general delante de las narices de Lawton, insistiendo en continuar adelante con su pequeña y casi desarmada compañía. Quizá Lawton se sintiese encantado de dejarlo marchar, pues sabía por propia y amarga experiencia lo inútil que era atacar a los chiricahua en su propio terreno, y no envidiaba la peligrosa misión de Gatewood.

El teniente Gatewood, de solo treinta y tres años de edad, había estado combatiendo a los apaches durante siete años, desde el comienzo de la campaña de Victorio. A ojos de Britton Davis, Gatewood era «frío, silencioso, corajudo ... y poseía un profundo conocimiento del carácter apache».<sup>[70]</sup> A diferencia de casi todos los demás oficiales de Arizona, Crook incluido, Gatewood se había tomado la molestia de aprender algo de apache. El oficial era, casi con toda seguridad, el único oficial en quien Jerónimo confiaría lo suficiente como para hablar con él. Los chiricahua le habían concedido a Gatewood un nombre no muy insultante: *Nantan*, Narigudo.<sup>[71]</sup> Sus colegas militares lo apodaban «napia».

Kayitah y Martínez encontraron el rastro de los chiricahua.<sup>[72]</sup> Gatewood siguió el rastro durante tres días en compañía de seis o siete soldados, los exploradores y George Wratten como intérprete. La expedición llevaba una bandera hecha con un saco de harina como señal de paz. «La enseña blanca iba alzada en un palo de madera todo el tiempo —escribió Gatewood posteriormente—, pero eso no nos hacía a prueba de balas». El teniente no se avergonzaba de reconocer su temor cuando afirmaba que los dos apaches abrían la marcha.

Al tercer día, cuando descendieron hasta alcanzar un cañón perfecto para una emboscada, la partida se topó con un raído pantalón de lona colgado de un arbusto. Como Gatewood señaló: «Un *cañón* como aquel, con una señal como esa, haría detenerse a cualquiera. Cuando discutimos la situación todo el mundo opinó, pero nadie supo qué significaban aquellos pantalones».

La partida llegó a la ribera del Bavispe con los nervios a flor de piel. Acamparon en un cañaveral, colocaron la bandera en un lugar tan visible como les fue posible, y Gatewood envió a Kayitah y Martínez a explorar.

Los chiricahua habían apostado a Kanseah, un niño de once años, en la cima de la montaña como centinela.<sup>[73]</sup> Hacía años ya que los chiricahua estaban equipados con los mejores prismáticos que el ejército estadounidense podía proporcionar. Kanseah observó a dos manchitas moverse en la llanura. Creyó que eran ciervos, hasta que se dio cuenta de que eran demasiado pequeños y llamó a Jerónimo.

Cuando las manchas se tornaron seres humanos, sorprendentemente, Kanseah los identificó como apaches y en pocos minutos reconoció a Martínez y Kayitah por su manera de andar. Los guerreros se reunieron en el puesto del centinela.

—No importa quiénes sean —dijo Jerónimo secamente—. Si se acercan más, debemos disparar sobre ellos.

—Son nuestros hermanos —objetó Yanozha; en efecto, Kayitah era primo suyo—. Averigüemos a qué han venido. Son muy valientes al hacer esto.

Jerónimo rezongó que los rastreadores habrían salido para cobrar alguna recompensa.

—Cuando estén lo bastante cerca, disparad —ordenó.

—Si se ha de disparar —contestó Yanozah—, se disparará sobre ti. Mataré al primer hombre que levante un rifle.

—Yo estoy de tu lado —dijo Fun.

—Dejadlos vivir —gruñó Jerónimo.

A medida que se iban acercando a la cima, la sangre les zumbaba en los oídos por el peligro que envolvía a su misión. «Sabíamos que podrían disparar en cualquier momento», dijeron después.<sup>[74]</sup> Kayitah iba el primero. Finalmente, uno de los parientes del explorador se subió a una roca y gritó: «¡Vamos, subid! Nadie os va a hacer daño».<sup>[75]</sup>

Jerónimo guio a los dos exploradores hasta el campamento principal de los fugitivos. Kayitah pronunció un convincente discurso:

Todos vosotros sois amigos míos, y algunos mis cuñados. He pensado mucho en vosotros, indios, y no quiero que os maten. Las tropas de caballería vienen tras vosotros desde todas direcciones, desde todos los puntos de Estados Unidos. Tu gente no tiene ni una oportunidad, haga lo que haga.

Jerónimo ya había escuchado eso antes, pero Kayitah continuó:

Por la noche no descansáis como debierais. Si rueda una piedra pendiente abajo u oís el chasquido de una rama que se rompe debéis huir corriendo. Incluso los altos riscos son vuestros enemigos. Por la noche andáis por ahí, y podéis despeñaros por un barranco ... Incluso tenéis que comer mientras corréis. No tenéis amigos en ningún lugar de la Tierra...

Yo vivo en la reserva. Vivo apaciblemente. Nadie me molesta. Duermo bien y tengo suficiente comida. Voy a donde se me antoja y hablo con buenas personas. Me voy a la cama cuando quiero y duermo lo que me parece. No temo a nadie. Tengo mi pequeño maizal. Trato de hacer lo que los blancos quieren que haga ... Por eso quiero que bajéis conmigo cuando lleguen las tropas, y ellos quieren que bajéis al llano y os reunáis con ellos.

La evocación que había realizado Kayitah acerca de dormir, del reposo, de comida suficiente, arrastró los cansados corazones de los guerreros, el de Jerónimo también, pero aquel despreciable «pequeño maizal» desentonaba un poco. Los hombres discutieron sus pareceres y, al menos, Jerónimo aceptó entrevistarse con Gatewood. Al lado de la hoguera del campamento había un montón de pulpa de mescal recién cocida.<sup>[76]</sup> Jerónimo tomó con ambas manos un puñado de aquella pegajosa masa vegetal «más o menos del tamaño del corazón de un hombre» y se lo dio a Martínez, diciéndole que se lo entregase a Gatewood como muestra de sinceridad. Pero el desconfiado cabecilla mantuvo a Kayitah como rehén.

Martínez alcanzó el campamento militar al atardecer. Le dio el mescal a Gatewood y este lo «tomó, lo cortó en rebanadas y lo repartió entre sus hombres, que se lo comieron con pan». Jerónimo había exigido que Gatewood dejase a sus

soldados atrás cuando fuese a parlamentar. Allí estaba el momento más peligroso de la larga carrera del teniente. A la mañana siguiente, en compañía de George Wratten como intérprete, y un hombre o dos más, Gatewood acordó encontrarse con los fugitivos en un claro del meandro del río Bavispe.

Cuando la pequeña comitiva se aproximaba al lugar de encuentro, vieron a los chiricahua descender de la montaña. «Estuvimos muy preocupados durante unos minutos —recordaba Martínez—, pensando que Jerónimo podría haber cambiado de idea y tal vez nos causase algún problema».<sup>[77]</sup> Entonces vieron a Kayitah encabezando el descenso.

Gatewood había comprado casi siete kilos de tabaco, papel de fumar y varias raciones de «largas tiras de carne de caballo secas y otras delicadezas».<sup>[78]</sup> Los fugitivos se aproximaron despacio, de uno en uno o en parejas, y Jerónimo fue de los últimos en presentarse. Dejó su rifle Winchester, caminó hacia *Nantan* y le estrechó la mano. No se observó señal de que tuviese el brazo derecho herido. Después, con Wratten como intérprete, Jerónimo le tomó el pelo al teniente diciéndole lo delgado que estaba, lo enfermizo de su apariencia «y me preguntó a ver qué era lo que pasaba conmigo».

Los dos cabecillas se sentaron en dos sillas de montar dispuestas a lo largo de un tronco caído. Todos los guerreros de Jerónimo vigilaban cuidadosamente. «Estamos empezando a sentir escalofríos», informó Wratten;<sup>[79]</sup> y Gatewood admitió que «sentía mariposas frías en el estómago».<sup>[80]</sup> El teniente entregó el tabaco y pronto todos los guerreros echaban bocanadas de humo de sus cigarrillos liados a mano. Por fin, Jerónimo preguntó por lo esencial del mensaje de Miles. «Rendíos y seréis enviados a reuniros con vuestra gente, en Florida. Allí aguardaréis las disposiciones finales del presidente», respondió Gatewood.

En realidad, Miles no ejecutaría la deportación masiva de los chiricahua de la reserva hasta dos semanas más tarde. Pero Gatewood, a quien el general había informado de su trama, creía que ya los había sacado de Arizona.

La noticia dejó atónitos a los fugitivos. «La partida quedó en silencio durante varias semanas», escribiría Gatewood, tratando de difuminar la intensidad del momento con una jocosa hipérbole.

Jerónimo se pasó la mano por los ojos y luego elevó ambas manos hacia delante. Gatewood advirtió que sus dedos temblaban. Pero, en vez de contestar a las palabras de Gatewood, le preguntó si había traído algo de beber. «Hemos pasado tres días de borrachera —confesó Jerónimo. El mescal de Fronteras se había terminado. Y añadió—: Me siento un poco delicado».

Finalmente, el jefe se recuperó. Su gente se rendiría solo si se les permitía regresar a Turkey Creek y vivir allí como habían hecho dos años atrás y se les concedía la amnistía total. Gatewood le interrumpió diciendo que no tenía poder para negociar: solo el general podría discutir las condiciones.

Las negociaciones duraron todo el día y los guerreros se reunieron una y otra vez

para discutir qué hacer. El anuncio de Gatewood cayó como una pesada mortaja sobre ellos. Cada hombre, mujer y niño de la banda de fugitivos tenía parientes en la reserva. Jerónimo tenía dos esposas y un hijo; Naiché, una esposa y una hija. ¿Dónde estaba Florida? Aquel lejano lugar les parecía tan inimaginable como Alcatraz.

Jerónimo no abandonaría sus condiciones. Miró a Gatewood directamente a los ojos y dejó caer su ultimátum: «llévanos a la reserva o lucharemos». Pero también le hizo una veintena de preguntas acerca del nuevo general:

Quería saber la edad del general Miles, su tamaño, color de pelo y ojos, si su voz era áspera o agradable al oído, si hablaba mucho o poco y si quería decir más de lo que expresaba o menos. ¿Cuándo habla te mira a los ojos, o al suelo? ... ¿Les gusta a soldados y oficiales? ¿Ha tenido experiencia con otros indios? ¿Es cruel o tiene buen corazón? ¿Mantendría sus promesas?

Al ocaso Jerónimo comenzó a debilitarse. Le preguntó a Gatewood qué haría el teniente si estuviese en su lugar. «Confiaría en el general Miles y le tomaría la palabra», le espetó.

Los guerreros hablaron durante toda la noche. Según el testimonio de Betzinez, cuyos parientes le narraron aquella fatal negociación, el primero en claudicar fue Perico, un primo de Jerónimo.<sup>[81]</sup> «Me voy a rendir. Mi mujer y mi hijo ya han sido capturados. Los amo y quiero estar con ellos». Al final se impuso el fiero individualismo, pues los apaches opinaban que un hombre debía decidir por sí mismo. Otro guerrero se hizo eco de las palabras de Perico, y luego otro más.

Jerónimo se mantuvo en silencio, y luego dijo: «No sé qué hacer. Dependo en gran medida de vosotros tres. Habéis sido buenos luchadores en la batalla. Si os vais a rendir, es inútil que intente continuar yo solo. Me rendiré junto a vosotros».

Por la mañana los chiricahua le anunciaron a Gatewood su capitulación. La terrible noticia de la deportación había cambiado las tornas. La imagen que tenían los fugitivos de Florida era la de un tedioso agujero oscuro, la misma que tenían de la esclavitud en el sur mexicano. Para ellos su gente se había desvanecido en un incognoscible vacío.

\* \* \*

La rendición formal ante el general Miles tuvo lugar en el cañón de los Esqueletos, unos treinta y seis kilómetros al norte de la frontera mexicana, en Arizona, casi al borde de Nuevo México. Gatewood llevó a los treinta y cuatro chiricahua hasta el destacamento de Lawton, que ya había acampado en las cercanías. Y Lawton escoltó a los apaches hasta Arizona. El viaje no estuvo falto de tribulaciones, pues una fuerza mexicana de unos doscientos hombres quería acabar con los proscritos antes de que estos abandonasen el estado de Sonora y algunos de los soldados de Lawton, compañeros de armas de algunos de los que habían perecido a manos de la banda de

Jerónimo, estaban dispuestos para acabar con ellos por la noche.

Lawton hizo todo lo que pudo para otorgarse el mérito de la captura, por así decirlo.<sup>[82]</sup> En su informe oficial afirma que Gatewood había fracasado en asegurarse la rendición y que había sido él quien se había impuesto a Jerónimo. Por su parte, el general Miles, en el subsiguiente informe, narró la capitulación de modo que parecía como si toda la operación hubiese sido dirigida desde la mesa de su despacho de Fort Bowie, como si de un juego de marionetas se tratase. En su relación de homenaje a los oficiales que habían servido con gallardía en la campaña Apache no figura el nombre de Gatewood.<sup>[83]</sup> En cuanto a Kayitah y Martínez, que llevaron a cabo el cometido más audaz de todos, ambos tenían la desgracia de ser chiricahua, y fueron embarcados a Florida junto con los hostiles cuya rendición habían procurado.

El día 5 de septiembre, por fin Miles llevó a cabo la deportación masiva de los indios de la reserva.<sup>[84]</sup> El comandante de Fort Apache convocó a una reunión a todos los guerreros chiricahua y les dijo que ellos y toda su gente estaban invitados a ir a Washington a conocer al Gran Padre y discutir su futuro. Inexplicablemente, los hombres creyeron en él y entregaron sus armas. Una caravana de cuatrocientos treinta y cuatro chiricahua, mil doscientos caballos y casi tres mil perros se dirigió al apeadero de tren de Holbrook. Solo tras pasar varios días a bordo del tren se darían cuenta de que no iban a Washington. En vez de eso, se apearon en Fort Marion (Florida), donde se unieron a Chihuahua y Nana como prisioneros de guerra.

Mientras tanto, el día 1 de septiembre los treinta y cuatro fugitivos llegaban a la boca del cañón de los Esqueletos. Mientras Lawton enviaba telegramas continuamente, Miles dejaba pasar el asunto. NO PIENSO IR ALLÁ SOLO PARA HABLAR,<sup>[85]</sup> fue la altiva respuesta del general a los nerviosos telegramas de su capitán. El temor de Miles no era otro sino que los apaches repitieran el fiasco del cañón de los Embudos que tanto descrédito se había cobrado en Crook. De algún modo, el general quería a priori garantías de que nada iba a salir mal.

No fue hasta el día 3 de septiembre cuando Miles se presentó. Jerónimo descendió inmediatamente desde su campamento,<sup>[86]</sup> situado en las rocas que dominaban el lecho del río. El guerrero desmontó de su caballo, se acercó al general y le estrechó la mano.

—El general Miles es tu amigo —dijo el intérprete.

—Nunca lo había visto —replicó Jerónimo—, últimamente he necesitado amigos, ¿por qué no ha estado conmigo?

La tensión se rompió cuando todos estallaron en carcajadas.

Miles describiría más tarde la primera impresión que le causó Jerónimo: «Era uno de los hombres más brillantes, resueltos y de aspecto más tenaz que yo había visto nunca. Tenía los ojos oscuros y creo que su mirada era la más clara y perspicaz de las que me había encontrado en mi vida, a no ser la del general Sherman cuando este estaba en la flor de la vida».<sup>[87]</sup>

El cañón de los Esqueletos debía su nombre a una masacre de contrabandistas mexicanos a manos de estadounidenses en 1881 o 1882.<sup>[88]</sup> Quedaron sin enterrar tantos como quince cadáveres; los vaqueros utilizarían sus cráneos como cuencos para el jabón. Este espeluznante legado lo obtuvieron en un cañón suave, de serena belleza, con un riachuelo cuyas mansas aguas discurren perezosas desde las bajas montañas Peloncillo hasta la árida cuenca de San Simón.

Rodeados de su séquito, Jerónimo y Miles se sentaron en el suelo, cerca de la afluencia de dos ramas del torrente donde sicomoros gigantes proporcionarían sombra a los negociadores. Jerónimo estaba desarmado, pero sus guerreros conservaban sus armas.<sup>[89]</sup> Miles le dijo: «Abandona las armas, ven conmigo a Fort Bowie, en cinco días verás a tus parientes, que están en Florida, y nadie te hará daño».

A Miles le fastidiaba bastante el laborioso proceso de la traducción, del español al apache y vuelta a comenzar. Miles tomó unas piedras del lecho del río y se dirigió a Jerónimo como uno lo haría con un niño.<sup>[90]</sup> El general trazó una línea en el barro diciendo: «Esto representa el océano». Colocó una piedra cerca de la línea: «Esto representa el lugar donde está Chihuahua con su banda». Colocó dos piedras más a cierta distancia de la línea para representar la reserva chiricahua y los treinta y cuatro fugitivos. Miles las cogió y las colocó al lado de la de Chihuahua. «Esto es lo que quiere hacer el presidente —dijo empalagosamente—, colocarlos a todos juntos».

A la mañana siguiente Miles hizo una ceremonia de rendición formal. Así la recuerda Jerónimo:

Nos situamos entre sus tropas y mis guerreros. Colocamos ante nosotros una gran piedra sobre una manta. Nuestro acuerdo se hizo sobre esa piedra, y duraría hasta que la piedra quedase reducida a polvo. Así hicimos el trato y nos unimos mediante un juramento.<sup>[91]</sup>

Miles pasó teatralmente sus manos sobre un claro del terreno y le prometió: «Tus acciones pasadas serán borradas como esto, y comenzarás una nueva vida».

El día 5 de septiembre la comitiva, a caballo y en carromatos, comenzó a recorrer los noventa y seis kilómetros que la separaban de Fort Bowie. En cierto lugar Jerónimo observó las montañas de los chiricahua, un lugar que conocía como la palma de su mano, y dijo: «Esta es la cuarta vez que me rindo».<sup>[92]</sup> Y Miles añadió inmediatamente: «Y creo que será la última».

El general repitió sus promesas en Fort Bowie.<sup>[93]</sup> Los apaches se reunirían con sus parientes cinco días después, pero en realidad pasarían ocho meses hasta que los guerreros de esta última banda vieran a sus seres queridos de nuevo. Una vez más, Miles recurrió a las parábolas explicadas mediante signos. Mostró su mano abierta, insinuó con un dedo varias líneas sobre la palma y dijo: «Esto representa el pasado, lleno de altibajos», luego frotó una palma con la otra y añadió: «Esto representa la desaparición del pasado, que se considerará liso y olvidado».

Mientras tanto, el general estaba intercambiando telegramas con Washington. El



presidente Cleveland quería que los fugitivos fuesen entregados a las autoridades civiles de Arizona, lo cual significaba un juicio sumarísimo y la horca para todos los guerreros; eso si no los linchaban antes. El presidente le comunicó a Miles por telégrafo: ESPERO QUE NO SE HAGA NADA CON JERÓNIMO QUE IMPIDA CUSTODIARLO COMO PRISIONERO DE GUERRA SI NO PODEMOS COLGARLO, QUE ES LO QUE ME GUSTARÍA.<sup>[94]</sup>

Una traición semejante excedía incluso la capacidad de doble juego de Miles. El general propuso objeciones y planteó dudas. Para mérito del presidente se debe decir que envió a un oficial a preguntar a los apaches bajo qué condiciones se habían rendido. Cleveland cedió: Jerónimo y sus guerreros serían deportados, no ahorcados.

La banda de Jerónimo y Naiché, sin tener idea de tales maquinaciones, pasaban el tiempo entre los edificios de adobe de Fort Bowie. Por lo que ellos sabían, Miles era un buen hombre y mantendría sus promesas. Los chiricahua continuaban creyendo que la promesa de regresar dos años después a Arizona que les había hecho Crook seguía en pie,<sup>[95]</sup> nadie les había dicho lo contrario. Más que contradecir el compromiso de Crook, Miles había usado equívocos respecto al confinamiento en Florida, y también había prometido a la gente de Jerónimo una reserva propia.

El sol abrasaba el collado cercano a Apache Pass. Jerónimo bebió una vez más del arroyo que, veinticuatro años atrás, tan duramente había defendido bajo Mangas y Cochise para impedir la conquista de los ojos blancos. El guerrero, que contaría ya con unos sesenta y tres años de edad, posó para un fotógrafo. Los soldados lo miraban boquiabiertos mientras lo escoltaban a la tienda de un comerciante para comprarle ropa. Como recuerdo de la campaña, Miles confiscó el rifle y las espuelas de Jerónimo,<sup>[96]</sup> que pasaron a engrosar su colección personal. El guerrero ya había comenzado la transformación que se consumaría a lo largo de su vida: de ser un enemigo cuyo nombre podía congelar la columna vertebral de un colono, pasó a convertirse en una curiosidad, en el tótem de una conquista. El espectáculo del Salvaje Oeste lo aguardaba en un futuro no muy lejano.

En la mañana del día 8 de septiembre, Miles dispuso a la banda de chiricahua en carromatos fuertemente vigilados, y partieron en dirección norte hacia el apeadero de ferrocarril de Bowie. Al comenzar la marcha,<sup>[97]</sup> los músicos del campamento entonaron la canción *Aul Lang Syne*.<sup>[\*]</sup> Los soldados cantaron: «En marcha hacia la luz del sol iremos todos hoy...» y Jerónimo se quedó preguntándose por qué aquella música hacía que los soldados se burlasen y riesen.

Poco después de las dos de la tarde, en Bowie, en la desnuda llanura del valle de San Simón, barrida por resacos vientos y centelleando bajo el último sol del verano, el tren estaba preparado para recibir a sus viajeros. Jerónimo echó un vistazo a su alrededor, caminó hasta la puerta de un vagón de pasajeros, cuyas ventanas habían sido cerradas para evitar posibles fugas, y subió a bordo.

Aquel pequeño paso supuso el primer momento de su vida en que subía a un tren. Y también fue la última vez que los pies de Jerónimo pisaron el suelo de la tierra

donde nació.

# Epílogo

A buen seguro, nosotros tomamos su tierra, pero a cambio les dimos algo infinitamente más valioso. Les dimos [a los apaches] una nueva religión y un Redentor.

Andrew Atkinson (ca. 1974),  
maestra retirada de una reserva india.<sup>[1]</sup>

Un sentimiento de oscura fatalidad embargó a los miembros de la banda de Jerónimo en cuanto el tren se lanzó a toda velocidad hacia el este. Kanseah, el niño de once años que fue el centinela del último campamento, lo recordaría muchos años después: «Cuando nos subieron al tren, en Bowie, nadie pensaba que llegaríamos muy lejos antes de que ellos lo detuviesen y nos mataran».<sup>[2]</sup>

En San Antonio (Texas), dejaron apear a los prisioneros, estrecha y fuertemente vigilados. Como la parada resultó durar días, y semanas, los chiricahua comenzaron a sentirse cada vez más aprensivos. Jerónimo, que todavía creía en que la visión de Ussen lo protegía, dijo a su gente que él no moriría a manos de los soldados blancos, pero que temía por la vida de sus guerreros. Los desarmados apaches esperaban que se desencadenara una matanza de un momento a otro. La madre de Kanseah le dijo al chico que cuando los atacasen él debía «mostrarles a los ojos blancos cómo moría un apache».

La causa del retraso eran los acostumbrados titubeos de Washington. El presidente Cleveland y sus consejeros tardaron cuarenta y dos días en decidir el destino de la banda de Jerónimo. Durante aquellas seis semanas, que no presagiaban nada bueno, mientras los mirones contemplaban embobados a aquellos cautivos tan fuertemente custodiados, nadie se molestó en explicar a los apaches la razón de tan largo retraso.

Mientras, en otro tren, los cuatrocientos treinta y cuatro apaches que habían subido engañados al tren en Fort Apache viajaban raudos en dirección este hacia un destino desconocido. Como añadidura a su miseria, las ventanas tenían barrotes, estaban cerradas y los indios no tenían acceso a los servicios.<sup>[3]</sup> Bajo el calor de septiembre, los vagones del tren apestaban con el inevitable hedor humano. Treinta y ocho años después, el comandante en jefe de la expedición escribió: «Cuando pienso en aquel viaje, aún hoy en día, me mareo». La fetidez del interior de los vagones era tan intensa que, en su opinión, «ningún ser humano que no fuese un indio» podría haberlo soportado.

Un guerrero, un joven llamado Massai,<sup>[4]</sup> pasó tres días aflojando a escondidas los barrotes de una ventana. Escogió el momento oportuno, cuando el tren redujo su velocidad al trepar por una colina, se deslizó por la ventana y saltó al suelo. Ningún soldado lo vio fugarse.

Durante las semanas siguientes Massai caminó de regreso hacia el oeste hasta llegar a Nuevo México, y se ocultó en las montañas Black Range. Pasó años proscrito, en solitario, y nunca lo capturaron. Unos dicen que murió de un disparo en una emboscada en Ojo Caliente, otros que una partida de hombres blancos encontró su rastro cerca de la reserva de los mescalero y lo asesinaron.

Un puñado de apaches consiguió escapar de la operación de captura estadounidense. Según Betzinez, estos eran menos de diez.<sup>[5]</sup> Durante décadas, tanto ellos como sus descendientes vivieron ocultos en Sierra Madre aterrorizando algún rancho aislado de tanto en cuanto,<sup>[6]</sup> mientras que su mera supervivencia era una constante prueba de disciplina y vigilancia. Los hombres blancos de hoy en día apenas sabemos nada de estos «apaches perdidos», tal es el romántico nombre que les pusieron, aunque algunos historiadores sostienen que sus nietos se casarían con ciudadanos mexicanos y se adaptarían a su modo de vida quedándose en Sonora y Chihuahua. Los apaches que hoy en día viven en Arizona y Nuevo México guardan una tradición de secreto acerca de esos últimos fugitivos.

Al final, los burócratas de Washington fijaron el destino de Jerónimo y su banda. Las mujeres y los niños iban a ser enviados a Fort Marion, cerca de San Agustín, en Florida, mientras que los hombres serían confinados. Los guerreros «hostiles» serían separados en Fort Pickens, situado en el extremo de una isla arenosa en la zona de Pensacola, frente a la costa del Golfo de México en Florida. Tal como manifestó en sus declaraciones el ministro de Defensa: «Estos indios son culpables de los peores crímenes que contempla la ley, cometidos además con gran atrocidad. La seguridad pública exigía que fuesen alejados del escenario de sus depredaciones y mantenidos bajo una estricta vigilancia».<sup>[7]</sup>

La promesa de Miles fue descartada y rota como un trozo de papel inservible. La razón de que hombres como Fun, Perico, Yanozah, Naiché y Jerónimo capitulasen fue poder reunirse con sus parientes. Luego, hasta los niños que cabalgaron junto a ellos durante aquel desesperado verano de 1886 fueron separados de ellos. Los guerreros chiricahua fueron tratados como presos durante ocho meses, separados quinientos sesenta y tres kilómetros de sus familias, sin apenas comunicación entre ellos.

De todos modos, los guerreros se convirtieron en un espectáculo de feria en Fort Pickens. Los soldados organizaron visitas para los civiles, que se comportaban como si estuviesen en un zoológico. Los periodistas que se aproximaron a Jerónimo se sobrecogieron ante la ceñuda expresión, pues dejaba entrever sus sombríos pensamientos. «Es la imagen de una imperturbabilidad diabólica»,<sup>[8]</sup> concluyó uno; «Tiene la mirada más fría que cabe en el rostro de un ser humano», escribió otro.

George Wratten, el antiguo dependiente que se había convertido en el intérprete de los apaches, y su «guardián», escribió cartas al dictado de Jerónimo traducidas al inglés. Una de ellas, dirigida a las dos esposas que tenía en Fort Marion,<sup>[9]</sup> cayó en poder de la prensa y fue publicada bajo el título: «Una carta de Amor de Jerónimo».

Con frases sencillas, Jerónimo trató por todos los medios de dibujarse a sí mismo como un «indio bueno» que trabajaba muy duro en las labores de ínfima importancia que le asignaban sus captores, y que mantenía esperanzas de ganarse el lugar en la reserva que Crook y Miles le habían prometido. Pero el dolor por la separación de sus esposas, de sus hijos y de su tierra se filtra en el sencillo texto de la carta:

Hablar a través del papel es muy bueno, pero cuando ves moverse los labios del otro y escuchas su voz es mucho mejor. He visto al general Miles, lo he oído hablar, le he mirado a los ojos y creo en lo que me dijo y todavía pienso que mantendrá su palabra. Me dijo que os vería pronto y también que vería un hermoso lugar y a montones de gente. El lugar y la gente los he visto, pero no a vosotras.

Tan pronto como llegaron a Florida, las defunciones entre los apaches comenzaron a crecer de modo alarmante. Antes de que terminase el año se registraron dieciocho fallecimientos en Fort Marion,<sup>[10]</sup> entre ellos una hija de Jerónimo de catorce años de edad que había sido enviada a la reserva con los soldados la primavera anterior. De todos modos, en septiembre dio a luz la mujer que Jerónimo había raptado en la reserva de los mescalero en 1885. Había concebido al niño aproximadamente cuando el capitán Emmet Crawford hostigaba enconadamente a Jerónimo muy al sur, en Sierra Madre, cerca del río Aros. Jerónimo no sabría de su nuevo hijo hasta unos meses después de su nacimiento.

Los chiricahua repetían con insistencia que el clima de Florida era insalubre para ellos, una queja que sus guardas desdeñaron como nimias lamentaciones. En efecto, Fort Marion estaba rodeado de pantanos donde abundaban mosquitos transmisores de la malaria, y los apaches, que nunca antes de que los forzaran a vivir en San Carlos habían padecido esa enfermedad, no contaban con defensas naturales contra la enfermedad del temblor.

El castigo que sufrían los hombres de Jerónimo por verse separados de sus familias empeoró cuando el comandante de Fort Marion tramó un nuevo agravio en nombre del progreso de los indios: ordenó reunir a todos los chicos entre doce y veintidós años y los envió a la escuela india de Carlisle,<sup>[11]</sup> en Pennsylvania. De nada valieron las llorosas súplicas de los padres cuando rogaron para que los dejaran con sus parientes. Los llevaron a Carlisle y allí les cortaron el pelo y los vistieron a la occidental, con faldas, pantalones y chaquetas. También los obligaron a formar según su estatura y se les puso un nombre anglosajón según el orden alfabético: Daklugie pasó a llamarse Asa; la hija de Naiché, Dorothy; a Betzinez le llamaron Jasón, y así uno tras otro. También se les concedieron fechas de nacimiento arbitrarias.

Los chicos también comenzaron a morir en Carlisle, víctimas de un brote de tuberculosis que no fue debidamente detectado. Treinta estudiantes se contagiaron de la fatal enfermedad antes de que esta se convirtiese en una epidemia.

Durante el mes de abril de 1887, el gobierno trasladó a los apaches confinados en Fort Marion a Alabama. Esta resolución se tomó por razones humanitarias, tanto para librar a los cautivos de su encierro como para evitarles la prueba diaria de que los

observasen los turistas. Pero el nuevo hogar les resultó más extraño todavía que la prisión costera situada en los alrededores de San Agustín. Las barracas de monte Vernon eran un puesto militar a orillas del río Mobile,<sup>[12]</sup> unos cincuenta kilómetros tierra adentro, situado en un terreno pantanoso con densos bosques de coníferas. En monte Vernon, el ansia que sentían los apaches por ver el sol y espacios abiertos era tan grande que se subían a los árboles para contemplar el cielo.

También enviaron a monte Vernon, de uno en uno y a veces en pareja, a los niños que contrajeron la tuberculosis en la escuela Carlisle.<sup>[13]</sup> A veces los parientes de los niños se dirigían apresurados a la terminal de tren para recibir a sus amados hijos. Allí encontraban a los chicos que, una vez apeados del ferrocarril, se tambaleaban y caían al suelo. Los padres los llevaban en brazos hasta sus carromatos, regresaban al poblado y los contemplaban en sus lechos de muerte. Llevaban los pequeños cadáveres a lo más profundo del bosque para enterrarlos, como a Cochise, en un lugar que los ojos blancos nunca pudiesen encontrar.

Estas defunciones confirmaban las peores sospechas de los apaches: los hombres blancos al mando enviaban a sus hijos a miles de kilómetros al norte, a un lugar llamado Pennsylvania, para devolverlos escuálidos, tosiendo sangre, enfermos de un mal que ni el más talentoso de los apaches podía sanar. Y aun así, los oficiales buscaron a los niños que cumplían doce años para enviarlos a Carlisle. Cuando anunciaron una nueva deportación infantil, las madres trataron desesperadamente de esconder a sus retoños y salvarlos del fatal exilio que les esperaba.

Mientras tanto, el contagio de la enfermedad que traían los moribundos desde el norte se extendió entre los chiricahua de monte Vernon. Una de las primeras en morir fue Lozen.<sup>[14]</sup> Lozen, la mujer guerrera que sobrevivió a la muerte de la gente de su hermano Victorio en Tres Castillos, que cabalgó junto a Jerónimo hasta el final, sucumbió ante un bacilo por entonces desconocido, un enemigo microscópico ante el cual su poder no fue capaz de hacer nada.

En octubre de 1887, Jerónimo y Naiché lograron que George Wratten, su intérprete, escribiera una carta en su nombre dirigida a la atención del general al cargo de su custodia. El tono del ruego es casi lisonjero, pero se puede entrever la intensa decepción de los chiricahua bajo la superficie del texto.

Usted les dijo [escribió Wratten] a ellos que no [deberían] estar aquí más de un año como máximo. El año casi ha pasado y ellos desean oír de usted ... Les gustaría saber cuándo van a ver las fértiles tierras y granjas de las que les habló el general Miles.

Opino que, dadas las circunstancias, se han portado mejor de lo que lo hubiese hecho cualquier otro grupo de gente.<sup>[15]</sup>

Aunque la carta no recibió respuesta, ayudó a soltar el atasco burocrático de Washington. Al fin, en junio de 1888, los «hostiles» de la banda de Jerónimo fueron liberados de su prisión de Fort Pickens y se les permitió reunirse con el resto de chiricahua que vivían en monte Vernon. El encuentro que tuvo lugar en Alabama hizo



aflorar las más profundas emociones de los apaches, aunque la dignidad requería que enmascarasen sus sentimientos en presencia de sus carceleros blancos.

Los chiricahua languidecieron en los lúgubres bosques de monte Vernon durante seis años. Allí se les construyó una escuela provisional para los niños que eran demasiado jóvenes para ser enviados a Carlisle;<sup>[16]</sup> la mayor parte del currículo escolar consistía en la devoción cristiana. Tan solo media década antes, los más jóvenes entre el pueblo apache se dedicaban a correr por los bosques jugando a la guerra, o a la caza; en monte Vernon se arrodillaban en la escuela, inclinaban sus cabezas y rezaban en inglés:

Amado Redentor,  
hazme bueno  
y ampárame cada día.  
Perdona mis pecados,  
te lo pido en nombre  
de Jesús. Amén.

En Navidad, George Wratten se disfrazó de Papá Noel y regaló a los niños bolsas llenas de caramelos y canicas.

Un grupo de mujeres de Boston,<sup>[17]</sup> los amigos de los indios que ningún veterano de las Guerras Apaches podía soportar, realizaron una visita en diciembre, aparentemente movidas por la compasión. Las mujeres se sorprendieron por la profunda añoranza que sentían los chiricahua por Arizona, «un territorio que los apaches casi adoraban», escribiría después una de ellas. Encontraron al viejo Nana (el jefe cojo contaba ya más de ochenta años) especialmente desconsolado.

—¿Ama usted su propio hogar? —tronó el anciano a través de un intérprete.

Una de ellas tomó un globo terráqueo y trató de instruir al jefe. El mundo está repleto de seres humanos, dijo tratando de aliviarlo, y los apaches ya no pueden ir por ahí vagando a su antojo, sino que deben vivir y trabajar con sus hermanos blancos. La mujer intentó darle el globo a Nana, pero el jefe se sentó apoyando la cabeza en las manos y suspiró:

—Soy demasiado viejo para aprender esas cosas.

A principios de 1890,<sup>[18]</sup> el general Crook, convertido en acérrimo defensor de los chiricahua contra los que había luchado durante los mejores años de su vida, visitó monte Vernon. Era la primera vez que Jerónimo veía al jefe Lobo Pardo desde que huyó en el cañón de los Embudos, cuatro años atrás. Muchos apaches se mostraron encantados de ver a Crook, pero Jerónimo lo señaló como responsable por las promesas que su gobierno no había cumplido. El sentimiento era mutuo. Crook, a través de Wratten, dijo: «No quiero oír nada de Jerónimo. Es tan mentiroso que no puedo creer una sola de sus palabras».

Uno a uno, el resto de chiricahuas presentó sus quejas a Crook. El general los

escuchó con su habitual impavidez y se marchó sin comprometerse a nada. En cuanto abandonó el lugar incluyó en su informe, además de una breve recomendación para que los apaches fuesen devueltos a Arizona, un ruego para que los enviasen al territorio indio de Oklahoma y condenó la práctica de llevar a los niños a Carlisle.

Crook murió dos meses después de un ataque al corazón, a los sesenta y un años de edad. Jerónimo nunca perdonaría a su viejo antagonista. Quince años después, cuando dictó su autobiografía, habló con palabras tan amargas y sombrías que su amanuense sintió que debía desligarse de tales declaraciones escribiendo una nota a pie de página. «Creo que la muerte de Crook la envió el Todopoderoso como castigo por las muchas maldades que cometió».<sup>[19]</sup>

La malaria, la tuberculosis y la malnutrición se cobraron un alto peaje entre los chiricahua. Al final de 1889 el general Howard, que, como Crook, se había convertido en un defensor de los apaches, envió a su hijo a evaluar sus condiciones de vida actuales.<sup>[20]</sup> Simplemente con las estadísticas se podía contar la historia. En poco más de tres años de vida en el Este de Estados Unidos, habían muerto ciento diecinueve chiricahua, casi la cuarta parte del número total de los trasladados en 1886 desde Arizona hasta Florida en vagones de tren sellados.

El joven Howard reconoció que solamente con la enfermedad no se explicaba tan alto índice de defunción. Su informe habla con sencilla elocuencia de padres «consternados» por la muerte de sus hijos y de «depresión» y «sentimientos de desesperanza» omnipresentes entre los apaches de Alabama. Howard insta a que se les conceda a los chiricahua una reserva de su propiedad con urgencia, y que se establezcan en ella el día 1 de marzo de 1890. «Otro año de retraso puede ser criminal», concluye el joven oficial. Washington tardaría cuatro años en responder.

El impacto de la desesperación de los chiricahua se personificó en el fallecimiento de Fun.<sup>[21]</sup> El que fuese un despreocupado guerrero, posiblemente el más bravo de los componentes de la última banda de Jerónimo, se puso muy furioso una noche a causa de las atenciones de su esposa hacia otro hombre. Quizás estuviese borracho, aunque el alcohol difícilmente llegaba a monte Vernon; quizá la mujer fuese culpable de adulterio y, por lo tanto, para los apaches, mereciese la muerte o que se le desfigurase el rostro. Presa de la ira, Fun disparó sobre ella con su rifle. El guerrero pensó que la había matado, aunque la mujer no tardó en recobrarse, y él huyó al bosque, pues tenía la certeza de que los oficiales del ejército lo ahorcarían por lo que había hecho. Se descalzó, colocó sus mocasines al lado de un árbol, acercó el cañón del rifle a su cabeza y apretó el gatillo con el dedo gordo del pie.

No sería hasta octubre de 1894 cuando los chiricahua fuesen por fin establecidos en Oklahoma. Junto al letargo burocrático, también hubo otros factores que conspiraron en el retraso del traslado, como que el comandante de la reserva de Fort Still fuese extremadamente reticente a recibir a los apaches, y los kiowa y comanches que ya vivían allí (aparte de que tuviesen que compartir su tierra con los apaches) se mostraban incómodos ante una tribu extraña con la que nunca habían mantenido

estrechas relaciones.

Después de ocho años de prisión en Alabama y Florida, mucho más de lo que Jerónimo, Naiché o Nana habían negociado en 1886, un tren especial llevó a los chiricahua de nuevo hacia el Oeste. No el Oeste que suponía su hogar, pero, por lo menos, un Oeste donde tendrían una vida a cielo abierto y bajas montañas de granito elevándose a una distancia equivalente a la que podía recorrer un hombre a caballo en un día.

Jerónimo ya era bien conocido cuando se rindió, pero se hizo mucho más famoso durante su oscura penitencia en los bosques de Alabama. Cuando el tren se arrastraba a través de Luisiana y Texas, Jerónimo se iba convirtiendo en la estrella de la procesión. Las multitudes se apiñaban en los apeaderos para saludar al célebre guerrero, mientras que él respondía con astuto pragmatismo. Wratten le había enseñado a escribir su nombre con las letras mayúsculas típicas de la escritura infantil;<sup>[22]</sup> muy pronto Jerónimo comenzó a vender su autógrafo por veinticinco centavos la pieza. En los siguientes viajes cortó los botones de su abrigo y los vendió también por veinticinco centavos cada uno;<sup>[23]</sup> entre estación y estación cosía nuevos botones a su abrigo. Su sombrero lo vendió por cinco dólares.

En Fort Still, kiowas y comanches superaron sus escrúpulos y se presentaron para saludar a los apaches.<sup>[24]</sup> Trataron de conversar con ellos mediante el lenguaje de los signos, sin saber que los apaches nunca habían aprendido la lengua franca de los indios de las praderas.

Por primera vez en ocho años, las mujeres apaches recogieron arbustos y construyeron cabañas utilizando lonas de las tiendas militares para cubrirlas, en vez de las tradicionales pieles. Por la noche, cuando oyeron el aullar de los coyotes después de ocho años, las mujeres lloraron.<sup>[25]</sup> Los chiricahua supieron que los mesquites crecían tan solo a setenta y dos kilómetros de allí,<sup>[26]</sup> e inmediatamente pidieron permiso para recolectar sus frutos, unos frutos que llevaban casi una década sin probar. En cuarenta y ocho horas cubrieron los ciento cuarenta y cuatro kilómetros de viaje (ida y vuelta) caminando y corriendo, y recogieron trescientas fanegas de esos frutos marrones y diminutos.

Pero Fort Still no era una reserva, los apaches todavía eran prisioneros de guerra y continuarían siéndolo durante diecinueve agotadores años. A buen seguro que los apaches no tenían empalizadas ni centinelas armados que los vigilasen, incluso gozaban de la ilusoria libertad que suponía ir a la cercana ciudad de Lawton, pero no tenían el privilegio de aventurarse más allá.

Se concedió a cada familia una parcela de terreno bajo los álamos de Virginia, a lo largo de los serpenteantes arroyos Medicine Bluff y Cache. Los chiricahua construyeron prácticas y resistentes cabañas, abandonando para siempre las tiendas. Se asentaron definitivamente, abandonando el nomadismo, tal como el gobierno había querido desde siempre, y se convirtieron en granjeros. Una última fotografía de Jerónimo lo muestra a él en pie en su parcela de melones, junto a su esposa Ziyeh y

tres niños pequeños, con su sombrero sujeto con la mano derecha mientras sostiene un melón gigante en su brazo izquierdo. No hay orgullo en su rostro mientras bizquea bajo el sol mirando a la cámara, más bien parece un hombre cansado y soñoliento vestido con polvorientas ropas. ¿Es este el rostro —se pregunta uno— que se enfrentó a ocho mil soldados?

Durante años las autoridades de Fort Still estuvieron preocupadas por que los apaches pudiesen rebelarse de nuevo. Que se le pudiese permitir a uno de ellos visitar su territorio de nuevo, incluso bajo vigilancia, era una idea que estaba más allá de las más descabelladas fantasías de sus indulgentes guardianes. Así y todo, el nombre de Jerónimo cobró fama; a partir de la muerte del jefe Toro Sentado, el guerrero bedonkohe pasó a ser el más famoso indio de Estados Unidos y, como ya era un trofeo de conquista, sus celadores le permitieron viajar.

Su primera experiencia en tal papel le llegó en el año 1898,<sup>[27]</sup> en Omaha, cuando Jerónimo asistía a la Feria Internacional de Trans-Mississippi. Allí hizo un buen negocio vendiendo fotos de sí mismo con su autógrafo y también arcos y flechas de juguete que había fabricado. Luego los promotores llevaron su sorpresa más allá: trasladaron a Jerónimo a que se encontrara cara a cara con el general Nelson Miles.

Jerónimo todavía albergaba, ocho años después de la muerte de Crook, un oscuro encono hacia él, pero este se atenuaba con el respeto que los chiricahua concedían a sus mejores adversarios. En el caso de Miles, el odio de los apaches se hacía más profundo por el desdén que sentían hacia el general que dirigía desde la retaguardia, que jugaba con sus brillantes cachivaches de señales, que se escondía tras la mesa de su despacho en Fort Bowie..., «un cobarde, un mentiroso y un pobre oficial»,<sup>[28]</sup> tal como Daklugie, el hijo de Juh, insistiría sesenta años después.

En un repentino encuentro, antes de una tumultuosa entrevista, la rabia que anidaba en el pecho de Jerónimo lo llevó a un estado de paroxismo. Le temblaron las manos, rompió a sudar y al principio no encontró palabras. Durante doce años había ansiado tener la oportunidad de enfrentarse al hombre que había traicionado a su gente. Finalmente, pudo hablar:

—Cuando nos rendimos a ti en el cañón de los Esqueletos, en Arizona —espetó a través de un intérprete—, dijiste que veríamos a nuestras familias en Florida en cuestión de cinco días y también dijiste que todo sería perdonado. Nos mentiste, general Miles.

—Te mentí, Jerónimo —replicó Miles, actuando para la galería—, pero lo aprendí de ti, de Jerónimo, el mayor de los mentirosos.

Jerónimo, en un esfuerzo por expresar el dolor de su gente al ser deportada de su tierra, habló con los tropos animistas de la oratoria apache:

—Ahora hace doce años que he estado fuera de Arizona. Las bellotas y los *piñones*, las codornices y los pavos salvajes, el cactus gigante y el *palo verde*..., todos me echan de menos. Se preguntan adónde habré ido, y quieren que vuelva.

—Un hermoso pensamiento, Jerónimo —dijo Miles riéndose entre dientes—.

Muy poético. Pero los hombres y mujeres que viven en Arizona no te echan de menos, no se preguntan adónde has ido, porque lo saben. No quieren que vuelvas... Las bellotas, los *piñones*, las codornices, los pavos salvajes, los cactus gigantes y los árboles de *palo verde*..., tendrán que llevarlo lo mejor que puedan, sin ti.

Jerónimo, ante la sonrisita de suficiencia de Miles, abandonó la sala furioso. Nunca volverían a verse.

En Fort Still, los soldados que se codeaban día a día con Jerónimo desairaban al anciano guerrero llamándole Gerry.<sup>[29]</sup> Pero a lo largo y ancho del mundo, había crecido hasta alcanzar proporciones míticas. Sobre él se labraron las más absurdas historias, y estas obtuvieron credibilidad. Se suponía que era el propietario de una manta elaborada con las cabelleras de noventa y nueve de sus víctimas, cosidas por él mismo. Al mismo tiempo, pues también se decía que se había vuelto loco en sus años de prisión, se pretendía que estaba encerrado caminando en una celda, confinado como un «maníaco delirante».<sup>[30]</sup>

El don de Jerónimo no lo había abandonado con los años. En Fort Still todavía trataba de sanar a sus paisanos chiricahua que caían enfermos.<sup>[31]</sup> Para ayudar a un hombre que había contraído la enfermedad del coyote, probablemente la rabia, Jerónimo entonó un cántico en la oscuridad durante cuatro noches, sujetando una pluma de águila, una bolsa de polen y echando humo hacia los cuatro puntos cardinales. Según su gente, sanó a una anciana del hechizo de un lobo y también trató a aquellos que padecían la enfermedad del fantasma.

Los chiricahua necesitaban de sus esfuerzos, incluso en Fort Still la media de defunciones era muy elevada. Caminar hoy en día a través del sereno cementerio apache situado en una plataforma de tierra sobre el arroyo Cache conlleva atormentarse por este legado de pérdida. Allí, en una línea, se alzan las lápidas de las dos hijas y seis hijos de Naiché, muertos todos mientras eran jóvenes. Allí reposan tres de los hijos de Jerónimo, los hijos de Fun, la viuda de Juh, los parientes de Chato y Kenseah y muchos otros. Allí está la lápida de Nana, que sucumbió, exhausto pero obstinado en su rebeldía, en 1896. Cerca descansan los restos de Loco, el jefe que no quiso tomar parte en la rebelión de Jerónimo, muerto en 1905.

Ordenadas en filas y columnas al estilo militar, se alzan trescientas lápidas blancas, idénticas, sobre la hierba. Las inscripciones son lacónicas, o inexistentes; a veces se puede ver una cruz dentro de un círculo dibujada sobre el nombre del fallecido. En la parte posterior de cada una está grabada una marca de identificación del tipo SW5055, un frío recuerdo de las placas numeradas que los apaches tuvieron que llevar en San Carlos.

Durante la primera década del siglo xx, Jerónimo continuó deambulando por ferias y exhibiciones. Actuó en el espectáculo del Salvaje Oeste de Pawnee Bill,<sup>[32]</sup> un imitador de William Cody, Búfalo Bill, en el que se tildaba a Jerónimo unas veces de «tigre para la raza humana», y otros de «el peor indio que ha existido». En un rancho de Oklahoma,<sup>[33]</sup> ante decenas de miles de personas, Jerónimo actuó en «la

última caza del búfalo», a pesar del hecho de que los chiricahua no cazaban búfalos desde siglos antes de que naciese Jerónimo. El guerrero disparó desde el asiento delantero de un automóvil, después saltó al suelo, corrió hacia la bestia herida y le cortó la garganta con un cuchillo de caza.

El mayor espectáculo de Jerónimo fue en la Exposición de San Luis, estado de Misuri.<sup>[34]</sup> Durante semanas enteras estuvo viviendo en un poblado apache, por así decirlo, erigido en la zona. Por entonces ya cobraba dos dólares por una foto autografiada. A pesar de su avanzada edad, ochenta y un años, Jerónimo asistió a otras exhibiciones con la sagaz curiosidad que había marcado su vida. Montó en la noria, asistió al guiñol y observó asombrado cómo un oso arrastraba un tronco y parecía entender las palabras de su adiestrador. «Nunca he considerado a los osos unos animales muy inteligentes, excepto en sus salvajes costumbres, pero nunca antes había visto un oso blanco —dijo más tarde—. Estoy seguro de que no se puede enseñar a los osos pardos a hacer esas cosas». Jerónimo centró toda su atención en los espectáculos de magia (estaba decidido a averiguar cómo hacía aquel hombre para atravesar con una espada a la dama que estaba en el cesto sin matarla), y también en las gentes «primitivas» de otras tierras (turcos, filipinos y otras personas) expuestos en las distintas barracas de la exposición.

Gracias a la frivolidad de estos espectáculos, el nombre de Jerónimo continuó resonando como la amenaza que en otro tiempo repiqueteó en los oídos de toda la nación. Un día, en 1898, mientras participaban en la exhibición de Omaha,<sup>[35]</sup> Jerónimo, Naiché y un puñado de apaches más alquilaron un carromato para salir a pasear por el campo y se perdieron entre los interminables maizales. En cuanto la noticia de su desaparición se extendió por la zona oriental de Nebraska, los granjeros cerraron sus puertas y se sentaron a esperar rifle en mano. Cuando los apaches regresaron a Omaha, el titular de una edición extra rezaba así: FUGA DE JERÓNIMO Y NAICHÉ. SE CREE QUE LOS APACHES ASESINOS ESTÁN DE VUELTA A ARIZONA.

Incluso en su senectud, Jerónimo se mostraba enormemente orgulloso de sus habilidades físicas. En 1905,<sup>[36]</sup> un historiador que visitaba Fort Still decidió, al pasar cerca de la cabaña del guerrero, poner a prueba la agilidad de Jerónimo saltando un arroyo que discurría cerca del camino; el historiador había practicado el salto de longitud en la universidad. Jerónimo inmediatamente saltó el torrente, superando por treinta centímetros la marca de su rival. En otra ocasión, un artista fue a pintar un retrato del guerrero y se encontró envuelto en una competición de tiro en la que se usaba su propia arma, un rifle del calibre 22.<sup>[37]</sup> El blanco era un minúsculo trozo de papel situado a varios metros de distancia, sujeto en un árbol con un palillo. Jerónimo propuso un premio de diez dólares por diana, pero el artista, mostrando consideración por los «soñolientos ojos» del anciano, dijo que «no, dispararemos por diversión».

Más tarde escribiría: «Fue una suerte para mí que no lo aceptase, pues él acertó todos y cada uno de sus disparos, en una ocasión voló incluso el palillo que sujetaba el blanco, y yo los fallé todos».



Otro día, en el que Jerónimo mostraba «un extrañísimo humor», le dijo al artista que ningún ser humano podía matarlo. El pintor lo miró escéptico y, de pronto, Jerónimo se quitó la camisa.

Me quedé sin habla al ver tal número de agujeros de bala en su cuerpo...

Nunca había tenido noticia de ninguna persona que tuviese al menos quince heridas de bala y siguiese con vida. Jerónimo tenía más cicatrices.

Alguno de esos agujeros de bala eran lo bastante grandes para sujetar las pequeñas chinas que Jerónimo recogía y colocaba en ellos. Ponía una piedrecilla dentro de una de las heridas de bala e imitaba el sonido de un disparo, luego la sacaba y la arrojaba al suelo. Le dije en broma que probablemente estuviese demasiado lejos para que las balas no entrasen con profundidad en su cuerpo, pues de otro modo lo hubiesen matado.

—¡No, no! —gritó—. Las balas no pueden matarme.

En 1905, Stephen M. Barrett,<sup>[38]</sup> el delegado de Educación de Lawton (Oklahoma), decidió registrar la autobiografía de Jerónimo. El propio guerrero no se fiaba de la propuesta de Barrett, y el ejército prohibió la consecución de la obra (no hay que olvidar que Jerónimo todavía era un prisionero). Barrett apeló hasta llegar al presidente de la nación. Teddy Roosevelt le dio su consentimiento.

*Geronimo's Story of His Life* se publicó en 1906. Es un libro de valor incalculable, si bien es cierto que algo extravagante y una fuente no muy fidedigna. Barret, preocupado por no ganarse las iras de los militares, plagó el texto de notas editoriales de descargo: «Estas son las palabras exactas de Jerónimo. El editor no se hace responsable de sus críticas». Nadie sabrá qué es lo que hizo que Barret adoptase esa posición de prudente enmienda.

También existen, por supuesto, los típicos problemas que se presentan al traducir el idioma apache al inglés. Es imposible plasmar el tono de la retórica apache en una lengua indoeuropea. Miles creyó que Jerónimo apelaba al sentimentalismo cuando hablaba de bellotas que lo añoraban, pero todos los apaches reconocieron el estilo místico de una frase transmitida de generación en generación durante siglos (una razón que se suele alegar para presumir) que expresaba poéticamente un sentimiento de pena universal, tanta que hasta los árboles la sentían. El idioma inglés aportó sus propias expresiones banales. Se decía que Jerónimo, como otros portavoces indios,<sup>[39]</sup> se dirigía al presidente del gobierno como el Gran Padre Blanco cuando, en realidad, mejor traducción de la frase sería «Ese que vive en Washington».

Barrett contrató como traductor a Daklugie, el hijo de Juh, recién llegado de la escuela de Carlisle. Muchos años después, Daklugie desvelaría que Jerónimo temía que Barret fuese un espía enviado por el gobierno para sacarle confesiones mediante subterfugios, y más tarde castigarlo.<sup>[40]</sup> De ese modo, el guerrero afrontó la creación de su propio libro con extrema cautela. No es de extrañar que muchos de los más importantes acontecimientos de su vida no se recogiesen en *Geronimo's story*.

Si bien es cierto que la corta autobiografía publicada en 1906 es un tanto fugaz, Jerónimo se las arregló para hacer de ella el vehículo de transmisión de un elocuente ruego. En las últimas páginas, reflexionando acerca de las injusticias que se

agolparon en su corazón durante los últimos diecinueve años, Jerónimo apeló directamente al presidente Roosevelt, de quien esperaba que demostrase que era su amigo y benefactor. Trataba de obtener una oportunidad para que su gente fuese enviada de vuelta a Arizona, la causa que Jerónimo rumiaba noche tras noche.

Es mi tierra, mi hogar, la tierra de mis padres, a la que pido que me permitan regresar. Quiero pasar allí mis últimos días y que me entierren en aquellas montañas. Si así fuese, yo podría morir tranquilo sintiendo que mi gente se ha establecido en su tierra natal, crece en número en lugar de disminuir, como sucede ahora, y nuestro nombre no se extinguirá jamás.<sup>[41]</sup>

En efecto, Jerónimo encontró comprensión en el presidente, tanta que el Rough Rider, regimiento de caballería que fundó Theodore Roosevelt, lo invitó a encabezar el desfile de inauguración en marzo de 1905. Este fue un honor que distaba mucho de representar una actuación en una feria internacional, y muchos veteranos ardieron de indignación ante el desfile. Jerónimo aprovechó su oportunidad y obtuvo una audiencia privada con Roosevelt, en la que rogó por Arizona con todo el ímpetu que pudo reunir. «Mis manos están atadas y mi corazón ya no es malvado ... Le ruego —concluyó— que corte las cuerdas y me deje libre. Le ruego que me permita morir en mi tierra, concédaselo a un anciano que ya ha recibido suficiente castigo».<sup>[42]</sup>

«No guardo resentimiento hacia ti», le contestó Roosevelt, pero también le advirtió del rencor que aún bullía en Arizona, un odio que podía dar paso a un baño de sangre si los apaches regresaban. «Es mejor que permanezcas donde estás... Eso es todo lo que te puedo decir, Jerónimo, eso y que lo siento».

La nación dominadora suele proyectar sus fantasías de orden sobre los pueblos sojuzgados. Los apaches, comparados tan a menudo con los tigres, fueron entonces como animales enjaulados en un zoológico, dispuestos de modo que provocaban el escalofrío inherente al salvajismo. La mayor fantasía de los blancos estadounidenses, todo un farol del optimismo yanqui, estaba centrada en la creencia de que los salvajes podrían ser curados de su salvaje ignorancia al convertirlos en granjeros y ciudadanos cristianos. De ahí los cortes de pelo, los pantalones largos y las faldas de la escuela Carlisle.

Lo fundamental de la fantasía era la convicción de que, con el tiempo, los apaches estarían agradecidos a sus maestros. No es sorprendente que los observadores que visitaban Fort Still informasen de vez en cuando que Jerónimo era, como señaló uno de ellos, «un anciano amistoso y amable ... feliz como un pájaro».<sup>[43]</sup> En ocasiones, tanto si era para exorcizar a sus atormentadores como por un lamentable giro de su siempre vacilante temperamento, Jerónimo realizaba declaraciones que servían para alimentar la fantasía de sus captores. «Yo ya no considero que sea indio —dijo en una fecha tan temprana como 1894—. Yo soy un hombre blanco al que le gustaría ir de un lado a otro y visitar distintos lugares. Considero a todos los hombres blancos como mis hermanos».<sup>[44]</sup>

Durante sus décadas como prisioneros de guerra, distintos jefes chiricahua

respondieron de modos diferentes. Nana se sumió en una amarga e impenitente melancolía. El soñador Naiché comenzó a pintar (sus pinturas costumbristas representando escenas de la vida apache, realizadas sobre piel de venado, figuran entre las más notables piezas de artesanía india; se conservan en el museo de Fort Still) y con el cambio de siglo,<sup>[45]</sup> más o menos, se unió a la Iglesia reformada holandesa y mantuvo una fe a toda prueba hasta su muerte, en 1921.

La respuesta de Jerónimo fue más compleja. La gran labor de sus últimos veintitrés años fue la búsqueda metafísica de una respuesta que explicase qué le había pasado a él y a su gente. Solo les entregó a sus captores breves destellos de su oscura lucha interior, prefiriendo seguirles la corriente con las estampas del salvaje Oeste que se ofrecían en los espectáculos. Incluso ahora, para los no apaches, las huellas de esas décadas de lucha con el destino solo se pueden obtener deduciéndolas de las crónicas.

Jerónimo también flirteó con el cristianismo, incluso fue bautizado.<sup>[46]</sup> El suceso desencadenante de tal acontecimiento fue una caída del caballo en 1903 que lo dejó malherido. Un día, después de aquello, se presentó en un encuentro religioso dirigido por los misioneros de Fort Still, se sentó junto a Naiché y habló a través de un intérprete: «Él dice que vive en la oscuridad, sabe que no está en el buen camino y quiere encontrar a Jesús».

Los cínicos creyeron que el experimento de Jerónimo con el cristianismo era otra farsa para congraciarse. De todos modos, el sentido de fatalidad que se cernía sobre el alma del anciano guerrero parecía que le hacía dudar del poder de Ussen, puesto que, si al fin y al cabo los blancos habían vencido, sería porque su Dios era más poderoso. Para Naiché, una vez convertido, la fe era una luz diáfana y durante veinte años se presentó en la iglesia y fue testimonio con su inquebrantable corazón de la munificencia del Dios cristiano. Para Jerónimo, con su ansia por entender el cosmos, el Dios de la Biblia era una idea que había que dilucidar.

Sus palabras, cuando meditaba acerca de Jesús, no muestran una piedad simple, sino chispas de duda y asombro. «¿Todo lo que tengo que hacer —le preguntó a un misionero— es simplemente creer?».<sup>[47]</sup> Ussen exigía mucho más. La mayor parte de las angustias de Jerónimo tenían una raíz moral. Sus sueños estaban hechizados por los recuerdos de los que había matado, sobre todo por los niños blancos. «A menudo me deslizaba en los hogares de los colonos blancos y mataba a los padres —confesó en un ocasión, con la guardia baja—. Poseído por el odio, tomaba a los niños de la cuna y los lanzaba al aire. A ellos les gustaba y gorjeaban de alegría, pero cuando bajaban los atravesaba con mi afilado cuchillo de caza y los mataba». Después añadió: «me despierto por la noche gimiendo, muy triste por el recuerdo de aquellos niños indefensos».

A pesar de buscar la revelación cristiana, Jerónimo continuó ejerciendo el don que le había concedido Ussen para sanar. Cerca del final de su vida propuso una astuta paradoja: «Le rezo al Dios de los hombres blancos para que me permita vivir, pues mi

gente me necesita y Él no».<sup>[48]</sup>

Los chiricahua fueron liberados después de veintisiete años como prisioneros de guerra (una situación sin parangón en anales indios de Estados Unidos). Los quizá mil doscientos individuos en tiempos de Cochise, tan solo eran unos quinientos cuando los trasladaron a Florida y, en 1913,<sup>[49]</sup> solo habían sobrevivido doscientos sesenta y uno.

Y aun así, no se les permitió regresar a Arizona. Se les ofreció un espacio en la reserva de sus aliados temporales, los mescalero, al este del río Bravo, en Nuevo México. Cerca de dos tercios de los chiricahua decidieron desplazarse allí, el tercio restante permaneció en Oklahoma. Los chiricahua de hoy viven todavía en esos dos lugares; entre ellos se encuentran unos pocos descendientes de Jerónimo y, a través de Naiché, de Cochise.

En cualquier caso, la decisión de liberar a los chiricahua le llegó muy tarde a Jerónimo. Un frío día de 1909 Jerónimo cabalgó hasta la ciudad de Lawton para vender unos arcos y flechas, y se emborrachó.<sup>[50]</sup> Cuando regresaba a su casa, de noche, cayó del caballo y quedó el resto de la noche tendido en el suelo. Con ochenta y cinco años que tenía entonces, enfermó de pulmonía y entró en un estado delirante que duró varios días. En tal estado creyó ver a un joven chiricahua, que había muerto recientemente, aproximarse a él e implorarle que se convirtiese al cristianismo; pero Jerónimo se negó diciendo que no había sido capaz en toda su vida de «seguir el sendero», y que entonces ya era demasiado tarde. Jerónimo murió el día 17 de febrero de aquel año.

Su gente lo enterró en un cementerio situado a orillas del arroyo Cache. En su memoria erigieron una pirámide de piedra de granito de color marrón y colocaron en su cúspide un águila tallada en piedra; esta es una de las pocas tumbas que escapan al anonimato de las blancas e idénticas lápidas numeradas. En su funeral, una anciana rompió a llorar en apache gritando: «¡Todos te odiaban! Los hombres blancos te odiaban, los mexicanos te odiaban, los apaches te odiaban, todo el mundo te odiaba. Pero fuiste bueno con nosotros. Nosotros te amamos, nosotros odiamos ver cómo te vas».<sup>[51]</sup>

Durante sus últimos años Jerónimo había vivido obsesionado con la idea de la extinción de los chiricahua, no muy distinta que aquella nube de polvo azulado flotando ante los hombres de Juh en Sierra Madre muchos años atrás. Ocasionalmente, sumido en el pesimismo, daba rienda suelta a su melancolía ante oyentes blancos, como hizo en Omaha en 1898: «El sol nace y brilla durante un rato antes de descender, ocultarse a la vista y desaparecer. Así mismo ocurrirá con los indios».<sup>[52]</sup>

En los últimos años de su vida nadie estuvo más cerca de él que Daklugie,<sup>[53]</sup> quien sujetaba la mano del gran guerrero cuando este entró en el coma del que no saldría. Daklugie conoció sus más profundos sentimientos. Estos últimos no fueron tanto de desesperación y extinción como de amargo arrepentimiento. Nunca debería

haberse rendido, le dijo a su joven *protégé*, nunca debería haber creído «las mentiras contadas por Miles». Debería haberse quedado en México hasta que muriese el último de sus hombres.

Sus pensamientos recurrían constantemente a la masacre de su familia en los alrededores de Janos. Sesenta años más tarde, su odio hacia los mexicanos no había disminuido. En su lecho de muerte, deliró acerca de los temas que lo obsesionaban. Si tan solo hubiese muerto, como Victorio, combatiendo a sus enemigos hasta agotar el último cartucho, nunca se habría debilitado. Debería haber luchado hasta el fin, acompañado de sus incondicionales. ¡Con qué maestría habrían evitado a los ocho mil soldados que peinaron México en su busca! Una y otra vez, mientras sus débiles dedos sujetaban la mano de Daklugie y su mente se sumergía en la oscuridad, Jerónimo recitaba en voz alta los nombres de los guerreros de su última partida: Naiché, Lozen, Perico, Chapo, Tissnolthos, Yanozah, Fun...

\* \* \*

Ochenta años después, parece incomprensible que los estadounidenses blancos no pudiesen haber encontrado un modo de coexistir con los apenas mil doscientos chiricahua, casi la población de esas pequeñas aldeas de Arizona como Pima y Morenci, en toda la deshabitada magnificencia del sudoeste de Estados Unidos. La tierra de los apaches, un lugar sobre el que las caravanas de turistas apenas han hecho mella, late con la ausencia de gente que la conoce y que sabe aprovechar sus páramos mejor que nadie.

A lo largo de las rocosas terrazas del arroyo Aravaipa florecen los sahuaros, cuyos verdes frutos bulbosos no saborean paladares humanos. En las montañas Dragón, donde reposan los restos de Cochise, los mezquites se cargan de fruto en agosto y estos caen al suelo porque nadie los recolecta. Los juníperos y pinos piñoneros dejan caer sus cosechas sobre las laderas, donde solo las ardillas se preocupan de aprovecharla. Todos los años, en el mes de mayo, el agave se hincha con la humedad del terreno, pero ninguna mujer se acerca a excavar sus raíces y cocer la carnosa pulpa del mescal en un hoyo excavado en el suelo.

El estanque sagrado de Ojo Caliente se desborda en silencio, derramándose hacia el cañón donde un millar de golondrinas trinan y vuelan raudas como flechas. La rojiza arcilla que usaban para pintarse el rostro duerme en su lecho mineral. En Apache Pass, el manantial donde Mangas estuvo a punto de entregar su vida en uno de aquellos sombríos recovecos, solo beben los animales. Sobre Turkey Creek los halcones vuelan trazando espirales y los pinos se alzan y amontonan sin que nadie los contemple.

Río arriba, en el cañón de los Embudos, las cascarillas de piedra, negras, grises y rojizas, desaparecen bajo las errantes arenas de cada verano sin que haya dedos que

trabajen el pedernal. En los altos de Sierra Madre, el zigzagueante sendero que conduce a la Fortaleza de Juh permanece cubierto por un mar de altas y ondulantes gramíneas. El ciervo salta tranquilo entre los álamos de Virginia, a lo largo de las azules aguas del río Bavispe, donde, sin oídos humanos que se interroguen acerca de su significado, los coyotes aúllan al anochecer.





DAVID ROBERTS, nacido en Denver (Colorado) y graduado en la Universidad de Harvard, es autor de siete libros, entre los que destacan *The Mountain of My Pear* y *Jean Stafford. A Biography*. Es colaborador habitual de las revistas *Men's Journal*, *Outside*, *American Photo*, *Smithsonian*, *Atlantic* y *National Geographic*, entre otras publicaciones.

# Notas

[1] En cursiva, los términos en español en el original. (*N. del T.*) <<

[2] Arnold, Elliot, *Flecha rota*, Noguer y Carlat Editores S. A., 1965. (N. del T.) <<

[3] *Kivas*: palabra hopi que significa «habitación de ceremonias». (N. del T.) <<

[4] Skimmy podría traducirse como «desnatado», Sneezer como «el que estornuda», y Nosey como «entrometido». (*N. del T.*) <<



[5] En octubre de 1861, el abolicionista John Brown se apoderó del arsenal federal de Harpers Ferry (estado de Virginia) e hizo un llamamiento a los esclavos para que se alzaran contra sus amos. Los federales aplacaron la rebelión, pero la captura, el juicio y la posterior ejecución de John Brown fueron la causa detonante del conflicto conocido en Estados Unidos como Guerra de Secesión. *(N. del T.)* <<

[6] Célebres pistoleros y, paradójicamente, representantes de la ley que junto a otro pistolero, Doc Holliday, protagonizaron el llamado «Duelo en el OK Corral». (*N. del T.*) <<

[7] John James Audubon (1785-1851), naturalista ornitólogo y artista estadounidense célebre por sus dibujos de todas las especies de aves de Norteamérica. (*N. del T.*) <<

[8] 177.816 km<sup>2</sup>, aproximadamente la superficie de Andalucía, Castilla-La Mancha y Murcia. (*N. del T.*) <<

[9] Dutch: holandés. (*N. del T.*) <<

[10] En gaélico en el original. Significa: Los viejos tiempos. En español se conoce como A la luz de las velas. (*N. del T.*) <<



## Notas 0

[1] C.L. Sonnichsen, *The Mescalero Apaches*, Norman (Oklahoma), 1958, p. 46. <<

[2] S.W. Cozzens, *Explorations and Adventures in Arizona and New México*, Secaucus, 1988, p. 83. <<

[3] D.L. Thrapp, *Victorio and the Mimbres Apaches*, Norman, 1974, p. 60. <<

[4] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, Norman, 1967, p. 155. <<

[5] *Ibid.*, p. 234. <<



[6] W. Bell, *A New Tracks in North America*, Albuquerque, 1965, p. 184. <<

[7] T.E. Farish *History of the Arizona Territory*, San Francisco, 1884, p. 181. <<

[8] W.B. Skinner, *The Apache Rock Crumbles*, Pensacola (Florida), 1987, p. 46. <<

[9] *Ibid.*, p. 89. <<

# Notas 1

[1] D. L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 16; E.R. Sweeney, *Cochise*, Norman, p. 427. Se conserva una buena fotografía de Bascom en la Sociedad Histórica de Arizona. <<

[2] E.R. Sweeney, *Cochise*, *op. cit.*, cap. XV, pp. 118-119; S.W. Cozzens, *Explorations*, *op. cit.*, p. 86. <<



[3] F.G. Hughes, «History: Cochise, the Chiricahua Chieftain», *Arizona Star*, 31 de junio de 1886. <<

[4] E. Ball, *Indeh: An Apache Odyssey*, Norman, 1988, pp. 23-25. <<

[5] Gobernador A. P. K. Safford, «Tucson Citizen», *Arizona Citizen*, 1872, reeditado en J. Miller, *The Arizona Story*, Nueva York, 1952, p. 55; F.C. Lockwood, *The Apache Indians*, Lincoln (Nebraska), p. 101. <<

[6] E.R. Sweeney, *op. cit.*, p. 129-130, dice que «se carece de pruebas documentales» sobre la supuesta labor como leñador. J.G. Bourke, *On the Border with Crook*, Lincoln (Nebraska), 1891, p. 119, en cambio, afirmó que los veteranos solían contratar a Cochise. <<

[7] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 150-151. <<

[8] H.S. Turrill, «A Vanished race of Aboriginal Founders», en *Publications of the Order of the Founders and Patriots of America*, n.º 18, pp. 14-15. <<

[9] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 151-152. <<



[10] *Ibid.*, pp. 43-44. <<

[11] C.T. Conell, «Mickey Free», en *Arizona Magazine*, vol. II, n.º 4, diciembre de 1906, p. 43 <<

[12] *Ibid.*, pp. 43-44. <<

[13] *Ibid.*, p. 50; A.K. Griffith, *Mickey Free, Manhunter*, Caldwell (Idaho), 1969, pp. 20-25. <<

[<sup>14</sup>] *Ibid.*, p. 44; Ch. Poston, *Building a State in Apache Land*, Tempe (Arizona), 1963, p. 97. <<

[15] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 144-146. <<

[16] Ch. Poston, *Building a State*, p. 96; T.E. Farish, *History*, vol. II, p. 30. <<



[17] T.E. Farish, *History of Arizona*, Phoenix, vol. II, p. 30. <<

[18] E. Ball. *Indeh, op. cit.*, p. 25. <<

[19] G. Goodwin, narración de John Rope, en *Western Apache Raiding, and Warfare*, Tucson, 1971, p. 135. <<

[20] D.L. Thrapp, *Al Sieber*, Norman, 1964, p. 185. <<

[21] C.T. Connell, «Mickey Free», *op cit.*, p. 50. <<

[22] E. Ball, narración de James Kaywaykla, en *In the days of Victorio*, Tucson, 1970, p. 155. <<

[23] A. Debo, *Geronimo*, Norman, 1976, p. 222. <<



[<sup>24</sup>] B. Davis, *The Truth about Geronimo*, Lincoln, 1976, p. 37. <<

[25] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 152-153. <<

[26] B.H. Sacks, «New Evidence on the Bascom Affair», en *Arizona and the West*, otoño de 1962, vol. IV, n.º 3, p. 266. <<

[27] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 153-154. <<

[28] *Ibid.*, p. 141. <<

[29] *Ibid.*, p. 155-156. <<

[30] B.H. Sacks, *op. cit.*, pp 275-276. <<



[31] Sweeney duda de la veracidad de este episodio; sin embargo véase D. Russell, *One Hundred and Three Fights, Scrimmages*, Washington, 1936, pp. 24-27, y R.M. Utley, «The Bascom Affair: A Reconstruction», en *Arizona and the West*, primavera de 1961, vol. VI, n.º 1, p. 65. <<

[32] B.H. Sacks, *op. cit.*, pp. 275-278. <<

[33] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 158-163. <<

[34] R.M. Utley, *op. cit.*, p. 67. <<

[35] W.S. Oury, «To the Society of Arizona Pioneers», manuscrito, Sociedad Histórica de Arizona. <<

[36] B.H. Sacks, *op. cit.*, p. 267. <<

[37] E.R. Sweeney, *op. cit.*, p. 163. <<



[38] B.H. Sacks, *op. cit.*, p. 267. <<

[39] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 163, 167; W.S. Oury, *op. cit.* <<

[40] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 25. <<

[<sup>41</sup>] B.H. Sacks, *op. cit.*, p. 266-267. <<

[42] S.M. Barret, *Geronimo's story*, Nueva York, 1906, p. 115. <<

[43] E.R. Sweeney, *op. cit.*, p. 165; D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 16. <<

[<sup>44</sup>] E.R. Sweeney, *op. cit.*, p. 144; J. Betzinez, *I fought with Geronimo*, Lincoln, 1959, p. 41. <<



[45] S.M. Barret, *op. cit.*, p. 117. <<

## Notas 2

[1] E.R. Sweeney, *Cochise, op. cit.*, pp. 170-176. <<

[2] Las apreciaciones de los estadounidenses, fruto del terror, perviven en las típicas escenas de las películas del Oeste: un carromato avanza lentamente por el fondo de un cañón y entonces aparece un solitario apache a caballo que lo observa desde el borde de una de las rocas situada en la cima. De repente, cientos de jinetes apaches entran en escena y rodean a los indefensos viajeros. <<

[3] Charles D. Poston a C.E. Cooley, 17 de mayo de 1886, en R.H. Ogle, *Federal Control, of the Western Apaches*, Albuquerque, 1940, p. 45. <<

[4] T.E. Farish, *History, op. cit.*, vol. II, pp. 32-33. <<

[5] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 132-141. <<

[6] J.H. Tevis, *Arizona in the 50's*, Albuquerque, 1954, p. 165. <<



[7] Neil Goodwin, comunicado personal, 1990. <<

[8] J.H. Tevis, «Weekly Arizonian», en E.R. Sweeney, *op. cit.*, p. 129. <<

[9] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 191-192. <<

[10] J.H. Tevis, *Arizona*, *op. cit.*, pp. 111-113, 147-152, 220-228. <<

[11] D.C. Cole, *The Chiricahua Apache*, Albuquerque, 1988, p. 91. <<

[12] M.E. Opler, *An Apache Life-Way*, Chicago, 1941, pp. 38, 195, 240-241, 281-284.

<<

[13] D.C. Cole, *op. cit.*, p. 91. <<

[14] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, p. 75. <<



[15] E. Ball, *In the days of Victorio*, p. 45. <<

[16] E.R. Sweeney, *op. cit.*, p. 178. <<

[17] *Ibid*, p. 190; R.H. Ogle, *op. cit.*, p. 45. <<

[18] J.R. Bowne, *Adventures, in the Apache Country*, Nueva York, 1869, p. 134. <<

[19] J.C. Cremony, *Life, among the Apaches*, Lincoln, 1983, p. 117. <<

[20] J.U. Terrell, *Apache Chronicle*, Nueva York, 1972, p. 224. <<

[21] H.S. Turrill, *A Vanished Race*, *op. cit.*, p. 20. <<

[22] J.U. Terrell, *op. cit.*, pp. 223-229. <<



[23] M.E. Opler, *op. cit.*, pp. 1-3. <<

[24] E.R. Sweeney, *op. cit.*, p. 44. <<

[25] S.W. Cozzens, *op. cit.*, p. 118. <<

[26] Edward H. Winfield, en D.L. Thrapp, *Victorio*, *op. cit.* p. 32. <<

[27] J.C. Cremony, *op. cit.*, p. 176. <<

[28] P. Wellman, *Death, in the Desert*, Lincoln, 1987, p. 58; D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 13-14. <<

[29] E.R. Sweeney, *op. cit.*, p. 45. <<

[30] J.C. Cremony, *op. cit.*, p. 177. <<



[31] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 10-11. <<

[32] E.R. Sweeney, *op. cit.*, p. 32; E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 46; D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 9. <<

[33] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 33-34. <<

[<sup>34</sup>] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 46. <<

[35] Nana, en *ibid.*, p. 32. <<

[36] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, pp. 10, 15. <<

[37] P. Wellman, *op. cit.*, p. 57. <<

[38] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 181-182, 186-187; Terrell, *op. cit.*, pp. 222-223. <<



[39] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 196-198. <<

[40] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 23; Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 249; E.M. Barret, *Geronimo's story*, *op. cit.*, pp. 47-48. <<

[41] E.R. Sweeney, *op. cit.*, p. 198. <<

[<sup>42</sup>] *Ibid.*, pp. 198-199, 436. <<

[43] J.C. Cremony, *op. cit.*, p. 161. <<

[<sup>44</sup>] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 199-201; J.C. Cremony, *op. cit.*, p. 164; E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 47. <<

[45] Daklugie, en E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 52. <<

[46] John Teal, en J.C. Cremony, *op. cit.*, pp. 159-169. <<



[47] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 20. <<

[48] J.R. Baylor, *John Robert Baylor*, Tucson, 1966, pp. 2, 10-14 <<

[49] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 203-204. <<

[50] C.L. Sonnichsen, *op. cit.*, pp. 110-111. <<

[51] D.E. Conner, *John Redford Walker*, Norman, 1956, pp. 34-35. <<

[52] S. M. Barrett, *op. cit.*, pp. 119-120. <<

[53] D.C. Cole, *op. cit.*, p. 96. <<

[54] D.E. Conner, *op. cit.*, pp. 36-41. <<



[55] J.H. McClintock, *Arizona*, Chicago, 1916, vol. I, p. 177; P.I. Wellman, *op. cit.*, p. 89. <<

[56] P.I. Wellman, *op. cit.*, p. 89. <<

[57] *Ibid.*, p. 89. <<

[58] S. M. Barret, *op. cit.*, p. 121. <<

[59] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 48; E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 20. <<

[60] S. M. Barrett, *op. cit.*, p. 119. <<

## Notas 3

[1] C.D. Cole, *The Chiricahua Apache*, p. 97. <<



[2] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 20; E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 13, 206. <<

[3] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 12. <<

[4] I. Pfefferkorn, *Sonora*, Albuquerque, 1949, pp. 148-149. <<

[5] Ensayo anónimo, *Rudo Ensayo*, Tucson, 1951, p. 88. <<

[6] S.W. Cozzens, *Explorations*, *op. cit.*, pp. 125-126. <<

[7] H.E. Opler, *op. cit.*, p. 252. <<

[8] S.W. Cozzens, *op. cit.*, p. 125. <<

[9] J.C. Cremony, *op. cit.*, p. 267. <<



[10] E.R. Sweeney, *Cochise, op. cit.*, p. 256. <<

[11] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 65. <<

[12] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, p. 130. <<

[13] P.I. Wellman, *op. cit.*, p. 177. <<

[14] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 134. <<

[15] C. T. Conell, *The Apache*, manuscrito inédito. <<

[16] C.L. Sonnichsen, p. 46. <<

[17] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 35; C.T. Conell, *op. cit.* <<



[18] C.D. Poston, *History of the Apaches*, manuscrito inédito, p. 53. <<

[19] *Ibid*, p. 53. <<

[20] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 320. <<

[21] J.C. Cremony, *op. cit.*, p. 266. <<

[22] Amnesty International, *Report on torture*, Nueva York, 1975, p. 27. <<

[23] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 133. <<

[<sup>24</sup>] J.U. Terrell, *op. cit.*, p. 249. <<

[25] Raphael Pumpelly, citado en J.U. Terrell, *op. p.* 261. <<



[26] J.G. Bourke, *Diary*, manuscrito inédito, p. 92, citado en Porter, *Paper*, *op. cit.*, p. 10-11. <<

[27] D.E. Conner, *op. cit.*, pp. 266-267. <<

[28] H.E. Opler, *op. cit.*, pp. 69-73. <<

[29] R.H. Ogle, *Control*, p. 17; J.C. Cremony, *op. cit.*, p. 227. <<

[30] H.E. Opler, *op. cit.*, p. 351. <<

[31] R.H. Ogle, *op. cit.*, p. 17. <<

## Notas 4

[1] Ch. Poston, *History*, *op. cit.*, p. 30. <<



[2] John Sanford Mason, en E.R. Sweeney, *Cochise, op. cit.*, p. 231. <<

[3] *Ibid.*, XXII-XXIII. <<

[4] *Ibid.*, p. 272. <<

[5] El agente era el doctor Michel Steck. Véase E.R. Sweeney, *Cochise, op. cit.*, p. 140; D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, pp. 65-66, 85-86. <<

[6] E.R. Sweeney, *Cochise*, p. 220. <<

[7] La tragedia de bosque Redondo está bien documentada en C.L. Sonnichsen, *Mescalero, op. cit.*, pp. 109-133; y en D. Brown, *Bury My Heart, at Wounded Knee*, Nueva York, 1971, pp. 20-35. <<

[8] C.L. Sonnichsen, *Mescalero*, *op. cit.*, p. 133. <<

[9] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 37-40. <<



[10] J.R. Browne, *op. cit.*, p. 102. <<

[11] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 27; Terrell, *Chronicle*, p. 244. <<

[12] D.E. Conner, *Walker, op. cit.*, pp. 171-176. <<

[13] Bert Fireman, *Historical Markers of Arizona*, vol. II, citado en D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, op. cit., p. 27. <<

[14] O.B. Faulk, *The Geronimo Campaign*, Nueva York, 1969, pp. 26-31; D. Rickey, *Forty Miles a Day on Beans and May*, Norman, 1963, pp. 4, 20-27, 143. <<

[15] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 79; E.R. Sweeney, *Cochise*, *op. cit.*, p. 265. <<

[16] D.L. Thrapp sostiene que el número total de apaches nunca excedió los seis mil individuos (*Conquest of Apacheria, op. cit.*, Vol); en cambio Robert Utley afirma que habría unos ocho mil apaches en el siglo XVI (*op. cit.*, p. 9). John Clum, un contemporáneo, estimó la población apache en siete mil individuos en 1864 (W. Clum, *Apache agent, The Story of John P. Clum*, Lincoln, 1978, p. 123). <<

[17] W. Bell, *Tracks*, *op. cit.*, pp. 184, 188. <<



[18] H.E. Opler, *Life-Way*, *op. cit.*, p. 4; E.R. Sweeney, *Cochise*, *op. cit.*, p. 140. <<

[19] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 41. <<

[20] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, IX. <<

[21] E.R. Sweeney, *Cochise*, pp. 223-225. <<

[22] W. Bell, *op. cit.*, p. 260. <<

[23] Ch. Poston, *History, op. cit.*, pp. 43-49. <<

[<sup>24</sup>] John Spring en E.R. Sweeney, *Cochise, op. cit.*, p. 266. <<

[25] *Ibid.*, p. 240. <<



[26] S.W. Cozzens, *Explorations*, *op. cit.*, p. 84. <<

[27] E.R. Sweeney, *Cochise, op. cit.*, pp. 223, 265. <<

[28] *Ibid.*, p. 240. <<

[29] D.C. Cole, *op. cit.*, pp. 98, 104; Spicer, *Cycles, of Conquest*, Tucson, 1962, pp. 65-67. <<

[30] Asamblea Legislativa del Estado de Arizona, *Memorial*, pp. 4, 9. <<

[31] J.G. Bourke, *On the Border*, *op. cit.*, pp. 29-30. <<

[32] La mejor fuente acerca de la campaña de Cushing en 1871 la encontramos en D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 63-78. <<

## Notas 5



[1] John Mott a Alexander Moore, el día 20 de mayo de 1871, recogido en D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 27-77. <<

[2] *Ibid.*, p. 76. <<

[3] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, pp. 26-27. <<

[4] *Ibid.*, p. 6. <<

[5] D.L. Thrapp *Juh*, El Paso, 1973, pp. 5, 9; J.H. McClintock, *Arizona*, *op. cit.*, vol. I, p. 246. <<

[6] E. Ball, *Indeh*, p. 3. <<

[7] A. Debo, *op. cit.*, pp. 76-77. <<

[8] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, pp. 26-27. <<



[9] E.R. Sweeney, *Cochise, op. cit.*, p. 265. <<

[10] *Arizona Miner*, 20 de marzo de 1869, en E.R. Sweeney, *Cochise*, *op. cit.*, pp. 262-264. <<

[11] *Weekly Arizonian*, de los días 23 de julio y 6 y 27 de agosto, en E.R. Sweeney, *Cochise, op. cit.*, p. 281. <<

[12] *Ibid*, pp. 283-284. <<

[13] Argalus Hennissee a William Clinton, el día 31 de octubre de 1870, y William Arny a Henry Parker el día 24 de octubre del mismo año, en D.L. Thrapp, *Victorio*, *op. cit.*, pp. 129-130; E.R. Sweeney, *Cochise*, *op. cit.*, pp. 297-300. <<

[14] E.R. Sweeney, *Cochise, op. cit.*, pp. 312-314. <<

[15] Ellis, «Recollections of an Interview with Cochise, Chief of the Apaches», *Collections of the Kansas State Historical Society*, 1913-1914, pp. 391-392. <<

[16] Walker y Bufkin, *Atlas*, *op. cit.*, p. 38. <<



[17] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 80-81. <<

[18] Royal Whitman a J.G.C. Lee, «Report of the Massacre», en V. Colyer, *Report on the Apache Indians of Arizona and New México*, Washington, 1872, pp. 31-32. <<

[19] W. Bell, *Tracks*, pp. 301-311. <<

[20] Whitman a Lee, en V. Colyer, *op. cit.*, p. 32. <<

[21] William Oury, *Arizona Star*, 29 de junio de 1879, citado en D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, op. cit., p. 88. <<

[22] W. Oury, «To the society», manuscrito inédito, pp. 4-10 <<

[23] *Ibid.*, p. 12. <<

[24] Whitman a Lee; C.B. Briesly, «Testimony»; ambos en V. Colyer, *op. cit.*, pp. 33-34. <<



[25] W. Oury, «To the society», *op. cit.*, p. 11. <<

[26] F.C. Lockwood, *Apache indians*, *op. cit.*, p. 181. <<

[27] Whitman a Lee, en V. Colyer, *op. cit.*, p. 33. <<

[28] F.C. Lockwood, *Apache indians*, p. 178. <<

[29] Citado en D. Schellie, *Vast. Domain of Blood*, Los Ángeles, 1968, p. 172. <<

[30] J.U. Terrell, *op. cit.*, p. 279. <<

[31] D. Schellie, *op. cit.*, pp. 178-188. <<

[32] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, pp. 93-94, 111. <<



[33] D. Schellie, *op. cit.*, p. 189; P.I. Wellman, *op. cit.*, p. 98. <<

## Notas 6

[<sup>1</sup>] M.F. Schmitt, *General George Crook*, Norman, 1946, pp. 100, 101, 122, 136, 160, 188. Crook todavía es el cadete con peores notas que se haya graduado en West Point, y que llegase a general de división en Estados Unidos. <<

[2] J.G. Bourke, *On the Border*, *op. cit.*, VI. <<

[3] M.F. Schmitt, *op. cit.*, XI. <<

[4] *Ibid.*, p. 169. <<

[5] J.G. Bourke, *Border, op. cit.*, pp. 109-111. <<

[6] M.F. Schmitt, *op. cit.*, pp. 82, 98, 141, 306. <<



[7] *Ibid.*, pp. 126-127. <<

[8] E.S. Connell, *Morning Star*, pp. 179-180. <<

[9] M.F. Schmitt, *op. cit.*, pp. 129-130. Se ha transmitido a la posteridad el engaño de Sheridan, sin rigor alguno. En *La Enciclopedia Británica*, 15.<sup>a</sup> edición, vol. IX, por ejemplo, podemos leer: «Durante la tercera batalla de Winchester, estado de Virginia, acaecida en septiembre, [Sheridan] expulsó de Winchester al general Jubal A. Early».

<<

[10] Citado en M.F. Schmitt, *op. cit.*, p. 130. <<

[<sup>11</sup>] *Ibid.*, p. 134. <<

[12] J.G. Bourke, op. cit., p. 109. <<

[13] M.F. Schmitt, *op. cit.*, pp. 135-136, 303-304. <<

[<sup>14</sup>] *Ibid.*, pp. 39-40. <<



[15] *Ibid.*, pp. 149, 307-308. <<

[16] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 95. <<

[17] J.G. Bourke, *op. cit.*, p. 112. <<

[18] M.F. Schmitt, *op. cit.*, pp. 15, 52, 69, 73. <<

[19] *Ibid.*, pp. 63-64. <<

[20] J.G. Bourke, *op. cit.*, pp. 108-109. <<

[21] M.F. Schmitt, *op. cit.*, pp. 163-165. <<

[22] Sherman a William K. Belknap, 7 de enero de 1870, en J.U. Terrell, *op. cit.*, p. 265. <<



[23] M.F. Schmitt, *op. cit.*, pp. 105-106, 146. <<

[<sup>24</sup>] J.G. Bourke, *op. cit.*, pp. 150-151. <<

[25] M.F. Schmitt, *op. cit.*, pp. 165-166. <<

[26] J.G. Bourke, *op. cit.*, pp. 142-144. <<

[27] *Ibid.*, pp. 145-149. <<

[28] M.F. Schmitt, *op. cit.*, p. 167. <<

[29] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 102-103. <<

[30] V. Colyer, *op. cit.*, p. 3. <<



[31] Bancroft, en J.H. McClintock, *op. cit.*, vol. I, p. 420. <<

[32] Bourke, *Diary*, en D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 129. <<

[33] M.F. Schmitt, *op. cit.*, p. 168. <<

[<sup>34</sup>] John Marion, *Arizona Miner*, en E.R. Sweeney, *Cochise*, *op. cit.*, p. 321. <<

[35] *Ibid.*, p. 329. <<

[36] W. Clum, *Apache agent*, *op. cit.*, pp. 79-80. <<

[37] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, p. 105; Terrell, *op. cit.*, p. 286. <<

[38] V. Colyer, *op. cit.*, p. 13. <<



[39] D.L. Thrapp, *op. cit.*, p. 106. <<

[40] E.R. Sweeney, *Cochise*, pp. 323-324. <<

[41] M.F. Schmitt, *op. cit.*, p. 176. <<

[42] Crook a la oficina del estado mayor del ejército, 10 de julio de 1871, en E.R. Sweeney, *Cochise*, *op. cit.*, p. 319. <<

## Notas 7

[1] E.R. Sweeney, *Cochise*, pp. 325, 334-336. <<

[2] Farish, que entrevistó a Jeffords, fecha el encuentro en 1867, en T.E. Farish, *History of Arizona, op. cit.*, vol. II, p. 228. Sin embargo, Sweeney argumenta de modo convincente que esa es una fecha demasiado temprana, y propone el año 1870 como el del encuentro, en *Cochise, op. cit.*, pp. 293-296. <<

[3] R.H. Forbes, manuscrito inédito; Farish, *op. cit.*, vol. II, pp. 228-240. <<



[4] R.H. Forbes, *op. cit.*, p. 3 <<

[5] E.R. Sweeney, *Cochise, op. cit.*, p. 292. <<

[6] T.E. Farish, *op. cit.*, vol. II, pp. 228-229. <<

[7] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, pp. 27-28, 31. <<

[8] T.E. Farish, *op. cit.*, vol. II, p. 229. <<

[9] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 324-334. <<

[10] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, pp. 138-138. <<

[11] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 325-338. <<



[12] H.S. Turrill, «Talk with Cochise», *Miner*, 187, p. 67. <<

[13] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 325-338. <<

[14] H.S. Turrill, «Talk», *op. cit.*, p. 64. <<

[15] M.E. Opler, *op. cit.*, pp. 38, 241, 476-477. <<

[16] H.S. Turrill, «Vanished Race», *op. cit.*, pp. 20-21. <<

[17] M.E. Opler, *op. cit.*, pp. 330-332. <<

[18] H.S. Turrill, «Talk», *op. cit.*, pp. 65-67. <<

[19] H.S. Turrill, «Vanished Race», *op. cit.*, p. 21. <<



[20] E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 340-342. <<

[21] M.F. Schmitt, *Crook, op. cit.*, p. 176. <<

[22] *Ibid.*, p. 177. <<

[23] Royal Whitman, manuscrito sin título, Biblioteca Pública de Nueva York, en D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 110. <<

[24] M.F. Schmitt, *op. cit.*, pp. 169. <<

[25] O.O. Howard, *My Life and Experiences among our hostile indians*, Hartford, 1907, pp. 151-152. <<

[26] *Ibid.*, pp. 164-176. <<

[27] Crook lo llama apache Miguel o McGill, pero Howard, que lo conocía mejor, insiste en que se llamaba Menguil. <<



[28] O.O. Howard, *op. cit.*, p. 178. <<

[29] *Ibid.*, pp. 182-184. La escritura de los ojos blancos tenía algo de mágico para los apaches: entre los bienes que conformaban su botín, conservaban y llevaban consigo la correspondencia de los residentes de la frontera. <<

[30] E.R. Sweeney, *Cochise, op. cit.*, pp. 340-346. <<

[31] O.O. Howard, *op. cit.*, pp. 184, 186. <<

[32] O.O. Howard, «Account of General Howard's Mission to the Apaches and Navajos», *Washington Daily Morning Chronicle*, 10 de noviembre de 1872, p. 4. <<

[33] O.O. Howard, *Life, op. cit.*, pp. 187-188. <<

[<sup>34</sup>] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, pp. 28-29, E.R. Sweeney, *op. cit.*, pp. 354, 457-458. <<

[35] O.O. Howard, *Life*, *op. cit.*, p. 192; E.R. Sweeney, *Cochise*, *op. cit.*, p. 354. <<



[36] O.O. Howard, «Account», *op. cit.*, p. 5. <<

[37] O.O. Howard, *Life*, *op. cit.*, pp. 196-203; O.O. Howard, «Account», *op. cit.*, p. 5.

<<

[38] O.O. Howard, «Account», *op. cit.*, p. 6. <<

[39] O.O. Howard, *Life, op. cit.*, pp. 206-209. <<

[40] O.O. Howard, «Account», *op. cit.*, p. 7. <<

[<sup>41</sup>] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 28; E.R. Sweeney, *Cochise*, *op. cit.*, pp. 457-458. <<

[42] O.O. Howard, «Account», *op. cit.*, p. 7-8. <<

[43] E. Ball, *In the days, op. cit.*, pp. 55-56. <<



[44] O.O. Howard, «Account», *op. cit.*, p. 8. <<

[45] O.O. Howard, *Life, op. cit.*, pp. 212-219. <<

[46] Manuscrito sin título perteneciente a Tom Jeffords, conservado en la Sociedad Histórica de Arizona, en E.R. Sweeney, *op. cit.*, p. 363. <<

[47] O.O. Howard, *Life*, p. 220. <<

[48] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 29; A.P.K. Safford, artículo sin título, *Arizona Citizen*, 7 de diciembre de 1872; reimpreso en Joseph Miller, *The Arizona Story*, Nueva York, 1952, p. 58. <<

## Notas 8

[1] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 249. <<

[2] D.C. Cole, *op. cit.*, pp. 9-10. <<



[3] A. Debo, *op. cit.*, p. 12. <<

[4] D.C. Cole, *op. cit.*, p. 10. <<

[5] Barrett, el hombre al que Jerónimo dictó su autobiografía, trató de situar los acontecimientos dentro de las fechas del calendario y llegó a la conclusión de que el jefe chiricahua nació en el mes de junio de 1829 (véase, Barrett, *Geronimo's Story*, *op. cit.*). Sin embargo, Angie Debo hace una contundente argumentación (*Geronimo*, *op. cit.*, p. 7) donde señala que Jerónimo nació antes, quizás en una fecha tan temprana como 1823. Edwin Sweeney utiliza otras pruebas para corroborar ese dato (*Carrasco*, *op. cit.*, p. 47). En cuanto al lugar de nacimiento, Debo interpreta las ambiguas declaraciones de Jerónimo (tal como las transcribió Barrett) como un lugar cercano a Clifton (Arizona). Yo opino que es un error. Daklugie, el hijo de Juh, insiste enérgicamente en señalar la bifurcación central del río Gila (E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 177), un lugar del que dan fe, independientemente de Daklugie, otros descendientes de aquellos chiricahua (E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 137). <<

[6] M.E. Opler, *Life-Way*, p. 10. <<

[7] S.M. Barrett, *op. cit.*, pp. 17-21. <<

[8] M.E. Opler, *Life-Way*, pp. 8-9, 220-223, 440-442. <<

[9] E. Ball, *In the days*, p. 28. <<

[10] M.E. Opler, *Life-Way*, *op. cit.*, pp. 34, 46-50, 66-74; J. Cortés, *Views from de Apache Frontier: Report on the Northern Provinces of Spain*, Norman, 1989, p. 68; E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, pp. 93-94; W. Clum, *Apache Agent*, *op. cit.*, p. 42. <<



[11] E. Ball, *In the days, op. cit.*, p. 54. <<

[12] M.E. Opler, *Life-Way*, *op. cit.*, p. 40. <<

[13] *Ibid.*, pp. 66, 70, 74. <<

[14] S.M. Barret, *op. cit.*, p. 37. <<

[15] J. Betzinez, *I fought*, p. 15. <<

[16] S.M. Barrett, *op. cit.*, p. 18. <<

[17] *Ibid.*, pp. 38-39. <<

[18] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, p. 19. <<



[19] M. Moorhead, *The Apache Frontier*, Norman, 1969, pp. 284-285 <<

[20] E.R. Sweeney, «I had lost all: Geronimo and the Carrasco Massacre of 1851», *The Journal of Arizona History*, n.º 1, 1986, pp. 35, 39-40. <<

[21] S.M. Barrett, *op. cit.*, pp. 43-44. <<

[22] E.R. Sweeney, «I had lost all», *op. cit.*, pp. 40, 45-47; E.R. Sweeney, *Cochise*, *op. cit.*, p. 87. <<

[23] S.M. Barrett, *op. cit.*, pp. 44-46. <<

[<sup>24</sup>] Sam Hazous en A. Debo, *op. cit.*, p. 38. <<

[25] S.M. Barrett, *op. cit.*, pp. 47-53. <<

[26] E.R. Sweeney, «I had lost all» *op. cit.*, pp. 42-44. <<



[27] A. Debo, *op. cit.*, p. 39. <<

[28] W. Clum, *Apache agent*, *op. cit.*, pp. 28-29. <<

[29] A. Debo, *op. cit.*, p. 13. <<

[30] E.R. Sweeney, «I had lost all», *op. cit.*, p. 42. <<

[31] W. Clum, *Apache agent*, *op. cit.*, p. 29. <<

[32] S.M. Barrett, *op. cit.*, p. 55. <<

[33] E.R. Sweeney, «I had lost all», *op. cit.*, pp. 42, 44. <<

[<sup>34</sup>] S.M. Barrett, *op. cit.*, pp. 43, 47. <<



[35] E.R. Sweeney, «I had lost all», *op. cit.*, p. 40. <<

[36] E. Ball, *Indeh*, p. 80; J. Betzinez, *op. cit.*, pp. 1, 17. <<

[37] Véase, por ejemplo, Jeff Long, *Duel of Eagles*, Nueva York, 1990. <<

[38] A. Debo, *op. cit.*, p. 47; J. Betzinez, *op. cit.*, p. 17. <<

[39] S.M. Barrett, *op. cit.*, pp. 113-114. <<

[40] *Ibid.*, pp. 55-64. <<

[<sup>41</sup>] Burbank y Royce, *Burbank*, *op. cit.*, p. 23. <<

[42] S.M. Barrett, *op. cit.*, pp. 69-77, 80-81. <<



[43] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 14. <<

[<sup>44</sup>] M.E. Opler, *Life-Way*, *op. cit.*, p. 40. <<

[45] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, pp. 13, 181. <<

[46] Cuando Jerónimo le dictó su autobiografía a Barrett, en 1905, todavía poseía una profunda aprensión ante la posibilidad de que el gobierno de la nación pudiese usar la narración de su vida para justificar algún castigo posterior; una razón contundente para que minimizase el recuento de sus batallas y asaltos contra los estadounidenses.

<<

[<sup>47</sup>] A. Debo, *op. cit.*, p. 68; S.M. Barrett, *op. cit.*, pp. 119-127. <<

[48] S.M. Barrett, *op. cit.*, p. 128; O.O. Howard, *Famous Chiefs*, *op. cit.*, pp. 112-136.

<<

[49] A. Debo, *op. cit.*, pp. 47, 50. <<

[50] E.R. Sweeney, *Cochise, op. cit.*, p. 422. <<



[51] W. Clum, *Apache agent*, *op. cit.*, p. 221. <<

[52] O.O. Howard, *Life, op. cit.*, pp. 206-209. <<

## Notas 9

[1] M.F. Schmitt, *General George Crook*, *op. cit.*, p. 177. <<

[2] J.G. Bourke, *Border*, p. 182. <<

[3] *Ibid*, p. 181. <<

[4] *Ibid*, pp. 186, 203. <<

[5] La única excepción es Tom Horn. El señor Horn redactó sus memorias en prisión, en 1903, mientras esperaba que se cumpliera su ejecución por ser hallado culpable del asesinato de un muchacho de catorce años. Esta vindicación, tal como la llama Horn, está tan plagada de afectadas mentiras que apenas si tiene valor alguno: Tom Horn, *Life of Tom Horn*, Norman, Oklahoma, 1964. <<



[6] D.L. Thrapp, *Sieber, op. cit.*, pp. 88-89. <<

[7] M.F. Schmitt, *op. cit.*, pp. 147, 150-151. <<

[8] D.L. Thrapp, *Sieber*, vii-97 y passim. <<

[9] F.C. Lockwood, «Marijildo Grijalva: Guide, Scout and interpreter», manuscrito inédito, pp. 1-2, 8. <<

[10] Véase, por ejemplo, Ch. Stone, *Notes on the State of Sonora*, pp. 23-24. <<

[<sup>11</sup>] F.C. Lockwood, *op. cit.*, pp. 8-11, 23. <<

[12] E.R. Sweeney, *Cochise*, p. 345. <<

[13] F.C. Lockwood, *op. cit.*, pp. 11, 22. <<



[14] J.G. Bourke, *On the Border*, *op. cit.*, pp. 181, 184-187. <<

[15] D.L. Thrapp, *Conquest of apacheria*, p. 144. <<

[16] J.G. Bourke, *op. cit.*, p. 207. <<

[17] M.F. Schmitt, *op. cit.*, pp. 176, 180. <<

[18] Mike Burns, en W.T. Corbusier, *Verde to San Carlos: Recollections of a Famous Army Surgeon and His Observant Family on the Western Frontier, 1869-1886*, Tucson, 1968, p. 60. <<

[19] J.G. Bourke, *op. cit.*, p. 184. <<

[20] Burns, en W.T. Corbusier, *op. cit.*, pp. 59-60. <<

[<sup>21</sup>] J.G. Bourke, *Border, op. cit.*, pp. 188-193. <<



[22] *Ibid*, pp. 194-199. <<

[23] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 129. <<

[24] Burns en W.T. Corbusier, *op. cit.*, pp. 77, 81. <<

[25] J.M. Barney, *Tales of Apache Warfare*, 1993, inédito. <<

[26] L. Smith, «My Father Survivor of the 1872 Cave Massacre», manuscrito inédito, p. 3. <<

[27] W.T. Corbusier, *op. cit.*, p. 82. <<

[28] J.G. Bourke, *op. cit.*, pp. 207, 212-213. <<

[29] M.F. Schmitt, *op. cit.*, pp. 179-180. <<



[30] J.G. Bourke, *Border*, pp. 215-219. <<

[31] *Ibid*, p. 221. <<

[32] *Ibid*, pp. 178, 184. <<

[33] Burns en W.T. Corbusier, *op. cit.*, p. 72. <<

[34] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 152-154. <<

[35] M.F. Schmitt, *op. cit.*, p. 181. <<

[36] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 156-161. <<

[37] M.F. Schmitt, *op. cit.*, p. 182. <<



[38] J.G. Bourke, *Border, op. cit.*, p. 220. <<

[39] J.G. Bourke, *Diary*, vol. I, pp. 130-132, en D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 146. <<

[40] J.G. Bourke, *Diary*, en E.R. Sweeney, *Cochise, op. cit.*, p. 379. <<

[<sup>41</sup>] Safford, documento sin título, pp. 57-58, 60-63. <<

[42] J.G. Bourke, *Border*, p. 236. <<

[43] Cole, *Chiricahua*, *op. cit.*, p. 122. <<

[<sup>44</sup>] *Ibid.*, pp. 114-125. <<

[45] H.G. Cramer, «Tom Jeffords, Indian Agent», *The Journal of Arizona History*, n.º 3, 1976, p. 271. <<



[46] D.C. Cole, *op. cit.*, p. 138. <<

[<sup>47</sup>] *Arizona Citizen*, 29 de noviembre de 1873, en E.R. Sweeney, *Cochise*, *op. cit.*, p. 379. <<

[48] E.R. Sweeney, *Cochise, op. cit.*, pp. 375-376, 380. <<

[49] D.C. Cole, *op. cit.*, p. 125. <<

[50] *Ibid.*, pp. 381-382. <<

[51] F.C. Lockwood, *Apache indians*, *op. cit.*, pp. 125-126. <<

[52] D.C. Cole, *op. cit.*, p. 137. <<

[53] E. Ball, *Indeh*, p. 10. <<



[54] E.R. Sweeney, *op. cit.*, p. 393; F.C. Lockwood, *Apache Indians*, *op. cit.*, p. 125.

<<

[55] E.R. Sweeney, *op. cit.*, p. 392. <<

[56] F.G. Hughes, «History»; inédito: Williamson, «Reminiscences», *op. cit.*, pp. 4-5.

<<

[57] M.E. Opler, *Life-Way*, *op. cit.*, p. 242. <<

[58] T.E. Farish, *History, op. cit.*, vol. II, pp. 236-237; R.H. Forbes, documento sin título, p. 6. <<

[59] F.C. Lockwood, *Apache indians*, *op. cit.*, pp. 129-130; D.C. Cole, *op. cit.*, p. 142; *Army and Navy Journal*, 11 de julio de 1874, p. 758. <<

[60] D.C. Cole, *op. cit.*, p. 142. <<

[61] F.G. Hughes [inédito]. <<



[62] E. Ball, *Indeh*, op. cit., p. 29; E.R. Sweeney, *Cochise*, op. cit., p. 397. En 1895, una excéntrica aspirante a escritora llamada Alice Rollins Crane informó a un periódico de que Jeffords la había llevado hasta el lugar de enterramiento. De todos modos, su relato es tan romántico e inverosímil que se puede dudar que Jeffords hiciese algo más que guiarla por las montañas Dragón. Véase el periódico *Arizona Star* del día 21 de noviembre de 1895. <<

## Notas 10

[1] D.L. Thrapp, *Apacheria*, *op. cit.*, vii. <<

[2] Sonnichsen, *Mescalero*, *op. cit.*, p. 36; J.L. Haskell, *Southern Athapaskan Migration*, Tsaile (Arizona), 1987, pp. 78-79. <<

[3] B. Davis, *Truth, op. cit.*, p. 1. <<

[4] J.L. Haskell, *op. cit.*, pp. 9-16. <<

[5] D.C. Cole, *Chiricahua*, *op. cit.*, pp. 4-5. <<

[6] E.H. Spicer, *Cycles*, *op. cit.*, p. 229. <<



[7] Una nueva aproximación al tema de la dotación de migraciones prehistóricas nos la ofrece la cronología lingüística, polémica ciencia que utiliza los cambios en el léxico básico de una lengua raíz para medir el tiempo transcurrido desde que los hablantes de tal lengua se escindieron en distintas ramas. De todas formas, cabe señalar que esta ciencia todavía carece de confirmación en sus premisas y que, por tal motivo, no presenta fechas fiables. Dos estudiantes que analizaron los mismos datos de divergencia entre la lengua apache y la de los atapascos canadienses obtuvieron fechas que divergían en trescientos años una de otra. Véase, J.L. Haskell, *op. cit.*, pp. 16-19. <<

[8] J.L. Haskell, *op. cit.*, pp. 71-76. <<

[9] G.P. Hammond y A. Rey, *Obregon's History of Sixteenth Century Exploration in Western America*, Los Ángeles, 1928, pp. 19-20, 305, en J.L. Haskell, *op. cit.*, pp. 77-78. <<

[10] J.L. Haskell, *op. cit.*, pp. 77-78. <<

[11] L.V.H. Clark, *They Sang for Horses: The Impact of the Horse on Navajo and Apache Folklore*, Tucson, 1966, pp. 3-9. <<

[12] Hammond y Rey, *op. cit.*, p. 305, en J.L. Haskell, *op. cit.*, p. 77. <<

[13] Hammond y Rey, *Narratives of the coronado Expedition 1540-1542*, Albuquerque, 1940, p. 261, en J.L. Haskell, *op. cit.*, p. 74. <<

[14] M.L. Moorhead, *op. cit.*, pp. 6-7; C.L. Sonnichsen, *Mescalero, op. cit.*, pp. 19-20.

<<



[15] M.E. Opler, *Life-Way*, *op. cit.*, pp. 354-355. <<

[16] K.H. Basso, *The Cibecue Apache*, Illinois, 1976, p. 3. <<

[17] E.R. Sweeney, *Cochise, op. cit.*, p. 131. <<

[18] Eugene Chihuahua, en E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 63. <<

[19] W.B. Skinner, *Rock, op. cit.*, p. 6. <<

[20] C.L. Sonnichsen, *Mescalero*, *op. cit.*, p. 219. <<

[21] M.E. Opler, *Life-Way*, *op. cit.*, pp. 19-22. <<

[22] R.H. Ogle, *Control, op. cit.*, pp. 20-21. <<



[23] Mike Burns en W.T. Corbusier, *Verde*, *op. cit.*, pp. 21-22. <<

[24] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 15. <<

[25] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. VIII. <<

[26] R.H. Ogle, *op. cit.*, p. 22; M.E. Opler, *Life-Way, op. cit.*, p. 341. <<

[27] J. Cortés, *Views*, *op. cit.*, p. 69. <<

[28] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 22. <<

[29] D.C. Cole, *op. cit.*, pp. 2, 10; W.B. Skinner, *op. cit.*, I. <<

[30] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 32. <<



[31] D.C. Cole, *op. cit.*, pp. 2-3. <<

[32] *Ibid.*, pp. 14-15; M.E. Opler, *Life-Way*, *op. cit.*, pp. 197 <<

[33] D.C. Cole, *op. cit.*, pp. 15, 144. <<

[34] Safford a la Asamblea Legislativa de Arizona, 6 de enero de 1875, en P.I. Wellman, *Death*, *op. cit.*, p. 152. <<

[35] T. Cruse, *Apache Days and After*, Lincoln, 1987, p. 185. <<

[36] M.F. Schmitt, *op. cit.*, pp. 138-139. <<

[37] E.S. Conell, *Morning Star*, *op. cit.*, p. 107. <<

[38] W. Clum, *Apache Agent*, *op. cit.*, p. 103. <<



[39] *Ibid.*, p. 122. <<

[<sup>40</sup>] *Ibid.*, pp. 128, 133-136, 139-140. <<

[41] J. Clum, «Geronimo», *Arizona Historical Review*, 1928-1929, vol I, p. 21. <<

[42] W. Clum, *op. cit.*, p. 202. <<

[<sup>43</sup>] *Ibid.*, pp. 135, 142, 170, 203. <<

[<sup>44</sup>] E. Ball, *Indeh*, p. 39. <<

[45] D.C. Cole, *op. cit.*, p. 160. <<

[46] W. Clum, *op. cit.*, pp. 150-163. <<



[47] Terrell, *Chronicle*, p. 314. <<

[48] D.C. Cole, *op. cit.*, pp. 156-157. <<

[49] W. Clum, *op. cit.*, 172. <<

[50] J. Clum, «Geronimo», *op. cit.*, vol. I, p. 26. <<

[51] *Ibid.*, p. 33; W. Clum, *op. cit.*, pp. 179-184. <<

[52] D.C. Cole, *op. cit.*, pp. 159-160. <<

[53] C.L. Sonnichsen, «Jeffords», *op. cit.*, pp. 396-400. <<

[54] W. Clum, *op. cit.*, p. 180. <<



[55] E. Ball, *Indeh*, pp. 33, 38. <<

[56] C.T. Connell, *The Apache, Past and Present* [inédito]. <<

[57] D.C. Cole, *op. cit.*, p. 160. <<

[58] W. Clumb, *op. cit.*, pp. 130, 148, 277. <<

[59] J. Clum, *Truth, op. cit.*, 14. <<

[60] W. Clum, *op. cit.*, p. 245. <<

[61] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 37. <<

[62] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 32. <<



[63] W. Clum, *op. cit.*, pp. 185-188. <<

[64] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 51. <<

[65] W. Clum, *op. cit.*, pp. 191-192; J. Clum, «Apaches as Thespians in 1876», *New México Historical Review*, n.º 1, 1931, p. 17. <<

[66] W. Clum, *op. cit.*, pp. 193-194. <<

[67] Información obtenida de un periódico de San Luis (Misuri) sin concretar, fechado el día 9 de septiembre de 1876, en J. Clum, «Thespians», *op. cit.*, p. 17. <<

[68] J. Clum, «Thespians», *op. cit.*, p. 19. <<

[69] W. Clum, *op. cit.*, pp. 196-197. <<

[70] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 51-52. <<



[71] J. Clum, «Thespians», *op. cit.*, p. 20. <<

## Notas 11

[1] W. Clum, *Apache agent*, pp. 198, 202. <<

[2] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, p. 186. <<

[3] W. Clum, *op. cit.*, pp. 171, 205, 228; J. Clum, «Geronimo», *op. cit.*, vol.II, pp. 15-16. <<

[4] D.L. Thrapp, *Victorio*, *op. cit.*, p. 186. <<

[5] W. Clum, *cit. op.*, pp. 204-205. <<

[6] D.L. Thrapp, *op. cit.*, p. 186. <<



[7] J.B. Harte, *The San Carlos Indian Reservation, 1872-1886. An Administrative History*, tesis doctoral inédita, Universidad de Arizona, 1972, p. 351. <<

[8] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, pp. 186-187. <<

[9] W. Clum, *op. cit.*, pp. 100, 129, 141. <<

[10] *Ibid.*, pp. 199-201. <<

[11] *Ibid.*, pp. 206-212. <<

[12] W. Clum, *op. cit.*, pp. 215-218; J. Clum, «Geronimo», *op. cit.*, vol. I, pp. 37-40.

<<

[13] A.K. Griffith, *Mickey Free*, Caldwell, 1969, pp. 71-72. <<

[14] W. Clum, *op. cit.*, pp. 218-228; J. Clum, «Geronimo», *op. cit.*, vol. I, pp. 40-43.

<<



[15] E. Ball, *Indeh*, pp. 38-39. <<

[16] E. Ball. *In the days*, p. 50. <<

[17] «Corraled Geronimo», en *Washington Evening Star*, marzo (?) de 1905. <<

[18] S.M. Barrett, *Geronimo's story*, *op. cit.*, pp. 132-133. <<

[19] En los escritos de Clum, colección especial de la Universidad de Arizona. <<

[20] W. Clum, *op. cit.*, pp. 229-246. <<

[21] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, p. 190. <<

[22] W. Clum, *op. cit.*, pp. 246-150, 285. <<



## Notas 12

[1] W. Clum, *Apache agent*, *op. cit.*, pp. 250-253; J. Clum, «Geronimo», *op. cit.*, vol. II, p. 15. <<

[2] F.C. Lockwood, *Apache indians*, *op. cit.*, pp. 225-226. <<

[3] W. Clum, *op. cit.*, pp. 252-253. <<

[4] J. Clum, «Geronimo», *op. cit.*, vol. II, p. 15. <<

[5] «Corraled Geronimo», en *Washington Evening Star*, Marzo (?) de 1905. <<

[6] D.L. Thrapp, *Victorio*, *op. cit.*, p. 335. <<

[7] J. Clum, «Geronimo», *op. cit.*, vol. II, p. 16. <<



[8] W. Clum, *op. cit.*, p. 263. <<

[9] J. Clum, «Geronimo», *op. cit.*, vol. II, pp. 15-16. <<

[10] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, pp. 39-40. <<

[11] A. Debo, *Geronimo, op. cit.*, p. 114. <<

[12] S.M. Barrett, *Geronimo's Story*, *op. cit.*, pp. 132-133. <<

[13] Sam Haozaus, en A. Debo, *op. cit.*, p. 110. <<

[14] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, p. 193. <<

[15] Toclanny, en E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 187. <<



[16] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, pp. 193-194. <<

[17] John Rope, en G. Goodwin, *Raiding, op. cit.*, pp. 103, 116. <<

[18] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, pp. 195-205. <<

[19] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 34. <<

[20] D.L. Thrapp, *op. cit*, p. 207. <<

[21] Charles Steelhammer, en *ibid.*, p. 208. <<

[22] *Tucson Star*, 6 de abril de 1880, en D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 179. <<

[23] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 179. <<



[24] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, pp. 209-217. <<

[25] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 61-62. <<

[26] D.L. Thrapp, *Victorio*, *op. cit.*, pp. 218-219; C.L. Sonnichsen, *Mescalero*, pp. 180-181. <<

[27] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 41, 53. <<

[28] W. Clum, *op. cit.*, p. 230. <<

[29] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, p. 8. <<

[30] *Ibid.*, pp. 15, 58. <<

[31] J.A. McKenna, *Black Range, Tales*, Glorieta, 1963, p. 183. <<



[32] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 74. <<

[33] *Ibid.*, pp. 9, 11, 14-15, 21, 73, 76, 87, 115, 143. <<

[34] *Ibid.*, pp. 8, 91. <<

[35] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 212. <<

[36] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 7, 16, 57, 66, 71, 108. <<

[37] D.L. Thrapp, *Victorio*, *op. cit.*, 218-246. <<

[38] C.T. Conell, *Apache*, vol. II (inédito). <<

[39] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 64-67, 73-74. <<



[40] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 187. <<

[41] D.L, Thrapp, *Victorio*, *op. cit.*, pp. 237, 246-247; E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 66, 73-74. <<

[42] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 75; Wellman, *Death*, *op. cit.*, p. 184. <<

[43] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 66, 73-74. <<

[44] Cruse, *Days*, *op. cit.*, p. 81. <<

[45] D.L. Thrapp, *Victorio*, *op. cit.*, pp. 242-244. <<

[46] Charles B. Gatewood, en *ibid.*, p. 250. <<

[47] *Ibid.*, p. 250. <<



[48] E. Ball, *In the days, op. ext.*, p. 72. <<

[49] *Ibid.*, pp. 75-76. <<

[50] *Ibid.*, pp. 12-13. <<

[51] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, pp. 253-255. <<

[52] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. XIII, 77-78. <<

[53] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, pp. 252-266. <<

[54] *Ibid.*, pp. 275-276; T. Cruse, *op. cit.*, pp. 81-83. <<

[55] T. Cruse, *op. cit.*, pp. 67-68, 86. <<



[56] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, pp. 286-302. <<

[57] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 89-90, 93. <<

[58] D.L. Thrapp, *Victorio, op. cit.*, pp. 301-304. <<

[59] Faulk, *Campaign*, *op. cit.*, p. 22. <<

[60] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 102; E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 83. <<

[61] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 209. <<

[62] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 94-101. <<

## Notas 13



[1] S.M. Barrett, *Geronimo's story*, *op. cit.*, p. 133. <<

[2] A. Debo, *Geronimo*, *op. cit.*, p. 117. <<

[3] *Ibid.* p. 117; J. Betzinez, *I fought, op. cit.*, pp. 47-48. <<

[4] A. Debo, *op. cit.*, pp. 122-123. <<

[5] W. Clum, *Apache agent*, *op. cit.*, p. 264. <<

[6] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 102-103. <<

[7] *Ibid*, pp. 115-119. <<

[8] Ch. Lummis, *The Land of Poco Tiempo*, Albuquerque, 1980, p. 137. <<



[9] Charles B. Gatewood, «Campaigning against Victorio», en *The Great Divide*, vol. XI, n.º 4, citado por C.L. Sonnichsen Mescalero, *op. cit.*, pp. 210-211. <<

[10] M.E. Opler, *Life-Way*, *op. cit.*, p. 336. <<

[11] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 103, 108-114. <<

[12] S.H. Lekson, *Nana's Raid. Apache Warfare in Southern New México, 1881*, El Paso, 1987, p. 32; P.I. Wellman, *Death*, *op. cit.*, pp. 204-205. <<

[13] S.H. Lekson, *op. cit.*, pp. 9-32. <<

[14] T. Cruse, *Days, op. cit.*, pp. 93-94, 105-106. <<

[15] J.G. Bourke, *The Medicine Men of the Apache, Glorieta*, pp. 500-505. <<

[16] T. Cruse, *op. cit.*, p. 94. <<



[17] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, pp. 53-54. <<

[18] Kelton a la oficina de la plana mayor del ejército, el día 15 de agosto de 1881, en *Records of the Adjutant General's Office* 94, 4.327 (desde ahora este documento será citado como RG). <<

[19] T. Cruse, *op. cit.*, p. 95; Carr a Tiffany el día 10 de agosto de 1881, en *RG* 94, testimonio n.º 86. <<

[20] E. Ball, *Indeh*, p. 52. <<

[21] Carr a Tiffany el día 10 de agosto de 1881, en *RG* 94, testimonio n.º 86. <<

[22] T. Cruse, *op. cit.*, p. 94. <<

[23] E. Ball, *Indeh*, p. 54. <<

[24] Tiffany a Carr, en D.L. Thrapp, *General Crook*, *op. cit.*, p. 12. <<



[25] Carr al ayudante de la oficina de la plana mayor del ejército, el día 2 de noviembre de 1881, *RG 94*, testimonio n.º 51. <<

[26] *Arizona Enterprise*, 12 de mayo de 1892, en D.L. Thrapp, *General Crook, op. cit.*, p. 21. <<

[27] E. Ball, *Indeh*, p. 54. <<

[28] Carr al ayudante de la oficina de la plana mayor del ejército, día 2 de noviembre de 1881, en *RG 94*, testimonio n.º 51. <<

[29] E. Ball, *Indeh*, p. 54. <<

[30] Carr al ayudante de la oficina de la plana mayor del ejército, el día 2 de noviembre de 1881, *RG 94*, testimonio n.º 54; D.L. Thrapp, *General Crook, op. cit.*, p. 25. <<

[31] Mike Burns en T.E. Farish, *History, op. cit.*, vol. III, pp. 335-339. <<

[32] Iton, en Robert Frazer, *The Apaches of the White Mountain Reservation*, Filadelfia, 1884, p. 11. <<



[33] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 54. <<

[34] T. Cruse, *op. cit.*, p. 128. <<

[35] D.L. Thrapp, *General Crook*, *op. cit.*, pp. 28-31. <<

[36] Bourke, *Diary*, en Porter, *Paper Medecine Man*, Norman, 1986, p. 145. <<

[37] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 230. <<

[38] Lincoln al ministro del Interior, 2 de marzo de 1882, *RG* 94, p. 778 B. <<

[39] Willcox a la oficina del estado mayor del ejército el 2 de marzo de 1882, RG 94.

<<

[40] *Arizona Star*, 3 y 4 de marzo de 1882. <<



[<sup>41</sup>] A. Mazzanovich, *Trailing Geronimo*, Los Ángeles, 1926, p. 201. <<

[42] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 55. <<

## Notas 14

[1] F.C. Lockwood, *Apache Indians*, *op. cit.*, pp. 243-244. <<

[2] George Wratten a Charles Connell, 2 de octubre de 1905, en C.T. Connell, *Apache*, *op. cit.* <<

[3] A. Debo, *Geronimo*, *op. cit.*, p. 131. <<

[4] J. Betzinez, *I fought, op. cit.*, p. 58. <<

[5] General Nelson Miles, en P.I. Wellman, *Death*, p. 233. <<



[6] George Stevens, en C.T. Connell, *The Apache*, *op. cit.*, vol. II, *op. cit.* <<

[7] A. Debo, *op. cit.*, p. 132. <<

[8] Grossman, «Grossman, tells of...», *Arizona Republic*, 14 de abril de 1926. <<

[9] W. Clum, *Apache Agent*, *op. cit.*, pp. 265-267. <<

[10] A.G. Grossman, «Grossman, tells of...», *op. cit.* <<

[11] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, xvii, pp. 2, 78. <<

[12] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 22, 33, 62, 123. <<

[13] T. Cruse, *Days, op. cit.*, pp. 90. <<



[<sup>14</sup>] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 123-126. <<

[15] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 61. <<

[16] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 125-128. <<

[17] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 86. <<

[18] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 125, 129. <<

[19] M.E. Opler, «Implications», *op. cit.*, pp. 617-618. <<

[20] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, pp. 34, 76. <<

[21] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 136, 139. <<



[22] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 87; Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 28, 56, 139; Davis, *Truth*, *op. cit.*, p. 112. <<

[23] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 139. <<

[24] J. Betzinez, *op. cit.*, p. 56. <<

[25] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 236. <<

[26] J. Betzinez, *op. cit.*, pp. 56-57. <<

[27] *Ibid.*, p. 58. <<

[28] Santee, *Apache Land*, Lincoln, 1971, pp. 167-171; D. Williamson, *Reminiscences op. cit.*, pp. 2-3; John Rope, en G. Goodwin, *Raiding, op. cit.*, pp. 143-144. <<

[29] Información procedente de un periódico de San Francisco, sin fecha, en D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 237-238. <<



[30] A.G. Grosman, «Grossman, tells of...», *op. cit.* <<

[31] J. Betzinez, *op. cit.*, pp. 60-62. <<

[32] *Ibid.*, pp. 62-70; D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 244-248; D.L. Thrapp, *General Crook*, *op. cit.*, pp. 80-90. <<

[33] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 143-145; E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 155; J. Betzinez, *op. cit.*, pp. 72-74. <<

[34] A. Debo, *op. cit.*, p. 152. <<

[35] D.L. Thrapp, *General Crook*, *op. cit.*, p. 93; J. Betzinez, *op. cit.*, pp. 7576. <<

[36] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 40. <<

[37] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 12. <<



[38] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, pp. 4-6, 10-11. <<

[39] J. Betzinez, *op. cit.*, pp. 77-80; J.G. Bourke, *An Apache Campaign in the Sierra Madre*, Lincoln, 1987, p. 6. Esta fuente básicamente sigue las declaraciones de Jasón Betzinez, que estuvo allí. Sin embargo, Jerónimo creía que los atacantes eran soldados procedentes de otra población (S.M. Barrett, *Geronimo's story*, *op. cit.*, pp. 103-104). <<

[40] A. Debo, *op. cit.*, pp. 47, 157. <<

[<sup>41</sup>] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 146-147; B. Davis, *op. cit.*, p. 70. <<

[42] J. Betzinez, *op. cit.*, pp. 93-96; E. Ball, *In the days, op. cit.*, pp. 134-135. <<

[43] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 73. <<

[<sup>44</sup>] *Ibid.*, pp. 75-76. <<

[45] T. Cruse, *op. cit.*, p. 90. <<



## Notas 15

[1] T. Cruse, *Days, op. cit.*, p. 179. <<

[2] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, pp. 125-126. <<

[3] Brown, *Bury my heart*, *op. cit.*, pp. 276-277; E.S. Connell, *Morning Star*, *op. cit.*, pp. 88-92. <<

[4] M.F. Schmitt, *Crook, op. cit.*, pp. 195-196. <<

[5] Bourke, *Border, op. cit.*, p. 429. <<

[6] E.S. Connell, *op. cit.*, p. 92. <<

[7] M.F. Schmitt, *Crook, op. cit.*, p. 199. <<



[8] *Ibid.*, pp. 197-240. <<

[9] Johnson, *Crook's resume of Operations against Apache Indians, 1882 to 1886*, Londres, 1971, pp. 27-28. <<

[<sup>10</sup>] M.F. Schmitt, *Crook, op. cit.*, p. 229. <<

[11] B. Davis, *Truth, op. cit.*, pp. 33, 41-44. <<

[12] D.L. Thrapp, *General Crook*, *op. cit.*, pp. 106-107. <<

[13] B. Davis, *op. cit.*, p. 31. <<

[<sup>14</sup>] *Arizona Star*, día 17 de octubre de 1882; B. Davis, *op. cit.*, p. 29. <<

[15] B. Davis, *op. cit.*, pp. 44-46. <<



[16] *Ibid.*, pp. 9-28; T. Cruse, *op. cit.*, 158-170. <<

[17] Fred W. Cosen, «The battle ground rindge or dry wash fight», manuscrito, colección especial de la Universidad de Arizona, p. 6. <<

[18] B. Davis, *op. cit.*, 40. <<

[19] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 269-270. <<

[20] G. Crook, «The Apache Problem», manuscrito inédito, p. 14. <<

[21] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, pp. 249-250. <<

[22] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 86, 126, 142. <<

[23] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, pp. 61, 249. <<



[<sup>24</sup>] B. Davis, *op. cit.*, 71-72. <<

[25] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, pp. 104-105; M.E. Opler, *Life-Way*, *op. cit.*, p. 138. <<

[26] J. Betzinez, *I fought, op. cit.*, p. 105. <<

[27] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, pp. 89-90. <<

[28] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 148-150. <<

[29] Bourke, *Diary*, 30 de octubre de 1882, v. 61, pp. 13-15. <<

[30] B. Davis, *op. cit.*, pp. 38-39. <<

[31] D.L. Thrapp, *General Crook*, *op. cit.*, pp. 108-110. <<



[32] *Ibid*, p. 59; pp. 123-126. <<

[33] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 270-271. <<

[<sup>34</sup>] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 126, 136, 138, 147; E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 83.

<<

[35] P.I. Wellman, *Death, op. cit.*, p. 207. <<

[36] B. Davis, *op. cit.*, p. 57. <<

[37] W. Clum, *Apache agent*, *op. cit.*, pp. 265-278. <<

[38] *Tombstone Republican*, 29 de marzo de 1883. <<

[39] *Tombstone Epitaph*, 29 de marzo de 1883. <<



[40] San *Francisco Examiner*, 6 de marzo de 1883. <<

[41] B. Davis, *op. cit.*, pp. 55-56. <<

[42] *Albuquerque Review*, 5 de abril de 1883. <<

[43] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 51. <<

[44] Periódico de Tombstone, sin identificar, fechado en abril de 1883; *Tombstone Republican*, sin fecha. <<

[45] *San Diego Evening Tribune*, 16 de febrero de 1938. <<

[46] J. Betzinez, *op. cit.*, p. 109. <<

[47] B. Davis, *op. cit.*, pp. 57-59. <<



[48] A. Debo, *Geronimo*, *op. cit.*, p. 154; E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 147; B. Davis, *op. cit.*, p. 58. <<

[49] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 147-148. <<

[50] C.T. Conell, *Apache* (documento inédito); W. Clum, *op. cit.*, pp. 278-279. <<

[51] J. G. Bourke, *Diary*, 7 de abril de 1883, v. 65, pp. 20-30. <<

[52] D.L. Thrapp, *General Crook*, *op. cit.*, vil. <<

[53] G. Crook, *Annual Report US Army Dept. of Arizona*, Prescott (Arizona), 1883, apéndice E, pp. 3, 11-12. <<

[54] J.C. Porter, *Paper*, *op. cit.*, p. 4. <<

[55] G. Crook, *Report*, *op. cit.*, p. 3; J.G. Bourke, *Campaign*, *op. cit.*, p. 44. <<



[56] J.G. Bourke, *Campaign*, *op. cit.*, pp. 49-51. <<

[57] Bourke, *Diary, op. cit.*, 5 de mayo de 1883, v. 67, p. 3. <<

[58] J.G. Bourke, *Campaign*, *op. cit.*, pp. 54-56. <<

[59] Bourke, *Diary, op. cit.*, 5 de mayo de 1883, v. 67, p. 9. <<

[60] G. Crook, *Report*, *op. cit.*, p. 4; J.G. Bourke, *Campaign*, *op. cit.*, p. 59. <<

[61] John Rope, en G. Goodwin, *Raiding*, *op. cit.*, p. 154. <<

[62] J.G. Bourke, *Diary*, 10 de mayo de 1883, v. 67, p. 24. <<

[63] J.G. Bourke, *Campaign*, *op. cit.*, pp. 46-48, 58, 67. <<



[64] M.E. Opler, *Life-Way*, *op. cit.*, pp. 30, 229-231. <<

[65] J.G. Bourke, *Diary*, 8 de mayo de 1883, v. 67, p. 19. <<

[66] J.G. Bourke, *Campaign*, *op. cit.*, pp. 65, 68-69. <<

[67] J.G. Bourke, *Diary, op. cit.*, 11 de mayo de 1883, v. 67, pp. 30-31. <<

[68] J. Rope, en G. Goodwin, *Raiding, op. cit.*, p. 156. <<

[69] G. Crook, *Report, op. cit.*, p. 4. <<

[70] J.G. Bourke, *Campaign*, *op. cit.*, pp. 71-72. <<

[71] J. Rope, en G. Goodwin, *Raiding*, *op. cit.*, p. 159. <<



[72] G.J. Fiebeger, «General Crook's Campaign in Old México in 1883», *Proceedings of the Annual Meeting of the Order of Indian Wars of the United States*, 20 de febrero de 1936, p. 30. <<

[73] J. Rope, in G. Goodwin, *Raiding, op. cit.*, p. 159. <<

[74] *Ibid.*, p. 160. <<

[75] J. Betzinez, *op. cit.*, pp. 113-114, 118-120. <<

[76] Bourke, *Diary*, 16 de mayo de 1883, v. 67, pp. 55-56. <<

[77] G. Crook, *Report, op. cit.*, pp. 6-7; *Arizona Star*, 13 y 19 de junio de 1883. <<

[78] Diario *Tribune*, Deming (Nuevo México), c. 4 de octubre de 1883. <<

[79] C.T. Connell, *Apache* (documento inédito). Jerónimo afirma, sin embargo, que la muerte le llegó a Carley antes de la expedición de Crook y que su cuerpo fue «colocado en el interior de una tienda y luego se quemó la vivienda». Ruey Darrow, un chiricahua de hoy en día, afirma que Charley fue alcanzado por una bala perdida durante la batalla del 15 de mayo, y que una mujer trató de salvarlo antes de que muriese (E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 51). <<



[80] J.G. Bourke, *Campaign, op. cit.*, pp. 78-79; J. Rope, en G. Goodwin, *Raiding, op. cit.*, p. 163. <<

[81] G. Crook, *Report, op. cit.*, pp. 5-6. <<

[82] J.G. Bourke, *Campaign*, *op. cit.*, pp. 79-80. <<

[83] Bourke, *Diary*, 14 mayo de 1883, v. 67, p. 40. <<

[84] *New York Herald*, 13 de junio de 1883, p. 3. <<

[85] J. Rope, en G. Goodwin, *Raiding, op. cit.*, p. 164. <<

[86] J.G. Bourke, *Campaign*, *op. cit.*, p. 82. <<

[87] J. Rope, en G. Goodwin, *Raiding, op. cit.*, p. 165. <<



[88] *Ibid.*, p. 167. <<

[89] D.L. Thrapp, *General Crook*, *op. cit.*, p. 158. Véase también D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 295-302. <<

[90] A. Debo, *op. cit.*, p. 183. <<

[91] J.G. Bourke, *Border, op. cit.*, p. 430. <<

[92] J.G. Bourke, *Campaign*, *op. cit.*, p. 85. <<

[93] G. Crook, *Report, op. cit.*, p. 7. <<

[94] p. ej., el *Enterprise*, Silver City (Nuevo México), de 6 de julio de 1883. <<

[95] W.B. Skinner, *Rock, op. cit.*, p. 90. <<



[96] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 154. <<

[97] J. Rope en G, Goodwin, *Raiding, op. cit.*, p. 167. <<

[98] Bourke, *Diary, op. cit.*, 22 de mayo de 1883, v. 68, p. 3; 15 de mayo de 1883, v. 67, pp. 50-51. <<

[99] G. Crook, *Report, op. cit.*, p. 7. <<

[100] Robert Hanna, «With Crawford in México», en *Calarion* (Clifton, Arizona), 7 y 14 de julio de 1886. <<

[101] J. Rope, en G. Goodwin, *Raiding, op. cit.*, pp. 168-169. <<

[102] J.G. Bourke, *Campaign*, *op. cit.*, pp. 102-103. <<

## Notas 16



[1] *Arizona Star*, 21 de junio de 1883. <<

[2] p. ej. *Arizona Citizen*, 28 de agosto de 1883. <<

[3] Crook, *Report, op. cit.*, Apéndice E, pp. 7-8. <<

[4] *Arizona Star*, 17 de junio de 1883. <<

[5] B. Davis, *Truth, op. cit.*, p. 72. <<

[6] J.G. Bourke, *Campaign*, *op. cit.*, p. 92. <<

[7] Bourke, *Diary*, 22 de mayo de 1883, v. 68, pp. 3-4. <<

[8] O.B. Faulk, *Campaign*, *op. cit.*, p. 76. <<



[9] B. Davis, *op. cit.*, pp. 77-80; A. Debo, *Geronimo, op. cit.*, p. 196. <<

[10] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 116. <<

[11] B. Davis, *op. cit.*, p. 80. <<

[12] Diario *Tribune*, Deming (Nuevo México), c. 4 de octubre de 1883; periódico sin concretar, c. 4 de octubre de 1883. <<

[13] B. Davis, *op. cit.*, pp. 82-101. <<

[14] S.M. Barrett, *Geronimo's story*, *op. cit.*, p. 135. <<

[15] G. Crook, «The Apache Problem», manuscrito inédito, p. 13. <<

[16] O.B. Faulk, *op. cit.*, p. 184. <<



[17] B. Davis, *op. cit.*, pp. 50-51. <<

[18] *Ibid.*, 102-107. <<

[19] *Ibid.*, 103-104, 108-114. <<

[20] Robert Frazer, *The Apaches of the White Mountain Reservation*, Filadelfia, 1884, pp. 7-8. <<

[21] En J.C. Porter, *Paper*, *op. cit.*, p. 165. <<

[22] E. Ball, *In the Days*, *op. cit.*, pp. 168-169. <<

[23] B. Davis, *op. cit.*, p. 140. <<

[<sup>24</sup>] E. Ball, *In the Days*, *op. cit.*, pp. 169-174. <<



[25] *Ibid.*, pp. 156-157. <<

[26] B. Davis, *op. cit.*, pp. 73, 106, 136-137, 142. <<

[27] T. Cruse, *Days, op. cit.*, p. 207. <<

[28] C. T. Connell, *Apache*, documento inédito. <<

[29] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 155, 162-164. <<

[30] C.T. Connell, «Mickey Free», *op. cit.*, p. 50. <<

[31] Bourke, *Diary*, v. 59, pp. 67-68, en Porter, *op. cit.*, p. 180. <<

[32] B. Davis, *op. cit.*, pp. 123-125. <<



[33] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 162-165. <<

[<sup>34</sup>] B. Davis, *op. cit.*, pp. 126-130. <<

[35] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 166. <<

[36] T. Cruse, *op. cit.*, 205-206. <<

[37] B. Davis, *op. cit.*, pp. 139-145. <<

[38] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 176. <<

[39] B. Davis, *op. cit.*, pp. 145-146. <<

## Notas 17



[1] B. Davis, *Truth, op. cit.*, pp. 147-149. <<

[2] *Ibid.*, pp. 200-201. <<

[3] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 175. <<

[4] El número, obtenido a partir del recuento de los chiricahua que quedaron en Turkey Creek, varía de una fuente a otra. Entre los guerreros que huyeron había ocho, un número elevado, que todavía estaban en la pubertad. Véase O.B. Faulk, *Campaign, op. cit.*, p. 222. <<

[5] La presencia de Lozen está verificada en E. Ball, *In the days, op. cit.*, p. 119. <<

[6] *Ibid.*, p. 177. <<

[7] B. Davis, *op. cit.*, pp. 149-151. Davis cuenta que los cables de telégrafo se reparaban al día siguiente, pero tal afirmación contradice otras pruebas. El teniente escribió sus memorias más de cuarenta años después de los hechos. <<

[8] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, pp. 177-179. <<



[9] Britton Davis, «Difficulties of Indian Warfare», en *Artny-Navy Journal*, 24 de octubre de 1885, citado en D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 314-316.

<<

[10] Eugene Chihuahua, en E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 98. <<

[11] A. Debo, *Geronimo*, p. 241; D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 318-325; O.B. Faulk, *op. cit.*, p. 62. <<

[12] Periódico sin concretar, del día 28 de mayo de 1885, en D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 319-320. <<

[13] Charles B. Gatewood a la señora Gatewood, 30 de junio de 1885, en O.B. Faulk, *op. cit.*, p. 64. <<

[14] *Morning Journal*, 31 de mayo de 1885. <<

[15] Los ciudadanos del condado de Pima al presidente de Estados Unidos, en 13 de junio de 1885, *RG* 94, n.º 2.057. <<

[16] «The Arizona apaches» (periódico sin identificar), 12 de diciembre de 1885. <<



[17] Sam P. Carusi al presidente Grover Cleveland, 15 de junio de 1885, *RG* 94, n.º 3693. <<

[18] E.S. Connell, *Morning Star*, *op. cit.*, pp. 230, 316. <<

[19] James G. Warren, «Geronimo, the Wickedest Indian that Ever Lived, Crazyed by Imprisonment», *New York World*, 5 de agosto de 1900. <<

[20] «Crook speaks for himself», en *Tombstone-Record Epitaph*, 16 de octubre de 1885. <<

[21] B. Davis, *op. cit.*, pp. 161-162. <<

[22] H.W. Daly, «The Capture of Geronimo, *The American Legión Monthly*, junio de 1930», p. 42. <<

[23] B. Davis, *op. cit.*, pp. 166-170. <<

[<sup>24</sup>] D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 330. <<



[25] B. Davis, *op. cit.*, pp. 177-195. <<

[26] A. Debo, *op. cit.*, pp. 245-247. <<

[27] Charlie Smith, en Ball, *Indeh*, *op. cit.*, pp. 102-104. <<

[28] P.I. Wellman, *Death, op. cit.*, p. 243. <<

[29] *Ibid.*, pp. 243-247; D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, p. 339; O.B. Faulk, *op. cit.*, pp. 70-73. <<

[30] B. Davis, *op. cit.*, pp. 31-32. <<

[31] O.B. Faulk, *op. cit.*, pp. 75-82; J.A. Greene, «The Crawford Affair», *Journal of the West*, enero de 1972, pp. 144-149; Maus a Crook, 21 de enero de 1886, RG 94, n.º 544; M.E. Opler, «Chiricahua» *op. cit.*, p. 357; Ch. Lummis, *General Crook and the Apache Wars*, Flagstaff (Arizona). 1966, pp. 79-95. La identificación de Lozen como el mensajero de Jerónimo se encuentra en E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 182. <<

[32] J.A. Greene, *op. cit.*, pp. 150-152. <<



[33] Daly, «Scouts, good and bad», en *The American Legión Montyly*, agosto de 1928, p. 70. <<

[34] Sam Haozous, en A. Debo, *op. cit.*, p. 250. <<

[35] A. Debo, *op. cit.*, pp. 250-252. <<

[36] J.A. McKenna, *Black Range*, *op. cit.*, p. 199; Elisabeth McFarland, *Wilderness of the Gila*, Silver City (Nuevo México), 1974, p. 25. <<

[37] E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 183. <<

[38] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 104. <<

[39] Crook a Sheridan, 27 de marzo de 1886, en B. Davis, *op. cit.*, p. 199. <<

[40] J.G. Bourke, *Border, op. cit.*, p. 473. <<



[<sup>41</sup>] J.G. Bourke, *Diary, op. cit.*, 22 de marzo de 1886, v. 87, pp. 108-109. <<

[42] B. Davis, *op. cit.*, p. 211. <<

[43] J.G. Bourke, *Border, op. cit.*, pp. 474, 476. <<

[44] Van Orden, «C. S. Fly at Cañón de Los Embudos: American Indians as Enemy in the Field, A Photographic First», *The Journal of Arizona History*, vol. 30, n.º 3, otoño de 1989, p. 319. <<

[45] B. Davis, *op. cit.*, pp. 200-203. <<

[46] H.W. Daly, «The Geronimo Campaign», *op. cit.*, p. 97. <<

[47] B. Davis, *op. cit.*, p. 202. <<

[48] J.G. Bourke, *Border, op. cit.*, p. 476. <<



[49] B. Davis, *op. cit.*, pp. 201-207. <<

[50] Crook, en *Arizona Citizen*, 2 de abril de 1886. <<

[51] J.G. Bourke, *Border*, p. 478. <<

[52] *Register*, Mobile (Alabama), 19 de junio de 1888, en W.B. Skinner, *Rock*, *op. cit.*, p. 226. <<

[53] Ch. Lummis, *General Crook*, *op. cit.*, p. 42. <<

[54] B. Davis, *op. cit*, pp. 207-208. <<

[55] P.I. Wellman, *op. cit.*, p. 206. <<

[56] B. Davis, *op. cit.*, p. 209. <<



[57] J.G. Bourke, *Border, op. cit.*, p. 478. <<

[58] Ch. Lummis, *Poco tiempo*, *op. cit.*, p. 135. <<

[59] B. Davis, *op. cit.*, pp. 210-211. <<

## Notas 18

[1] A. Debo, *Geronimo*, *op. cit.*, pp. 264-265; D.L. Thrapp, *Conquest of Apacheria*, *op. cit.*, pp. 345-347. <<

[2] Crook, en Ch. Lummis, *Dateline*, *op. cit.*, p. 75, <<

[3] Documento del acta del Senado p. 35, 51 Parlamento, 1.<sup>a</sup> sesión, p. 33, en A. Debo, *op. cit.*, p. 267. <<

[4] S.M. Barrett, *Geronimo's story*, *op. cit.*, p. 139. <<



[5] Ch. Lummis, *Dateline Fort Bowie*, Norman, 1979, p. 20. <<

[6] *Ibid.*, p. 34. <<

[7] A. Debo, *Geronimo, op. cit.*, pp. 265-266. <<

[8] B.C. Johnson, *Crook's resume*, *op. cit.*, pp. 16-19. <<

[9] Ch. Lummis, *Dateline*, *op. cit.*, p. 33. <<

[10] Ch. Lummis, *General Crook*, *op. cit.*, p. 32. <<

[11] J. A. McKenna, *Black Range*, pp. 197-198; Ch. Lummis, *Dateline*, *op. cit.*, pp. 57-58. <<

[12] O.B. Faulk, *Campaign*, *op. cit.*, p. 96; M.F. Schmitt, *Crook*, *op. cit.*, pp. 265-266.

<<



[13] Eugene Chihuahua, en E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 100. <<

[14] Ch. Lummis, *Dateline, op. cit.*, pp. 64-65. <<

[15] Nelson Miles a Mary Miles, (c. junio de 1886), en N.F. Tolman, *The Search for General Miles*, Nueva York, 1968, p. 139. <<

[16] N.F. Tolman, *op. cit.*, pp. 2325, 30. <<

[17] R.M. Utley, «Crook and Miles Fighting and Feuding on the Indian Frontier», *MHQ: The Journal of Military History*, vol. 4, n.º 2, verano de 1992, p. <<

[18] *Ibid.*, p. 82. <<

[19] O.B. Faulk, *Campaign*, *op. cit.*, p. 193. <<

[20] Bourke, en J.C. Porter, *Paper, op. cit.*, p. 174. <<



[21] Ch. Lummis, *Dateline*, *op. cit.*, p. 70. <<

[22] B.C. Johnson, *Crook's resume*, *op. cit.*, p. 23. <<

[23] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 66. <<

[24] P.I. Wellman, *Death, op. cit.*, p. 259. <<

[25] O.B. Faulk, *Campaign*, *op. cit.*, p. 190. <<

[26] Nelson Miles a Mary Miles, 17 de mayo de 1886, y c. junio de 1886, en N.F. Tolman, *op. cit.*, pp. 137, 140. <<

[27] N. Miles, *Personal Recollections and Observations of General Nelson A. Miles*, Chicago, 1897, pp. 496-497. <<

[28] Stanley al estado mayor del ejército, 11 de octubre de 1886, *RG 94*, n.º 1066. Los heroicos intentos de Angie Debo por tratar de identificar a los treinta y siete chiricahua de la última banda son, probablemente, lo mejor que tenemos (A. Debo, *op. cit.*, pp. 304-308). Partiendo de la base de que la lista de Stanley no incluye a Lozen, Angie Debo afirma que la mujer guerrera no se hallaba en la banda. Sin embargo, el joven Kanseah, que sí estaba, jura que Lozen combatió junto a Jerónimo hasta el final (E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 110); del mismo modo opina Kaywaykla, quien creía que al final no todos los miembros de la banda se conocían entre ellos (E. Ball, *In the days*, *op. cit.*, p. 184). Su testimonio parece tener más peso que la lista de Stanley. <<



[29] *Chicago Tribune*, 5 de marzo de 1888, en W.B. Skinner, *Rock, op. cit.*, p. 204. <<

[30] J.M. Barret, *op. cit.*, pp. 140-141. <<

[31] P.I. Wellman, *op. cit.*, p. 260. <<

[32] M. P. Freeman, «The dread apache - that early day scourge of the Southwest», *Arizona Star*, 7 de noviembre de 1915. <<

[33] M.P. Freeman, «Dread apache», *Arizona Star*, 7 de noviembre de 1915; Ruth B. Fitzgerald, «Pioner tells of capture by Geronimo and his band», *Arizona Star*, 22 de septiembre de 1929. <<

[34] Leighton Finley, «Story of Trinidad Bernardine» (as told to Lieut. Finley), manuscrito, Colección Gatewood, Sociedad Histórica de Arizona. <<

[35] *Ibid.*, R.B. Fitzgerald, «Pioneer tells», *Arizona Star*, 2 de septiembre de 1929; M.P. Freeman, «Dread apache», *op. cit.*; P.I. Wellman, *op. cit.*, p. 260. <<

[36] J.M. Barret, *op. cit.*, p. 141. <<



[37] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 136. <<

[38] M. Opler, *Life-Way*, *op. cit.*, p. 216. <<

[39] Kanseh, en E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 105. <<

[40] N.A. Miles, *Report, op. cit.*, p. 6. <<

[41] J.A. Stout, «Soldiering and Suffering in the Geronimo Campaign: Reminiscences of Lawrence R. Jerome», *Journal of the West*, vol. XI, n.º 1, enero de 1972, p. 163.

<<

[42] O.B. Faulk, *op. cit.*, p. 107. <<

[43] H.W. Lawton, «Report», *op. cit.*, pp. 4-6. <<

[44] Leonard Wood, en Robert M. Utley, «The surrender of Geronimo», *Arizoniana*, primavera de 1963, vol. IV, n.º 1, p. 4. <<



[45] N. Miles, *Recollections*, *op. cit.*, p. 491. <<

[46] H.W. Lawton, *op. cit.*, pp. 1-6. <<

[<sup>47</sup>] J.A. Stout, *op. cit.*, p. 162. <<

[48] B. Davis, *Truth*, p. 218. A Debo, *op. cit.*, pp. 270-271. <<

[49] Ch. Lummis, *General Crook*, *op. cit.*, p. 144. <<

[50] N. Miles, *Report, op. cit.*, p. 12; B. Davis, *op. cit.*, p. 219; <<

[51] P.I. Wellman, *op. cit.*, p. 263. <<

[52] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, pp. 85, 136. El oficial era el coronel George Forsyth. <<



[53] N. Miles, *Recollections*, *op. cit.*, pp. 490, 491, 493. <<

[54] James Parker, en B. Davis, *op. cit.*, p. 236. <<

[55] O.B. Faulk, *op. cit.*, pp. 153-156. <<

[56] «Transcript of stenographer's notes of a conference between honorable William C. Endicott, Secretary of war, and Chato», 26 de julio de 1886, *RG 94*, n.º 6101. <<

[57] O.B. Faulk, *op. cit.*, pp. 158-161, 165. <<

[58] N. Miles, *Report, op. cit.*, p. 12. <<

[59] O.B. Faulk, *op. cit.*, p. 155. <<

[60] M. Opler, «Chiricahua», *op. cit.*, p. 372. <<



[61] S.M. Barrett, *op. cit.*, p. 144; A. Debo, *op. cit.*, p. 280. <<

[62] O.B. Faulk, *op. cit.*, p. 203. El hijo de Martínez afirmaba que la recompensa ascendía a treinta y cinco mil dólares por cabeza (E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 109). <<

[63] Ch B. Gatewood, «The Surrender of Geronimo», *The Journal of Arizona History*, vol. 27, n.º 1, 1986, p. 54. <<

[64] Lawton a Thompson el día 15 de agosto de 1886, en Gatewood la Colección, Sociedad Histórica de Arizona. <<

[65] Burbank y Royce, *Burbank*, *op. cit.*, p. 34. <<

[66] Howard al estado mayor del ejército, el 19 de agosto de 1886, *RG* 94, n.º 1066. Véase también Forsyth a Thompson, 21 de agosto de 1886 (Sociedad Histórica de Arizona): «La partida entera está completamente descompuesta. Jerónimo goza de mala salud, está casi ciego, tiene una grave herida en su brazo derecho y se halla poco menos que indefenso». No se especifica la fuente de información de Forsyth. <<

[67] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 107. <<

[68] D.L. Thrapp, «Surrender», *op. cit.*, pp. 17-34. <<



[69] Ch. B. Gatewood, *op. cit.*, p. 56. <<

[70] B. Davis, *op. cit.*, p. 223. <<

[71] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 110. <<

[72] Ch. B. Gatewood, *op. cit.*, pp. 58-60. <<

[73] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, pp. 109-110. <<

[74] O.M. Bogges, «The Final surrender of Geronimo», manuscrito inédito conservado en la Sociedad Histórica de Arizona, p. 2. <<

[75] M. Opler, «Chiricahua», *op. cit.*, p. 76. <<

[76] O.M. Bogges, «Final surrender», *op. cit.*, p. 3. <<



[77] *Ibid.*, p. 3. <<

[78] Ch. B. Gatewood, *op. cit.*, pp. 60-61. <<

[79] S.M. Huddleson, «An Interview with Geronimo and His Guardian, Mr. G.M. Wratt[e]n», manuscrito inédito, en la Sociedad Histórica de Arizona, p. 5. <<

[80] Ch. B. Gatewood, *op. cit.*, pp. 61-63. <<

[81] J. Betzinez, *I fought, op. cit.*, p. 138. <<

[82] O.B. Faulk, *op. cit.*, p. 176-178, 194. <<

[83] N. Miles, *Recollections*, *op. cit.*, p. 532. <<

[84] O.B. Faulk, *op. cit.*, pp. 161-165. <<



[85] N. Miles a Lawton, 31 de agosto de 1886, Sociedad Histórica de Arizona. <<

[86] S.M. Barrett, *op. cit.*, p. 172. <<

[87] N. Miles, *Recollections*, *op. cit.*, pp. 520-521. <<

[88] W.C. Barnes, *Arizona Place Names*, Tucson, 1988, p. 410. <<

[89] A. Debo, *op. cit.*, p. 292. <<

[90] D. L. Stanley a la plana mayor del ejército, 27 de octubre de 1886, en H. Welsh, *Prisioners, op. cit.*, p. 29. <<

[91] S.M. Barrett, *op. cit.*, pp. 146-147. <<

[92] N. Miles, *Recollections*, *op. cit.*, pp. 526-527. <<



[93] D.L. Stanley a la plana mayor del ejército, en H. Welsh, *op. cit.*, pp. 29-30. <<

[94] Cleveland a Miles, 25 de agosto de 1886, en el acta de Miles al ministro de Defensa, 29 de septiembre de 1886, *RG 94*, n.º 1066, p. 21. <<

[95] S.M. Barrett, *op. cit.*, pp. 138-140, 145-146. <<

[96] O.B. Faulk, *op. cit.*, p. 169. <<

[97] N. Miles, *Recollections*, *op. cit.*, pp. 527-528. <<

## Notas 19

[1] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 223. <<

[2] *Ibid*, p.131. <<



[3] O.B. Faulk, *Campaign*, *op. cit.*, pp. 164-165. <<

[4] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, pp. 251-260; J. Betzinez, *I fought*, *op. cit.*, pp. 143-145. <<

[5] J. Betzinez, *op. cit.*, p. 145. <<

[6] E. Ball y L. Sánchez, «The Lost Apaches» *True West*, enero de 1982, pp. 10-17.

<<

[7] Endicott, ministro de Defensa al general Sheridan, el 19 de octubre de 1886, en O.B. Faulk, *op. cit.*, p. 173. <<

[8] *Pensacola Comercial*, 22 de diciembre de 1886; *The Pensacolian*, 13 de noviembre de 1886; en W.B. Skinner, *Rock*, *op. cit.*, pp. 129, 133. <<

[9] W.B. Skinner, *op. cit.*, pp. 151-152. <<

[10] A. Debo, *Geronimo, op. cit.*, pp. 314-317, 326. <<



[11] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, pp. 13, 144. <<

[12] *Ibid.*, p. 139. <<

[13] W.B. Skinner, *op. cit.*, p. 227. <<

[14] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 154. <<

[15] George Wratten al general de brigada D. S. Stanley, *RG 94*, n.º 7141, el día 3 de octubre de 1887. <<

[16] W.B. Skinner, *op. cit.*, pp. 235, 238. <<

[17] A. Debo, *op. cit.*, pp. 339-340; E. Ball, *Indeh, op. cit.*, p. 157. <<

[18] M.F. Schmitt, *Crook*, p. 293; A. Debo, *op. cit.*, p. 347. <<



[19] S.M. Barret, *Geronimo's story*, *op. cit.*, pp. 139-140. <<

[20] A. Debo, *op. cit.*, p. 344; W.B. Skinner, *op. cit.*, pp. 269-270. <<

[21] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 155. <<

[22] Corum, «When Geronimo smiled», *Pentecostal Evangel*, 11 de diciembre de 1988, p. 6. <<

[23] Burbank y Royce, *Burbank*, *op. cit.*, pp. 22-23. <<

[<sup>24</sup>] A. Debo, *op. cit.*, p. 365. <<

[25] N. Goodwin, *Resistance* (película). <<

[26] A. Debo, *op. cit.*, p. 365. <<



[27] R. Santee, *Apache Land*, Lincoln (Nebraska), 1971, pp. 171-174; W. Clum, *Apache agent, op. cit.*, pp. 287-290. <<

[28] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, p. 111. <<

[29] A. Debo, *op. cit.*, pp. 379-380. <<

[30] J.C. Warren, «Geronimo», *New York World*, 5 de agosto de 1900. La creencia de que Jerónimo estuvo encerrado en Fort Still perdura hoy en día; tanto, que los visitantes piden que se les muestre la celda que ocupó. <<

[31] A. Debo, *op. cit.*, pp. 434-435. <<

[32] A. Debo, *op. cit.*, p. 423; D. Roberts, «Geronimo», *National Geographic Magazine*, vol. 182, n.º 4, octubre de 1992, p. 67. <<

[33] A. Debo, *op. cit.*, pp. 423-424; J.A. Turcheneske, *Prisioners, op. cit.*, p. 117. <<

[34] S.M. Barret, *Geronimo's story*, *op. cit.*, pp. 197-206. <<



[35] R. Santee, *op. cit.*, 174-176; W. Clum, *op. cit.*, 290-291. <<

[36] A. Debo, *op. cit.*, pp. 387-388. <<

[37] Burbank y Royce, *Burbank*, *op. cit.*, pp. 23, 30-31. <<

[38] S.M. Barrett, *op. cit.*, p. 139. <<

[39] George Wratten, en W.B. Skinner, *op. cit.*, p. 72. <<

[40] E. Ball, *Indeh*, *op. cit.*, pp. 12, 173-174. <<

[<sup>41</sup>] Barrett, *op. cit.*, p. 215. <<

[42] A. Debo, *op. cit.*, p. 421. <<



[43] *Ibid.*, p. 412. <<

[<sup>44</sup>] *Ibid.*, P. 360. <<

[45] F.C. Lockwood, *Apache indians*, *op. cit.*, pp. 327-328. <<

[46] A. Debo, *op. cit.*, p. 431-432. <<

[47] F.T. Corum, «Geronimo smiled», *op. cit.*, p. 7. <<

[48] S.M. Huddleson, «Interview», *op. cit.*, p. 8. <<

[49] A. Debo, *op. cit.*, p. 448. <<

[50] *Ibid.*, pp. 439-441. <<



[51] Lawton, (Oklahoma), *Constitution*, 10 de abril de 1913, en J.A. Turcheneske, *Prisioners, op. cit.*, pp. 142-143. <<

[52] «Geronimo Doleful Complaint», en *Denver Times*, Colorado, 10 de octubre de 1898, p. 3. <<

[53] E. Ball, *Indeh, op. cit.*, pp. 23, 81, 101, 134, 179-181. <<

# Bibliografía

(Nota del autor: en caso de haber alguna obra reimpressa, o publicada con una nueva traducción al inglés, la fecha de la publicación original se menciona al final entre paréntesis)

## Fuentes primarias

Asamblea Legislativa de Arizona, *Memorial and affidavits showing outrages perpetrated by the apache indians*, San Francisco, 1871.

BALL, Eve, *Indeh: An Apache Odyssey*, Norman (Oklahoma), 1988 (1980).

—, *In the days of Victorio*, Tucson (Arizona), 1970.

BARNES, Will C., *Apaches & Longhorns*, editado por Frank C. Lockwood, Tucson, 1982 (1941).

BARRETT, S.M., *Geronimo's Story of His Life*, Nueva York, 1906.

BELL, William A., *New Tracks in North America*, Albuquerque (Nuevo México), 1965 (1870).

BETZINEZ, Jasón, con Wilbur Surtevant Nye, *I fought with Geronimo*, Lincoln (Nebraska), 1987 (1959).

BIGELOW, John, *On the Bloody Trail of Geronimo*, Tucson, 1986 (1958).

BOGGESE, O. M., «The final surrender of Geronimo», manuscrito, Sociedad Histórica de Arizona.

BOURKE, John Gregory, *An Apache Campaign in the Sierra Madre*, Lincoln, 1987 (1886).

—, Diary 1869-1896, Biblioteca de la Universidad de Nuevo México, en microfilm. El manuscrito original se conserva en la Biblioteca de la Academia Militar de West Point, Nueva York.

—, *The medicine men of the Apache*, Glorieta (Nuevo México), 1983 (1888).

—, *On the border with Crook*, Lincoln, 1971 (1891).

BROWNE, J. Ross, *Adventures in the Apache Country*, Nueva York, 1869.

BURBANK, E. A., y Ernest Royce, *Burbank Among the Indians*, Caldwell (Idaho), 1944.

CLUM, John P., «Apaches as Thespians in 1876», en *New México Historical Review*, vol. VI, n.º 1, enero de 1931.

—, «Geronimo», tres partes, en *Arizona Historical Review*, julio y octubre de 1928, vol. I, n.º 2-4, enero de 1929.

—, *The truth about Apaches*, Los Ángeles, 1931.

CLUM, Woodworth, *Apache Agent: the story of John P. Clum*, Lincoln 1978

(1936).

COLYER, Vincent, *Report on the Apache Indians of Arizona and New México*, Washington D. C., 1872.

CONNELL, Charles T., *The Apache, past and present*, manuscrito, colección especial de la Universidad de Arizona.

—, «Mickey Free», *Arizona Magazine*, vol. II, n.º 4, diciembre de 1906.

CONNER, Daniel Ellis, *Joseph Reddeford Walker and the Arizona adventure*, editado por Donald G. Berthong y Odessa Davenport, Norman, 1956.

CORBUSIER, William T., *Verde to San Carlos: Recollections of a famous army surgeon and his observant family on western frontier, 1869-1886*, Tucson, 1968.

CORTÉS, José, *Views from the Apache frontier: report on the northern provinces of Spain* (traducido por John Wheat), Norman, 1989 (1799).

CORUM, Fred T., «When Geronimo smiled», en *Pentecostal Evangel*, 11 de diciembre de 1988 (1977).

COZZENS, Samuel Woodworth, *Explorations & Adventures en Arizona & New México*, Secaucus (Nueva Jersey), 1988 (c. 1858).

CREMONY, John C., *Life among the Apaches*, Lincoln, 1983 (1868).

CROOK, George, *Annual report, U. S. Army Dept. of Arizona*, Prescott (Arizona), 1883.

—, «The Apache problem», manuscrito, Sociedad Histórica de Arizona.

CRUSE, Thomas, *Apache Days and After*, Lincoln, 1987 (1941).

DALY, Henry W., «The capture of Geronimo», en *The American Legión Monthly*, junio de 1930.

—, «The Geronimo campaign», en *Journal of the United States Cavalry Association*, vol XIX, n.º 70, octubre de 1908.

—, «Scouts, good and bad», en *The American Legión Monthly*, agosto de 1928.

DAVIS, Britton, *The truth about Geronimo*, Lincoln, 1976 (1929).

ELLIS, A. N., «Recollections of an interview with Cochise, chief of the Apaches», en *Collections of the Kansas State Historical Society*, vol. XIII, 1913-1914.

EWING, Russell C., «New light on Cochise», en *Arizona and the West*, vol. XI, n.º 1, primavera de 1969.

FARISH, Thomas Edward, *History of Arizona*, 4 vol., Phoenix (Arizona), 1915.

FIEBEGGER, G. J., «General Crook's campaign in old México in 1883», en *Proceedings of the Annual Meeting of the Order of Indian wars of the United States*, 20 de febrero de 1936.

FINLEY, Leighton, «Geronimo campaign: story of Trinidad Bertine», manuscrito, Sociedad Histórica de Arizona.

FITZGERALD, Ruth B., «Pioneer tells of capture by Geronimo and his band», *Arizona Star*, 22 de septiembre de 1929.

FORBES, Robert H., documento manuscrito sin título: entrevista con Tom Jeffords,

Sociedad Histórica de Arizona.

GATEWOOD, Charles B., «The surrender of Geronimo», en *The Journal of Arizona History*, vol. XXVII, n.º 1, primavera de 1986.

GOODWIN, Geenville, *The social organization of the western Apache*, Tucson, 1969 (1942).

—, *Western Apache raiding and warfare*, editado por Keith H. Basso, Tucson, 1971.

GROSSMAN, A. G., «Grossman tells of...», en *Arizona Republic*, 14 de abril de 1926.

HAMMOND, George Peter, y Agapito Rey, *Narratives of the Coronado expedition, 15040-1542*, Albuquerque, 1940.

—, *Ohregon's History of sixteen century Exploration in Western America*, Los Ángeles, 1928.

—, *History of the Arizona Territory*, San Francisco, 1884.

HOWARD, Oliver Otis, «Account of general Howard's misión to the Apaches and Navajos», en *Washington Daily Morning Chronicle*, 10 de noviembre de 1872.

—, *Famous indian chiefs I have knoum*, Nueva York, 1907.

—, *My life and experiences among our hostile indians*, Hartford, 1907.

HUDDLESON, S. M., «An interview with Geronimo and his guardian, Mr. G. M. Wratt[e]n», manuscrito, Sociedad Histórica de Arizona.

HUGHES, Fred G., «History: Cochise, the Chiricahua Chieftain», en *Arizona Star*, 31 de enero de 1886.

JOHNSON, Barry C., *Crook's resume of operations against Apache Indians, 1882 to 1886*, Londres, 1971.

LAWTON, H. W., «Report of capt. Lawton», manuscrito, Sociedad Histórica de Arizona.

LUMMIS, Charles Fetcher, *Dateline Fort Bowie*, editado por Dan L. Thrapp, Norman 1979 (1886).

—, *General Crook and the Apache Wars*, Flagstaff (Arizona), 1966.

—, *The land of Poco Tiempo*, Albuquerque, 1980 (1893).

MCCLINTOCK, James H., *Arizona: Prehistoric-Aboriginal-Pioneer-Modern*, 3 vol., Chicago, 1916.

MCKENNA, James A., *Black Range tales*, Glorieta, 1963 (1936).

MAZZANOVICH, Anton, *Trailing Geronimo*, Los Ángeles, 1926.

MILES, Nelson A., *Annual report, U. S. Army Dept. of Arizona*. Albuquerque, 1886.

—, *Personal recollections and observations of general Nelson A. Miles*, Chicago, 1897.

MILLER, Joseph, *The Arizona Story*, Nueva York, 1952.

OPLER, Morris Edward, *An apache life-way*, Chicago, 1941.

—, «A Chiricahua Apache's account of the Geronimo Campaign of 1886», editado por Samuel E. Kenoi, en *The Journal of Arizona History*, vol. XXVII, n.º 1, primavera 1986 (1938).

OURY, Williams S., «To the society of Arizona pioneers», manuscrito, Sociedad Histórica de Arizona.

PFEFFERKON, Ignaz, *Sonora: a description of the providence*, Albuquerque, 1949 (c. 1794-1795).

POSTON, Charles D., *Building a state in Apache land*, editado por John Myers Myers, Tempe (Arizona), 1963 (1894).

—, *History of the apaches*, manuscrito, colección especial de la Universidad de Arizona.

*Records of the adjutant General's office*, record group n.º 94, conservado en microfilm en la Sociedad Histórica de Arizona; el original se encuentra en la Biblioteca de Archivos Federales.

*Rudo ensayo* [«escrito en 1793 por un jesuita anónimo»], Tucson, 1951 (1863).

SAFFORD, A. P. K., Sin título, en *Arizona Citizen*, 7 de diciembre de 1872; reimpresso en Miller, *The Arizona history*, Nueva York, 1952.

SANTEE, Ross, *Apache land*, Lincoln, 1971 (1947).

SCHMITT, Martin F., *General George Crook: his autobiography*, Norman, 1946.

«Soldier in the California Column: the diary of John W. Teal», en *Arizona and the West*, editado por Henry P. Walker, primavera de 1971.

STONE, Charles P., *Notes on the State of Sonora*, Washington, 1861.

STOUT, Joe A., «Soldiering and suffering in the Geronimo campaign: reminiscences of Lawrence R. Jerome», en *Journal of the West*, vol. XI n.º 1, enero de 1972.

TEVIS, James H., *Arizona in the '50's*, Albuquerque, 1954.

TURRILL, Henry Stuart, «A talk with Cochise», en *Miner*, Prescott (Arizona), 1872; reimpresso en Miller, *The Arizona Story*, Nueva York, 1952.

—, «A vanished race of aboriginal founders», en *Publications of the Order of the Founders and Patriots of America*, n.º 18, 1907.

WARREN, James G., «Geronimo, the wickedest indian that ever lived, crazed by imprisonment», en *New York World*, 5 de agosto de 1900.

WELSH, Herbert, *The Apache prisoners in Fort Marion, St. Augustine, Florida*, Filadelfia, 1887.

WILLIAMSON, Dan, *Reminiscences of the early days of Arizona*, manuscrito. Sociedad Histórica de Arizona.

## Fuentes secundarias

- BALL, Eve y Linda Sánchez, «The lost Apaches», en *True West*, enero de 1982.
- BARNES, Will C., *Arizona Place Names*, Tucson, 1988 (1935).
- BASSO, Keith H., *The Cibecue Apache*, Prospect Heights (Illinois), 1986 (1970).
- , *Portraits of «the whiteman»*, Cambridge (Reino Unido), 1979.
- , *Western apache Language and culture*, Tucson, 1990.
- BAYLOR, George Wythe, *John Robert Baylor: Confederate governor of Arizona*, Tucson, 1966.
- BROWN, Dee, *Bury my herat at Wounded Knee*, Nueva York, 1971. (Hay trad. cast: *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*, Bruguera, Barcelona, 1974.)
- CLARK, La Verne Harrell, *They sang for horses: the impact of the horse on Navajo and Apache Folklore*, Tucson, 1966.
- COLE, D. C., *The Chiricahua Apache, 1846-1876: from war to reservation*, Albuquerque, 1988.
- CONNELL, Evan S., *Son of the Morning Star*, San Francisco 1984.
- CRAMER, Harry G., «Tom Jeffords — indian agent», en *The Journal of Arizona History*, vol. XVII, n.º 3, otoño de 1976.
- DAVISSON, Lori, «New light on the Cibecue fight: untangling apache identities», en *The Journal of Arizona History*, vol. XX, n.º 4, invierno de 1979.
- DEBO, Angie, *Geronimo: the man, his time, his place*, Norman, 1976. (Hay trad. cast: *Jerónimo, el apache: el hombre, su tribu, su tierra y su tiempo*, editado por José J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 1994.)
- FAULK, Odie B., *The Geronimo campaign*, Nueva York, 1969.
- FREEMAN, M. P., «The dread apache — that early-day scourge of the southwest», en *Arizona Star*, 7 de noviembre de 1915.
- GOODWIN, Neil, *Geronimo and the Apache resistance*, película, Peace River Films, Cambridge (Massachusetts), 1988.
- GREENE, Jerome A., «The Crawford affair: international implications of the Geronimo campaign», en *Journal of the West*, vol. XI, n.º 1, enero de 1972.
- GRIFFITH, A. Kinney, *Mickey Free, manhunter*, Caldwell (Idaho), 1969.
- HARTE, John Bret, *The San Carlos Indian reservation, 1872-1886: an administrative history*, 2 volúmenes, tesis doctoral, Universidad de Arizona, 1972.
- , «The strange case of Joseph C. Tiffany: indian agent in disgrace», en *The Journal of Arizona History*, vol. XVI, n.º 4, invierno de 1975.
- HASKELL, J. Loring, *Southern Athapaskan migration, A. D. 200-1750*, Tsailé (Arizona), 1987.
- LEKSON, Stephen H., *Nana's raid: Apache warfare in southern New México, 1881*, El Paso (Texas), 1987.
- LOCKWOOD, Frank C., *The Apache indians*, Lincoln, 1987 (1938).
- , «Marijildo Grijalva — guide, scout, and interpreter», manuscrito, Sociedad



Histórica de Arizona.

MOORHEAD, Max L., *The Apache frontier*, Norman, 1968.

NABHAN, Gray Paul, *Gathering the desert*, Tucson, 1985.

OGLE, Ralph Hedrick., *Federal control of the western Apaches, 1848-1886*, Albuquerque, 1970 (1940).

OPLER, Morris E., «Some implications of culture theory for anthropology and psychology», en *American Journal of Orthopsychiatry*, vol. XVIII, n.º 4, octubre de 1948.

PORTER, Joseph C., *Paper medicine man: George Gregory Bourke and his American West* Norman, 1986.

RADBOURNE, Allan, «The naming of Mickey Free», en *The Journal of Arizona History*, vol. XVII, n.º 3, otoño de 1976.

RICKEY, Don, *Forty miles a day on beans and hay*, Norman, 1963.

ROBERTS, Davis, «Geronimo», en *National Geographic Magazine*, vol. CLXXXII, n.º 4 octubre de 1992.

—, «Going after Geronimo», en *Outside Magazine*, junio de 1990.

RUSSELL, Don, *One hundred and three fights and scrimmages: the story of general Reuben F. Bernard*, Washington, 1936.

SACKS, Benjamín H., «New evidence on the Bascom affair», en *Arizona and the West*, vol. IV, n.º 3, otoño de 1962.

SALZMAN, M., «Geronimo: the Napoleon of indians», en *The Journal of Arizona History*, vol. VIII, n.º 4, invierno de 1967.

SHELLIE, Don, *Vast domain of blood: the History of the Camp Grant massacre*, Los Ángeles, 1968.

SKINNER, Woodward B., *The Apache rock crumbles*, Pensacola (Florida), 1987.

SMITH, Lula B., «My father survivor of the 1872 cave massacre», manuscrito, Sociedad Histórica de Arizona.

SONNICHSEN, C. L., «From savage to saint: a new image for Geronimo», en *The Journal of Arizona History*, vol. XXVII, n.º 1, primavera de 1986.

—, *The Mescalero Apaches*, Norman, 1958.

—, «Who was Tom Jeffords?», en *The Journal of Arizona History*, vol. XXIII, n.º 4, invierno de 1982.

SPICER, Edward H., *Cycles of Conquest*, Tucson, 1962.

STOCKEL, H. Henrietta, *Women of the Apache nation*, Reno (Nevada), 1991.

STOUT, Joseph A., *Apache lightning: the last great battles of the Ojos Calientes*, Nueva York, 1974.

SWEENEY, Edwin R., *Cochise: chiricahua apache chief*, Norman, 1991.

—, «I had lost all —Geronimo in the Carrasco massacre of 1851», en *The Journal of Arizona History*, vol. 27, n.º 1, primavera de 1986.

- TERRELL, John Upton, *Apache Chronicle*, Nueva York, 1972.
- THRAPP, Dan L., *Al Sieber, Chief of scouts*, Norman, 1964.
- , *The conquest of Apacheria*, Norman, 1967.
- , *General Crook and the Sierra Madre adventure*, Norman, 1972.
- , «Geronimo's misterious surrender», en *The Western Brand Book*, n.º 13, Los Ángeles Corral (California), 1969.
- , *Juh, an incredible indian*, El Paso, 1973.
- , *Victorio and the Mimbres Apaches*, Norman, 1974.
- TOLMAN, Newton F., *The search for general Miles*, Nueva York, 1968.
- TURCHENESKE, John A., *The Apache prisioners of War at Fort Still, 1894-1914*, tesis doctoral, Universidad de Nuevo México, 1978.
- , «The Arizona press and Geronimo's surrender», en *The Journal of Arizona History*, vol. XIV, n.º 2, verano de 1973.
- TYLER, Barbara Ann, «Cochise: apache war leader, 1858-1861», en *The Journal of Arizona History*, vol. VI, n.º 1, primavera de 1965.
- UTLEY, Robert M., «The Bascom affair: a recostruction», en *Arizona and the West*, vol. III, n.º 1, primavera de 1961.
- , *A clash of cultures: Fort Bowie and the Chiricahua Apaches*, Washington, 1977.
- , «Crook and Miles, fighting and feuding on the indian frontier», en *MHQ: The Journal of Military History*, vol II, n.º 1, otoño de 1989.
- , «Geronimo», en *MHQ: The Journal of Military History*, vol. II, n.º 1, invierno de 1992.
- VAN ORDER, Jay, «C. S. Fly at Cañón de los Embudos: american indians as enemy in the field, a photographic first», en *The Journal of Arizona History*, vol. XXX, n.º 3, otoño de 1989.
- WALKER, Henry P. y Don Bufkin, *Historical Atlas of Arizona*, Norman, 1979.
- WELLMAN, Paul I., *Death in the desert*, Licoln, 1987 (1935).